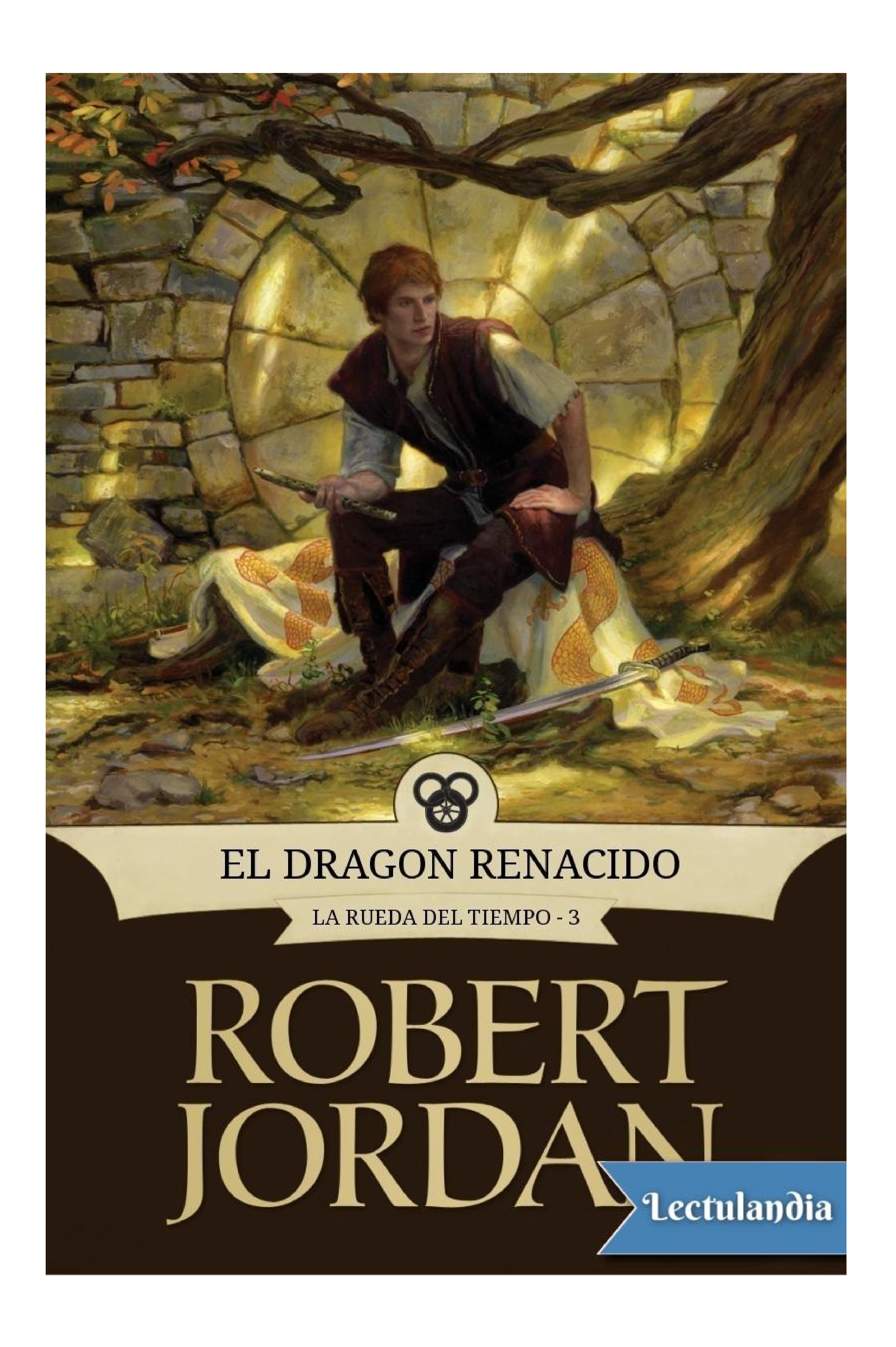

EL DRAGON RENACIDO
LA RUEDA DEL TIEMPO - 3
ROBERT
JORDAN
Lectulandia

El Dragón Renacido, el profético adalid que ha de salvar al mundo, el libertador que enloquecerá y matará a todos sus seres queridos, ha iniciado una carrera para huir de su destino.
Ran al'Thor es capaz de entrar en contacto con el Poder Único, pero no puede controlarlo, ni tiene a nadie que le enseñe a hacerlo, pues ningún hombre lo ha conseguido desde hace tres mil años. Tiene la certidumbre de que ha de enfrentarse al Oscuro, pero ¿cómo?
Perrin Aybara va en busca de Rand, acompañado por Moraine Sedai, su Guardián, Lan, y Loial el Ogier. Acosado por extraños sueños, Perrin afronta otro problema insoluble: ¿cómo eludir la pérdida de su propia condición humana? Por su parte, Egwene, Elayne y Nynaeve se aproximan a Tar Valon, el lugar donde Mat será curado… si aún sigue vivo al llegar allí. Sin embargo, ¿quién comunicará a la Amyrlin la noticia de que el Ajah Negro existe realmente?
Y en el Corazón de la Ciudadela aguarda la próxima gran prueba a la que debe someterse el Dragón Renacido…

Robert Jordan

El Dragón Renacido

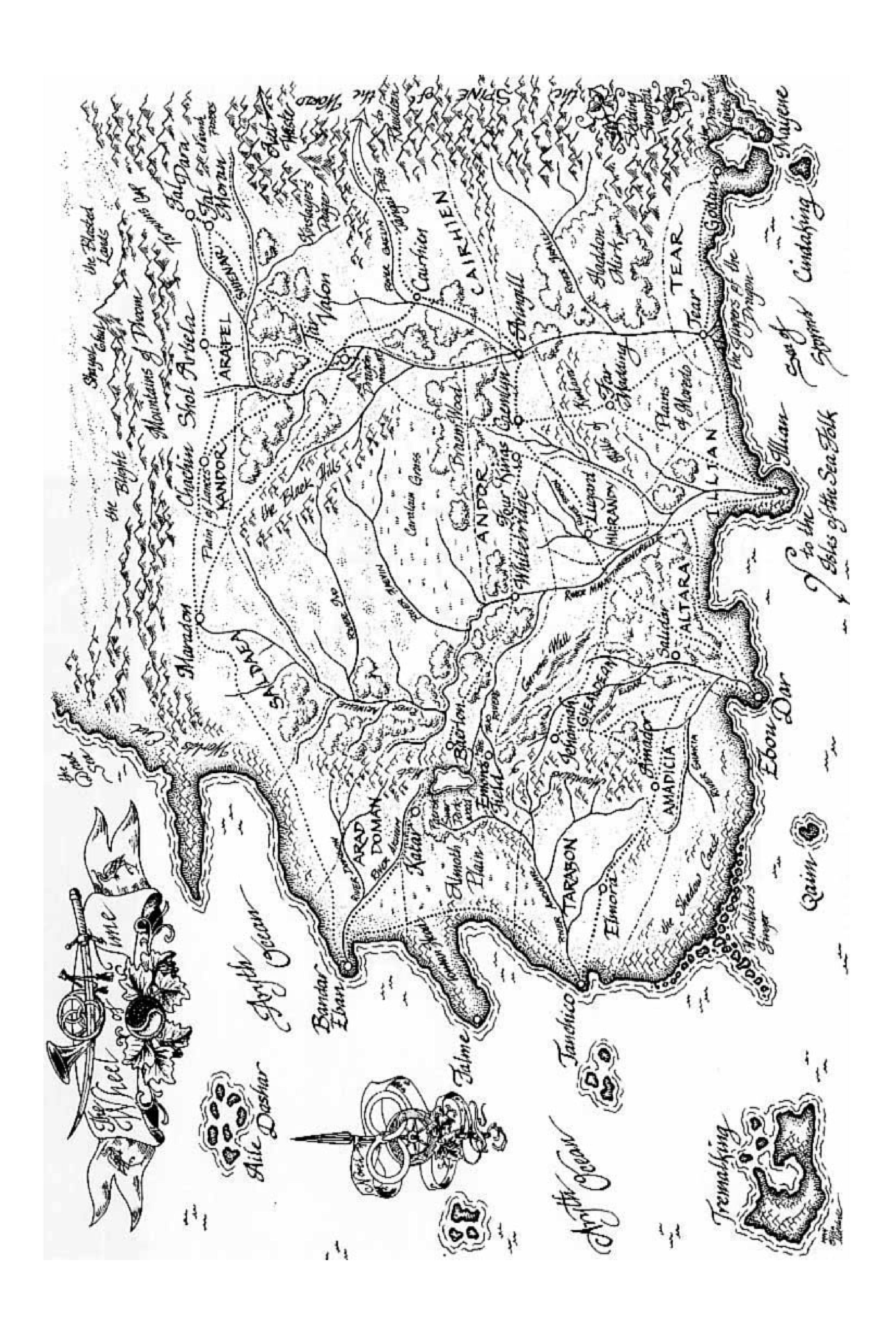
La Rueda del Tiempo 3

ePUB v1.2

Siwan 29.04.12

Dedicado a
James Olivier Rigney, hijo
(1920-1988)

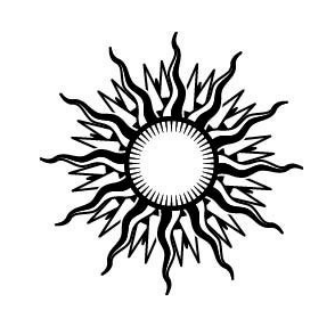
Me enseñó a seguir siempre los sueños
y a vivirlos cuando los atrapara.


The Wheel of Time
Aryth Ocean
Aile Dashar
Bandar Eban
Falme
Tanchico
Aryth Ocean
Tremalking
Qaim
Ebou Dar
Illian
Tear
TEAR
Cairhien
CAIRHIEN
ANDOR
Tar Valon
ARAFEL
SHIENAR
KANDOR
SALDAEA
ARAD DOMAN
TARABON
AMADICIA
ALTARA
GHEALDAN
MURANDY
ILLIAN
Maradon
Chachin
Shol Arbela
Fal Dara
Fal Moran
Caemlyn
Whitebridge
Lugard
Salidar
Amador
Jehannah
Elmora
Baerlon
Katar
Almoth Plain
Emond's Field
Aringill
Haddon Mirk
Plains of Maredo
Hills of Kintara
Caralain Grass
Braem Wood
the Black Hills
Four Kings
the Blight
Mountains of Dhoom
the Blasted Lands
the Shadow Coast
the Aiel Waste
Spine of the World
Sea of Storms
Cindaking
Mayene
to the Isles of the Sea Folk

«Y sus vías serán muchas, y muchos los hombres que conocerán su nombre, porque estará entre nosotros muchas veces, con múltiples apariencias, como ha sido y será siempre, en el infinito discurrir del tiempo. Su advenimiento será como el filo del arado, que, trazando surcos, dará un vuelco a nuestras vidas y nos arrancará de los lugares donde permanecemos postrados en nuestro silencio. El quebrantador de vínculos; el forjador de cadenas. El hacedor de futuros; el desfigurador del destino.»

Extraído de *Comentarios sobre las profecías del Dragón*, de Jurith Dorine, Mano Derecha de la reina de Almoren, 742 DD, Tercera Era.

PRÓLOGO



Fortaleza de la Luz

Pedron Niall dejó vagar su mirada de anciano por su sala privada de audiencia, pero los oscuros ojos velados por el ensimismamiento no vieron nada. Las desteñidas colgaduras que antaño habían sido los estandartes de guerra de los enemigos de su juventud se confundían con la oscura madera que recubría las paredes de piedra, imponentemente gruesas incluso allí en el corazón de la Fortaleza de la Luz. La única silla existente en la habitación, pesada y de alto respaldo, semejante a un trono, le resultaba tan invisible como las pocas mesas dispersas que completaban el mobiliario. Incluso el hombre de blanca capa que permanecía arrodillado con mal disimulada ansiedad sobre el gran sol incrustado en las anchas planchas del suelo se había ausentado de su mente, aun cuando eran pocos los que habrían tomado su presencia tan a la ligera.

Jaret Byar había disfrutado de un respiro para lavarse antes de ser conducido ante Niall, pero tanto su yelmo como su peto estaban deslucidos por el viaje y mellados por el uso. Sus hundidos ojos oscuros irradiaban una febril e impaciente luz en un rostro en el que la carne parecía haberse reducido a los músculos indispensables. No llevaba espada —a nadie le estaba permitido hacerlo en presencia de Niall— pero parecía hallarse al borde de la violencia, como un sabueso que aguarda a que le suelten la correa.

Dos fuegos encendidos en largos hogares en cada uno de los extremos de la estancia mantenían a raya el frío de finales de invierno. Era una habitación austera como la de un soldado, y todo cuanto había en ella era de calidad, pero sin ninguna concesión a la extravagancia… con excepción del sol. Los muebles habían llegado a la sala de audiencia del capitán general de los Hijos de la Luz con el hombre que accedió al cargo; el resplandeciente sol de oro acuñado se había desgastado con el paso de generaciones de solicitantes, había sido sustituido y había vuelto a desgastarse. Había allí oro suficiente para comprar una hacienda en Amadicia y el título nobiliario emparejado a ella. Durante diez años Niall había caminado encima de

ese sol sin dedicarle pensamiento alguno, como tampoco se lo dedicaba al sol bordado en el pecho de su túnica blanca. El oro suscitaba escaso interés en Pedron Niall.

Finalmente volvió a posar la mirada en la mesa más cercana, cubierta con mapas y cartas e informes esparcidos. Entre el desorden había tres dibujos enrollados. Tomó uno con desgana. Daba igual cuál de ellos fuera, pues todos describían la misma escena, aunque con diferente factura de trazo.

La edad había tensado la piel de Niall, tan fina como un pergamino raspado, sobre un cuerpo que parecía compuesto sólo de huesos y tendones, pero nada en él transmitía la impresión de fragilidad. Ningún hombre ascendía al cargo de Niall antes de tener el pelo blanco, ni tampoco ninguno que fuera más blando que las piedras de la Cúpula de la Verdad. A pesar de ello, de improviso tomó conciencia del asurcado dorso de la mano que sostenía el dibujo, del apremio del tiempo. Le quedaba poco tiempo. Había de obrar de modo que fuera suficiente.

Venció su renuencia y desenrolló hasta la mitad el grueso pergamino, justo lo bastante para ver el rostro que le interesaba. Los colores se habían emborronado un poco a causa del viaje en las alforjas, pero la cara se percibía claramente. Un joven de ojos grises y cabello rojizo. Parecía alto, pero era difícil afirmarlo con certeza. Aparte del pelo y de los ojos, habría podido pasar inadvertido en cualquier ciudad.

—¿Este…, este muchacho se ha proclamado Dragón Renacido? —murmuró Niall.

El Dragón. El nombre le hizo sentir el frío del invierno y de la edad. El nombre con que se conocía a Lews Therin Telamon cuando condenó a todo hombre capaz de encauzar el Poder Único, entonces o incluso después, a la locura y a la muerte, un destino al que tampoco él escapó. Habían transcurrido más de tres mil años desde que el orgullo de los Aes Sedai y la Guerra de la Sombra habían puesto fin a la Era de Leyenda. Tres mil años, pero las profecías y las leyendas ayudaban a recordar a los hombres… al menos lo esencial, aun cuando los detalles se hubieran perdido en el olvido. Lews Therin Verdugo de la Humanidad. El hombre que había iniciado el Desmembramiento del Mundo, cuando los locos que podían hacer uso del poder motor del universo allanaron montañas y hundieron antiguas tierras bajo los mares, cuando la totalidad de la superficie de la tierra se modificó y todos los supervivientes huyeron como bestias ante el avance de un fuego. Aquello no había concluido hasta que hubo fallecido el último varón Aes Sedai, y la desperdigada raza humana pudo comenzar a reconstruir a partir de los escombros… en los lugares donde restaban siquiera escombros. El recuerdo quedaba marcado a fuego en la memoria por medio de las historias que las madres contaban a sus hijos. Y la profecía aseveraba que el Dragón volvería a nacer.

Niall no había querido realmente expresar una pregunta, pero Byar interpretó su

frase como tal.

—Sí, mi señor capitán general. Ha sido la peor locura que haya producido ningún falso Dragón de que yo tenga constancia. Se cuentan por miles los que se han declarado partidarios suyos. Tarabon y Arad Doman se hallan en guerra civil y también en guerra entre sí. Hay combates por todo el llano de Almoth y en la Punta de Toman, taraboneses contra domani contra Amigos Siniestros que aclaman al Dragón…, o había combates hasta que el invierno los sofocó en su mayor parte. Nunca había visto un caso de propagación tan rápida, mi señor capitán general. Ha sido como si arrojaran un candil a un pajar. Puede que la nieve lo haya aplacado, pero, con la llegada de la primavera, las llamas se alzarán con más ímpetu que antes.

Niall lo hizo callar levantando un dedo. En dos ocasiones le había dejado que relatara su versión de los sucesos, con voz vibrante de furia y odio. Algunos retazos los conocía por otras fuentes, y en algunas áreas sabía más que Byar, pero, cada vez que lo escuchaba, sentía de nuevo el aguijón del asombro.

—Geofram Bornhald y un millar de Hijos muertos. Y fue obra de las Aes Sedai. ¿No tenéis dudas al respecto, Byar?

—Ninguna, mi señor capitán general. Después de una escaramuza en el camino de Falme, vi a dos de las brujas de Tar Valon. Nos causaron más de cincuenta bajas hasta que las acribillamos de flechas.

—¿Estáis seguro…, seguro de que eran Aes Sedai?

—El suelo se abrió bajo nuestros pies. —La voz de Byar era firme y convencida. Jaret Byar carecía de imaginación; la muerte formaba parte de la vida de un soldado, fuera cual fuera su causa—. Sobre nuestras filas se descargaron relámpagos en un día claro. Mi señor capitán general, ¿qué otra cosa podría haber sido?

Niall asintió lúgubremente. Desde el Desmembramiento del Mundo no había habido varones Aes Sedai, pero las mujeres que todavía se sentían depositarias de ese título suponían una amenaza digna de tener en cuenta. Afirmaban cumplir los Tres Juramentos: no pronunciar palabra que no fuera cierta, no crear arma destinada a que un hombre matara a otro, y utilizar el Poder Único como arma sólo contra los Amigos Siniestros o los Engendros de la Sombra. Pero ahora habían demostrado a las claras que aquellos juramentos eran un embuste. Él siempre había sabido que nadie podía querer el poder que ellas manejaban si no era para retar al Creador, y ello suponía servir al Oscuro.

—¿Y no sabéis nada de quienes tomaron Falme y mataron a la mitad de una de mis legiones?

—El señor capitán Bornhald decía que se hacían llamar seanchan, mi señor capitán general —respondió impasiblemente Byar—. Decía que eran Amigos Siniestros. Y su ataque dispersó sus fuerzas, aun cuando lo mataran. —Su voz cobró intensidad—. Había muchos refugiados procedentes de la ciudad. Todos con los que

hablé convinieron en que los extranjeros habían roto filas y habían huido. El señor capitán Bornhald fue el artífice de su derrota.

Niall suspiró quedamente. Eran casi las mismas palabras exactas que Byar había utilizado las dos primeras veces para referirse al ejército que parecía haber surgido de la nada para apoderarse de Falme. «Un buen soldado —pensó Niall—. Eso era lo que decía siempre Geofram Bornhald, pero no el hombre adecuado para sacar conclusiones por sí mismo.»

—Mi señor capitán general —señaló Byar de improviso—, el señor capitán Bornhald me ordenó que me mantuviera al margen de la batalla, que observara y viniera a informarle a usted. Y que le explicara a su hijo, lord Dain, cómo había muerto.

—Sí, sí —contestó con impaciencia Niall. Por un momento examinó el enjuto rostro de Byar y luego agregó—: Nadie pone en duda vuestra honradez y valentía. Es exactamente lo que haría Geofram Bornhald antes de enzarzarse en una batalla en la que temía que perecieran todos los mandos de sus fuerzas. —«Y no el tipo de cosa que vuestra escasa imaginación os permitiría inventar.»

Aquel hombre ya no podía ofrecerle más información.

—Habéis cumplido vuestro deber, Hijo Byar. Tenéis mi permiso para ir a comunicar la muerte de Geofram Bornhald a su hijo. Dain Bornhald se encuentra con Elmon Valda… cerca de Tar Valon, de acuerdo con el último informe. Podéis reuniros con ellos.

—Gracias, mi señor capitán general. Gracias. —Byar se puso en pie y realizó una profunda reverencia. Al erguirse, no obstante, pareció vacilar—. Mi señor capitán general, fuimos traicionados. —El odio impregnaba de forma más que palpable su voz.

—¿Por ese Amigo Siniestro del que habéis hablado, Hijo Byar? —No pudo ocultar la irritación en su propia voz. Sus planes de todo un año yacían arruinados entre los cadáveres de un millar de Hijos, y Byar sólo quería hablar de aquel hombre —. ¿Ese joven herrero que únicamente habéis visto dos veces, ese Perrin de Dos Ríos?

—Sí, mi señor capitán general. No sé cómo, pero estoy seguro de que él es el responsable. Lo sé.

—Veré qué puedo hacer al respecto, Hijo Byar. —Byar volvió a abrir la boca, pero Niall alzó su huesuda mano para contenerlo—. Ahora podéis retiraros. —El hombre de enjuto rostro no tuvo más remedio que dedicarle una nueva reverencia y marcharse.

Al cerrarse la puerta tras él, Niall se sentó en la silla de alto respaldo. ¿Qué había generado el odio de Byar por ese Perrin? Había sin duda demasiados Amigos Siniestros para desperdiciar la energía en la execración de uno en concreto.

Demasiados Amigos Siniestros, nobles y plebeyos, ocultándose tras lenguas zalameras y sonrisas abiertas, sirviendo al Oscuro. De todas formas, no haría ningún daño añadir otro nombre a las listas.

Se movió en la dura silla, tratando de hallar acomodo para sus viejos huesos. No por primera vez pensó vagamente que tal vez un cojín no sería un lujo excesivo. Y, tampoco por primera vez, ahuyentó tal pensamiento. El mundo daba tumbos, directo hacia el caos, y él no tenía tiempo para ceder a la edad.

Dejó circular libremente por su mente todos los signos que auguraban el desastre. La guerra azotaba a Tarabon y Arad Doman, la guerra civil desgajaba Cairhien, y en Tear e Illian, enemigos desde siempre, la fiebre de la guerra iba ganando a sus habitantes. Acaso aquellas guerras no tenían un significado en sí mismas —los hombres siempre han luchado entre sí— pero normalmente se producían una a una. Y aparte del falso Dragón que se encontraba en el llano de Almoth, había otro que sembraba la discordia en Saldaea y un tercero que infestaba Tear. Tres a un tiempo. «Deben de ser todos falsos Dragones. ¡Deben de serlo!»

Había una docena de detalles de poca consideración, algunos de ellos quizá sólo basados en rumores, pero que considerados conjuntamente con el resto… Informantes que aseguraban haber visto Aiel en tierras occidentales como Murandy y Kandor. Sólo en grupos de dos o tres, pero, ya fuera uno o un millar, los Aiel únicamente habían salido del Yermo una vez en todos los años posteriores al Desmembramiento. Tan sólo con ocasión de la Guerra de Aiel habían abandonado aquel desolado erial. Se decía que los Atha'an Miere, los Marinos, descuidaban el comercio para buscar señales y portentos cuya naturaleza no revelaban, navegando en barcos con media carga o incluso completamente vacíos. Illian había convocado la Gran Cacería del Cuerno por primera vez en casi cuatrocientos años y había enviado a los Cazadores en busca del fabuloso Cuerno de Valere, que, de acuerdo con las profecías, levantaría a los héroes de la tumba para que pelearan en el Tarmon Gai'don, la Última Batalla contra la Sombra. Corrían rumores de que los Ogier, siempre tan recluidos en sus asentamientos que el común de la gente los consideraba seres legendarios, se habían citado para reunir a los miembros de sus tan alejados *steddings*.

Lo más revelador, para Niall, era que las Aes Sedai habían salido, al parecer, de su refugio. Se comentaba que habían mandado a algunas de sus hermanas a Saldaea para enfrentarse al falso Dragón Mazrim Taim, el cual era de los escasísimos varones capaces de encauzar. Éste era un hecho que inspiraba temor y desprecio en sí, y eran pocos los que creían que hubiera posibilidades de derrotar a un hombre de tal calaña sin la ayuda de las Aes Sedai. Era preferible permitir que las Aes Sedai colaboraran a haber de afrontar los inevitables horrores que causaría cuando enloqueciera, lo cual sucedería ineludiblemente. Pero Tar Valon había enviado, por lo visto, otras Aes Sedai para apoyar al falso Dragón de Falme. Ésa era la única conclusión que podía

extraerse de los hechos.

La perspectiva le helaba la médula de los huesos. El caos se multiplicaba; lo indecible se hacía realidad una y otra vez. El mundo entero parecía rebullir, presa de frenesí. No le cabía duda alguna al respecto. La Última Batalla se avecinaba realmente.

Todos sus planes habían sido destruidos, los planes que habrían asegurado la pervivencia de su nombre entre los Hijos de la Luz durante cien generaciones. Pero el desorden propiciaba oportunidades, y él tenía nuevos proyectos, nuevos objetivos. Si pudiera mantener la fortaleza y la voluntad para llevarlos a buen término… «Luz, permíteme aferrarme a la vida el tiempo necesario.»

Una deferente llamada en la puerta lo arrancó de sus sombrías cavilaciones.

—¡Entre! —espetó.

Un criado vestido con chaqueta y calzones de color blanco y dorado entró, inclinándose, y con los ojos fijos en el suelo, anunció que Jaichim Carridin, Ungido de la Luz, interrogador de la Mano de la Luz, acudía cumpliendo órdenes del señor capitán general. Carridin apareció detrás del hombre, sin esperar a que Niall hablara. Niall despidió con un gesto al sirviente.

Antes de que la puerta se hubiera cerrado del todo, Carridin hincó una rodilla en el suelo con un revuelo en su nívea capa. Detrás del sol bordado en el pecho de la capa había el cayado escarlata de pastor de la Mano de la Luz, organismo a cuyos miembros muchos llamaban interrogadores, aun cuando raras veces osaran hacerlo delante de ellos.

—Puesto que habéis reclamado mi presencia, mi señor capitán general —dijo con voz firme—, he cumplido vuestra orden regresando de Tarabon.

Niall lo examinó durante un momento. Carridin era alto, bien entrado en la madurez, con el pelo algo canoso, pero fuerte y vigoroso. Sus oscuros ojos hundidos transmitían una impresión de conocimiento, como siempre. Y no pestañeaba ante el silencioso escrutinio del señor capitán general. Pocos hombres tenían conciencias tan claras o nervios tan templados. Carridin permanecía arrodillado allí, esperando con tanta calma como si fuera una cuestión rutinaria el que le hubieran ordenado concisamente abandonar el mando y volver a Amador sin demora, sin ninguna clase de explicación. Tal actitud no resultaba, sin embargo, extraña en Jaichim Carridin, pues de él se decía que era más impasible que una piedra.

—Levantaos, Hijo Carridin. —Mientras el otro hombre se enderezaba, Niall añadió—: Me han llegado noticias inquietantes de Falme.

Carridin se alisó los pliegues de la capa al contestar, con una voz que se mantenía en el límite del respeto debido, casi como si se dirigiera a un igual en lugar de al hombre a quien había jurado obedecer hasta la muerte.

—Mi señor capitán general se refiere a las noticias traídas por el Hijo Jaret Byar,

lugarteniente del difunto señor capitán Bornhald.

A Niall le tembló la esquina del ojo izquierdo, una manifestación que, de antiguo, presagiaba un arrebato de furia. Supuestamente eran sólo tres las personas que sabían que Byar se encontraba en Amador, y ninguna aparte de Niall conocía el lugar de donde procedía.

—No os excedáis en agudeza, Carridin. Vuestro deseo de saberlo todo podría haceros acabar algún día en manos de vuestros propios interrogadores.

Carridin no mostró reacción alguna salvo una ligera contracción de la mandíbula al escuchar la última palabra.

—Mi señor capitán general, la Mano indaga la verdad en todas partes, para servir a la Luz.

Para servir a la Luz. No para servir a los Hijos de la Luz. Todos los Hijos servían a la Luz, pero Pedron Niall se preguntaba a menudo si los interrogadores se consideraban verdaderamente como parte constitutiva de los Hijos.

—¿Y qué verdad me tenéis destinada respecto a los sucesos ocurridos en Falme?

—Amigos Siniestros, mi señor capitán general.

—¿Amigos Siniestros? —La risa lanzada por Niall estaba exenta de humor—. Hace unas semanas recibía informes vuestros según los cuales Geofram Bornhald era un servidor del Oscuro porque había desplazado sus soldados a la Punta de Toman incumpliendo vuestras órdenes. —Su voz se tornó peligrosamente suave—. ¿Pretendéis ahora hacerme creer que Bornhald, como Amigo Siniestro, condujo a un millar de Hijos de la Luz a la muerte en combate contra otros Amigos Siniestros?

—Si era o no un Amigo Siniestro no se sabrá nunca —respondió con suavidad Carridin—, puesto que falleció sin que pudiéramos someterlo a interrogatorio. Las maquinaciones de la Sombra son tenebrosas y a menudo carecen de sentido para quienes caminan con la Luz. Pero de lo que no me cabe duda es de que los que tomaron Falme eran Amigos Siniestros. Amigos Siniestros y Aes Sedai que apoyan al falso Dragón. Fue el Poder Único lo que destruyó a Bornhald y a sus hombres; estoy convencido de ello, mi señor capitán general. Lo mismo que acabó con los ejércitos que Tarabon y Arad Doman habían enviado contra los Amigos Siniestros de Falme.

—¿Y qué hay de las afirmaciones de que los ocupantes de Falme llegaron cruzando el Océano Aricio?

—Mi señor capitán general —señaló, sacudiendo la cabeza Carridin—, entre el pueblo corren toda suerte de rumores. Algunos aseguran que eran los ejércitos que mandó Artur Hawkwing al otro lado del océano hace mil años, que volvieron para reclamar la tierra. Incluso hay quien dice haber visto al propio Hawkwing en Falme. Y aparte de él a la mitad de los héroes legendarios. De Tarabon a Saldaea, el Occidente es un hervidero a cuya superficie asoman cada día, como burbujas, cientos de rumores nuevos, a cual más descabellado. Esos a quien llaman seanchan no eran

más que otra chusma de Amigos Siniestros reunidos para dar apoyo al falso Dragón, con la diferencia de que en esta ocasión han contado con la cooperación explícita de las Aes Sedai.

—¿Con qué pruebas contáis? —Niall imprimió un tono dubitativo a su voz—. ¿Tenéis prisioneros?

—No, mi señor capitán general. Como ya os habrá contado el Hijo Byar, Bornhald consiguió imponerse lo bastante como para dispersarlos. Y, como era de esperar, ninguna de las personas a quienes hemos interrogado está dispuesta a admitir que apoya a un falso Dragón. En cuanto a las pruebas, éstas residen en dos partes. Si mi señor capitán general me permite…

Niall gesticuló con impaciencia.

—La primera parte es negativa. Muy pocos barcos han intentado atravesar el Océano Aricio y en su mayoría no han regresado. Quienes lo hicieron, viraron el rumbo antes de que se agotaran sus reservas de comida y agua. Ni siquiera los Marinos se aventuran a cruzar el Aricio, a pesar de que navegan a todos los enclaves donde hay posibilidad de comercio, incluso a los que se encuentran más allá del Yermo de Aiel. Mi señor capitán general, si existen tierras al otro lado del océano, se hallan demasiado lejos para llegar hasta ellas. El océano es demasiado extenso y transportar un ejército por él sería tan imposible como volar.

—Tal vez —concedió Niall—. De todos modos es un argumento indicativo. ¿Cuál es la segunda parte?

—Mi señor capitán general, muchas de las personas a las que hemos interrogado hablaban de monstruos que luchaban en las filas de los Amigos Siniestros e insistían en tal afirmación incluso en la fase final del interrogatorio. ¿Qué podían ser sino trollocs y otros Engendros de la Sombra, que de alguna manera habrían desplazado allí desde la Llaga? —Carridin extendió las manos como si aquel dato fuera decisivo —. La gran mayoría de la gente piensa que los trollocs sólo son patrañas y mentiras que cuentan los viajeros, y casi todo el resto de la humanidad cree que fueron exterminados durante la Guerra de los Trollocs. ¿De qué otra forma describirían a un trolloc sino como un monstruo?

—Sí. Sí, puede que tengáis razón, Hijo Carridin. Puede que sí o puede que no. —No estaba dispuesto a darle a Carridin la satisfacción de saber que estaba de acuerdo con él. «Que se quede con la duda»—. ¿Pero qué me decís de él? —Señaló los dibujos enrollados, de los que estaba seguro que el Inquisidor guardaba copias en sus propios aposentos—. ¿Hasta qué punto es peligroso? ¿Es capaz de encauzar?

—Tal vez sí o tal vez no —replicó el Inquisidor con un encogimiento de hombros —. Las Aes Sedai podrían hacer creer a la gente que un gato es capaz de encauzar, si así se lo propusieran. En cuanto al peligro que entraña… Todo falso Dragón es peligroso hasta que no se lo ha reducido, y uno que cuenta con el apoyo de Tar Valon

es diez veces más peligroso. De todas formas, no lo es tanto ahora como lo será dentro de medio año, si nadie lo contiene. Los cautivos a quienes interrogué no lo habían visto nunca ni tenían noción de dónde se encuentra en estos momentos. Sus fuerzas están fragmentadas. Dudo que haya más de doscientos seguidores suyos reunidos en un mismo sitio. Los taraboneses o los domani podrían acabar con ellos si no estuvieran tan ocupados luchando entre sí.

—Incluso un falso Dragón —observó secamente Niall— no es suficiente para hacerles olvidar cuatrocientos años de disputas en torno a la posesión del llano de Almoth. Como si cualquiera de ellos tuviera la suficiente fortaleza para conservarlo. —El semblante de Carridin permaneció inmutable, y Niall se preguntó cómo podía conservar tan bien la calma. «Pronto se os acabará la tranquilidad, interrogador.»

—No tiene importancia, mi señor capitán general. El invierno los mantiene a todos recluidos en sus campamentos, salvo para participar en contadas escaramuzas y ataques por sorpresa. Cuando disminuyan los rigores del frío y puedan desplazarse tropas… Bornhald sólo llevó a la muerte en la Punta de Toman a la mitad de su legión. Con la otra mitad, perseguiré a ese falso Dragón y le daré muerte. Un cadáver no supone peligro para nadie.

—¿Y si os encontráis con lo que hubo de enfrentarse Bornhald? ¿Aes Sedai encauzando el Poder para matar?

—Sus trucos de brujas no las protegen contra las flechas o contra un cuchillo clavado en la oscuridad. Perecen con la misma rapidez que cualquiera. —Carridin sonrió—. Os prometo que antes de que llegue el verano habré cumplido mi propósito.

Niall asintió. El interrogador rebosaba confianza, seguro de que las preguntas inquietantes, en caso de que las hubiera, se habían expresado ya. «Debiste recordar, Carridin, que se me considera un maestro en cuestiones de táctica.»

—¿Por qué —preguntó en voz baja— no llevasteis vuestras propias fuerzas a Falme, habiendo Amigos Siniestros en la Punta de Toman y un ejército de ellos ocupando Falme? ¿Por qué intentasteis detener a Bornhald?

—Al principio sólo eran rumores, mi señor capitán general —respondió, pestañeando, pero con voz firme, Carridin—. Rumores tan descabellados que nadie les concedía crédito. Para cuando me cercioré de su veracidad, Bornhald ya había entrado en batalla. Estaba muerto, y los Amigos Siniestros se habían dispersado. Además, mi cometido era llevar la Luz al llano de Almoth. No podía desobedecer las órdenes recibidas para ir en pos de rumores.

—¿Vuestro cometido? —dijo Niall, elevando la voz al tiempo que se ponía en pie. Carridin le llevaba más de un palmo, pero el interrogador dio un paso atrás—. ¿Vuestro cometido? ¡Vuestro cometido era ocupar el llano de Almoth! Un cubo vacío que nadie tiene asido más que con palabras y meras pretensiones, y todo cuanto vos teníais que hacer era llenarlo. La nación de Almoth habría vuelto a cobrar vida,

gobernada por los Hijos de la Luz, sin necesidad de estar formalmente sujeta a la autoridad de un insensato rey. Amadicia y Almoth, una cuña presionando Tarabon. Dentro de cinco años habríamos alcanzado un dominio tan rotundo allí como aquí en Amadicia. ¡Y vos hicisteis fracasar el plan!

—Mi señor capitán general —protestó Carridin, de cuyos labios había acabado por esfumarse todo asomo de sonrisa—, ¿cómo podía yo prever lo que ha ocurrido? Que apareciera otro falso Dragón. Que Tarabon y Arad Doman iniciaran finalmente una guerra después de pasar tanto tiempo limitándose a dedicarse gruñidos. ¡Que las Aes Sedai revelaran su verdadera condición después de tres mil años de disimulo! Aun con todo ello, no todo se ha perdido, si puedo localizar y destruir a ese falso Dragón antes de que sus seguidores se unan. Y, una vez que los taraboneses y domani se hayan debilitado luchando, podremos expulsarlos del llano sin…

—¡No! —espetó Niall—. Vuestros planes se han acabado, Carridin. Quizá debería entregaros a vuestros propios interrogadores ahora mismo. El Inquisidor Supremo no pondría ninguna objeción. Se muerde las uñas de impaciencia por encontrar a alguien a quien pueda responsabilizar de lo ocurrido. Él nunca propondría a uno de los suyos, pero dudo que tuviera remilgos en aceptaros si yo os acuso. Unos cuantos días de interrogatorios, y acabaríais confesando cualquier cosa, reconociéndoos como Amigo Siniestro, incluso. Dentro de una semana, estaríais a merced del hacha del verdugo.

—Mi señor capitán general… —Carridin calló para tragar saliva, con la frente perlada de sudor—. Mi señor capitán general, parece insinuar que existe otra vía. Si es tan amable de exponerla, yo obedeceré, fiel a mis juramentos.

«Ahora —pensó Niall—. Ahora es el momento de arrojar el dado.» Sentía un hormigueo por la piel, como si se encontrara en una batalla y de improviso se hubiera dado cuenta de que todos los hombres que lo rodeaban eran enemigos. Los señores capitanes generales no eran entregados al verdugo, pero se tenía conocimiento de más de uno que había perecido de manera súbita e imprevista. Tras cuya muerte apenas llorada había sido sustituido rápidamente por hombres de ideas menos peligrosas.

—Hijo Carridin —dijo con firmeza—, vais a aseguraros de que ese falso Dragón no muera. Y, si acude a él alguna Aes Sedai con el propósito de oponérsele en lugar de apoyarlo, haréis uso de vuestros «cuchillos en la oscuridad».

El interrogador se quedó boquiabierto. Pronto se recuperó, sin embargo, y observó a Niall con aire inquisitivo.

—Matar Aes Sedai es un deber, pero… ¿permitir que un falso Dragón se mueva en libertad? Eso…, eso sería… una traición. Y una blasfemia.

Niall respiró hondo. Percibía los invisibles cuchillos acechando en las sombras. Pero ahora ya no podía echarse atrás.

—No es traición hacer lo que debe hacerse. E incluso la blasfemia puede ser

tolerada por una causa fundada. —Aquellas dos afirmaciones bastarían para desencadenar su muerte—. ¿Sabéis cómo reunir a la gente bajo vuestros estandartes, Hijo Carridin? Conocéis la forma más rápida, ¿no? Soltad un león, un león feroz, en las calles. Y, cuando el pánico se haya apoderado del pueblo, cuando el miedo se haya instalado en sus entrañas, anunciadles tranquilamente que vos os haréis cargo de él. Entonces lo matáis y les ordenáis que cuelguen el cadáver en un lugar bien visible para todos. Sin dejarles margen para pensar, les impartís otra orden, y os obedecerán. Y, si continuáis dándoles órdenes, seguirán obedeciéndoos, pues vos seréis su salvador. ¿Y qué otra persona habría más indicada para regir su país?

Carridin movió la cabeza con incertidumbre.

—¿Os proponéis… tomarlo todo, mi señor capitán general? ¿No sólo el llano de Almoth, sino también Tarabon y Arad Doman?

—Lo que me propongo es asunto que sólo debo conocer yo. El que a vos os concierne es obedecer tal como habéis jurado hacerlo. Espero oír los cascos de los veloces caballos que utilizarán los mensajeros que van a partir para el llano esta noche. Estoy seguro de que sabéis cómo formular las órdenes de manera que nadie conciba sospechas que no nos interesan. Si habéis de acosar a alguien, que sean los taraboneses y los domani. Sería lamentable inducirlos a que mataran a mi león. No, por la Luz, impondremos por la fuerza la paz entre ellos.

—Como mi señor capitán ordene —acató zalameramente Carridin—. Yo escucho y obedezco. —Demasiado zalameramente.

Niall esbozó una fría sonrisa.

—En caso de que vuestro juramento no sea un acicate suficiente, tened esto en cuenta: si ese falso Dragón fallece antes de que yo ordene su muerte, o si lo hacen preso las brujas de Tar Valon, una mañana os encontrarán con una daga clavada en el corazón. Y, si me ocurriera algún… accidente, incluso si muriera por causa de la edad, vos no viviríais ni un mes más que yo.

—Mi señor capitán general, he jurado obedecer…

—Así es —lo atajó Niall—. Procurad no olvidarlo. ¡Ahora marchaos!

—Como ordene mi señor capitán general. —Para entonces la voz de Carridin no sonaba ya con tanta firmeza.

La puerta se cerró tras el inquisidor. Niall se frotó las manos, para ahuyentar el frío que se apoderaba de él. El dado daba vueltas y no había forma de prever los puntos que mostraría al detenerse. La Última Batalla se hallaba próxima realmente, pero no el Tarmon Gai'don legendario, con el Oscuro liberado de su prisión y enfrentado con el Dragón Renacido. Tenía el convencimiento de que no sería así. Los Aes Sedai de la Era de Leyenda habían tal vez abierto un agujero en la cárcel del Oscuro en Shayol Ghul, pero Lews Therin Verdugo de la Humanidad y los Cien Compañeros habían vuelto a sellarla. El contraataque había contaminado para

siempre la mitad masculina de la Fuente Verdadera, y la locura que ello les había causado había dado origen al Desmembramiento del Mundo, pero uno de aquellos antiguos Aes Sedai tenía la facultad de hacer lo que no podrían lograr diez de las brujas actuales de Tar Valon. Lo que ellos habían creado resistiría.

Pedron Niall era un hombre que razonaba con fría lógica, y ya se había formado una idea de cómo sería el Tarmon Gai'don. Hordas de bestiales trollocs abandonando la Gran Llaga en dirección sur tal como lo habían hecho dos mil años antes, capitaneados por los Myrddraal —los Semihombres— y tal vez incluso por nuevos Señores del Espanto humano seleccionados entre los Amigos Siniestros. Dividida en naciones enfrentadas entre sí, la humanidad no podría contenerlo. Pero él, Pedron Niall, uniría a la humanidad tras los estandartes de los Hijos de la Luz. Surgirían nuevas leyendas, para explicar cómo Pedron Niall había luchado en el Tarmon Gai'don y había salido vencedor.

—Primero —murmuró—, dejar suelto a un león rabioso en las calles.

—¿Un león rabioso?

Niall giró sobre sus talones al tiempo que un flaco hombrecillo con una prominente nariz salía de detrás de uno de los estandartes de las paredes. Apenas si vislumbró un panel que se cerraba cuando la tela cayó pesadamente sobre él.

—Os enseñé este pasadizo, Ordeith —espetó Niall—, para que pudierais acudir a mi llamada sin que se enterara la mitad de la fortaleza, no para que escucharais mis conversaciones privadas.

Ordeith realizó una servil reverencia mientras cruzaba la habitación.

—¿Escuchar, gran señor? Nunca haría tal cosa. Acabo de llegar y no he podido evitar oír las últimas palabras que habéis pronunciado. No he escuchado nada más.

Esbozaba una sonrisa medio burlona, pero, según las observaciones de Niall, ésta no abandonaba nunca su rostro, ni siquiera cuando ignoraba que alguien estuviera mirándolo.

Un mes antes, en el corazón del invierno, el larguirucho hombrecillo había llegado a Amadicia, andrajoso y medio congelado, y de algún modo había conseguido convencer a toda la cadena de guardias que se interponían entre él y Pedron Niall hasta llegar a hablar con él en persona. Parecía conocer muchos pormenores acerca de los sucesos acaecidos en la Punta de Toman que no figuraban en los voluminosos pero confusos informes de Carridin ni en el relato de Byar ni en ninguna otra información o rumor que había llegado hasta él. Su nombre era falso, por supuesto. En la Antigua Lengua, Ordeith significaba «ajenjo». Cuando Niall había tratado de indagar al respecto, se había limitado a responder: «Todos los hombres hemos olvidado quiénes éramos, y la vida es amarga». Pero era inteligente. Había sido él quien había ayudado a Niall a ver el entramado que se insinuaba en los acontecimientos.

Ordeith se acercó a la mesa y cogió uno de los dibujos. Al desenrollarlo lo suficiente como para ver la cara del joven, su sonrisa se intensificó, convertida casi en una mueca.

—Os divierte la visión de un falso Dragón, Ordeith —señaló Niall, todavía irritado porque el hombre se hubiera presentado sin ser llamado—. ¿O acaso os asusta?

—¿Un falso Dragón? —dijo quedamente Ordeith—. Sí. Sí, desde luego, eso debe ser. ¿Quién sería si no? —Y exhaló una aguda carcajada que puso los pelos de punta a Niall. En ocasiones Niall pensaba que Ordeith estaba como mínimo medio loco.

«Pero es inteligente, esté loco o no.»

—¿Qué queréis decir, Ordeith? Habláis como si lo conocierais.

Ordeith se sobresaltó, como si hubiera olvidado que el señor capitán general estaba allí.

—¿Conocerlo? Oh, sí, lo conozco. Se llama Rand al'Thor. Procede de Dos Ríos, una zona rural de Andor, y es un Amigo Siniestro tan corrompido por la Sombra que se os encogería el alma sólo de enteraros de la mitad de su maldad.

—Dos Ríos —musitó Niall—. Otra persona mencionó a otro Amigo Siniestro de allí, otro joven. Es extraño imaginar Amigos Siniestros provenientes de una región como ésa. Aunque, en realidad se hallan por todas partes.

—¿Otro, gran señor? —inquirió Ordeith—. ¿De Dos Ríos? ¿No sería Matrim Cauthon o Perrin Aybara? Tienen casi la misma edad que él y lo siguen de cerca en el camino del mal.

—El nombre que a mí me han dado es Perrin —repuso Niall, frunciendo el entrecejo—. ¿Tres Amigos Siniestros, decís? De Dos Ríos sólo sale lana y tabaco. Dudo que exista otra zona donde los hombres vivan más aislados del resto del mundo.

—En una ciudad, los Amigos Siniestros deben ocultar su verdadera naturaleza en un grado u otro. Han de asociarse con otros, con forasteros venidos de otros lugares que luego se marchan para llevar las noticias de lo que han visto. Pero los pueblos tranquilos, desconectados del mundo, apenas visitados por gente desconocida, ¿no son los lugares idóneos para que todos sean Amigos Siniestros?

—¿Cómo conocéis los nombres de tres Amigos Siniestros, Ordeith? Tres Amigos Siniestros del último rincón del mundo. Guardáis demasiados secretos, Ajenjo, y sacáis más sorpresas de la manga que un juglar.

—¿Cómo va a contar un hombre todo lo que sabe, gran señor? —replicó con tono obsequioso el hombrecillo—. Sería pura palabrería, hasta que la información pueda ser útil. Os diré algo, gran señor. Ese Rand al'Thor, ese Dragón, posee profundas raíces en Dos Ríos.

—¡Falso Dragón! —advirtió con acritud Niall.

—Desde luego, gran señor —acató, con una reverencia, el hombre—. He tenido un lapsus.

De improviso Niall reparó en el dibujo arrugado y desgarrado que aún conservaba en las manos Ordeith. Aun cuando su rostro seguía imperturbable, mostrando su sarcástica sonrisa, sus manos se movían convulsivamente en torno al pergamino.

—¡Basta ya! —le ordenó Niall. Quitó el rollo a Ordeith y lo alisó lo mejor que pudo—. No dispongo de tantas reproducciones de este hombre como para poder permitir que sean destruidas. —La mayor parte del dibujo era sólo una mancha, y el pergamino estaba desgarrado a la altura del pecho del joven, pero la cara había quedado milagrosamente intacta.

—Perdonadme, gran señor. —Ordeith efectuó una profunda reverencia, sin abandonar su sonrisa—. Detesto a los Amigos Siniestros.

Niall examinó el rostro plasmado con tiza. «Rand al'Thor de Dos Ríos.»

—Tal vez deba trazar planes en lo concerniente a Dos Ríos. Cuando se fundan las nieves. Tal vez.

—Como desee el gran señor —dijo con suavidad Ordeith.

La mueca que alteraba el rostro de Carridin hizo que todo el mundo lo evitase en su recorrido por los pasillos de la Fortaleza, aun cuando en realidad eran siempre pocos los que propiciaban la compañía de los interrogadores. Los criados, que se apresuraban a acudir a sus quehaceres trataban de confundirse con las piedras de las paredes, e incluso militares con nudos dorados de alto rango en sus blancas capas torcían por corredores laterales al verle la cara.

Abrió de golpe la puerta de sus habitaciones y la cerró de un portazo tras él, sin sentir para nada la satisfacción que habitualmente experimentaba ante las lujosas alfombras de Tarabon y Tear, de lujuriantes colores rojos, dorados y azules, los espejos biselados de Illian, el intrincado follaje dorado labrado en la mesa que ocupaba el centro de la estancia, en cuya elaboración había trabajado casi un año un maestro artesano de Lugard. En aquella ocasión apenas si la vio.

—¡Sharbon! —Por raro que pareciera, su criado personal no hizo acto de presencia, aunque supuestamente estaba acondicionando las habitaciones—. ¡La luz te consuma, Sharbon! ¿Dónde estás?

Por el rabillo percibió un amago de movimiento y se volvió para descargar una sarta de maldiciones contra Sharbon. Los improperios murieron en su boca cuando un Myrddraal dio otro paso hacia él con la sinuosa gracia de una serpiente.

Tenía la figura de un hombre de estatura normal, pero allí acababa toda semblanza humana. La ropa y la capa, más negras que el carbón y que no parecían agitarse con sus movimientos, conferían a la blancura larvaria de su piel un tono aún más pálido. Y no tenía ojos. Aquella mirada vacua imbuyó de terror a Carridin, al igual que había aterrorizado a miles de humanos antes que a él.

—¿Qué…? —Carridin se interrumpió para tratar de aliviar la sequedad de la boca y recuperar el registro normal en la voz—. ¿Qué hacéis aquí? —Su tono seguía sonando agudo.

Los exangües labios del Semihombre se curvaron, esbozando una sonrisa.

—Donde hay sombra, allí puedo ir yo. —Su voz sonaba igual que una serpiente arrastrándose sobre hojarasca seca—. Me gusta mantener vigilados a todos cuantos me sirven.

—Yo sir…

No había manera. Carridin desvió con esfuerzo los ojos de aquella fina y palidísima cara y le dio la espalda. Un escalofrío le recorrió la columna, al pensar que estaba de espaldas a un Myrddraal. Todo parecía nítido en el espejo de la pared que tenía enfrente. Todo salvo el Semihombre. Éste era una mancha borrosa, cuya perturbadora visión era, no obstante, preferible a haber de sostenerle la mirada. La voz de Carridin recobró una pequeña parte de su aplomo.

—Yo sirvo a… —Calló, tomando repentina conciencia del lugar donde se hallaba. En el corazón de la Fortaleza de la Luz. El rumor de un susurro de las palabras que estaba a punto de pronunciar lo harían caer en la Mano de la Luz. El más humilde de los Hijos lo fulminaría en el acto si lo oyera. Estaba solo, descontando al Myrddraal y tal vez a Sharbon. («¿Dónde está ese condenado hombre?» Sería bueno tener a alguien con quien compartir la mirada del Semihombre, aun cuando después hubiera de liquidarlo.) Pero de todas formas bajó la voz—. Yo sirvo al Gran Señor de la Oscuridad, al igual que vos. Ambos somos servidores.

—Si os complace considerarlo de este modo. —El Myrddraal exhaló una carcajada que heló los huesos a Carridin—. Aun así, pienso averiguar por qué os halláis aquí y no en el llano de Almoth.

—El…, el propio capitán general me mandó venir expresamente aquí.

—¡Las palabras de vuestro señor capitán general son basura! —contestó el Myrddraal con un rechinar de dientes—. Se os ordenó buscar al humano llamado Rand al'Thor y matarlo. Eso ante todo. ¡Por encima de todo lo demás! ¿Por qué no obedecéis?

Carridin respiró a fondo. Sentía aquella mirada fija en la espalda, como la hoja de un cuchillo recorriéndole la espina dorsal.

—Las cosas… han cambiado. Algunas cuestiones han escapado a mi control. —Un discordante sonido, como de raspadura, le hizo volver bruscamente la cabeza.

El Myrddraal pasaba la mano sobre la mesa y sus uñas arrancaban finas ralladuras de madera.

—Nada ha cambiado, humano. Renunciasteis a los juramentos prestados a la Luz y pronunciasteis otros nuevos y serán éstos los que vais a cumplir.

Carridin observó los surcos que estropeaban la pulida superficie de madera y tragó saliva.

—No comprendo. ¿Por qué de pronto es tan importante matarlo? Pensaba que el Gran Señor de la Oscuridad quería utilizarlo.

—¿Me interrogáis a mí? Debería arrancaros la lengua. No os corresponde a vos preguntar, ni tampoco comprender. ¡Solamente os corresponde obedecer! Vais a ser un ejemplo de sumisión para los perros. ¿Entendéis eso? Seguid al amo, perro, y obedeced sus órdenes.

La rabia se abrió camino entre el miedo, y la mano de Carridin tentó su costado, pero su espada no estaba allí. Se hallaba en la habitación contigua, donde la había dejado cuando se disponía a acudir a presencia de Pedron Niall.

El Myrddraal se movió con mayor celeridad que una víbora al atacar. Carridin abrió la boca para gritar cuando la mano del Semihombre le atenazó la muñeca; los huesos entrechocaron, transmitiendo espasmos de dolor al brazo. Pero ningún grito brotó de su boca, pues el Myrddraal le había agarrado la barbilla con la otra mano y lo obligó a cerrar la boca. Sus talones se levantaron, y luego los dedos se despegaron del suelo. Gruñendo y balbuciendo, quedó colgado a merced del Myrddraal.

—Escuchadme, humano. Encontraréis a ese joven y lo mataréis lo más rápido posible. No creáis que podéis fingir. Existen otros hijos de los vuestros que me dirán si os desviáis de vuestros propósitos. Pero yo os revelaré algo para animaros. Si ese Rand al'Thor sigue vivo dentro de un mes, tomaré a alguien de vuestra familia. Un hijo, una hija, un hermano, un tío. No lo sabréis hasta que el elegido haya perecido gritando. Si vive un mes más, mataré a otro. Luego a otro, y a otro más. Y, cuando no quede nadie de vuestra sangre vivo excepto vos, si aún sigue vivo, os llevaré a vos hasta el mismo Shayol Ghul. —Sonrió—. Tardaréis años en morir, humano. ¿Me comprendéis ahora?

Carridin emitió un sonido, entre un gemido y un gruñido. Temía que se le fuera a romper el cuello.

El Myrddraal lo arrojó al otro lado de la habitación. Carridin chocó contra la pared, se deslizó, aturdido, hasta la alfombra y permaneció boca abajo, tratando de recobrar el aliento.

—¿Me comprendéis, humano?

—Es… escucho y obedezco —logró articular, en el suelo, Carridin. No recibió respuesta.

Giró la cabeza, haciendo una mueca a causa del dolor que le martirizaba el cuello. En la habitación no había nadie salvo él. Los Semihombres cabalgaban las sombras como si fueran caballos, según afirmaban las leyendas, y, cuando se volvían a un lado, desaparecían. No había pared capaz de cortarles el paso. Carridin sentía deseos de sollozar. Se levantó trabajosamente, maldiciendo el dolor que aún le atormentaba

la muñeca.

La puerta se abrió, y el gordezuelo Sharbon entró con un cesto en los brazos y se paró, mirando fijamente a Carridin.

—Amo, ¿os encontráis bien? Perdonadme por no estar aquí, amo, pero he ido a comprar fruta para vuestra…

Con la mano ilesa, Carridin golpeó el cesto y, mientras las arrugadas manzanas de invierno rodaban por las alfombras, abofeteó al criado.

—Perdonadme, amo —susurró Sharbon.

—Ve a buscarme papel, pluma y tinta —gruñó Carridin—. ¡Deprisa, idiota! Debo enviar órdenes.

«¿Pero cuáles? ¿Cuáles?» Mientras Sharbon se apresuraba a obedecer, Carridin clavó la mirada en las marcas de la mesa y se estremeció.

1




La espera

La Rueda del Tiempo gira, y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la Tercera Era por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en las Montañas de la Niebla. El viento no fue el inicio, pues no existen comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un inicio.

El viento barrió largos valles que la niebla matinal suspendida en el aire teñía de azul, unos poblados de coníferas y otros de suelo pelado en donde pronto brotarían la hierba y las flores. Cruzó aullando ruinas medio enterradas y monumentos derruidos, caídos en un olvido tan absoluto como aquellos que los habían construido. Gimió en los puertos, erosionadas quebradas entre picos tocados por nieves perpetuas que se confundían con el anillo de tupidas nubes blancas aferradas a ellas.

En las tierras bajas el invierno tocaba a su fin, pero allí en las montañas aún prolongaba su dominio, cubriendo las laderas de extensos mantos blancos. Solamente los árboles de hoja perenne conservaban el follaje; el resto de las ramas se recortaban desnudas, grises o pardas, sobre el rocoso terreno que aún seguía en las garras del frío. No se oía más sonido que el vigoroso roce del viento contra la nieve y la piedra. La tierra parecía estar esperando. Esperando a que algo estallara.

Montado en su caballo justo en la orilla de un bosquecillo de cedros y pinos, Perrin Aybara se estremeció y se arrebujó en la capa forrada de piel, apretándola contra sí tanto como le permitieron el largo arco que llevaba en una mano y la gran hacha en forma de media luna que llevaba prendida en la cintura. Era una buena hacha de acero; Perrin había accionado los muelles el día en que maese Luhhan la había forjado. El viento le azotó la capa, le bajó la capucha, dejando a la intemperie sus enmarañados rizos, y se filtró por la tela de su chaqueta; movió los dedos de los pies dentro de las botas para calentarlos y cambió de posición sobre la silla de elevado arzón, pero su pensamiento no se ocupaba realmente del frío. Miró a sus cinco compañeros y se preguntó si ellos también lo sentían. No la espera en ese lugar al que los habían enviado, sino otra cosa distinta.

Brioso, su caballo, caracoleó y sacudió la cabeza. Le había puesto ese nombre por su velocidad, pero ahora el pardo semental parecía percibir la irritación e impaciencia de su jinete. «Estoy cansado de tanto esperar, de tanto permanecer sentado mientras Moraine nos retiene con la fuerza de unas tenazas. ¡Condenadas Aes Sedai! ¿Cuándo acabará todo esto?»

Husmeó el aire sin pensarlo. El olor predominante era el de los caballos, y el de los hombres y el sudor de hombres. Un conejo había pasado hacía poco corriendo por entre aquellos árboles, espoleado por el miedo, pero el zorro que lo perseguía no lo había matado allí. Cobró conciencia de lo que estaba haciendo y puso fin a tal actividad. «Cualquiera diría que se me habría de tapar la nariz con todo este viento.» Casi anheló padecer un catarro. «Y tampoco entonces permitiría que Moraine intentara curármelo.»

Algo pugnaba por abrirse camino en su mente, algo que él se negaba a definir, una sensación de la que no hizo partícipes a sus compañeros.

Los otros cinco hombres también estaban sentados sobre sus monturas, con los arcos aprestados, escrutando el cielo y las laderas de escasa vegetación que descendían bajo ellos, impasibles ante el viento que les agitaba las capas como si de estandartes se tratara. Sobre el hombro de cada uno de ellos asomaba por una ranura de la capa el puño de una espada de doble asimiento. La visión de sus cabezas rapadas, desprovistas de todo cabello salvo el de las extravagantes colas de caballo que llevaban, hacía sentir aún más frío a Perrin. Para ellos, ese tiempo era el de la primavera entrada. Toda flaqueza les había sido arrancada a golpes de martillo en una forja mucho más dura que las que él conocía. Eran shienarianos, de las Tierras Fronterizas del norte que bordeaban la Gran Llaga, donde las incursiones de los trollocs podían producirse cualquier noche y donde incluso un mercader o un campesino podía verse obligado a utilizar una espada o un arco. Y aquellos hombres no eran granjeros, sino soldados casi desde la cuna.

En ocasiones lo maravillaba la deferencia que mostraban hacia él y la autoridad que le otorgaban. Era como si creyeran que él poseía algún derecho especial, algún conocimiento impenetrable para ellos. «O quizá sólo se deba a mis amigos», pensó sarcásticamente. No eran tan altos como él, ni tan fornidos —los años que había pasado como aprendiz de herrero le habían desarrollado los brazos y hombros hasta el punto de que su complexión solía doblar la de la mayoría de los hombres— pero había comenzado a afeitarse cada día para atajar sus bromas respecto a su juventud. Eran bromas amistosas, pero bromas al fin y al cabo. Y ahora no daría pie a otras poniéndose a hablar de sensaciones.

Perrin recordó, con un sobresalto, que se suponía que él también debía mantener la vigilancia. Comprobando que tenía una flecha aprestada en su largo arco, escudriñó el valle que se ensanchaba hacia el oeste, con el suelo veteado de anchas y

sinuosas cintas de nieve, vestigios del invierno. La mayoría de los árboles allí diseminados todavía arañaban el cielo con su desnudo ramaje invernal, pero en las pendientes y en el lecho del valle había suficientes especies de hoja perenne —pinos, cedros, abetos, acebos y enebros— como para cobijar a alguien escondido bajo su ramaje. Nadie se encontraría, no obstante, allí sin tener un propósito que cumplir. Las minas estaban ubicadas a mucha distancia en dirección sur o incluso más al norte; la gente solía pensar que las Montañas de la Niebla eran un lugar de mal agüero y muy pocas personas se aventuraban a entrar en ellas si podían evitarlo. Los ojos de Perrin relucían como oro bruñido.

El cosquilleo mental se convirtió en comezón. «¡No!»

Era capaz de mantener a raya el escozor, pero la expectación seguía allí. Como si estuviera balanceándose al borde de algo desconocido. Como si todo estuviera suspendido. Se planteó la posibilidad de que algo estuviera acechando en las montañas que los rodeaban. Existía, tal vez, una manera de averiguarlo. En lugares como aquél, apenas frecuentados por los hombres, había casi siempre lobos. Aplastó el pensamiento antes de que tuviera ocasión de cobrar forma. «Mejor seguir en la duda. Mejor que eso.» No eran numerosos, pero tenían avanzadillas de exploradores. Si había algo en los contornos, ellos lo localizarían. «Ésta es mi herrería; yo me ocuparé de ella y dejaré que ellos se encarguen de la suya.»

Sus ojos, más agudos que los de los demás, fueron los primeros en divisar al jinete que se aproximaba, proveniente de la dirección donde se hallaba Tarabon. Incluso para él, el jinete no era más que una mancha de vivos colores a lomos de una montura que avanzaba, serpenteante, entre los distantes árboles, tan pronto visible como oculta. Un caballo picazo, pensó. «¡Y no se adelanta a la hora prevista!» Abrió la boca para anunciar a la visitante —sería una mujer, como todos los jinetes anteriores—, cuando Masema murmuró de improviso: «¡Un cuervo!», como si profiriera una maldición.

Perrin alzó rápidamente la cabeza. Un gran pájaro negro oscilaba sobre las copas de los árboles a menos de cien metros de distancia. Tal vez iba en pos de una presa, algún animalillo o carroña medio enterrada en la nieve, pero Perrin no quiso correr el riesgo de comprobarlo. Aunque no parecía haberlos visto, el jinete pronto sería plenamente visible. En el mismo instante en que localizaba al animal, su arco se levantó y él tensó la cuerda, con las plumas pegadas a la mejilla, y la soltó con celeridad y desenvoltura. Apenas si advirtió el restallido de otras cuerdas de arco a su lado, pues su atención se fijaba enteramente en la negra ave.

De súbito, al acertarlo su flecha, el animal dio una voltereta que provocó una lluvia de plumas y descendió dando tumbos al tiempo que otros dos proyectiles volaron por el lugar que segundos antes había ocupado. Con los arcos a medio tensar, los otros shienarianos escrutaron el cielo para ver si tenía un compañero.

—¿Tiene que ir a informar —se interrogó quedamente Perrin— o… él… ve lo que el cuervo ve?

Pese a que no había dirigido la pregunta a nadie, Ragan, el más joven de los shienarianos, el cual le llevaba menos de diez años, le respondió en tanto encajaba otra flecha en su corto arco.

—Debe ir a informar. A un Semihombre, normalmente. —En las Tierras Fronterizas se pagaban recompensas por abatir cuervos, pues allí nadie osaba suponer que un cuervo no era más que un pájaro—. Luz, si la Ponzoña del Corazón viera lo que ven los cuervos, todos habríamos perecido antes de llegar a las montañas. —La voz de Ragan no denotaba la más mínima aprensión; aquélla era una cuestión puramente cotidiana para un soldado shienariano.

Perrin se estremeció, sin que el frío tuviera nada que ver en ello, y en lo más recóndito de su mente algo emitió un gruñido de desafío a la muerte. Ponzoña del Corazón. Diferentes nombres en diferentes tierras —Ponzoña del Alma y Colmillo del Corazón, Señor de la Tumba y Señor del Crepúsculo— y en todas partes Padre de las Mentiras y el Oscuro, denominaciones que invariablemente tenían la finalidad de evitar pronunciar su verdadero nombre y atraer su atención. El Oscuro utilizaba a menudo cuervos y grajos, y ratas en las ciudades. Perrin sacó otra flecha de ancha punta de la aljaba que pendía sobre su cadera para equilibrar el peso del hacha suspendida en el otro lado.

—Aunque sea tan grande como un garrote —observó con tono admirativo Ragan, lanzando una ojeada al arco de Perrin—, es capaz de disparar. No me gustaría ver lo que le puede hacer a un hombre protegido con armadura. —Los shienarianos sólo llevaban entonces una ligera cota de mallas bajo las sencillas capas, pero normalmente luchaban con armadura, tanto el jinete como su caballo.

—Demasiado largo para montar a caballo —gruñó Masema. La cicatriz triangular que marcaba su oscura mejilla acentuó su mueca de desdén—. Un buen peto pararía incluso una flecha gruesa como una estaca salvo si se dispara de cerca, y, si no se acierta el primer tiro, el hombre al que se dispara tendrá ocasión de arrancarle a uno las entrañas de cuajo.

—No estés tan seguro, Masema. —Ragan se relajó un poco al comprobar que nada surcaba el cielo. El cuervo debía de ir solo—. Apuesto a que con este arco de Dos Ríos no tienes que acercarte tanto. —Masema abrió la boca.

—¡Vosotros dos, parad de darle a la lengua! —espetó Ino, a quien la larga cicatriz que le atravesaba el costado izquierdo de la cara y el hecho de ser tuerto conferían un aspecto extremadamente fiero, incluso tratándose de un shienariano. En otoño, de camino a las montañas, se había comprado un parche pintado y el ojo rojo permanentemente entornado dibujado en él no reducía en nada la tensión de quien había de sostenerle la mirada—. Si sois tan jodidos que no sabéis mantener la

atención en el trabajo, veré si una prolongación de las malditas guardias de noche os pone en vuestro sitio. —Ragan y Masema se apaciguaron e Ino les asestó una última y ceñuda mirada que suavizó antes de volverse hacia Perrin—. ¿Todavía no veis nada? —Su tono era algo más brusco del que habría utilizado para dirigirse a un superior designado por el rey de Shienar o el Señor de Fal Dara y, con todo, expresaba una aceptación tácita a cualquier sugerencia que pudiera expresar Perrin.

Los shienareses sabían cuán lejos veía, pero parecían tomar aquel fenómeno como algo natural, e igual actitud adoptaban respecto al color de sus ojos. Aunque no lo sabían todo de él, ni mucho menos, lo aceptaban tal cual era. O como creían que era. Daban la sensación de aceptarlo todo. El mundo cambiaba, decían. Todo giraba en las ruedas del cambio. ¿Qué importaba ahora que alguien tuviera los ojos de un color como jamás los había tenido hombre alguno?

—Ya llega —anunció Perrin—. Ahora la veréis. Allí.

Señaló, e Ino se inclinó hacia adelante escrutando con su ojo sano, hasta que finalmente asintió con aire dubitativo.

—Hay alguna jodida cosa que se mueve allá abajo.

Algunos murmuraron y asintieron también. Ino les dirigió entonces una fulminante mirada, y todos volvieron a centrar la vista en el cielo y las montañas.

Perrin cayó en la cuenta del significado de los llamativos colores del distante jinete. Una falda de verde chillón sobresalía bajo una capa de encendido color rojo.

—Pertenece al Pueblo Errante —dedujo, desconcertado, razonando que nunca había oído hablar de nadie que no fuera gitano y llevara por elección propia una combinación tan abigarrada y estrambótica de ropa.

Las mujeres que de tanto en tanto habían recibido y guiado hasta lo más intrincado de las montañas eran de todo estamento y condición: una mendiga vestida con harapos que caminaba penosamente entre una tormenta de nieve; una mercader que conducía ella sola una retahíla de caballos cargados con mercancías; una dama ataviada con seda y lujosas pieles, montada en un palafrén con riendas adornadas con borlas rojas y una silla con incrustaciones de oro. La pedigüeña había partido con una bolsa de plata: un capital que Perrin consideró excesivo para sus posibilidades, hasta que la dama les dejó una bolsa aún más abultada de oro. Mujeres de todas las edades, siempre solas, procedentes de Tarabon, Ghealdan e incluso Amadicia. Aun así, jamás esperó ver a un miembro de los Tuatha'an.

—¿Una condenada gitana? —se extrañó Ino.

Los demás emitieron exclamaciones, expresando idéntica sorpresa.

—Una gitana no debería mezclarse en esto —sentenció Ragan, agitando la cola al sacudir la cabeza—. Quizá no sea una gitana, o no sea la persona con quien debemos reunirnos.

—Gitanos —gruñó Masema—. Un hatajo de cobardes inútiles.

Ino entornó el ojo hasta que no fue más que una rendija, que, sumada al ojo pintado del parche, le confirió un aspecto atroz.

—¿Cobardes, Masema? —dijo en voz baja—. Si fueras una mujer, ¿tendrías el condenado coraje de venir cabalgando hasta aquí, solo y sin una maldita arma?

No había duda de que no iba armada si era una Tuatha'an. Masema mantuvo la boca cerrada, pero la cicatriz se destacó, tensa y pálida, en su mejilla.

—Que me aspen si lo haría —contestó por él Ragan—. Y que te aspen a ti también, si lo hicieras, Masema. —El interpelado se apretó la capa y se puso a mirar ostentosamente el cielo.

—Quiera la Luz que ese maldito comedor de carroña estuviera solo —murmuró Ino tras exhalar un bufido.

Lentamente, la peluda yegua marrón y blanca se aproximaba a ellos, dando rodeos para evitar las acumulaciones de nieve. En cierto punto la mujer vestida de forma tan abigarrada se detuvo para observar el suelo y después se caló más la capucha y, espoleando su montura, reemprendió su marcha. «El cuervo —pensó Perrin—. Dejad de mirar ese pájaro y venid, mujer. Quizá vos nos traigáis la noticia que nos permita al fin salir de aquí. Si es que Moraine quiere dejarnos marchar antes de la primavera. ¡La Luz la consuma!» Por un momento no supo si se refería a la Aes Sedai o a la gitana que parecía tomarse con tanta calma su viaje.

Si continuaba en la misma dirección, la mujer pasaría a unos veinticinco metros de distancia del bosquecillo. Con la vista fija en el terreno que pisaba su caballo picazo, no daba muestras de haberlos visto entre los árboles.

Perrin espoleó los flancos del pardo semental con los talones y éste partió raudo, levantando salpicaduras de nieve con los cascos.

—¡Adelante! —ordenó quedamente tras él Ino.

Brioso había cubierto ya la mitad del trecho que los separaba, cuando ella pareció advertir su presencia, y entonces refrenó de un tirón la yegua y se detuvo bruscamente. Unos bordados de azul chillón, que seguían el tipo de diseño llamado «laberinto teariano», hacían aún más llamativa su roja capa. No era joven —el cabello que asomaba bajo la capucha era gris— pero su rostro apenas tenía arrugas, exceptuando el fruncido ceño con que demostraba su desaprobación por las armas que ellos llevaban. Si se había alarmado al encontrarse con hombres armados en medio de la desolación de las montañas, no dio, no obstante, la menor muestra de ello. Sus manos reposaban tranquilamente en la alta perilla de su gastada pero bien cuidada silla. Y no olía a miedo.

«¡Basta ya!», se dijo Perrin.

—Me llamo Perrin, buena señora. —Procuró imprimir un tono amable a su voz para no asustarla—. Si necesitáis ayuda, haré cuando esté en mis manos. De lo contrario, proseguid con el amparo de la Luz. Pero, a menos que los Tuatha'an hayan

mudado sus costumbres, os halláis muy lejos de vuestros carromatos.

La recién llegada los observó un momento más antes de tomar la palabra. Sus oscuros ojos tenían un aire afable, no infrecuente entre la gente del Pueblo Errante.

—Busco a una… mujer.

La pausa fue casi imperceptible, pero significativa. No buscaba a una mujer, sino a una Aes Sedai.

—¿Tiene nombre esa mujer, buena señora? —preguntó Perrin.

Había representado la misma escena demasiadas veces a lo largo de los últimos meses como para necesitar conocer cuál sería la respuesta, pero hasta el hierro podía salir malparado si no se modelaba con prudencia.

—Se llama… A veces la llaman Moraine. Yo me llamo Leya.

—Os llevaremos hasta ella, señora Leya. Tenemos fuego para calentarnos, y con suerte algo de comida caliente. —No soltó todavía las riendas, sin embargo—. ¿Cómo nos habéis localizado?

Aquella pregunta también la había formulado en múltiples ocasiones, cada vez que Moraine le mandaba ir a aguardar a un sitio concreto a una mujer que sabía que vendría. La respuesta sería la de siempre, pero había de preguntarlo.

Leya se encogió de hombros y respondió con vacilación.

—Sabía… que, si venía en esta dirección, alguien me encontraría y me conduciría hasta ella. Simplemente… lo sabía. Tengo noticias para ella.

Perrin no inquirió por ellas. Las mujeres solamente revelaban a Moraine la información que traían.

«Y la Aes Sedai nos cuenta lo que le conviene», pensó. Las Aes Sedai nunca mentían, pero se decía que la verdad que expresaba una Aes Sedai no era siempre la que uno creía escuchar. «Demasiado tarde para sentir escrúpulos ahora.»

—Por aquí, señora Leya —indicó, apuntando a la montaña.

Encabezados por Ino, los shienarianos iniciaron el ascenso detrás de Perrin y Leya, manteniendo su escrutinio del cielo y el terreno, y los dos últimos con la atención fija en la senda que dejaban a sus espaldas.

Durante un rato cabalgaron en un silencio sólo perturbado por el sonido de los cascos de los caballos que ora quebraban heladas costras de nieve, ora desprendían pedazos de roca al cruzar trechos ya libres del blanco manto. De tanto en tanto Leya lanzaba miradas a Perrin, a su arco, su hacha, su cara, pero no decía nada. El joven se revolvía incómodo y evitaba mirarla. Siempre procuraba dar a los desconocidos las mínimas ocasiones posibles de que pudieran reparar en sus ojos.

—Me ha sorprendido ver a una mujer del Pueblo Errante, teniendo en cuenta las creencias que profesáis —comentó finalmente.

—Es posible oponerse al mal sin obrar con violencia. —Su voz transmitía la simpleza de alguien que expresaba una verdad evidente.

Perrin gruñó agriamente y enseguida murmuró una excusa.

—Sea como decís, señora Leya.

—La violencia daña al agente tanto como a la víctima —aseveró plácidamente Leya—. Por ese motivo nosotros huimos de quienes nos atacan, para protegerlos del daño que recibirían tanto como para preservar nuestra integridad. Si recurriéramos a la violencia para enfrentarnos al mal, pronto desaparecerían las diferencias entre nosotros y nuestros enemigos. Es con la fortaleza de nuestras convicciones con lo que luchamos contra la Sombra.

Perrin no pudo reprimir un bufido.

—Señora, espero que nunca tengáis que hacer frente a los trollocs con la fortaleza de vuestras convicciones. La fuerza de sus espadas os abatiría en el acto.

—Es preferible morir a… —comenzó a argüir, pero la rabia lo indujo a interrumpirla. Le daba rabia que estuviera tan ciega, que estuviera realmente dispuesta a morir con tal de no causar daño a nadie, por más maléfico que fuera.

—Si echáis a correr, os perseguirán y os darán muerte y devorarán vuestro cadáver. O tal vez no esperen hasta que seáis un cadáver. De todas formas, acabáis muerta, y es el mal quien sale vencedor. Y existen hombres igual de crueles que ellos, Amigos Siniestros y otros que no lo son. Estos últimos son mucho más numerosos de lo que hubiera aceptado creer hace tan sólo un año. Esperad a que los Capas Blancas decidan que los gitanos no seguís la senda de la Luz y veréis a cuántos de vosotros preserva la vida la fortaleza de vuestras creencias.

—Y, sin embargo, no sois feliz con vuestras armas —observó la Tuatha'an, dirigiéndole una penetrante mirada.

¿Cómo lo sabía? Sacudió la cabeza con irritación, haciendo oscilar su enmarañado pelo.

—Fue el Creador quien creó el mundo —murmuró—, y no yo. Debo vivir lo mejor que pueda en el mundo, tal como es.

—Parecéis muy triste para ser tan joven —señaló ella quedamente—. ¿Por qué tanta tristeza?

—Debería estar vigilando en lugar de charlar —contestó, evasivo—. Si perdiéramos el camino, no me lo agradeceríais.

Hizo avanzar a *Brioso* lo bastante como para atajar cualquier posibilidad de reanudar la conversación, pero sentía la mirada de la mujer clavada en él. «¿Triste? No estoy triste, sólo… Luz, no lo sé. Debería existir una vía mejor, eso es todo.» El apremiante hormigueo volvió a solicitar su atención pero, absorto en hacer caso omiso de la mirada de Leya, lo ahuyentó de su mente.

Remontaron la pendiente de la montaña y descendieron hacia un valle cubierto de árboles surcado por un ancho arroyo de frías aguas que los caballos vadearon hundidos hasta las rodillas. En la lejanía se erguía una montaña en cuyo costado

habían esculpido la semblanza de dos descomunales formas. Perrin pensaba que debían de ser un hombre y una mujer, aun cuando el viento y la lluvia los hubieran desdibujado hasta el punto de que no eran reconocibles como tales. Incluso Moraine admitía su incertidumbre respecto a quiénes eran o a la época en que habían tallado el granito.

Espinosillos y pequeñas truchas se apartaron veloces de los cascos de los caballos, despidiendo destellos plateados entre las claras aguas. Un ciervo dejó de pacer y alzó la cabeza, titubeó observando al grupo que salía del río y luego fue a refugiarse, dando saltos, en la espesura. Un gran gato montés con rayas grises y manchas negras pareció brotar del suelo, molesto por su inoportuna presencia, y, tras mirar un momento los caballos, desapareció en pos del ciervo agitando violentamente la cola. Todavía se percibían, sin embargo, pocas señales de vida en las montañas. Sólo unos cuantos pájaros se encaramaban en las ramas o picoteaban en el suelo en los lugares donde se había fundido la nieve. Dentro de unas semanas, otras especies regresarían a las montañas, pero aún no había llegado el momento propicio. No vieron más cuervos.

Era entrada la tarde cuando Perrin los guió hasta una quebrada flanqueada por dos escabrosas pendientes coronadas por nevadas cimas envueltas, como siempre, en nubes y prosiguió camino en dirección contraria a un arroyo menos caudaloso que bajaba salpicando las piedras grises y se derramaba en las diminutas cascadas causadas por el desnivel del terreno. Un pájaro cantó en los árboles y otro le respondió más arriba.

Perrin sonrió. Eran trinos de pinzón, un animal de las Tierras Fronterizas. Nadie pasaba por ese desfiladero sin ser visto. Se frotó la nariz y desdeñó mirar el árbol donde había sonado la llamada del primer «pájaro».

El camino se hizo más angosto cuando se adentraron por entre achaparrados abedules y unos pocos nudosos robles de montaña. El terreno llano que quedaba para pasar al lado del riachuelo sólo permitía proseguir en fila india, y el cauce era tan estrecho que un hombre alto podía cruzarlo de una zancada.

Perrin oyó cómo Leya murmuraba detrás de él y, al volverse, vio que lanzaba inquietas miradas a las empinadas laderas que se alzaban a uno y otro lado. Los escasos árboles se aferraban precariamente a ellas, y parecía imposible que no fueran a caer. Los shienarianos cabalgaban tranquilamente, por fin relajados.

De improviso se abrió ante ellos una cuenca ovalada entre las montañas, rodeada de pendientes menos abruptas que las del desfiladero. El arroyo brotaba de un pequeño manantial situado en el otro extremo. Gracias a su agudeza visual, Perrin advirtió un hombre con la cola de caballo propia de un shienariano entre las ramas de un roble a su izquierda. Si en lugar de un pinzón hubiera sido un arrendajo de alas rojas el que hubiera cantado, no habría estado solo, y no habría sido tan fácil entrar

allí. Un puñado de hombres podían impedir el paso de un ejército en aquella angostura. En caso de que llegara un ejército, así habría de ser.

Entre los árboles que rodeaban la hondonada se alzaban cabañas de troncos, confundidas de tal forma con el paisaje que, a primera vista, parecía que la gente reunida en torno a las hogueras en el fondo de la depresión acampaban allí sin el resguardo de ninguna clase de techo. Había algo menos de una docena de personas. Y más o menos otra docena que no estaban visibles en aquel momento, según sabía Perrin. La mayoría de ellos alzaron la vista al oír el sonido de los cascos y algunos saludaron con la mano. La hondonada parecía ocupada hasta el borde con los olores a hombre y a caballos, a comida y leña quemada. Un largo estandarte blanco colgaba, desmayado, de una larga vara próxima a ellos. Una figura, de una altura que como mínimo doblaba la de cualquier humano, permanecía sentada en un tronco, absorta en la lectura de un libro que resultaba diminuto en sus gigantescas manos, y no desplazó ni por un instante la atención de él, ni siquiera cuando la única persona que no llevaba cola de caballo gritó:

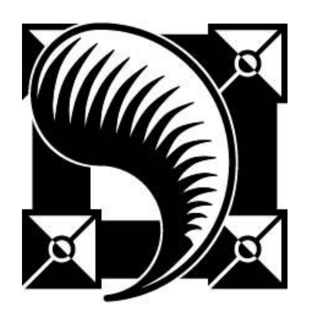
—La habéis encontrado, ¿eh? Pensaba que esta vez pasaríais la noche afuera. —Era la voz de una mujer joven, pero iba vestida con capa y calzones de hombre y llevaba el pelo corto.

Una ráfaga de viento barrió la concavidad con un revuelo de capas y desplegó el estandarte. Por un momento la criatura representada en él pareció cabalgar en el aire. Era una serpiente de cuatro patas cubierta de escamas doradas y azules, con una dorada melena semejante a la de un león y los pies rematados en cinco garras doradas. Era un estandarte legendario, una enseña que la mayoría de los hombres no reconocerían si la vieran, pero que temerían al averiguar su nombre.

Perrin lo abarcó todo con un ademán mientras bajaban hacia la hondonada.

—Bienvenida al campamento del Dragón Renacido, Leya.

2



Saidin

Con rostro inexpresivo, la Tuatha'an observó el estandarte que ya dejaba de ondear y después centró la atención en la gente instalada alrededor del fuego, en especial en el individuo que leía, el personaje que doblaba en altura y corpulencia a Perrin.

—Tenéis a un Ogier con vosotros. No habría imaginado… —Sacudió la cabeza—. ¿Dónde está Moraine Sedai? —Habríase dicho que el estandarte del Dragón no existía por lo que a ella concernía.

Perrin señaló la tosca cabaña que se hallaba en lo más alto de la ladera, en la otra punta de la hondonada. Con las paredes y el inclinado tejado construidos con troncos sin descortezar era la de mayores dimensiones, aunque no pasaba de ser una choza.

—Ésa es la suya, la suya y de Lan. Lan es su Guardián. Cuando hayáis tomado algo caliente…

—No. Debo hablar con Moraine.

A Perrin no le sorprendió su apremio. Todas las mujeres habían insistido en hablar inmediatamente con Moraine, y a solas. Las noticias que Moraine accedía a compartir con el resto de ellos no siempre parecían importantes, pero las visitantes transmitían la intensidad de un cazador persiguiendo el último conejo del mundo para alimentar a su hambrienta familia. La anciana mendiga casi congelada había rechazado las mantas y el plato de estofado caliente que le habían ofrecido y había subido con paso pesado hasta la cabaña de Moraine, descalza en medio de la nevada que caía.

Leya desmontó y entregó las riendas a Perrin.

—¿Querréis darle de comer? —Palmeó el hocico de la yegua picaza—. Piesa no está acostumbrada a llevarme por terreno tan escabroso.

—El forraje aún es escaso —respondió Perrin—, pero le daremos lo que podamos.

Leya asintió y se alejó presurosa por la ladera sin añadir nada más, sosteniendo

con la mano la llamativa falda verde y la capa roja bordada de azul ondulando tras ella.

Perrin bajó del caballo y cruzó algunas palabras con los hombres que acudieron a hacerse cargo de las monturas. Confió el arco al mismo que se llevó a *Brioso*. No, a excepción del cuervo, no habían visto nada salvo montañas y la mujer Tuatha'an. Sí, el cuervo estaba muerto. No, no les había contado nada de lo que sucedía más allá de aquellas cumbres. No, no tenía idea de si se irían pronto.

«O nunca», agregó para sí. Moraine los había tenido allí todo el invierno. Los shienarianos no tenían conciencia de que fuera ella quien daba las órdenes, pero Perrin sabía que las Aes Sedai siempre se las componían para salirse con la suya. Sobre todo Moraine.

Cuando se hubieron llevado los caballos al rudimentario establo de troncos, los jinetes fueron a calentarse. Perrin se echó la capa sobre los hombros y alargó con placer las manos hacia las llamas. La gran olla, fabricada en Baerlon a juzgar por su aspecto, desprendía olores que hacía rato que le hacían la boca agua. Al parecer, alguien había tenido suerte en la caza ese día, y alrededor de otra hoguera cercana había unas nudosas raíces que despedían un aroma similar al de los nabos asados. Arrugó la nariz y se concentró en el estofado. Su preferencia por la carne era cada vez más acentuada.

La mujer vestida de hombre miraba en dirección a Leya, que en aquel momento entraba en la cabaña de Moraine.

—¿Qué ves, Min? —preguntó.

La joven se aproximó a él, con expresión turbada en sus oscuros ojos. No entendía por qué insistía en llevar calzones en lugar de faldas. Tal vez era porque él la conocía, pero no imaginaba cómo podía haber alguien que al mirarla viera a un joven sospechosamente atractivo en lugar de a una hermosa mujer.

—La gitana morirá —repuso quedamente, mirando de soslayo al resto de los reunidos junto al fuego. Ninguno se hallaba lo bastante cerca para oírla.

Se quedó callado, pensando en el bondadoso semblante de Leya. «¡Ah, Luz! ¡Los gitanos nunca hacen daño a nadie!» Sintió frío a pesar de la proximidad del fuego. «Maldición, ojalá no hubiera preguntado nada.» Incluso las pocas Aes Sedai que tenían noticia del fenómeno, no comprendían lo que hacía Min. En ocasiones percibía imágenes y aureolas en torno a la gente y a veces hasta llegaba a interpretar su significado.

Masuto se acercó para remover el estofado con una larga cuchara de palo. El shienariano les dedicó una breve mirada y después se llevó un dedo hasta su larga nariz y esbozó una ancha sonrisa antes de irse.

—¡Rayos y truenos! —murmuró Min—. Seguramente se le ha antojado que somos enamorados que nos susurramos tiernas palabras al oído junto al fuego.

—¿Estás segura? —preguntó Perrin. La joven enarcó una ceja y entonces se apresuró a precisar—: Sobre lo de Leya.

—¿Se llama así? Ojalá no lo supiera. Siempre es peor saberlo y no tener ninguna posibilidad de… Perrin, he visto su propia cara flotando sobre sus hombros, cubierta de sangre y con los ojos desorbitados. Nunca lo percibo con mayor claridad. —Se estremeció y se frotó vigorosamente las manos—. Luz, qué ganas tengo de ver cosas más risueñas. Parece que todo lo alegre se ha esfumado.

Perrin abrió la boca con intención de sugerir que avisaran a Leya, pero la volvió a cerrar. Nunca cabía duda acerca de la veracidad de lo que Min veía y presentía, ya fuera bueno o malo. Si ella estaba segura, se hacía realidad.

—Sangre en su cara —murmuró—. ¿Significa que morirá de forma violenta?

Pestañeó al advertir con qué facilidad lo había dicho. «¿Pero qué puedo hacer? Si prevengo a Leya, si de algún modo consigo que me crea, vivirá con temor los días que le quedan, y ello no cambiará nada.»

Min realizó un gesto afirmativo con la cabeza.

«Si va a morir de forma violenta, podría ser en el curso de un ataque al campamento.» Pero había exploradores que salían cada día y guardias apostados día y noche. Y Moraine había puesto una salvaguarda en el campamento o así lo afirmaba; ninguna criatura del Oscuro lo vería a menos que llegara a poner los pies directamente en él. Pensó en los lobos. «¡No!» Los exploradores descubrirían a cualquiera que tratara de acercarse a su asentamiento.

—Tiene un largo camino para volver con su gente —dijo casi para sí—. Los gitanos no deben de haber llevado sus carromatos más allá de la falda de las colinas. Podría ocurrirle cualquier cosa de regreso a ellos.

Min asintió con tristeza.

—Y no somos lo bastante numerosos como para poder ofrecerle siquiera un hombre para protegerla. Incluso si eso fuera a servir de algo.

Se lo había explicado; había intentado avisar a la gente de las desgracias que se abatían sobre ellos cuando, a la edad de seis o siete años, se había dado cuenta de que no todo el mundo percibía lo que ella veía. Aunque no lo había precisado, Perrin tenía la impresión de que sus advertencias sólo habían servido para empeorar las cosas, en los casos en que alguien les había dado crédito. Era difícil creer en las facultades visionarias de Min hasta no tener una prueba.

—¿Cuándo? —inquirió.

La palabra sonó glacial en sus propios oídos, dura como una herramienta de acero. «No puedo hacer nada para salvar a Leya, pero quizá pueda descifrar cuándo nos van a atacar.»

En cuanto hubo hecho la pregunta, la mujer se llevó las manos a la cabeza.

—No funciona así —dijo, hablando en voz baja—. Nunca puedo prever cuándo

va a ocurrir algo. Sólo sé que ocurrirá, y eso en el supuesto de que conozca el significado. No lo comprendes. La visión no se produce cuando yo quiero, ni tampoco su interpretación. Simplemente se produce, y a veces sé interpretarla… en parte. Es algo que se da sin más. —Perrin trató de calmarla, pero las palabras salían de su boca como un torrente arrollador—. Un día veo cosas alrededor de un hombre y al siguiente no, o a la inversa. La mayoría de las ocasiones, no percibo nada en torno a nadie. Las Aes Sedai siempre tienen imágenes que las circundan, desde luego, y los Guardianes, aunque es siempre más complicado definir su significado con ellos que con el resto de la gente. —Dirigió una escrutadora mirada a Perrin, entrecerrando los ojos—. Hay algunas otras personas, muy pocas, que también tienen una aureola constante.

—No me digas lo que ves al mirarme —advirtió con aspereza.

Luego encogió los anchos hombros. Incluso de niño había sido ya más corpulento que los demás, y pronto había comprobado cuán fácil era causar involuntariamente daño a sus compañeros si no controlaba su fuerza. Ello le había hecho desarrollar un carácter prudente y meticuloso que refrenaba la furia y lamentaba sucumbir a sus arrebatos.

—Lo siento, Min. No he debido hablarte así. No era mi intención herirte.

—No me has herido —le aseguró la muchacha, mirándolo con sorpresa—. Sólo existen unos cuantos elegidos que quieren enterarse de lo que veo. Sabe la Luz que yo no lo haría, si hubiera alguien que pudiera hacerlo por mí.

Ni siquiera las Aes Sedai tenían conocimiento de un caso como el suyo. Ellas calificaban sus facultades como un «don», aun cuando ella no lo tenía por tal.

—Es que me gustaría poder hacer algo por Leya. Yo no podría soportarlo como lo haces tú, saber algo y no tener ninguna posibilidad de hacer nada.

—Es extraño —observó quedamente Min— que te preocupes tanto por los Tuatha'an. Son gentes extremadamente pacíficas, y yo siempre percibo violencia alrededor…

Perrin volvió la cabeza y ella calló de improviso.

—¿Tuatha'an? —preguntó una voz que tenía la vibrante resonancia del vuelo de un abejorro gigante—. ¿Qué decíais de los Tuatha'an?

El Ogier fue a reunirse con ellos junto al fuego, marcando la página del libro con un dedo tan grueso como un chorizo. En la otra mano llevaba una pipa de la que surgía una fina espiral de humo de tabaco. Su capa de lana marrón oscuro, abotonada hasta el cuello, se acampanaba a la altura de las rodillas, hasta donde le llegaban las botas. Perrin apenas si le llegaba a la altura del pecho.

El rostro de Loial había asustado a más de uno, con su gruesa nariz con reminiscencias de hocico y su boca excesivamente ancha. Tenía los ojos del tamaño de un platillo, unas tupidas cejas que le colgaban como bigotes casi hasta las mejillas

y unas orejas que asomaban entre largos pelos que las remataban en la punta. Algunas personas que no habían visto nunca a un Ogier lo tomaban por un trolloc, precisamente porque para ellos los trollocs eran seres tan legendarios como los Ogier.

La ancha sonrisa de Loial vaciló y sus ojos pestañearon como si cayera en la cuenta de que acababa de interrumpirlos. Perrin se preguntó cómo podía alguien sentir temor por un Ogier. «Y, sin embargo, en los antiguos relatos se afirma que son feroces, e implacables como enemigos.» Él no podía creerlo. Los Ogier no eran enemigos de nadie.

Min comunicó a Loial la llegada de Leya, pero omitió mencionar lo que había visto. Habitualmente era discreta en lo que se refería a aquellas visiones, sobre todo cuando eran aciagas.

—Tú deberías saber cómo me siento, Loial, atrapada de repente entre las Aes Sedai y estos especímenes de Dos Ríos.

Loial emitió un sonido ambiguo que Min interpretó como de aquiescencia.

—Sí —continuó enfáticamente—. Allí estaba yo, viviendo en Baerlon según se me antojaba, cuando de pronto me agarraron por el cuello y me arrojaron sólo la Luz sabe dónde. Bueno, puede que yo misma hubiera ido allí por mis propios medios. Desde que conocí a Moraine no he sido dueña de mi vida. Y a estos campesinos de Dos Ríos… —Miró de reojo a Perrin y esbozó una irónica sonrisa—. Todo cuanto quería era vivir según mis deseos, enamorarme de un hombre que yo eligiera… —De improviso, se ruborizó y carraspeó—. Lo que quiero decir es: ¿qué tiene de malo querer vivir sin todos estos sobresaltos?

—*Ta'veren* —sentenció Loial. Perrin le hizo señas para que callara, pero no era sencillo conseguir que el Ogier abandonara, así como así, uno de sus temas preferidos de conversación. Según los criterios de los Ogier, Loial era un individuo extremadamente impulsivo. Guardó el libro en un bolsillo y siguió hablando, gesticulando con la pipa—. Todos nosotros, todas nuestras vidas, producen efectos en las vidas de los demás, Min. La Rueda del Tiempo nos teje formando el Entramado, y el hilo vital de cada uno tira y presiona de los hilos vitales circundantes. Con los *ta'veren* ocurre lo mismo, con la diferencia de que su influencia es muchísimo más fuerte. Ellos tiran de la totalidad del Entramado, durante un tiempo al menos, y lo obligan a conformarse en torno a ellos. Cuanto más cerca se encuentra uno de ellos, más marcadas son las consecuencias experimentadas personalmente. Se dice que si uno se hallara en la misma habitación que Artur Hawkwing, podría notar cómo el Entramado se adaptaba a él. No sé hasta qué punto será cierto, pero así lo leí. El proceso no es, sin embargo, unívoco. Los propios *ta'veren* sufren más poderosamente las presiones para encajar en el tejido que el resto de nosotros y tienen un margen aún menor de elección.

Perrin esbozó una mueca. «Un margen condenadamente estrecho para decidir lo

que realmente importa.»

—Si al menos —hizo votos Min, con un respingo— no fueran tan…, tan monstruosamente *ta'veren* todo el tiempo. *Ta'veren* tirando por un lado y las Aes Sedai inmiscuyéndose por el otro. ¿Qué posibilidades tiene ante ello una mujer?

—Muy pocas, supongo —concedió Loial, encogiéndose de hombros—, siempre que permanezca cerca de los ta'veren.

—Como si tuviera otra alternativa —gruñó Min.

—Fue un golpe de suerte, buena o mala, según lo consideres, lo que te puso en contacto no con uno, sino con tres ta'veren. Rand, Mat y Perrin. Yo, por mi parte, me considero afortunado por ello, y por afortunado me tendría aunque no fueran amigos míos. Creo que incluso puede que… —El Ogier los miró con súbita timidez, agitando las orejas—. ¿Me prometéis que no os vais a reír? Creo que tal vez escriba un libro sobre ello. He estado tomando notas.

Min le sonrió amistosamente, y Loial volvió a erguir las orejas.

—Es fantástico —aprobó—. Pero algunos, como yo misma, nos sentimos manejados como marionetas por esos ta'veren.

—Yo no elegí serlo —protestó Perrin—. Yo no lo decidí.

—¿Es eso lo que te sucedió a ti, Loial? —inquirió Min, sin hacerle caso—. ¿Es ése el motivo por el que viajas con Moraine? Tengo entendido que los Ogier no salís nunca de vuestro stedding. ¿Te arrastró consigo uno de estos ta'veren?

Loial se concentró en un minucioso examen de su pipa.

—Yo sólo quería ver las arboledas que plantaron los Ogier —murmuró—. Sólo quería ver las arboledas. —Lanzó una mirada a Perrin, como si le pidiera socorro, pero éste se limitó a sonreír.

«Veamos cómo se te clava la herradura en el casco.» Aun cuando ignoraba todos los pormenores de su aventura, sabía que Loial se había escapado de casa. Aunque tenía noventa años, de acuerdo con las normas con que se regían los Ogier era demasiado joven para abandonar el *stedding* —salir Afuera, lo llamaban ellos— sin el consentimiento de los mayores. Los Ogier vivían mucho tiempo, según el punto de vista humano. Loial decía que los mayores no serían nada complacientes con él cuando volvieran a ponerle las manos encima y, al parecer, pretendía postergar lo más posible ese momento.

Los shienarianos se pusieron agitadamente en pie. Rand salía de la cabaña de Moraine.

Aun a esa distancia Perrin distinguió con claridad los rasgos de un joven de pelo rojizo y ojos grises. Tenía la misma edad que Perrin y era un palmo más alto que él, pero más delgado, aunque también ancho de hombros. Las mangas de su chaqueta roja de cuello alto estaban bordadas en toda su longitud con espinas doradas, y en el pecho de su oscura capa llevaba reproducida la misma criatura del estandarte: la

serpiente de cuatro patas con melena de león. Rand y él habían crecido juntos y eran amigos desde niños. «¿Aún somos amigos? ¿Podemos serlo ahora?»

Los shienarianos se inclinaron a la vez, con las cabezas erguidas pero llevándose las manos a las rodillas.

—Lord Rand —habló Ino—, estamos dispuestos. Honor para serviros.

Ino, casi incapaz de pronunciar una frase sin proferir una maldición, hablaba ahora con el más profundo de los respetos.

—Honor para serviros —repitieron, como un eco, los demás. Masema, que siempre veía pegas en todo y cuyos ojos relucían con devoción; Ragan; todos esperaban una orden por si Rand tenía el capricho de impartir alguna.

Rand los miró un momento desde la ladera y luego se volvió y desapareció entre los árboles.

—Ha vuelto a discutir con Moraine —susurró Min—. Todo el día, esta vez.

Aun cuando no le resultara sorprendente, Perrin sintió, de todos modos, una pequeña conmoción. Discutir con una Aes Sedai. Todos los cuentos de su infancia acudieron a su memoria. Las Aes Sedai, que hacían bailar tronos y naciones según movieran las invisibles cuerdas con que los manejaban. Las Aes Sedai, cuyos dones siempre tenían un anzuelo prendido, cuyo precio era siempre menor de lo que uno creía y, sin embargo, acaba siendo invariablemente superior a lo que uno podía imaginar. Las Aes Sedai, cuya furia era capaz de quebrar el suelo y provocar descargas de relámpagos. Ahora sabía que algunas de las historias no se correspondían con la realidad. Y, al mismo tiempo, ninguna reflejaba ni de lejos los tortuosos métodos de que se valían las Aes Sedai.

—Será mejor que vaya a hacerle compañía —decidió—. Después de esas discusiones, siempre necesita hablar con alguien.

Y, aparte de Moraine y Lan, ellos tres —Min, Loial y él— eran los únicos que no se comportaban como si Rand se hubiera elevado a la categoría de rey de reyes. Y de los tres sólo Perrin lo conocía desde la época en que no era más que un simple campesino.

Subió por la pendiente, deteniéndose sólo para lanzar una ojeada a la choza de Moraine. Leya debía de estar dentro, y también Lan, ya que éste raras veces se separaba de Moraine.

La cabaña de Rand, mucho más pequeña que la de la Aes Sedai, se hallaba un poco más abajo, oculta entre los árboles, apartada de las demás. Había intentado vivir abajo entre el resto de los hombres, pero sus constantes muestras de devoción lo habían alejado de ellos. Ahora se mantenía aislado. Demasiado aislado, en opinión de Perrin. Sabía, no obstante, que en esa ocasión Rand no se dirigía a su cabaña.

Perrin avanzó con paso presuroso hacia el punto en que el ovalado valle acababa abruptamente en una escarpada pared vertical de cincuenta metros de altura en cuya

lisa superficie sólo crecían algunos arbustos que aferraban con tenacidad sus raíces a ella. Conocía exactamente el lugar en que la roca gris quedaba partida por una falla apenas lo bastante ancha para que él pudiera pasar de frente. Con sólo una cinta de luz crepuscular iluminando las cumbres, tuvo la sensación de estar adentrándose en un túnel.

La hendidura se prolongaba medio kilómetro y de improviso se ensanchaba formando un angosto valle de aproximadamente un kilómetro de longitud de lecho cubierto de rocas y cantos rodados y abruptas laderas pobladas de altos abedules, pinos y abetos. El sol asentado en las cimas de las montañas proyectaba largas sombras. Las paredes de roca cerraban por completo aquel lugar con excepción de la grieta por él utilizada y eran tan empinadas como si un gigante hubiera descargado un hachazo en las montañas. Sus posibilidades defensivas eran incluso superiores a las de la hondonada, pero no había ninguna fuente ni arroyo. Nadie iba allí; salvo Rand, después de una de sus acaloradas conversaciones con Moraine.

Rand permanecía de pie a corta distancia de la entrada, apoyado contra la áspera corteza de un abedul, contemplándose las palmas de las manos. Perrin sabía que en cada una de ellas tenía impresa una garza. Rand siguió inmóvil cuando las botas de Perrin rozaron la piedra.

De improviso se puso a recitar quedamente, sin levantar la vista de las manos.

Dos veces será marcado,
dos veces para vivir y dos veces para morir.
Una vez la garza, para señalar su camino.
Dos veces la garza, para darle su verdadero nombre.
Una vez el Dragón, para el recuerdo perdido.
Dos veces el Dragón, por el precio que ha de pagar.
Se estremeció y ocultó las manos bajo los brazos.

—Pero todavía no tengo Dragones. —Rió entre dientes—. Todavía no.

Perrin se quedó mirándolo un momento. Un hombre capaz de encauzar el Poder Único. Un hombre condenado a enloquecer a causa de la infección del *Saidin*, la mitad masculina de la Fuente Verdadera, y destinado a destruir ineludiblemente en su enajenación todo cuanto lo rodee. Un hombre —¡una cosa!— a quien todos aprendían a detestar y temer desde la más tierna infancia. Con todo…, era difícil dejar de ver en él al muchacho junto al que había crecido. «¿Cómo es posible dejar de ser de repente amigo de alguien?» Perrin eligió una piedra lisa y se sentó en ella a esperar. Al cabo de un rato Rand volvió la cabeza hacia él.

—¿Crees que Mat se encuentra bien? Parecía muy enfermo la última vez que lo vi.

—Ahora ya debe de estar recuperado.

«Debería estar en Tar Valon. Allí lo curarán. Y Nynaeve y Egwene lo vigilarán para que no haga de las suyas.» Egwene y Nynaeve, Rand, Mat y Perrin. Los cinco eran del Campo de Emond, de Dos Ríos. Muy pocas personas habían visitado Dos Ríos con excepción de algún que otro buhonero y los mercaderes que acudían allí una vez al año a comprar lana y tabaco. Casi nadie había abandonado la región. Hasta que la Rueda había seleccionado a sus ta'veren, y cinco sencillos jóvenes de campo no pudieron permanecer por más tiempo en sus hogares. Ni tampoco seguir siendo lo que eran.

Rand asintió y guardó silencio.

—Últimamente —comentó Perrin— añoro mi oficio de herrero. ¿Te… gustaría a ti ser todavía pastor?

—El deber —murmuró Rand—. La muerte es más liviana que una pluma y el deber más pesado que una montaña. Eso dicen en Shienar. «El Oscuro se agita. La Última Batalla está próxima. Y el Dragón renacido ha de enfrentarse al Oscuro en la Última Batalla, o la Sombra lo cubrirá todo. La Rueda del Tiempo rota y todas las Eras conformadas a imagen y semejanza del Oscuro.» No hay nadie más que yo. —Se echó a reír tristemente, agitando los hombros—. Yo tengo el deber porque no hay nadie más, ¿no es así?

Perrin se revolvió con incomodidad, con la piel erizada por la cruda aspereza de aquella risa.

—Tengo entendido que has vuelto a discutir con Moraine. ¿Por lo mismo?

—¿No discutimos siempre por lo mismo? —replicó Rand, tras respirar honda y entrecortadamente—. Están allá abajo, en el llano de Almoth y la Luz sabe en qué otros lugares, por centenares, a millares. Se declararon seguidores del Dragón Renacido porque yo enarbolé ese estandarte. Porque permití que me nombraran el Dragón. Porque no tuve otra alternativa. Y están muriendo. Luchando, buscando y rezando por el hombre que supuestamente debe dirigirlos. Y yo me quedo sentado aquí, a resguardo, durante todo el invierno. Les… les debo… algo.

—¿Crees que a mí me gusta esto? —Perrin hizo oscilar la cabeza con irritación.

—Tú aceptas todo cuanto ella te dice —gruñó Rand—. Nunca te enfrentas a ella.

—Para lo que te ha servido a ti enfrentarte a ella… Os habéis pasado el invierno discutiendo, y aquí hemos estado paralizados como terrones helados durante toda la estación.

—Porque ella tiene razón. —Rand volvió a lanzar una escalofriante carcajada—. La Luz me consuma, tiene razón. Están desperdigados en pequeños grupos por todo el llano, por todo Tarabon y Arad Doman. Si me reúno con cualquiera de ellos, los Capas Blancas y los ejércitos domani y tarabonés se abalanzarán sobre ellos como un pato sobre un escarabajo.

Perrin casi se echó a reír, confundido.

—Si estás de acuerdo con ella, ¿por qué diablos discutís todo el tiempo?

—Porque tengo que hacer algo. O si no…, si no… ¡reventaré como un melón podrido!

—¿Hacer qué? Si escuchas lo que te dice…

Rand no le dio tiempo a manifestar que se quedarían inmovilizados eternamente allí.

—¡Lo que Moraine dice! ¡Lo que Moraine dice! —Rand irguió repentinamente el cuerpo y se apretó la cabeza con las manos—. ¡Moraine siempre tiene algo que decir sobre cualquier cosa! Moraine dice que no debo reunirme con los hombres que están muriendo en mi nombre. Moraine dice que sabré lo que debo hacer porque el Entramado me impulsará en ese sentido. ¡Moraine dice! Pero nunca me dice cómo lo sabré. ¡Oh, no! Eso lo desconoce. —Dejó caer las manos y se giró hacia Perrin, con la cabeza ladeada y los ojos entornados—. A veces tengo la sensación de que Moraine dirige cada uno de mis pasos como si fuera un lujoso semental teariano que hace escarceos de exhibición. ¿No sientes tú nunca eso?

—Yo… —Perrin se mesó los rizados cabellos—. Sea lo que sea lo que nos presiona o nos maneja, sé quién es el enemigo, Rand.

—Ba'alzemon —precisó Rand en voz baja. Era un antiguo nombre para designar al Oscuro que en la lengua trolloc significaba Corazón de la Oscuridad—. Y yo debo luchar contra él, Perrin. —Cerró los ojos, esbozando una mueca, una dolorida sonrisa —. La Luz me asista, la mitad del tiempo ansío que el combate se produzca de inmediato y que todo acabe de una vez por todas, y la otra mitad… ¿Cuántas veces lograré…? ¡Luz, me atrae tanto! ¿Y si no puedo…? ¿Y si…? —El suelo tembló.

—¿Rand? —lo llamó Perrin con voz preocupada.

Rand se estremeció, con el rostro bañado de sudor a pesar del frío. Seguía con los ojos cerrados.

—Oh, Luz —gimió—, me atrae tanto…

De improviso el suelo se alzó bajo Perrin, y en el valle resonó un potente fragor. Era como si el terreno brotara bajo sus pies. Cayó… o el terreno saltó hacia él. El valle se agitó como si una vasta mano hubiera bajado del cielo para arrancarlo de la tierra. Se aferró al suelo, que trataba de hacerlo rebotar como una pelota. Ante sus ojos saltaban y daban tumbos los guijarros y viajaban oleadas de polvo.

—¡Rand! —Su bramido resultó imperceptible entre el estruendo.

Rand continuaba con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. No parecía notar el vaivén del suelo que lo hacía subir y bajar, sosteniéndolo cada vez con una inclinación distinta. Por más violentos que fueran sus embates, en ningún momento perdió el equilibrio. Perrin creyó advertir una triste sonrisa en sus labios, aunque la agitada situación en que se hallaba impedía toda certidumbre. Los árboles azotaban con furia el aire, y el abedul se partió de repente en dos y la mayor parte de su tronco

salió propulsada y chocó a menos de tres metros de Rand, que no reparó en él más que en el resto de lo que ocurría.

—¡Rand! —gritó Perrin sin resuello—. ¡Por el amor de la Luz! ¡Para ya!

Tan repentinamente como se había iniciado, cesó la prodigiosa agitación. Una rama suelta cayó de un raquítico roble, y Perrin se levantó despacio, tosiendo. El polvo flotaba en el aire y sus notas relucían con los rayos del sol poniente.

—Rand —inquirió cautelosamente Perrin—, ¿qué…?

—Siempre está allí —dijo Rand, con la mirada aún perdida en la lejanía—. Llamándome. Tirando de mí. El *Saidin*. La mitad masculina de la Fuente Verdadera. A veces no puedo contener el impulso de alargar la mano hacia él. —Imitó el gesto de quien recoge algo en el aire y posó la mirada en su puño—. Siento la infección antes incluso de tocarlo. La infección del Oscuro, como una fina capa de vileza que intenta ocultar la Luz. Me revuelve el estómago, pero no puedo evitarlo. ¡No puedo! En algunas ocasiones, tiendo la mano y es como si tratara de atrapar el aire. —Abrió la mano vacía y lanzó una amarga carcajada—. ¿Y si me sucede eso cuando llegue la Última Batalla? ¿Y si tiendo la mano y no tomo nada?

—Bueno, esta vez has atrapado algo —observó con voz ronca Perrin—. ¿Qué has hecho?

Rand miró en derredor como si percibiera por primera vez el resultado de lo ocurrido: el abedul caído y las ramas rotas. Perrin, que había esperado ver grandes grietas en la tierra, advirtió con sorpresa que había causado pocos desperfectos. La pared de árboles aparecía casi intacta.

—Yo no quería hacer esto. Ha sido como si quisiera abrir una espita y en lugar de ello la hubiera arrancado del barril. Me…, me he sentido desbordado. Tenía que descargarlo en algún sitio antes de que me consumiera, pero… no pretendía hacer esto.

Perrin sacudió la cabeza. «¿Qué sentido tiene decirle que intente no volver a hacerlo? Él apenas sabe más que yo acerca de lo que hace.»

—Ya son suficientes las personas que quieren verte muerto, a ti y a nosotros, sin que tú les resuelvas la cuestión —se contentó con advertir. Rand no parecía escucharlo—. Será mejor que regresemos al campamento. Pronto anochecerá, y no sé tú, pero yo estoy hambriento.

—¿Cómo? Oh. Ve tú, Perrin. Yo iré dentro de un momento. Necesito estar solo un rato.

Perrin titubeó y luego se encaminó a desgana hacia la hendidura de la pared del valle. Se detuvo al oír de nuevo a Rand.

—¿Sueñas cuando duermes? ¿Tienes sueños agradables?

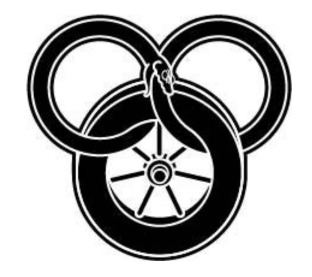
—A veces —respondió con prudencia Perrin—. Casi no recuerdo nada de lo que sueño. —Había aprendido a poner coto a sus sueños.

—Siempre están allí, los sueños —dijo Rand, tan quedamente que Perrin a duras penas lo oyó—. Quizá nos revelen cosas, cosas verdaderas. —Guardó silencio y quedó pensativo.

—La cena está esperando —le recordó Perrin.

Pero Rand se había sumido en sus reflexiones. Finalmente Perrin dio media vuelta y lo dejó allí de pie.

3



Noticias procedentes del llano

La oscuridad envolvía parte de la falla, pues los temblores habían hecho caer una parte de la pared contra la otra, originando una especie de techo. Alzó con cautela la mirada antes de pasar apresuradamente por debajo, pero la losa de piedra parecía estar encajada con fuerza. La comezón volvía a hurgarle la mente. «¡No, diablos! ¡No!» El hormigueo desapareció.

Cuando salió a campo abierto, divisó el campamento abajo, poblado de extrañas sombras producidas por los últimos rayos de sol. Moraine se hallaba fuera de la cabaña, mirando hacia la hendidura. Se paró en seco. Era una mujer esbelta de pelo negro, más bien baja, y hermosa, con el mismo aspecto de edad indefinida que presentaban todas las Aes Sedai que llevaban tiempo trabajando con el Poder Único. Él era incapaz de determinar su edad, pues su rostro era demasiado terso para ser mayor y sus oscuros ojos reflejaban una sabiduría impropia de la juventud. Su vestido de seda azul estaba desarreglado y polvoriento, y sus cabellos, por lo general impecables, aparecían desgreñados. También tenía la cara sucia de polvo.

Bajó la vista. Ella sabía lo de él —ella y Lan eran los únicos que lo sabían en el campamento— y él sentía aprensión al percibir ese conocimiento en su rostro cuando lo miraba a los ojos. Ojos amarillos. Algún día, tal vez se sobrepondría y se decidiría a preguntarle qué sabía. Una Aes Sedai había de saber por fuerza más de lo que él sabía. Pero aquél no era el momento. Nunca parecía presentarse la ocasión propicia.

—Él… no quería… Ha sido un accidente.

—Un accidente —repitió ella con voz tajante.

Luego sacudió la cabeza y volvió a desaparecer en el interior de su cabaña. La puerta se cerró de forma un tanto estrepitosa.

Perrin respiró hondo y siguió bajando en dirección a las hogueras. Rand y la Aes Sedai sostendrían otra discusión, si no esa noche, a la mañana siguiente.

Media docena de árboles yacían en las laderas de la depresión, arrancados de cuajo, formando arcos rebozados de tierra. Un sendero de tierra arañada y removida descendía hasta la orilla del arroyo, donde reposaba un canto rodado que antes no

había allí. Una de las cabañas del otro lado de la pendiente se había derrumbado con el terremoto, y la mayoría de los shienarianos estaban concentrados a su alrededor, reconstruyéndola. Loial, que era capaz de levantar solo un tronco que habría exigido la fuerza de cuatro hombres para despegarlo del suelo, se encontraba con ellos. Ino profería de tanto en tanto un juramento.

Min se hallaba junto al fuego, removiendo una olla con expresión de disgusto. Tenía una pequeña magulladura en la mejilla, y en el aire flotaba un tenue olor a estofado quemado.

—Detesto cocinar —anunció, lanzando una dubitativa mirada a la olla—. Si a veces no sale bueno, no es por mi culpa. Rand ha derramado la mitad en el fuego con sus… ¿Qué derecho tiene a hacernos saltar de un lado a otro como si fuéramos sacos de grano? —Se frotó los pantalones y torció el gesto—. Cuando le ponga las manos encima, le voy a dar una paliza que no olvidará nunca. —Agitó una cuchara de madera frente a Perrin como si se propusiera comenzar a descargar los golpes sobre él.

—¿Hay alguien herido?

—Sólo si se cuentan las contusiones —respondió tristemente Min—. Al principio estaban furiosos. Entonces han visto que Moraine observaba en dirección al escondrijo de Rand y han deducido que era obra suya. Si el Dragón quiere zarandear la montaña sobre nuestras cabezas, tendrá un buen motivo para hacerlo. Si se le antojara hacer que se desollaran y bailaran sólo con su esqueleto, les parecería bien. —Soltó un bufido y rascó el borde de la olla con la cuchara.

Perrin volvió la mirada hacia la cabaña de Moraine. Si Leya se hubiera lastimado —si hubiera muerto—, la Aes Sedai no habría entrado de nuevo sin más. La sensación de expectación seguía allí. «Sea lo que sea, todavía no se ha producido.»

—Min, quizás harías bien en irte. Mañana a primera hora. Tengo un poco de plata que podría prestarte y estoy seguro de que Moraine te daría la suficiente para pagar un pasaje en una caravana de mercaderes que salga de Ghealdan. En menos que canta un gallo podrías encontrarte de nuevo en Baerlon.

La joven se quedó mirándolo tan fijamente que él sospechó haber dicho alguna inconveniencia.

—Es muy amable por tu parte, Perrin —dijo por fin—. Pero no.

—Pensaba que querías irte. No paras de quejarte de tener que estar aquí.

—Una vez conocí a una mujer illiana —explicó—. Cuando era joven, su madre dispuso su matrimonio con un hombre al que no conocía. En Illian es algo bastante frecuente. Me contó que se había pasado los primeros cinco años llena de rabia contra él y los cinco siguientes planeando la mejor forma de amargarle la vida sin que él supiera que ella era la culpable. Hubieron de pasar varios años, dijo, hasta que él murió, para que se diera cuenta de que él había sido realmente el gran amor de su

vida.

—No veo qué tiene que ver eso con lo que hablamos.

Su mirada lo acusó de no tratar de comprender, y su voz adoptó un tono de forzada paciencia.

—El hecho de que el destino haya elegido algo por ti en lugar de que tú lo hayas decidido por ti mismo no significa que necesariamente haya de ser algo malo. Incluso si se trata de algo que estás seguro que no habrías escogido ni aunque vivieras cien años. «Es preferible diez días de amor que años de lamentación» —citó.

—Todavía lo entiendo menos —admitió—. No tienes por qué quedarte si no quieres.

La joven colgó la cuchara en una alta estaca bifurcada clavada en el suelo y luego lo sorprendió poniéndose de puntillas y dándole un beso en la mejilla.

—Eres un buen hombre, Perrin Aybara. Aunque no comprendas nada.

Perrin pestañeó con incertidumbre. Sintió deseos de no poner en tela de juicio el sano estado mental de Rand o de disponer de la compañía de Mat. Él siempre se sentía en terreno resbaladizo en lo concerniente a las mujeres, pero Rand siempre parecía saber cómo actuar con ellas. Y lo mismo ocurría con Mat; casi todas las chicas del Campo de Emond lo trataban despectivamente como a un eterno chiquillo, pero tenía cierta popularidad entre ellas.

—¿Y tú, Perrin? ¿No tienes a veces ganas de volver a casa?

—Constantemente —reconoció con fervor—. Pero… me temo que no va a ser posible. Todavía no. —Tendió la mirada hacia el valle donde se refugiaba Rand. «Estamos atados, según parece, ¿verdad, Rand?»—. Quizá no llegue nunca el momento.

Creía haber pronunciado las últimas palabras en voz suficientemente baja para que no lo oyera, pero en la compasiva mirada de la joven advirtió una corroboración de sus temores.

Percibió un quedo sonido de pasos tras él y se volvió hacia la cabaña de Moraine. Dos figuras descendían entre las crecientes sombras del crepúsculo; una de mujer, delgada y airosa aun caminando por el escabroso terreno. El hombre, varios palmos más alto que su compañera, se giró hacia el lugar donde trabajaban los shienarianos. Incluso los ojos de Perrin lo percibían de manera difusa. Tan pronto lo perdían como si fuera invisible como volvían a verlo. Luego una parte de él se confundía con la noche y después desaparecía de nuevo como si se lo hubiera llevado una ráfaga de viento. Sólo la capa de color cambiante de un Guardián era capaz de producir ese efecto, lo cual identificaba a la silueta más alta como la de Lan, al igual que la otra más pequeña era, sin duda, la de Moraine.

A bastante distancia de ellos otra forma aún más imprecisa se deslizó entre los árboles. «Rand —pensó Perrin— regresando a su cabaña. Otra noche que va a pasar

sin cenar porque no puede soportar la manera como lo miran todos.»

—Debes de tener ojos en la nuca —comentó Min, mirando con ojos entornados a la mujer que se acercaba—. O si no el oído más aguzado de que he tenido noticia. ¿Es Moraine?

«Otro descuido.» Se había acostumbrado tanto a que los shienarianos dieran por sentado que tenía muy buena vista —como mínimo de día, porque ignoraban que también la tuviera de noche— que estaba comenzando a dejar que los demás notaran otras cosas. «Todavía podría hallar la muerte por un descuido como éste.»

—¿Se encuentra bien la Tuatha'an? —preguntó Min cuando Moraine se aproximó al fuego.

—Está descansando.

La queda voz de la Aes Sedai tenía una habitual vibración musical, como si el acto de hablar fuera para ella algo semejante al canto, y sus cabellos y su ropa presentaban de nuevo una apariencia impecable. Se frotó las manos sobre las llamas. En la izquierda llevaba un anillo que representaba a una serpiente mordiéndose la cola. La Gran Serpiente, un símbolo de la eternidad aún más antiguo que la Rueda del Tiempo. Toda mujer formada en Tar Valon llevaba una sortija como aquélla.

La mirada de Moraine se detuvo un momento en Perrin, y pareció clavarse muy adentro.

—Se ha caído y se ha hecho un corte en la cabeza cuando Rand… —Frunció los labios, pero al cabo de un segundo había recobrado el sosiego en el semblante—. La he curado, y ahora duerme. Siempre sale mucha sangre con las heridas en la cabeza, aunque sean superficiales, pero no era nada grave. ¿Has percibido algo a su alrededor, Min?

—He visto… —Min parecía dudar—. He visto su muerte. Su cara, bañada en sangre. Estaba convencida de que ése era el significado, pero si se ha hecho un corte en la cabeza… ¿Estáis segura de que se encuentra bien?

La pregunta daba una idea de la profundidad de su preocupación. Cuando una Aes Sedai curaba, sanaba cuanto era susceptible de ser curado, y los Talentos de Moraine eran particularmente notables en esa área.

Min parecía tan turbada que Perrin se sorprendió. Al cabo de un momento asintió para sus adentros. Aun cuando verdaderamente no le gustara lo que hacía, aquello formaba parte de ella, y la muchacha creía saber cómo funcionaba, al menos en parte. Si se equivocaba, sería como encontrarse con que de pronto no sabía utilizar sus propias manos.

Moraine la observó un instante con desapasionada serenidad.

—Nunca has errado en las lecturas que has realizado para mí, ni siquiera en una entre todas cuyo desenlace he tenido ocasión de comprobar. Quizás ésta sea la primera vez.

—Cuando lo sé, lo sé de cierto —susurró Min con obstinación—. La Luz me asista, lo sé.

—O tal vez sea algo que aún ha de producirse. Todavía le queda mucho camino por recorrer hasta volver a sus carromatos, y debe cabalgar a través de tierras donde reina la agitación.

La voz de la Aes Sedai era una fría y despreocupada canción. Perrin emitió involuntariamente un sonido gutural. «Luz, ¿he hablado yo antes de ese modo? No estoy dispuesto a consentir que la muerte de una persona me afecte tan poco.»

—La Rueda gira según sus propios designios, Perrin —sentenció, mirándolo, la Aes Sedai, como si él hubiera hablado en voz alta—. Hace mucho te dije que estábamos en guerra. No podemos detenernos sólo porque algunos de nosotros perezcamos tal vez. Cualquiera de nosotros puede morir antes de que todo haya concluido. Aunque Leya no se valga de las mismas armas que tú, era consciente de ello cuando se sumó a nuestras filas.

Perrin bajó la vista. «Puede que sea cierto, Aes Sedai, pero yo nunca lo aceptaré como vos.»

Lan se reunió con ellos alrededor de la fogata, acompañado de Ino y Loial. Las sombras cambiantes que proyectaban las llamas en su rostro acusaban la angulosidad de sus facciones, confiriendo a su ya pétreo semblante una dureza más marcada de lo habitual. Su capa no ofrecía una apariencia menos inquietante con la luz del fuego. En ciertas ocasiones parecía una simple capa gris oscuro, o negra, pero, si uno la miraba con atención, el gris y el negro se modificaban, veteados de sombras o fundidos en ellas. En otras, daba la impresión de que Lan hubiera horadado de algún modo la noche y se hubiera envuelto los hombros con su oscuridad. Aquella prenda no constituía ni de lejos una visión tranquilizante, y menos sumada al hombre que la llevaba.

Lan era alto y fuerte, ancho de hombros, con unos ojos azules tan gélidos como un lago helado de montaña, y se movía con una gracia fatal que hacía que la espada que pendía de su cadera diera la impresión de formar parte de él. No era solamente que de su aspecto se dedujera que era capaz de obrar con violencia y matar; aquel hombre había amaestrado la violencia y la muerte y se las había guardado en el bolsillo, y estaba listo para soltarlas o abrazarlas en cuanto Moraine se lo indicara. Al lado de Lan, incluso Ino presentaba una apariencia menos imponente. Los largos cabellos del Guardián, que apartaba de la cara una cinta de cuero trenzado, estaban entreverados de canas, pero hombres más jóvenes que Lan rehuían entrar en combate con él… si sabían lo que les convenía.

—La señora Leya ha traído las mismas noticias que habitualmente nos llegan del llano de Almoth —anunció Moraine—. Todos pelean contra todos. Pueblos quemados. Gente huyendo en todas direcciones. Y han aparecido cazadores en el

llano, en busca del Cuerno de Valere.

Perrin se movió con inquietud —el Cuerno se hallaba en un lugar donde no lo encontraría ningún cazador que recorriera el llano de Almoth, en un lugar donde esperaba que ningún cazador pudiera encontrarlo—, y la mujer le dirigió una fría mirada antes de proseguir. No le gustaba que ninguno de ellos hablara del Cuerno. Salvo cuando ella decidía hacerlo, por supuesto.

—También ha traído noticias diferentes. Los Capas Blancas tienen destacados aproximadamente cinco mil hombres en el llano de Almoth.

—Debe de ser la jod… —gruñó Ino— … eh, perdón, Aes Sedai. Debe de ser la mitad de sus fuerzas. Hasta ahora nunca se habían concentrado en tan elevado número en un solo lugar.

—Entonces supongo que todos los que se declararon partidarios de Rand estarán muertos o se habrán dispersado —murmuró Perrin—. O pronto lo harán. Teníais razón, Moraine. —No le gustaban los Capas Blancas. No le hacían la más mínima gracia los Hijos de la Luz.

—Eso es lo más extraño —comentó Moraine—, o al menos la primera parte de su estrategia. Los Hijos han anunciado que su propósito es pacificar la zona, lo cual no es raro en ellos. Lo que sí es insólito es que, aunque tratan de forzar la retirada de los taraboneses y domani dentro de los límites de sus respectivas fronteras, no han dedicado ninguna fuerza al hostigamiento de quienes se han declarado seguidores del Dragón.

Min lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Estás segura? Eso no concuerda con la actitud de los Hijos de la Luz.

—No puede haber muchos conden… eh… muchos gitanos en el llano —dijo Ino. Su voz evidenciaba la tensión que le causaba tener que hablar con corrección delante de una Aes Sedai. Su ojo de verdad estaba tan entornado como el pintado—. Tienden a huir de cualquier complicación, en especial de enfrentamientos armados. No debe de haber los suficientes para estar al corriente de lo que ocurre en todas partes.

—Hay los suficientes para mí —aseveró con firmeza Moraine—. La mayoría se han ido, pero unos cuantos se quedaron porque yo se lo pedí. Y Leya está segura. Oh, los Hijos han apresado a algunos de los fieles al Dragón, en los puntos donde sólo se concentraban un puñado de ellos. Sin embargo, y pese a que proclaman que abatirán a ese falso Dragón y que disponen de un millar de hombres que supuestamente no hacen otra cosa más que perseguirlo, evitan todo contacto con cualquier grupo de fieles al Dragón que supere las cincuenta personas. No lo hacen de un modo abierto, claro está, pero siempre se produce un retraso, algo que les permite escapar.

—En ese caso Rand puede ir a las tierras bajas cuando quiera. —Loial miró pestañeando a la Aes Sedai. Todo el campamento estaba enterado de las discusiones que Rand sostenía con ella—. La Rueda le teje un camino.

Ino y Lan abrieron la boca al mismo tiempo, y el shienariano cedió deferentemente la palabra al Guardián.

—Lo más probable —interpretó éste— es que se trate de alguna argucia de los Capas Blancas, aunque juro por la Luz que no entiendo qué se proponen. Pero, cuando los Capas Blancas me ofrecen un regalo, siempre busco la aguja envenenada oculta en él. —Ino asintió lúgubremente—. Aparte de ello —añadió Lan—, los domani y los taraboneses ponen tanto empeño en liquidar a los fieles al Dragón como en matarse entre sí.

—Y hay algo más —agregó Moraine—. En los pueblos cerca de donde han pasado los carromatos de la señora Leya han muerto tres jóvenes. —Perrin advirtió cómo Lan pestañeaba brevemente, gesto que en él era un indicio de sorpresa tan evidente como un grito en otro hombre—. Uno murió envenenado y dos acuchillados. Todos en circunstancias en que nadie debiera haber llegado hasta ellos sin ser visto, pero así ocurrió. —Fijó la vista en las llamas—. Los tres tenían una estatura superior a la media y ojos claros. En el llano de Almoth hay poca gente de ojos claros, pero creo que en estos momentos es muy peligroso ser un joven alto con ojos claros.

—¿Cómo? —inquirió Perrin—. ¿Cómo pudieron matarlos si nadie podía llegar hasta ellos?

—El Oscuro tiene asesinos que nadie ve hasta que es demasiado tarde —explicó quedamente Lan.

—Los Sin Alma —identificó Ino, estremeciéndose—. Nunca oí de un caso en que hubiera llegado uno tan al sur de las Tierras Fronterizas.

—Basta de hablar de ello —zanjó con firmeza Moraine.

Perrin ardía en deseos de hacer más preguntas —«¿Qué diantre son los Sin Alma? ¿Se parecen a los trollocs o a los Fados?»—, pero no alcanzó a formularlas. Cuando Moraine decidía que ya se había dicho todo lo que había que decir sobre un tema, se negaba a hablar más de él. Y, cuando cerraba la boca, no había forma de que Lan abriera la suya. Los shienarianos acataban sus indicaciones. Nadie quería suscitar las iras de una Aes Sedai.

—¡Luz! —murmuró Min, lanzando inquietas ojeadas a la oscuridad que se cerraba en torno a ellos—. ¿No los sentís? ¡Luz!

—De modo que nada ha cambiado —dijo melancólicamente Perrin—. No podemos bajar al llano, y el Oscuro nos quiere ver muertos.

—Todo cambia —sentenció plácidamente Moraine—, y el Entramado lo abarca todo. Debemos cabalgar en el Entramado, no en las mutaciones de un momento. —Los miró a todos, uno a uno, y luego preguntó—: Ino, ¿estáis seguro de que vuestros exploradores no han pasado por alto algún indicio sospechoso? ¿Ni siquiera algo insignificante?

—El señor Dragón Renacido ha desatado los cabos de la certeza, Moraine Sedai,

y nunca existe la certeza cuando se lucha contra los Myrddraal, pero, aun a riesgo de mi vida, apostaría a que los exploradores han realizado un trabajo digno de un Guardián.

Aquélla era una de las alocuciones no salpicadas de juramentos más largas que Perrin había escuchado de labios de Ino. El shienariano estaba sudoroso a causa del esfuerzo que le había costado.

—Puede que todos la arriesguemos —dijo Moraine—. Lo que ha hecho Rand podría tener el mismo efecto que una hoguera encendida en la cumbre de una montaña para cualquier Myrddraal que se hallara en un radio de quince kilómetros.

—Tal vez… —apuntó, indecisa, Min—, tal vez deberíais disponer salvaguardas que les impidan el paso. —Lan le asestó una dura mirada. Aun cuando en ocasiones él mismo cuestionaba las decisiones de Moraine, raras veces expresaba objeciones a ellas en presencia de otras personas y no aprobaba que los demás lo hicieran. Min no se dejó amedrentar por él—. Bueno, los Myrddraal y los trollocs son una amenaza terrible, pero al menos puedo verlos. No me gusta la perspectiva de que uno de esos…, esos Sin Alma puedan entrar furtivamente aquí y degollarme sin que yo los perciba siquiera.

—Las salvaguardas que yo dispongo impiden que nos vean tanto los Sin Alma como cualquier otro Engendro de la Sombra —afirmó Moraine—. Cuando uno es débil, como lo somos nosotros, lo mejor que puede hacer normalmente es esconderse. Si hay un Semihombre lo bastante cerca como para haber… Bien, no dispongo de la capacidad para establecer salvaguardas que los maten en caso de que intenten entrar en el campamento, e, incluso si pudiera, tal medida sólo serviría para dejarnos acorralados aquí. Dado que no es posible instaurar dos clases de salvaguarda al mismo tiempo, dejo a cargo de los exploradores y los guardias… y de Lan, nuestra defensa y utilizo la clase de protección que puede sernos más útil.

—Podría dar una vuelta alrededor del campamento —propuso Lan—. Si hay algo ahí afuera que no han advertido los exploradores, yo lo encontraré.

No era una fanfarronada, sino una mera constatación de hechos. Ino incluso realizó un gesto afirmativo en señal de acuerdo.

—Si vas a ser necesario esta noche, mi Gaidin, será aquí —lo disuadió Moraine. Alzó la mirada hacia las oscuras montañas que los rodeaban—. Algo flota en el aire.

—Un compás de espera.

Las palabras brotaron de la garganta de Perrin sin que pudiera impedirlo. Cuando Moraine lo miró —miró a través de él— se arrepintió de haberlas pronunciado.

—Sí —convino—. Un compás de espera. Cercioraos de que vuestros guardias estén especialmente alerta esta noche, Ino. —No había necesidad de sugerir que los hombres durmieran con las armas al alcance de la mano, pues los shienarianos siempre lo hacían—. Que durmáis bien —deseó a todos, como si hubiera la más

mínima posibilidad de hacerlo ahora.

Después se alejó hacia su cabaña. Lan se quedó el tiempo suficiente para dar cuenta de tres platos de estofado. Luego se marchó presuroso tras ella y pronto lo engulló la noche. Los ojos de Perrin refulgían con un brillo dorado mientras seguían al Guardián entre las tinieblas.

—Que durmáis bien —murmuró. De repente el olor a comida cocinada le produjo náuseas—. ¿Me toca la tercera guardia, Ino? —El shienariano asintió—. Entonces trataré de seguir su consejo.

Otros hombres acudían a la lumbre del fuego, y los murmullos de la conversación llegaron hasta él mientras subía la cuesta. Tenía una cabaña para él solo, un reducido habitáculo de troncos, con los resquicios tapados con barro, que apenas le permitía caminar erguido dentro. Una tosca cama compuesta por un colchón de ramas de pino y una manta ocupaba la mitad de su superficie. Quienquiera que hubiera desensillado su caballo había dejado también su arco al lado de la puerta. Colgó el cinturón, con el hacha y el carcaj, en un clavo y luego se quitó, estremeciéndose, toda la ropa. Las noches aún eran frías, pero el frío le impedía dormir demasiado profundamente. Con el sueño profundo, acudían a él sueños que no podía ahuyentar.

Durante un rato, permaneció tumbado bajo la manta, con la vista fija en el techo de troncos, temblando. Por fin se quedó dormido y llegaron los sueños.

4



Sueños de las sombras

Hacía frío en la sala de aquella posada pese al fuego que ardía en el largo hogar de piedra. Perrin se frotó las manos frente a las llamas, pero no logró calentárselas. Hallaba, sin embargo, un extraño consuelo en el frío, como si éste fuera un escudo. Contra qué, no sabía precisarlo. Algo murmuró en lo más recóndito de su mente, un difuso sonido que sólo oía vagamente y que pugnaba por abrirse camino en su conciencia.

—De modo que vas a renunciar. Es lo mejor que puedes hacer. Ven. Siéntate y conversaremos.

Perrin se giró y, entre las redondas y solitarias mesas diseminadas en la estancia, vio a un hombre sentado en un rincón en sombra. El resto de la habitación lo percibía confusamente, casi como si fuera una impresión y no un lugar físico, en especial cuando no lo miraba directamente. Volvió la vista hacia el fuego; ahora ardía en una chimenea de ladrillos. Inexplicablemente, nada de aquello lo inquietó. «Debería preocuparme.» Pero no podía determinar por qué.

El hombre le hizo señas para que se acercara, y Perrin caminó hasta su mesa. Una mesa cuadrada. Las mesas eran cuadradas. Frunciendo el entrecejo, alargó la mano para tocarla, pero la retrajo casi al instante. En aquel rincón no había lámparas y, a pesar de la luz que bañaba el resto de la sala, el hombre y su mesa quedaban casi invisibles, fundidos con la penumbra.

Perrin tenía la sensación de que conocía a aquel individuo, pero ésta era tan vaga como todo cuanto veía por el rabillo del ojo. Era un hombre de mediana edad, atractivo y demasiado elegante para hallarse en una posada rural, con aquella ropa de terciopelo oscuro, casi negro, y las chorreras y los puños de encaje blanco. Estaba rígidamente sentado y de tanto en tanto se llevaba la mano al pecho, como si le doliera al moverse. Sus oscuros ojos, cual brillantes joyas suspendidas en las tinieblas, miraban fijamente a Perrin.

—¿Renunciar a qué? —preguntó Perrin.

—A eso, por supuesto.

El hombre señaló con la cabeza el hacha que colgaba de la cintura de Perrin. Su voz evidenció sorpresa, como si aquélla fuera una conversación que ya hubieran sostenido antes, una vieja discusión que habían vuelto a iniciar.

Perrin no se había dado cuenta de que llevaba el hacha ni había notado su peso en el cinturón. Recorrió con la mano la hoja en forma de media luna y la punta que la equilibraba. Palpó el acero, más sólido que todo cuanto lo rodeaba, más tangible que su propia persona, quizá, y dejó reposar la mano en él, contento de mantener contacto con algo real.

—He estado pensando en ello —reconoció—, pero creo que no puedo. Todavía no. —«¿Todavía no?» La posada pareció oscilar y el murmullo sonó de nuevo en su cabeza. «¡No!» El sonido se replegó.

—¿No? —El hombre esbozó una fría sonrisa—. Tú eres herrero, muchacho. Un buen herrero, según tengo entendido. Tus manos están destinadas a empuñar un martillo y no un hacha. Fueron hechas para crear cosas, no para matar. Retoma tu oficio antes de que sea demasiado tarde.

—Sí —asintió Perrin sin pensarlo—. Pero soy ta'veren. —Nunca había dicho eso en voz alta. «Pero él ya lo sabe.» Tenía la certeza de ello, aunque ignoraba el porqué.

Por un instante la sonrisa del hombre se convirtió en una mueca y luego recobró todo su esplendor. Su frío esplendor.

—Existen modos de modificar las cosas, muchacho. Maneras de eludir incluso el destino. Siéntate y hablaremos de ellas.

Perrin tuvo la sensación de que las sombras se desplazaban y se tendían, más tupidas, hacia él. Dio un paso atrás, buscando el amparo de la luz.

—Me parece que no.

—Toma al menos un trago conmigo. Por los años transcurridos y los años venideros. Vamos, verás más claramente las cosas después. —Surgida de la nada, el hombre empujó hacia él una brillante copa de plata llena hasta el borde de un vino rojo como la sangre.

Perrin observó el rostro del hombre e, incluso con su aguzada vista, no logró precisar sus facciones que la oscuridad parecía acariciar y envolver como la capa de un Guardián. Sus ojos tenían algo que pensaba que lograría recordar si se esforzaba en ello. El murmullo volvió a solicitar su atención.

—No —dijo, dirigiéndose al quedo susurro que se insinuaba en su cabeza. El hombre contrajo la mandíbula en un acceso de rabia que reprimió de inmediato, y Perrin decidió que la negativa también era aplicable al vino—. No tengo sed.

Se volvió y se encaminó a la puerta. El hogar estaba conformado por redondos guijarros de río y las mesas, ahora alargadas, estaban flanqueadas de bancos. De improviso sintió deseos de hallarse afuera, lejos de aquel hombre.

—No tendrás muchas oportunidades —advirtió con dureza éste tras él—. Tres

hebras entrelazadas comparten un destino mutuo. Si se corta una, todas quedan sesgadas. El destino puede conducirte a la muerte, cuando no a algo peor.

Perrin notó un repentino calor en la espalda, breve e intenso, como si alguien hubiera abierto un gran horno de fundición y hubiera vuelto a cerrarlo enseguida. Desconcertado, se giró de nuevo hacia la habitación y vio que no había nadie.

«Sólo ha sido un sueño», pensó, estremeciéndose de frío, y entonces la escena cambió.

Se miró en el espejo y una parte de sí no comprendía lo que veía, pero otra lo aceptaba. Llevaba un yelmo dorado con forma de cabeza de león, amoldado a su cráneo como si fuera suyo. Su peto, profusamente decorado, estaba cubierto de pan de oro, y también las planchas y la malla que le rodeaban los brazos y las piernas. Únicamente el hacha que pendía de su costado carecía de todo ornamento. Una voz —la suya propia— le susurró que la prefería a cualquier otra arma, que la había utilizado mil veces, en cientos de batallas. «¡No!» Quería quitársela, deshacerse de ella. «¡No puedo!» En su cabeza sonó algo, más intenso que un murmullo, unas palabras casi perceptibles.

—Un hombre destinado a la gloria.

Volvió la espalda al espejo y se quedó mirando con embeleso a la mujer más hermosa que había visto nunca. No advirtió ningún detalle de la habitación ni se preocupó de ver nada que no fuera ella. Sus ojos eran estanques nocturnos y su piel, de una pálida tonalidad cremosa, era sin duda más suave que su vestido de seda blanca. Cuando ella se le aproximó, notó una extrema sequedad en la boca y cayó en la cuenta de que todas las mujeres que había conocido hasta entonces eran torpes y deformes. Se estremeció, extrañado de sentir frío.

—Un hombre debería aferrarse a su destino con las dos manos —afirmó, sonriendo.

Aquella sonrisa casi bastó para aportarle calor. Era alta, y sus ojos quedaban a menos de una mano por debajo de los suyos. Unas peinetas de plata le recogían un cabello tan negro como el ala de un cuervo, y un ancho cinturón de hebras de plata adornaba una cintura que él podría haber rodeado con las manos.

—Sí —susurró. En su interior, el desconcierto luchaba contra la aquiescencia. Él no sentía anhelos de gloria, pero, cuando ella lo decía, no deseaba otra cosa—. Quiero decir… —El murmullo le hurgó el cráneo—. ¡No! —El sonido desapareció y, por un momento, también se disipó la aceptación. Pero no del todo. Se llevó una mano a la cabeza, tocó el yelmo dorado y se lo quitó—. Me…, me parece que no lo quiero. No es mío.

—¿Que no lo quieres? —La desconocida se echó a reír—. ¿Qué hombre que tenga sangre en las venas no desearía la gloria? Una gloria tan encumbrada como si hubieras soplado el Cuerno de Valere.

—No la deseo —replicó, a pesar de la porción de sí mismo que le gritaba que mentía. El Cuerno de Valere. «El Cuerno sonó, y dio comienzo la arrolladora carga. La muerte cabalgaba a su lado y a un tiempo lo aguardaba delante. Su amante. Su destructora»—. ¡No! Yo soy un herrero.

—Qué poco ambicioso. —Lo compadeció con su sonrisa—. No debes escuchar a quienes intenten desviarte de tu destino. Te rebajarían, te envilecerían. Luchar contra el destino sólo puede originar dolor. ¿Por qué elegir el dolor, cuando puedes obtener la gloria?, ¿cuando tu nombre puede ser recordado junto al de todos los héroes legendarios?

—Yo no soy un héroe.

—Desconoces buena parte de lo que eres. De lo que puedes ser. Ven a compartir una copa conmigo, por el destino y la gloria. —Tenía en la mano una reluciente copa de plata, llena de vino rojo como la sangre—. Bebe.

Miró, ceñudo, el recipiente. Notó algo… familiar en él. Oyó un gruñido, como una dentellada en el cerebro.

—¡No! —peleó contra él, negándose a escuchar—. ¡No!

—Bebe. —La mujer le tendió la dorada copa.

«¿Dorada? Pensaba que era…, era…» No podía acabar de definir el pensamiento. Pero, entre su confusión, el sonido volvió a hurgarlo con insistencia, exigiendo su atención.

—No —dijo—. ¡No! Soy un herrero. Soy… —El murmullo le martilleaba el cráneo, pugnaba por ser oído. Se rodeó la cabeza con los brazos para impedir que entrara y sólo consiguió cerrarlo adentro—. ¡Soy… un… hombre! —gritó.

La oscuridad lo envolvió, pero la voz de la mujer la penetró, susurrante.

—La noche se sucede día tras día, y los sueños habitan a todos los hombres. En especial a ti, mi salvaje. Yo siempre estaré en tus sueños.

Por fin el silencio.

Bajó los brazos. Llevaba de nuevo su chaqueta y sus pantalones, cómodos y resistentes, aunque sencillos. Prendas adecuadas para un herrero o un campesino. Con todo, apenas si reparó en ellas.

Se hallaba en un puente de piedra de bajo pretil que formaba un arco entre dos espirales de piedra achatadas, las cuales brotaban de abismos demasiados profundos cuyo fondo no logró siquiera vislumbrar. La luz habría resultado apagada para otros ojos que no fueran los suyos y ni aun con su agudeza pudo determinar de dónde provenía. Estaba allí simplemente. Dondequiera que mirara, a derecha o izquierda, arriba o abajo, había más puentes, más espirales y rampas sin barandilla que se tendían, interminables, por el aire sin ninguna clase de orden aparente. Había, paradójicamente, algunas que ascendían hasta la punta de agujas que debían de hallarse justamente debajo del extremo superior de las espirales con las que

comunicaban. Desde todas direcciones se oía el eco de agua derramada en cascada. Se estremeció de frío.

De repente, por el rabillo del ojo, percibió algo que se movía y, sin pensarlo, se agazapó bajo el antepecho de piedra. Entrañaba peligro que lo vieran. Ignoraba por qué, pero sabía que así era. Lo sabía, sin más.

Se asomó con cautela por el pretil para precisar qué era lo que había visto moverse. En una rampa distante apreció un blanco centelleo. Era una mujer, no le cabía duda de ello, aun cuando no la distinguiera con claridad. Una mujer con un vestido blanco que se dirigía apresuradamente a algún sitio.

En un puente situado algo más abajo de él y mucho más cerca de la rampa donde había divisado a la mujer, advirtió de improviso un hombre alto, sombrío y esbelto, con un toque plateado en el moreno cabello que le daba un aire distinguido y una capa de color verde oscuro profusamente bordada con hojas doradas. Su cinturón y su bolsa estaban decorados con oro, al igual que el remate de sus botas, y en la funda de su daga centelleaban rutilantes gemas. ¿De dónde había salido?

De manera igualmente súbita, en el extremo opuesto del puente apareció otro hombre que comenzó a caminar hacia él. Las ahuecadas mangas de su chaqueta roja tenían rayas negras longitudinales, y de su cuello y mangas colgaban tupidos los encajes. Sus botas tenían tantas incrustaciones de plata que era difícil percibir el cuero. Era más bajo y corpulento que el individuo hacia el que se encaminaba, con el pelo rapado tan blanco como los encajes. La edad no lo había vuelto frágil, sin embargo. Andaba con la misma arrogante energía de que daba muestras el otro hombre.

Se aproximaron el uno al otro con recelo. «Como dos tratantes de caballos que saben que el otro quiere venderles una yegua aquejada de esparaván», pensó Perrin.

Los hombres se pusieron a hablar, pero, por más que se esforzó, Perrin sólo alcanzó a oír un murmullo entre el eco de salpicaduras de agua. Se asestaban, ceñudos, furibundas miradas y hacían gestos desabridos, como si estuvieran a punto de enzarzarse en una pelea. No se fiaban uno del otro. Era posible que se odiaran incluso.

Alzó la vista para mirar a la mujer, pero ésta se había esfumado. Cuando volvió a mirar abajo, había un tercer hombre junto a los dos de antes. Y, de algún modo, Perrin supo con la vaguedad de un remoto recuerdo que lo había conocido en algún lugar. Un apuesto hombre de mediana edad que vestía prendas de terciopelo casi negro adornadas con encaje blanco. «Una posada —determinó Perrin—. Y algo anterior a ello. Algo…» Algo sucedido mucho tiempo antes, al parecer. Pero su memoria no le aportó más datos.

Los dos primeros individuos se mantenían ahora uno al lado del otro, convertidos en circunstanciales aliados a consecuencia de la presencia del recién llegado. Éste les

gritaba y agitaba el puño y, entretanto, ellos se movían inquietos, rehuyendo sus furibundas miradas. El temor que les inspiraba superaba con creces el odio que podían profesarse entre sí.

«Sus ojos —pensó Perrin—. ¿Qué tienen de extraño sus ojos?»

El sombrío desconocido de mayor estatura comenzó a replicar, con vacilación al principio y luego con creciente fervor. El de pelo blanco se sumó a la discusión y de repente su alianza temporal se interrumpió. Los tres proferían gritos a la vez, dirigidos alternativamente a los dos restantes. De pronto el de terciopelo oscuro abrió los brazos, como si exigiera un final a aquello. Una bola creciente de fuego los envolvió, ocultándolos, y fue ensanchándose desmesuradamente.

Perrin se echó las manos a la cabeza y se acurrucó detrás del pretil de piedra, tratando de protegerse del embate del viento que le rasgaba la ropa, de un vendaval tan caliente como el fuego. Un vendaval que era de fuego. Aun con los ojos cerrados, veía las llamas hinchándose y traspasándolo todo. La furiosa tempestad rugía lamiéndolo también a él con sus lenguas de fuego; sentía su ardor, su presión, su intención de consumirlo y esparcir sus cenizas. Chilló, tratando de aferrarse a su propio ser, sabiendo que sería en vano.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, el viento cesó, sin aviso previo. Un instante antes el ígneo vendaval lo aporreaba, y ahora reinaba la calma más absoluta. Sólo se oía la cascada de agua resonando en círculo.

Perrin se incorporó despacio y examinó en qué estado se hallaba. Tenía la ropa íntegra, ni tan siquiera tiznada, y en la piel no había ni rastro de quemaduras. Únicamente el recuerdo del calor lo indujo a creer que había sido real. Las huellas de lo ocurrido habían quedado sólo en su memoria; su cuerpo no conservaba constancia alguna de ello.

Se asomó prudentemente a la barandilla. Del puente donde estaban los tres hombres no quedaban más que unos pocos metros de base medio derretida. De sus ocupantes no había vestigio alguno.

Un hormigueo en la nuca lo impulsó a alzar la vista. En una rampa ubicada sobre él, a la derecha, había un lobo de enmarañada pelambre gris, mirándolo.

—¡No! —Se levantó precipitadamente y echó a correr—. ¡Esto es un sueño! ¡Una pesadilla! ¡Quiero despertar!

Siguió corriendo, y se le nubló la visión. Ante sus ojos danzaban imprecisas manchas. Los oídos le zumbaron unos instantes y, al normalizarse su audición, volvió a ver claramente.

Temblaba de frío y sabía con toda certeza que aquello era un sueño desde el primer momento. Tenía la vaga conciencia de algún borroso recuerdo de sueños que habían precedido a aquél, pero de ése no abrigaba dudas. Había estado en ese mismo sitio antes, en noches precedentes, y, aun cuando no comprendiera su sentido, sabía

que era un sueño. Aquel conocimiento no modificó en nada su desarrollo.

Unas monumentales columnas de piedra rojiza pulida rodeaban el amplio espacio donde se hallaba, debajo de un techo abovedado asentado a unos cincuenta metros de su cabeza. Él y otro hombre tan corpulento como él no habrían llegado a rodear con los brazos una de esas columnas. El suelo estaba pavimentado con grandes losas de piedra gris claro, dura y aun así gastada por los pies de incontables generaciones.

Y centrada bajo la cúpula se encontraba la razón por la que tantos pies habían caminado hasta esta estancia. Una espada, suspendida en el aire con la empuñadura boca abajo, sin ningún soporte visible, a una altura en la que aparentemente cualquiera podía cogerla. Giraba con lentitud, como impulsada por alguna racha de aire. Y, sin embargo, no era una espada. La hoja, la empuñadura y el gavilán parecían de vidrio, o tal vez de cristal, y concentraban toda la luz circundante y la proyectaban en miles de destellos y centelleos.

Caminó hacia ella y alargó la mano, tal como había hecho todas las veces anteriores. Recordaba con precisión ese detalle. El puño colgaba delante de su cara, a su alcance. Unos centímetros antes de llegar a la rutilante arma, su mano chocó contra el aire como si hubiera tocado piedra. Tal como sabía que sucedería. Empujó con más fuerza, pero fue como si lo hiciera contra una pared. La espada daba vueltas, resplandeciendo a pocos centímetros de él, tan inalcanzable como si se hubiera hallado al otro lado del océano.

Callandor. No estaba seguro de si el susurro había surgido dentro de su cabeza o fuera de ella; parecía resonar por las columnas, suave como el viento, procedente de todos los rincones, insistente. *Callandor. Quien me empuña, empuña el destino. Tómame e inicia el viaje final*.

Dio un paso atrás, presa de un repentino temor. Aquel susurro no se había producido antes. Durante cuatro noches consecutivas había tenido aquel mismo sueño y aquélla era la primera vez que había una modificación en él.

Vienen los Degenerados.

Era un susurro distinto, cuyo origen identificó al instante, y dio un salto como si lo hubiera tocado un Myrddraal. Entre las columnas había un lobo, un gran lobo de montaña que casi le habría llegado a la cintura, de enmarañado pelambre blanco y gris. Lo miraba atentamente con unos ojos tan amarillos como los suyos.

Vienen los Degenerados.

—No —dijo con voz áspera Perrin—. ¡No! ¡No voy a dejarte entrar! ¡No… lo… permitiré!

Regresó como pudo al estado de vigilia y se incorporó en su cabaña, temblando de miedo, de frío y de rabia.

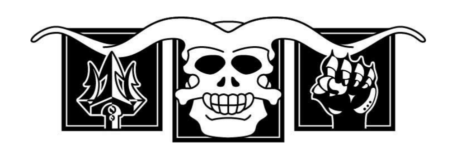
—No lo permitiré —repitió con voz ronca.

Vienen los Degenerados.

El pensamiento destacaba con claridad en su mente, pero no era suyo.

Vienen los Degenerados, hermano.

5



Pesadillas reales

Perrin saltó de la cama, cogió el hacha y corrió afuera, descalzo y vestido sólo con la ropa interior, insensible al frío. La luna bañaba las nubes con su pálido resplandor blanco. Aquélla era luz más que suficiente para sus ojos, más que suficiente para ver las formas que se deslizaban entre los árboles procedentes de todos lados, unas formas casi tan voluminosas como Loial, pero con rostros deformados por hocicos y picos, cabezas semihumanas rematadas con cuernos y plumas; sigilosas formas que caminaban sobre cascos, garras y también pies calzados con botas.

Abrió la boca para dar la voz de alarma cuando de improviso la puerta de la cabaña de Moraine se abrió de golpe y Lan salió como un rayo, espada en mano y gritando.

—¡Trollocs! ¡Despertad, por vuestras vidas! ¡Trollocs!

Los hombres comenzaron a salir de sus cabañas, vestidos sólo con sus prendas de dormir que, en muchos casos, implicaban una casi completa desnudez, pero con las espadas aprestadas. Rugiendo bestialmente, los trollocs arremetieron contra ellos y fueron recibidos con golpes de acero y gritos de «¡Shienar!» y «¡El Dragón Renacido!».

Lan iba completamente vestido —Perrin habría apostado algo a que no había dormido nada— y se abalanzó hacia los trollocs como si la lana de su atuendo fuera una armadura. Parecía bailar, yendo de uno a otro, tan acoplado a su espada como si formaran una sola entidad, y, donde el Guardián danzaba, los trollocs chillaban y perecían.

Moraine también se encontraba a la intemperie, interpretando su propia danza entre los trollocs. La única arma palpable que esgrimía era un látigo, pero cada vez que azotaba a una de aquellas criaturas, de su carne brotaba una hilera de llamas. Su mano libre lanzaba ardientes bolas surgidas del aire, tras cuyo impacto los trollocs aullaban y se revolcaban en el suelo, envueltos en llamas.

Un árbol se incendió de la raíz a la copa y luego otro y otro más. Los trollocs chillaron, deslumbrados por la súbita luz, pero siguieron blandiendo sus picudas hachas y sus espadas curvadas como guadañas.

De pronto Perrin vio que Leya salía con paso vacilante de la choza de Moraine, de la que lo separaba una cuarta parte de la superficie de la hondonada, y su mente abandonó toda preocupación ajena a ella. La Tuatha'an apoyó la espalda contra la pared de troncos y se rodeó la garganta con la mano. La luz de los árboles en llamas le permitió ver el dolor y el horror, la profunda aversión que le producía aquella carnicería.

—¡Escondeos! —le gritó Perrin—. ¡Volved adentro y escondeos! —El creciente fragor de la lucha engulló sus palabras. Echó a correr hacia ella—. ¡Ocultaos, Leya! ¡Por el amor de la Luz, ocultaos!

Ante él se plantó un trolloc de horrible pico ganchudo y garras de halcón, acorazado con cota de mallas y cubierto de púas de pies a cabeza, y arremetió contra él con una de aquellas espadas extrañamente curvadas. Olía a sudor, suciedad y sangre.

Perrin se agachó para esquivar el golpe y exhaló un grito inarticulado, contraatacando con la espada. Sabía que debía tener miedo, pero la urgencia suprimía todo temor. Lo único que le importaba era que debía llegar hasta Leya, debía ponerla a salvo, y el trolloc se interponía en su camino.

Su adversario cayó, rugiendo y pataleando; Perrin no supo dónde le había clavado el arma ni si estaba agonizante o meramente herido. Saltó sobre él y subió trepando la ladera.

Las enormes teas que eran los árboles proyectaban fantasmagóricas sombras sobre el pequeño valle. Una vacilante silueta que caminaba junto a la cabaña de Moraine se reveló de improviso como un trolloc cornudo con hocico cabruno. Asía una espeluznante hacha erizada de púas y parecía a punto de abalanzarse hacia abajo para sumarse a la refriega cuando advirtió a Leya.

—¡No! —gritó Perrin—. ¡Luz, no! —Las rocas se desprendieron bajo sus pies descalzos, pero él no notó el arañazo de sus aristas. El trolloc alzó el hacha—. ¡Leyaaaaaaa!

En el último instante, el monstruo se giró y descargó el arma contra Perrin. Éste se echó al suelo y emitió un alarido al sentir la mordedura del acero en la espalda. Alargó desesperadamente una mano, agarró una pata de cabra y tiró con todas sus fuerzas. El trolloc cayó con estrépito, pero, mientras daba tumbos ladera abajo, lo aferró con manos tan grandes como dos de las suyas y lo arrastró consigo. Percibió en toda su intensidad el repulsivo hedor a cabra y a rancio sudor humano al tiempo que sus fornidos brazos le atenazaban el pecho, impidiéndole respirar; las costillas crujieron, a punto de romperse. Aunque había perdido el hacha al caer, el trolloc se valió de su roma dentadura de cabra, que hundió en el hombro de Perrin. Las poderosas mandíbulas se cerraron, y él gruñó con el tormento del dolor. Estaba sin resuello y la oscuridad se cernía en los límites de su visión, pero conservó la vaga

noción de que tenía el otro brazo libre y de que de un modo u otro había conseguido retener su propia hacha. Asiendo el mango cerca de la hoja, como un martillo, emitió un rugido que gastó todas sus reservas de aire e hincó la púa en la sien del trolloc. Éste se agitó convulsivamente y, moviendo los brazos y piernas como aspas, lo arrojó lejos de sí. Sólo gracias al instinto su mano siguió aferrando el hacha y la arrancó así del trolloc cuando éste siguió rodando hacia abajo.

Perrin se quedó tendido un momento, recobrando aliento. Le ardía la herida de la espalda y notaba la humedad de la sangre. Su hombro se quejó al levantarse.

—¿Leya?

La mujer seguía allí, acurrucada delante de la cabaña, a menos de diez metros de él. Y lo observaba con tal expresión de horror que apenas logró sostenerle la mirada.

—¡No me compadezcáis! —le gruñó—. ¡No…!

El salto que efectuó el Myrddraal desde el techo de la choza pareció prolongarse en exceso, y, durante el tiempo que tan lentamente transcurrió entretanto, su negrísima capa permaneció tiesa e inmóvil, como si el Semihombre ya se hallara en el suelo. Tenía la mirada de vacías cuencas fija en Perrin. Olía a muerte.

El frío agarrotó los brazos y piernas de Perrin bajo el efecto de la mirada del Myrddraal, y su pecho se quedó rígido como un témpano de hielo.

—Leya —susurró. Su voluntad sólo le sirvió para no echar a correr—. Leya, escondeos, por favor. Por favor.

El Semihombre comenzó a avanzar hacia él, en la confianza de que el miedo lo tenía paralizado con sus cadenas. Caminaba como una serpiente, aprestando una espada tan negra que sólo los árboles en llamas hacían visible.

—Basta con cortar una pata del trípode —dijo quedamente— para que todos se vengan abajo. —Su voz sonaba como un amasijo de reseco cuero descompuesto que alguien pisoteara.

De improviso Leya se abalanzó, tratando de rodear con los brazos las piernas del Myrddraal. Sin volverse, el Fado movió sin inmutarse la tenebrosa espada hacia atrás, y la gitana se desplomó.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Perrin. «Debí haberla ayudado…, haberla salvado. ¡Debí haber hecho… algo!» Pero, mientras el Myrddraal enfocaba en él su espantosa mirada, tenía dificultades hasta para pensar.

Ya llegamos, hermano. Estamos aquí, Joven Toro.

Las palabras resonaron en su cabeza como el badajo en una campana, y las vibraciones se expandieron por todo su cuerpo. Con el anuncio, llegaron por montones los lobos y acudieron en riada a su mente al tiempo que entraban en el redondo valle. Lobos de montaña de casi un metro de altura, blancos y grises, que surgían a la carrera de la noche, sabedores del estado de estupor de los dos-piernas, para atacar como flechas a los Degenerados. Los lobos ocuparon de tal modo su

cerebro que apenas retuvo la conciencia de ser un hombre. Sus ojos concentraron la luz y emitieron un dorado resplandor. Entonces el Semihombre detuvo su avance, aquejado de súbita incertidumbre.

—Fado —dijo ásperamente Perrin, pero entonces los lobos le transmitieron otro nombre. Los trollocs, los Degenerados, creados durante la Guerra de la Sombra a partir de una mezcolanza de hombre y animal, eran seres detestables, pero los Myrddraal…—. ¡Nonacido! —espetó el Joven Toro y, retrayendo los labios con un gruñido, arremetió contra el Myrddraal.

Éste se movía como una víbora, sinuoso y mortífero, manejando la espada con la velocidad del relámpago, pero él era el Joven Toro. Así lo llamaban los lobos. Joven Toro, con cuernos de acero que empuñaba con las manos. Él formaba una unidad con los lobos. Era un lobo, y cualquier lobo habría muerto cien veces con tal de ver abatido a uno de los Nonacidos. El Fado retrocedió ante él, destinando ahora su hoja a parar sus golpes.

Los tendones de la corva y la garganta: ésos eran los puntos claves para los lobos. El Joven Toro se echó repentinamente a un lado, hincó una rodilla en el suelo y hundió el hacha en la parte trasera de la rodilla del Semihombre. Éste exhaló un grito —un espeluznante sonido que le hubiera erizado el pelo en cualquier otra ocasión— y cayó, apoyándose en una mano. El Semihombre —el Nonacido— aún asía firmemente la espada, pero, antes de que recobrara el equilibrio, el hacha del Joven Toro volvió a entrar en acción. Medio sesgada, la cabeza del Myrddraal quedó colgando sobre su espalda pero, aun con el cuerpo inclinado sobre la mano, el Nonacido blandía frenéticamente la espada. Los Nonacidos siempre tardaban mucho en morir.

Con sus propios ojos y con los de los lobos, el Joven Toro recibió imágenes de trollocs revolcándose en el suelo, chillando, sin que ningún hombre ni lobo los hubiera tocado. Aquéllos debían de formar parte del pelotón asignado a ese Myrddraal y fallecerían cuando él lo hiciera… si nadie los mataba antes.

A pesar de la apremiante urgencia por bajar la ladera y reunirse con sus hermanos para matar a los Degenerados y perseguir a los Nonacidos que aún quedaban, un recóndito fragmento de sí que aún era humano recordó: «Leya».

Dejó caer el hacha y la volvió con suavidad. Tenía la cara cubierta de sangre y sus ojos lo miraban con la fijeza de la muerte. Creyó ver una acusación en su mirada.

—Lo he intentado —adujo—. He intentado salvaros. —Su mirada siguió inmutable—. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¡Os habría matado si yo no le hubiera dado muerte a él!

Ven, Joven Toro. Ven a matar a los Degenerados.

Los lobos entraron en tropel, lo rodearon. Dejó a Leya en el suelo y tomó el hacha, cuya hoja relucía bañada en sangre. Sus ojos brillaban mientras bajaba

corriendo la rocosa pendiente. Él era Joven Toro.

Los árboles diseminados en torno a la hondonada ardían como antorchas; un alto pino quedó rodeado de violentas llamaradas en el momento justo en que el Joven Toro se enzarzó en la batalla. El aire nocturno se iluminó con un fogonazo azul actínico, similar al producido por un relámpago, cuando Lan trabó combate con otro Myrddraal y el acero forjado por los antiguos Aes Sedai chocó contra el acero fraguado en Thakan'dar, a la sombra de Shayol Ghul. Loial blandía una barra casi tan gruesa como una viga que hacía girar formando un círculo donde ningún trolloc entraba sin antes caer. Los hombres luchaban desesperadamente entre las oscilantes sombras, pero Joven Toro —Perrin— advirtió distraídamente que había demasiados dos-piernas shienarianos tendidos en el suelo.

Los hermanos y hermanas peleaban en pequeñas manadas de tres o cuatro componentes, esquivando las espadas tan semejantes a guadañas y las hachas erizadas de púas, arrojándose en rápidas embestidas para sesgar tendones con los dientes y saltando para morder gargantas cuando caía la presa. En su manera de luchar no había honor, ni gloria, ni piedad. No habían acudido para librar una batalla, sino para matar. Joven Toro se sumó a uno de los reducidos grupos y puso en acción la hoja de su hacha, como si de dientes se tratara.

Había dejado a un lado toda noción de batalla en general. Sólo existían los trollocs, él y los lobos —sus hermanos— desgajados del resto. No cabía más que matar a un Degenerado tras otro, hasta que no quedara ninguno. Hasta que no quedara ninguno allí ni en ningún otro lugar. Sintió el impulso de deshacerse del hacha y utilizar los dientes, de correr a cuatro patas tal como hacían sus hermanos. De correr por los altos puertos de montaña. De correr hundido hasta el vientre por la polvorienta nieve persiguiendo a un ciervo. De correr, con el pelambre alborotado por el frío viento. Gruñía con sus hermanos, y los trollocs aullaban ante la mirada de sus amarillos ojos con un terror aún más pronunciado que el que les inspiraban los otros lobos.

De pronto se dio cuenta de que ya no había más trollocs en pie en el valle, aunque sentía que sus hermanos estaban persiguiendo a otros que huían. Una manada de siete acosaban a una presa diferente allá afuera en la oscuridad. Uno de los Nonacidos corría hacia su cuatro-patas de duro casco —su caballo, dijo una distante parte de sí — y sus hermanos lo seguían, con el olfato impregnado de su olor, de su esencia de muerte. Mentalmente se encontraba con ellos y veía a través de sus ojos. Cuando lo acorralaron, el Nonacido se volvió maldiciendo, con su negra espada y su negra capa confundidas con la noche. La noche era, sin embargo, el ámbito de caza de sus hermanos.

Joven Toro emitió un gruñido al perecer el primero de sus hermanos, traspasado por el dolor de su muerte, pero los otros estrecharon el cerco; más hermanos y

hermanas fallecieron pero, aun así, sus dentelladas abatieron al Nonacido. Para entonces éste ya luchaba con los propios dientes, rasgando gargantas, y con las uñas, que abrían surcos tan profundos en la piel y en la carne como las afiladas garras que llevaban los dos-piernas, pero los hermanos seguían embistiéndolo aun en su agonía. Finalmente una hermana se levantó sola de la pila que todavía rebullía y se apartó tambaleante de ella. Se llamaba *Niebla Matutina*, pero, al igual que con todos los nombres de lobos, el suyo incluía muchas sensaciones: una helada mañana en que el presagio de la nieve flotaba en el aire, y la espesa niebla se ondulaba sobre un valle, arremolinándose agitada por la violenta brisa que transportaba la promesa de una buena caza. Niebla Matutina alzó la cabeza y aulló, dirigiendo el lamento por su muerte a la luna oculta entre las nubes.

Joven Toro echó la cabeza atrás y aulló con ella, unido a su llanto.

Cuando bajó la vista, Min lo miraba fijamente.

—¿Te encuentras bien, Perrin? —preguntó dubitativamente.

Tenía una magulladura en la mejilla y la manga de la chaqueta casi arrancada. En una mano llevaba un garrote y en la otra una daga y en ambos había adheridos pelos y sangre.

Todos estaban mirándolo, advirtió, todos los que aún se mantenían en pie. Loial, que se apoyaba cansinamente en su larga barra. Los shienarianos, que habían trasladado a sus heridos al lugar donde Moraine se inclinaba sobre uno de ellos al lado de Lan. Incluso la Aes Sedai dirigía la vista en dirección a él. Los árboles en llamas proyectaban a modo de gigantescas antorchas una vacilante luz. Por todas partes había trollocs muertos. Había más shienarianos tumbados que de pie, y entre ellos estaban diseminados los cadáveres de sus hermanos. Tantos…

Perrin notó que sentía deseos de volver a aullar. Frenéticamente erigió un muro para cortar todo contacto con los lobos. Las imágenes y las emociones se filtraron por los resquicios, pero al fin logró contenerlas y ya no sintió su dolor ni su rabia, ni sus ansias de cazar a los Degenerados ni de correr… Cortada la comunicación con los lobos, se le hizo patente el insufrible ardor de la espalda, la contusión del hombro que parecía haber sido amartillado en un yunque. También cobró conciencia del dolor en sus pies descalzos, llenos de arañazos y magulladuras. El olor a sangre flotaba por doquier. El olor a trollocs y a muerte.

—Estoy…, estoy bien, Min.

—Has luchado con arrojo —lo felicitó Lan. El Guardián alzó su espada aún mojada de sangre por encima de la cabeza—. ¡Tai'shar Manetheren! ¡Tai'shar Andor! Genuina estirpe de Manetheren. Genuina estirpe de Andor.

Los escasos shienarianos que aún se sostenían por su propio pie pusieron las armas en alto y corearon sus palabras.

—*¡Tai'shar Manetheren! ¡Tai'shar Andor!*

—*Ta'veren* —agregó Loial, asintiendo con la cabeza.

Perrin bajó los ojos con embarazo. Lan le había ahorrado haber de responder a las preguntas que no quería contestar, pero le había otorgado un honor que no merecía. Los demás no lo comprendían. Se preguntó qué dirían si supieran la verdad. Min se acercó más, y entonces él murmuró:

—Leya ha muerto. No he podido… Casi he llegado a tiempo.

—No hubieras cambiado nada —afirmó la joven en voz baja—. Lo sabes perfectamente. —Le examinó la espalda y torció el gesto—. Moraine se ocupará de esto. Está curando a todos los que pueden sanar.

Perrin asintió. Notaba la espalda pegajosa de sangre hasta la cintura, pero a pesar del dolor apenas prestaba atención a la herida. «Luz, esta vez he estado a punto de no regresar. No puedo permitir que vuelva a ocurrir. ¡Nunca más!»

Pero cuando estaba con los lobos todo era tan distinto… Entonces no tenía que preocuparse porque su corpulencia provocaba temor en los desconocidos, y nadie lo tenía por corto de entendederas sólo porque intentaba actuar con prudencia. Los lobos se conocían entre sí aun cuando no se hubieran visto nunca, y con ellos él era simplemente un lobo más.

«¡No!» Apretó con fuerza el mango del hacha. «¡No!» Tuvo un sobresalto cuando Masema tomó de improviso la palabra.

—Ha sido una señal —declaró el shienariano, girando en círculo para dirigirse a todos. Tenía sangre en los brazos y en el pecho (había luchado sólo con los calzones puestos) y caminaba cojeando, pero el brillo de sus ojos era tan ferviente como siempre. Más ferviente incluso—. Una señal que confirma nuestra fe. Hasta los lobos han acudido a luchar por el Dragón Renacido. En la Última Batalla, el señor Dragón convocará incluso a las bestias del bosque para combatir a nuestro lado. Es una señal que nos indica que avancemos. Sólo los Amigos Siniestros dejarán de sumarse a nosotros. —Dos de los shienarianos asintieron.

—¡Calla esa maldita boca, Masema! —espetó Ino. Parecía ileso, lo cual no era extraño si se tenía en cuenta que Ino ya peleaba contra los trollocs antes de que Perrin naciera. Con todo, el cansancio era patente en su porte y únicamente el ojo pintado parecía conservar vivacidad—. ¡Avanzaremos cuando el señor Dragón lo diga, joder! ¡Y que a ninguno de vosotros, campesinos sin seso, se le ocurra hacer lo contrario! —El tuerto miró la larga hilera de hombres que atendía Moraine, la mayoría de los cuales no se hallaban en condiciones ni de sentarse, incluso después de que ella los hubiera curado, y sacudió la cabeza—. Al menos tendremos un montón de condenadas pieles de lobo para abrigar a los heridos.

—¡No! —Los shienarianos se mostraron sorprendidos ante la vehemencia de la voz de Perrin—. Han luchado de nuestro lado y los enterraremos con nuestros muertos.

Ino frunció el entrecejo y abrió la boca para replicar, pero Perrin le clavó, desafiante, la mirada de dorados ojos. Fue el shienariano quien bajó la mirada, y asintió.

Perrin se aclaró, embarazado, la garganta al mismo tiempo que Ino impartía órdenes a los shienarianos ilesos para que recogieran los lobos muertos. Min lo observaba con ojos entornados, con el mismo aire que adoptaba cuando percibía imágenes alrededor de alguien.

—¿Dónde está Rand? —preguntó él.

—Allá afuera a oscuras —repuso la joven, apuntando ladera arriba sin desviar la vista de él—. No quiere hablar con nadie. Está sentado allí y aleja con cajas destempladas a todos los que se acercan.

—Conmigo hablará —aseguró Perrin.

Min lo siguió, sin parar de recordarle que debía esperar a que Moraine hubiera examinado sus heridas. «Luz, ¿qué ve cuando me mira? No quiero saberlo.»

Rand estaba sentado en el suelo justo fuera del círculo que iluminaban los árboles incendiados, con la espalda apoyada en el tronco de un raquítico roble. Tenía la mirada perdida y se rodeaba el pecho con los brazos, como si tuviera frío. No pareció advertir su presencia. Min tomó asiento a su lado, pero él no realizó el menor gesto ni siquiera cuando ella posó una mano en su brazo. Incluso allí Perrin notaba olor a sangre, y no solamente a la suya propia.

—Rand —tomó la palabra Perrin, pero Rand lo interrumpió.

—¿Sabes qué he hecho durante los combates? —Con la vista clavada en la lejanía, Rand dirigía sus palabras a la noche—. ¡Nada! Nada de provecho. Al principio, cuando tendí la mano hacia la Fuente Verdadera, no pude tocarla, no cogí nada. Se deslizaba fuera de mi alcance. Después, cuando finalmente establecí contacto con ella, iba a quemarlos a todos, quemar a todos los trollocs y Fados. Y todo cuanto conseguí fue incendiar unos cuantos árboles. —Una silenciosa risa le sacudió el cuerpo, y luego puso fin a ella con una apesadumbrada mueca—. El *Saidin* me llenó hasta el punto de que temía estallar como un fuego de artificio. Tenía que encauzarlo a algún sitio, librarme de él antes de que me consumiera, y entonces consideré la posibilidad de derribar la montaña y enterrar a los trollocs. Estuve a punto de intentarlo. Ése ha sido mi combate. No contra los trollocs, sino contra mí. Para contener el impulso de enterraros a todos, y a mí mismo, bajo la montaña.

Min dirigió una apenada mirada a Perrin, como si le solicitara ayuda.

—Nosotros… hemos dado cuenta de ellos, Rand —dijo Perrin. Se estremeció al pensar en todos los heridos que yacían abajo. Y en los muertos. «Mejor eso que se nos hubiera venido encima la montaña»—. No te necesitábamos.

Rand volvió a apoyar la cabeza en el árbol y cerró los ojos.

—Sentí cómo venían —dijo casi en un susurro—. Ignoraba lo que era, no

obstante. Transmiten la misma sensación que la infección del *Saidin*. Y el *Saidin* siempre está junto a mí, llamándome, seduciéndome con su canto. Para cuando discerní la diferencia, Lan ya estaba dando la voz de alarma. Si pudiera controlarlo, habría podido avisar mucho antes de que se acercaran. Pero la mitad de las veces que realmente logro entrar en contacto con el *Saidin*, no tengo noción de lo que hago. Me arrastra en su corriente. Pero yo podría haberos prevenido.

—Lan nos avisó con suficiente antelación —aseveró Perrin, moviendo con incomodidad los magullados pies, consciente de que hablaba como si tratara de convencerse a sí mismo.

«Yo también podría haberlos alertado, si hubiera hablado con los lobos. Ellos sabían que había trollocs y Fados en los montes. Trataban de decírmelo.» Pero si no mantenía alejados de su mente a los lobos, ¿no estaría ahora con ellos?, se preguntó. Conocía a un hombre, Elyas Machera, que también podía comunicarse con los lobos. Elyas vivía con los lobos y, pese a ello, parecía ser aún capaz de recordar que era un hombre. Pero nunca le había explicado a Perrin cómo lo conseguía y, por lo demás, hacía mucho tiempo que no se habían visto.

El crujido de unos pasos en la roca anunció la llegada de dos personas, y una ráfaga de aire transportó su olor hasta Perrin. Éste se guardó bien, no obstante, de pronunciar sus nombres hasta que Lan y Moraine se hallaron lo bastante cerca como para que incluso unos ojos ordinarios pudieran distinguirlos.

El Guardián tenía una mano bajo el brazo de la Aes Sedai, como si tratara de sostenerla sin que ella se diera cuenta. Moraine estaba ojerosa y llevaba en la mano una pequeña escultura de viejo marfil oscurecido que representaba a una mujer. Perrin sabía que era un *angreal*, un vestigio de la Era de Leyenda que permitía que una Aes Sedai encauzara una cantidad de Poder superior a la que habría podido manejar sin su ayuda. El hecho de que estuviera utilizándolo para curar era un claro indicio de su cansancio.

Min se levantó para ayudar a Moraine, pero ésta le indicó que se apartara.

—Ya he tratado a todos los demás —dijo a Min—. Cuando acabe aquí, podré descansar. —Apartó asimismo a Lan y, adoptando una expresión absorta, recorrió con la mano el sangrante hombro de Perrin y la herida que tenía en la espalda. El frío contacto le produjo un hormigueo en la piel—. No es grave —dictaminó—. La magulladura del hombro es profunda, pero los cortes son superficiales. Prepárate. No te dolerá, pero…

Siempre le había incomodado hallarse cerca de alguien que sabía que estaba encauzando el Poder Único, y aún más si lo canalizaba hacia él. Lo había experimentado en un par de ocasiones y creía haberse formado una idea del efecto que tenía la canalización sobre una persona, pero aquellas curaciones habían sido de poca importancia, destinadas meramente a aliviar su fatiga cuando a Moraine le

convenía infundirle vigor. No tenía nada que ver con aquélla.

De improviso pareció como si los ojos de la Aes Sedai lo taladraran, vieran su interior. Emitió una exclamación y casi dejó caer el hacha. Notó un hormigueo en la espalda, los músculos retorciéndose para volver a soldarse. Le temblaron incontrolablemente los hombros y todo se volvió borroso. El frío le caló hasta la médula de los huesos. Tenía la impresión de moverse, de caer, de estar volando; no acababa de discernirlo, pero sentía como si de algún modo se precipitara hacia un lugar desconocido a gran velocidad, en un viaje perpetuo. Transcurrida toda una eternidad, sus ojos enfocaron de nuevo el mundo. Moraine retrocedía, casi tambaleándose, hasta que Lan la agarró del brazo.

Perrin se miró boquiabierto el hombro. Los cortes y las magulladuras se habían esfumado y no sentía ni la más mínima punzada. Se giró cuidadosamente, con precaución inútil, pues el dolor de la espalda había desaparecido también. Y tampoco le dolían los pies; no tenía necesidad de examinarlos para saber que no le quedaban restos de arañazos ni contusiones. Las tripas le gruñeron estentóreamente.

—Deberías comer tan pronto como puedas —le aconsejó Moraine—. Buena parte de la energía la has aportado tú. Necesitas reponerla.

El hambre —y las imágenes de comida— ocupaban ya el pensamiento de Perrin. Carne de buey, de venado, de cordero… Logró con esfuerzo dejar de pensar en tales manjares y decidió ir en busca de algunas raíces de aquellas que olían como nabos al asarlas. Su estómago volvió a gruñir a modo de protesta.

—Apenas si te ha quedado una cicatriz, herrero —observó, tras él, Lan.

—Casi todos los lobos heridos han tomado su propio camino por el bosque —dijo Moraine, masajeándose la espalda y estirándose—, pero he curado a todos los que he encontrado. —Perrin le asestó una acerada mirada, pero ella dio la impresión de hacer un inocente comentario—. Tal vez han venido por motivos que nada tienen que ver con nosotros. Aun así, todos habríamos muerto de no ser por ellos. —Perrin se volvió inquieto y bajó la vista.

La Aes Sedai alargó la mano hacia la magulladura que Min tenía en la mejilla, pero ésta dio un paso atrás.

—Yo no estoy herida y vos estáis cansada. Me he hecho más daño otras veces cayéndome.

Moraine sonrió y dejó caer la mano. Lan la tomó del brazo y, a pesar de ello, se tambaleó.

—Muy bien. ¿Y tú, Rand? ¿Has recibido alguna herida? Incluso el rasguño causado por la espada de un Myrddraal puede ser letal, y algunas armas de las que usan los trollocs son igual de peligrosas.

—Rand, tienes la chaqueta mojada —advirtió de repente Perrin.

Rand se sacó la mano derecha de debajo de la roja tela y entonces vieron que

estaba cubierta de sangre.

—No ha sido un Myrddraal —dijo con aire ausente, observándose la mano—. Ni siquiera un trolloc. Se me ha abierto la herida que recibí en Falme.

Moraine musitó algo, zafó el brazo que sostenía Lan y cayó de rodillas al lado de Rand. Le apartó la chaqueta y examinó la herida. Aunque no pudo verla, puesto que la Aes Sedai la tapaba con la cabeza, Perrin notó con mayor intensidad el olor a sangre. Moraine movió las manos y Rand hizo una mueca de dolor.

—«La sangre del Dragón Renacido derramada en las rocas de Shayol Ghul liberará a la humanidad de la Sombra.» ¿No es eso lo que afirman las profecías?

—¿Quién te dijo eso? —preguntó Moraine con brusquedad.

—Si me llevarais a Shayol Ghul ahora —dijo Rand con aire soñoliento—, por un Atajo o un Portal de Piedra, podríamos poner fin a todo. No más muertes. No más sueños. No más.

—Si fuera así de simple —respondió lúgubremente Moraine—, lo haría, de un modo u otro, pero no todas las afirmaciones del Ciclo Karaethon pueden interpretarse al pie de la letra. Por cada cosa que precisa, hay diez frases que pueden tener cien significados distintos. No pienses que conoces todo lo que debe ocurrir, aun cuando alguien te haya recitado la totalidad de las Profecías. —Hizo una pausa, como si recobrara aliento. Luego apretó el *angreal* y deslizó la otra mano por el costado de Rand, sin prestar importancia a la sangre que lo cubría—. Prepárate.

De improviso Rand abrió desmesuradamente los ojos y se incorporó rígidamente, jadeando y temblando. Cuando lo había curado a él, Perrin había creído que había durado una eternidad, pero al cabo de unos momentos la Aes Sedai ya volvía a recostar a Rand en el tronco del roble.

—He hecho… lo que he podido —dijo débilmente—. Todo cuanto está en mis manos. Debes tener cuidado. Podría volver a abrirse si… —Cayó rendida.

Rand la cogió, pero Lan acudió de inmediato y la tomó en sus brazos. Al hacerlo, el Guardián tenía una expresión en el rostro rayana en la ternura que Perrin jamás habría imaginado percibir en él.

—Está exhausta —explicó Lan—. Ha cuidado a todos los demás, pero no hay nadie capaz de mitigar su fatiga. La llevaré a la cama.

—Está Rand —apuntó, vacilante, Min, pero el Guardián sacudió la cabeza.

—No es que crea que no fueras a intentarlo, pastor —aseguró—, pero sabes tan poco que tal vez podrías matarla.

—Tenéis razón —reconoció Rand con amargura—. No soy de fiar. Lews Therin Verdugo de la Humanidad dio muerte a todos sus allegados. Quizá yo haga lo mismo antes de que todo haya acabado.

—No pierdas el ánimo, pastor —lo conminó Lan—. El mundo entero cabalga sobre tus hombros. Recuerda que eres un hombre, y haz lo que debe hacerse.

—Lucharé lo mejor que pueda —prometió, mirando al Guardián, ya sin asomo de amargura—. Porque no hay nadie más, y debe hacerse, y soy yo quien tiene el deber. Lucharé, pero no por ello debe complacerme la persona en que me he convertido. —Cerró los ojos como si fuera a dormirse—. Lucharé. Sueños…

Lan se quedó mirándolo un momento y luego realizó un gesto afirmativo. Después alzó la cabeza en dirección a Perrin y a Min.

—Llevadlo a la cama y luego acostaos. Tenemos planes que concretar, y sólo la Luz sabe lo que sucederá después.

6



Se inicia la cacería

Aun cuando no confiaba en dormir, el estómago saciado de estofado frío —su decisión de comer raíces había durado hasta que el aroma de las sobras de la cena lo habían disuadido— y la extenuación lo habían llevado hasta el lecho. Si soñó, no guardó recuerdo de ello. Lan lo despertó zarandeándolo por los hombros, rodeado del nimbo de luz de la aurora que se filtraba por la puerta.

—Rand se ha marchado —se limitó a decir el Guardián antes de irse a toda prisa, pero aquello fue más que suficiente.

Perrin se levantó bostezando y se vistió apresuradamente para resguardarse del frío de la madrugada. Afuera sólo se veía a un puñado de shienarianos, arrastrando con los caballos cadáveres de trollocs en dirección a los bosques, y casi todos se movían con debilidad patente. El cuerpo necesitaba tiempo para recobrar el vigor que consumía la curación.

Hambriento, Perrin olfateó la brisa con la esperanza de que alguien hubiera comenzado a preparar el desayuno. Estaba dispuesto a comerse aquellas raíces, incluso crudas si era necesario. Sólo percibió el hedor a Myrddraal y trollocs muertos, el olor de hombres, vivos y muertos, de caballos y de árboles. Y de lobos muertos.

La cabaña de Moraine, situada en la parte más elevada de la ladera opuesta, parecía un centro de actividad. Min entró a toda prisa en ella y momentos después salió Masema y luego Ino. El tuerto desapareció entre los árboles, caminando a paso vivo en dirección a la pared rocosa que se alzaba más allá de la choza, en tanto el otro shienariano bajaba cojeando hacia la hondonada.

Perrin se encaminó a la cabaña y, al cruzar el arroyo, se encontró con Masema. En su macilento rostro destacaba más que nunca su cicatriz, y tenía los ojos más hundidos de lo habitual. En medio del cauce, alzó de improviso la cabeza y agarró a Perrin de la manga.

—Vos sois del mismo pueblo que él —dijo con voz ronca Masema—. Vos debéis saberlo. ¿Por qué nos ha abandonado el señor Dragón? ¿Qué pecado hemos cometido?

—¿Pecado? ¿De qué estás hablando? Sean cualesquiera los motivos por los que se ha ido Rand, no tienen nada que ver con lo que vosotros habéis hecho o dejado de hacer. —Masema no pareció satisfecho con la respuesta y siguió agarrándole la manga y mirándolo a la cara como si en ella fuera a hallar una solución. La helada agua comenzaba a calar en la bota izquierda de Perrin—. Masema —señaló prudentemente—, el señor Dragón ha actuado como lo ha hecho siguiendo su plan. El señor Dragón no nos abandonaría. —«¿O sí? ¿Lo haría yo si estuviera en su lugar?»

—Sí —asintió lentamente Masema—. Sí, ahora lo entiendo. Se ha ido solo para propagar la nueva de su advenimiento. Nosotros también hemos de divulgar la noticia. Sí. —Acabó de atravesar el arroyo cojeando y murmurando para sí.

Chorreando agua a cada paso, Perrin subió hasta la cabaña de Moraine y llamó a la puerta. Nadie respondió. Vaciló un momento antes de decidirse a entrar.

La habitación exterior, donde dormía Lan, era tan austera y simple como la choza de Perrin, con una tosca cama adosada a una pared, unos cuantos clavos para colgar la ropa y un estante. Unas rudimentarias lámparas consistentes en teas encajadas en las ranuras de rocas iluminaban la estancia junto con la escasa luz que entraba por la puerta. Las finas espirales de humo que brotaban de ellas se concentraban en forma de neblina debajo del techo. Perrin frunció la nariz al notar su olor.

El bajo techo apenas superaba su altura y, aun sentado como estaba en un extremo de la cama de Lan, con las rodillas retraídas para ocupar menos espacio, Loial lo rozaba con la cabeza. El Ogier agitaba inquietamente las copetudas orejas. Min estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo de tierra al lado de la puerta que conducía a la habitación de Moraine, y la Aes Sedai caminaba de un lado a otro sumida en cavilaciones. Sombrías cavilaciones, sin duda. Aun cuando sólo podía dar tres pasos en cada dirección, hacía un vigoroso uso del espacio, contradiciendo con la rapidez de sus zancadas la aparente calma de su semblante.

—Me parece que Masema se está volviendo loco —contestó Perrin.

—¿Quién sabe, tratándose de él? —replicó con ironía Min.

Moraine se encaró a él, con las mandíbulas comprimidas.

—¿Es Masema la más importante de tus preocupaciones esta mañana, Perrin Aybara? —preguntó con tono excesivamente suave.

—No. Me gustaría saber cuándo se ha ido Rand, y por qué. ¿Lo ha visto marcharse alguien? ¿Sabe alguien adónde ha ido? —Centró en la Aes Sedai una mirada tan firme como la que le dirigía ella. No era fácil hacerlo. Él era mucho más alto, pero ella era una Aes Sedai—. ¿Es esto fruto de vuestros manejos, Moraine? ¿Le habéis tensado tanto las riendas hasta que, de pura impaciencia, él ha preferido irse a cualquier parte, hacer cualquier cosa, con tal de no seguir sentado sin hacer nada? —Loial irguió las orejas y a escondidas le aconsejó prudencia con una de sus manazas.

Moraine observó a Perrin con la cabeza ladeada, y él hubo de hacer acopio de

valor para no bajar los ojos.

—Esto no es fruto de mis actos —declaró—. Se ha marchado a una hora imprecisa de la noche. Todavía tengo esperanzas de averiguar cuándo, cómo y por qué.

Loial alzó los hombros al exhalar un quedo suspiro de alivio que, aunque sin duda era quedo para un Ogier, sonó como el vapor que surge de un recipiente en el que se zambulle una pieza de hierro candente.

—Nunca incurras en las iras de una Aes Sedai —susurró, evidentemente para sus adentros, pero todos los presentes lo oyeron—. Es preferible abrazar el sol que enojar a una Aes Sedai.

Min tendió a Perrin una hoja de papel doblada.

—Loial fue a verlo después de que lo dejáramos en la cama anoche, y Rand le pidió papel, pluma y tinta.

El Ogier movió espasmódicamente las orejas y frunció con preocupación el entrecejo hasta que sus largas cejas quedaron colgando sobre sus mejillas.

—Yo ignoraba qué se proponía. No lo sabía.

—Lo sabemos —lo tranquilizó Min—. Nadie te acusa de nada, Loial.

Moraine miró, ceñuda, el papel, pero no realizó ningún intento de impedir que Perrin lo leyera. Era la letra de Rand.

> «Hago lo que hago porque no hay otra alternativa. Vuelve a perseguirme, y creo que esta vez uno de los dos debe morir. No hay necesidad de que también perezcan quienes me rodean. Ya son demasiadas las personas que han muerto por mí. Yo tampoco deseo morir y a ser posible conservaré la vida. En los sueños hay mentira, y muerte, pero los sueños también contienen verdades.»

No había firma. Perrin no tuvo necesidad de hacer conjeturas acerca de la identidad del perseguidor de Rand, pues tanto para él como para todos ellos sólo podía tratarse de un único ser: Ba'alzemon.

—La dejó debajo de la puerta —dijo Min con voz tensa—. Se ha llevado algunas prendas de ropa vieja que los shienarianos habían colgado a secar, su flauta y un caballo. Sólo eso y un poco de comida, por lo que hemos podido averiguar. Ninguno de los guardias lo vio marcharse, y anoche deberían haber advertido hasta la carrera de un ratón.

—¿Y habría servido de algo que lo hubieran visto? —observó con calma Moraine —. ¿Habría detenido alguno de ellos al señor Dragón o le habría dado siquiera el quién vive? Algunos de ellos (Masema, por ejemplo) se cortarían el cuello si el señor Dragón así se lo indicara.

Perrin aprovechó para someterla a examen.

—¿Acaso esperabais otra cosa? Juraron seguirlo. Luz, Moraine, nunca se habría proclamado Dragón de no ser por vos. ¿Cómo pensabais que iban a reaccionar ellos? —La Aes Sedai guardó silencio, y él continuó, algo menos exaltado—. ¿Creéis, Moraine, que él es realmente el Dragón Renacido? ¿O lo consideráis meramente como a alguien a quien podéis utilizar antes de que el Poder Único lo mate o le haga perder el juicio?

—Tranquilo, Perrin —le aconsejó Loial—. No hay que enfadarse tanto.

—Me tranquilizaré cuando me responda. ¿Y bien, Moraine?

—Él es lo que es —contestó con aspereza.

—Dijisteis que el Entramado acabaría por obligarlo a tomar la vía conveniente. ¿Es eso lo que ha sucedido o simplemente intenta alejarse de vos? —Por un momento, viendo chispear de rabia los oscuros ojos de la Aes Sedai, pensó que había ido demasiado lejos, pero no quiso echarse atrás—. ¿Y bien?

—Es posible que esto sea producto de una elección del Entramado —repuso Moraine tras inspirar profundamente—. No era, no obstante, mi intención que se marchara solo. Pese a todo su poder, en muchos sentidos es tan indefenso como un recién nacido e igual de ignorante que él. Encauza, pero, cuando tiende la mano hacia el Poder Único, carece de control sobre él y éste responde a veces a su llamada y otras no, y cuando lo invade su flujo apenas es consciente de lo que hace con él. El propio Poder acarreará su muerte sin darle ocasión a enloquecer si no aprende a dominarlo. Le quedan muchas cosas que aprender. Quiere correr y aún no sabe andar.

—Respondéis con circunloquios y evasivas, Moraine. —Perrin soltó un bufido—. Si es lo que decís que es, ¿no se os ha ocurrido pensar que sabe mejor que vos lo que debe hacer?

—Es lo que es —repitió con firmeza la mujer—, pero debo mantenerlo con vida si ha de hacer algo. No cumplirá las Profecías si muere e, incluso si logra evitar a los Amigos Siniestros y los Engendros de la Sombra, hay millares de otras manos dispuestas a sacrificarlo. Para ello sólo bastará un atisbo de la décima parte de lo que es. Con todo, si sólo hubiera de enfrentarse a tales asechanzas, no me preocuparía tanto. También hay que tomar en cuenta a los Renegados.

Perrin dio un respingo y, en el rincón, Loial exhaló un gemido.

—El Oscuro y los Renegados están confinados en Shayol Ghul —replicó maquinalmente Perrin, pero la Aes Sedai no lo dejó concluir.

—Los sellos están debilitándose, Perrin. Algunos se han quebrado, aunque el mundo lo ignore y deba necesariamente ignorarlo. El Padre de las Mentiras no está libre todavía. Pero, a medida que crece la fragilidad de los sellos, ¿cuál de los Renegados habrá recobrado ya la libertad? ¿Lanfear? ¿Sammael? ¿Asmodean, Be'lal o Ravhin? ¿El propio Ishamael, el Traidor de la Esperanza? Son trece, Perrin, y son

los sellos los que los mantienen recluidos. No se encuentran en la prisión donde está encerrado el Oscuro. Trece de los más poderosos Aes Sedai de la Era de Leyenda, el más débil de los cuales supera en fuerza a diez de las más capacitadas Aes Sedai de nuestro tiempo y el más ignorante posee todo el conocimiento de la Era de Leyenda. Y todo hombre y mujer que se sumó a sus filas renunció a la Luz y consagró su alma a la Sombra. ¿Y si se hallan libres y están acechándolo? No pienso permitir que caiga en sus garras.

Perrin se estremeció, en parte a causa de la glacial determinación que expresaban sus últimas palabras, pero asimismo por la mención de los Renegados. Era espeluznante pensar que hubiera tan sólo un Renegado vagando por el mundo. De pequeño, su madre lo había asustado con aquellos nombres. «Ishamael viene a llevarse a los niños que dicen mentiras. Lanfear acecha en la noche a los niños que no se acuestan cuando deben.» El miedo que le inspiraban ahora de mayor era igual de cerval, sobre todo sabiendo que no eran personajes de ficción. Sobre todo ahora que Moraine decía que tal vez estaban libres.

—Confinados en Shayol Ghul —susurró, añorando el tiempo en que así lo creía. Turbado, volvió a repasar la carta de Rand—. Sueños. Ayer también me habló de sueños.

Moraine se aproximó más a él y fijó la mirada en su cara.

—¿Sueños? —Lan e Ino entraron entonces, pero ella les hizo un gesto para que guardaran silencio. La reducida habitación estaba abarrotada ahora, con cinco personas aparte del Ogier—. ¿Qué has soñado tú estos últimos días, Perrin? —Desestimó su afirmación de que en sus sueños no había habido nada anormal—. Cuéntame —insistió—. ¿Qué sueño has tenido que saliera de lo ordinario? Dímelo. —Su mirada se clavaba en él igual que unas tenazas, presionándolo para que hablara.

Miró a los demás y comprobó que todos lo observaban fijamente, incluso Min. Después refirió, titubeante, el único sueño que le parecía raro, el mismo que soñaba cada noche. El sueño de la espada que no podía tocar. Omitió mencionar el lobo que apareció al final.

—*Callandor* —musitó Lan cuando hubo concluido, con perplejidad patente en el pétreo semblante.

—Sí —convino Moraine—, pero debemos estar totalmente seguros. Habla con los otros. —Cuando Lan salía de la cabaña, se volvió hacia Ino—. ¿Y tú qué has soñado? ¿Has soñado también con una espada?

El shienariano movió inquietamente los pies. El ojo pintado de rojo del parche miraba imperturbable a Moraine, pero el ojo sano pestañeaba desenfocado.

—Yo siempre sueño con jod… eh, con espadas, Moraine Sedai —respondió rígidamente—. Supongo que he soñado con una espada las noches pasadas. No recuerdo tan bien los sueños como lord Perrin.

—¿Loial? —inquirió Moraine.

—Mis sueños no varían nunca, Moraine Sedai. Las arboledas, los Grandes Árboles y el stedding. Los Ogier siempre soñamos con el *stedding* cuando nos encontramos lejos de él.

La Aes Sedai volvió a girarse hacia Perrin.

—Sólo era un sueño —adujo el joven—. Nada más que un sueño.

—Lo dudo —disintió la mujer—. Has descrito la sala conocida como Corazón de la Ciudadela, situada en la fortaleza llamada la Ciudadela de Tear, como si hubieras estado allí. Y la espada resplandeciente es *Callandor*, la Espada que no es una Espada, la Espada que no Puede Tocarse.

Loial se levantó de golpe y chocó con la cabeza en el techo, pero no pareció ni darse cuenta.

—Las Profecías aseguran que la Ciudadela de Tear nunca será tomada hasta que la mano del Dragón empuñe *Callandor*. La caída de la Ciudadela de Tear será una de las señales indiscutibles del advenimiento del Dragón Renacido. Si Rand esgrime *Callandor*, el mundo entero deberá reconocerlo como el Dragón.

—Tal vez. —La palabra quedó flotando en los labios de la Aes Sedai como un trozo de hielo sobre aguas remansadas.

—¿Tal vez? —repitió Perrin—. ¿Tal vez? Creía que era la prueba concluyente, el cumplimiento definitivo de las Profecías.

—No es la primera ni la última —objetó Moraine—. *Callandor* únicamente será un eslabón en el cumplimiento de lo augurado en el Ciclo Karaethon, al igual que su nacimiento en las laderas del Monte del Dragón fue el primero. Todavía ha de desarticular las naciones o hacer pedazos el mundo. Incluso los eruditos que han estudiado las Profecías durante toda su vida no saben cómo interpretarlas todas. ¿Qué significa que «matará a su gente con la espada de la paz, y los destruirá con la hoja»? ¿Qué significa que «someterá las nueve lunas a su servicio»? Y, sin embargo, estas predicciones tienen un peso equivalente a la de *Callandor* en el Ciclo. Hay otras igual de misteriosas. ¿Qué «heridas de locura y quebranto de la esperanza» ha curado? ¿Qué cadenas ha roto y a quién encadenó? Y otras son tan abstrusas que cabe la posibilidad de que ya las haya cumplido, aunque yo no tenga conciencia de ello. Lo que sí es seguro, en todo caso, es que *Callandor* dista mucho de ser el eslabón concluyente.

Perrin se encogió de hombros. Sólo conocía detalles y fragmentos inconexos de las Profecías; desde que Rand había accedido a que Moraine le pusiera aquel estandarte en la mano le había hecho aún menos gracia escucharlas. De hecho, tal aprensión se había iniciado antes incluso, desde que un viaje a través de un Portal de Piedra había generado en él la convicción de que su vida estaba ligada a la de Rand.

—Si piensas que no tiene más que alargar la mano —seguía hablando Moraine—,

Loial hijo de Arent nieto de Halan, eres un estúpido y también lo es él si cree que es tan sencillo. Aun cuando viva el tiempo suficiente para llegar a Tear, puede que jamás entre en la Ciudadela.

»Los tearianos detestan cuanto guarda relación con el Poder Único y nada hay más execrable para ellos que un hombre que abrigue la pretensión de ser el Dragón. El encauzamiento está prohibido por la ley, y las Aes Sedai apenas son toleradas allí, siempre que no encaucen. El hecho de recitar las Profecías del Dragón, o incluso de poseer una copia de ellas, está penado con la cárcel en Tear. Y nadie entra en la Ciudadela de Tear sin el permiso de los Grandes Señores; sólo los Grandes Señores tienen acceso al Corazón de la Ciudadela. No está preparado para esto. No lo está.

Perrin gruñó quedamente. La Ciudadela no será tomada hasta que el Dragón Renacido empuñe *Callandor*. «¿Cómo demonios va a llegar hasta ella… ¡dentro de una condenada fortaleza!, antes de que se rinda la ciudadela? ¡Es una locura!»

—¿Por qué nos limitamos a seguir sentados aquí? —estalló Min—. Si Rand se dirige a Tear, ¿por qué no vamos tras él? Podría morir o… o… ¿Por qué estamos sentados aquí?

—Porque debo estar segura —repuso con suavidad Moraine, posando la mano en su cabeza—. No es cómodo ser uno de los elegidos de la Rueda, ser grande o hallarse próximo al encumbramiento. Los elegidos de la Rueda no tienen más opción que aceptar las cosas tal como vienen.

—Estoy cansada de aceptar las cosas como vienen. —Min se restregó los ojos, y entonces Perrin creyó advertir lágrimas en ellos—. Rand podría estar agonizando mientras nosotros esperamos. —Moraine le acarició el cabello con un asomo de compasión en el rostro.

Perrin se sentó en la cama de Lan junto a Loial. En la habitación había un fuerte olor a personas; a personas, preocupación y miedo. Loial olía a libros y árboles tanto como a preocupación. Tenía la sensación de hallarse atrapado entre la cercanía de aquellas paredes y de los ocupantes del reducido espacio que cercaban. Las teas ardientes apestaban.

—¿Cómo puede deducirse de mi sueño el lugar adonde se dirige Rand? —preguntó—. Sólo es lo que he soñado yo.

—Quienes tienen la facultad de encauzar el Poder Único —respondió en voz baja Moraine—, en especial aquellos que destacan en el dominio del Espíritu, a veces pueden imponer sus sueños a los demás. —Seguía acariciando la cabeza de Min—. Sobre todo a personas… susceptibles. No creo que Rand lo hiciera a propósito, pero los sueños de los que están en contacto con la Fuente Verdadera pueden ser poderosos. En el caso de alguien tan pujante como él, podrían afectar a todo un pueblo o quizás incluso a una ciudad. Apenas sabe lo que hace, y menos aún cómo lo ha de controlar.

—¿Entonces por qué vos no habéis soñado lo mismo? —preguntó—. ¿O Lan? —Ino alzó los ojos con evidentes ansias de hallarse en cualquier otro lugar, y Loial agachó las orejas. Perrin estaba demasiado cansado y hambriento para preocuparse de si se mostraba debidamente respetuoso con la Aes Sedai. Y demasiado enojado, asimismo, advirtió—. ¿Por qué?

—Las Aes Sedai aprenden a acorazar sus sueños. Yo lo hago de manera inconsciente al dormir. Con el vínculo, los Guardianes reciben una capacidad similar. Los Gaidin no podrían cumplir con su obligación si la Sombra se inmiscuyera en sus sueños. Todos somos vulnerables cuando dormimos, y la fuerza de la Sombra se acrecienta de noche.

—Siempre nos venís con nuevas y sorprendentes explicaciones —gruñó Perrin—. ¿No podríais decirnos a qué hemos de atenernos de una vez por todas en lugar de revelarlo cuando ya ha sucedido?

Ino parecía absorto en inventar alguna excusa para marcharse de allí. Moraine asestó una inexpresiva mirada a Perrin.

—¿Quieres que te transmita el conocimiento acumulado en toda una vida en una sola tarde? ¿O en un solo año? Sólo te diré esto: ten cuidado con lo que sueñas, Perrin Aybara. Ten cuidado con tus sueños.

—Lo tengo —murmuró, desviando la vista de ella—. Lo tengo.

Después, el silencio se adueñó de ellos. Min seguía sentada mirándose los tobillos entrecruzados, aun cuando parecía hallar consuelo en la presencia de Moraine. Ino continuaba apoyado en la pared sin mirar a nadie. Loial trató de evadirse de la situación sacando un libro del bolsillo e intentando leerlo en la penumbra reinante. La espera fue larga, y harto incómoda para Perrin. «No es la Sombra lo que temo de mis sueños. Son los lobos. No pienso darles cabida en ellos. ¡No pienso hacerlo!»

Cuando volvió Lan, Moraine se irguió, anhelante, y el Guardián respondió a su muda pregunta.

—La mitad recuerdan haber soñado con espadas las cuatro últimas noches. Algunos recuerdan un lugar con grandes columnas, y cinco afirman que la espada era de cristal o de vidrio. Masema dice que anoche vio cómo Rand la cogía.

—Es posible —dijo Moraine. Se frotó vigorosamente las manos, llena de energía—. Ahora estoy segura. Aunque todavía me gustaría saber cómo se marchó sin que nadie lo viera. Si ha redescubierto algún Talento de la Era de Leyenda…

Lan miró a Ino, y el tuerto se encogió con consternación.

—Maldita sea, me había olvidado con tanta jodida conversación sobre conde… —Se aclaró la garganta, lanzando una furtiva ojeada a Moraine. Ésta lo miró expectante, invitándolo a continuar—. Quiero decir que… eh… he seguido las huellas del señor Dragón. Ahora hay otra abertura en ese valle rodeado de montañas. El… el terremoto derribó la peña del otro lado. Es difícil subir, pero es factible

hacerlo a caballo. He encontrado más huellas arriba y desde allí se puede avanzar sin problemas rodeando la montaña. —Espiró largamente cuando acabó.

—Estupendo —repuso Moraine—. Al menos no ha redescubierto la manera de volar o de volverse invisible, o algún otro portentoso recurso. Debemos seguirlo sin tardanza. Ino, te daré una cantidad de oro suficiente para que lleves a tus hombres hasta Jehannah y el nombre de otra persona que hará llegar otra bolsa a tus manos. Los ghealdanos desconfían de los forasteros, pero, si guardáis las distancias, nadie os importunará. Esperad allí hasta que os avise.

—Iremos con vos —protestó el shienariano—. Todos hemos jurado seguir al Dragón Renacido. Aunque no veo cómo, siendo tan pocos, vamos a tomar una fortaleza que jamás se ha rendido, con la ayuda del señor Dragón haremos lo que debe hacerse.

—De modo que nosotros somos ahora «el Pueblo del Dragón». —Perrin rió tristemente—. «La Ciudadela de Tear no será abatida hasta la llegada del Pueblo del Dragón.» ¿Nos habéis puesto un nuevo nombre, Moraine?

—Cuida tus palabras, herrero —gruñó con tono glacial Lan.

Moraine les asestó duras miradas, y ambos guardaron silencio.

—Perdóname, Ino —dijo—, pero debemos viajar deprisa si queremos alcanzarlo. Tú eres el único shienariano que se halla en condiciones de resistir una prolongada cabalgata, y no podemos permitirnos perder los días que los demás necesitarán para recobrar fuerzas. Os mandaré llamar cuando pueda.

Ino esbozó una mueca, pero inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Luego irguió los hombros y se fue para dar la noticia a los otros.

—Pues yo pienso ir con vosotros, digáis lo que digáis —aseguró tajantemente Min.

—Tú irás a Tar Valon —le dijo Moraine.

—¡De ningún modo!

—Alguien debe comunicar lo ocurrido a la Sede Amyrlin —continuó con voz suave la Aes Sedai, como si la joven no hubiera hablado—, y no tengo garantías de encontrar a alguien digno de confianza que tenga palomas mensajeras; ni de que el mensaje que enviara por medio de una paloma llegara a manos de la Sede Amyrlin. Es un largo y duro viaje. No te mandaría sola si dispusiera de alguien que pudiera acompañarte, pero te entregaré dinero y cartas destinadas a personas que pueden ayudarte a lo largo del camino, tendrás que cabalgar velozmente. Cuando se fatigue tu montura, compra otra… o róbala, si es necesario…, pero apúrate.

—Que lleve Ino el mensaje. Él se halla en condiciones; vos misma lo habéis dicho. Yo voy a ir en pos de Rand.

—Ino tiene sus obligaciones, Min. ¿Y crees que podría ir tranquilamente hasta las puertas de la Torre Blanca y pedir una audiencia con la Sede Amyrlin? Incluso un rey

habría de aguardar varios días si llegara sin previo aviso, y me temo que a cualquiera de los shienarianos los dejarían plantados durante días, cuando no para siempre. Por no mencionar el hecho de que algo tan insólito sería la comidilla de Tar Valon antes de que hubiera caído la noche. Aunque no es común que las mujeres soliciten una audiencia personal con la Sede Amyrlin, algunas lo hacen, y por ello tu demanda no debería suscitar mayores comentarios. Nadie debe enterarse ni siquiera de que la Sede Amyrlin ha recibido un mensaje mío. Su vida… y las nuestras podrían depender de ello. Tú eres la persona indicada para esta misión.

Min abrió y cerró la boca varias veces, tratando de expresar una nueva objeción, pero Moraine ya había vuelto a tomar la palabra.

—Lan, me temo mucho que encontraremos más evidencias de su paso de las convenientes, pero cuento contigo para seguir el rastro. —El Guardián asintió—. Perrin, Loial, ¿vendréis conmigo en pos de Rand? —Min exhaló un chillido de indignación, que la Aes Sedai aparentó no haber oído.

—Iré —se apresuró a responder Loial—. Rand es mi amigo. Y admito que no quiero perderme nada, por el libro que me propongo escribir.

Perrin tardó más en contestar. Rand era su amigo, pese a lo que había devenido por la forja de la vida. Y también tomó en cuenta aquella certeza casi completa de que sus futuros estaban unidos, aun cuando, de haber podido, habría soslayado participar de la suerte de Rand.

—Así tiene que ser, ¿verdad? —dijo al cabo—. Iré con vos.

—Bien. —Moraine volvió a frotarse las manos con el ademán de alguien que se dispone a trabajar—. Debéis prepararos de inmediato. Rand nos lleva varias horas de ventaja. Quiero haber recorrido un buen trecho antes de mediodía.

A pesar de su delgadez, la fuerza de su presencia los impulsó a todos hacia la puerta a excepción de Lan. Loial caminó encorvado hasta haber traspuesto el umbral. Perrin pensó en una matrona sacando a los gansos del corral.

Una vez fuera, Min se demoró un momento para dedicar una sonrisa sospechosamente dulce a Lan.

—¿Deseáis vos que os lleve algún mensaje? ¿Para Nynaeve, tal vez?

El Guardián pestañeó como si lo hubiera sorprendido con la guardia baja, igual que un caballo apoyado sólo en tres patas.

—¿Es que todo el mundo sabe…? —Recobró el equilibrio casi al instante—. Si hay algo más que deba saber de mí, se lo diré yo mismo. —Le cerró la puerta casi en la cara.

—¡Hombres! —murmuró Min a la puerta—. Demasiado ciegos para ver lo que vería una piedra y demasiado testarudos para confiar en que piensen por sí mismos.

Perrin aspiró con fruición. En el aire del valle aún quedaban atenuados aromas a muerte, pero era mejor que estar encerrado en la cabaña. Algo mejor.

—Aire puro —suspiró Loial—. El humo comenzaba a molestarme un poco.

Comenzaron a bajar la ladera juntos. Al lado del arroyo, los shienarianos que se tenían en pie estaban reunidos en torno a Ino, quien, a juzgar por sus gestos, estaba recuperando el tiempo perdido con una buena retahíla de juramentos.

—¿A qué se debe vuestra situación de privilegio? —inquirió de repente Min—. A vosotros os ha preguntado. Conmigo no ha tenido ese detalle.

—Creo que nos lo ha preguntado —respondió, sacudiendo la cabeza, Loial— porque sabía qué íbamos a responder, Min. Por lo visto, Moraine es capaz de leernos el pensamiento a Perrin y a mí; sabe lo que haremos. Pero tú eres un libro cerrado para ella.

Aquel razonamiento en poco aplacó la rabia de Min. Alzó la vista hacia Perrin, dos palmos más alto que ella, y luego hacia Loial, de estatura aún mucho más impresionante.

—¡Para lo que me sirve! De todas formas, voy a ir adonde ella quiere sin oponer más resistencia que vosotros, que sois como dos corderitos. Te has portado como un hombre durante un rato, Perrin. Le has levantado la voz como si te hubiera vendido una chaqueta a la que se le deshacían las costuras.

—Yo no le he levantado la voz —replicó Perrin, extrañado. En realidad no se había dado cuenta de lo que había hecho—. No ha sido tan terrible como pensaba.

—Has tenido suerte —observó, con su voz cavernosa, Loial—. «Enojar a una Aes Sedai es meter la cabeza en un avispero.»

—Loial —dijo Min—, necesito hablar a solas con Perrin. ¿Te importa?

—Oh. Por supuesto que no. —Se puso a andar con las grandes zancadas que permitían sus largas piernas y se alejó de ellos, sacando la pipa y la bolsa del tabaco de un bolsillo de la chaqueta.

Perrin miró con recelo a la joven, que se mordía el labio, como si reflexionara sobre lo que iba a decir.

—¿Percibes alguna vez algo a su alrededor? —preguntó, señalando con la cabeza al Ogier.

—Creo que sólo funciona con los humanos —repuso Min, sacudiendo la cabeza —. Pero he visto cosas referentes a ti que considero que debes saber.

—Te he dicho que…

—No seas más estúpido de lo estrictamente necesario, Perrin. Allá en la cabaña, justo después de que dijeras que irías, he visto cosas que no había percibido antes. Deben de guardar relación con este viaje. O como mínimo con tu decisión de sumarte a él.

—¿Qué has visto? —inquirió a regañadientes al cabo de un momento.

—Un Aiel en una jaula —le informó sin demora—. Un Tuatha'an con una espada. Un halcón y un azor, encaramados en tus hombros. Los dos hembras, me parece. Y

todo lo demás, claro está. Lo que siempre está en tu aureola: oscuridad girando en remolino a tu alrededor y…

—¡Nada de eso! —se apresuró a interrumpirla. Cuando tuvo la certeza de que había parado de hablar, se rascó la cabeza, reflexionando. No acertó a hallarle ningún sentido—. ¿Tienes idea de lo que significa todo esto? Los nuevos detalles, me refiero.

—No, pero son importantes. Lo que veo siempre lo es. Son puntos cruciales en las vidas de las personas, o lo que está inscrito en su destino. Siempre es importante. —Vaciló un momento, mirándolo—. Otra cosa más —añadió—. Si encuentras a una mujer, la mujer más hermosa que nunca hayas visto, ¡huye!

—¿Has visto a una mujer hermosa? ¿Por qué debería huir de una mujer hermosa?

—¿No puedes limitarte a seguir mi consejo? —replicó con irritación. Luego dio un puntapié a una piedra y se quedó mirando cómo rodaba pendiente abajo.

A Perrin no le gustaba sacar conclusiones precipitadas —y ése era uno de los motivos por los que algunas personas lo tenían por lento— pero hizo un balance de varias de las cosas que le había dicho Min a lo largo de los días anteriores y realizó una asombrosa deducción. Se paró de golpe, devanándose el cerebro para hallar las palabras adecuadas.

—Eh… Min, sabes que te aprecio. Me gustas, pero… eh… nunca he tenido una hermana, pero si la tuviera…, quiero decir que tú… —Paró de tartamudear cuando ella alzó la cabeza para mirarlo con las cejas enarcadas y un amago de sonrisa en los labios.

—Vaya, Perrin, debes saber que te quiero. —Se detuvo y observó cómo él movía la boca sin llegar a articular palabra alguna y luego añadió, lenta y cautelosamente—: ¡Como a un hermano, tonto! Nunca deja de admirarme la arrogancia de los hombres. Todos pensáis que no hay nada que no tenga relación con vosotros, y que toda mujer debe forzosamente desearos.

—Yo no… nunca… —balbuceó Perrin, sintiendo la cara encendida—. ¿Qué has visto sobre esa mujer? —inquirió tras aclararse la garganta.

—Limítate a seguir mi consejo —contestó Min, reanudando a paso vivo el descenso hacia el arroyo—. ¡Aunque te olvides de lo demás —le advirtió, mirándolo por encima del hombro—, hazme caso en esto!

Perrin se quedó mirándola y por una vez sus pensamientos parecieron organizarse a toda prisa.

—Es Rand, ¿verdad? —dijo, dándole alcance en dos zancadas.

La joven emitió un sonido gutural y lo miró de soslayo. No aminoró la marcha, sin embargo.

—Puede que, después de todo, no seas tan estúpido —murmuró, y al cabo de un momento agregó, como si hablara para sí—: Estoy tan ineludiblemente unida a él como una duela a un barril. Pero dudo mucho que él llegue a corresponder algún día

mi amor. Y no soy la única.

—¿Lo sabe Egwene? —preguntó.

Rand y Egwene habían sido prácticamente novios desde la infancia. Sólo les había faltado arrodillarse delante del Círculo de Mujeres del pueblo para formalizar su compromiso. Perrin no estaba seguro de hasta qué punto sus sentimientos se habían modificado ni de si, en el fondo, no seguían siendo los mismos.

—Lo sabe —respondió concisamente Min—. Y, por cierto, no es un consuelo para ninguna de las dos.

—¿Y Rand? ¿Lo sabe él?

—Oh, por supuesto —contestó con amargura—. Se lo dije, claro. «Rand, he realizado una percepción de tu nimbo y, por lo visto, he de enamorarme de ti. También tendré que compartirte con otras mujeres, y no me hace ninguna gracia, pero así es.» Pensándolo mejor, sí eres un completo idiota, Perrin Aybara. —Rabiosa, se secó los ojos con la mano—. Sé que podría ayudarlo si pudiera estar con él. No sé cómo, pero lo haría. Luz, si muere, no sé si voy a poder resistirlo.

—Escucha, Min. Yo haré cuanto esté en mis manos por ayudarlo. —«Aunque seguramente serán escasas mis posibilidades», pensó con incomodidad—. Te lo prometo. De veras es mejor que vayas a Tar Valon. Allí estarás a salvo.

—¿A salvo? —Paladeó las dos palabras como si se preguntara por su significado —. ¿Crees que Tar Valon es un lugar seguro?

—Si no estás a salvo en Tar Valon, no lo estarás en ninguna otra parte.

La joven emitió un sonoro resoplido y, ya en silencio, fueron a reunirse con los hombres que realizaban los preparativos para la partida.

7



La salida de las montañas

El descenso de las montañas fue duro, pero, a medida que avanzaban, Perrin necesitaba cada vez menos su capa forrada de piel. Hora tras hora, dejaban atrás las postrimerías del invierno y se adentraban en el comienzo de la primavera. Los últimos restos de nieve desaparecían, y la hierba y las flores silvestres —prímulas y clavelitos— empezaban a cubrir los altos prados que atravesaban. Los árboles eran más abundantes y más frondosos, y en su ramaje cantaban alondras y petirrojos. Y también había lobos. Nunca se mostraban, pues ni siquiera Lan mencionó haber avistado alguno, pero Perrin lo sabía y, aunque mantenía firmemente parapetada la mente contra ellos, de tanto en tanto, en lo más recóndito de su cerebro, un cosquilleo tan leve como el contacto de una pluma le recordaba que estaban allí.

Lan pasaba gran parte del tiempo explorando el camino a lomos de su negro caballo de guerra, *Mandarb*, en pos de las huellas de Rand, e iba dejando señales que el resto de ellos seguían: una flecha de piedras destacada en el suelo, o una trazada en la pared rocosa de una bifurcación. Desviaos aquí. Cruzad ese puerto. Tomad ese camino en zigzag, ese sendero, ese atajo entre los árboles que luego bordea aquel angosto arroyo, aun cuando no haya ningún indicio de que alguien ha pasado antes por aquí. Nada más que las señales de Lan. Una mata de hierba atada en una dirección para indicar un giro a la izquierda; en la otra, a la derecha. Una rama inclinada. Un montón de guijarros para advertir de un escabroso ascenso, dos hojas prendidas a una espina para avisar de la proximidad de una empinada bajada. El Guardián utilizaba un centenar de signos distintos, según le parecía a Perrin, y Moraine los reconocía todos. Lan raras veces solía retroceder salvo cuando instalaban el campamento. Entonces conversaba en voz baja con Moraine, lejos del fuego. A la salida del sol, normalmente ya se hallaba en camino desde hacía horas.

Moraine era siempre la primera en montar a caballo después de él, mientras el sol comenzaba a arrebolarse por levante. La Aes Sedai no habría bajado de lomos de *Aldieb*, su blanca yegua, hasta después del anochecer o ya avanzada la noche, de no

ser porque Lan se negaba a continuar siguiendo el rastro en cuanto cedía la luz del día.

—Iremos aún más lentos si se rompe una pata un caballo —aducía el Guardián ante las quejas de Moraine.

La respuesta de ella no variaba prácticamente nunca.

—Si no eres capaz de avanzar más aprisa, tal vez debería enviarte junto a Myrelle antes de que te vuelvas más viejo. Bueno, quizás eso pueda esperar, pero debes conducirnos con más premura.

Su tono oscilaba entre el de una irritada amenaza y el de una broma. Perrin deducía que expresaba algo del orden de una amenaza, o tal vez una advertencia, por la manera como Lan comprimía la mandíbula aun cuando ella sonriera después y le palmeara amistosamente la espalda.

—¿Quién es Myrelle? —preguntó suspicazmente Perrin la primera vez que se produjo aquel diálogo.

Loial sacudió la cabeza, murmurando acerca de los contratiempos que sobrevienen a quienes se inmiscuyen en los asuntos de las Aes Sedai. El cernejudo caballo del Ogier era tan alto y corpulento como el más poderoso semental, pero las largas piernas de Loial colgando de sus costados lo hacían parecer como un poni.

—Una hermana Verde —respondió con reservada y maliciosa sonrisa Moraine—. Alguien a quien Lan debe entregar algún día un paquete para su salvaguarda.

—Se halla lejano ese día —dijo Lan, con patente ira en la voz, algo realmente insólito en él—. No llegará nunca, si puedo evitarlo. ¡Vivirás mucho más tiempo que yo, Moraine Aes Sedai!

«Tiene demasiados secretos», pensó Perrin, pero declinó formular más preguntas acerca de un tema capaz de provocar una resquebrajadura en el férreo autocontrol del Guardián.

La Aes Sedai transportaba atado detrás de la silla un bulto envuelto con una manta: el estandarte del Dragón. A Perrin le inquietaba que lo llevaran con ellos, pero Moraine no le había consultado su opinión ni le había prestado oídos cuando él había hecho ademán de expresarla. Aunque lo más probable era que nadie lo reconociera al verlo, no dejaba por ello de desear que fuera tan hábil guardando en general los secretos como lo era en lo que a ellos respectaba.

Al principio, el viaje resultó aburrido. Una montaña coronada por nubes apenas difería de la siguiente, y los puertos se sucedían casi iguales entre sí. La cena consistía habitualmente en carne de conejos que Perrin cazaba con la honda. No tenía tantas flechas como para arriesgarse a disparar contra ellos en aquellos parajes rocosos. El desayuno era a base de conejo frío y también la comida de mediodía, con la única diferencia de que entonces lo comían a caballo.

En ocasiones, cuando acampaban cerca de un arroyo y había luz suficiente, él y

Loial pescaban truchas. Tumbados boca abajo y con los brazos sumergidos hasta los codos en las frías aguas, atrapaban los negruzcos peces que se escondían bajo las rocas. A pesar del gran tamaño de sus dedos, Loial era incluso más rápido que Perrin.

Una vez, tres días después de haberse puesto en camino, Moraine se reunió con ellos y, tras desabotonarse la hilera de perlas del antebrazo del vestido y arremangarse, se tendió en la orilla y les preguntó cuál era el procedimiento a seguir. Perrin intercambió sorprendidas miradas con Loial, y el Ogier se limitó a encogerse de hombros.

—En realidad no es muy difícil —le dijo Perrin—. Simplemente hay que poner la mano debajo del pez, como si quisierais rascarle el vientre, y luego sacarlo. Requiere práctica, sin embargo. Tal vez no atrapéis ninguno las primeras veces.

—Yo lo probé varios días hasta conseguir pescar uno —reconoció Loial, que ya hundía sus enormes manos en el agua, con la precaución de no proyectar su sombra en ella para no asustar a las truchas.

—¿Tan complicado es? —murmuró Moraine.

Introdujo las manos en el arroyo… y un momento después la extrajo sosteniendo una gruesa trucha que coleteaba vigorosamente. Rió con alborozo y la arrojó a la orilla. Perrin miró con asombro el gran ejemplar que se agitaba bajo la menguante luz del sol, calculando que debía de pesar como mínimo dos kilos.

—Habéis sido muy afortunada —comentó—. Las truchas de este tamaño no suelen refugiarse bajo losas tan pequeñas como ésta. Deberemos trasladarnos un poco más arriba, porque ya habrá anochecido cuando otra se aventure a esconderse aquí mismo.

—¿Ah, sí? —dijo Moraine—. Subid vosotros. Creo que yo volveré a probar aquí.

Perrin vaciló un instante antes de remontar el cauce hasta un nuevo saliente. La Aes Sedai tramaba algo, pero ignoraba qué era y ello lo inquietaba. Con el vientre pegado al suelo y vigilando no hacer sombra, se asomó al lecho. Media docena de finas formas flotaban en el agua, apenas moviendo una aleta para mantenerse inmóviles. Todas juntas no pesarían tanto como la pieza que había cobrado Moraine, caviló suspirando. Con suerte, él y Loial pescarían dos cada uno, pero las sombras de los árboles de la otra ribera ya se alargaban sobre el cauce. Lo que atraparan ahora sería insuficiente, puesto que el apetito de que gozaba Loial bastaba para dar cuenta de aquellas cuatro truchas y buena parte de la otra mayor. El Ogier ya estaba rodeando con la mano uno de los peces. Antes de que Perrin llegara siquiera a meter la suya en el agua, Moraine dio un grito.

—Creo que con estas tres habrá bastante. Las dos últimas son más grandes que la otra.

—¡No es posible! —Perrin miraba a Loial con estupefacción.

—Es una Aes Sedai —arguyó, sin más comentarios, el Ogier, levantándose.

Cuando llegaron junto a Moraine, había, efectivamente, tres enormes truchas en la hierba. La Aes Sedai ya estaba abotonándose las mangas.

Perrin estaba a punto de recordarle que quien pescaba los peces tenía la responsabilidad de limpiarlos también, pero en ese mismo momento ella fijó los ojos en los suyos. Aunque nada alteraba su apacible rostro, sus oscuros ojos lo miraron impasibles, como si supiera lo que se proponía decir y ya hubiera descartado de antemano su sugerencia. Cuando la Aes Sedai le volvió la espalda, tuvo de algún modo la impresión de que ya era demasiado tarde para hablar. Murmurando para sí, Perrin sacó el cuchillo del cinturón y se dispuso a quitar las escamas y las tripas al pescado.

—De repente parece que se ha olvidado de todo lo que tenga que ver con compartir las tareas. Y supongo que también querrá que nosotros cocinemos y lo recojamos todo después.

—No lo dudes —corroboró Loial, sin dejar de limpiar la trucha que había cogido —. Es una Aes Sedai.

—Tengo la impresión de que ya he oído antes eso. —El cuchillo de Perrin levantó un revuelo de escamas—. Me parece muy bien que los shienarianos se lo consintieran todo, pero ahora sólo somos cuatro. Deberíamos mantener turnos de trabajo. Es lo justo.

—No creo que ella lo vea así —observó, riendo, Loial—. Primero tuvo que aguantar que Rand discutiera con ella todo el tiempo, y ahora tú estás dispuesto a tomarle el relevo. Por norma, las Aes Sedai no permiten que nadie las cuestione. Seguro que se propone que hayamos recobrado la costumbre de hacer lo que ella dice para cuando lleguemos al primer pueblo.

—Una buena costumbre ésa —dijo Lan, echándose la capa a la espalda.

En la creciente penumbra, parecía haber surgido de la tierra. Perrin casi perdió el equilibrio a causa de la sorpresa y Loial irguió, estupefacto, las orejas. Ninguno de ellos había oído los pasos del Guardián.

—Una costumbre que no debisteis haber perdido —agregó Lan antes de alejarse hacia donde se encontraban Moraine y los caballos.

Sus botas no produjeron el menor sonido, ni siquiera en aquel rocoso terreno, y cuando se halló a pocos metros la capa que le colgaba por detrás le confirió la inquietante apariencia de una cabeza y unos brazos que se movían flotando en el aire.

—La necesitamos para encontrar a Rand —admitió en voz baja Perrin—, pero no pienso permitir que vuelva a moldear mi vida. —Volvió a raspar vigorosamente el pescado.

A pesar de la firmeza de su resolución, a lo largo de los días siguientes y de un modo que no acabó de comprender, comprobó que él y Loial hacían la comida, fregaban los platos y se encargaban de cualquier otra tarea que a Moraine se le

ocurriera encomendarles y hasta llegó a descubrir que, sin saber muy bien por qué, se había hecho cargo del cuidado diario de *Aldieb*. Cada noche desensillaba a la yegua y la cepillaba mientras Moraine se sentaba y permanecía absorta en sus pensamientos.

Loial lo aceptó como algo inevitable, pero Perrin no. Él trató de negarse, de resistir, pero era difícil oponerse a ella cuando formulaba una sugerencia razonable y, además, insignificante. El problema era que a aquélla seguía otra, tan fundada e insignificante como la primera, y luego otra más. El simple vigor de su presencia, de su mirada, suponían un esfuerzo para protestar. Sus oscuros ojos lo taladraban en cuanto abría la boca. Una ceja enarcada para dar a entender que se comportaba con rudeza, los ojos muy abiertos para expresar sorpresa porque él pudiera poner objeciones a una demanda tan liviana, una firme mirada que expresaba todos los atributos de una Aes Sedai; todas aquellas cosas eran capaces de hacerlo vacilar, y, una vez que se había instalado la duda en él, no había forma de recuperar el terreno perdido. La acusaba de utilizar el Poder Único con él, aun a sabiendas de que no era exactamente cierto, y ella le contestaba aconsejándole que no dijera sandeces. Comenzó a sentirse como un pedazo de hierro queriendo rebelarse contra un herrero que quería convertirlo en una guadaña a golpes de martillo.

Las Montañas de la Niebla cedieron bruscamente paso a las estribaciones de Ghealdan, una tierra plagada de colinas poco elevadas. Los ciervos, que en los montes a menudo los habían observado con recelo, como si desconocieran a ciencia cierta qué era un hombre, empezaron a alejarse presurosamente a su paso, agitando sus blancas colas. Ni siquiera Perrin vislumbraba ahora la piel rayada de los gatos monteses, que parecían esfumarse como el humo. Estaban llegando a las tierras habitadas.

Lan dejó de llevar su capa de cambiante color y se reunía con ellos con más frecuencia para ponerlos al corriente de lo que había más adelante. En muchos sitios habían talado árboles. En el paisaje fue tornándose habitual la visión de campos cercados de toscas paredes de piedra, de campesinos labrando en las faldas de los cerros y de hileras de personas siguiendo los surcos, esparciendo semillas que extraían de sacos que cargaban al hombro. De tanto en tanto, en las cumbres de las colinas y lomas divisaban casas y corrales.

Los lobos no debieran haberse encontrado allí, dado que evitaban sistemáticamente los lugares donde había hombres, pero Perrin percibía su proximidad, la invisible escolta que, formando un círculo, acompañaba a su comitiva. Ardía de impaciencia; de impaciencia por llegar a una aldea o a una ciudad, a cualquier sitio donde hubiera la gente suficiente como para mantener alejados a los lobos.

Un día después de pasar junto al primer campo, justo cuando el sol tocaba la línea del horizonte tras ellos, entraron en el pueblo de Jarra, situado a escasa distancia al

norte de la frontera con Amadicia.

8



Jarra

En torno a las escasas y angostas calles de Jarra se arracimaban, pegadas a la falda de una colina sobre un riachuelo atravesado por un puente, grises casas de piedra con tejado de pizarra. Las enfangadas callejas estaban vacías, como también lo estaba el prado en pendiente de la población, con la sola excepción de un hombre que barría la escalera de la única posada existente, junto a la cual se alzaba su propio establo. Parecía, no obstante, que en el prado había habido mucha gente hacía poco. Sobre la hierba se erguían formando un círculo media docena de arcos de verdes ramas entrelazadas adornados con la limitada variedad de flores que podían recogerse en fecha tan temprana del año. El suelo se veía pisoteado y había otros indicios de que allí se había celebrado una reunión: una bufanda roja de mujer enredada al pie de una de las arcadas, un gorro de lana de niño, una jarra de estaño volcada, algunos pedazos de comida mordisqueados.

Los aromas de vino dulce y pasteles de especias impregnaban el aire, mezclados con el humo de una docena de chimeneas y las cenas que se preparaban en el fuego. Por un instante, el olfato de Perrin percibió otro olor que no pudo identificar, una tenue estela de malignidad que le puso la carne de gallina. Aun cuando sólo duró unos segundos, tuvo la certeza de que algo había pasado por allí, algo malévolo. Se frotó la nariz como si quisiera borrar su recuerdo. «No puede ser Rand. Luz, aunque se haya vuelto loco, no puede ser él. ¿O sí?»

Sobre la puerta de la posada colgaba un letrero que representaba a un hombre a pata coja con los brazos levantados: El Salto de Harilin. Cuando detuvieron los caballos delante del cuadrado edificio de piedra, el barrendero se irguió, bostezando. Dio un respingo al reparar en los ojos de Perrin, pero cuando realmente se le desorbitaron los ojos fue ante la visión de Loial. La enorme boca del hombre y la práctica inexistencia de barbilla le conferían el aspecto de una rana. Lo rodeaba un olor antiguo a vino rancio, cuando menos perceptible para el olfato de Perrin, del que se deducía que él había participado en la celebración.

El hombre se recobró parcialmente de su asombro y realizó una reverencia

llevándose la mano a la doble hilera de botones de madera cosidos en su chaqueta. Sus ojos miraban alternativamente a uno y otro y, cada vez que los posaba en Loial, se abrían un poco más.

—Bienvenida, buena señora, y que la Luz ilumine vuestro camino. Bienvenidos, buenos señores. ¿Deseáis comida, habitaciones, baños? Todo podemos ofrecéroslo aquí en el Salto. Maese Harod, el posadero, regenta una buena casa. Yo me llamo Simion. Si queréis algo, preguntad por Simion y él os lo traerá. —Volvió a bostezar y se tapó la boca y se inclinó nuevamente para disimular—. Disculpad, buena señora. ¿Venís de lejos? ¿Tenéis noticias de la Gran Cacería, la Cacería del Cuerno de Valere? ¿Y del falso Dragón? Dicen que hay un falso Dragón en Tarabon. O no sé si era en Arad Doman.

—No venimos de tan lejos —respondió Lan, bajando del caballo—. Seguro que vos estáis mejor informado que yo. —Comenzaron a desmontar todos.

—¿Han oficiado una boda aquí? —preguntó Moraine.

—¿Una boda, buena señora? Vaya, hemos tenido un montón de bodas. Una auténtica epidemia. Y todas estos dos últimos días. En todo el pueblo no queda ni una mujer en edad casadera que no se haya unido en matrimonio. Hombre, si hasta la viuda Jorath arrastró al viejo Banas hasta los arcos, y eso que los dos habían jurado que no volverían a casarse. Ha sido como un torbellino que los ha trastocado a todos. Rilith, la hija del tejedor, lo empezó, pidiéndole a Jon el herrero que se casara con ella, y eso que él es tan viejo como para ser su padre y más. Y el viejo idiota va y se quita el delantal y dice que sí, y ella exige que se levanten los arcos de inmediato. No hubo manera de que se aviniera a esperar como Dios manda, y todas las otras mujeres la apoyaron. Desde entonces hemos tenido bodas día y noche. Diantre, nadie ha podido casi ni dormir.

—Muy interesante —dijo Perrin cuando Simion hizo una pausa para volver a bostezar—, pero ¿habéis visto a un joven…?

—Es muy interesante —lo interrumpió Moraine—, y tal vez después quiera que sigáis contándomelo. Por el momento, deseamos encargar habitaciones y cena. —Lan dirigió un furtivo gesto a Perrin, indicándole que se mantuviera callado.

—Desde luego, buena señora. La cena. Habitaciones. —Simion titubeó, mirando a Loial—. Tendremos que juntar dos camas para… —Se inclinó hacia Moraine y bajó la voz—. Perdonad, buena señora, pero… eh… ¿qué es exactamente? Sin intención de faltar al respeto —se apresuró a añadir.

No habló lo bastante bajo, pues Loial agitó con irritación las orejas.

—¡Soy un Ogier! ¿Qué creíais que era? ¿Un trolloc?

—¿Un trolloc, buen… ehm… señor? —Simion dio un paso atrás al escuchar la estentórea voz de Loial—. Oh, yo ya soy mayor y no creo en cuentos de niños. Eh, ¿un Ogier, decís? Pero si los Ogier son personajes de cuen… me refiero a que… es

decir… —En su desesperación, se volvió para gritar en dirección al establo anexo a la posada—. ¡Nico! ¡Patrim! ¡Huéspedes! ¡Venid a buscar sus caballos!

Al cabo de un momento salieron de las caballerizas dos muchachos con paja en el pelo, bostezando y frotándose los ojos. Simion señaló la escalera, inclinándose, cuando los jóvenes se hicieron cargo de las riendas.

Perrin se colgó las alforjas y la manta enrollada al hombro y, con el arco en la mano, siguió hasta adentro a Moraine y Lan, precedidos de Simion, que se deshacía en reverencias. Loial hubo de agacharse bajo el dintel, y en el interior sólo le faltaron unos centímetros para rozar el techo con la cabeza. No paraba de murmurar para sí acerca de lo incomprensible que resultaba que fueran tan pocos los humanos que recordaban a los Ogier. Su voz sonaba como un lejano fragor de truenos e incluso Perrin, que caminaba justo delante de él, sólo acertaba a comprender la mitad de sus palabras.

La posada olía a cerveza y vino, queso y cansancio, y de la parte trasera llegaba un aroma a cordero asado. Los escasos clientes que había en la sala principal mantenían las cabezas gachas sobre sus jarras como si lo que en realidad les apeteciera fuera echarse en los bancos y ponerse a dormir. Una regordeta criada llenaba una jarra de cerveza en uno de los barriles alineados al fondo de la estancia. El propio posadero, a quien distinguieron por el largo delantal blanco que llevaba, permanecía sentado en un alto taburete en el rincón, apoyado en la pared. Al entrar los recién llegados, alzó la cabeza y los miró con ojos nublados. Se quedó boquiabierto al advertir a Loial.

—Visitantes, maese Harod —anunció Simion—. Quieren habitaciones. ¿Maese Harod? Es un Ogier, maese Harod.

La criada se volvió y, al ver a Loial, dejó caer estrepitosamente la jarra. Ninguno de los fatigados hombres sentados a las mesas alzó la vista. Uno había apoyado la cabeza en la mesa y roncaba.

Loial movió las orejas con violencia. Maese Harod se puso lentamente en pie, con la mirada fija en Loial, sin parar de alisarse el delantal.

—Al menos no es un Capa Blanca —dijo por fin y luego dio un respingo como si lo sorprendieran sus propias palabras—. Quiero decir, bienvenida, buena señora. Buenos señores. Perdonad mi falta de modales. Sólo puedo argumentar el cansancio en mi favor. —Lanzó otra breve mirada a Loial y pronunció incrédulamente, sin voz —: ¿Ogier?

Loial abrió la boca, pero Moraine se le adelantó.

—Como ha dicho vuestro criado, buen posadero, deseo habitaciones para mi comitiva para esta noche, y una comida.

—¡Oh! Por supuesto, buena señora. Por supuesto. Simion, lleva a esta buena gente a mis mejores habitaciones, para que puedan descargar su equipaje. Cuando

volváis, os tendré preparada una suculenta cena, buena señora. Una buena cena.

—Si sois tan amables de seguirme, buenos señores —los invitó Simion, inclinándose en dirección a la escalera que partía del comedor.

—¿Qué diablos es eso? —exclamó de improviso tras ellos uno de los hombres sentados a las mesas.

Maese Harod se puso a explicarle detalles sobre los Ogier, simulando estar más enterado del tema de lo que en realidad lo estaba. Casi todo lo que oyó Perrin antes de alejarse era desacertado. Loial agitaba sin cesar las orejas.

En el segundo piso, la cabeza del Ogier casi tocaba el techo. El estrecho corredor, alumbrado sólo por la luz del crepúsculo que entraba por una ventana contigua a la puerta del fondo, estaba en penumbra.

—Hay velas en los dormitorios, buena señora —dijo Simion—. He debido traer una lámpara, pero la cabeza aún me da vueltas con todas esas bodas. Si queréis, mandaré subir a alguien para que encienda el fuego. Y seguro que desearéis agua para lavaros. —Abrió una puerta—. Nuestra mejor habitación, buena señora. No recibimos muchos…, muchos forasteros… pero ésta es la mejor.

—Yo dormiré en la de al lado —anunció Lan, que cargaba con sus propias alforjas y mantas junto a las de Moraine, así como con el hatillo que contenía el estandarte del Dragón.

—Oh, buen señor, ésa no es una habitación muy buena. Tiene una cama estrecha y hay poco espacio. Estaría bien para un criado, supongo, como si aquí viniera gente que tiene criados. Con vuestro perdón, buena señora.

—De todas formas me quedaré en ella —zanjó con firmeza Lan.

—Simion —inquirió Moraine—, ¿tiene antipatía maese Harod por los Hijos de la Luz?

—Bueno, sí, buena señora. Antes no le disgustaban, pero ahora sí. No es prudente tener antipatía por los Hijos, estando como estamos tan cerca de Amadicia. Vienen a Jarra, como si no hubiera frontera ni nada. Pero ayer causaron alborotos. Unos cuantos altercados. Y con las bodas celebrándose, y todo.

—¿Qué ocurrió, Simion?

El hombre la miró intensamente antes de responder. Perrin no creyó que nadie más hubiera advertido la intensidad de su mirada en la penumbra.

—Eran unos veinte y llegaron anteayer. Entonces no provocaron alboroto alguno. Pero ayer… Tres de ellos van y anuncian que ya no eran Hijos de la Luz, fijaos. Se quitaron las capas y se marcharon a caballo.

—Los Capas Blancas prestan juramento de por vida. ¿Qué hizo su oficial?

—Pues seguro que habría hecho algo, buen señor, pero entonces resultó que otro de ellos declaró que se iba en busca del Cuerno de Valere. El caso es que entonces otro dijo que deberían ir a perseguir al Dragón. Ése dijo al marcharse que se iba al

llano de Almoth. Después algunos empezaron a decirles cosas a las mujeres por las calles, impertinencias, y a agarrarlas. Las mujeres chillaban y los hijos gritaban a los que las molestaban. Nunca había visto tal alboroto.

—¿Trató de detenerlos alguno del pueblo? —preguntó Perrin.

—Buen señor, vos lleváis esa hacha como si supierais utilizarla, pero no es fácil enfrentarse a hombres con espadas, armadura y todo, si lo único que uno sabe usar es una escoba o un azadón. Los demás Capas Blancas, los que no se habían trastocado, los pusieron a raya. Casi llegaron a desenvainar las espadas. Y eso no fue lo peor. Hubo dos más que enloquecieron…, más o menos como los otros, y empezaron a despotricar diciendo que Jarra estaba atestado de Amigos Siniestros. Intentaron quemar el pueblo…, ¡aseguraron que lo harían!, y comenzaron prendiendo fuego al Salto. Todavía se ven las manchas de tizne atrás. Se pelearon con los otros Capas Blancas que intentaron reducirlos. Los Capas Blancas que quedaban nos ayudaron a apagarlo, ataron a esos dos y se fueron a Amadicia. Buen viento los lleve y, lo que es por mí, mejor si no vuelven nunca.

—Una manera muy ruda de comportarse —comentó Lan—, aun tratándose de Capas Blancas.

—Decís bien, buen señor. —Simion inclinó la cabeza en señal de asentimiento—. Nunca se habían comportado así. Fanfarronear por ahí, sí. Mirar a la gente como si fuera basura, también, y meter las narices en asuntos que no son los suyos. Pero nunca habían provocado ningún altercado. En todo caso, no de esta clase.

—Ahora ya se han marchado —dijo Moraine—, y con ellos los incidentes. Estoy convencida de que pasaremos una noche tranquila.

Perrin seguía callado, pero en su interior reinaba la agitación. «Todas esas bodas y Capas Blancas están muy bien, pero preferiría saber si Rand estuvo aquí y qué dirección tomó al irse. Ese olor no puede haberlo dejado él.»

Dejó que Simion lo condujera por el pasillo hasta otra habitación con dos camas, un aguamanil, un par de taburetes y poco más. Por las angostas ventanas entraba una estrecha franja de luz. Las camas eran grandes, con mantas y edredones doblados al pie, pero los colchones parecían llenos de bultos. Simion tanteó la repisa de la chimenea hasta encontrar una vela y un yesquero para encenderla.

—Preguntaré si pueden juntaros dos camas, buen… eh… Ogier. Sí, será cuestión de minutos. —Sin embargo, seguía toqueteando la vela como si hubiera de colocarla completamente erguida, sin dar muestras del menor apresuramiento.

Perrin captó cierta inquietud en él. «Bueno, yo tampoco estaría tranquilo si los Capas Blancas hubieran actuado así en el Campo de Emond.»

—Simion, ¿ha pasado por aquí otro forastero estos dos últimos días? ¿Un joven alto, con ojos grises y pelo rojizo? Puede que tocara la flauta a cambio de una comida o una cama.

—Lo recuerdo, buen señor —repuso Simion, todavía manoseando la vela—. Llegó anteayer por la mañana, a primera hora. Parecía hambriento, sí señor. Tocó la flauta para todas las bodas de ayer. Un joven bien parecido. Algunas de las mujeres lo miraron con interés, al principio, pero… —Hizo una pausa y miró de soslayo a Perrin —. ¿Es amigo vuestro, buen señor?

—Lo conozco —contestó Perrin—. ¿Por qué?

—Por nada, buen señor —respondió, titubeante, Simion—. Era un tipo raro, eso es todo. A veces hablaba solo y otras reía sin que nadie hubiera dicho nada gracioso. Durmió en esta misma habitación la noche pasada, o parte de ella. Nos despertó a todos a medianoche, gritando. Sólo era una pesadilla, pero no quiso quedarse ni un minuto más. Maese Harod tampoco se empeñó en convencerlo, después de todo el ruido. —Simion volvió a guardar silencio un instante—. Dijo algo extraño cuando se fue.

—¿Qué? —inquirió Perrin.

—Dijo que alguien lo perseguía. Dijo… —El hombre tragó saliva y prosiguió, más despacio—. Dijo que lo matarían si no se iba. «Uno de los dos debe morir y prefiero que sea él.» Ésas fueron sus palabras.

—No se refería a nosotros —precisó, con su voz cavernosa, Loial—. Nosotros somos amigos suyos.

—Desde luego, buen… eh… buen Ogier. Desde luego que no se refería a vosotros. Yo… no pretendo decir nada malo de un amigo vuestro, pero… eh… me parece que está mal. Mal de la cabeza, ya me entendéis.

—Nosotros cuidaremos de él —afirmó Perrin—. Por eso lo seguimos. ¿Por dónde se marchó?

—Lo sabía —dijo Simion, saltando de puntillas—. He sabido que ella podía ayudarme en cuanto os he visto. ¿Por dónde? En dirección este, buen señor. ¿Creéis que me ayudará?, ¿que asistirá a mi hermano? Noam está muy enfermo, y la madre Roon dice que no puede hacer nada por él.

Perrin mantuvo el semblante inexpresivo y se tomó un momento para reflexionar mientras dejaba el arco en un rincón y descargaba la manta y las alforjas en una de las camas. El problema era que de poco le servía pensar. Miró a Loial, pero no halló la respuesta que buscaba en él; en su consternación, el Ogier había abatido las orejas, y sus largas cejas le colgaban hasta las mejillas.

—¿Qué os hace pensar que puede ayudar a vuestro hermano? —«¡Qué estúpida pregunta! La pregunta adecuada sería qué pretende hacer ahora.»

—Bueno, una vez viajé a Jehannah, buen señor, y vi a dos…, dos mujeres como ella. Después de eso no podría confundirme. —Bajó la voz hasta un susurro—. Dicen que ellas son capaces de resucitar a los muertos, buen señor.

—¿Quién más lo sabe? —inquirió Perrin con brusquedad.

—Si vuestro hermano está muerto, nadie puede hacer nada por él —lo disuadió al mismo tiempo Loial.

El criado con cara de rana los miró ansiosamente y luego volvió a hablar, casi balbuceando.

—No lo sabe nadie más, buen señor. Noam no está muerto, buen Ogier, sólo enfermo. Puedo juraros que nadie más la ha reconocido. Ni siquiera maese Harod ha estado a más de treinta kilómetros de aquí en toda su vida. Está muy mal. Se lo pediría yo mismo si no fuera porque me temblarían tanto las piernas que ella no me oiría. ¿Y si se ofendiera y me fulminara con un rayo? ¿Y si me hubiera equivocado? No es el tipo de cosas de que se acusaría a una mujer sin… quiero decir… eh… —Alzó las manos, medio en señal de súplica, medio para defenderse.

—No puedo prometeros nada —dijo Perrin—, pero hablaré con ella. Loial, ¿por qué no haces compañía a Simion hasta que haya visto a Moraine?

—Desde luego —accedió el Ogier. Simion se sobresaltó cuando la manaza de Loial engulló su hombro—. Me enseñará la habitación, y conversaremos. Decidme, Simion, ¿qué sabéis de árboles?

—¿Á… á… árboles, b… buen Ogier?

Sin esperar más, Perrin se precipitó por el oscuro corredor y llamó a la puerta del dormitorio de Moraine.

—¡Adelante! —respondieron perentoriamente adentro.

Media docena de velas mostraban que la mejor habitación del Salto no era precisamente lujosa, aun cuando la cama tuviera cuatro altos postes que sostenían un dosel y el colchón no pareciera tener tantos bultos como el de Perrin. Había un retal de alfombra en el suelo y dos sillas con cojines en lugar de taburetes, pero, aparte de eso, no había más diferencias con la estancia que le había tocado en suerte a él. Moraine y Lan se hallaban delante del frío hogar como si hubieran discutido, y la Aes Sedai demostró cierta contrariedad por la interrupción. La cara del Guardián permaneció tan imperturbable como la de una estatua.

—Rand ha estado aquí —declaró—. Ese Simion se acuerda de él. —Moraine emitió un siseo.

—Te hemos advertido que mantuvieras la boca cerrada —gruñó Lan.

Perrin apretó la mandíbula antes de mirar al Guardián, lo cual le resultaba menos inquietante que sostener la airada mirada de Moraine.

—¿Cómo íbamos a averiguar que había estado aquí sin hacer preguntas? Decidme. Se fue anoche, por si os interesa saberlo, en dirección este. Y hablaba de alguien que lo seguía, con intención de matarlo.

—Este. —Moraine asintió. La impasible calma de su voz contradecía la desaprobación en sus ojos—. Es bueno saberlo, aunque había de ser así si se dirige a Tear. De todas maneras, estaba casi convencida de que había estado aquí incluso

antes de oír lo ocurrido con los Capas Blancas, y con ello la sospecha se ha convertido en certeza. Rand está seguramente en lo cierto en algo, Perrin. No puedo creer que nosotros seamos los únicos que tratamos de encontrarlo. Y, si se enteran de que vamos tras él, probablemente tratarán de detenernos. Ya tenemos suficientes quebraderos de cabeza pretendiendo darle alcance sin tener que hacer frente a obstáculos. Debes aprender a callar hasta que yo te indique que hables.

—¿Los Capas Blancas? —dijo Perrin con incredulidad. «¿Que me calle? ¡Y un rábano, me voy a callar!»—. ¿Cómo podíais deducir por ellos que…? La locura de Rand. ¿Es contagiosa?

—No su locura —respondió Moraine—, en el supuesto de que ya esté tan trastornado como para darlo por loco. Perrin, es el *ta'veren* más poderoso que se ha conocido desde la Era de Leyenda. Ayer, el Entramado… se movió, tomó forma en torno a él como la arcilla introducida en un molde. Las bodas, los Capas Blancas; ésas eran señales suficientes de su paso para alguien que sepa interpretarlas.

—¿Y esto es lo que vamos a encontrar en todos los lugares donde haya estado? —preguntó Perrin después de inhalar aire—. Luz, si lo persiguen Engendros de la Sombra, pueden seguirlo tan fácilmente como nosotros.

—Tal vez sí —concedió Moraine—. O tal vez no. Nadie sabe nada de *ta'veren* tan poderosos como Rand. —Por un momento dio la impresión de estar molesta por su ignorancia—. Artur Hawkwing fue el *ta'veren* más influyente del cual hay constancia escrita. Y Hawkwing no era ni de lejos tan potente como Rand.

—Se dice —intervino Lan— que había ocasiones en que la gente que se encontraba en la misma estancia que Hawkwing decía la verdad cuando pretendían mentir, tomaba decisiones que ni siquiera se había planteado. Había veces en que todas las tiradas de dados, todas las jugadas de cartas se resolvían a su favor. Pero ello sólo ocurría a veces.

—Queréis decir que no lo sabéis —constató Perrin—. Podría dejar un rastro de bodas y Capas Blancas enloquecidos de aquí hasta Tear.

—Quiero decir que sé cuanto se puede saber —contestó con vivacidad Moraine. Su mirada de oscuros ojos lo flageló como un látigo—. El Entramado se conforma minuciosamente en torno a los *ta'veren* y otras personas pueden seguir los hilos de su encaje si saben dónde han de mirar. Vigila que tu lengua no desenrede más de lo que alcanzas a saber.

Perrin encogió los hombros como si estuviera recibiendo latigazos reales.

—Bien, esta vez podéis alegraros de que haya abierto la boca. Simion sabe que sois Aes Sedai. Quiere que curéis a su hermano Noam de una enfermedad. Si no hubiera hablado con él, no habría reunido el valor suficiente para pedirlo, pero quizás habría comenzado a hablar de ello con sus amigos.

Lan clavó los ojos en los de Moraine y durante un momento se miraron fijamente.

El Guardián tenía el porte de un lobo a punto de saltar. Por fin, Moraine sacudió la cabeza.

—No —dijo.

—Como quieras. Eres tú quien decide. —Aun cuando, a juzgar por su voz, Lan consideraba errónea su decisión, relajó el cuerpo.

—Estabais pensando… —Perrin los miraba con estupor—. Simion no se lo diría a nadie si muriera, ¿no es eso?

—No morirá por mi causa —afirmó Moraine—. Pero no puedo ni quiero prometer que siempre será así. Debemos encontrar a Rand, y no pienso fracasar en el intento. ¿Queda claro? —Paralizado por su mirada, Perrin no acertó a responder. La mujer asintió como si su silencio fuera respuesta suficiente—. Ahora llévame hasta Simion.

La puerta abierta de la habitación de Loial bañaba con la luz de la vela un retazo del pasillo. Alguien había juntado las dos camas, y Loial y Simion estaban sentados al borde de una de ellas. El criado miraba boquiabierto a Loial con expresión de absoluto asombro.

—Oh, sí, los *steddings* son maravillosos —aseguraba Loial—. Hay tanta paz allí, bajo los Grandes Árboles… Los humanos tenéis vuestras guerras y disputas, pero en los *steddings* no hay nada que enturbie la paz. Cuidamos los árboles y vivimos en armonía… —Calló al ver entrar a Moraine, Lan y Perrin.

Simion se puso nerviosamente en pie y retrocedió haciendo continuas reverencias hasta chocar de espaldas con la pared.

—Eh… buena señora… Eh… eh… —Incluso entonces seguía inclinando el tembloroso cuerpo como una marioneta accionada por cuerdas.

—Llevadme junto a vuestro hermano —ordenó Moraine—, y haré lo que pueda. Perrin, tú vendrás también, puesto que este hombre ha hablado primero contigo. —Lan enarcó una ceja y ella sacudió la cabeza—. Si vamos todos, podríamos llamar la atención. Perrin es capaz de darme la protección que necesite.

Lan asintió con reticencia y luego asestó una dura mirada a Perrin.

—Pon buen cuidado en ello, herrero. Si algo le ocurriera… —Sus glaciales ojos azules acabaron de expresar la promesa.

Simion tomó una de las velas y se deslizó hasta el pasillo sin dejar de hacer reverencias, provocando con sus movimientos un continuo baile de sombras.

—Por aquí… eh… buena señora. Por aquí.

La puerta del fondo del corredor daba a una escalera exterior que conducía a un angosto callejón encajonado entre la posada y el establo. La noche reducía la lumbre de la vela a un diminuto y vacilante punto de luz. La luna creciente, que ya se había elevado en un cielo moteado de estrellas, proporcionaba luz más que suficiente para la vista de Perrin. Éste se preguntaba cuándo se decidiría Moraine a decirle a Simion

que dejara de hacer reverencias, pero ella no lo hizo. La Aes Sedai avanzaba, con la falda levantada para no ensuciarse de barro y el porte tan altivo como si el oscuro corredor fuera un palacio y ella una reina. La noche, que aún conservaba resonancias invernales, estaba refrescando rápidamente.

—Por aquí. —Simion los condujo a un pequeño cobertizo situado detrás del establo y quitó apresuradamente la barra de la puerta—. Por aquí —señaló—. Ahí está, buena señora. Mi hermano Noam.

En el fondo del cobertizo habían levantado precipitadamente una tosca pared de listones. Un sólido pestillo de hierro sujeto con un candado mantenía cerrada una rudimentaria puerta de tablones, tras la cual yacía un hombre sobre la paja del suelo. Iba descalzo, y la camisa y los calzones le colgaban en jirones como si se los hubiera desgarrado sin saber cómo quitárselos. Desprendía un olor a falta de higiene que Perrin intuyó que incluso Simion y Moraine debían de percibir.

Noam levantó la cabeza y los miró silenciosa e inexpresivamente. Nada en él indicaba que fuera hermano de Simion —por lo pronto, tenía barbilla, y era corpulento y ancho de hombros—, pero no fue eso lo que asombró a Perrin. Noam los observaba con relucientes ojos dorados.

—Llevaba casi un año diciendo cosas absurdas, buena señora, diciendo que…, que hablaba con los lobos. Y sus ojos… —Simion lanzó una breve mirada a Perrin—. Bueno, hablaba de eso cuando bebía demasiado. Todos se reían de él. Hará cosa de un mes, no volvió al pueblo. Fui a buscarlo y lo encontré… así.

Cautelosa e involuntariamente, Perrin estableció comunicación con Noam como lo habría hecho con un lobo. *Correr por los bosques con el frío viento azotando la nariz. Una veloz arremetida desde el escondrijo y los dientes quebrando los tendones. El jugoso sabor de la sangre en la lengua. Matar.* Perrin retrocedió con sobresalto como si hubiera tocado fuego y cerró la mente. En realidad no eran pensamientos lo que había captado en él, sino un caótico amasijo de deseos e imágenes, en parte recuerdos y en parte anhelos. Pero en ellos advirtió, apabullado, la genuina naturaleza de un lobo. Con las piernas temblorosas, apoyó la mano en la pared para reafirmar su equilibrio. «¡La Luz me asista!»

Moraine puso una mano en el pestillo.

—Maese Harod tiene la llave, buena señora. No sé si querrá…

La Aes Sedai dio un tirón, y el candado se abrió con un chasquido. Simion la miró, boquiabierto, y, cuando la mujer levantó el pestillo, se volvió hacia Perrin.

—¿No es una imprudencia, buen señor? Es mi hermano, pero mordió a la madre Roon cuando intentó curarlo, y… mató una vaca. Con los dientes —agregó con desaliento.

—Moraine —advirtió Perrin—, es peligroso.

—Todos los hombres son peligrosos —replicó con fría voz—. Ahora callad.

Abrió la puerta y entró. Perrin contuvo el aliento. Con el primer paso, Noam retrajo los labios y se puso a gruñir con violencia que fue en aumento hasta que todo su cuerpo quedó agitado de temblores. Moraine avanzó sin hacer caso de su actitud amenazante y, todavía gruñendo, Noam fue retrocediendo a rastras sobre la paja hasta quedar acorralado en un rincón.

Tranquila y pausadamente, la Aes Sedai se arrodilló y le tomó la cabeza entre las manos. Los gruñidos de Noam se hicieron más agudos y de repente, antes de que Perrin fuera capaz de reaccionar, se convirtieron en un quejido. Durante un largo momento Moraine retuvo la cabeza de Noam y luego la soltó con toda calma y se levantó. A Perrin se le hizo un nudo en la garganta cuando volvió la espalda a Noam y salió de la jaula, pero éste se limitó a seguirla con la mirada. Cerró la puerta, corrió el pestillo en la arandela del candado, sin molestarse en encajarla…, y Noam se abalanzó contra las planchas de madera. Las mordió y las aporreó con los hombros y, sin dejar de gruñir, intentó hacer pasar la cabeza entre ellas.

Moraine se cepilló la paja del vestido con pulso firme y semblante impasible.

—Os exponéis a la ligera —musitó Perrin.

La Aes Sedai fijó en él la mirada —una inflexible mirada impregnada de conocimiento—, y él bajó los ojos. Sus amarillos ojos.

—¿Podéis ayudarlo, buena señora? —preguntó con voz ronca Simion, observando a su hermano.

—Lo siento, Simion —respondió Moraine.

—¿No podéis hacer algo, buena señora? ¿Algo? ¿Una de esas cosas —sus palabras se convirtieron en susurro— que hacen las Aes Sedai?

—La curación no es un procedimiento simple, Simion, y requiere una participación del enfermo tanto como la de la curadora. No hay nada aquí que recuerde haber sido Noam, nada que recuerde a un ser humano. No quedan mapas para mostrarle el camino de regreso ni tampoco voluntad alguna para emprenderlo. Noam ya no existe, Simion.

—Él… él sólo hablaba de manera estrafalaria, buena señora, cuando estaba un poco bebido. Sólo… —Simion se pasó una mano por los ojos y parpadeó—. Gracias, buena señora. Sé que habríais hecho algo de haber podido.

La Aes Sedai posó una mano en su hombro, murmuró palabras de aliento y después salió del cobertizo. Perrin sabía que debía ir tras ella, pero el hombre —lo que antaño había sido un hombre— que mordía los tablones lo retuvo allí. Dio un paso adelante y retiró con sorpresa el candado que colgaba de la anilla. Era una buena pieza, obra de un avezado herrero.

—¿Buen señor?

Perrin miró el candado que tenía en la mano y luego al hombre encerrado en la jaula. Noam había parado de morder los listones y observaba, jadeante y con recelo, a

Perrin. Se le habían partido algunos dientes.

—Podéis dejarlo aquí dentro para siempre —dijo Perrin—, pero no…, no creo que mejore nunca.

—¡Si sale, buen señor, morirá!

—Morirá tanto si permanece aquí como si no, Simion. Allá afuera, en el monte, al menos será libre y feliz en la medida en que pueda serlo. Ya no es vuestro hermano, pero vos sois quien ha de decidir. Podéis dejarlo aquí dentro para que la gente venga a mirarlo mientras él contempla los barrotes de su jaula hasta el día en que perezca. No se puede encerrar a un lobo, Simion, y esperar que sea feliz. Ni tampoco que viva mucho tiempo.

—Sí —acordó Simion—. Sí, lo comprendo. —Titubeó un instante antes de asentir y luego movió la cabeza en dirección a la puerta del cobertizo.

Perrin no esperó a recibir más respuesta. Hizo girar la puerta de listones y se hizo a un lado. Por un momento Noam se quedó mirando la abertura y, de improviso, salió disparado de la jaula, corriendo a cuatro patas, pero con asombrosa agilidad. Salió de la jaula, del cobertizo, y se perdió en la noche. «Que la Luz nos ampare a los dos», pensó Perrin.

—Supongo que es mejor para él estar libre. —Simion se estremeció—. Pero no sé qué dirá maese Harod cuando se encuentre esa puerta abierta y vea que Noam ha escapado.

Perrin volvió a cerrar la puerta y encajó el grueso candado.

—Dejad que él mismo esclarezca el misterio.

Simion exhaló una súbita carcajada que cortó de manera igual de repentina.

—Alguna conclusión sacará. Todos la sacarán. Algunos dicen que Noam se convirtió en un lobo…, ¡con pelo y todo!, cuando mordió a la madre Roon. No es verdad, pero lo dicen.

Con un escalofrío, Perrin apoyó la cabeza en la puerta del cercado. «Aunque no tenga pelo, es un lobo. Es un lobo y no un hombre. ¡Luz, ayúdame!»

—No siempre lo tuvimos aquí —explicó de improviso Simion—. Estaba en casa de la madre Roon, pero entre ella y yo convencimos a maese Harod para trasladarlo aquí después de que llegaron los Capas Blancas. Siempre llevan una lista de nombres, de Amigos Siniestros que están buscando. Fue por los ojos de Noam que lo decidimos. Una de las personas de esa lista era un individuo llamado Perrin Aybara, un herrero. Decían que tiene los ojos amarillos y que anda con los lobos. Comprenderéis por qué no quise que supieran lo de Noam.

—¿Creéis que ese Perrin Aybara es un Amigo Siniestro? —preguntó Perrin, volviendo la cabeza para mirar a Simion por encima del hombro.

—A un Amigo Siniestro lo tendría sin cuidado que mi hermano muriera en una jaula. Seguramente la dama os encontró poco después de que ocurriera, aún a tiempo

de poder ayudaros. Ojalá hubiera venido a Jarra hace unos meses.

Perrin se sintió avergonzado por comparar con una rana a aquel hombre.

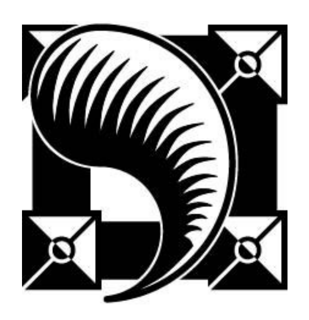
—Desearía que hubiera podido hacer algo por él. —«¡Cuánto lo desearía!» De repente se le ocurrió que todo el pueblo sabría lo de Noam, lo de sus ojos—. Simion, ¿querréis traerme algo de comer a mi habitación? —Tal vez maese Harod y los demás se habían quedado demasiado impresionados por la presencia de Loial para reparar en sus ojos, pero seguramente se fijarían en ellos si cenaba en la sala.

—Desde luego. Y por la mañana también. No tendréis que bajar hasta que estéis listo para montar a caballo.

—Sois un buen hombre, Simion. Un buen hombre.

Simion pareció tan complacido que Perrin sintió nuevamente vergüenza.

9



Sueños de lobos

Perrin regresó a su habitación por la puerta trasera, y al cabo de un rato Simion le subió una bandeja cubierta con un paño. La tela no impedía el paso a los olores de cordero asado, judías, nabos y pan recién horneado, pero Perrin siguió tumbado en la cama, con la mirada perdida en el blanco techo, hasta que se hubieron enfriado los aromas. En su cerebro se reproducían una y otra vez las imágenes presenciadas. Noam mordiendo los tablones. Noam hundiéndose a la carrera en la oscuridad. Intentó pensar en la herrería, en el meticuloso temple y forja de una pieza de acero, pero fue inútil.

Dejando intacta la comida, se levantó y se dirigió por el pasillo a la habitación de Moraine.

—Entra, Perrin —respondió ella cuando llamó a la puerta.

Por un instante todas las viejas historias que se contaban de las Aes Sedai provocaron un torbellino en su mente, pero las ahuyentó y abrió la puerta.

Le alegró ver que no había nadie más con ella. Estaba sentada con un tintero apoyado en la rodilla, escribiendo en un pequeño libro encuadernado en cuero. Sin dirigirle la mirada, tapó la pequeña botella y secó la plumilla de acero de la pluma con un trozo de pergamino. La chimenea estaba encendida.

—Llevo un rato esperándote —dijo—. No he hablado de esto porque era evidente que no lo deseabas. Después de lo sucedido esta noche, no obstante… ¿Qué quieres saber?

—¿Es eso lo que me espera? —preguntó—. ¿Acabar de ese modo?

—Tal vez.

Aguardó a que añadiera algo más, pero ella se limitó a guardar la pluma y el tintero en un estuche de madera de palisandro pulida y a soplar en el papel escrito para secarlo.

—¿Eso es todo? Moraine, no me deis esquivas respuestas de Aes Sedai. Si sabéis algo, decídmelo. Por favor.

—Es muy poco lo que sé, Perrin. Mientras buscaba información sobre otros temas entre los libros y manuscritos que utilizan para sus investigaciones dos amigas, encontré un fragmento copiado de un libro de la Era de Leyenda. Hablaba de… situaciones como la tuya. Es posible que aquélla fuera la única copia existente en todo el mundo, y apenas si aclaraba algún interrogante.

—¿Qué decía? Cualquier detalle es preferible a la total ignorancia. ¡Diantre, me preocupaba que Rand pudiera volverse loco, pero nunca pensé que hubiera de preocuparme por mí mismo!

—Perrin, incluso en la Era de Leyenda apenas sabían nada acerca de este fenómeno. La autora de ese escrito parecía indecisa respecto a su ubicación en una dimensión real o legendaria. Y recuerda que yo sólo vi un fragmento. Decía que algunos de los que hablaban con los lobos perdían su identidad, que la naturaleza lobuna borraba sus atributos humanos. Algunos. No precisaba si se daba en un porcentaje de uno sobre diez, de cinco o de nueve.

—Puedo mantenerlos a raya. No sé cómo, pero soy capaz de negarme a prestarles oído. Puedo evitar oírlos. ¿Servirá eso de algo?

—Es posible. —Lo observó, dando la impresión de que seleccionaba con cuidado las palabras—. Buena parte del estudio estaba dedicado a los sueños. Sueños que pueden ser peligrosos para ti, Perrin.

—Ya me advertisteis de ello una vez, Moraine. ¿Qué queréis decir?

—De acuerdo con la escritora, los lobos viven por una parte en este mundo y por otra en un mundo onírico.

—¿Un mundo onírico? —inquirió con incredulidad.

—Eso es lo que he dicho —corroboró Moraine, dirigiéndole una aguda mirada—, y eso es lo que ella escribió. La forma en que los lobos se comunican entre sí, la manera como te hablan a ti, está de algún modo conectada con ese mundo de sueños. Yo misma no abrigo la pretensión de entender esa conexión. —Hizo una pausa, frunciendo ligeramente el entrecejo—. Por lo que he leído sobre las Aes Sedai que poseían el Talento llamado Sueño, las Soñadoras a veces afirmaban haber encontrado lobos en sus sueños, incluso lobos que actuaban como guías. Me temo que debes aprender a ser tan prudente dormido como despierto, si pretendes mantenerte al margen de los lobos. Si es eso lo que decides hacer.

—¿Si es eso lo que decido? Moraine, no pienso acabar como Noam. ¡De ningún modo!

La Aes Sedai le dirigió una curiosa mirada y sacudió lentamente la cabeza.

—Hablas como si pudieras elegir sobre todo lo que te conviene, Perrin. No olvides que eres ta'veren. —Perrin le volvió la espalda y se puso a mirar la negrura nocturna de las ventanas, pero ella continuó—: Puede que el hecho de saber lo que es Rand, de conocer su formidable potencial como *ta'veren* me haya hecho considerar

demasiado a la ligera los otros dos *ta'veren* que encontré con él. Tres *ta'veren* en el mismo pueblo y todos nacidos con lapso de escasas semanas. Algo realmente insólito. Tal vez tú y Mat tengáis un cometido en el Entramado más importante del que vosotros mismos o yo creíamos.

—Yo no quiero ningún cometido en el Entramado —murmuró Perrin—. Si olvido mi condición de hombre, seguro que no tendré ninguno. ¿Me ayudaréis, Moraine? —Era aquélla una dura alternativa. «¿Y si ello implica el uso del Poder Único? ¿Preferiría olvidar que soy un hombre?»— ¿Me ayudaréis a mantener… mi integridad?

—Si es factible, lo haré. Te lo prometo, Perrin. Pero también debes saber que no voy a poner en peligro la lucha contra la Sombra.

Cuando se volvió hacia ella, lo miraba sin pestañear. «Y si vuestra lucha requiere enterrarme mañana, ¿lo haréis también?» Tuvo la estremecedora certeza de que así lo haría.

—¿Qué habéis omitido decirme?

—No sueltes tanto la rienda de las suposiciones, Perrin —contestó con frialdad—. No me presiones a entrar en terrenos que no creo conveniente tocar.

Vaciló antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Podéis hacer por mí lo que hicisteis por Lan? ¿Podéis escudar mis sueños?

—Ya tengo un Guardián, Perrin. —Sus labios se curvaron, casi esbozando una sonrisa—. Y no voy a tener más de uno. Soy del Ajah Azul, no del Verde.

—Sabéis a qué me refiero. Yo no quiero ser un Guardián. —«Luz, ¿vinculado a una Aes Sedai para el resto de mi vida? Es igual de espantoso que los lobos.»

—No te serviría de nada, Perrin. Eso protege los sueños de influencias exteriores. El peligro de tus sueños reside en tu interior. —Volvió a abrir el pequeño libro—. Deberías dormir —añadió a modo de despedida—. Aunque hayas de ser cauteloso con los sueños, debes dormir un poco. —Volvió una página, y él se fue.

De vuelta en su habitación, aflojó la coraza con que se rodeaba, la aflojó sólo unos milímetros y dejó que sus sentidos ensancharan su campo. Los lobos seguían allá afuera, más allá de los límites del pueblo, formando un círculo en torno a Jarra. Casi de inmediato retrocedió a un rígido autocontrol.

—Lo que necesito es una ciudad —murmuró.

Eso los mantendría a raya. «Cuando haya encontrado a Rand. Cuando haya concluido lo que quiera que deba concluir con él.» No estaba seguro de lamentar que Moraine no pudiera escudar sus sueños. El Poder Único o los lobos; aquélla era una alternativa a la que no debería tener que enfrentarse ningún hombre.

Desdeñó encender el fuego preparado en el hogar y abrió las ventanas de par en par, dejando entrar el frío aire de la noche. Después arrojó al suelo las mantas y el edredón y se echó completamente vestido en la abollada cama, sin molestarse en

hallar una postura cómoda. Su último pensamiento antes de dormirse fue que, si había algo capaz de impedirle caer en un sueño profundo que diera cabida a sueños peligrosos, sería aquel colchón.

Se encontraba en un largo pasillo de alto techo y paredes rezumantes de humedad veteados de extrañas sombras que formaban retorcidas franjas de contornos demasiado definidos, demasiado oscuras para la luz que mediaba entre ellas, una luz que no tenía idea de dónde provenía.

—No —dijo—. ¡No! —repitió más fuerte—. Esto es un sueño. Debo despertar. ¡Despertar!

El corredor permaneció inmutable.

Peligro. Era el pensamiento de un lobo, tenue y distante.

—Voy a despertar. ¡Voy a despertar!

Aporreó la pared con el puño y, aunque sintió dolor, no despertó. Le pareció que una de las sinuosas sombras se había apartado al descargar los puñetazos.

Corre, hermano. Corre.

—¿*Saltador*? —inquirió asombrado. Estaba seguro de que conocía al lobo cuyos pensamientos oía. *Saltador*, que había envidiado a las águilas—. ¡*Saltador* está muerto!

¡Corre!

Perrin se precipitó velozmente por el pasillo, sosteniendo con una mano el hacha para que el mango no le golpeara la pierna. Ignoraba hacia dónde corría y por qué, pero la urgencia del mensaje de *Saltador* lo impelía a hacerlo. «*Saltador* está muerto —pensó—. ¡Está muerto!» Pero siguió corriendo.

El corredor se bifurcaba en otros pasadizos que formaban estrafalarios ángulos con él, en ocasiones de subida y en otras de bajada. Ninguno de ellos presentaba, sin embargo, diferencia alguna con el que recorría. Todos tenían húmedas paredes de piedra no interrumpidas por puerta alguna, y franjas de oscuridad.

Al llegar a uno de los cruces de pasillos, se detuvo de repente. Tenía delante a un hombre ataviado con una chaqueta y calzas de extraño corte acampanado que lo miraba pestañeando. La ropa era de un color amarillo chillón y las botas de un tono apenas más pálido.

—Esto es afrentoso —dijo el hombre para sí, sin dirigirse a Perrin, con un acento raro en que las palabras se entrelazaban veloz y ásperamente—. No sólo sueño con campesinos, sino que ahora son campesinos extranjeros, a juzgar por esa vestimenta. ¡Largo de mis sueños, labriego!

—¿Quién sois? —preguntó Perrin. El hombre enarcó las cejas como si se hubiera ofendido.

Las cintas de sombra se retorcieron en torno a ellos. Una despegó una punta del techo y se descolgó hasta tocar la cabeza del singular individuo. Parecía que se le

había enredado en el pelo. Al hombre se le desorbitaron los ojos, y todo pareció producirse en un mismo instante. La sombra volvió con celeridad al techo, ubicado a tres metros sobre ellos, arrastrando algo pálido. Un líquido salpicó la cara de Perrin. Un horripilante chillido estremeció el aire.

Perrin se quedó mirando, petrificado, la ensangrentada forma vestida de amarillo que gritaba y se revolcaba en el suelo. Espontáneamente, trasladó la mirada al pálido colgajo, semejante a un saco, que pendía del techo. Aun cuando la negra franja lo hubiera absorbido en parte, no tuvo dificultad para identificar un pellejo humano, al parecer totalmente íntegro.

Las sombras se agitaron a su alrededor, y él echó a correr, perseguido por los agónicos alaridos. Las cintas de tinieblas se ondulaban a su paso.

—¡Cambia, maldita sea! —gritó—. ¡Sé que es un sueño! ¡La Luz te consuma, cambia!

Los muros estaban adornados con tapices llenos de color entre los cuales se alzaban dorados candelabros con docenas de velas que iluminaban las blancas baldosas del suelo y un techo pintado con vaporosas nubes y fantásticos pájaros volando. Ni en todo el pasillo, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, ni en los arcos en ojiva de piedra blanca, que de tanto en tanto interrumpían las paredes había el más mínimo movimiento salvo las llamas de los cirios.

Peligro. La advertencia sonaba incluso más tenue que antes. Y más insistente, si cabía. Con el hacha en la mano, Perrin siguió caminando con cautela por el corredor, murmurando para sus adentros.

—Despierta. Despierta, Perrin. Si sabes que es un sueño, éste debe cambiar o tú has de despertar. ¡Despierta, demonios! —El pasillo conservó la misma solidez que cualquiera de los que había recorrido en la realidad.

Llegó a la altura de la primera de las puntiagudas arcadas blancas, la cual daba entrada a una enorme estancia, en apariencia carente de ventanas, acondicionada tan lujosamente como un palacio, con mobiliario labrado y dorado y ornado con incrustaciones de marfil. En el centro había una mujer que observaba con entrecejo fruncido un raído manuscrito extendido sobre una mesa. Era una hermosa mujer de cabello y ojos negros que vestía de blanco y llevaba aderezos de plata.

En el instante en que la reconoció, ella alzó la cabeza y lo miró de hito en hito y sus ojos se abrieron de asombro y furia.

—¡Tú! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has…? ¡Podrías echar a perder cosas que eres incapaz siquiera de concebir!

De improviso el espacio pareció aplanarse, como si lo que estaba viendo fuera la reproducción de una habitación. Luego tuvo la impresión de que la lisa superficie se volvía de lado y quedaba reducida a una brillante línea vertical rodeada de oscuridad. La línea emitió un blanco centelleo antes de desaparecer, dejando sólo las tinieblas,

más lóbregas que la más intensa negrura.

Justo delante de las botas de Perrin, las baldosas del suelo se interrumpieron súbitamente y, ante su mirada, los blancos contornos se disolvieron en la negrura reinante como arena arrastrada por el ímpetu de las olas. Retrocedió a toda prisa.

Corre.

Perrin se volvió, y allí estaba *Saltador*, un gran lobo gris de pelo entrecano marcado de cicatrices.

—Estás muerto. Yo vi cómo morías. ¡Sentí cómo morías! —Un imperativo mensaje le inundó la mente.

¡Huye ahora! No debes estar aquí. Peligro. Un gran peligro. Peor que el de todos los Nonacidos. Debes irte. ¡Vete! ¡Ahora mismo!

—¿Cómo? —gritó Perrin—. Quiero irme, ¿pero cómo?

¡Vete! Enseñando los dientes, *Saltador* se abalanzó hacia la garganta de Perrin.

Con un grito estrangulado, Perrin se incorporó en la cama y se llevó las manos al cuello para contener la hemorragia. Engulló saliva con alivio al palpar la piel libre de todo corte, pero al cabo de unos segundos sus dedos notaron una mancha de humedad.

A punto de caer a causa de su precipitación, saltó de la cama, se dirigió tambaleante al aguamanil, agarró la jofaina y salpicó por todas partes al llenar la palangana, se lavó la cara y el agua se tiñó de rosa. De rosa con la sangre de aquel hombre vestido de un modo tan estrafalario.

La chaqueta y los calzones tenían también manchas oscuras. Se los quitó apresuradamente y los tiró en el rincón más alejado. Tenía intención de dejarlos allí para que Simion los quemara.

Por la ventana abierta entró una ráfaga de viento. Estremeciéndose con el solo abrigo de la camisa y la ropa interior, se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la cama. «Esta postura será lo bastante incómoda.» La amargura, la preocupación y el miedo impregnaban sus pensamientos. Y la determinación. «Pienso resistir. Como sea.»

Todavía temblaba cuando por fin concilió el sueño, un sueño superficial enturbiado por la vaga conciencia de la habitación donde se hallaba y del frío que lo atormentaba. Pero las pesadillas que lo habitaron fueron mejores que algunas otras.

Rand permanecía acurrucado bajo los árboles, observando en la noche el corpulento perro negro que se aproximaba a su escondrijo. Le dolía el costado, la herida que Moraine no podía acabar de curar, pero no le prestaba atención. La luna apenas difundía la luz suficiente para permitirle distinguir el alto perro de recio cuello e imponente cabeza, con unos dientes que parecían brillar como plata mojada en la oscuridad. El animal olisqueó el aire y avanzó al trote en dirección a él.

«Acércate —pensó—. Acércate más. Esta vez no habrá aviso previo para tu amo.

Acércate. Eso es.» A tan sólo diez metros de distancia, el animal emitió un cavernoso gruñido y de improviso saltó hacia él.

Henchido de Poder, propulsó con las manos extendidas algo que no acertó a identificar. Una barra de luz blanca, dura como el acero: fuego líquido. Por un instante, traspasado por aquel misterioso proyectil, el perro pareció volverse transparente, y luego no quedó rastro de él.

La blanca luz se disipó y aún siguió impresa unos segundos en los ojos deslumbrados de Rand. Se dejó caer en el tronco del árbol más cercano y apoyó la cara contra su rugosa corteza. Su cuerpo se agitó por el alivio y por un acceso de silenciosas carcajadas. «Ha resultado. La Luz me salve, esta vez ha funcionado.» No siempre había sido así, y aquella noche otros perros lo habían visitado.

El Poder Único palpitaba en su interior, y su estómago se retorcía a causa de la infección del Oscuro que aquél transmitía, produciéndole ganas de vomitar. El sudor le perlaba la frente a pesar del frío viento nocturno, y la boca le sabía a hiel. Deseó echarse y morir. Deseó que Nynaeve le administrara alguno de sus preparados medicinales, o que Moraine lo curara o… algo, cualquier cosa que atajara las náuseas que lo sofocaban.

Con todo, el *Saidin* lo inundaba también de vida, de vida, energía y lucidez entreveradas con la intolerable opresión. La vida sin el *Saidin* era una pálida copia. Todo lo demás era una triste imitación.

«Pero si sigo conectado al Poder, me encontrarán. Me seguirán el rastro y me encontrarán. Debo llegar a Tear. Allí lo averiguaré. Si soy el Dragón, habrá un final para todo esto. Y, si no lo soy…, si todo es una mentira, también acabaré con ella. Habrá un final.»

Con desgana e infinita lentitud, cortó el contacto con el *Saidin*, se desprendió de su abrazo como si renunciara al hálito vital. La noche se le antojó insulsa y gris. Las sombras perdieron sus infinitos matices y contrastes, aunadas en monotonía.

En la lejanía, del lado oeste, el escalofriante aullido de un perro quebró el silencio de la noche.

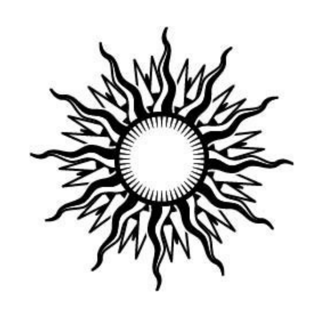
Rand irguió la cabeza y escrutó en aquella dirección como si forzando la vista tuviera alguna posibilidad de ver al animal.

Un segundo perro respondió al primero, luego otro, y después dos más, todos desperdigados en lugares imprecisos por poniente.

—Probad a cazarme —gruñó Rand—. Perseguidme si queréis. No soy una presa fácil. ¡Ya no!

Abandonando el apoyo del árbol, vadeó un helado arroyo y luego se dirigió al trote hacia el este. Las botas rezumaban agua y la herida del costado dejaba sentir su dolor, pero él no les prestó atención. La noche volvió a quedar en silencio tras él, pero él tampoco lo acusó. «Cazadme. Yo también sé cazar. No soy una presa fácil.»

10



Secretos

Olvidándose por un momento de sus compañeros, Egwene al'Vere se enderezó sobre los estribos con la esperanza de vislumbrar Tar Valon en el horizonte, pero todo cuanto alcanzó a ver fue una borrosa y brillante franja blanca bajo la luz del sol matinal. Debía de tratarse de la ciudad emplazada en la isla pues la tarde anterior habían divisado entre la ondulante planicie la solitaria montaña sesgada llamada Monte del Dragón, y ésta se encontraba en aquella orilla del río, a escasa distancia de Tar Valon. Aquel monte, un mellado colmillo que destacaba con prominencia en la llanura, era un punto de referencia en el camino, claramente visible desde varios kilómetros a la redonda y, por ello, también fácil de evitar, lo cual hacían todos, incluso quienes viajaban a Tar Valon.

El Monte del Dragón era el lugar donde había muerto Lews Therin Verdugo de la Humanidad, según afirmaba todo el mundo; y respecto a esa montaña también se habían dicho otras cosas, advertencias de carácter profético. Motivos sobrados para permanecer alejado de sus negras laderas.

Ella tenía más de una razón para no permanecer lejos de ella. Sólo en Tar Valon hallaría la formación que necesitaba, la enseñanza que le era imprescindible. «¡Nunca más me volverán a atar con una correa!» Ahuyentó tal pensamiento, pero éste regresó sólo modificado en su forma. «¡Nunca más volveré a perder la libertad!» En Tar Valon, Anaiya volvería a realizar un seguimiento de sus sueños; lo haría aun cuando hasta entonces no hubiera hallado ninguna prueba que confirmara sus sospechas de que Egwene era una Soñadora. Los sueños venían turbándola desde que habían abandonado el llano de Almoth. Aparte de los sueños en que aparecían los seanchan, que aún entonces la hacían despertar empapada en sudor, Rand era cada vez más omnipresente en ellos. Rand corriendo. Rand corriendo en dirección a algo, pero también huyendo de algo.

Se esforzó por distinguir más claramente Tar Valon. Anaiya estaría allí. «Y quizá también Galad.» Se ruborizó involuntariamente y trató de arrancarlo de su mente.

«Piensa en el tiempo. Piensa en cualquier otra cosa. Luz, pero qué calidez me inspira.»

En esa época tan temprana del año, donde el invierno era aún un recentísimo recuerdo, el Monte del Dragón todavía estaba tocado de blanco, pero allí abajo la nieve se había fundido ya. Entre la alfombra amarronada de la hierba del verano anterior asomaban tiernos brotes, y en las bajas colinas coronadas de árboles se insinuaba el tono rojizo de los renuevos. Tras pasar todo el invierno viajando, en ocasiones inmovilizados en un pueblo o en un campamento por las tormentas y en otras cubriendo menos terreno de sol a sol, con los caballos hundidos hasta el vientre en la nieve, del que habría recorrido ella a pie del alba al mediodía, era agradable percibir indicios de la llegada de la primavera.

Apartando la gruesa capa de lana hacia atrás, Egwene se irguió sobre la silla de elevado arzón y se alisó la falda con un gesto de impaciencia. Sus oscuros ojos chispearon de disgusto. Hacía demasiado tiempo que llevaba ese vestido que ella misma había dividido con ayuda de hilo y aguja para cabalgar, pero el único que tenía aparte de aquél estaba aún más sucio. Y era del mismo color, de la misma tela gris oscuro con que se vestían las Atadas con Correa. Varias semanas atrás, al iniciar el viaje a Tar Valon, la única opción había sido gris oscuro o nada.

—Juro que nunca más volveré a ponerme algo gris, *Bela* —aseguró, palmeándole el cuello, a su peluda yegua.

«Tampoco es que vaya a tener muchas posibilidades de elección cuando nos hallemos de nuevo en la Torre Blanca», pensó. En la Torre, todas las novicias vestían de blanco.

—¿Vuelves a hablar sola? —preguntó Nynaeve, acercando su caballo alazán.

Las dos mujeres llevaban el mismo atuendo y tenían aproximadamente la misma estatura, pero la diferencia de altura de sus monturas situaba a la antigua Zahorí del Campo de Emond en una posición más encumbrada. Nynaeve frunció el entrecejo y dio un tirón a la recia cola de pelo oscuro que le colgaba sobre el hombro, un gesto que solía realizar cuando estaba preocupada o turbada, o a veces cuando se disponía a mostrarse aún más testaruda de lo que era habitual en ella. El anillo con la Gran Serpiente que lucía en un dedo la identificaba como una Aceptada, todavía no Aes Sedai, pero mucho más cerca de dicho estado que Egwene.

—Mejor harías en mantenerte alerta.

Egwene se contuvo para no replicarle con malos modos. «¿Acaso piensa que me he puesto de pie sobre los estribos porque no me gusta la silla del caballo?» Con excesiva frecuencia Nynaeve parecía olvidar que ya no era la Zahorí del Campo de Emond y que Egwene ya no era una chiquilla. «Pero ella lleva el anillo y yo no…, ¡todavía no!, y para ella eso significa que nada ha cambiado.»

—¿No te preguntas a veces cómo estará tratando Moraine a Lan? —preguntó con

empalagosa amabilidad, y disfrutó de un placentero momento al ver el violento tirón que Nynaeve dio a su trenza.

Su regocijo fue, no obstante, breve. Ella no era una persona inclinada a zaherir, y sabía que, en lo concerniente al Guardián, las emociones de Nynaeve eran como un cesto de ovillos de lana en el que se hubiera introducido un gatito. Pero Lan no era un gatito, y Nynaeve tendría que hacer algo respecto a él antes de que la tozuda y estúpida nobleza de éste la enloqueciera hasta el punto de querer matarlo.

Formaban una comitiva de seis personas, todas vestidas con atuendos sencillos que no habían desentonado en nada en las aldeas y pueblos que habían cruzado. El grupo, sin embargo, era tal vez el más peculiar que había atravesado desde hacía tiempo los pastos de Caralain, con cuatro mujeres y uno de los hombres postrado en una litera colgada entre dos caballos. Aquellas monturas transportaban, asimismo, paquetes ligeros que contenían víveres con que alimentarse en los largos trechos entre las poblaciones que se hallaban en su camino.

«Seis personas —pensó Egwene— ¿y cuántos secretos?» Todos compartían más de uno, y tal vez ni en la Torre Blanca sería prudente revelarlos. «La vida era más simple en el pueblo.»

—Nynaeve, ¿crees que Rand está bien? ¿Y Perrin? —se apresuró a añadir. Ya no podía permitirse obrar como si algún día fuera a casarse con Rand, pues ahora ello sólo supondría una descabellada pretensión. Aunque aún no había asimilado su renuncia, sabía que no tenía más remedio que adaptarse a la nueva situación.

—¿Han vuelto a desasosegarte los sueños? —En la voz de Nynaeve se traslucía preocupación, pero Egwene no estaba de humor para aceptar su compasión.

—Por los rumores que hemos oído —comentó, tratando de adoptar un tono lo más desenfadado posible—, no acabo de deducir lo que puede estar ocurriendo. Por lo que sé, todo está tergiversado, todo va muy mal.

—Todo ha ido mal desde que Moraine entró en nuestras vidas —declaró ásperamente Nynaeve—. Perrin y Rand… —Titubeó, esbozando una mueca de disgusto y, entretanto, Egwene pensó que Nynaeve hacía responsable a Moraine de cuanto le había sobrevenido a Rand—. Habrán de cuidar de sí mismos por ahora. Me temo que pronto tendremos motivos propios de preocupación. Algo no va bien. Lo siento.

—¿Sabes qué es? —inquirió Egwene.

—Se parece a una tormenta. —Los oscuros ojos de Nynaeve examinaron el claro y despejado cielo, sólo moteado de unas cuantas nubes distantes entre sí, y luego sacudió la cabeza—. Es como si se avecinara una tormenta.

Nynaeve siempre había poseído la facultad de predecir el tiempo. Aquél era un acto que se conocía con la expresión «escuchar el viento» y que se suponía que la Zahorí de todos los pueblos era capaz de llevar a cabo, aun cuando en realidad eran

muchas las que eran incapaces de hacerlo. Desde que había abandonado el Campo de Emond, la habilidad de Nynaeve se había acrecentado o cambiado, ya que ahora las tormentas que preveía guardaban relación con los hombres y no con el viento.

Egwene se mordió el labio, reflexionando. No podían permitirse el lujo de que alguien los detuviera o entorpeciera su marcha, no después de llegar tan lejos, no tan cerca de Tar Valon. No podían permitirlo por el peligro que corría Mat y por otros motivos que, aunque racionalmente reconocía como más importantes que la vida de un muchacho de pueblo, un amigo de infancia, su corazón era incapaz de valorar tanto. Miró a los demás, preguntándose si alguno de ellos había notado algo.

Verin Sedai, bajita y regordeta y ataviada de pies a cabeza de color marrón, cabalgaba aparentemente sumida en meditaciones, con la capucha de la capa bajada hasta casi taparle la cara; iba a la cabeza pero dejando que su caballo caminara a su propio paso. Era del Ajah Marrón, y las hermanas que pertenecían a ese Ajah solían ocuparse más de ahondar en los conocimientos que de cualquier otra cosa en el mundo. Pese a eso, Egwene tenía dudas respecto al desapego de Verin, ya que, al sumarse a ellos, se había sumergido de pleno en los asuntos del mundo.

Elayne, una joven de la misma edad de Egwene y novicia como ella, pero rubia y de ojos azules en tanto que ella tenía el cabello y los ojos oscuros, iba junto a la litera donde Mat yacía inconsciente. Vestida con la misma tonalidad gris que Egwene y Nynaeve, lo miraba con la preocupación que todos sentían. Hacía tres días que Mat no se había levantado. El delgado hombre de pelo largo que cabalgaba con aire concentrado al otro lado de las parihuelas parecía pretender mirar en todas direcciones sin que nadie reparara en ello.

—Hurin —dijo Egwene, y Nynaeve asintió con la cabeza. Aminoraron la marcha hasta quedar a la altura de la camilla, y Verin siguió su errabunda ruta.

—¿Habéis percibido algo, Hurin? —preguntó Nynaeve.

Elayne apartó los ojos, con súbita atención, de la litera de Mat. Con las miradas de las tres mujeres fijas en él, el delgado individuo se movió en la silla y se frotó el costado de su larga nariz.

—Problemas —respondió con cierta renuencia—. Creo que… problemas.

Era un capturador de ladrones que trabajaba para el rey de Shienar y, aunque no llevaba la cola de caballo distintiva de los guerreros shienarianos, la espada corta y la maza que colgaban de su cinto mostraban el desgaste del uso. Con la experiencia de los años parecía haber desarrollado un considerable talento para localizar mediante el olfato a los maleantes, y en especial a aquellos que habían cometido actos de agresión.

En dos oportunidades a lo largo del viaje les había aconsejado abandonar un pueblo cuando aún llevaban en él menos de una hora. La primera vez, todos se habían negado a hacerle caso, arguyendo que estaban demasiado cansados, pero aún no

había amanecido cuando el posadero y otros dos hombres del pueblo habían tratado de asesinarlos en la cama. Eran simples ladrones ordinarios, y no Amigos Siniestros, cuyo único móvil era la codicia por sus caballos y lo que llevaban en las alforjas y hatillos. Pero el resto del pueblo estaba al corriente de ello, y al parecer consideraba perfectamente justo aprovecharse de los forasteros. Se habían visto obligados a huir ante una muchedumbre que blandía mangos de azadas y horcas. La segunda vez, Verin les ordenó ponerse en camino en cuanto Hurin expresó su advertencia.

El rastreador de ladrones mostraba, sin embargo, un invariable recelo al hablar con cualquiera de sus acompañantes. Exceptuando a Mat, en el período en que éste se hallaba en condiciones de conversar; entonces los dos habían bromeado y jugado a los dados, cuando las mujeres se encontraban a una prudente distancia. Egwene sospechaba que sentía inquietud por encontrarse solo con una Aes Sedai y tres mujeres que se estaban formando para acceder a esa misma condición. Algunos varones temían menos la perspectiva de una batalla que la de enfrentarse a una Aes Sedai.

—¿Qué clase de problema? —inquirió Elayne.

Había hablado con desenvoltura, pero con una confianza tan evidente en recibir una inmediata y detallada respuesta que Hurin abrió la boca.

—Huelo… —Calló de repente y pestañeó, sorprendido, lanzándoles breves miradas—. Es sólo una sensación. Una… corazonada. Ayer vi algunas huellas, y hoy también. Eran muchos caballos. Veinte o treinta siguiendo esta dirección y otros veinte o treinta dirigiéndose hacia allá. Me resulta extraño. Eso es todo. Un presentimiento. Pero puedo aseguraros que tendremos dificultades.

¿Huellas? Egwene no había advertido ninguna.

—Yo no he percibido nada preocupante en ellas —aseveró tajantemente Nynaeve, que se vanagloriaba de ser tan buena rastreadora como cualquier hombre—. Llevaban varios días allí. ¿Qué te hace pensar que indican dificultades?

—Sólo me lo parece —precisó lentamente Hurin, como si quisiera agregar algo más. Bajó la vista, frotándose la nariz y aspirando profundamente—. ¿Quién sabe qué noticias sobre lo ocurrido en Falme nos han precedido? Puede que no encontremos una acogida tan buena como esperamos. Creo que esos hombres podrían ser bandidos, asesinos. Creo que deberíamos tener cuidado. Si Mat pudiera valerse, me adelantaría para reconocer el terreno, pero es mejor que no os deje solas.

—¿Pensáis que no podemos cuidar de nosotras mismas? —preguntó Nynaeve, enarcando las cejas.

—El Poder Único no os servirá de mucho si alguien os mata sin daros tiempo a utilizarlo —contestó Hurin, dirigiéndose a la elevada perilla de su silla de montar—. Excusadme, pero creo que… iré un rato al lado de Verin Sedai. —Hincó los tobillos y se alejó al galope antes de que ninguna de ellas pudiera articular palabra alguna.

—Vaya una sorpresa —dijo Elayne cuando Hurin aminoró el paso a escasa distancia de la hermana Marrón. Verin no dio señales de reparar más en él que el resto de lo que la rodeaba, lo cual pareció satisfacer al shienariano—. Se ha mantenido alejado lo más posible de Verin desde que salimos de la Punta de Toman. Siempre la mira como si le diera miedo lo que pueda decir.

—El hecho de que respete a las Aes Sedai no significa que no las tema —constató Nynaeve—. Que no nos tema —añadió a regañadientes.

—Si prevé que van a surgir problemas, deberíamos mandarlo a explorar. —Egwene respiró hondo y dirigió a las otras dos mujeres la mirada más firme que le permitió su inquietud—. Si topamos con dificultades, podemos defendernos mejor de lo que lo haría él con la ayuda de un centenar de soldados.

—Él no lo sabe —adujo categóricamente Nynaeve—, y no seré yo quien se lo diga. Ni vosotras tampoco.

—Imagino lo que debe de opinar Verin al respecto —comentó Elayne con ansiedad—. Me gustaría saber qué es lo que sabe a ciencia cierta. Egwene, no sé si mi madre podría ayudarme a mí si la Amyrlin se enterara, y mucho menos a vosotras dos. Ni siquiera estoy segura de que fuera a intentarlo. —La madre de Elayne era la reina de Andor—. Únicamente logró aprender un poco en lo referente al uso del Poder antes de abandonar la Torre Blanca y pese a ello durante toda su vida se ha comportado como si hubiera alcanzado el grado de hermana de pleno derecho.

—No podemos hacernos ilusiones sobre el amparo de Morgase —manifestó Nynaeve—. Ella está en Caemlyn y nosotros estaremos en Tar Valon. No, seguramente ya tendremos suficientes conflictos por habernos escapado, y lo que hemos traído a nuestro regreso no nos exime de culpa. Lo mejor será que acatemos las órdenes, que actuemos con humildad, y no hagamos nada más susceptible de atraer la atención.

En otra ocasión, Egwene se habría echado a reír ante la noción de que Nynaeve pretendiera comportarse con humildad. Incluso Elayne era menos altanera que ella. En aquellas circunstancias, empero, no sentía ningunas ganas de reír.

—¿Y si Hurin está en lo cierto? ¿Y si nos atacan? No podemos defendernos contra veinte o treinta hombres, y podríamos acabar muertas si esperamos a que Verin haga algo. Tú misma has dicho que presagias una tormenta.

—¿Es así, Nynaeve? —inquirió Elayne, provocando un revuelo de dorados rizos al agitar la cabeza—. A Verin no le hará ninguna gracia si… —Dejó inconclusa la frase—. Le guste o no a Verin, puede que nos veamos obligadas a hacerlo.

—Yo haré lo que deba hacerse —zanjó Nynaeve—, dado el caso, y vosotras dos echaréis a correr, siempre y cuando se dé el caso. Por más entusiasmadas que estén en la Torre Blanca con vuestro potencial, no creo que se abstuvieran de neutralizaros a las dos si la Sede Amyrlin o la Antecámara de la Torre lo consideraran necesario.

—Si nos neutralizaran a nosotras —dijo débilmente Elayne después de tragar saliva—, también te neutralizarían a ti. Deberíamos huir todas; o actuar en conjunto. Hurin no se ha equivocado hasta el momento. Si queremos seguir con vida para afrontar los problemas que nos aguardan en la Torre, tal vez tengamos que… hacer lo que debemos hacer.

Egwene se estremeció. Neutralizada. Desconectada para siempre del *Saidar*, la mitad femenina de la Fuente Verdadera. Pocas Aes Sedai habían merecido ese castigo, pero había actos que exigían la neutralización. Las novicias habían de aprender los nombres de todas las Aes Sedai que habían sido neutralizadas, y por qué motivos.

Ahora siempre sentía la proximidad de la Fuente, justo fuera del límite de su visión, como el sol de mediodía calentándole los hombros, y, pese a que a menudo no cogiera nada cuando trataba de tocar el *Saidar*, seguía teniendo deseos de establecer contacto con él. Y, cuantas más veces lo tocaba, más quería repetir esa experiencia, continuamente, por más que Sheriam Sedai, la Maestra de las Novicias, les advirtiera de los peligros de aficionarse excesivamente al contacto con el Poder Único. Quedar desgajada de él; ser aún capaz de sentir el *Saidar*, pero no poder volver a tocarlo…

Ninguna de las demás parecía inclinada a hablar tampoco.

Para disimular su turbación, se inclinó sobre la camilla que oscilaba suavemente sosteniendo a Mat. Las mantas se habían revuelto, dejando al descubierto una curvada daga de funda dorada que el joven aferraba en la mano, con la empuñadura coronada por un rubí del tamaño de un huevo de paloma. Poniendo buen cuidado en no rozar el arma, Egwene lo tapó. Aunque sólo era unos años mayor que ella, las demacradas mejillas y la tez cetrina lo habían envejecido. Su pecho apenas se movía con su ronca respiración. A sus pies reposaba un saco de cuero de contornos irregulares que la joven también cubrió. «Tenemos que llevar a Mat a la Torre —pensó—. Y el saco.»

—Le ha subido aún más la fiebre —dijo con tono preocupado Nynaeve, tras palparle la frente—. Si al menos tuviera un poco de reina de los prados o de matricaria…

—Tal vez si Verin volviera a intentar curarlo… —sugirió Elayne.

Nynaeve sacudió la cabeza. Después le apartó a Mat el pelo de la cara, suspiró y se irguió antes de hablar.

—Dice que lo máximo que puede hacer ahora es mantenerlo con vida, y yo le creo. Yo misma… traté de curarlo anoche, pero no obtuve resultado alguno.

—Sheriam Sedai dice que no debemos probar a curar hasta que no nos hayan guiado paso a paso en el proceso un centenar de veces —manifestó, estupefacta, Elayne.

—Podrías haberlo matado —observó con aspereza Egwene.

—Antes de plantearme siquiera la posibilidad de ir a Tar Valon —contestó, con un sonoro bufido Nynaeve— yo ya estaba curando. Pero, por lo visto, necesito mis medicinas para que surta efecto. ¡Si al menos tuviera un poco de matricaria! No creo que le quede mucho tiempo. Quizá sólo unas horas.

Egwene creyó advertir tanto pesar por el hecho de saberlo, por el origen de dicho conocimiento, como por el propio estado de Mat. Una vez más, se preguntó por qué habría decidido Nynaeve ir a completar su formación en Tar Valon. Había aprendido a encauzar de forma inconsciente, aun cuando no siempre controlara dicho acto, y había superado la crisis que suponía la muerte para tres de cada cuatro mujeres que aprendían sin la supervisión de las Aes Sedai. Nynaeve decía que quería aprender más, pero con frecuencia se mostraba tan reacia a ello como un niño al que le administraran una dosis de ajenjo.

—Pronto estaremos en la Torre Blanca —la animó Egwene—. Allí lo curarán. La Amyrlin se ocupará de él. Ella se ocupará de todo.

No miró en dirección al objeto situado a los pies de Mat, cubierto con la misma manta que lo tapaba a él. Las otras dos mujeres también evitaban posar la vista en él. Había algunos secretos de los que ansiaban despojarse.

—Jinetes —anunció de improviso Nynaeve, pero Egwene ya los había visto. Eran dos decenas de hombres que habían aparecido en lo alto de un altozano y que bajaban al galope, con un revuelo de capas blancas, en dirección a ellos.

—Hijos de la Luz —los identificó Elayne, como si profiriera una maldición—. Me parece que hemos localizado tu tormenta, y los problemas de Hurin.

Verin se había parado y con la mano había impedido que Hurin desenvainara la espada. Egwene tocó el caballo que iba a la cabeza del par que transportaba la litera para que se detuviera justo detrás de la regordeta Aes Sedai.

—Dejadme hablar a mí, hijas —dijo plácidamente la Aes Sedai, bajándose la capucha para dejar al descubierto su pelo gris. Egwene aún no se había formado una idea precisa de los años que tendría Verin pues, pese a que sospechaba que tenía edad suficiente como para ser abuela, las hebras blancas de su pelo eran su única manifestación perceptible de edad—. Y, hagáis lo que hagáis, no permitáis que exciten vuestra ira.

El rostro de Verin aparecía tan calmado como su voz, pero Egwene creyó advertir cómo la Aes Sedai calculaba la distancia que los separaba de Tar Valon. Los pináculos de las torres ya eran visibles y también el elevado puente que conducía a la isla trazando un arco sobre el río, bajo el cual pasaban los barcos mercantes.

«Lo bastante cerca para verlo —pensó Egwene—, pero demasiado lejos como para que nos sirva de algo.»

Por un momento tuvo la certeza de que los Capas Blancas se proponían atacarlos, pero su cabecilla alzó una mano y entonces tiraron bruscamente de las riendas y se

detuvieron a unos treinta metros de ellos en medio de una nube de polvo y tierra.

Nynaeve murmuró furiosamente para sí, y Elayne se irguió con arrogancia en la silla, como si estuviera a punto de regañar a los Capas Blancas por sus malos modales. Hurin aún rodeaba con la mano la empuñadura de la espada y parecía dispuesto a interponerse entre las mujeres y los Capas Blancas en contra de la opinión de Verin. Ésta agitó calmosamente una mano delante de la cara para dispersar el polvo. Los jinetes de blanca capa se desplegaron en semicírculo, cerrándoles el paso.

Sus petos y yelmos cónicos fulguraban de tan bruñidos, e incluso la malla de sus brazos relucía intensamente. Todos llevaban el resplandeciente sol bordado en el pecho. Algunos encajaron flechas en los arcos, que mantuvieron bajos, pero preparados. Su dirigente era un hombre joven que lucía, sin embargo, dos nudos dorados indicativos de rango bajo el sol de su capa.

—Dos Brujas de Tar Valon, a menos que me fallen mis deducciones, ¿no es así? —dijo con una tensa sonrisa que acusó la rigidez de su enjuto rostro. Sus ojos tenían un brillo arrogante, como si él conociera una verdad que los demás no podían percibir en su estupidez—. Y dos papanatas, y un par de perros falderos, uno enfermo y otro viejo. —Hurin se agitó, pero Verin lo contuvo con la mano—. ¿De dónde venís? —preguntó el Capa Blanca.

—Venimos del oeste —respondió Verin con calma—. Apartaos de nuestro camino y dejadnos proseguir. Los Hijos de la Luz carecen de autoridad en este lugar.

—Los Hijos tienen autoridad en todas partes donde se halla la Luz, bruja, y, donde no hay Luz, nosotros la propagamos. ¡Contestad a mi pregunta! ¿O deberé llevaros a nuestro campamento y dejar que os hagan las preguntas los interrogadores?

Mat no podía permitirse la más mínima demora en recibir los socorros que le procurarían en la Torre Blanca. Y más importante aún —Egwene pestañeó al advertir que sus pensamientos lo formulaban de aquel modo—, no podían dejar que el contenido de ese saco cayera en manos de los Capas Blancas.

—Os he respondido —aseguró Verin, sin perder la calma—, y con más educación de la que os merecéis. ¿De veras creéis que podéis detenernos? —Algunos de los Capas Blancas pusieron los arcos en alto como si hubiera proferido una amenaza, pero ella continuó hablando, sin elevar en ningún instante la voz—. Puede que en otras tierras consigáis dominar a la gente amedrentándola, pero no aquí, a tan corta distancia de Tar Valon. ¿Realmente creéis que en este lugar os será permitido llevaros presas a las Aes Sedai?

El oficial se revolvió inquietamente en la silla, como si de pronto dudara de su capacidad de poner en práctica lo declarado. Después volvió la mirada hacia sus hombres —ya fuera para cerciorarse de su apoyo o porque hubiera recordado que ellos estaban mirando—, y con ello recobró el aplomo.

—En nada temo vuestros procedimientos de Amigos Siniestros. Respondedme, o

responded a los interrogadores. —Su tono no transmitía la misma convicción que antes.

Verin abrió la boca como si se dispusiera a participar en una conversación trivial, pero Elayne se le adelantó, adoptando una sonora voz de mando.

—Soy Elayne, heredera del trono de Andor. ¡Si no os apartáis de inmediato, habréis de responder de ello ante la reina Morgase, Capa Blanca!

Verin emitió una exclamación de disgusto. El Capa Blanca tuvo un instante de sorpresa, pero luego se echó a reír.

—¿Eso es lo que creéis, eh? Quizá descubriréis que Morgase ya no profesa tanto amor por las brujas, muchacha. Si os arrebato a ellas y os devuelvo a su lado, me estará agradecida. El señor capitán Elmon Valda estaría encantado de hablar con vos, heredera del trono de Andor. —Alzó una mano en un gesto dirigido a sus hombres cuyo significado no alcanzó a interpretar Egwene, y algunos de los Capas Blancas tomaron las riendas.

«No hay tiempo que perder —reflexionó Egwene—. ¡Nunca más volverán a apresarme!» Abrió las puertas al Poder Único. Era aquél un simple ejercicio que, después de la práctica continuada, le resultaba cada vez más sencillo. En un abrir y cerrar de ojos su mente abandonó todo pensamiento, toda imagen ajena a un capullo de rosa flotando en el vacío. Ella era el capullo, abriéndose a la luz, abriéndose al *Saidar*, la mitad femenina de la Fuente Verdadera. El Poder la inundó, amenazando con arrastrarla en su corriente. Era como estar henchida de luz, de la Luz, como formar una unidad con la Luz y gozar de un glorioso éxtasis. Luchando para que no la arrollara, se centró en el suelo, frente al caballo del oficial Capa Blanca. Era un pequeño retazo de tierra; no tenía intención de matar a nadie. «¡No me cogeréis!»

El hombre todavía tenía la mano en alto. Con un rugido, el suelo entró en erupción delante de él, y un surtidor de tierra y rocas se alzó hasta más arriba de su cabeza. La montura se encabritó, y el Hijo de la Luz cayó rodando como un saco.

Antes de que aterrizara, Egwene desplazó el punto de mira a otros Capas Blancas, y el suelo se agitó con nuevas explosiones. *Bela* caracoleaba, pero ella controlaba a la yegua con las riendas y las rodillas sin siquiera tener conciencia de ello. Aun envuelta en el vacío, experimentó sorpresa al percibir la tercera erupción, que no había provocado ella, y luego la cuarta. Vagamente, advirtió a Nynaeve y Elayne, rodeadas por el nimbo de luz que indicaba que también ellas habían abrazado el *Saidar*. Dicha aureola sólo era visible para las mujeres capaces de encauzar, pero los resultados fueron en aquella ocasión perceptibles para todos. Las explosiones acosaban a los Capas Blancas por todos lados, salpicándolos de tierra, azorándolos con el ruido y poniendo a sus caballos en un estado de desenfreno.

Hurin miraba boquiabierto en torno a sí, tratando de impedir que se desbocaran su propia montura y los caballos de carga, con un miedo tan acusado como el de los

Capas Blancas. Verin tenía los ojos desorbitados de estupefacción e ira. Movía furiosamente la boca, pero lo que decía se perdía entre el fragor.

Y entonces los Capas Blancas se dieron a la fuga, algunos tras tirar los arcos presas del pánico, galopando como si el propio Oscuro los persiguiera. Todos huyeron menos el joven oficial, que estaba levantándose del suelo. Con los hombros hundidos y los ojos casi en blanco, miraba fijamente a Verin. Tenía la elegante capa blanca y la cara cubiertas de polvo, pero no parecía reparar en ello.

—Matadme pues, bruja —dijo entrecortadamente—. Adelante. ¡Matadme como matasteis a mi padre!

La Aes Sedai centraba la atención en sus acompañantes sin hacerle el menor caso. Como si también ellos se hubieran olvidado de su oficial, los Capas Blancas se esfumaron por el mismo altozano por el que habían aparecido, sin volver en ningún momento la mirada. La montura del oficial corría con ellos.

Conminada por la furiosa mirada de Verin, Egwene soltó con lentitud y desgana el *Saidar*. Siempre era duro desprenderse de él. Aún más despacio, el nimbo que rodeaba a Nynaeve fue apagándose. Nynaeve observaba con semblante ceñudo al Capa Blanca de enjuto rostro que se había quedado delante de ellas como si en tales condiciones todavía fuera capaz de sorprenderlas con alguna argucia. Elayne parecía perpleja por su propia actuación.

—Lo que habéis hecho… —comenzó a regañarlas Verin. Luego se detuvo para inspirar a fondo y fijó la mirada en las tres jóvenes a la vez—. Lo que habéis hecho es una abominación. ¡Una abominación! Una Aes Sedai no utiliza el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra, o como último recurso para defender su vida. Los Tres Juramentos…

—Estaban dispuestos a matarnos —la interrumpió acaloradamente Nynaeve—. A matarnos o a conducirnos a la tortura. Él estaba dando la orden.

—No…, no hemos utilizado realmente el Poder como arma, Verin Sedai. —Elayne mantenía la barbilla erguida, pero le temblaba la voz—. No hemos herido a nadie ni tampoco lo hemos procurado. Sin duda…

—¡No me vengas con sutilezas! —espetó Verin—. Cuando seáis Aes Sedai de pleno derecho…, ¡suponiendo que lleguéis a serlo algún día!, estaréis constreñidas a la obediencia de los Tres Juramentos, pero incluso de las novicias se espera que hagan lo posible por vivir como si ya los hubieran prestado.

—¿Y qué me decís de él? —Nynaeve señaló al oficial Capa Blanca que aún seguía allí con aire aturdido. La antigua Zahorí tenía la cara tan tensa como un tambor y parecía tan enojada como la Aes Sedai—. Iba a hacernos prisioneras. Mat moriría si no llega pronto a la Torre y… y…

Egwene sabía qué era lo que Nynaeve luchaba por no decir en voz alta. «Y no podemos permitir que ese saco caiga en otras manos que no sean las de la Amyrlin.»

Verin miró cansinamente al Capa Blanca.

—Sólo trataba de amedrentarnos, hija. Sabía perfectamente que no podía obligarnos a ir a ninguna parte en contra de nuestra voluntad, pues ello le habría acarreado más problemas de los que estaba dispuesto a asumir. Aquí, desde donde ya se divisa Tar Valon, no se habría atrevido. Con un poco de tiempo y paciencia, yo habría conseguido que nos dejaran pasar. Oh, reconozco que habría intentado matarnos de haber podido hacerlo desde un sitio oculto, pero ningún Capa Blanca que tenga un mínimo de cerebro intentaría atacar a una Aes Sedai que sabe que se encuentra allí. ¡Mirad lo que habéis hecho! ¿Qué irán contando por allí esos hombres y qué fama nos van a hacer?

—No es un acto de cobardía combatir a los poderes que desmembraron el mundo —declaró el oficial, que se había ruborizado ante la mención de un ataque furtivo—. ¡Las brujas de Tar Valon queréis volver a desmembrar el mundo al servicio del Oscuro! —Verin sacudió la cabeza con fatigada incredulidad.

—Lamento mucho lo que he hecho —aseguró Egwene al oficial, deseosa de enmendar el desaguisado. Se alegró de no estar sometida, como lo estaban las Aes Sedai, a la promesa de no pronunciar palabra alguna que no fuera cierta, porque lo que había dicho apenas si era una verdad a medias—. No he debido portarme de ese modo y os pido disculpas. Estoy segura de que Verin Sedai os curará las contusiones. —El hombre dio un paso atrás como si le hubieran propuesto ser desollado vivo, y Verin exhaló un sonoro bufido—. Hemos realizado un largo viaje —prosiguió Egwene— desde la Punta de Toman y, de no haber estado tan cansada, nunca habría…

—¡Calla, muchacha! —gritó Verin al tiempo que el Capa Blanca gruñía:

—¿La Punta de Toman? ¡Falme! ¡Estuvisteis en Falme! —Retrocedió, tambaleante, otro paso y medio desenvainó la espada. Egwene no alcanzó a deducir por la expresión de su cara si pretendía atacar o defenderse. Hurin acercó su caballo al Capa Blanca, con la mano en la maza, pero el Hijo de la Luz de demacrado rostro continuó vociferando, arrojando en su furia espumarajos por la boca—. ¡Mi padre murió en Falme! ¡Byar me lo dijo! ¡Vosotras lo matasteis por vuestro falso Dragón! ¡Velaré porque paguéis con la muerte por ello! ¡Veré el día en que acabéis en la hoguera!

—Impetuosa chiquilla —suspiró Verin—. Casi tan imprudente como los niños a la hora de dejar la lengua suelta. Id con la Luz, hijo mío —dijo al Capa Blanca.

Sin añadir otra palabra, partió a la cabeza rodeando al hombre, pero sus gritos los siguieron.

—¡Me llamo Dain Bornhald! ¡Recordadlo, Amigos Siniestros! ¡Haré que temáis mi nombre! ¡Recordad mi nombre!

Cuando los gritos de Bornhald se hubieron apagado a sus espaldas, cabalgaron un

rato en silencio.

—Yo sólo intentaba arreglar las cosas —dijo al cabo Egwene, sin dirigirse a nadie en concreto.

—¡Arreglarlas! —murmuró Verin—. Debes aprender que existen momentos para revelar toda la verdad y otros para sujetar la lengua. Aunque sea la más insignificante de las lecciones que debes aprender, es importante, si quieres vivir lo bastante como para llevar el chal de una hermana consagrada. ¿No se te había ocurrido pensar que tal vez las noticias de lo ocurrido en Falme habían viajado más deprisa que nosotros?

—¿Por qué había de ocurrírsele? —contestó Nynaeve—. Ninguna de las personas que hemos encontrado había oído más que rumores, en el mejor de los casos, y en las tierras que recorremos desde hace un mes ni siquiera habían llegado los rumores.

—¿Y todas las novedades han de realizar el mismo trayecto que nosotros para propagarse? —replicó Verin—. Nosotros hemos avanzado lentamente y los rumores vuelan por un centenar de caminos distintos. Siempre debéis prever lo peor, hijas; de ese modo, todas las sorpresas que recibáis serán agradables.

—¿A qué se ha referido al hablar de mi madre? —se interrogó de pronto Elayne —. Debía de mentir. Ella nunca se enemistaría con Tar Valon.

—Las reinas de Andor siempre han mantenido relaciones de amistad con Tar Valon, pero todo cambia. —El rostro de Verin había recobrado su placidez, pero su voz evidenciaba cierta tensión. Se giró sobre la silla para mirarlos a todos, a las tres jóvenes, a Hurin y Mat, postrado en la camilla—. El mundo es extraño, y todo cambia. —Remontaron una loma y divisaron ante ellos un pueblo de amarillentos tejados que se arracimaban en torno al gran puente que conducía a Tar Valon—. Ahora es cuando verdaderamente debéis poneros en guardia —les advirtió Verin—. Ahora comienza el auténtico peligro.

11



Tar Valon

El pueblecito de Dairein llevaba casi tanto tiempo emplazado junto al río Erinin como Tar Valon en su isla. Sus pequeñas casas y tiendas rojas y pardas, sus calles adoquinadas, transmitían una sensación de permanencia, pero la población había sido quemada durante la Guerra de los Trollocs, saqueada varias veces en el transcurso de la Guerra de los Cien Años y también con ocasión del asedio a que sometieron Tar Valon los ejércitos de Artur Hawkwing e incendiada de nuevo en la Guerra de Aiel, ocurrida hacía menos de veinte años. Aun cuando aquélla fuera una historia agitada para una aldea, la situación de Dairein al pie de uno de los puentes que comunicaban con Tar Valon garantizaba su continuada reconstrucción, a despecho de las veces que la destruyeran. Al menos, mientras Tar Valon siguiera en pie.

Al principio Egwene tuvo la impresión de que Dairein esperaba una nueva guerra. Un cuadro de piqueros recorría las calles, con los rangos y filas tan erizados como un cepillo de cardar la lana, seguido de arqueros tocados con chatos yelmos que cargaban aljabas rebosantes de flechas y arcos en bandolera. Un escuadrón de jinetes con armadura, cuyos rostros quedaban ocultos tras las barras de acero de las viseras, cedieron el paso a Verin y a su comitiva obedeciendo a una señal realizada por su oficial. Todos llevaban en el pecho la Llama Blanca de Tar Valon, semejante a una nívea lágrima.

Los lugareños, no obstante, acudían a sus quehaceres con aparente despreocupación, y la multitud concentrada en el mercado se dividía en torno a los soldados como si su presencia fuera un impedimento al que llevaban mucho tiempo acostumbrados. Algunos hombres y mujeres que transportaban cestos de fruta ajustaban el paso al de los militares, tratando de venderles arrugadas manzanas y peras que habían pasado el invierno en la despensa, pero, aparte de ellos, los tenderos y vendedores ambulantes no prestaban la más mínima atención a los soldados.

Verin tampoco parecía reparar en ellos mientras conducía a Egwene y a los demás

a través del pueblo hacia el gran puente de piedra, tan delicado que hubiérase dicho de encaje, que se arqueaba sobre un cauce de casi un kilómetro de ancho.

En la entrada del puente había más soldados montando guardia, una docena de piqueros y media de arqueros que comprobaban la identidad de todo aquel que quería cruzarlo. Su oficial, un calvo cuyo yelmo colgaba de la empuñadura de su espada, parecía agobiado por la larga hilera de personas que aguardaban a pie y a caballo o en carros tirados por bueyes, mulos o el mismo propietario. La fila no tenía más de cien metros, pero, cada vez que alguien obtenía permiso para atravesar el puente, otra persona volvía a engrosarla al final. Pese a ello, el calvo oficial se tomaba su tiempo para cerciorarse de que cada uno de ellos tenía derecho a entrar en Tar Valon antes de franquearles el paso.

Cuando Verin llevó a su grupo al inicio de la fila, torció el gesto, pero entonces dirigió una mirada a su cara y se caló apresuradamente el yelmo en la cabeza. Nadie que las conociera realmente tenía necesidad de un anillo con la Gran Serpiente para identificar a las Aes Sedai.

—Buenos días tengáis, Aes Sedai —la saludó, inclinándose con una mano en el corazón—. Buenos días. Proseguid, si así lo deseáis.

Cuando Verin refrenó el caballo a su lado, en la hilera de gente se alzó un murmullo, pero nadie se quejó en voz alta.

—¿Os han causado problemas los Capas Blancas, guardia?

«¿Por qué nos paramos? —se preguntó Egwene, llena de impaciencia—. ¿Acaso se ha olvidado de Mat?»

—Nada de importancia, Aes Sedai —respondió el oficial—. No ha habido combates. Trataron de entrar en el mercado de Eldone, al otro lado del río, pero nosotros los disuadimos. La Amyrlin se propone darles un escarmiento para que no lo intenten de nuevo.

—Verin Sedai —llamó prudentemente su atención Egwene—, Mat…

—No tardaré nada, hija —aseguró la Aes Sedai con aire medio distraído—. No me he olvidado de él. —Volvió a dirigirse al oficial—. ¿Y los pueblos de los alrededores?

—No podemos mantener a los Capas Blancas fuera de ellos, Aes Sedai —repuso algo incómodo el hombre—, pero los desalojan cuando llegan nuestras patrullas. Se diría que intentan provocarnos. —Verin asintió y habría reemprendido la marcha si el oficial no hubiera vuelto a tomar la palabra—. Perdonad, Aes Sedai, pero resulta evidente que venís de lejos. ¿Traéis noticias? Con cada bajel mercante que remonta el río llegan nuevos rumores. Dicen que hay un nuevo falso Dragón en algún punto de Occidente. Hasta afirman que tiene los ejércitos de Artur Hawkwing que se han levantado de la tumba para seguirlo y que mató a un montón de Capas Blancas y destruyó una ciudad… Falme, la llaman…, que, a decir de algunos, está en Tarabon.

—¡También dicen que las Aes Sedai lo ayudaron! —gritó una voz de hombre en la fila de espera.

Hurin hizo acopio de aire y se revolvió como si previera un incidente. Egwene miró en derredor, pero no advirtió indicio alguno de quién había gritado. Todos parecían preocupados enteramente en esperar, paciente o impacientemente, su turno para cruzar. Cuando se había marchado de Tar Valon, cualquier hombre que hubiera hablado mal de las Aes Sedai se habría considerado afortunado de escapar habiendo recibido sólo un puñetazo de quien lo hubiera escuchado. El oficial miraba, rojo de cólera, la hilera de personas.

—Los rumores raras veces se ajustan a la realidad —le dijo Verin—. Puedo deciros que Falme aún sigue en pie. Y no se encuentra en Tarabon, guardia. Prestad menos oídos a los rumores, y más a la Sede Amyrlin. La Luz os ilumine. —Tomó las riendas y el militar le dedicó una reverencia mientras se ponía en camino con su comitiva.

Egwene quedó maravillada ante la visión del puente, como siempre le sucedía con todos los puentes de Tar Valon. Los calados de los muros eran tan intrincados como los que hubieran acreditado a una experta en encajes de bolillos. Parecía casi increíble que alguien hubiera podido trabajar la piedra de ese modo y que ésta pudiera sostener incluso su propio peso. El río discurría con ímpetu unos cincuenta metros más abajo, y en el kilómetro que separaba la isla de la orilla el puente se alzaba sobre él sin ningún soporte.

Aún más extraordinaria le resultó, en cierta forma, la sensación de que el puente la conducía a casa. Más extraordinaria y sorprendente. «El Campo de Emond es mi hogar.» Pero era en Tar Valon donde aprendería lo que necesitaba para seguir con vida, para ser libre. Era en Tar Valon donde averiguaría —donde debía averiguar— por qué la inquietaban tanto sus sueños y por qué a veces parecían tener significados que ella era incapaz de precisar. Tar Valon era el lugar al que estaba conectada ahora su vida. Si algún día regresaba al Campo de Emond —aquel «si» era doloroso, pero debía ser franca consigo misma—, si regresaba, sería de visita, para ver a sus padres. Ella ya no era la hija de un posadero. Aquellos lazos tampoco volverían a retenerla, no porque los detestara, sino porque simplemente los había superado con la edad.

El puente sólo era el principio. Comunicaba directamente con las murallas que rodeaban la isla, altos muros de reluciente piedra blanca con vetas plateadas que se elevaban mucho más. De trecho en trecho, las paredes quedaban interrumpidas por las torres de vigilancia construidas con el mismo material blanco, cuyas imponentes bases lamía el río. Pero más allá, más altas que las murallas, se erguían las verdaderas torres de Tar Valon, las legendarias torres, puntiagudas agujas y espirales, algunas de las cuales estaban interconectadas por airosos puentes que se elevaban a cien metros del suelo. Y aquello todavía era el principio.

Las puertas revestidas de bronce que daban a una de las grandes avenidas que entrecruzaban la isla, abiertas de par en par, sin ningún guardia apostado en ellas, habrían permitido el paso de veinte jinetes a un tiempo. Aunque la primavera apenas había dado comienzo, el aire olía a flores, perfumes y especias.

La ciudad quitó el aliento a Egwene como si nunca la hubiera visto. Cada plaza y cada cruce de calles tenía su fuente o su monumento o estatua, algunos de ellos asentados en grandes columnas tan altas como torres, pero era la ciudad en sí lo que producía aquel efecto deslumbrante. Lo que tenía una forma sencilla podía estar tan adornado y tan labrado que daba la impresión de ser un ornamento o, a falta de aderezos, se valía únicamente de su forma para producir una impresión de grandiosidad. Había edificios grandes y pequeños, construidos en piedras de todos los colores, unos modelados a imitación de conchas, de olas marinas, de arrecifes esculpidos por el viento, todos graciosos y fantásticos, ya fueran inspirados en la naturaleza o en el vuelo de la imaginación de los hombres. Las viviendas, las posadas, los propios establos…, incluso las más insignificantes edificaciones de Tar Valon habían sido erigidas con fines estéticos. Los picapedreros Ogier habían construido gran parte de la ciudad en los largos años que siguieron al Desmembramiento del Mundo, y ellos mismos afirmaban que había sido su más refinada obra.

Las calles estaban abarrotadas de hombres y mujeres de todas las nacionalidades. Los tonos de su piel cubrían toda la gama entre la oscura y la pálida; sus atuendos eran de vivos colores o pardos, pero adornados con cenefas y relucientes botones, o rígidos y severos, algunos dejando al descubierto más de lo que Egwene consideraba decente o tapándolo todo salvo los ojos y las puntas de los dedos. Las sillas de manos y las literas se desplazaban bamboleantes entre el gentío, al grito de «¡Paso libre!» de sus porteadores. Los carruajes cerrados avanzaban lentamente y los cocheros en librea gritaban «¡Jia!» y «¡So!» como si creyeran que podrían proseguir a una marcha más ligera. Los músicos callejeros tocaban la flauta, el arpa o el caramillo, en ocasiones acompañando a un malabarista o un acróbata y siempre con el sombrero preparado para recibir monedas. Los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías, y los tenderos alababan a voz en grito la excelencia de sus productos en la puerta de sus establecimientos. En la ciudad flotaba un murmullo similar al del canto de un ser vivo.

Verin había vuelto a subirse la capucha, y ésta le tapaba la cara. Nadie parecía prestarle atención entre la muchedumbre, observó Egwene. Nadie detenía siquiera la mirada en Mat, postrado como estaba en la litera, aunque algunas personas se apartaban de ella a su paso. La gente llevaba a veces a los enfermos a la Torre Blanca para que los curaran, y sus dolencias podían ser contagiosas.

—¿De veras prevéis problemas ahora? —preguntó Egwene, situándose junto a

Verin—. Nos encontramos en la ciudad. Casi estamos allí. —La Torre Blanca, el gran edificio que destacaba, alto y majestuoso, sobre los tejados, era ya perfectamente visible.

—Yo siempre espero tener problemas —respondió con calma Verin—, y así deberías hacer tú. En especial en la Torre. A partir de ahora debéis tener todas más cuidado que nunca. Vuestros… trucos —su boca se tensó un instante antes de que recobrara la serenidad— ahuyentaron a los Capas Blancas, pero dentro de la Torre podrían muy bien acarrearnos la muerte o la neutralización.

—Yo no haría eso en la Torre —protestó Egwene—. Ninguna de nosotras lo haría.

Nynaeve y Elayne, que se habían reunido con ellas, dejando los caballos con la camilla a cargo de Hurin, asintieron, Elayne fervientemente y Nynaeve como si tuviera sus reservas.

—No deberíais repetir nunca algo así, hijas. ¡En ningún caso! ¡Jamás! —Verin las miró de soslayo por el borde de la capucha y sacudió la cabeza—. Y espero que, por vuestro bien, hayáis adquirido conciencia de lo insensato que es hablar cuando deberíais callar. —Elayne se puso roja como la grana, y a Egwene se le arrebolaron las mejillas—. Una vez que nos hallemos en la Torre, mantened la boca cerrada y aceptad como venga todo cuanto ocurra. ¡Todo cuanto ocurra! No sabéis nada de lo que os espera en la Torre y, si lo supierais, no sabríais cómo resolverlo. De modo que guardad silencio.

—Haré lo que decís, Verin Sedai —acató Egwene.

Elayne repitió en eco sus palabras, y Nynaeve emitió un resoplido. Al ver que la Aes Sedai se quedaba mirándola, asintió de mala gana.

La calle desembocó a una gran plaza situada en el centro de la ciudad, en medio de la cual se erguía la Torre Blanca, reluciente bajo el sol, prolongándose hasta dar la impresión de tocar el cielo con sus innumerables cúpulas, delicadas espirales y otras formas que se elevaban dentro de su recinto. Era sorprendente la poca gente que había en la plaza. Nadie se entrometía en la Torre a menos que tuviera asuntos que atender allí, se recordó Egwene con desasosiego.

—Verin Sedai —dijo Hurin, haciendo adelantar los caballos de carga al llegar a la explanada—, debo despedirme de vosotros ahora.

Lanzó una ojeada a la Torre y luego se las arregló para no volver a mirarla, aunque en realidad era difícil contemplar otra cosa allí. Hurin procedía de una tierra donde se respetaba a las Aes Sedai, pero una cosa era respetarlas y otra muy distinta estar rodeado de ellas.

—Nos habéis sido de gran ayuda en nuestro viaje, Hurin —le agradeció Verin—, y éste ha sido ciertamente largo. En la Torre tendréis un aposento donde descansar antes de proseguir vuestro camino.

—No puedo desperdiciar ni un día, Verin Sedai —aseveró Hurin, sacudiendo enfáticamente la cabeza—. Ni una hora. Debo regresar a Shienar, a contarles al rey Easar y a lord Agelmar la verdad de lo sucedido en Falme. Debo decirles lo de… —Calló de improviso y miró en derredor. Aunque no había nadie lo bastante cerca para oírlo, de todos modos bajó la voz y se limitó a agregar—: Lo de Rand, que el Dragón ha renacido. Debe de haber barcos mercantes que vayan río arriba, y mi intención es embarcar en el primero que leve anclas.

—Id con la Luz, pues, Hurin de Shienar —lo bendijo Verin.

—La Luz os ilumine a todos —respondió el hombre, tomando las riendas, y, tras un momento de vacilación, añadió—: Si me necesitáis…, sea cuando sea, mandadme un mensaje a Fal Dara y hallaré la manera de acudir. —Aclarándose la garganta como si estuviera algo azorado, volvió grupas y se alejó al trote de la Torre. A poco, ya lo habían perdido de vista.

—¡Hombres! —exclamó Nynaeve, meneando con exasperación la cabeza—. Siempre dicen que los mandemos a llamar si los necesitamos, pero, cuando se necesita uno, se lo necesita justo en ese preciso momento y no después.

—Ningún hombre puede servirnos de algo en el lugar adonde vamos —observó secamente Verin—. Recordadlo. Guardad silencio.

Egwene experimentó una sensación de pérdida con la partida de Hurin. Apenas si hablaba con ellos, salvo con Mat, y Verin estaba en lo cierto: era sólo un hombre, indefenso como un niño ante las eventualidades que tal vez habrían de afrontar en la Torre. Pero con su marcha perdían a un miembro de su grupo, y, aun en contra de la razón, ella no podía remediar creer que siempre era útil contar con un hombre con una espada. Además, él había sido un vínculo con Rand y Perrin. «Yo tengo mis propias preocupaciones.» Rand y Perrin habrían de arreglarse con Moraine. «Y Min cuidará sin duda de Rand», pensó con un acceso de celos que trató de suprimir. Casi lo logró.

Con un suspiro, tomó a su cargo la guía de los caballos que transportaban la camilla. Mat yacía tapado hasta la barbilla, emitiendo un seco y rasposo sonido cada vez que respiraba. «Falta poco —pensó—. Pronto te curarán ahora. Y nosotras averiguaremos qué nos deparan en la Torre.» Deseaba que Verin dejara de tratar de infundirles miedo y, sobre todo, deseaba no tener que reconocer que tenía motivos para asustarlas.

Con Verin a la cabeza rodearon parte del perímetro de la Torre hasta llegar a una pequeña puerta abierta donde había apostados dos guardias. La Aes Sedai se detuvo, se bajó la capucha y se inclinó en la silla para hablar quedamente a uno de ellos. El centinela dio un respingo y dirigió una mirada de asombro a Egwene y sus compañeros.

—Como ordenéis, Aes Sedai —se apresuró a acatar y luego se adentró corriendo

en el recinto de la Torre. Verin ya trasponía las puertas cuando el guardia contestó, y siguió cabalgando como si no hubiera motivo alguno de apremio.

Egwene la siguió con la litera, intercambiando miradas con Nynaeve y Elayne, intrigada por saber qué le habría dicho Verin a aquel hombre.

Justo en el interior de la puerta, había una caseta de guardia de piedra gris que tenía la forma de una estrella de seis puntas recostada de lado. Los soldados repantigados en el umbral pararon de hablar y efectuaron reverencias al paso de Verin.

Aquella parte del recinto de la Torre, con sus cuidados árboles, arbustos recortados y amplios senderos de grava, habría podido confundirse con el jardín de un aristócrata. Entre el ramaje se percibían otros edificios, todos dominados por la Torre propiamente dicha.

El camino los condujo a una caballeriza escondida entre los árboles, de donde salieron corriendo varios mozos vestidos con chalecos de cuero para hacerse cargo de sus monturas. Siguiendo las instrucciones de la Aes Sedai, algunos de ellos desataron la litera y la depositaron con cuidado en el suelo. Cuando se llevaban los caballos, Verin tomó el saco de cuero que reposaba a los pies de Mat y se lo colocó descuidadamente bajo el brazo.

Nynaeve dejó de masajearse la espalda y miró, ceñuda, a la Aes Sedai.

—Dijisteis que le quedaban unas horas, tal vez. ¿Es que vais a quedaros…?

Verin alzó una mano, pero Egwene no supo si fue su gesto el que hizo callar a Nynaeve o el ruido de pasos acercándose por el sendero de grava.

Al cabo de unos momentos apareció Sheriam Sedai, seguida por tres Aceptadas cuyos vestidos blancos tenían en el borde cenefas con los colores de los siete Ajahs, del Azul al Rojo, y dos fornidos hombres vestidos con toscas ropas de trabajo. La Maestra de las Novicias era una mujer un poco regordeta, con los altos pómulos frecuentes entre los habitantes de Saldaea. Su brillante pelo rojizo y los claros ojos verdes rasgados producían un efecto chocante en sus suaves rasgos de Aes Sedai. Miró con calma a Egwene y a las demás, pero con la mandíbula comprimida.

—Así que habéis traído de regreso a nuestras tres fugitivas, Verin. Con todo lo que ha ocurrido, casi desearía que no lo hubierais hecho.

—Nosotras no… —quiso aducir Egwene.

—¡SILENCIO! —la atajó Verin con severidad.

Luego clavó los ojos en ella —en cada una de ellas— como si la intensidad de su mirada fuera capaz de hacerles mantener la boca cerrada. A Egwene no le cabía duda de ello. Nunca hasta entonces había visto enojada a Verin. Nynaeve cruzó los brazos bajo el pecho y se puso a murmurar entre dientes, pero no dijo nada. Las tres Aceptadas que se hallaban detrás de Sheriam guardaban, naturalmente, silencio, pero Egwene creyó ver cómo les crecían las orejas de tanto aguzar el oído.

Cuando estuvo segura de que Egwene y las otras se mantendrían calladas, Verin se volvió de nuevo hacia Sheriam.

—Debe llevarse al muchacho a un lugar aislado de todos. Está enfermo, y su dolencia entraña peligro tanto para él como para los demás.

—Me han dicho que había que transportar una camilla. —Sheriam hizo una señal a los dos hombres, habló en voz baja con uno de ellos, y enseguida se llevaron a Mat.

Egwene abrió la boca para decir que necesitaba asistencia inmediata, pero, ante la rápida y furiosa mirada que le asestó Verin, volvió a cerrarla. Nynaeve se daba unos tirones tan violentos a la trenza que poco le faltaba para arrancársela.

—Supongo —dijo Verin— que a estas alturas toda la Torre está al corriente de nuestro regreso.

—Los que no lo están —repuso Sheriam— no tardarán en enterarse. Las idas y venidas se han convertido en el tema más importante de conversación y habladuría. Incluso más que los sucesos de Falme y la guerra de Cairhien. ¿Os proponíais mantenerlo en secreto?

—Debo ver a la Amyrlin —declaró Verin, tomando el saco de cuero con los dos brazos—. De inmediato.

—¿Y qué hago con estas tres?

Verin observó con el entrecejo fruncido a Egwene y sus amigas.

—Deben mantenerse estrechamente vigiladas hasta que la Amyrlin quiera verlas. Suponiendo que quiera verlas. Creo que sus propias habitaciones servirán. No hay necesidad de aislarlas en celdas. Ni una palabra a nadie.

Pese a que aún se dirigía a Sheriam, Egwene captó en sus últimas palabras una especie de recordatorio para ella y las demás. Nynaeve miraba ceñuda y se tiraba de la trenza como si descargara en ella sus deseos de asestar un puñetazo contra algo. Elayne tenía los azules ojos muy abiertos y la cara aún más pálida de lo habitual. Egwene no estaba segura de cuáles eran las emociones que compartía con ellas, rabia, temor o preocupación, pero sabía que alguna de las tres la desasosegaba.

Asestando una última mirada escrutadora a sus tres compañeras de viaje, Verin se marchó a toda prisa, apretando el saco contra el pecho y con la capa revoloteando tras ella. Sheriam apoyó los puños en las caderas y examinó a Egwene y sus amigas. Por un momento Egwene sintió un cierto alivio en su tensión. La Maestra de las Novicias siempre mantenía el ánimo templado y un compasivo sentido del humor incluso cuando estaba castigando con trabajos suplementarios a alguien por haber violado las normas. Cuando tomó la palabra, sin embargo, lo hizo con tono severo.

—Ni una palabra, ha dicho Verin Sedai, y así será. Si una de vosotras se atreve a hablar, salvo para responder a una Aes Sedai, claro está, haré que deseéis no recibir más sanción que unos latigazos y unas cuantas horas de fregar suelos. ¿Entendido?

—Sí, Aes Sedai —contestó Egwene, y oyó cómo las otras decían lo mismo, aun

cuando Nynaeve pronunciara las palabras con tono de desafío.

Sheriam emitió un gutural sonido de disgusto, muy parecido a un gruñido.

—En comparación con antaño, son mucho menos numerosas las muchachas que acuden a la Torre para ser entrenadas, pero siguen viniendo. La mayoría de ellas se van sin haber aprendido a percibir la Fuente Verdadera, y mucho menos a tocarla. Unas cuantas aprenden lo necesario para no autolastimarse antes de marcharse. Son un reducido grupo las elegidas que pueden aspirar a acceder al grado de Aceptadas, y aún más escasas las que optarán por llevar el chal. Es una vida dura, una disciplina férrea y, no obstante, cada novicia lucha por resistir, por obtener el anillo y el chal. Incluso cuando tienen tanto miedo que cada noche se duermen anegadas en llanto, se esfuerzan por resistir. Y vosotras tres, que tenéis más habilidad innata de la que esperaba ver en toda mi vida, os marchasteis de la Torre sin permiso, os escapasteis sin ni siquiera disponer de una mínima instrucción, como niñas irresponsables, y prolongasteis vuestra ausencia durante meses. Y ahora regresáis como si nada hubiera pasado, como si pudierais reanudar vuestras lecciones al día siguiente. —Exhaló largamente, como si de lo contrario fuera a estallar—. ¡Faolain!

Las tres Aceptadas se sobresaltaron como si las hubieran sorprendido escuchando a escondidas y una de ellas, una mujer morena de pelo rizado, dio unos pasos al frente. Todas eran jóvenes, pero mayores que Nynaeve. La rápida Aceptación de Nynaeve había sido algo extraordinario. En condiciones normales, una novicia tardaba años en hacerse acreedora del anillo con la Gran Serpiente que llevaban, y tardaría varios años más en comenzar a abrigar esperanzas de ser ascendida a la condición de Aes Sedai.

—Llevadlas a sus habitaciones —ordenó Sheriam—, y que no salgan de allí. Pueden tomar pan, caldo frío y agua hasta que la Amyrlin especifique lo contrario. Y, si una de ellas pronuncia una sola palabra, podéis llevarla a las cocinas y ponerla a fregar cacharros. —Giró sobre sí y se alejó con paso altivo, expresando enojo incluso de espaldas.

Faolain miró a Egwene y sus amigas con aire casi esperanzado, en especial a Nynaeve, cuyo rostro era la viva representación de la furia. La redonda cara de Faolain dejaba a las claras que no sentía el más mínimo aprecio por quienes violaban las normas de manera tan extravagante, y menos por alguien como Nynaeve, una espontánea que había canalizado el Poder antes de haber entrado siquiera en Tar Valon. Cuando fue evidente que Nynaeve estaba decidida a no dar rienda suelta a su enojo, Faolain se encogió de hombros.

—Cuando la Amyrlin os mande llamar, os neutralizarán seguramente.

—Déjalo ya, Faolain —la disuadió otra de las Aceptadas. Era la mayor y tenía el cuello largo, la piel cobriza y movimientos gráciles—. Yo me ocuparé de ti —le dijo a Nynaeve—. Me llamo Theodrin y, como tú, soy una espontánea. Vigilaré que

cumplas las órdenes de Sheriam Sedai, pero no te hostigaré. Ven.

Nynaeve dirigió una preocupada mirada a Egwene y Elayne, suspiró y dejó que Theodrin se la llevara.

—Espontáneas —murmuró Faolain, como si profiriera una maldición. Luego se encaró a Egwene.

La tercera Aceptada, una hermosa joven de sonrosadas mejillas, se situó al lado de Elayne. Tenía los labios curvados como si tuviera ganas de sonreír, pero la severa mirada que dedicó a Elayne la advirtió de que no consentiría ninguna insensatez.

Egwene sostuvo la mirada de Faolain con toda la calma que pudo reunir y, así lo esperaba, con algunas dosis de la altanera y desdeñosa actitud que Elayne había adoptado. «El Ajah Rojo —pensó—. Ésta elegirá sin duda el Ajah Rojo.» Era difícil, sin embargo, desentenderse de sus propios problemas. «Luz, ¿qué van a hacernos?» Se refería a las Aes Sedai, a la Torre, y no a aquellas mujeres.

—Vamos pues —espetó Faolain—. Ya tengo suficiente con tener que montar guardia en tu puerta sin que nos pasemos todo el día plantadas aquí. En marcha.

Respirando hondo, Egwene tomó la mano de Elayne y siguió a las dos Aceptadas. «Luz, haz que ya estén curando a Mat.»

12



La Sede Amyrlin

Siuan Sanche se paseaba por su estudio y de tanto en tanto se detenía para dedicar una ojeada, con la misma mirada de ojos azules que había hecho tartamudear a más de un soberano, a una caja de madera negra labrada situada en la larga mesa que ocupaba el centro de la habitación. Confiaba en que no habría de usar ninguno de los documentos tan cuidadosamente redactados que guardaba en su interior. Los había preparado y sellado en secreto, de su propia mano, para cubrir una decena de eventualidades. Había dispuesto salvaguardas en la caja de madera a fin de que, si cualquier mano que no fuera la suya la abría, su contenido se convirtiera en cenizas en un instante; probablemente la propia caja ardería también.

—Y quemaría al pájaro pescador, quienquiera que sea, de modo que nunca olvide la lección, así lo espero —murmuró.

Por centésima vez desde que le habían comunicado el regreso de Verin, se volvió a arreglar la estola sobre los hombros sin tener conciencia de ello. La ancha tira de tela rayada en la que estaban representados los colores de los siete Ajahs le coleaba hasta más abajo de la cintura. La Sede Amyrlin pertenecía a todos los Ajahs y a ninguno, y el hecho de que antes de ascender al cargo hubiera elegido uno en concreto carecía de importancia.

Ocupada antes de ella por varias generaciones de mujeres que habían vestido la estola, aquélla era una estancia lujosa. La alta chimenea y el ancho y frío hogar eran de dorado mármol esculpido de Kandor, y las baldosas del suelo talladas en forma de diamante, de piedra roja pulida procedente de las Montañas de la Niebla. Las paredes estaban revestidas con paneles de una pálida madera veteada, dura como el hierro y modelada con representaciones de fantásticas bestias y pájaros de increíble plumaje, traída por los Marinos de las tierras situadas más allá del Yermo de Aiel con anterioridad al nacimiento de Artur Hawkwing. Unos elevados ventanales en forma de arco, ahora abiertos para dejar entrar los olores de las tempranas plantas, daban a un balcón desde el que se dominaba su pequeño jardín privado, en el cual raras veces

disponía de tiempo para pasear.

Toda aquella ostentación formaba un marcado contraste con el mobiliario que Siuan Sanche había instalado en la habitación. La mesa y la recia silla situada detrás de ella, si bien pulidas por el tiempo y la cera de abeja, carecían de todo ornamento, al igual que la única otra silla que había allí, la cual se hallaba algo apartada del centro, pero lo bastante cerca como para poder correrla si deseaba que un visitante tomara asiento en ella. Una pequeña alfombra teariana, tejida con sencillos motivos en azul, marrón y dorado, reposaba delante de la mesa. Encima de la chimenea colgaba el único cuadro presente en toda la habitación, un dibujo que representaba pequeños botes pesqueros navegando entre juncos. Media docena de atriles sostenían libros abiertos. Y eso era todo. Incluso las lámparas no habrían desentonado en la casa de un campesino.

Siuan Sanche había nacido pobre, en Tear, y habría trabajado en el bote de pesca de su padre, una embarcación idéntica a las plasmadas en el dibujo, en el delta llamado los Dedos del Dragón, antes de que llegara siquiera a soñar en ir a Tar Valon. Ni los casi diez años transcurridos desde su ascensión a la Sede habían conseguido que se encontrara cómoda entre un lujo excesivo. Su dormitorio era aún más austero.

«Diez años con la estola —pensó—. Casi veinte desde que decidí surcar estas peligrosas aguas. Y, si ahora naufrago, añoraré el tiempo en que me dedicaba a lanzar redes al mar.»

Se giró al percibir un sonido. Otra Aes Sedai había entrado en la estancia, una mujer de piel cobriza y pelo oscuro corto. La Amyrlin recobró a tiempo la compostura para imprimir un tono impasible a la voz y decir únicamente lo que esperaba de ella.

—¿Sí, Leane?

La Guardiana de las Crónicas realizó una reverencia, tan profunda como si se hubieran hallado en presencia de testigos. La alta Aes Sedai, de estatura equiparable a la mayoría de los varones, ocupaba una posición en la Torre Blanca sólo inferior a la de la Amyrlin, y, aun cuando Siuan la conocía desde el tiempo en que ambas eran novicias, a veces la insistencia de Leane en comportarse con toda la ceremonia que exigía la dignidad de la Sede Amyrlin ponía a ésta al borde de un ataque de nervios.

—Verin está aquí, madre, y solicita hablar con vos. Ya le he dicho que estabais ocupada, pero pide…

—No tanto como para no atenderla —manifestó Siuan. Sabía que había respondido con demasiada celeridad, pero no le importó—. Hacedla pasar. No es preciso que os quedéis, Leane. Hablaré con ella a solas.

Un ligero arqueamiento de cejas fue la única muestra de sorpresa ofrecida por la Guardiana. La Amyrlin raras veces se entrevistaba con alguien, ni siquiera con una reina, sin que la Guardiana estuviera presente. Pero la Amyrlin era la Amyrlin. Leane

se marchó dedicándole una nueva reverencia y en cuestión de momentos Verin retomó su lugar, arrodillándose para besar el anillo con la Gran Serpiente que lucía Siuan en un dedo. La hermana Marrón llevaba una abultada bolsa de cuero bajo el brazo.

—Gracias por concederme el favor de veros —dijo Verin al erguirse—. Traigo urgentes noticias que comunicaros acerca de lo sucedido en Falme. Y otras no menos importantes. Apenas sé por dónde empezar.

—Comenzad por donde queráis —indicó Siuan—. Estas habitaciones están salvaguardadas, en previsión de que a alguien se le ocurra utilizar trucos de la infancia para escuchar. —Verin puso cara de sorpresa, y la Amyrlin añadió—: Son muchas las cosas que han cambiado desde vuestra marcha. Hablad.

—La más destacable es que Rand al'Thor se ha proclamado como el Dragón Renacido.

—Confiaba en que fuera él —comentó quedamente Siuan, sintiendo un alivio en la presión de su pecho—. Recibí informes de mujeres que sólo podían contar lo que habían oído, y se me han comunicado los múltiples rumores que llegan con cada barco mercante y con cada carromato de mercader, pero no tenía ninguna garantía. —Aspiró profundamente—. Sin embargo, creo poder precisar el día en que ello ocurrió. ¿Sabíais que los dos falsos Dragones ya no causan agitación en el mundo?

—No estaba enterada, madre. Es una buena noticia.

—Sí. Mazrim Taim se encuentra en manos de nuestras hermanas en Saldaea, y el pobre desgraciado de Haddon Mirk, la Luz se apiade de su alma, fue apresado por los tearianos y ejecutado en el acto. Por lo visto nadie sabe cómo se llamaba. Los dos fueron capturados el mismo día y, según los rumores, en las mismas circunstancias. Estaban peleando en una batalla en la que llevaban las de ganar, cuando de improviso en el cielo se produjo un intenso fogonazo de luz y, por un instante, apareció una visión en él. Circula una decena de versiones diferentes acerca de lo que era, pero en ambos casos el resultado fue exactamente el mismo: el caballo del falso Dragón se encabritó y lo desarzonó. Quedó inconsciente al caer, sus seguidores lo dieron por muerto y huyeron del campo, y a él lo hicieron preso. Algunos de mis informes hablan de que en el cielo de Falme también se vieron prodigios. Apostaría un marco de oro contra una perca de tan sólo una semana a que fue en el instante en que Rand al'Thor se autoproclamó.

—El verdadero Dragón ha renacido —dijo Verin casi para sí—, de manera que en el Entramado ya no cabe ningún falso Dragón. Hemos dejado suelto al Dragón Renacido en el mundo. La Luz tenga conmiseración por nosotras.

—Hemos hecho lo que debíamos —aseguró la Amyrlin, sacudiendo la cabeza con irritación. «Y, si se entera de ello incluso la más nueva de las novicias, me neutralizarán antes de que vuelva a salir el sol, si no me han despedazado antes. A mí,

a Moraine y a Verin, y posiblemente a cualquiera que consideren amiga nuestra, también.» No era fácil llevar a término una conspiración de tal envergadura de la que sólo tenían conocimiento tres mujeres, cuando incluso una amiga podía traicionarlas y creer que había cumplido con su deber. «Luz, ojalá estuviera segura de que no obrarían correctamente haciéndolo»—. Al menos se encuentra a salvo en compañía de Moraine. Ella lo guiará y hará lo que es preciso hacer. ¿Qué más tenéis que comunicarme, hija?

Por toda respuesta, Verin depositó el saco de cuero en la mesa y extrajo de él un curvado cuerno dorado con una inscripción incrustada en plata en torno a la embocadura. Después miró a la Amyrlin con plácida expectación.

Siuan no tenía necesidad de hallarse lo bastante cerca para leer la leyenda a fin de saber lo que decía: *Tia mi aven Moridin isainde vadin*. «La tumba no constituye una frontera a mi llamada.»

—¿El Cuerno de Valere? —musitó—. ¿Lo habéis traído cruzando cientos de leguas hasta aquí, cuando los cazadores están buscándolo por todas partes? Luz, mujer, deberías haberlo dejado junto a Rand al'Thor.

—Lo sé, madre —contestó tranquilamente Verin—, pero los cazadores esperan encontrar el Cuerno en algo que incluya una gran aventura, y no en un saco que llevan cuatro mujeres que escoltan a un joven enfermo. Además, a Rand no le serviría de nada tenerlo.

—¿Qué queréis decir? Él ha de librar el Tarmon Gai'don. El Cuerno debe despertar a los héroes muertos en sus tumbas para luchar en la Última Batalla. ¿Acaso Moraine ha vuelto a trazar planes sin consultarme?

—Esto no tiene nada que ver con Moraine, madre. Nosotros planeamos, pero la Rueda teje el Entramado según sus designios. Rand no fue el primero en hacer sonar el Cuerno. Fue Matrim Cauthon. Y ahora Mat se encuentra postrado abajo, agonizando a causa del contacto con la daga de Shadar Logoth, y morirá a menos que consigamos curarlo aquí.

Siuan se estremeció al oír mencionar Shadar Logoth, la ciudad muerta tan contaminada que hasta los trollocs temían entrar en ella, y con razón. Por azar, una daga proveniente de ese lugar había llegado a las manos del joven Mat y lo había infectado con la malignidad que había asolado la ciudad tanto tiempo atrás. Y ahora estaba a las puertas de la muerte. «¿Ha sido un azar? ¿O ha sido obra del Entramado? En fin de cuentas, él también es ta'veren. Pero… fue Mat quien hizo sonar el Cuerno. De lo que se desprende…»

—Mientras siga con vida —prosiguió Verin—, el Cuerno es un mero cuerno para cualquier otra persona. Si perece, otro hombre podría soplar en él, por supuesto, y forjar un nuevo vínculo con el Cuerno. —Su mirada no reflejó la más mínima alteración o turbación por lo que parecía estar sugiriendo.

—Serán muchos los que mueran antes de que todo concluya, hija. —«¿Y qué otro me iría bien para hacerlo sonar de nuevo? Ahora no voy a asumir el riesgo de devolvérselo a Moraine. Uno de los Gaidin, tal vez. Tal vez»—. El Entramado aún debe mostrar claramente su destino.

—Sí, madre. ¿Y el Cuerno?

—Por el momento —respondió al cabo la Amyrlin—, buscaremos un sitio donde esconderlo del que nadie salvo nosotras dos tenga conocimiento. Después reflexionaré acerca de lo que vamos a hacer.

—Como vos digáis, madre —asintió Verin—. Seguramente el paso de unas horas favorecerá vuestra decisión.

—¿Es esto todo cuanto habíais de comunicarme? —espetó Siuan—. Si es así, ahora debo ocuparme de esas tres fugitivas.

—Está la cuestión de los seanchan, madre.

—¿Qué pasa con los seanchan? Todos mis informes aseguran que han huido atravesando el océano hacia donde quiera que fuera su lugar de procedencia.

—Eso parece, madre. Pero me temo que tengamos que volver a habérnoslas con ellos. —Verin sacó un librito encuadernado con cuero de debajo del cinturón y comenzó a hojearlo—. Se autodenominaban los Precursores o Los que Llegan Antes y hablaban del Retorno y de reclamar esta tierra como suya. He tomado notas sobre todo cuanto he oído decir de ellos. Sólo de labios de quienes los habían visto realmente, desde luego, o que habían tenido trato con ellos.

—Verin, estáis preocupándoos por una escorpina salida del Mar de las Tormentas, cuando aquí y ahora los cazones están destrozándonos a dentelladas las redes.

—Una acertada metáfora, madre, la del cazón —aprobó la hermana Marrón, sin dejar de pasar las páginas de su libro—. En una ocasión vi un gran tiburón que un cazón había perseguido hasta los bajíos, donde murió. —Dio un golpecito a una página con el dedo—. Sí, esto es lo peor. Madre, los seanchan utilizan el Poder Único en las batallas. Lo usan como arma.

Siuan entrelazó con fuerza las manos a la altura de la cintura. Los informes que habían traído las palomas también mencionaban ese detalle. En su mayoría no procedían de testigos presenciales, pero algunas mujeres habían afirmado haberlo visto con sus propios ojos. El Poder utilizado como arma. Incluso en la seca tinta impresa en el papel habían dejado patente un asomo de crisis nerviosa al escribir sobre ello.

—Este asunto ya nos está causando problemas, Verin, y nos acarreará más cuando se divulguen las habladurías y se magnifiquen al correr de boca en boca. Pero yo no puedo hacer nada al respecto. Me han dicho que esa gente se ha ido, hija. ¿Tenéis pruebas de que ello no sea cierto?

—Bien, no, madre, pero…

—Hasta que las tengáis, nos concentraremos en sacar los cazones de nuestras redes antes de que comiencen a morder también el bote.

Verin cerró con desgana el libro de notas y volvió a guardarlo bajo el cinturón.

—Como queráis, madre. Si me permitís preguntarlo, ¿qué os proponéis hacerles a Nynaeve y las otras dos muchachas?

La Amyrlin titubeó, reflexionando.

—Antes de que acabe con ellas, desearán tener la posibilidad de llegar hasta el río y venderse a sí mismas como carnaza para pescadores. —Era la pura verdad, pero podía interpretarse de múltiples maneras—. Ahora sentaos y contadme todo lo que han dicho y hecho esas tres jóvenes durante el tiempo que han pasado con vos. Todo.

13



Castigos

Tendida en su estrecha cama, Egwene miraba, ceñuda, las cambiantes sombras que proyectaba en el techo la luz de la lámpara, tratando de idear algún plan de acción, o precisar qué podía depararle el futuro inmediato. No logró nada. Las sombras tenían una forma más definida que sus pensamientos. A duras penas conseguía ni siquiera preocuparse por Mat y, pese a ello, la vergüenza que experimentaba por tal motivo era pequeña, quedaba aplastada por las paredes que la rodeaban.

La suya era una habitación severa y carente de ventanas, al igual que todas las del ala de las novicias, y formaba un reducido cubo pintado de blanco, con clavos en una pared para colgar sus pertenencias, la cama adosada a una segunda y un exiguo estante en una tercera, donde en otra época había guardado los pocos libros que tomaba prestados en la biblioteca. Un aguamanil y un taburete de tres patas completaban el mobiliario. Las planchas del suelo estaban casi blancas de tanto fregarlas. Ella había realizado ese trabajo, a gachas, cada uno de los días que había vivido allí, además del resto de las obligaciones y clases que le correspondían. Las novicias vivían austeramente, tanto si eran hijas de posaderos como herederas del trono de Andor.

Volvía a llevar el sencillo vestido blanco de las novicias, y hasta el cinturón y la bolsa prendida a él eran blancos, pero no sentía alegría alguna por haberse librado por fin del detestado color gris. Su dormitorio se parecía demasiado a la celda de una prisión. «¿Y si pretenden mantenerme encerrada aquí, en esta habitación? ¿Como una correa y…?»

Lanzó una ojeada a la puerta al otro lado de la cual sabía que montaba guardia la antipática Aceptada, y se pegó a la pared encalada de blanco. Justo encima del colchón había un pequeño agujero, casi invisible a menos que uno supiera dónde buscarlo, que alguna novicia había horadado hacía tiempo para comunicarse con la ocupante de la habitación de al lado.

—Elayne… —llamó en susurros Egwene. No recibió contestación—. Elayne, ¿estás dormida?

—¿Cómo iba a dormir? —repuso con voz aflautada Elayne a través del orificio —. Sabía que tendríamos alguna complicación, pero no me esperaba esto. Egwene, ¿qué van a hacernos?

Egwene no tenía respuesta a aquella pregunta, y sus temores eran demasiado sombríos para formularlos de viva voz. Ni siquiera quería pensar en ellos.

—Pensaba que nos tratarían como heroínas, Elayne. Hemos traído sin percance el Cuerno de Valere. Hemos descubierto que Liandrin es del Ajah Negro. —Le falló la voz al pronunciar lo último. Las Aes Sedai siempre negaban la existencia del Ajah Negro, un Ajah que servía al Oscuro, y era bien sabido el enojo que les producía la simple insinuación de que fuera algo real. «Pero nosotras sabemos que es real»—. Deberían tratarnos como heroínas, Elayne.

—«No se vive de lo que debería ser, sino de lo que es» —citó Elayne—. Luz, cómo aborrecía que mi madre me dijera eso, pero es verdad. Verin ha dicho que no debemos hablar del Cuerno ni de Liandrin a nadie excepto a ella y la Sede Amyrlin. No creo que nada de esto evolucione como preveíamos. No es justo. Hemos pasado muchas penalidades, sobre todo tú. No hay derecho.

—Verin dice, Moraine dice… Ahora comprendo por qué la gente considera a las Aes Sedai como marionetistas. Casi siento las cuerdas atadas a mis brazos y piernas. Hagan lo que hagan, será lo que consideren como más beneficioso para la Torre Blanca, sin tener en cuenta si es justo para nosotras.

—Pero tú todavía quieres ser una Aes Sedai, ¿verdad?

—Sí —respondió Egwene tras un momento de vacilación, aun cuando en ningún momento le cupiera duda de cuál sería la respuesta—. Sigo queriéndolo. Es la única manera como llegaremos a ser libres algún día. Pero te diré una cosa: no pienso permitir que me neutralicen. —Aquélla era una idea nueva, que expresó tan pronto hubo tomado forma en su cerebro, pero que reconoció como propia sin paliativos. «¿Renunciar a entrar en contacto con la Fuente Verdadera?» Incluso entonces sentía su relumbre, su resplandor justo en los límites de su visión y tenía que resistir el deseo de alargar la mano hacia ella. «¿Renunciar a quedar henchida de Poder Único, a sentirme más viva de lo que nunca me había sentido? ¡Nunca!»—. No me prestaré a ello sin luchar.

En el otro lado de la pared, Elayne guardó un prolongado silencio.

—¿Cómo podrías impedirlo? Puede que ahora ya seas tan fuerte como cualquiera de ellas, pero ninguna de nosotras tiene los conocimientos suficientes para evitar que una Aes Sedai nos rodee de una coraza impenetrable para la Fuente, y aquí hay decenas de ellas.

—Podría huir —dijo finalmente Egwene, tras unos instantes de reflexión—. Huir

de veras, esta vez.

—Irían tras de ti, Egwene. Estoy segura de que lo harían. Una vez que tienen constancia de la capacidad de alguien, no la dejan marchar hasta que haya aprendido lo suficiente como para no provocarse la muerte a sí misma. O simplemente morir a causa del Poder.

—Ya no soy una ignorante pueblerina. He visto mundo y puedo zafarme de las Aes Sedai si me lo propongo.

Intentaba convencerse a sí misma tanto como a Elayne. «¿Y si no sé lo bastante todavía?, ¿lo bastante acerca del mundo y acerca del Poder? ¿Y si el simple hecho de canalizar es aún capaz de acarrearme la muerte?» Se negó a pensar en ello. «Da igual lo que me quede por aprender. No dejaré que me lo impidan.»

—Tal vez mi madre nos protegería —apuntó Elayne—, en caso de que lo que ha dicho ese Capa Blanca sea verdad. Nunca pensé que desearía que fuera cierto algo así. Pero, si no lo es, es muy probable que madre nos volviera a enviar encadenadas aquí. ¿Me enseñarás cómo vivir en un pueblo?

—¿Vendrás conmigo? —Egwene miró, pestañeando, la pared—. Si llegara el caso, me refiero.

Siguió otro largo silencio y luego un débil susurro.

—No quiero que me neutralicen, Egwene. No quiero. ¡No lo voy a consentir!

La puerta se abrió de par en par y golpeó contra la pared; Egwene se incorporó con sobresalto. También oyó otro portazo al otro lado de la pared. Faolain entró en la habitación de Egwene y sonrió al posar los ojos en el pequeño orificio. La mayoría de los dormitorios de las novicias estaban conectados por agujeros similares; cualquier mujer que hubiera sido novicia sabía de su existencia.

—Cuchicheando con tu amiga, ¿eh? —dijo con sorprendente tono de complicidad la Aceptada de pelo rizado—. Ya se sabe, una se siente sola, esperando aquí. ¿Habéis mantenido una agradable conversación?

Egwene abrió la boca y luego se apresuró a cerrarla. Sheriam Sedai había especificado que podía responder a una Aes Sedai, y a nadie más. Miró a la Aceptada con semblante impasible y aguardó.

La falsa simpatía se desvaneció del rostro de Faolain como el agua caída sobre un tejado inclinado.

—De pie. La Amyrlin no debe perder ni un minuto esperando a alguien de tu calaña. Tienes suerte de que no entrara a tiempo para oírte. ¡Muévete!

Aunque se daba por supuesto que las novicias debían obedecer tan prestamente a las Aceptadas como a las Aes Sedai, Egwene se puso lentamente en pie y se tomó su tiempo para alisarse el vestido. Después dedicó a Faolain una ligera reverencia y un esbozo de sonrisa. La airada expresión que ensombreció el rostro de la Aceptada le hizo ensanchar la sonrisa antes de que se acordara de reprimirla; no era prudente

provocarla en exceso. Con el cuerpo erguido y disimulando el temblor de sus piernas, salió de la habitación seguida de la Aceptada.

Elayne ya esperaba afuera con la Aceptada de sonrosadas mejillas, expresando su implacable determinación de obrar con valentía. De algún modo, lograba dar la impresión de que la Aceptada era una criada que le sostenía los guantes. Egwene hizo votos para que su representación fuera tan lograda como la de su amiga.

Las galerías a las que daban los cuartos de las novicias se reproducían unas sobre otras, formando una hueca columna hasta el Patio de las Novicias. No se veía a ninguna mujer por allí. Incluso si todas las novicias de la Torre se hubieran encontrado en esas dependencias, sólo habrían ocupado menos de una cuarta parte de las habitaciones. Las cuatro se fueron caminando por los solitarios balcones y bajando las rampas en silencio; ninguna de ellas habría soportado el énfasis del vacío que habría provocado el sonido de sus voces.

Egwene no había visitado nunca la parte de la Torre donde estaban ubicados los aposentos de la Amyrlin. Los pasillos eran tan anchos que un carro no habría tenido dificultad para transitarlos, y su altura era aún superior. En los muros pendían tapices de innumerables estilos, que representaban diseños florales y escenas campestres, hazañas heroicas e intrincados diseños, algunos de ellos tan antiguos que parecía que iban a romperse ante el más mínimo contacto. Sus pasos resonaban con fuerza sobre las baldosas cinceladas en forma de diamante que repetían los colores de los siete Ajahs.

A lo largo de su recorrido vieron pocas mujeres: una Aes Sedai de tanto en tanto, avanzando majestuosamente sin tiempo para fijarse en novicias ni Aceptadas; cinco o seis Aceptadas que se dirigían dándose aires de grandeza a atender sus tareas o estudios; unas cuantas criadas cargadas con bandejas, fregonas o fajos de sábanas o toallas; unas pocas novicias que cumplían los recados con más celeridad que las sirvientas.

Nynaeve y su acompañante de esbelto cuello, Theodrin, se reunieron con ellas. Ninguna de ellas dijo ni una palabra. Nynaeve, que llevaba un vestido blanco de Aceptada, con las cenefas de colores en el borde, pero conservaba su propio cinturón y bolso, dedicó a Egwene y Elayne una sonrisa de ánimo y un abrazo. Egwene sentía tanto alivio por ver una cara amiga que le devolvió el abrazo sin apenas reparar en que Nynaeve se comportaba como si estuviera consolando a unas niñas. Mientras seguían caminando, no obstante, Nynaeve se propinaba de tanto en tanto un violento tirón de trenza.

Eran muy pocos los hombres que acudían a esa parte de la Torre, y Egwene vio sólo dos: Guardianes que andaban conversando, uno con la espada en la cadera y el otro colgada a la espalda. Uno era bajo y delgado, casi flaco, y el otro extraordinariamente corpulento, pero ambos se movían con una gracia que auguraba

peligro. La visión de las capas de cambiantes colores propias de los Guardianes, bajo las cuales parte de su cuerpo parecía a veces confundirse con las paredes, producía una sensación casi de mareo. Advirtió que Nynaeve los miraba y sacudió la cabeza. «Habrá de hacer algo respecto a Lan. Suponiendo que alguna de nosotras se halle en condiciones de hacer algo antes de que termine el día.»

La antesala del estudio de la Sede Amyrlin era tan majestuosa como la estancia de un palacio, si bien las sillas diseminadas en ella para dar asiento a quienes pudieran esperar eran de una sobria sencillez. Pero Egwene sólo tenía ojos para Leane Sedai. La Guardiana llevaba la estrecha estola característica de su cargo, azul para indicar que procedía del Ajah Azul, y su rostro podría haber sido esculpido a partir de un liso bloque de piedra pardusca. No había nadie más allí.

—¿Os han causado problemas? —En su cortante modo de hablar no se traslucía ni enfado ni compasión.

—No, Aes Sedai —respondieron al unísono Theodrin y la Aceptada de rosadas mejillas.

—A ésta la he tenido que arrastrar cogida del cogote, Aes Sedai —dijo con tono indignado Faolain, señalando a Egwene—. Se resiste como si hubiera olvidado la disciplina de la Torre Blanca.

—Para conducir —declaró Leane— no hay que empujar ni arrastrar. Ve a ver a Marris Sedai, Faolain, y pídele que te permita meditar sobre esto mientras pasas el rastrillo por los senderos del Jardín de Primavera.

Luego despidió a Faolain y las otras dos Aceptadas, las cuales le dedicaron profundas reverencias. Mientras permanecía inclinada, Faolain asestó una furiosa mirada a Egwene.

Sin prestar atención a la partida de las Aceptadas, la Guardiana observó a las mujeres que se habían quedado con ella, con el dedo índice pegado a los labios, hasta que Egwene tuvo la sensación de que las había sopesado y medido, onza a onza y centímetro a centímetro. Los ojos de Nynaeve habían adquirido un peligroso brillo, y su mano aferraba la trenza.

Finalmente Leane dirigió la mano a las puertas del estudio de la Amyrlin, en cada una de cuyas hojas se mordía la cola la Gran Serpiente.

—Entrad —indicó.

Nynaeve se adelantó prontamente y abrió una de las puertas, lo cual bastó para poner a Egwene en movimiento. Elayne le apretó con fuerza la mano y ella se la estrechó con igual ansiedad. Leane entró tras ellas y se situó a mitad de camino entre las tres y la mesa que había en el centro de la habitación.

La Sede Amyrlin estaba sentada detrás, examinando unos papeles, y no levantó la vista. Nynaeve abrió la boca en una ocasión, pero, al advertir la severa mirada de la Guardiana, volvió a cerrarla. Las tres permanecieron en hilera delante de la mesa de

la Amyrlin y aguardaron. Egwene procuraba contener los nervios y no moverse. Transcurrieron largos minutos, que a ellas se les antojaron horas, antes de que la Amyrlin alzara la cabeza; pero, cuando aquellos ojos azules se clavaron alternativamente en ellas, Egwene resolvió que hubiera podido esperar más. La mirada de la Amyrlin era como dos carámbanos que taladraban el corazón. A pesar del frío que reinaba en la habitación, notó que en la espalda comenzaba a bajarle un hilo de sudor.

—¡Vaya! —dijo por fin la Amyrlin—. Nuestras fugitivas están de regreso.

—Nosotras no huimos, madre. —A pesar de su evidente esfuerzo por mantener la calma, la voz de Nynaeve vibraba de emoción. De rabia, identificó Egwene. Detrás de aquella presencia de ánimo se escondía con frecuencia la rabia—. Liandrin nos dijo que fuéramos con ella y… —El sonoro golpe que asestó la Amyrlin en la mesa la atajó.

—¡No invoques aquí el nombre de Liandrin, hija! —espetó la Amyrlin. Leane las observaba con severa serenidad.

—Madre, Liandrin es del Ajah Negro —declaró Elayne.

—Ya lo sabíamos, hija. O, cuando menos, lo sospechábamos, que viene a ser lo mismo. Liandrin se marchó de la Torre hace unos meses, acompañada de otras diez… mujeres. Desde entonces no se ha vuelto a ver a ninguna de ellas. Antes de irse, intentaron forzar la puerta del lugar donde se guardan los *angreal* y *sa'angreal*, y consiguieron entrar en el almacén de los *ter'angreal* de tamaño reducido. Robaron varios de ellos, incluidos algunos cuya utilidad ignoramos.

Nynaeve miró con horror a la Amyrlin, y Elayne se frotó los brazos como si de repente sintiera frío. Egwene sabía que ella temblaba también. Eran muchas las veces que había imaginado que a su regreso se enfrentaría a Liandrin y la desenmascararía, lograría que la condenaran a algún castigo —el problema era que nunca había logrado idear un castigo suficientemente severo que estuviera a la altura de los delitos cometidos por aquella Aes Sedai con cara de muñeca—. Se había figurado incluso que al volver Liandrin ya se había escapado…, las más de las veces aterrorizada por su llegada. Pero jamás había tomado en cuenta la posibilidad de que ocurriera aquello. Si Liandrin y las otras —realmente no había querido creer que había otras— habían robado aquellos vestigios de la Era de Leyenda, no había modo de prever qué podían hacer con ellos. «Gracias a la Luz que no se llevaron ningún *sa'angreal*», pensó. Lo otro ya era motivo sobrado de preocupación.

Al igual que los *angreal*, los *sa'angreal* permitían que una Aes Sedai encauzara más Poder del que podía canalizar por sí sola sin incurrir en peligro, pero eran mucho más poderosos que aquéllos y los ejemplares que quedaban de ellos, más escasos. Los *ter'angreal* eran distintos. Aun cuando no fueran objetos frecuentes, existían en cantidades muy superiores a las de los *angreal* o *sa'angreal* y, en lugar de ayudar a

encauzar el Poder Único, lo utilizaban de un modo independiente. Nadie comprendía del todo su funcionamiento. Muchos de ellos necesitaban de un acto real de canalización de Poder y únicamente producían efectos al ser usados por alguien que tuviera la capacidad de encauzar, mientras que otros cumplían la función que les era propia secundando la voluntad de cualquier persona. En tanto que los *angreal* y *sa'angreal* de los que Egwene había oído hablar eran pequeños, los *ter'angreal* podían ser, al parecer, de todos los tamaños. Todo indicaba que aquellos Aes Sedai de hacía tres mil años los habían creado con cometidos específicos, para realizar una función concreta, y desde entonces muchas Aes Sedai habían perecido tratando de averiguar cuáles eran; cuando no habían perdido la habilidad para encauzar. Había hermanas del Ajah Marrón que habían hecho de los *ter'angreal* el objeto de estudio de toda su vida.

Algunos estaban en activo, aunque seguramente no dedicados a los objetivos para los que habían sido ideados. La recia vara que asían las Aceptadas cuando prestaban los Tres Juramentos al acceder a la condición de Aes Sedai era un *ter'angreal*, el cual las sujetaba al cumplimiento de aquellas promesas con tanta efectividad como si quedaran impresas en sus huesos. Otro *ter'angreal* era el marco de la prueba final a que sometían a una novicia antes de promoverla al rango de Aceptada. Había otros, entre los que se contaban muchos que nadie era capaz de hacer funcionar con alguna lógica, y otros muchos no parecían tener ninguna aplicación práctica.

«¿Para qué se llevaron cosas que nadie sabe cómo utilizar? —se extrañó Egwene—. O quizás el Ajah Negro lo sabe.» Aquella posibilidad le puso el corazón en un puño. Era tan terrible como la idea de que un *sa'angreal* cayera en manos de Amigos Siniestros.

—El robo —continuó la Amyrlin con tono tan glacial como sus ojos— fue lo menos reprobable de lo que hicieron. Tres hermanas murieron esa noche, así como dos Guardianes, siete guardias y nueve criados. Asesinatos, cometidos para encubrir su robo y su huida. Puede que ello no pruebe que sean… del Ajah Negro… —las palabras salieron rechinando de su boca—, pero son pocas las que creen lo contrario. Yo tampoco lo creo, a decir verdad. Cuando hay cabezas de peces y sangre en el agua, no es preciso ver a los cazones para saber que rondan por allí.

—¿Entonces por qué nos tratan como si fuéramos criminales? —preguntó Nynaeve—. Fuimos engañadas por una mujer del…, del Ajah Negro. Eso bastaría para descargarnos de cualquier culpa.

—¿Eso es lo que piensas, hija? —contestó la Amyrlin tras lanzar una lúgubre carcajada—. Tal vez vuestra salvación resida en el hecho de que nadie en la Torre salvo Verin, Leane y yo misma sospecha siquiera que tuvisteis algo que ver con Liandrin. Si ello se hiciera público, sin contar la pequeña demostración de fuerza que ofrecisteis a los Capas Blancas… No os sorprendáis; Verin me lo ha contado todo…

Si se supiera que os marchasteis con Liandrin, es muy probable que la Antecámara votara a favor de neutralizaros a las tres sin daros el más mínimo respiro.

—¡Eso no es justo! —protestó Nynaeve. Leane se movió, inquieta, pero Nynaeve prosiguió—: ¡No es justo! ¡No…!

La Amyrlin se puso en pie, y sólo con ello atajó a Nynaeve.

Egwene se felicitó de haber guardado silencio. Siempre había creído que Nynaeve era una persona resuelta y obstinada, tanto como pudiera llegar a serlo cualquier otra. Hasta que conoció a la mujer que llevaba la estola de colores. «Contén tu mal genio, por favor, Nynaeve. Es como si fuéramos niños, recién nacidos, respondiendo ante nuestra madre, y esta madre puede hacernos mucho más daño del que causaría una simple paliza.» Le pareció que las palabras pronunciadas por la Amyrlin le ofrecían una posibilidad de cambiar el derrotero de la conversación, pero no estaba segura de adónde podía conducirlas el nuevo.

—Madre, perdonadme por hablar, pero ¿qué os proponéis hacernos?

—¿Haceros, hija? Me propongo castigaros a ti y a Elayne por salir de la Torre sin permiso, y a Nynaeve por abandonar la ciudad sin permiso. En primer lugar, os llamarán para que vayáis al estudio de Sheriam Sedai, donde le he ordenado que os azote hasta que necesitéis un cojín para sentaros durante toda una semana. Ya he mandado que se anunciara a las novicias y las Aceptadas.

Egwene pestañeó, asombrada. Elayne emitió un gruñido audible, irguió la espalda y murmuró algo entre dientes. Nynaeve fue la única que no pareció inmutarse. Los castigos, ya fueran trabajos suplementarios u otra cosa, siempre eran una cuestión que se mantenía en privado entre la Maestra de las Novicias y la afectada. Éstas solían ser novicias, pero también estaban incluidas las Aceptadas que se habían extralimitado en algo. «Sheriam siempre mantiene la discreción —pensó con tristeza Egwene—. No puede habérselo dicho a todo el mundo. Pero es mejor que permanecer encerradas. Mejor que ser neutralizadas.»

—El anuncio público forma parte del castigo, por supuesto —continuó la Amyrlin, como si hubiera adivinado los pensamientos de Egwene—. También he hecho divulgar que las tres quedáis asignadas a las cocinas, a trabajar con las fregonas, hasta nueva orden. Y he dado a entender que la «nueva orden» podría demorarse durante el resto de vuestras vidas. ¿Tenéis alguna objeción que expresar?

—No, madre —se apresuró a responder Egwene.

Nynaeve aborrecería aún más que ellas fregar cacharros. «Podría ser peor, Nynaeve. Luz, podría ser mucho peor.» Nynaeve había dilatado las aletas de la nariz, pero negó rígidamente con la cabeza.

—¿Y tú, Elayne? —inquirió la Amyrlin—. La heredera del trono de Andor está habituada a recibir un trato más delicado.

—Quiero ser Aes Sedai, madre —manifestó con voz firme Elayne.

La Amyrlin tomó un papel que tenía ante ella y pareció examinarlo por espacio de un momento. Cuando alzó la cabeza, su sonrisa lo era todo menos complaciente.

—Si alguna de vosotras hubiera tenido la insensatez de responder de otro modo, habría añadido algo a vuestra carga que os habría hecho maldecir a vuestra madre por haber permitido que vuestro padre le diera el primer beso. Permitir que os sacaran de la Torre como a chiquillas atolondradas… Ni siquiera un niño habría caído en esa trampa. ¡Os enseñaré a pensar antes de obrar, y si no lo consigo os pondré a buscar resquebrajaduras en las esclusas!

Egwene dio las gracias en silencio y, luego, cuando la Amyrlin volvió a tomar la palabra, notó un hormigueo en la piel.

—Ahora hablemos de las otras medidas que voy a tomar con vosotras. Según parece, habéis incrementado considerablemente vuestra capacidad para canalizar desde que abandonasteis la Torre. Habéis aprendido mucho. ¡Y en ello se incluyen ciertas cosas —agregó mordazmente— que me propongo hacer que olvidéis!

—Sé que hemos hecho… —reconoció, para sorpresa de Egwene, Nynaeve— cosas… que no deberíamos haber hecho, madre. Os aseguro que haremos lo posible por vivir como si ya hubiéramos prestado los Tres Juramentos.

—Poned buen empeño en ello —gruñó la Amyrlin—. Os pondría la Vara Juratoria en las manos esta noche, pero, puesto que está reservada a la ceremonia para nombrar a las Aes Sedai, debo confiar en vuestro buen juicio, suponiendo que lo tengáis, para mantener vuestra integridad. El caso es que tú, Egwene, y tú, Elayne, vais a ser promovidas al rango de Aceptadas.

—Gracias, madre —tartamudeó con estupor Egwene.

Elayne emitió una exclamación, y Leane agitó el cuerpo. Egwene tuvo la impresión de que la Guardiana no acababa de estar conforme con aquella decisión. No estaba sorprendida, pues resultaba evidente que ya lo preveía, pero tampoco complacida.

—No me lo agradezcáis. Vuestras habilidades se han desarrollado demasiado para seguir siendo novicias. Algunas considerarán que no deberíais recibir el anillo después de lo que habéis hecho, pero, al veros hundidas hasta el codo en grasientas ollas, remitirán en sus críticas. Y, para que no se os ocurra a vosotras pensar que es una especie de recompensa, recordad que las primeras semanas como Aceptada están dedicadas a separar el pescado putrefacto del que se halla en buen estado. Vuestro peor día como novicias os parecerá un agradable sueño comparado con el más liviano de los estudios que habréis de atender en el transcurso de las próximas semanas. Sospecho que algunas de las hermanas que tienen a cargo vuestra educación os someterán a pruebas incluso más duras de lo estrictamente necesario, pero no creo que vayáis a quejaros, ¿verdad?

«Puedo aprender —se regocijó Egwene—, elegir los temas de estudio. Puedo

profundizar en la cuestión de los sueños, aprender a…»

La sonrisa de la Amyrlin interrumpió el hilo de sus pensamientos. Aquella sonrisa afirmaba que nada de lo que les hicieran las hermanas sería peor de lo que era necesario, con tal que salieran con vida de ello. En la expresión de Nynaeve se reflejaban por partes iguales una profunda compasión y el horror del recuerdo de las primeras semanas que ella misma había pasado como Aceptada. Tal combinación bastó para hacer que Egwene tragara saliva.

—No, madre —dijo débilmente.

La respuesta de Elayne fue un ronco susurro.

—Entonces queda decidido. A tu madre no le ha complacido en nada tu desaparición, Elayne.

—¿Lo sabe? —preguntó, con un hilo de voz, Elayne.

—Difícilmente podía ocultárselo —respondió, enarcando una ceja la Amyrlin, al tiempo que Leane soltaba un bufido—. De haber llegado tres semanas antes, te habrías encontrado con ella, de lo cual casi puedes felicitarte. Puede que no hubieras salido con vida de una entrevista con ella. Estaba tan furiosa que no paró de decir pestes de ti, de mí y de la Torre Blanca.

—Me la imagino, madre —dijo quedamente Elayne.

—Me parece que no, hija. Puede que tú hayas puesto fin a una tradición iniciada antes de que hubiera un reino de Andor. Una costumbre más vinculante que la mayoría de las leyes. Morgase se negó a llevarse a Elaida con ella. Por primera vez en la historia, la reina de Andor no tiene ninguna consejera Aes Sedai. Exigió tu inmediato regreso a Caemlyn en cuanto fueras localizada. Logré convencerla de que, por tu bien, debías proseguir un tiempo más tu aprendizaje aquí. También estaba dispuesta a interrumpir la formación de tus dos hermanos a cargo de los Guardianes y llevárselos. Ellos mismos la disuadieron, aunque todavía me pregunto cómo.

Elayne parecía ensimismada, tal vez observando en su interior a Morgase en uno de sus más sonados arrebatos de ira.

—Gawyn es mi hermano —dijo con aire ausente—. Galad, no.

—No seas criatura —contestó la Amyrlin—. Puesto que es hijo del mismo padre, Galad es también hermano tuyo, tanto si te gusta como si no. No pienso permitirte más niñerías, muchacha. En una novicia se toleran ciertas dosis de estupidez, pero no en una Aceptada.

—Sí, madre —acató sombríamente Elayne.

—La reina dejó a Sheriam una carta dirigida a ti. Aparte de llenarte de improperios, creo que te comunica su intención de devolverte a casa tan pronto como ello no suponga peligro para ti. Está convencida de que en cuestión de unos meses a lo sumo estarás en condiciones de encauzar sin arriesgar tu vida.

—Pero yo quiero aprender, madre. —La voz de Elayne había recobrado todo su

temple—. Quiero ser una Aes Sedai.

—Más te vale, hija —le advirtió la Amyrlin, con una sonrisa aún más lúgubre que la anterior—, porque no tengo ninguna intención de dejarte a cargo de Morgase. Posees el potencial para ser la más poderosa Aes Sedai que haya existido en el último milenio, y no pienso dejarte marchar hasta que hayas recibido el chal así como el anillo. Ni aunque tuviera que molerte a palos para que lo lograras. No voy a permitir que te vayas. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, madre.

La voz de Elayne traslucía una inquietud que no extrañó a Egwene. Atrapada entre Morgase y la Torre Blanca como una toalla entre dos perros, atrapada entre la reina de Andor y la Sede Amyrlin. Si Egwene había envidiado alguna vez a Elayne por sus riquezas y el trono que un día iba a ocupar, no era precisamente entonces uno de esos momentos.

—Leane —indicó enérgicamente la Amyrlin—, llevad a Elayne al estudio de Sheriam. Todavía tengo que decirles unas cuantas cosas a estas dos. Y no creo que vayan a ser de su agrado.

Egwene cambió una mirada de perplejidad con Nynaeve y, por un momento, la preocupación disolvió la tensión que había entre ambas. «¿Qué tendrá que decirnos a nosotras, y no a Elayne? —se preguntó—. No me importa, mientras no intente impedirme que siga aprendiendo. ¿Pero por qué no a Elayne?»

Elayne puso una mueca de disgusto ante la mención del estudio de la Maestra de las Novicias, pero adoptó un porte resuelto cuando Leane se colocó a su lado.

—Como ordenéis, madre —dijo ceremoniosamente, dedicándole una perfecta reverencia, con la que barrió el suelo con la falda—. Contad con mi obediencia.

Después salió con la cabeza bien erguida en pos de Leane.

14



La mordedura de las espinas

La Amyrlin no tomó la palabra de inmediato; se encaminó a los altos ventanales y dejó vagar la mirada por los jardines, manteniendo las manos firmemente entrelazadas a la espalda. Pasaron varios minutos hasta que comenzó a hablar, todavía dándoles la espalda.

—He impedido que se divulgara la peor parte de lo ocurrido, ¿pero hasta cuándo durará? Los criados no saben nada acerca del robo de los *ter'angreal* e ignoran que Liandrin y las otras que se fueron tuvieran conexión con las muertes. No fue fácil conseguirlo, teniendo en cuenta la rápida propagación de las habladurías. Creen que los responsables de los asesinatos fueron Amigos Siniestros. Y, ciertamente, lo eran. Los rumores de que los Amigos Siniestros entraron en la Torre y cometieron asesinatos se están extendiendo también por la ciudad. Pese a que ello en nada beneficia nuestra reputación, es preferible a la verdad. Al menos nadie de afuera de la Torre, y muy pocas personas de las que viven en ella, sabe que esa noche murieron Aes Sedai. Amigos Siniestros, en la Torre Blanca. ¡Bah! Me he pasado la vida negándolo. No les permitiré seguir aquí. Los pescaré, les quitaré las tripas y los colgaré a secar al sol.

Nynaeve dirigió una mirada de incertidumbre a Egwene, en la que se reflejaba la mitad de la inseguridad que Egwene sentía, y luego inspiró profundamente.

—Madre, ¿vais a infligirnos más castigos?, ¿más de los que ya nos habéis sentenciado a sufrir?

La Amyrlin las miró por encima del hombro, con los ojos indistinguibles en la sombra.

—¿Castigaros más? Según se mire. Algunas dirán que os he hecho un regalo al ascenderos. Ahora sentiréis el verdadero pinchazo de las espinas de esa rosa. —Regresó con paso vivo hasta la silla, se sentó y entonces pareció perder de nuevo toda sensación de apremio. O cobrar incertidumbre.

A Egwene se le puso el corazón en un puño al ver vacilar a la Amyrlin. La Sede

Amyrlin siempre estaba segura, siempre estaba serenamente centrada en su camino. La Amyrlin era la fuerza personificada. El hecho de verla dudar de improviso —como una muchacha que sabía que había de zambullirse de cabeza en un estanque sin tener idea de su profundidad ni de si había rocas o fango en el fondo—, de percibir su oscilación, heló los huesos a Egwene. «¿A qué se refiere con el verdadero pinchazo de las espinas? Luz, ¿qué pretende hacernos?»

Señalando con el dedo una negra caja de madera labrada situada frente a ella en la mesa, la Amyrlin posó los ojos en ella como si mirara algo emplazado más allá.

—Se trata de en quién puedo depositar mi confianza —dijo quedamente—. Debería, cuando menos, poder confiar en Leane y Sheriam. ¿Pero me atrevo a hacerlo? ¿En Verin? —Sus hombros se agitaron, sacudidos por una breve y silenciosa carcajada—. En Verin he depositado secretos de los que dependen cuestiones más graves que mi vida. ¿Pero hasta dónde puedo llegar? —Guardó silencio un momento—. Siempre he creído que podía fiarme de Moraine.

Egwene se movió con inquietud. ¿Cuánto sabía la Amyrlin? Aquél no era el tipo de pregunta que la prudencia aconsejaba formular, y menos a la Sede Amyrlin. «¿Sabéis que un joven de mi pueblo, un hombre con el que pensaba casarme algún día, es el Dragón Renacido? ¿Sabéis que dos de vuestras Aes Sedai están ayudándolo?» Como mínimo, estaba segura de que la Amyrlin no sabía que había soñado con él esa noche, huyendo de Moraine. Creía tener la certeza. Consideró mejor no decir nada.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Nynaeve. La Amyrlin alzó la mirada hacia ella y entonces moderó el tono al agregar—: Perdonadme, madre, pero ¿vais a castigarnos más? No entiendo todo eso de en quién poder confiar, pero, si os interesa mi opinión, Moraine no es de fiar.

—Eso opinas, ¿eh? —replicó la Amyrlin—. ¿Llevas sólo un año fuera de tu pueblo, y piensas que conoces lo bastante el mundo como para decidir qué Aes Sedai es de fiar y cuál no? ¡Un marinero de primera que apenas si ha aprendido a izar una vela!

—No lo decía en serio, madre —la disculpó Egwene, consciente, sin embargo, de que Nynaeve estaba absolutamente convencida de la veracidad de su afirmación.

Dirigió una mirada de advertencia a Nynaeve. Ésta dio un violento tirón a la trenza, pero se mantuvo callada.

—Bien, ¿quién puede estar seguro? —musitó la Amyrlin—. La confianza es a veces tan escurridiza como un cesto de angulas. La cuestión es que, aun siendo finos juncos, vosotras dos sois los elementos con quienes puedo contar.

—¿Finos juncos, madre? —inquirió Nynaeve, comprimiendo la mandíbula, pero controlando la voz.

—Liandrin trató de meteros de cabeza en una encañizada —continuó, sin

prestarle atención, la Amyrlin—, y no me extrañaría que se hubiera marchado porque se enteró de vuestro regreso y temiera que la desenmascararais, de modo que debo creer que vosotras no sois… del Ajah Negro. Preferiría comer escamas y entrañas —murmuró—, pero supongo que habré de acostumbrarme a pronunciar en voz alta ese nombre.

Egwene se quedó boquiabierta de estupor —«¿Del Ajah Negro? ¿Nosotras? ¡Luz!»—, pero Nynaeve no perdió tiempo para replicar:

—¡Por supuesto que no lo somos! ¿Cómo osáis decir algo así? ¿Cómo osáis insinuarlo siquiera?

—¡Adelante, hija, si dudas de mí! —la retó con dureza la Amyrlin—. Puede que en ocasiones dispongas del poder de una Aes Sedai, pero todavía no lo eres, ni de lejos. ¿Y bien? Habla, si tienes algo más que decir. ¡Te prometo que después habrás de suplicarme perdón! ¿«Fino junco»? ¡Te partiré como a una caña! Se me ha acabado la paciencia.

Nynaeve movió los labios, pero al fin se estremeció y aspiró a pleno pulmón para calmarse. Cuando tomó de nuevo la palabra su voz conservaba cierta mordacidad, pero ésta era casi imperceptible.

—Perdonadme, madre. Pero no habéis debido… Nosotras no somos… Nunca haríamos una cosa así.

Con una apretada sonrisa, la Amyrlin volvió a apoyar la espalda en la silla.

—De modo que eres capaz de controlar tu genio cuando quieres. Debía cerciorarme de ello. —Egwene se preguntó hasta qué punto aquello había sido una prueba; en los ojos de la Amyrlin había una tensión que no contradecía su advertencia de que estaba a punto de perder la paciencia—. Ojalá hubiera encontrado la manera de elevarte a la condición de portadora de chal, hija. Verin dice que ya eres tan fuerte como cualquier mujer de la Torre.

—¡El chal! —exclamó Nynaeve—. ¿Aes Sedai? ¿Yo?

La Amyrlin hizo un gesto como si arrojara algo, algo que, no obstante, lamentaba perder.

—De nada sirve desear lo que no puede ser. Difícilmente podría ascenderte a hermana de pleno derecho y al mismo tiempo mandarte a limpiar cacharros. Y Verin también me ha informado de que sigues sin poder encauzar conscientemente a menos que estés furiosa. Estaba dispuesta a cortar de cuajo tu conexión con la Fuente Verdadera si hubieras hecho tan sólo ademán de abrazar el *Saidar*. Los exámenes finales para acceder al chal requieren que se encauce manteniendo la calma más absoluta en circunstancias de extrema presión. Ni siquiera yo podría, ni querría, eliminar tal requisito.

Nynaeve miraba, estupefacta y boquiabierta, a la Amyrlin.

—No lo comprendo, madre —confesó Egwene al cabo de un momento.

—Sí, supongo que no. Vosotras dos sois las únicas mujeres de la Torre de las que estoy absolutamente segura de que no pertenecen al Ajah Negro. —La Amyrlin volvió a torcer el gesto al pronunciar aquellas palabras—. Liandrin y las otras doce se fueron, ¿Pero se marcharon todas? ¿O dejaron a algunas de las suyas aquí, como un escollo en un bajío que uno no ve hasta que le ha agujereado la barca? Es posible que no lo averigüe hasta que ya sea demasiado tarde, pero no voy a consentir que Liandrin y las demás queden impunes. Del robo y, sobre todo, de los asesinatos. Nadie mata a mi gente y se marcha sin más. ¡Pienso encontrarlas y neutralizarlas!

—No veo qué tiene que ver eso con nosotras —observó Nynaeve, que no parecía satisfecha con lo que estaba pensando.

—Sólo esto, hija. Vosotras dos vais a ser mis sabuesos que saldrán a la caza del Ajah Negro. Nadie sospechará de vosotras, de un par de Aceptadas a medio formar a las que he humillado públicamente.

—¡Es una locura! —A Nynaeve se le habían desorbitado los ojos cuando la Amyrlin había pronunciado las palabras «Ajah Negro» y tenía los nudillos blancos de tanto apretarse la trenza. Rumió lo que iba a decir antes de expresarlo—. Ellas son Aes Sedai experimentadas. Egwene ni siquiera es una Aceptada todavía, y vos sabéis que yo no puedo encauzar ni la energía suficiente para encender una vela a menos que esté enfadada, y en ello no interviene mi voluntad. ¿Qué posibilidades tendríamos contra ellas?

Con la lengua pegada al paladar, Egwene asintió con la cabeza para mostrar su conformidad. «¿Cazar al Ajah Negro? ¡Antes preferiría ir a cazar un oso con un palo! Sólo trata de asustarnos, de castigarnos más. ¡No puede ser de otra manera!» Si eso era lo que intentaba la Amyrlin, estaba consiguiéndolo plenamente.

—Todo cuanto has dicho es cierto —convino la Amyrlin—. Pero cada una de vosotras supera, en bruto, el poder de Liandrin, y ella es la más fuerte de todas. Ellas están, no obstante, entrenadas, y vosotras no, y tú, Nynaeve, todavía tienes limitaciones. Pero cuando no se tienen remos, hija, cualquier tabla sirve para llevar el bote hasta la orilla.

—Pero yo no serviría para eso —dijo bruscamente Egwene, con voz chillona de la que el miedo le impidió avergonzarse. «¡Habla en serio! ¡Oh, Luz, lo dice en serio! Liandrin me entregó a los seanchan, ¿y ahora quiere que vaya a perseguir a trece como ella?»—. Mis estudios, mis clases, trabajar en la cocina… Anaiya Sedai querrá sin duda continuar haciéndome pruebas para ver si soy una Soñadora. Apenas si me quedará tiempo para dormir y comer. ¿Cómo puedo dedicarme a dar caza a alguien?

—Habréis de encontrar tiempo para ello —respondió la Amyrlin, con frialdad y serenidad recobradas, como si perseguir al Ajah Negro fuera coser y cantar—. Como Aceptada, elegirás tus propios temas de estudio, con ciertos límites, y las horas en que te consagrarás a ellos. Y las normas son algo menos rigurosas para las Aceptadas.

Algo menos. Así debe ser en principio, hija.

Egwene miró a Nynaeve, pero ésta tomó otro derrotero en la conversación.

—¿Por qué no colabora Elayne con nosotras? No puede ser porque penséis que es del Ajah Negro. ¿Se debe a que ella es la heredera de Andor?

—Has llenado la red a la primera, hija. Si pudiera, la incorporaría a vuestro grupo, pero por el momento Morgase ya me da suficientes problemas. Cuando la haya peinado, almohazado y esté de nuevo apaciguada, tal vez Elayne se sume a vosotras. Tal vez.

—Entonces dejad también a Egwene al margen —propuso Nynaeve—. Aún no hace dos días que es una mujer hecha y derecha. Yo me haré cargo de vuestra cacería. —Egwene emitió un sonido de protesta, «Soy una mujer», pero la Amyrlin se le adelantó.

—No voy a haceros servir de cebo, hija. Si contara con cien como vosotras, no me daría por satisfecha, pero como no sois más que dos, dos habrán de ser suficientes.

—Nynaeve —dijo Egwene—, no te entiendo. ¿De veras quieres hacer esto?

—No es que quiera —repuso cansinamente Nynaeve—, pero prefiero ir tras ellas a quedarme sentada preguntándome si la Aes Sedai que me imparte lecciones es en realidad un Amigo Siniestro. Y, sea lo que sea lo que están tramando, no tengo deseos de esperar hasta que averigüen qué es.

La decisión que tomó Egwene le produjo un nudo en el estómago.

—Entonces yo también lo haré. Tampoco me apetece quedarme sentada a esperar consumida por interrogantes. —Nynaeve abrió la boca, y Egwene sintió un acceso de rabia; una oleada de alivio después del miedo experimentado—. Y no te atrevas a volver a decir que soy demasiado joven. Yo al menos puedo encauzar cuando quiero… casi todas las veces. Ya no soy una chiquilla, Nynaeve.

Nynaeve permaneció quieta, tirándose de la trenza y sin decir palabra. Finalmente, superó aquel estado de rigidez.

—No lo eres, ¿verdad? Yo misma he dicho que eras una mujer, pero supongo que, en el fondo, no acababa de creerlo. Muchacha… No, mujer. Mujer, espero que te des cuenta de que acabas de saltar dentro de un caldero conmigo y que de un momento a otro pueden encender el fuego.

—Lo sé. —Egwene se sintió orgullosa de que apenas le temblara la voz.

La Amyrlin sonrió, complacida, pero en sus azules ojos había algo que hizo sospechar a Egwene que ella ya sabía antes qué decisión tomarían. Por un instante, volvió a notar en los brazos y en las piernas los hilos de marioneta.

—Verin… —La Amyrlin titubeó y luego murmuró medio para sí—: Si he de confiar en alguien, tanto da que sea ella. A estas alturas sabe tanto como yo, si no más. —Su voz cobró vigor—. Verin os dirá todo cuanto se conoce acerca de Liandrin

y las otras, y también os dará una lista de los *ter'angreal* que se llevaron y de sus aplicaciones. De los que tenemos identificados. En cuanto a la posibilidad de que todavía haya alguien del Ajah Negro en la Torre… Escuchad, observad y sed muy cuidadosas en vuestras preguntas. Sed como los ratones. Si tenéis la más mínima sospecha, informadme de ella. Yo misma vendré a veros de vez en cuando. Nadie lo considerará extraño, teniendo en cuenta los motivos por los que recibís castigo. Podréis ponerme al corriente en tales ocasiones. Recordad que no se han arredrado ante la idea de asesinar a alguien. Podrían volver a hacerlo.

—Eso está muy bien —objetó Nynaeve—, pero nosotras todavía seremos Aceptadas, y las mujeres a las que vamos a seguir la pista son Aes Sedai. Cualquier hermana puede mandarnos a ocuparnos de nuestros asuntos o hacer su propia colada, y nosotras no tendremos más remedio que obedecer. Hay sitios donde se supone que no debe ir una Aceptada y cosas que no se espera que haga. Luz, si tuviéramos la certeza de que una hermana es del Ajah Negro, podría ordenar a los guardias que nos encerraran en nuestras habitaciones, y ellos así lo harían. En ningún caso prevalecería nuestra palabra sobre la de una Aes Sedai.

—Globalmente —reconoció la Amyrlin—, debéis trabajar dentro de las limitaciones propias de las Aceptadas, con objeto de que nadie sospeche de vosotras, pero… —Abrió la caja negra que había en la mesa, vaciló y miró a las otras dos mujeres como si no acabara de decidirse y luego sacó varios rígidos papeles doblados. Los observó, volvió a dudar y al fin eligió dos. Devolvió los demás a la caja y tendió aquellos dos a Egwene y Nynaeve—. Mantenedlos bien ocultos. Son sólo para casos de emergencia.

Egwene desplegó el grueso papel. Había algo escrito con nítida letra redondeada y estaba sellado con la Llama Blanca de Tar Valon:

> «Lo que hace el portador de este documento lo hace bajo mis órdenes y mi autoridad. Obedeced y guardad silencio, siguiendo mi mandato.
>
> Siuan Sanche, Vigilante de los Sellos,
> Llama de Tar Valon, La Sede Amyrlin.»

—Podría hacer cualquier cosa con esto —comentó con asombro Nynaeve—. Mandar que los guardias se pongan en formación. Dar órdenes a los Guardianes. —Lanzó una risita—. Con esto, podría hacer que un Guardián se pusiera a bailar.

—Hasta que yo me enterara de ello —convino secamente la Amyrlin—. A menos que tuvieras una razón muy convincente, me encargaría de que desearas que Liandrin te hubiera atrapado en mi lugar.

—No tenía intención de hacer nada de eso —se apresuró a aclarar Nynaeve—. Me refería sólo a que otorga más autoridad de la que hubiera imaginado.

—Es posible que necesitéis cada gramo de su peso. Pero recordad bien esto: un

Amigo Siniestro no acatará en nada mis órdenes, ni tampoco un Capa Blanca. Es probable que tanto uno como otro os mataran por el simple hecho de tener ese documento. En caso de que ese papel sea un escudo… Bien, los escudos de papel son frágiles, y éste puede tener una diana pintada en él.

—Sí, madre —acordaron al unísono Egwene y Nynaeve.

Egwene dobló el suyo y lo guardó en la bolsa del cinturón, decidida a no sacarlo de allí salvo en caso de absoluta necesidad. «¿Y cómo sabré cuándo será el momento?»

—¿Y Mat? —preguntó Nynaeve—. Está muy enfermo, madre, y apenas le queda tiempo.

—Mandaré avisaros —respondió concisamente la Amyrlin.

—Pero, madre…

—¡Mandaré avisaros! Ahora marchaos, hijas. La esperanza de la Torre reposa en vuestras manos. Id a vuestras habitaciones y descansad un poco. Recordad que tenéis citas pendientes con Sheriam, y con las ollas.

15



El Hombre Gris

Fuera del estudio de la Sede Amyrlin, Egwene y Nynaeve comenzaron a recorrer los solitarios corredores, cruzándose sólo de tanto en tanto con alguna criada. Egwene agradeció su presencia pues, a pesar de todos los tapices y ornamentos en las paredes, los pasillos se le antojaban ahora cavernas. Peligrosas cavernas.

Nynaeve caminaba con paso vivo y resuelto, volviendo a propinarse vigorosos tirones de trenza, y Egwene apuraba el suyo para no quedarse atrás. No quería que la dejara sola.

—Si el Ajah Negro sigue todavía aquí, Nynaeve, y si concibe aunque sólo sea sospechas de lo que estamos haciendo… Espero que no hablaras en serio al afirmar que nos comportaríamos como si ya estuviéramos sujetas a los Tres Juramentos. No pienso permitir que me maten, si puedo impedirlo encauzando.

—Si aún queda alguna aquí, Egwene, sabrán lo que hacemos en cuanto nos vean. —Pese a sus palabras, Nynaeve parecía preocupada—. O como mínimo nos verán como una amenaza, lo cual viene a ser lo mismo.

—¿Cómo van a considerarnos como una amenaza? Nadie se siente amenazado por alguien a quien puede ordenar lo que le plazca. Quien tiene que fregar ollas y hacer girar los asadores tres veces por día no representa una amenaza para nadie. La Amyrlin nos ha puesto a trabajar en las cocinas por ese motivo. En parte, al menos.

—Quizá la Amyrlin no ha tomado en cuenta todas las implicaciones —dijo distraídamente Nynaeve—. O tal vez sí, y pretende de nosotras algo distinto de lo que asegura. Piensa, Egwene. Liandrin no habría intentado deshacerse de nosotras si no hubiera creído que suponíamos una amenaza para ella. No acierto a descifrar el cómo ni el porqué, pero tampoco veo que la situación haya cambiado. Si todavía hay hermanas del Ajah Negro aquí, les mereceremos el mismo aprecio que a ella, tanto si sospechan de nuestras actividades como si no.

—No había pensado en eso —confesó Egwene, tragando saliva—. Luz, me gustaría ser invisible. Nynaeve, si aún están aquí, me arriesgaré a ser neutralizada

antes de que un Amigo Siniestro me mate, o me haga algo peor. Y, pese a lo que le has dicho a la Amyrlin, tampoco creo que tú vayas a dejar que te liquiden.

—Hablaba en serio. —Por un momento Nynaeve pareció salir de su estado de concentración y aminoró el paso. Una rubia novicia pasó apresurada llevando una bandeja—. Totalmente en serio, Egwene. —Nynaeve prosiguió cuando la novicia se halló lo bastante lejos para no oírla—. Hay otros métodos con los que podemos defendernos. Si no existieran, muchas Aes Sedai serían asesinadas cada vez que abandonan la Torre. Sólo hemos de deducir cuáles son y utilizarlos.

—Yo ya conozco varios, y tú también.

—Son peligrosos. —Egwene se disponía a argüir que únicamente eran peligrosos para quien las atacara, pero Nynaeve continuó hablando, imparable—. Puedes aficionarte demasiado a ellos. Esta mañana, cuando he descargado toda mi furia contra esos Capas Blancas…, he sentido una satisfacción excesiva. Es demasiado arriesgado. —Se estremeció y volvió a apretar el paso, y Egwene hubo de apurarse para alcanzarla.

—Hablas como Sheriam. Nunca lo habías hecho. Siempre has querido ir más allá de todos los límites que te han impuesto. ¿Por qué habrías de aceptarlos ahora, cuando tal vez hayamos de quebrarlos para conservar la vida?

—¿De qué serviría si al final nos echan de la Torre? ¿Neutralizadas o no, de qué serviría? —Nynaeve bajó la voz como si hablara para sí—. Puedo hacerlo. Debo hacerlo, si he de permanecer aquí el tiempo suficiente para aprender, y debo aprender si voy a… —De improviso pareció caer en la cuenta de que hablaba en voz alta. Luego lanzó una dura mirada a Egwene y su voz cobró nueva firmeza—. Déjame pensar. Por favor, quédate callada y déjame pensar.

Egwene contuvo el torbellino de preguntas que se agitaban en su interior. ¿Qué motivo en especial tenía Nynaeve para querer llegar más lejos en las enseñanzas que se impartían en la Torre Blanca? ¿Qué era lo que se proponía? ¿Por qué le ocultaba Nynaeve secretos a ella? «Secretos. Hemos aprendido a guardar secretos desde que vinimos a la Torre. La Amyrlin también ha callado secretos. Luz, ¿qué va a hacer al respecto de Mat?»

Nynaeve la acompañó hasta el ala de las novicias. Las galerías seguían vacías y tampoco encontraron a nadie al subir por las rampas que ascendían en espiral.

Al llegar a la habitación de Elayne, Nynaeve se paró, llamó a la puerta e inmediatamente la abrió y asomó la cabeza. Después dejó que ésta se cerrara y se dirigió a la siguiente, la de Egwene.

—Aún no ha vuelto —dijo—. He de hablar con vosotras dos.

Egwene la agarró por los hombros, obligándola a detenerse.

—¿Qué…?

Sintió un tirón en el pelo, un pinchazo en la oreja. Algo negro pasó silbando ante

su cara para chocar contra la pared, y un segundo después Nynaeve la empujaba hacia el suelo, detrás de la barandilla.

Egwene miró con ojos desorbitados el objeto que había caído en la piedra frente a su puerta. Una saeta de ballesta. Unas cuantas hebras de oscuro pelo, las suyas, estaban enredadas en las cuatro gruesas púas, capaces de traspasar una armadura. Se llevó una temblorosa mano a la oreja y tocó el ligero rasguño, húmedo de sangre. «Si no me hubiera parado precisamente entonces… Si no…» El proyectil le habría traspasado la cabeza y probablemente habría matado también a Nynaeve.

—¡Por todos los demonios! —exclamó sin resuello—. ¡Por todos los demonios condenados!

—Controla esa lengua —la regañó Nynaeve, con la mente en otra parte. Tumbada en el suelo, miraba entre los balaustres hacia el lado opuesto de las galerías. Egwene percibió un nimbo a su alrededor. Había abrazado el *Saidar*.

Sin pensarlo dos veces, Egwene trató de encauzar el Poder Único, pero en su apresuramiento no lo logró. A causa de la prisa, y también de las imágenes que constantemente le invadían la mente, imágenes de su cabeza partida como un melón por una pesada saeta que proseguía su curso hasta clavarse en Nynaeve. Respiró hondo y volvió a intentarlo, y por fin la rosa flotó en el vacío, abierta a la Fuente Verdadera, y el Poder la hinchó.

—¿Ves algo? —preguntó, volviéndose boca abajo para asomarse a la barandilla junto a Nynaeve—. ¿Lo ves? ¡Lo voy a traspasar con un rayo! —Notaba cómo éste se formaba en su interior, presionándola para que lo descargara—. Es un hombre, ¿verdad? —Aunque le costaba imaginar que un hombre entrara en las dependencias de las novicias, todavía le resultaba más impensable que una mujer se paseara por la Torre cargando una ballesta.

—No lo sé. —La voz de Nynaeve estaba impregnada de calmosa rabia; su furia era siempre mucho más temible cuando exteriorizaba calma—. Me ha parecido ver… ¡Sí! ¡Allí! —Egwene sintió el latido del Poder en Nynaeve, y entonces ésta se puso lentamente en pie y se cepilló el vestido como si no tuviera ningún otro motivo de preocupación.

Egwene siguió con los ojos el curso de su mirada.

—¿Qué es eso? ¿Qué has hecho, Nynaeve? ¡Nynaeve!

—«De los Cinco Poderes —citó Nynaeve, con tono ligeramente jocoso, como si impartiera una clase—, muchos consideran que el Aire, en ocasiones llamado Viento, es el menos útil de todos, lo cual dista mucho de ser cierto.» —Concluyó con una tensa carcajada—. Ya te he dicho que había otros medios para defendernos. He utilizado el Aire, lo he paralizado con aire. Suponiendo que sea un hombre; no he podido verlo claramente. Es un truco que me enseñó una vez la Amyrlin, aunque dudo que esperara que yo viera cómo se realizaba. Bueno, ¿vas a quedarte ahí

tumbada todo el día?

Egwene se levantó y se puso a caminar presurosamente tras ella. Al doblar una curva de la galería vieron a un hombre vestido con sencillez que permanecía de espaldas, con el cuerpo apoyado en un solo pie y el otro en el aire, como si estuviera corriendo cuando había quedado petrificado. Debía de sentirse como si lo hubieran enterrado en espesa gelatina cuando, en realidad, lo que lo apresaba no era sino aire. Egwene también recordaba la demostración de la Amyrlin, pero no se creía capaz de repetir el ejercicio. A Nynaeve, en cambio, le bastaba ver a alguien realizando algo para descubrir el modo de reproducirlo. Siempre y cuando consiguiera encauzar, desde luego.

Se acercaron más, y entonces las reflexiones de Egwene concernientes al Poder se interrumpieron a causa del estupor. En el pecho del hombre sobresalía la empuñadura de una daga. Tenía la cara desencajada, y la muerte ya le había velado los entrecerrados ojos. Cuando Nynaeve soltó la trampa que lo retenía, se desplomó pesadamente en el suelo.

Era un hombre de aspecto normal, de altura y complexión normales, con un rostro tan anodino que Egwene no habría reparado en él dentro de un grupo de tan sólo tres personas. Le bastó examinarlo un momento para darse cuenta de que faltaba algo: una ballesta. Dio un respingo y miró con ojos desorbitados en derredor.

—Tenía que haber otra persona, Nynaeve. Alguien se ha llevado la ballesta. Y alguien lo ha apuñalado. Podría estar en cualquier parte, dispuesto a volver a dispararnos.

—Cálmate —dijo Nynaeve, mirando, no obstante, a ambos lados de la galería y dando un buen tirón a su trenza—. Tranquilízate y ya hallaremos la manera de… —Calló de repente, al oír un ruido de pasos procedentes de la rampa que subía a ese mismo piso.

Con el corazón latiéndole desbocado en el pecho y los ojos fijos en la salida de la rampa, Egwene pugnó desesperadamente por volver a tocar el *Saidar*, pero ella necesitaba calma para conseguirlo, y el alocado flujo de sangre en sus venas hacía añicos la calma.

Sheriam Sedai se detuvo en la boca de la galería y miró con entrecejo fruncido tan insólita escena.

—Por la Luz, ¿qué ha ocurrido aquí? —Se aproximó a toda velocidad, perdida por una vez su habitual serenidad.

—Lo hemos encontrado —dijo Nynaeve cuando la Maestra de las Novicias se arrodilló junto al cadáver.

Sheriam puso una mano en el pecho del hombre y la retiró como impulsada por un resorte. Armándose de valor, volvió a aplicársela y mantuvo el contacto un momento.

—Muerto —murmuró—. Tan muerto como puede estarlo cualquiera, y más. —Al levantarse, sacó un pañuelo de la manga y se limpió las manos—. ¿Decís que lo habéis encontrado? ¿Así?

Egwene asintió con la cabeza, convencida de que, si hablaba, Sheriam advertiría la mentira en su voz.

—Sí —respondió con firmeza Nynaeve.

Sheriam sacudió la cabeza.

—Un hombre… ¡y un hombre precisamente muerto!, en los aposentos de las novicias ya supondría un escándalo considerable, ¡pero esto…!

Sheriam respiró a pleno pulmón y les dirigió una escrutadora mirada.

—Es un Sin Alma. Un Hombre Gris. —Volvió a frotarse distraídamente los dedos con el pañuelo y sus ojos se posaron de nuevo, con preocupación, en el cadáver.

—¿Un Sin Alma? —exclamó con voz temblorosa Egwene, al mismo tiempo que Nynaeve inquiría:

—¿Un Hombre Gris?

—Esto todavía no está incluido en vuestros estudios —explicó Sheriam, tras dedicarles una mirada tan breve como penetrante—, pero parece que vosotras habéis ido más allá de las normas en numerosos aspectos. Y teniendo en cuenta que habéis encontrado a este… —Señaló el cadáver—. Los Sin Alma, los Hombres Grises, renuncian a su alma para servir como asesinos al Oscuro. Después de ello ya no están totalmente vivos. Tampoco muertos, pero no realmente vivos. Y, a pesar del nombre, algunos Hombres Grises son mujeres. Son raros los casos, pues incluso entre los Amigos Siniestros son pocas las mujeres tan estúpidas como para someterse a ese sacrificio. Uno puede mirarlos de frente sin apenas reparar en ellos, hasta que ya es demasiado tarde. Cuando caminaba era prácticamente como si estuviera muerto, y ahora sólo mis ojos me dicen que lo que yace aquí tuvo en algún tiempo vida. —Volvió a asestarles una prolongada mirada—. Ningún Hombre Gris se ha atrevido a entrar en Tar Valon desde la Guerra de los Trollocs.

—¿Qué vais a hacer? —inquirió Egwene. Viendo que Sheriam enarcaba las cejas, se apresuró a agregar—: Si me permitís preguntároslo, Sheriam Sedai.

—Dado que habéis tenido la mala suerte de encontrarlo —repuso la Aes Sedai tras un instante de vacilación—, supongo que no es osado por tu parte. Iré a ver a la Sede Amyrlin, pero, con todo lo que ha pasado, creo que querrá mantener la máxima discreción posible. No nos convienen más rumores. No hablaréis de esto con nadie que no sea yo, o la Sede Amyrlin, en caso de que ella lo mencione.

—Sí, Aes Sedai —acató fervientemente Egwene.

Nynaeve lo hizo con mayor frialdad, pero Sheriam parecía dar por descontada su obediencia y no dio señales de haberlas oído. Su atención se centraba exclusivamente en el muerto. En el Hombre Gris, el Sin Alma.

—No habrá modo de ocultar el hecho de que han matado a un hombre aquí. —La aureola del Poder Único la rodeó de improviso e, igual de repentinamente, una larga y achatada cúpula grisácea, y tan opaca que apenas si se veía lo que había debajo, cubrió el cadáver—. Esto, sin embargo, impedirá que lo toque cualquier persona capaz de descubrir su verdadera naturaleza. Debo hacer que lo saquen de aquí antes de que regresen las novicias.

Sus achinados ojos las observaron como si hubiera olvidado su presencia.

—Ahora idos las dos. A vuestra habitación, creo que será lo mejor, Nynaeve. Teniendo en cuenta lo que ya afrontáis, si corriera la noticia de que habéis tenido alguna intervención en esto, aunque sólo sea tangencial… Marchaos.

Egwene realizó una reverencia y tiró de la manga de Nynaeve, pero ésta tenía preparada una nueva pregunta.

—¿Por qué habéis subido aquí, Sheriam Sedai?

Sheriam frunció el entrecejo, pasado el primer instante de desconcierto, y, apoyando los puños en las caderas, fijó en Nynaeve una mirada cargada con todo el peso de su autoridad.

—¿Acaso ahora necesita la Maestra de las Novicias alguna excusa para visitar las dependencias de las novicias, Aceptada? —contestó quedamente—. ¿Es que ahora las Aceptadas interrogan a las Aes Sedai? La Amyrlin tiene intención de hacer alguien de ti, pero, tanto si lo consigue como si no, yo al menos te enseñaré modales. Ahora idos de aquí, antes de que os mande a las dos a mi estudio, y no en cumplimiento de la cita que la Sede Amyrlin ya os ha concertado.

A Egwene se le ocurrió de repente algo.

—Perdonadme, Sheriam Sedai —se disculpó precipitadamente—, pero tengo que ir a buscar mi capa. Tengo frío. —Se marchó corriendo por la galería, sin dar tiempo a que la Aes Sedai le respondiera.

Si Sheriam Sedai encontraba aquella saeta delante de su puerta, tendría que hacer frente a excesivas preguntas y no habría forma de convencerla de que ella sólo había encontrado al hombre, ni de que nada tenía que ver con aquel episodio. Pero, cuando llegó a la puerta de su dormitorio, la recia saeta había desaparecido. Únicamente la dentada marca que había dejado junto a la jamba daba constancia de que había estado allí.

Egwene se erizó de espanto. «¿Cómo podría haberla cogido alguien sin que ninguna de nosotras haya visto…? ¡Otro Hombre Gris!» Había abrazado inconscientemente el *Saidar* y sólo cayó en la cuenta de ello al sentir el dulce fluir del Poder en su cuerpo. Con todo, el momento en que abrió la puerta y entró en su habitación fue uno de los más angustiantes de su vida. No había nadie adentro. De todas formas, cogió a toda prisa su capa blanca y no liberó el *Saidar* hasta haber recorrido la mitad de la distancia que la separaba de las otras.

Durante su ausencia había ocurrido algo más entre las dos mujeres. Nynaeve trataba de aparentar mansedumbre y lo único que lograba era ofrecer la agria imagen de alguien que tiene acidez de estómago. Con los puños en las caderas, Sheriam repiqueteaba irritada en el suelo con el pie y la mirada que asestaba a Nynaeve, con ojos semejantes a unas ruedas de molino que prometían machacar la cebada y convertirla en harina, también incluía a Egwene.

—Perdonadme, Sheriam Sedai —se excusó, dedicándole una reverencia al tiempo que se ponía la capa sobre los hombros—. Este… esto de encontrar a un hombre muerto…, a… ¡un Hombre Gris!, me ha dado frío. ¿Podemos retirarnos?

Sheriam asintió con la cabeza, y Nynaeve realizó una somera inclinación. Egwene la agarró del brazo y se la llevó de allí.

—¿Es que pretendes buscar más problemas de los que tenemos? —la acusó cuando se hallaban dos pisos más abajo y, así lo esperaba, lejos de toda posibilidad de que Sheriam pudiera oírlas—. ¿Qué más le has dicho para que te mirara tan airadamente? Le habrás hecho más preguntas, supongo. Confío en que hayas averiguado algo que valga la pena haberla enfurecido de esa manera.

—No me ha revelado nada —murmuró Nynaeve—. Si hemos de conseguir algo, debemos hacer preguntas, Egwene. Deberemos correr algunos riesgos o jamás descubriremos nada.

—Bueno, ten un poco más de tacto —aconsejó, suspirando, Egwene, pero a juzgar por la expresión de su cara, Nynaeve no tenía ninguna intención de tomarse las cosas con calma ni de escatimar riesgos. Egwene volvió a suspirar—. La saeta ha desaparecido, Nynaeve. Debe de haberla cogido otro Hombre Gris.

—De modo que era por eso que… ¡Luz! —Nynaeve frunció el entrecejo y volvió a darse un violento tirón de trenza.

—¿Qué ha hecho para tapar el…, el cadáver? —inquirió al cabo de unos minutos Egwene.

Se negó a pensar en él como en un Hombre Gris, pues ello le recordaba que había otro rondando por allí. En esos momentos no quería pensar en nada.

—Aire —respondió Nynaeve—. Ha utilizado el Aire. Un truco muy hábil, y me parece que ya sé qué aplicación darle.

Según el uso que se le daba, el Poder Único se dividía en Cinco Poderes: Tierra, Aire, Fuego, Agua y Energía, y los distintos Talentos requerían una diferente integración de ellos.

—No acabo de entender la forma como se combinan a veces los Cinco Poderes. Pongamos por caso la curación. Comprendo que se necesite la Energía, e incluso el Aire, ¿pero el Agua?

—¿De qué parloteas ahora? —preguntó Nynaeve, encarándose a ella—. ¿Has olvidado lo que estamos haciendo?

Miró a su alrededor. Habían llegado a las dependencias de las Aceptadas, una sección de galerías no tan elevada como la de las novicias que daban a un jardín en lugar de a un patio. No se veía a nadie, exceptuando a una Aceptada que caminaba apresuradamente junto a una de las balaustradas de abajo, pero de todos modos bajó la voz.

—¿Te has olvidado del Ajah Negro?

—Estoy tratando de olvidarlo —aseguró apasionadamente Egwene—. Por un rato al menos. Estoy tratando de olvidar que acabamos de dejar tendido a un muerto. Estoy tratando de olvidar que por poco no me ha matado, y que iba con alguien más que podría intentarlo de nuevo. —Se tocó la oreja; la sangre se había secado, pero aún le dolía el rasguño—. Tenemos suerte de estar vivas todavía.

Nynaeve suavizó la expresión de la cara, pero, cuando habló, en su voz sonaron reminiscencias del tiempo en que era la Zahorí del Campo de Emond, formulando palabras que habían de ser dichas por el propio bien de uno.

—Recuerda ese cadáver, Egwene. Recuerda que ha intentado matarte, matarnos. Acuérdate del Ajah Negro. Tenlos constantemente presentes. Porque si los olvidas, aunque sólo sea un momento, puede que la próxima vez acabes muerta.

—Lo sé —suspiró Egwene—. Pero eso no quiere decir que me entusiasme la idea.

—¿Te has fijado en lo que Sheriam ha omitido mencionar?

—No. ¿Qué?

—En ningún instante se ha preguntado quién lo había apuñalado. Ahora vamos. Mi habitación está justo ahí abajo, y podrás descansar mientras hablamos.

16



El trío

La habitación de Nynaeve era bastante mayor que las de las novicias. Tenía una cama de verdad, y no una adosada a la pared, dos sillas de brazos con respaldo de cuero en lugar de un taburete y un armario para guardar la ropa. Aunque los muebles eran todos sencillos y no hubieran desentonado en la casa de un campesino de renta media, en comparación con las novicias, las Aceptadas vivían en un ambiente de lujo. Había incluso una pequeña alfombra, con volutas de tonos amarillos, rojos y azules. La estancia no se hallaba vacía cuando entraron Egwene y Nynaeve.

Elayne se encontraba de pie frente a la chimenea, con los brazos cruzados y los ojos enrojecidos —al menos en parte— de ira. En los sillones sobresalían aparatosamente los brazos y piernas de dos altos jóvenes. Uno de ellos, bajo cuya capa verde desabrochada asomaba una camisa de un blanco inmaculado, tenía los mismos ojos azules y el pelo rubio rojizo de Elayne, y las facciones de su sonriente rostro lo identificaban claramente como su hermano. El otro, de la edad de Nynaeve y con la capa gris totalmente abotonada, era delgado y de cabello y ojos oscuros. Al entrar las dos mujeres, se levantó grácil y resueltamente, y Egwene pensó, no por primera vez precisamente, que era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Se llamaba Galad.

—Me alegra volver a verte —dijo, tomándole la mano—. Estaba muy preocupado por ti. Los dos lo estábamos.

Egwene sintió cómo se le aceleraba el pulso y retiró la mano para que él no lo notara.

—Gracias, Galad —murmuró.

«Pero qué guapo es, Luz.» Se conminó a abandonar ese rumbo de pensamientos, pero no era fácil y, sin pensarlo, se alisó el vestido, deseosa de ir ataviada en sedas en vez de con aquella tosca lana blanca, tal vez incluso con uno de aquellos vestidos domani de que Min le había hablado, esos que se pegaban al cuerpo y parecían tan

finos que uno hubiera jurado que eran transparentes aunque no lo eran. Se ruborizó violentamente y desechó tales cavilaciones, haciendo votos por que él apartara la mirada de su cara. De nada le servía saber que la mitad de las mujeres de la Torre, desde las criadas más humildes hasta las propias Aes Sedai, lo miraban como si pensaran lo mismo, ni tampoco que el joven pareciera reservar su sonrisa sólo para ella. De hecho, aquella sonrisa acrecentaba su azoramiento. «Luz, me moriría si sospechara siquiera lo que estaba pensando.»

—La pregunta que queríamos haceros es la siguiente: ¿dónde habéis estado? —inquirió, inclinándose en la silla, el joven de pelo dorado—. Elayne rehúsa responderme como si tuviera el bolsillo lleno de higos y no quisiera darme ni uno.

—Ya te he dicho, Gawyn —replicó con voz tensa Elayne—, que no es asunto de tu incumbencia. He venido aquí —agregó, dirigiéndose a Nynaeve— porque no quería estar sola. Ellos me han visto y me han seguido. No ha habido forma de quitármelos de encima.

—Ya veo —observó sucintamente Nynaeve.

—Por supuesto que nos incumbe, hermana —dijo Galad—. Tu seguridad nos concierne, y mucho. —Miró a Egwene, y a ésta le dio un brinco el corazón—. La seguridad de todas vosotras es muy importante para mí. Para los dos.

—Yo no soy tu hermana —espetó Elayne.

—Si deseabas compañía —dijo, sonriendo, Gawyn a Elayne—, nosotros podemos prestártela igual que cualquiera. Y, después de lo que nos ha costado llegar hasta aquí, nos merecemos alguna explicación en lo referente a lo que has hecho durante este tiempo. Preferiría dejar que Galad me diera una paliza en el campo de prácticas durante un día seguido a volver a tener que enfrentarme a madre aunque sólo fuera un minuto. Incluso preferiría que Coulin se enfureciera conmigo. —Coulin, el Maestro de Armas, mantenía una rígida disciplina entre los jóvenes que acudían a entrenarse a la Torre Blanca tanto si aspiraban a convertirse en Guardianes como si sólo pretendían aprender de ellos.

—Puedes negar nuestra relación si quieres —señaló gravemente Galad a Elayne—, pero eso no la modifica en nada. Y madre puso tu seguridad en nuestras manos.

—Nos desollará vivos, Elayne —aseveró Gawyn haciendo una mueca—, si algo te ocurriera. Tuvimos que armarnos de elocuencia para que no nos llevara de vuelta a casa con ella. Nunca he oído de un caso en que una reina enviara a sus propios hijos al verdugo, pero madre parecía dispuesta a hacerlo si no te llevamos sana y salva a casa.

—Estoy segura —replicó Elayne— de que pusisteis en juego toda vuestra elocuencia solamente por mí y que en ningún momento la utilizasteis para poder quedaros estudiando aquí con los Guardianes. —Gawyn se sonrojó.

—Nuestra preocupación primordial era tu bienestar. —Galad parecía hablar en

serio, y Egwene estaba convencida de ello—. Logramos convencer a madre de que, si regresabas aquí, necesitarías de alguien que velara por ti.

—¡Que velara por mí! —exclamó, irritada, Elayne.

—La Torre Blanca se ha convertido en un lugar peligroso —continuó, imperturbable, Galad—. Se han producido muertes…, asesinatos que nadie ha explicado con claridad. Incluso mataron a algunas Aes Sedai, aunque hayan intentado mantenerlo en secreto. Y dentro de la propia Torre he escuchado rumores referentes al Ajah Negro. Por orden de madre, cuando puedas abandonar tus estudios sin incurrir en riesgos, debemos acompañarte de regreso a Caemlyn.

Por toda respuesta, Elayne irguió la barbilla y medio le dio la espalda. Gawyn se mesó el pelo con ademán de frustración.

—Luz, Galad y yo no somos unos canallas. Sólo queremos ayudaros. Lo haríamos de todas formas, pero como además madre nos lo ordenó, no nos vais a convencer para que nos quedemos al margen.

—Las órdenes de Morgase no tienen ningún peso en Tar Valon —observó con tono pausado Nynaeve—. En cuanto a vuestro ofrecimiento de ayuda, lo tendré en cuenta. En caso de que la necesitáramos, vosotros seríais de los primeros en enteraros. Por el momento, os pido que os vayáis. —Señaló mordazmente la puerta, pero él no le hizo caso.

—Eso está muy bien, pero madre querrá saber que Elayne ha vuelto. Y por qué se fue sin decir una palabra, y qué ha estado haciendo estos meses. ¡Luz, Elayne! Toda la Torre estaba alborotada. Madre estaba medio enloquecida de miedo. Pensé que iba a derribar la Torre con sus propias manos. —Elayne puso cara de culpa, y Gawyn aprovechó la ventaja que ésta le concedía—. No puedes negarte a revelármelo, Elayne. Me debes una explicación. Demonios, te comportas con más tozudez que una mula. Has estado ausente durante meses, y todo lo que sé de ello es que has recibido castigo de manos de Sheriam. Y si lo sé es porque has estado llorando y no te quieres sentar. —La indignada mirada que le asestó Elayne indicó que había derrochado la momentánea ventaja que había cobrado sobre ella.

—Basta —zanjó Nynaeve. Galad y Gawyn abrieron la boca y entonces elevó la voz—. ¡He dicho que basta! —Sostuvo una airada mirada sobre ellos hasta cerciorarse de que mantendrían silencio y después prosiguió—: Elayne no os debe nada a ninguno de los dos y, puesto que ella ha decidido no contaros nada, tendréis que conformaros. Ésta es mi habitación y no la sala común de una posada, y quiero que salgáis de aquí.

—Pero, Elayne… —intentó disuadirla Gawyn.

—Nosotros sólo queremos… —trató de argüir al mismo tiempo Galad.

—Dudo mucho que hayáis pedido permiso para entrar en los aposentos de las Aceptadas —señaló Nynaeve con potente voz que ahogó las palabras de los jóvenes.

Éstos se quedaron mirándola con cierta sorpresa—. Ya me lo parecía. Cuando haya contado tres, los dos vais a estar fuera de mi habitación, o si no escribiré una nota sobre esto al Maestro de Armas. Coulin Gaidin tiene un brazo mucho más fornido que Sheriam Sedai y yo pienso estar presente para asegurarme de que os zurre como debe.

—Nynaeve, no serías… —balbuceó Gawyn con preocupación, pero Galad le hizo señas para que se callara y se acercó a Nynaeve.

La mujer mantuvo una expresión severa. Pero se alisó inconscientemente la falda cuando él le sonrió desde su imponente altura. Egwene no se sorprendió en lo más mínimo. No creía haber conocido ninguna mujer no perteneciente al Ajah Rojo en quien no produjera efecto la sonrisa de Galad.

—Te pido disculpas, Nynaeve, por haber entrado en tu habitación sin tu consentimiento —se excusó educadamente—. Nos iremos, desde luego. Pero recuerda que estamos aquí si necesitáis asistencia. Y, sea cual sea el motivo por el que os marchasteis, también podemos prestaros nuestra ayuda al respecto.

—Uno —dijo Nynaeve, sonriéndole a su vez.

Galad pestañeó y la sonrisa se esfumó de sus labios. Luego, con toda calma, se volvió hacia Egwene. Gawyn se puso en pie y se encaminó a la puerta.

—Egwene —dijo Galad—, sabes que tú en especial puedes recurrir a mí en todo momento, para lo que sea. Confío en que lo recuerdes.

—Dos —siguió contando Nynaeve.

Galad le dirigió una irritada mirada.

—Hablaremos en otra ocasión —aseguró a Egwene, inclinándose sobre su mano, y, ofreciéndole una última sonrisa, dio, sin apresurarse en lo más mínimo, un paso en dirección a la puerta.

—Trrrrrrrrr… —Gawyn salió disparado por la puerta e incluso Galad aceleró sus airosas zancadas— …res —finalizó Nynaeve cuando la puerta se cerró de golpe tras ellos.

—Bien hecho —aprobó Elayne, batiendo palmas con regocijo—. Muy bien hecho. Yo ni siquiera sabía que los hombres también tenían prohibida la entrada en las dependencias de las Aceptadas.

—No la tienen —la disuadió secamente Nynaeve—, pero esos patanes tampoco lo sabían. —Elayne volvió a aplaudir, riendo—. Los habría dejado marcharse en paz —añadió Nynaeve— si Galad no se lo hubiera tomado con tan ostentosa parsimonia. Ese joven tiene una cara demasiado hermosa para su propio bien.

Egwene casi se echó a reír al oírlo; Galad debía de tener, como mucho, un año menos que Nynaeve, y ésta volvía a alisarse el vestido.

—¡Galad! —bufó Elayne—. Va a seguir molestándonos, y dudo que tu truco vuelva a funcionar. Hace siempre lo que considera correcto sin tener en cuenta si con

ello causa daño a alguien, aunque sea a sí mismo.

—En ese caso ya se me ocurrirá otra cosa —afirmó Nynaeve—. No podemos permitirnos tenerlos todo el tiempo husmeando a nuestro alrededor. Elayne, si quieres, puedo prepararte un ungüento para calmar el dolor.

Elayne sacudió la cabeza y luego se tumbó en la cama, apoyando la barbilla en las manos.

—Si Sheriam se enterara, las dos tendríamos que hacerle otra visita a su estudio para rendirle cuentas. Casi no has dicho nada, Egwene. ¿Te ha comido la lengua el gato? —Adoptó una expresión más severa—. ¿O quizás ha sido Galad?

—He preferido no discutir con ellos, simplemente —respondió, ruborizándose involuntariamente y con el tono más digno que logró imprimir a su voz.

—Claro —admitió Elayne a regañadientes—. Reconozco que Galad es bien parecido. Pero también es horrible. Siempre hace lo que considera correcto. Sé que eso no parece horrible, pero lo es. Que yo sepa, jamás ha desobedecido a madre, ni en las cuestiones más nimias. Nunca dice una mentira, ni siquiera una de poca importancia, ni quebranta una norma. Si lo denuncia a uno por haber infringido una, lo hace sin el menor pesar… Si acaso siente algo, es tristeza porque uno no sepa comportarse a la altura de sus expectativas, pero ello no lo hace vacilar en lo más mínimo a la hora de denunciar a alguien.

—Eso parece más bien incómodo —observó prudentemente Egwene—, pero no horrible. No imagino a Galad haciendo algo horrible.

Elayne sacudió la cabeza, como si no acabara de creer que a Egwene le costara tanto percibir lo que ella veía con tanta claridad.

—Si quieres fijarte en alguien, prueba con Gawyn. Es un buen chico, en general, y está loco por ti.

—¡Gawyn! Si ni siquiera me ha mirado dos veces seguidas.

—Claro que no, tonta, si tú te pasas todo el rato mirando a Galad hasta que parece que se te vayan a saltar los ojos de las órbitas. —Egwene sentía las mejillas acaloradas, pero hubo de reconocer que tal vez ello fuera cierto—. Galad le salvó la vida a Gawyn cuando era niño —prosiguió Elayne—. Gawyn jamás mostrará interés por una mujer si Galad también está interesado en ella, pero yo lo he oído hablar de ti y lo sé. A mí no puede ocultarme nada.

—Es agradable saberlo —dijo Egwene, y luego lanzó una carcajada al ver la mueca que esbozaba Elayne—. Tal vez consiga que me diga esas cosas a mí en lugar de a ti.

—Podrías elegir el Ajah Verde. Las hermanas verdes se casan a veces. Gawyn está realmente prendado, y tú serías una esposa conveniente para él. Además, me encantaría tenerte como hermana.

—Si habéis acabado de hablar de chiquilladas —las interrumpió Nynaeve—,

tenemos cuestiones importantes que tratar.

—Sí —convino Elayne—, como, por ejemplo, lo que os ha dicho la Sede Amyrlin después de que yo me marchara.

—Preferiría no hablar de eso —dijo torpemente Egwene, incómoda por haber de mentir a Elayne—. No ha dicho nada halagüeño.

Elayne exhaló un resoplido para manifestar su incredulidad.

—La mayoría de la gente piensa que a mí se me consienten más cosas que a los demás porque soy la heredera del trono de Andor, cuando en realidad es todo lo contrario. Ninguna de vosotras hizo algo que yo no hiciera, y, si la Amyrlin os hubiera soltado una reprimenda, yo habría recibido otra mucho más tremenda. Ahora contadme lo que os ha dicho.

—Esto debe quedar entre nosotras tres —advirtió Nynaeve—. El Ajah Negro…

—¡Nynaeve! —exclamó Egwene—. ¡La Amyrlin ha dicho que Elayne debía quedar al margen!

—¡El Ajah Negro! —casi gritó Elayne, poniéndose de rodillas en medio de la cama—. No podéis dejarme al margen después de decirme eso. No lo voy a permitir.

—En ningún momento he tenido intención de hacerlo —le aseguró Nynaeve. Egwene la observaba con estupor—. Egwene, éramos tú y yo en quienes Liandrin veía una amenaza. Hemos sido tú y yo a quienes por poco no han matado…

—¿Por poco no han matado? —susurró Elayne.

—… quizá porque todavía suponemos una amenaza, y quizá porque ya sabían que habíamos estado reunidas a solas con la Amyrlin, e incluso lo que nos ha dicho. Necesitamos a alguien de quien no sospechen, y, si la Amyrlin también ignora su colaboración, tanto mejor. No estoy segura de que podamos fiarnos mucho más de la Amyrlin que del Ajah Negro. Ella pretende utilizarnos para sus propios fines, y yo me propongo evitar que acabe con nosotras. ¿Queda entendido?

Egwene asintió con renuencia.

—Será peligroso, Elayne —advirtió de todos modos—, tanto o más que lo que afrontamos en Falme. Esta vez no tienes por qué participar en ello.

—Lo sé —dijo quedamente Elayne. Calló unos instantes antes de continuar—. Cuando el ejército de Andor va a la guerra, el Primer Príncipe de la Espada lo dirige, pero la reina cabalga también con ellos. Hace setecientos años, en la batalla de Cuallin Dhen, los andorianos estaban siendo derrotados cuando la reina Modrellein se adentró, sola y desarmada, llevando el estandarte del León entre las huestes tearianas. Los andorianos reunieron tropas y volvieron a atacar para salvarla, y acabaron ganando la batalla. Ésa es la clase de valentía que se espera de la reina de Andor. Si aún no he aprendido a controlar el miedo, debo hacerlo antes de suceder a mi madre en el Trono del León. —Su sombrío talante se desvaneció de improviso, con una risita—. Y, por otra parte, ¿creéis que me iba a perder una aventura para poder

continuar fregando ollas?

—De todas formas lo harás —la disuadió Nynaeve—, y ojalá que todos piensen que no haces nada más aparte de eso. Ahora escucha con atención.

Elayne así lo hizo y fue abriendo paulatinamente la boca a medida que Nynaeve le revelaba lo que la Amyrlin les había dicho, la tarea que les había encomendado, y el atentado que acababan de sufrir. Se estremeció al oír mencionar al Hombre Gris, leyó con asombro el documento que la Amyrlin había entregado a Nynaeve y luego se lo devolvió, murmurando:

—Ya me gustaría tenerlo en las manos la próxima vez que vea a madre.

Pero, para cuando Nynaeve hubo acabado de explicarle todo, su rostro era la viva imagen de la indignación.

—¡Eso es como si le dijeran a uno que subiera en busca de leones a las colinas, con la particularidad de que uno no sabe si hay o no leones, pero, en caso de que los haya, es probable que ellos estén acechándolo a uno escondidos entre los matorrales! Oh, y si encuentra algún león, habrá de tratar de impedir que se lo trague a uno para poder decir dónde están.

—Si tienes miedo —apuntó Nynaeve—, todavía puedes quedarte al margen. Una vez que te hayas unido a nosotras, será demasiado tarde.

—Por supuesto que lo tengo —reconoció Elayne, echando la cabeza atrás—. No soy una insensata. Pero mi temor no es tan grande como para abandonar antes de haber empezado.

—Hay algo más —agregó Nynaeve—. Presiento que tal vez la Amyrlin vaya a dejar morir a Mat.

—Pero si las Aes Sedai curan por norma a cualquiera que lo solicita. —La heredera del trono parecía oscilar entre la indignación y la incredulidad—. ¿Para qué iba a dejar morir a Mat? ¡No puedo creerlo! ¡No puedo!

—¡Yo tampoco! —exclamó, con un hilo de voz, Egwene. «¡No es posible! ¡La Amyrlin no podría dejarlo morir!»—. Durante todo el camino Verin no paró de decir que la Amyrlin se ocuparía de que lo curaran.

—Verin dijo —puntualizó Nynaeve— que la Amyrlin «se ocuparía de él». No es lo mismo. Y la Amyrlin ha evitado responder con una afirmación o una negativa a mi pregunta. Puede que aún no lo haya decidido.

—¿Pero por qué? —inquirió Elayne.

—Porque la Torre Blanca actúa como lo hace de acuerdo con sus propios motivos. —La voz de Nynaeve produjo escalofríos a Egwene—. No sé por qué. El hecho de que ayuden a Mat a vivir o lo dejen morir depende de lo que sea más conveniente para sus propósitos. Ninguno de los Tres Juramentos las obliga a curarlo. Mat es sólo un instrumento, a los ojos de la Amyrlin. De igual manera que lo somos nosotras. Nos utilizará para perseguir al Ajah Negro, pero, si uno rompe una

herramienta y ya no puede arreglarla, no se echa a llorar por ello. Busca simplemente otra. Las dos haréis bien en no olvidarlo.

—¿Qué vamos a hacer por él? —preguntó Egwene—. ¿Qué podemos hacer?

Nynaeve se dirigió a su armario y rebuscó en su interior. De regreso, llevaba una bolsa de tela con hierbas.

—Con mis medicinas… y un poco de suerte… tal vez pueda curarlo yo misma.

—Verin no pudo —le recordó Elayne—. Moraine y Verin juntas no lo consiguieron, y Moraine tenía un *angreal*. Nynaeve, si encauzas una excesiva cantidad de Poder Único, podrías quedar reducida a cenizas. O quedar neutralizada, en el mejor de los casos.

—No paran de decirme que tengo potencial para convertirme en la más poderosa Aes Sedai que haya existido en mil años —observó, encogiéndose de hombros, Nynaeve—. Quizás haya llegado el momento de comprobar si están en lo cierto. —Se dio un tirón de trenza.

A pesar del arrojo expresado en sus palabras, era evidente que Nynaeve tenía miedo. «Pero no va a permitir que Mat muera aunque para ello tenga que arriesgar su propia vida.»

—Sí, afirman continuamente que las tres somos muy poderosas… o que lo seremos. Tal vez, si lo probamos en conjunto, consigamos dividir el flujo entre todas.

—Nunca hemos intentado trabajar juntas —objetó Nynaeve—. Me parece que no sé cómo combinar nuestras habilidades. La tentativa podría ser casi tan peligrosa como la absorción excesiva de Poder.

—Oh, si vamos a hacerlo —propuso Elayne, saltando de la cama—, hagámoslo ya. Cuanto más tardemos, más miedo tendré. Mat está en las habitaciones de los huéspedes. No sé en cuál, pero Sheriam me lo ha dicho.

Como si quisiera poner punto final a sus palabras, la puerta se abrió de golpe, y una Aes Sedai entró con ademán arrogante, como si aquélla fuera su habitación y ellas, las intrusas.

Egwene realizó una profunda reverencia, para ocultar la consternación que debía de reflejarse en su cara.

17



La hermana Roja

Más que hermosa, Elaida era atractiva, pero la severidad de su semblante acentuaba la madurez de sus atemporales rasgos de Aes Sedai. Aun cuando no parecía vieja, Egwene no podía imaginar que Elaida hubiera sido joven en un tiempo. Salvo para las ocasiones de protocolo, eran pocas las Aes Sedai que llevaban el chal bordado con sarmientos y la lágrima de la Llama de Tar Valon, que caía justo en la espalda, pero Elaida llevaba puesto el suyo, cuyos largos flecos rojos anunciaban su Ajah. Su vestido de seda de color crema también tenía franjas rojas, y rojos eran los escarpines que asomaban bajo sus faldas mientras entraba en la habitación. Sus oscuros ojos las observaban como habrían observado a unos gusanos los ojos de un pájaro.

—De forma que aquí estáis todas reunidas. No sé por qué, no me sorprende.

Su voz transmitía la misma sensación que su porte; era una mujer acostumbrada al poder, dispuesta a hacer uso de él si lo consideraba necesario, una mujer que sabía más que las personas a quienes hablaba. Y aquello era aplicable tanto a una reina como a una novicia.

—Perdonadme, Aes Sedai —se disculpó Nynaeve, efectuando otra reverencia—, pero estaba a punto de irme. He de ponerme al día en mis estudios. Si me excusáis…

—Tus estudios pueden esperar —replicó Elaida—. Después de todo, ya llevan esperando desde hace bastante tiempo. —Le quitó de las manos la bolsa de hierbas y la abrió, pero, tras echar una ojeada en su interior, la arrojó al suelo—. Hierbas. Ya no eres una Zahorí de pueblo, hija. Tratando de aferrarte al pasado sólo conseguirás entorpecer tu aprendizaje.

—Elaida Sedai —dijo Elayne—, yo…

—Silencio, novicia. —La voz de Elaida era fría y suave, tan suave como puede serlo el envoltorio de seda de un objeto de acero—. Puede que hayas roto un vínculo entre Tar Valon y Caemlyn que ha pervivido durante tres mil años. Hablarás cuando te dirijan la palabra.

Elayne escrutó el retazo de suelo que se extendía ante sus pies, con las mejillas encendidas, y Egwene no supo si atribuir su rubor a la culpa o a la rabia.

Sin dedicarles la más mínima atención, Elaida tomó asiento en uno de los sillones, arreglándose con cuidado la falda. No hizo ningún gesto para indicarles que se sentaran. En el rostro de Nynaeve era patente la tensión que la impulsaba a infligirse contenidos tirones de trenza. Egwene hizo votos porque controlara lo bastante su genio y no se instalara en la otra silla sin permiso.

Cuando Elaida hubo hallado la postura más cómoda, las examinó un rato en silencio, con expresión indescifrable.

—¿Sabíais que tenemos al Ajah Negro entre nosotras? —dijo por fin.

Egwene cruzó estupefactas miradas con Nynaeve y Elayne.

—Eso nos han dicho… —respondió con cautela Nynaeve—, Elaida Sedai —agregó tras una breve pausa.

—Sí. —Elaida enarcó una ceja—. Ya me parecía que seguramente lo sabríais. —Egwene se sobresaltó al percibir su tono, que insinuaba mucho más de lo que en realidad decía, y Nynaeve abrió con enojo la boca, pero la autoritaria mirada de la Aes Sedai las conminó a callar—. Vosotras dos —prosiguió, como si nada, Elaida— os esfumáis, llevándoos con vosotras a la heredera del trono de Andor, a la muchacha que quizás un día llegue a ser reina de Andor…, si yo no le arranco antes el pellejo y lo vendo a un fabricante de guantes. Os esfumáis sin permiso, sin decir una palabra y sin dejar rastro.

—No me llevaron —precisó Elayne, todavía con la mirada fija en el suelo—. Fui por mi propia voluntad.

—¿Vas a obedecerme, hija? —Elaida se rodeó de una aureola y clavó la mirada en Elayne—. ¿Debo enseñarte ahora, en este preciso lugar?

Elayne levantó la cabeza, y en su expresión no hubo asomo de duda acerca de lo que sentía: rabia. Durante un largo momento sostuvo la mirada de Elaida.

Egwene se hincó las uñas en las palmas de las manos. Era desquiciante. Ella o Elayne o Nynaeve podían destruir en un instante a Elaida. Al menos, si la tomaban por sorpresa, porque, en fin de cuentas, ella era una Aes Sedai experimentada. «Y si hacemos cualquier cosa que no sea aguantar cuanto le venga en gana, lo echaremos todo a perder. No lo malogres, Elayne.»

—Perdonadme, Elaida Sedai —murmuró Elayne, bajando la cabeza—. Me… he excedido.

Elaida exhaló un sonoro resoplido y el nimbo desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Has aprendido malas costumbres, hija, dondequiera que te hayan llevado estas dos. No puedes permitirte tener malos hábitos, hija. Serás la primera reina de Andor con condición de Aes Sedai. La primera reina del mundo que será Aes Sedai desde

hace más de mil años. Serás una de las más fuertes que hayan existido desde el Desmembramiento del Mundo, quizá lo bastante fuerte como para ser la primera soberana que desde entonces se haya atrevido a decirle al mundo que es una Aes Sedai. No arriesgues todo eso, hija, porque aún puedes perderlo todo. He invertido demasiado tiempo para verlo. ¿Me comprendes?

—Creo que sí, Elaida Sedai —repuso Elayne, aunque, a juzgar por su tono, no parecía comprender en absoluto. Egwene tampoco entendía el mensaje de aquellas palabras.

—Puede que os halléis en grave peligro —continuó Elaida, cambiando de tema —, las tres. Desaparecéis de pronto y luego regresáis, y entretanto Liandrin y sus… compañeras abandonan Tar Valon. Se producirán comparaciones inevitables. Tenemos la seguridad de que Liandrin y las que se fueron con ellas son Amigos Siniestros, miembros del Ajah Negro. De ningún modo querría ver a Elayne afrontando la misma acusación y, para protegerla, debo protegeros a todas. Contadme por qué os marchasteis y qué habéis hecho durante estos meses, y yo haré cuanto pueda por vosotras. —Sus ojos se clavaron como las púas de un anzuelo en Egwene.

Egwene se devanó los sesos en busca de una respuesta verosímil. Se decía que, a veces, Elaida era capaz de detectar las mentiras.

—Fue…, fue por Mat. Está muy enfermo. —Trató de seleccionar con cuidado las palabras, de no decir nada que no fuera cierto y, a un tiempo, no expresar ni de buen trecho la verdad. «Las Aes Sedai lo hacen continuamente»—. Fuimos a… Lo trajimos aquí para que lo curaran. De lo contrario, habría muerto. La Amyrlin va a curarlo.

«Eso espero.» Puso toda su voluntad en no desviar los ojos de la escrutadora mirada de la Aes Sedai, de no mover los pies y traicionar así sus sentimientos de culpa. En el rostro de Elaida era imposible discernir si daba o no algún crédito a sus palabras.

—Basta, Egwene —la atajó Nynaeve. Elaida centró entonces su penetrante mirada en ella, pero Nynaeve no dio muestra alguna de que ello la impresionara y la sostuvo sin pestañear—. Perdonadme por interrumpir, Elaida Sedai —se disculpó educadamente—, pero la Sede Amyrlin ha dicho que debíamos dejar atrás nuestras transgresiones y olvidarlas, y que, para conformar un nuevo inicio, no debemos ni tan sólo hablar de ellas. La Amyrlin ha afirmado que debemos comportarnos como si nunca hubiera sucedido.

—¿Eso ha dicho? —Ni en la voz ni en el semblante de Elaida era posible percibir si la creía o no—. Interesante. Difícilmente podréis olvidarlo por completo cuando vuestro castigo ha sido anunciado a la totalidad de la Torre. Un caso sin precedente. Insólito. Por menos se ha neutralizado a algunas. Comprendo que estéis ansiosas porque todo quede en el olvido. Tengo entendido que van a ascenderos al grado de

Aceptadas, Elayne y Egwene. Ciertamente, eso no puede considerarse como un castigo.

Elayne miró a la Aes Sedai, como si le solicitara permiso para hablar.

—La madre ha dicho que estábamos preparadas —aseguró, con un ligero matiz de desafío en la voz—. He aprendido, Elaida Sedai, y he crecido. No me habría concedido la gracia de ascender a Aceptada si no fuera así.

—Has aprendido —repitió pensativamente Elaida—. Y crecido. Tal vez sí. —En su voz no se apreció ningún indicio sobre si lo consideraba como algo satisfactorio. Fijó una escrutadora mirada en Egwene y Nynaeve—. Habéis vuelto con ese Mat, un joven de vuestro pueblo. Había otro joven de vuestro pueblo: Rand al'Thor.

Egwene sintió como si una gélida mano le hubiera atenazado de improviso el estómago.

—Espero que esté bien —dijo con voz imperturbable Nynaeve, a pesar de la mano que apretaba con crispación la trenza—. Hace tiempo que no lo vemos.

—Un joven interesante. —Elaida las observaba con atención mientras hablaba—. No lo vi más que una vez, pero lo encontré… extremadamente interesante. Creo que debe de ser ta'veren. Sí. Es muy probable que en él residan las respuestas a muchas preguntas. Ese Campo de Emond debe de ser un lugar fuera de lo común para que de él salierais vosotras dos… y Rand al'Thor.

—Es sólo un pueblo —aseveró Nynaeve—. Un pueblo como cualquier otro.

—Sí, por supuesto. —Elaida esbozó una fría sonrisa que puso el corazón en un puño a Egwene—. Habladme de él. La Amyrlin no os habrá ordenado que guardéis silencio respecto a él, ¿verdad?

Nynaeve se tiró de la trenza. Elayne se puso a examinar la alfombra como si le fuera la vida en ello, y Egwene se estrujó el cerebro en busca de una respuesta. «Dicen que percibe las mentiras. Luz, si de verdad detecta las mentiras…» La incómoda situación se prolongó un momento, hasta que Nynaeve abrió la boca.

En ese instante se abrió la puerta. Sheriam paseó, un tanto sorprendida, la mirada por la habitación.

—Me alegro de encontrarte aquí, Elayne. Os buscaba a las tres. No esperaba veros aquí, Elaida.

—Todas sentimos curiosidad en lo que respecta a estas muchachas —explicó Elaida, poniéndose en pie y recomponiendo los pliegues de su chal—: por qué se fueron, qué vicisitudes han vivido durante su ausencia… Dicen que la madre les ha ordenado no hablar de ello.

—Tanto mejor —aprobó Sheriam—. Van a ser castigadas, y ello pondrá punto final a este episodio. Siempre he sido de la opinión que, cuando se aplica un castigo, debe borrarse la falta que lo provocó.

Las Aes Sedai se observaron por espacio de un largo momento, sin que ninguna

expresión alterara la placidez de sus rostros.

—Desde luego —convino al cabo Elaida—. Tal vez hable con ellas en otra ocasión, sobre otros asuntos. —Egwene creyó percibir una advertencia en la mirada que dirigió a las tres mujeres vestidas de blanco antes de pasar frente a Sheriam.

Manteniendo la puerta abierta, la Maestra de las Novicias observó cómo la otra Aes Sedai se alejaba por la galería, con rostro igual de inexpresivo.

Egwene dejó escapar un prolongado suspiro, y escuchó el eco de los exhalados por Nynaeve y Egwene.

—Me ha amenazado —dijo Elayne casi para sí, sin poder creerlo—. Me ha amenazado con neutralizarme si sigo mostrándome obstinada.

—La has malinterpretado —aseveró Sheriam—. Si la obstinación fuera una ofensa susceptible de acarrear la neutralización, la lista de mujeres neutralizadas contendría más nombres de los que seríais capaces de memorizar. Son pocas las mujeres dóciles que se han hecho acreedoras del anillo y el chal. Esto no significa, por supuesto, que no debáis aprender a actuar con mansedumbre cuando las circunstancias lo exigen.

—Sí, Sheriam Sedai —convinieron casi al unísono las tres, y Sheriam sonrió.

—¿Veis? Cuando menos, sois capaces de ofrecer la apariencia de docilidad. Y dispondréis de múltiples ocasiones de práctica hasta que hayáis recobrado el favor de la Amyrlin… y el mío. El mío será más difícil de conseguir.

—Sí, Sheriam Sedai —acordó Egwene, pero en esa ocasión sólo Elayne habló con ella.

—¿Y qué hay de… —dijo, en cambio, Nynaeve— … del cadáver, Sheriam Sedai? ¿Del…, del Sin Alma? ¿Habéis descubierto quién lo mató? ¿O por qué entró en la Torre?

—Das un paso adelante, Nynaeve —observó, con la mandíbula comprimida, Sheriam—, y luego otro atrás. Puesto que Elayne no ha demostrado la más mínima sorpresa, es obvio que se lo habéis contado… *¡aun cuando yo os haya advertido que no hablarais de ello con nadie!* Por consiguiente, ahora hay exactamente siete personas en la Torre que saben que hoy han matado a un hombre en las dependencias de las novicias, y dos de ellas son hombres que sólo saben eso. Aparte de que deben mantener una rigurosa discreción respecto al caso. Si no sois capaces de cumplir una orden de la Maestra de las Novicias, lo cual me ocuparé yo de corregir, tal vez obedezcáis lo que os mande la Sede Amyrlin. No debéis hablar de esto con nadie salvo con la madre o conmigo. La Amyrlin no está dispuesta a permitir que a los rumores contra los que ya debemos bregar se superpongan otros. ¿Queda claro?

—Sí, Sheriam Sedai —respondieron a coro ante la firmeza de su voz… pero Nynaeve no se contentó con ello—. Siete, habéis dicho, Sheriam Sedai. Más la persona que lo mató. Y tal vez alguien los ayudó a entrar en la Torre.

—Ése no es asunto de tu incumbencia. —La imperturbable mirada de Sheriam las abarcó a las tres—. Yo haré las preguntas que deban hacerse respecto a ese hombre, y vosotras olvidaréis que sabéis algo sobre él. Si descubro que incumplís esta orden… Bueno, hay cosas peores en que ocuparos aparte de fregar cacharros. Y no os valdrá ningún pretexto. ¿Tenéis más preguntas que formular?

—No, Sheriam Sedai.

Egwene observó con alivio que, en aquella ocasión, Nynaeve también se había sumado al coro. Su alivio era, no obstante, escaso. La severa vigilancia de Sheriam les dificultaría aún más las indagaciones sobre el Ajah Negro. Por un momento, sintió ganas de dar rienda suelta a una risa histérica. «Si el Ajah Negro no nos atrapa, lo hará Sheriam.» Se le pasaron las ganas de reír. «Suponiendo que Sheriam no sea del Ajah Negro.» Deseó que aquel pensamiento no hubiera tomado cuerpo en su mente.

—Muy bien, pues —asintió Sheriam—. Ahora venid conmigo.

—¿Adónde? —inquirió Nynaeve, y un instante antes de que la Aes Sedai entornara los ojos agregó—: Sheriam Sedai.

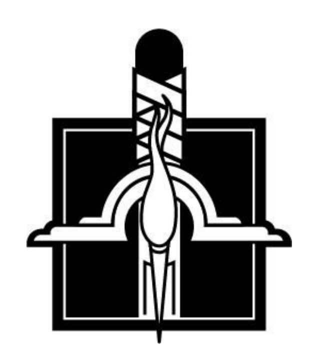
—¿Habéis olvidado —dijo con voz tensa Sheriam— que en la Torre siempre se realiza la curación en presencia de quienes nos traen a los enfermos?

Pese a que presentía que la Maestra de las Novicias estaba a punto de agotar su paciencia con ellas, Egwene no pudo reprimir una exclamación de sorpresa y regocijo.

—¡Entonces van a curarlo!

—La propia Amyrlin, entre otras, se hará cargo de ello. —El rostro de Sheriam era igual de inexpresivo que su voz—. ¿Acaso teníais algún motivo para dudarlo? —Egwene sólo acertó a negar con la cabeza—. En ese caso estáis desperdiciando los momentos que le quedan de vida a vuestro amigo demorándoos. No debemos hacer esperar a la Amyrlin. —Y, sin embargo, pese a sus palabras, Egwene tenía la impresión de que la Aes Sedai no tenía la menor prisa.

18



La curación

Los profundos pasadizos subterráneos adonde las condujo Sheriam estaban iluminados con lámparas sujetas con abrazaderas de hierro a la pared. Las escasas puertas frente a las que pasaron estaban cerradas, algunas con llave, otras tan bien disimuladas que se confundían con los muros hasta que no llegaban justo delante de ellas. La mayor parte de los pasillos laterales se abrían a la oscuridad y en algunos de ellos sólo se distinguía, a lo lejos, un tenue resplandor. Egwene no vio a ninguna otra persona. Aquéllos no eran lugares frecuentados ni siquiera por las Aes Sedai. Aunque el aire no era fresco ni cálido, ella se estremecía y, a un tiempo, notaba el sudor que le resbalaba por la espalda.

Allá abajo, en las profundidades de la Torre Blanca, las novicias se sometían a las últimas pruebas antes de ascender al rango de Aceptadas. O de ser echadas de la Torre, si fracasaban. Allá abajo, las Aceptadas prestaban los Tres Juramentos después de superar los exámenes. Entonces cayó en la cuenta de que nadie le había dicho qué ocurría con las Aceptadas que no se mostraban a la altura de lo exigido. Allá abajo, en algún sitio, se hallaba la habitación donde se guardaban los pocos *angreal* y *sa'angreal* con que contaba la Torre, y también los almacenes de los *ter'angreal*. El Ajah Negro había invadido aquellas estancias. Y, si algún miembro del Ajah Negro acechaba en uno de aquellos tenebrosos corredores, si Sheriam no las llevaba a donde se encontraba Mat, si no…

Emitió un chillido cuando la Aes Sedai se detuvo de improviso, y luego se ruborizó al sentir las curiosas miradas que las demás clavaron en ella.

—Estaba pensando en el Ajah Negro —explicó con un hilo de voz.

—No pienses en ello —dijo Sheriam, y por una vez su tono fue el mismo de siempre: firme y bondadoso a un tiempo—. El Ajah Negro no será, durante años, motivo de preocupación para ti. Tú cuentas con algo de lo que no disponemos las demás, de tiempo antes de que debas enfrentarte a él. Aún te queda mucho. Cuando

entremos, quedaos junto a la pared y guardad silencio. Se os permite asistir como un gesto de buena voluntad, pero no debéis distraer ni intervenir. —Abrió una puerta cubierta con metal gris cuya textura imitaba la de la piedra.

Ésta daba a una espaciosa habitación cuadrada, de desnudas paredes de piedra blanca, cuyo único mobiliario era una larga mesa de piedra situada en el centro y tapada con una tela blanca. Mat yacía en ella, completamente vestido, aunque sin zapatos, con los ojos cerrados y la cara tan demacrada que Egwene sintió ganas de llorar. Con cada penosa respiración emitía un ronco silbido. La daga de Shadar Logoth pendía, enfundada, de su cinturón, y el rubí que adornaba su empuñadura, en el que parecía concentrarse la luz, brillaba como un horroroso ojo rojo a pesar de la iluminación de una docena de lámparas, magnificada por las pálidas paredes y el suelo de blancas baldosas.

La Sede Amyrlin se encontraba junto a la cabeza de Mat, y Leane a sus pies. A un lado de la mesa había cuatro Aes Sedai, y en el otro, tres. Sheriam se sumó a aquellas tres. Una de ellas era Verin. Egwene reconoció a Serafelle, otra hermana Marrón, a Alanna Mosvani, del Ajah Verde, y a Anaiya, del Azul, el mismo Ajah al que pertenecía Moraine.

Alanna y Anaiya le habían impartido algunas de las clases dedicadas a la apertura a la Fuente Verdadera, a la forma como había que rendirse al *Saidar* para poder controlarlo. Y, desde su primera llegada a la Torre Blanca hasta su partida, Anaiya debía de haberle efectuado unas cincuenta pruebas para ver si era una Soñadora. Aun cuando éstas no habían arrojado ningún resultado evidente, la bondadosa Anaiya de anodino rostro, con esa cálida sonrisa que constituía su única belleza, había seguido llamándola para realizar nuevas observaciones, tan implacable como una roca que rodara por la ladera de una colina.

Salvo una mujer de fría mirada que creía que era una Blanca, las demás eran desconocidas para ella. La Amyrlin y la Guardiana llevaban, como era natural, sus túnicas, pero ninguna de las otras ofrecía ningún signo distintivo aparte de los anillos con la Gran Serpiente y las caras de edad indefinida características de las Aes Sedai. Ninguna de ellas se hizo eco de la presencia de Egwene y sus amigas, ni siquiera con una ojeada.

A pesar de la aparente calma de las mujeres que rodeaban la mesa, Egwene creyó advertir señales de incertidumbre en ellas: un fruncimiento en los labios de Anaiya, una arruga en el entrecejo del hermoso rostro moreno de Alanna. La mujer de gélida mirada no paraba de alisarse, con gesto inconsciente, la falda azul cielo sobre los muslos.

Una Aes Sedai a la que Egwene no conocía depositó una sencilla caja de madera pulida, larga y estrecha, en la mesa y la abrió. De su interior, forrado en seda roja, la Amyrlin extrajo una aflautada vara blanca de una longitud similar a la de su

antebrazo. Podría haber sido de hueso, o de marfil, pero no lo era. En realidad nadie sabía cuál era su material.

Aunque no la había visto nunca, Egwene reconoció la vara gracias a la conferencia que sobre ella había dado Anaiya a las novicias. Era uno de los pocos *sa'angreal*, el más poderoso tal vez, que poseía la Torre. Los *sa'angreal* no disponían, naturalmente, de poder propio —eran meros instrumentos para concentrar y magnificar el flujo que podía canalizar una Aes Sedai— pero, con aquella vara, una Aes Sedai con potentes facultades sería capaz de derribar las murallas de Tar Valon.

Egwene apretó con fuerza la mano de Nynaeve en un lado y la de Elayne en el otro. «¡Luz! ¡No están seguras de poder curarlo, ni siquiera con un *sa'angreal*…, con ese *sa'angreal*! Nosotras lo habríamos matado seguramente, y habríamos perecido con él. ¡Luz!»

—Yo daré la señal de inicio —dijo la Amyrlin—. Tened cuidado. El Poder necesario para romper el vínculo con la daga y curar sus efectos se acerca al límite del que podría causarle la muerte. Yo lo haré converger. Asistidme.

Sosteniendo la vara con ambas manos, la situó frente a ella, por encima del rostro de Mat. Todavía inconsciente, éste sacudió la cabeza y rodeó con dedos crispados la empuñadura del arma, murmurando algo que parecía una negativa.

Alrededor de cada una de las Aes Sedai se formó una aureola, aquel tenue nimbo de luz blanca que únicamente percibía una mujer capaz de encauzar. El resplandor se expandió lentamente, hasta que el que emanaba de cada cual entró en contacto con el de la vecina y se fundió con él y entre todas formaron una sola luz, una luz que, a los ojos de Egwene, reducía a la mínima expresión la de las lámparas. Y entre aquella luminosidad había un fulgor aún más intenso, una franja de fuego marfileño: el *sa'angreal*.

Egwene rechazó el impulso de abrirse al *Saidar* y agregar su flujo a la marea. Su atracción era tan poderosa que casi la levantaba del suelo. Elayne incrementó la presión en su mano. Nynaeve dio un paso hacia la mesa y luego se detuvo sacudiendo con enojo la cabeza. «Luz —pensó Egwene—, podría hacerlo.» Pero no sabía qué era lo que podría hacer. «Luz, es tan fuerte. Es tan… maravilloso.» A Elayne le temblaba la mano.

En la mesa, Mat se retorcía en medio del resplandor, murmurando palabras incomprensibles. Sus dedos, no obstante, seguían atenazando la daga, y no había abierto los ojos. Lenta, muy lentamente, comenzó a arquear la espalda, tensando de tal forma los músculos que el cuerpo le quedó agitado de temblores. Con todo, resistió porfiadamente, hasta que al fin sólo los talones y los hombros seguían en contacto con la mesa. La mano con que aferraba la empuñadura se abrió de golpe y se retiró de ella; fue obligada a retirarse de ella. Sus labios se retrajeron en una mueca de dolor, enseñando los dientes, y al espirar emitía ahogados gruñidos.

—Están matándolo —susurró Egwene—. ¡La Amyrlin está matándolo! Hemos de hacer algo.

—Si las detenemos —señaló Nynaeve con voz igual de queda—, en el supuesto de que pudiéramos detenerlas, morirá. No creo que yo pudiera encauzar la mitad de todo ese Poder. —Calló, como si acabara de escuchar sus propias palabras, en las que planteaba la posibilidad de encauzar ella sola la mitad de lo que diez Aes Sedai plenamente formadas lograban con la ayuda de un *sa'angreal*, y bajó aún más la voz —. La Luz me asista, cómo lo deseo.

Guardó silencio de repente. ¿Había querido decir que deseaba ayudar a Mat o que deseaba encauzar ese flujo de Poder? Egwene notaba el mismo apremiante impulso, como una canción que la compeliera a bailar.

—Debemos confiar en ellas —decidió finalmente Nynaeve—. No tiene otra alternativa.

De improviso Mat se puso a gritar, con voz recia y comprensible.

—¡*Muad'drin tia dar allende caba'drin rhadiem*! —Con la espalda arqueada y en tensión, los ojos firmemente cerrados, pronunciaba claramente las palabras—. *¡Los Valdar Cuebiyari! ¡Los! ¡Carai an Caldazar! ¡Al Caldazar!*

Egwene frunció el entrecejo. Había aprendido lo bastante como para reconocer la Antigua Lengua, si bien no tanto como para comprender más que algunas palabras. *¡Carai an Caldazar! ¡Al Caldazar!* «¡Por el honor del Águila Roja! ¡Por el Águila Roja!» Eran los antiguos gritos de guerra de Manetheren, una nación que había desaparecido durante la Guerra de los Trollocs. Una nación que se había asentado en las tierras que ocupaba ahora Dos Ríos. Hasta allí llegaban sus conocimientos; pero, de algún modo, por un momento tuvo la impresión de que debería entender asimismo el resto, como si el significado se hallara justo en el límite de su visión y sólo tuviera que volver la cabeza para aprehenderlo.

Con un sonoro ruido de cuero desgarrado, la daga con funda dorada se desprendió del cinturón de Mat y quedó suspendida a unos centímetros de su forcejeante cuerpo. El rubí rutilaba, parecía despedir centellas carmesí, como si él también se resistiera a la curación.

Mat abrió los ojos y miró airadamente a las mujeres que lo rodeaban.

—*¡Mia ayende, Aes Sedai! ¡Caballein misain ye! ¡Inde muagdhe Aes Sedai misain ye! ¡Mia ayende!* —Después se puso a gritar en un bramido de furia que se prolongó un rato, hasta que Egwene se extrañó de que aún le quedara resuello.

Anaiya se apresuró a inclinarse para coger una oscura caja metálica del suelo que, a juzgar por sus movimientos, era muy pesada. Cuando la dejó al lado de Mat y abrió la tapa, dejó al descubierto un exiguo espacio entre los costados que la componían, de cinco centímetros como mínimo de grosor. Anaiya volvió a inclinarse para tomar unas tenazas semejantes a las que usaría una ama de casa en la cocina y sujetó la daga

suspendida con tanto cuidado como si de una serpiente venenosa se tratara.

El grito de Mat se volvió más frenético. El rubí centelleó furiosamente, arrancando destellos rojos como la sangre.

La Aes Sedai arrojó el arma al interior de la caja, la tapó con celeridad y dejó escapar un sonoro suspiro al oír el ruido del cierre.

—Un objeto inmundo —dijo.

En cuanto hubo ocultado la daga, Mat cesó en su alarido y se vino abajo como si los músculos y los huesos se le hubieran tornado gelatina. Un instante después se apagó la aureola que cercaba a las Aes Sedai.

—Ya está —concluyó con voz ronca la Amyrlin, como si hubiera sido ella la que había estado gritando—. Hemos terminado.

Algunas de las Aes Sedai manifestaron en su gesto un evidente cansancio, y eran varias las que tenían la frente perlada de sudor. Anaiya sacó un pañuelo de lino de la manga y se enjugó sin disimulo la cara. La Blanca de fría mirada se dio casi subrepticiamente unos toques en las mejillas con un pequeño cuadrado de encaje de Lugard.

—Fascinante —comentó Verin—. Que la Antigua Sangre pueda fluir con tanta fuerza en alguien de nuestros días… —Ella y Serafelle juntaron las cabezas y se pusieron a hablar en voz baja, pero con gran profusión de gestos.

—¿Está curado? —preguntó Nynaeve—. ¿Vivirá?

Mat yacía como si durmiera, pero su rostro seguía igual de demacrado. Egwene nunca había oído hablar de una curación que no lo sanara todo. «A menos que el simple hecho de separarlo de la daga haya consumido todo el Poder que han utilizado. ¡Luz!»

—Brendas —solicitó la Amyrlin—, ¿os ocuparéis de que vuelvan a trasladarlo a su habitación?

—Como ordenéis, madre —respondió la mujer de glacial mirada, realizando una reverencia tan impasible como todo lo que destilaba de ella.

Cuando se fue en busca de los camilleros, varias de las otras Aes Sedai, incluida Anaiya, se marcharon también. Verin y Serafelle salieron tras ellas, todavía hablando entre sí en voz demasiado queda para que Egwene pudiera distinguir lo que decían.

—¿Está bien Mat? —preguntó Nynaeve. Sheriam enarcó las cejas.

—Está tan bien como puede estarlo —contestó fríamente la Sede Amyrlin, volviéndose hacia ellas—. Sólo el tiempo lo dirá. Llevar durante tanto tiempo algo infectado con la maldición de Shadar Logoth… ¿quién sabe el efecto que tendrá eso en él? Tal vez ninguno, tal vez mucho. Veremos. Pero el vínculo con la daga se ha quebrado. Ahora necesita reposo y tanta comida como pueda ingerir. En principio, debería vivir.

—¿Qué era lo que gritaba, madre? —inquirió Elayne, y luego añadió

precipitadamente—: Si me permitís preguntarlo.

—Impartía órdenes a soldados. —La Amyrlin dirigió una curiosa mirada al hombre tendido en la mesa. Aunque no se había movido desde que se había desplomado, Egwene tenía la sensación de que su respiración era menos trabajosa y más rítmica—. En una batalla acaecida hace dos mil años, diría yo. La Antigua Sangre vuelve a manifestarse.

—No todo guardaba relación con batallas —observó Nynaeve—. Lo he oído decir Aes Sedai. Eso no hacía referencia a una batalla, madre —agregó tras una breve pausa.

Por un momento la Amyrlin pareció reflexionar, plantearse quizá lo que diría o tal vez si diría algo.

—Durante unos minutos —dijo al cabo—, creo que el pasado y el presente se han confundido. Él se hallaba a la vez allí y aquí, y sabía quiénes éramos. Nos ha ordenado que lo soltáramos. —Volvió a guardar silencio un instante—. «Soy un hombre libre, Aes Sedai. No soy presa para consumo de Aes Sedai.» Eso es lo que ha dicho.

Leane emitió un sonoro bufido, y algunas de las otras Aes Sedai murmuraron con enojo para sí.

—Pero, madre —objetó Egwene—, no es posible que quisiera dar ese sentido a sus palabras. Manetheren era un aliado de Tar Valon.

—Manetheren era un aliado, hija —convino la Amyrlin—, ¿pero quién sabe lo que alberga el corazón de un hombre? Sospecho que ni siquiera él. El hombre es el animal que se somete más fácilmente a un yugo, y el más difícil de mantener sujeto a él. Incluso cuando él lo escoge libremente.

—Madre —indicó Sheriam—, es tarde. Las cocineras estarán esperando a estas ayudantes.

—Madre —pidió ansiosamente Egwene—, ¿no podríamos quedarnos con Mat? Si aún es probable que muera…

—Tenéis obligaciones que cumplir, hija —repuso la Amyrlin con mirada y semblante inexpresivos.

Egwene tuvo la certeza de que no se refería a fregar platos.

—Sí, madre.

Efectuó una reverencia, rozando con la falda los vestidos de Nynaeve y Elayne, que también se habían inclinado ante la Amyrlin. Dedicó una última mirada a Mat y luego se alejó detrás de Sheriam. Mat aún no se había movido.

19



El despertar

Mat abrió lentamente los ojos y observó el techo de yeso blanco, sin saber dónde se hallaba ni cómo había llegado allí. Un friso de doradas hojas entrelazadas bordeaba el techo, y el mullido colchón donde reposaba estaba relleno de plumas. Debía de ser, pues, en la morada de alguien rico. Su mente, sin embargo, no conservaba noción del lugar ni de las razones por las que se encontraba allí, como tampoco de otras muchas circunstancias.

Había estado soñando y en su cabeza los sueños aún se mezclaban confusamente con los recuerdos. No podía separarlos. Furiosas arremetidas y combates, gentes extrañas procedentes del otro lado del océano, Atajos y Portales de Piedra y retazos de otras vidas, portentos directamente salidos de un relato de juglar que, obligadamente, habían de ser sueños. Al menos eso le parecía. Pero Loial formaba parte de la realidad, y era un Ogier. Entre sus pensamientos se reproducían, inconexos, trozos de conversaciones sostenidas con su padre, con sus amigos, con Moraine, con una hermosa mujer, con el capitán de un barco y con un hombre muy bien vestido que le hablaba como un padre, dándole sabios consejos. Aquello probablemente era real. Pero todo se le aparecía fragmentado y vagaroso.

—*Muad'drin tia dar allende caba'drin rhadiem* —murmuró. Las palabras eran meros sonidos y, pese a ello, alumbraban… un sentido.

Las tupidas hileras de lanceros se prolongaban casi dos kilómetros a ambos lados debajo de él, salpicadas con los pendones y estandartes de ciudades, pueblos y casas de la baja nobleza. El río le cubría el flanco a la izquierda y las turberas y ciénagas a la derecha. Desde la ladera de la colina observaba luchar a los lanceros contra la masa de trollocs que trataban de abrirse paso entre ellos. Había diez trollocs por cada humano. Las lanzas traspasaban las negras cotas de mallas de los trollocs y las picudas hachas causaban sangrientos boquetes en las filas humanas. El aire estaba poblado de gritos y bramidos. El sol brillaba despiadadamente en un

cielo sin nubes, y sobre el frente de batalla se percibía claramente la calima. El enemigo seguía descargando lluvias de flechas que abatían por igual a trollocs y humanos. Él había mandado retroceder a sus arqueros, pero a los Señores del Espanto les daba igual con tal de abrir brecha en su vanguardia. Tras él, en el cerro, la Guardia del Corazón aguardaba su orden y los caballos piafaban de impaciencia. Las armaduras de hombres y monturas relucían con igual esplendor bajo la luz del sol; ni los jinetes ni los animales podrían resistir durante mucho más tiempo el calor.

Debían vencer o morir allí. Él tenía fama de jugador; había llegado el momento de tentar la suerte. Irguiéndose sobre los estribos, impartió la orden con recia voz que se propagó sobre el tumulto reinante abajo.

—¡Que la infantería despeje el paso a la caballería! —Su portaestandarte se aproximó a él, con el estandarte del Águila Roja ondeando sobre su cabeza, al tiempo que el mandato se repetía por entre las filas.

Abajo, los lanceros se movieron de improviso, haciéndose disciplinadamente a un lado, estrechando sus formaciones para dejar anchos pasillos entre sí. A las recién formadas brechas afluyeron los trollocs, profiriendo bestiales gritos, como una negra y rezumante marea de muerte.

Desenvainó la espada y la puso en alto.

—¡Adelante la Guardia del Corazón! —Hincó los talones en los flancos, y su montura partió al galope colina abajo. Tras él sonaba el atronador martilleo de los cascos—. ¡A la carga! —Fue el primero en arremeter contra los trollocs, descargando mandobles por doquier, seguido de su portaestandarte—. ¡Por el honor del Águila Roja! —La Guardia del Corazón avanzó implacable por los corredores dejados por los lanceros, aplastando la marea, obligándola a retroceder—. ¡El Águila Roja! —Los rostros semihumanos le enseñaban los dientes con sus gruñidos y las espadas de curvado filo surcaban, buscándolo, el aire, pero él seguía abriéndose paso. Ganar o morir—. ¡Manetheren!

—Los Valdar Cuebiyari —murmuró Mat, llevándose una temblorosa mano a la frente.

Estaba casi seguro de conocer su significado: «Adelante la Guardia del Corazón», o tal vez «En marcha la Guardia del Corazón», pero eso era imposible. Moraine le había enseñado algunas palabras de la Antigua Lengua, y ésas eran las únicas que conocía. El resto debía de tener seguramente tanto sentido como el parloteo de una cotorra.

—Qué locura —se mofó—. Probablemente ni siquiera es en absoluto la Antigua Lengua. Sólo una jerigonza. Esa Aes Sedai está mal de la cabeza. No ha sido más que un sueño.

Aes Sedai. Moraine. De repente reparó en su delgada muñeca y su huesuda mano y se quedó mirándolas. Había estado enfermo. Tenía una dolencia que guardaba

relación con una daga. Una daga con un rubí en la empuñadura, y una ciudad maldita, deshabitada desde hacía mucho tiempo, llamada Shadar Logoth. Todo era borroso y distante, absurdo, pero sabía que no era un sueño. Egwene y Nynaeve lo llevaban a Tar Valon para que lo curaran. Hasta ahí llegaban sus recuerdos.

Trató de incorporarse y volvió a caer postrado, débil como un cordero acabado de nacer. Se sentó como pudo en la cama y apartó la manta de lana. Estaba desnudo. Tal vez alguien habría guardado su ropa en el armario decorado con sarmientos adosado a la pared. Por el momento lo tenía sin cuidado su vestimenta. Se puso trabajosamente en pie, avanzó tambaleante sobre el alfombrado suelo, se agarró a una silla de alto respaldo y de allí se desplazó hasta la mesa, ornada con volutas doradas en bordes y patas.

Los altos candelabros de pie, cada uno con cuatro velas de cera de abeja, iluminaban intensamente la habitación, ayudados por los pequeños espejos situados tras las llamas. Un espejo de mayores dimensiones colgado sobre el brillante aguamanil le devolvió su imagen, demacrada y enflaquecida, de prominentes pómulos y ojos hundidos, el pelo pegado a causa del sudor, el cuerpo encorvado como el de un anciano y tembloroso como la hierba azotada por la brisa. Hizo un esfuerzo por enderezar la espalda, pero logró escasos resultados.

En la mesa, justo ante sus manos, reposaba una bandeja tapada de la que le llegó un olor a comida. Al retirar el paño que la cubría, vio dos grandes jarras de plata y platos de fina porcelana verde. Había oído decir que los Marinos cobraban por esa porcelana su peso en plata. Había esperado encontrarse con caldo de gallina, o mollejas, el tipo de cosas que hacían comer a los convalecientes. En su lugar, en un plato había numerosas tajadas de asado de buey, con mostaza negra y rábano picante. En los otros había patatas cocidas, judías con cebolla, col y guisantes. Encurtidos y un trozo de queso amarillo. Gruesas rebanadas de crujiente pan y una fuente con mantequilla. Una de las jarras estaba llena de leche y todavía cubierta por el agua condensada en sus paredes, la otra de algo que olía a vino aromatizado. Había comida suficiente para cuatro personas. La boca se le hizo agua y las tripas le gruñeron, reclamando alimento.

«Primero averiguaré dónde estoy.» Pese a su resolución, tomó una tajada de buey y la hundió en la salsa de mostaza antes de apartarse de la mesa para ir hacia las tres elevadas y angostas ventanas.

Éstas estaban cerradas con postigos labrados con ondulados dibujos, pero por los agujeros advirtió que afuera era de noche. Las luces de otras ventanas formaban puntos dispersos en la oscuridad. Por un momento se acodó en el blanco alféizar de piedra, sucumbiendo a la frustración, pero luego comenzó a pensar.

«Puedes convertir toda adversidad en algo provechoso para ti con sólo pensar», decía siempre su padre, y ciertamente Abell Cauthon era el mejor tratante de caballos

de todo Dos Ríos. Cuando parecía que alguien le había sacado ventaja al padre de Mat, al final siempre resultaba que se había llevado la peor parte. Y no era que Abell Cauthon se valiera de procedimientos deshonestos, pero ni siquiera la gente del Embarcadero de Taren conseguía hacer negocios redondos con él, y todo el mundo sabía lo fino que hilaban en tales cuestiones. Todo se debía a que él consideraba las cosas desde todos los ángulos posibles.

Tar Valon. Debía de ser Tar Valon. Aquella habitación pertenecía a un palacio. Sólo la alfombra domani del suelo debía de costar lo que una granja. Además, ya no creía que estuviera enfermo, y, por lo que le habían dicho, Tar Valon era la única posibilidad que le quedaba para recobrar la salud. En realidad nunca se había sentido enfermo, ni siquiera cuando Verin —otro nombre que salió a flote entre la niebla de su mente— había comentado a alguien que estaba a punto de morir. Ahora se encontraba débil como un bebé y hambriento como un lobo, pero, a pesar de ello, estaba seguro de que lo habían curado. «Me siento… íntegro y sano, eso es todo. Me han curado.» Dirigió una mueca a los postigos.

Curado. Eso significaba que lo habían tratado con el Poder Único. Sólo de pensar en ello se le ponía carne de gallina, pero sabía con antelación que debía someterse a ello.

—Es preferible a morir —se dijo. A su recuerdo afloraron algunas de las historias sobre Aes Sedai que había escuchado—. Así debe ser. Incluso Nynaeve pensaba que iba a morirme. Sea como fuere, ahora ya está hecho y de nada sirve preocuparse por ello. —Cayó en la cuenta de que se había comido toda la tajada de buey y que se chupaba el jugo que le había quedado en los dedos.

Regresó con paso inseguro a la mesa, corrió un taburete que había debajo y se sentó. Sin molestarse en utilizar el cuchillo y el tenedor, se sirvió otro trozo de carne. ¿Cómo podía redundar en provecho propio el hecho de hallarse en Tar Valon? «En la Torre Blanca, debe de ser.»

En Tar Valon había, forzosamente, Aes Sedai, y aquél no era precisamente un acicate para quedarse ni una hora allí. Más bien todo lo contrario. Sus recuerdos respecto al tiempo que había pasado con Moraine y más tarde con Verin no eran una referencia muy valiosa. En su memoria no guardaba ninguna acción terrible realizada por ellas, pero tampoco conservaba un recuerdo preciso sobre esa época concerniente a otras cuestiones. De todas formas, hicieran lo que hicieran las Aes Sedai, siempre obraban de acuerdo con sus propios intereses.

—Y dichos intereses no coinciden siempre con los que uno cree que persiguen —murmuró mientras acababa de masticar un pedazo de patata, y luego la engulló—. Las Aes Sedai nunca mienten, pero la verdad que expresa una Aes Sedai no se ajusta siempre a lo que uno interpreta. Ése es un punto que debo tener en cuenta: no puedo fiarme de ellas ni aunque crea conocer sus motivaciones. —Aquélla no era en verdad

una conclusión reconfortante. Se llenó la boca de guisantes.

Tales cavilaciones trajeron a su recuerdo algunos detalles que conocía respecto a las Aes Sedai. Los siete Ajahs: Azul, Rojo, Marrón, Verde, Amarillo, Blanco y Gris. Las Rojas eran las peores. «Exceptuando el Ajah Negro, del que todas niegan la existencia.» El Ajah Rojo no tenía por qué suponer una amenaza para él, puesto que centraba su interés en los hombres capaces de encauzar.

«Rand. Demonios, ¿cómo he podido olvidarme de él? ¿Dónde está? ¿Se encontrará bien?» Suspiró con pesar y untó de mantequilla una rebanada de pan que aún estaba tibia. «¿Habrá enloquecido ya?»

Aun en el supuesto de que conociera las respuestas, no había nada que pudiera hacer por él. Ni tampoco estaba seguro de que fuera a ayudarlo en caso de que ello fuera factible. Rand tenía la capacidad para encauzar, y Mat había crecido escuchando historias y fabulaciones sobre hombres que encauzaban, cuentos destinados a asustar a los niños, pero que también infundían miedo en los adultos, porque algunas de ellas eran, por desgracia, ciertas. El hecho de descubrir lo que Rand podía hacer había sido como enterarse de que su mejor amigo torturaba a animalillos indefensos y mataba niños. Una vez superada la incredulidad inicial, era difícil seguir considerándolo como un amigo.

—Debo ocuparme de mí mismo —decidió con enfado. Quiso servirse vino y vio con sorpresa que había vaciado la jarra. Entonces se llenó la copa de leche—. Egwene y Nynaeve quieren ser Aes Sedai. —No había sido consciente de ese recuerdo hasta haberlo expresado en palabras—. Rand va de un sitio a otro con Moraine, proclamándose el Dragón Renacido, y la Luz sabe en qué andará Perrin. Ha estado actuando de una manera rara desde que le cambiaron de color los ojos. Debo ocuparme de mí mismo. —«¡Diantre, si debo hacerlo! Soy el último que conserva el juicio. Sólo quedo yo.»

Tar Valon. Estaba considerada como la ciudad más rica del mundo y era el centro del comercio que se desarrollaba entre las Tierras Fronterizas y las naciones del Sur, el centro del poder de las Aes Sedai. No creía posible que ninguna Aes Sedai se aviniera a jugar con él. Ni tampoco se fiaría del resultado obtenido en una partida de dados o cartas teniendo como compañero de mesa a una de aquellas mujeres. Pero seguramente habría mercaderes y personajes acaudalados. La ciudad en sí merecía una estancia de unos días. Pese a que tenía conciencia de haber viajado mucho desde que había salido de Dos Ríos, aparte de algunos vagos recuerdos de Caemlyn y Cairhien, había olvidado todo lo relativo a las grandes ciudades. Siempre había anhelado ver una gran ciudad.

—Pero no una llena de Aes Sedai —murmuró con acritud, dando cuenta de los últimos guisantes. Después volvió a dedicar la atención a la carne.

Se preguntó ociosamente si las Aes Sedai lo dejarían quedarse con el rubí de la

daga de Shadar Logoth. Invocó el difuminado recuerdo que guardaba de aquella arma y, aun así, fue como rememorar una terrible herida. Se le agarrotaron las entrañas y notó un agudo dolor en las sienes. La imagen del rubí, no obstante, tan grande como la uña de su pulgar, oscuro como una gota de sangre, reluciente como un ojo carmesí, se le aparecía clara. Sin duda él tenía más derecho sobre él que las Aes Sedai, y su precio alcanzaría seguramente para comprar una docena de granjas en su comarca.

«Probablemente dirán que está infectada.» Y no sería una afirmación descabellada. Con todo, dio rienda suelta a la fantasía de cambiar la gema a uno de los Coplin por sus mejores tierras. La mayoría de los componentes de esa familia, alborotadores de nacimiento, cuando no salían ladrones y mentirosos, merecían todo cuanto pudiera ocurrirles y más. En su fuero interno había descartado, no obstante, la posibilidad de que las Aes Sedai se lo devolvieran, y tampoco le hacía gracia la idea de transportarlo hasta el Campo de Emond en caso de recuperarlo. Y la perspectiva de poseer la granja de mayores dimensiones de Dos Ríos no le resultaba tan excitante como antes. En un tiempo, aquélla había sido su mayor ambición, aparte de obtener una reputación tan buena como su padre en el comercio de caballos. Ahora aquella aspiración se le antojaba muy poca cosa. Una insignificancia, con la totalidad del mundo esperándolo afuera.

En primer lugar, resolvió, debía localizar a Egwene y Nynaeve. «Quizás hayan recobrado la cordura y hayan renunciado a esa insensatez de querer convertirse en Aes Sedai.» No abrigaba grandes esperanzas al respecto, pero no quería irse sin verlas. Lo que sí era seguro era que se marcharía. Les dedicaría una visita a ellas, un par de días a ver la ciudad, jugaría tal vez un poco a los dados para que su bolsa abultara más, y luego partiría hacia un lugar donde no hubiera Aes Sedai. Antes de regresar a casa —«Un día volveré. Algún día»— quería ver mundo, y sin ninguna Aes Sedai que lo hiciera bailar al ritmo de su canción.

Buscando en la bandeja algo más que comer, advirtió con asombro que sólo quedaban algunas migajas de queso. Las jarras estaban vacías. Bajó con estupor la vista hacia su estómago. Debería sentirse saciado hasta la náusea con todo lo que había consumido, pero sentía como si apenas hubiera comido. Juntó los pedacitos de queso esparcidos entre el pulgar y el índice y, cuando se los llevaba a la boca, se le petrificó la mano.

«Yo hice sonar el Cuerno de Valere.» Se puso a silbar quedamente una melodía y paró bruscamente cuando la letra de la canción afloró a su mente:

Estoy en el fondo del pozo.
Es de noche y la lluvia llega aquí abajo.
Las paredes se desmoronan,
y no hay cuerda alguna para subir.
Estoy en el fondo del pozo.

—Mejor será que haya una maldita cuerda para subir —susurró.

Dejó caer las migajas de queso en la bandeja y por un momento volvió a sentirse mal. Obstinadamente, trató de pensar, de abrir una brecha en la niebla que lo envolvía todo en su cabeza.

Verin se había ocupado de llevar el Cuerno a Tar Valon, pero él no recordaba si ella sabía que era él quien lo había tocado. Nunca había dicho nada significativo al respecto, estaba seguro. Creía estarlo. «¿Y si lo sabe? ¿Y si todas lo saben? A menos que Verin hiciera algo con él que yo ignoro, tienen el Cuerno. No me necesitan.» ¿Pero quién se hallaba en condiciones de determinar qué creían necesitar las Aes Sedai?

—Si me preguntan —resolvió con ferocidad—, yo ni siquiera lo he tocado. Si lo saben… Si lo saben, me… Ya lo resolveré en su momento. Rayos y truenos, no es posible que quieran algo de mí. ¡No es posible!

Una queda llamada en la puerta lo hizo ponerse tambaleante en pie, dispuesto a echar a correr…, si hubiera habido un lugar adonde correr, y si él se hubiera hallado en condiciones de dar más de tres pasos. Tal sitio no existía y el cuerpo no le respondía.

La puerta se abrió.

20



Visitas

La mujer que entró, vestida toda de blanco y plata, cerró la puerta tras ella y se apoyó en la hoja para observarlo con los ojos más oscuros que Mat había visto nunca. Era tan hermosa que casi se quedó sin aliento, con un pelo negro como la noche recogido con una cinta de hebras de plata entrelazadas y tan airosa en la inmovilidad como lo sería otra mujer bailando. Durante unos segundos tuvo la impresión de que la conocía, pero inmediatamente rechazó tal idea. Ningún hombre olvidaría a una mujer como aquélla.

—Supongo que tendrás un aspecto aceptable una vez que te hayas vuelto a rellenar —dijo—, pero por ahora tal vez podrías ponerte algo.

Mat continuó mirándola con embeleso un instante y luego cayó de repente en la cuenta de que estaba desnudo. Rojo como la grana, se fue arrastrando los pies hasta la cama, se tapó con la manta a modo de capa y, más bien que sentarse, cayó en el borde del colchón.

—Perdonad por… es decir, yo… es que no esperaba… Yo… —Respiró hondo—. Os pido disculpas por encontrarme así.

Todavía notaba las mejillas encendidas. Por un momento deseó que Rand, fuera lo que fuese en que se había convertido, o el mismo Perrin estuvieran allí para aconsejarlo. Ellos siempre parecían salir airosos con las mujeres. Incluso las chicas que sabían que Rand estaba prácticamente comprometido con Egwene solían mirarlo con agrado y, al parecer, consideraban que la pausada naturaleza de Perrin tenía su atractivo. Por más que lo había intentado, él siempre acababa haciendo el ridículo delante de las muchachas. Exactamente como ahora.

—No me habría presentado así, Mat, de no ser porque me hallaba aquí en la…, en la Torre Blanca —sonrió como si el nombre le resultara divertido— para atender cierto asunto, y quería veros a todos. —Nuevamente ruborizado, Mat se arrebujó aún más en la manta, pero ella no parecía haber querido tomarle el pelo. Con porte más majestuoso que el de un cisne, se deslizó hasta la mesa—. Tienes hambre. Es lo

normal, tal como hacen ellas las cosas. Come cuanto te den. Te sorprenderá ver con cuánta rapidez recuperas peso y fuerzas.

—Perdonad —se excusó educadamente Mat—, pero ¿os conozco? Sin ánimo de ofender, me resultáis… familiar. —La mujer clavó la mirada en él, provocándole una aguda incomodidad. Una mujer como ella esperaría que la recordasen.

—Puede que me hayas visto —repuso al cabo—, en algún sitio. Llámame Selene. —Ladeó ligeramente la cabeza, como si previera que él reconocería el nombre.

Éste produjo una tenue reacción en los confines de su memoria. Aunque tuvo la sensación de haberlo oído antes, no pudo determinar ni cuándo ni dónde.

—¿Sois una Aes Sedai, Selene?

—No. —Su respuesta fue queda pero sorprendentemente enfática.

Por primera vez la observó con detenimiento, ya en condiciones de percibir algo más que su belleza. Era casi tan alta como él, esbelta y, por su forma de moverse, seguramente fuerte. No alcanzó a precisar su edad —podía tener un par de años más que él o un máximo de diez— pero sus mejillas eran tersas. Su collar de lisas piedras blancas y plata entrelazada hacía juego con su ancho cinturón, pero no llevaba un anillo con la Gran Serpiente. Su ausencia no debiera haberle extrañado, pues ninguna Aes Sedai negaría explícitamente su condición, y, sin embargo, le chocó. Ella transmitía una sensación de confianza en sí misma, de seguridad en su propio poder equiparable a la de una reina, y algo más…, características todas que él asociaba a las Aes Sedai.

—¿No seréis, por casualidad, una novicia?

Le habían dicho que las novicias vestían de blanco, pero realmente no esperaba que ella lo fuera. «A su lado Elayne parecía una vulgar criada.» Elayne. Otro nombre que había acudido misteriosamente a su cabeza.

—Nada de eso —contestó con expresión irónica Selene—. Digamos que soy alguien que tiene intereses coincidentes contigo. Esas… Aes Sedai pretenden utilizarte, pero, en general, creo que te va a agradar. Y que vas a aceptarlo. A ti no es preciso convencerte para que vayas en pos de la gloria.

—¿Utilizarme? —Recordó haber tenido tales pensamientos, pero en lo concerniente a Rand y no a él mismo. «Yo no tengo ningún valor de uso para ellas. ¡Maldita sea, Luz, no puede ser!»—. ¿A qué os referís? Yo no soy importante. No tengo ninguna utilidad para nadie excepto para mí. ¿Qué clase de gloria?

—Sabía que te atraería. A ti más que a nadie.

La sonrisa de Selene le produjo un torbellino en la cabeza. Se pasó una mano por el pelo. La manta resbaló y él se apresuró a cogerla antes de que cayera.

—Escuchad, no tienen ningún interés en mí. —«¿Y lo de que tú fuiste quien sopló el Cuerno?»—. Yo sólo soy un granjero. —«Quizá piensan que estoy ligado de algún modo a Rand. No, Verin dijo…» No estaba seguro de qué era lo que había dicho

Verin, ni tampoco Moraine, pero presentía que la mayor parte de las Aes Sedai desconocían todo lo concerniente a Rand. A él le convenía que las cosas siguieran así, al menos hasta que se hallara bien lejos de Tar Valon—. Sólo un simple campesino. Lo único que quiero es ver un poco de mundo y luego regresar a la granja de mi padre. —«¿Qué querrá decir con eso de la gloria?»

Selene sacudió la cabeza como si le hubiera leído el pensamiento.

—Eres más importante de lo que sospechas. Y ciertamente más importante de lo que creen esas que se hacen llamar Aes Sedai. Tú puedes alcanzar la gloria, si eres lo bastante inteligente como para no confiar en ellas.

—Deduzco, por vuestras palabras, que vos no confiáis en ellas. —«¿Qué se hacen llamar?» En su mente despuntó una posibilidad que no se atrevió a expresar de viva voz—. ¿Sois una…? ¿Sois…? —Aquélla no era una acusación que pudiera formularse a la ligera.

—¿Una Amiga Siniestra? —dijo con tono burlón Selene, entre divertida y desdeñosa, pero en absoluto enojada—. ¿Uno de esos patéticos seguidores de Ba'alzemon que creen que él les dará inmortalidad y poder? Yo no sigo a nadie. Existe un hombre a cuyo lado podría caminar, pero no seguir.

—Por supuesto que no —convino Mat, riendo con nerviosismo. «Rayos y truenos, un Amigo Siniestro nunca se delataría. Sin duda lleva un cuchillo envenenado, si lo es.» Recordó vagamente a una mujer vestida como una aristócrata de alcurnia, una Amiga Siniestra empuñando una daga con su delgada mano—. Nada más lejos de mi intención. Parecéis…, parecéis una reina. Eso quería decir. ¿Sois una dama noble?

—Mat, Mat, debes aprender a fiarte de mí. Oh, yo también te utilizaré… Eres demasiado suspicaz por naturaleza, en especial desde que has llevado esa daga, para que vaya a negarlo, pero colaborando conmigo obtendrás riqueza, poder y gloria. No voy a presionarte. Siempre he opinado que los hombres rinden más si están convencidos que si se los obliga. Esas Aes Sedai ni siquiera se dan cuenta de lo importante que eres, y él intentará disuadirte o matarte, pero yo puedo concederte lo que deseas.

—¿Él? —inquirió vivamente Mat. «¿Matarme? Luz, es a Rand a quien persiguen y no a mí. ¿Cómo sabe ella lo de la daga? Supongo que toda la Torre estará al corriente»—. ¿Quién quiere matarme?

Selene frunció la boca como si hubiera revelado más de lo que se proponía.

—Tú sabes lo que quieres, Mat, y yo lo sé tan bien como tú. Debes elegir en quién vas a depositar tu confianza de acuerdo con los beneficios que te reportará. Yo reconozco que te utilizaré. Esas Aes Sedai jamás lo reconocerán. Yo te conduciré por la senda de la riqueza y la gloria. Ellas te mantendrán atado con un dogal hasta que mueras.

—Vos afirmáis muchas cosas —observó Mat—, pero ¿cómo sé yo si hay algo en ello de verdad? ¿Cómo sé si sois más digna de fiar que ellas?

—Escuchando lo que ellas te digan, y lo que omitan decirte. ¿Te contarán que tu padre vino a Tar Valon?

—¿Que mi padre estuvo aquí?

—Un hombre llamado Abell Cauthon, y otro llamado Tam al'Thor. No pararon de molestar hasta conseguir una audiencia, tengo entendido, para preguntar dónde estabais tú y tus amigos. Y Siuan Sanche los mandó de vuelta a Dos Ríos con las manos vacías, sin darles a conocer siquiera si estabais vivos o muertos. ¿Te dirán eso, a menos que lo preguntes? Puede que ni siquiera entonces, porque cabe la posibilidad de que trataras de huir para regresar a casa.

—¿Mi padre cree que estoy muerto? —dijo lentamente Mat.

—Es posible hacerle llegar la noticia de que estás vivo. Yo puedo ocuparme de ello. Piensa en quién vas a depositar tu confianza, Mat Cauthon. ¿Te dirán que precisamente en estos momentos Rand al'Thor intenta escapar y la tal Moraine está persiguiéndolo? ¿Te dirán que el Ajah Negro infesta su preciosa Torre Blanca? ¿Te dirán siquiera cómo se proponen utilizarte?

—¿Rand intentar escapar? Pero si… —Tal vez ella supiera que Rand se había autoproclamado el Dragón Renacido, o tal vez no, pero no sería él quien se lo dijera. «¡El Ajah Negro! ¡Por todos los demonios!»—. ¿Quién sois, Selene? Si no sois una Aes Sedai, ¿qué sois?

—Recuerda simplemente que existe otra alternativa. —Su sonrisa ocultaba secretos—. No tienes por qué ser una marioneta al servicio de la Torre Blanca ni una presa para los Amigos Siniestros de Ba'alzemon. El mundo es más complejo de lo que imaginas. Por el momento, obra según los deseos de esas Aes Sedai, pero recuerda que tienes posibilidad de elección. ¿Lo harás?

—No veo que la tenga realmente —comentó sombríamente—. Supongo que lo haré.

Selene endureció la mirada, y el tono amistoso se desprendió de su voz como la piel vieja de una serpiente.

—¿Supones? No he venido a ti de esta manera, a hablarte como lo he hecho, para conseguir suposiciones, Matrim Cauthon. —Alargó una delgada mano.

Aunque no tenía nada en ella y entre los dos mediaba media habitación, él se echó atrás, alejándose de su mano, como si ésta se hallara a escasos centímetros empuñando una daga. En realidad no sabía por qué, salvo que en sus ojos brillaba una amenaza, y estaba seguro de que no eran imaginaciones suyas. Comenzó a sentir un hormigueo en la piel, y el dolor de cabeza volvió a arreciar.

De improviso el cosquilleo y el dolor se esfumaron, y Selene giró con celeridad la cabeza como si escuchara algún ruido procedente del otro lado de la pared. Con un

tenue fruncimiento de entrecejo, bajó la mano.

—Volveremos a conversar, Mat —prometió con expresión otra vez impasible—. Tengo mucho que decirte. Recuerda las opciones que se abren ante ti. Recuerda que hay muchas manos dispuestas a matarte. Sólo yo te garantizo la vida y todo lo que ansías, si obras según te indique. —Se deslizó por la puerta tan silenciosa y airosa como había entrado.

Mat espiró prolongadamente, con el rostro empapado en sudor. «¿Quién diablos es?» Una Amiga Siniestra, quizá. Lo que no encajaba era que había demostrado el mismo desprecio por Ba'alzemon que por las Aes Sedai. Los Amigos Siniestros siempre hablaban de Ba'alzemon con la misma reverencia con que cualquiera se referiría al Creador. Y no le había pedido que no revelara su visita a las Aes Sedai.

«Claro —pensó con acritud—. Disculpadme, Aes Sedai, pero esa mujer ha venido a verme. No era Aes Sedai, pero me ha parecido que comenzaba a utilizar el Poder Único contra mí, y ha asegurado que no era una Amiga Siniestra, pero me ha dicho que vosotras pensáis utilizarme y que el Ajah Negro ronda por la Torre. Oh, y también me ha dicho que soy importante. No comprendo por qué. Ahora no tendréis inconveniente en que me vaya, ¿verdad?»

Con cada minuto que transcurría consideraba más acertada la idea de marcharse. Se levantó torpemente de la cama y se dirigió con paso inestable al armario, agarrando la manta con la mano. Sus botas se encontraban adentro y su capa colgaba de un gancho, debajo de su cinturón, con la bolsa y el cuchillo enfundado. No era más que un cuchillo de monte, con una gruesa hoja, pero podía ser tan peligroso como cualquier lujosa daga. El resto de sus prendas de vestir, dos resistentes chaquetas de lana, tres pares de calzones, media docena de camisas de lino y la ropa interior, convenientemente lavados o cepillados, reposaban impecablemente doblados en los estantes de un lado del ropero. Tentó la bolsa que pendía del cinturón y descubrió que estaba vacía. Su contenido se hallaba desparramado en un anaquel junto con lo que llevaba en los bolsillos.

Apartó una pluma de halcón, una lisa piedra rayada de cuyo color se había encaprichado, la cuchilla de afeitar y su cuchillo de bolsillo de mango de cuerno y los cabos de cuerda de arco de recambio que se habían enredado en el monedero. Al abrirlo, comprobó que, en lo que a dinero se refería, la memoria no lo había traicionado.

—Dos marcos de plata y un puñado de monedas de cobre —murmuró—. No voy a ir muy lejos con esto. —En otro tiempo aquello habría representado una pequeña fortuna para él, pero eso había sido antes de abandonar el Campo de Emond.

Se encorvó para revisar a fondo el estante. «¿Dónde están?» Le asaltó el temor de que las Aes Sedai los hubieran tirado, tal como habría hecho su madre de haberlos encontrado. «¿Dónde…?» Sintió una oleada de alivio. En la parte de atrás, detrás de

la caja de pedernal y el rollo de cuerda para preparar lazos, estaban sus dos cubiletes de cuero.

Quitó las ajustadas tapas, produciendo un tamborileo. Todo estaba en orden. Cinco dados con símbolos, para coronas, y cinco marcados con puntos. Estos últimos servían para innumerables juegos, pero cada vez eran más los hombres que preferían jugar a las coronas. Con aquello en sus manos, los dos marcos se transformarían en una suma suficiente que lo llevaría lejos de Tar Valon. «Lejos de las Aes Sedai y de Selene también.»

Una perentoria llamada precedió a la apertura de la puerta. Giró sobre sí y vio entrar a la propia Sede Amyrlin y a la Guardiana de las Crónicas. Las habría reconocido aun cuando la Amyrlin no hubiera llevado la ancha estola rayada y la Guardiana la banda azul. Las había visto única y exclusivamente una vez, en un lugar muy distante de Tar Valon, pero le hubiera sido imposible olvidar a las dos mujeres más poderosas entre las Aes Sedai.

La Amyrlin enarcó una ceja al verlo de pie allí con la manta colgada de los hombros y el monedero y los cubiletes de dados en las manos.

—No creo que vayas a necesitar eso durante un tiempo, hijo mío —observó secamente—. Vuelve a guardarlos y regresa a la cama antes de que te caigas de bruces.

Titubeó, irguiendo la espalda, pero sus piernas eligieron ese preciso momento para ceder; las dos Aes Sedai lo miraban, una con ojos azules y otra, oscuros, dando la impresión de que ambas percibían su rebelde pensamiento. Optó por obedecer y se sujetó la manta con ambas manos. Después se tumbó, tieso como una tabla, en el lecho, sin saber qué otra cosa hacer.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó enérgicamente la Amyrlin, poniéndole la mano en la cabeza.

Se le puso carne de gallina. ¿Había hecho algo con el Poder, o era el simple hecho de que lo tocara una Aes Sedai lo que le producía escalofríos?

—Estoy bien —contestó—. Tanto, que estoy listo para ponerme en camino. Dejad que me despida de Egwene y Nynaeve, y me largaré sin molestaros más. Quiero decir que me voy a ir… eh, madre.

A Moraine y Verin no parecía importarles cómo hablaba, pero, después de todo, aquella mujer era la Sede Amyrlin.

—Tonterías —sentenció la Amyrlin. Acercó la silla de alto respaldo a la cama, se sentó y añadió un comentario dirigido a Leane—. Los hombres siempre se niegan a admitir que están enfermos hasta que se encuentran tan mal que entonces dan el doble de trabajo a las mujeres. Después pretenden haberse recuperado excesivamente rápido y, al final, vuelve a repetirse la misma historia.

La Guardiana lanzó una ojeada a Mat y asintió.

—Sí, madre, y, sin embargo, éste no puede hacer creer a nadie que está sano cuando apenas si es capaz de sostenerse en pie. Al menos se ha comido todo lo que había en la bandeja.

—Me sorprendería que hubiera dejado suficientes migajas para suscitar el interés de un pinzón. Y todavía debe de tener hambre, si mal no me equivoco.

—Podría encargar que le trajeran un pastel, madre. O unas galletas.

—No, creo que por el momento ha engullido lo que le admite el cuerpo. De nada serviría si lo vomitara todo.

Mat frunció el entrecejo. Por lo visto, cuando uno se ponía enfermo, se volvía invisible para las mujeres a menos que realmente estuvieran hablándole a uno. Y en tales ocasiones siempre se comportaban como si le llevaran como mínimo diez años a uno. Nynaeve, su madre, sus hermanas, la Sede Amyrlin; todas hacían lo mismo.

—No tengo nada de hambre —anunció—. Estoy perfectamente. Si me permitís que me vista, os demostraré lo bien que me encuentro. Saldré de aquí en menos que canta un gallo. —Las dos tenían la vista fija en él ahora. Se aclaró la garganta—. Ehm… madre.

—Has dado cuenta de una comida para cinco —declaró, con un bufido, la Amyrlin—, y comerás tres o cuatro como éstas al día durante un tiempo, o de lo contrario morirás de inanición. Acabas de ser curado de un nexo con la malignidad que acabó con la vida de todos los hombres, mujeres y niños de Aridhol, cuyo influjo no se ha reducido en nada en el transcurso de los casi dos mil años que pasó aguardando a que tú lo recogieras. Estaba conduciéndote a una muerte tan segura como la que les sobrevino a ellos. Esto no es como clavarse una espina de pescado en un dedo, muchacho. Nosotras mismas hemos estado a punto de matarte al intentar salvarte.

—No tengo hambre —insistió. Las tripas le gruñeron, desmintiendo su afirmación.

—Percibí correctamente tu carácter la primera vez que te vi —dijo la Amyrlin—. Entonces ya supe que te resistirías como un martín pescador si en algún momento considerabas que alguien trataba de atraparte. En consecuencia, he tomado ya precauciones.

—¿Precauciones? —Las miró con recelo, y ellas le devolvieron una mirada imperturbable y serena. Sintió como si sus ojos estuvieran clavándolo en la cama.

—Los guardias de los puentes están a punto de ser informados de tu nombre y tu descripción —anunció la Amyrlin—, y también los encargados de los muelles. Podrás salir de la Torre, pero no abandonarás Tar Valon hasta que te hayas recuperado. En caso de que probaras a esconderte en la ciudad, el hambre acabará obligándote a regresar aquí, y, si no, nosotras te localizaremos antes de que mueras de hambre.

—¿Por qué os empeñáis en retenerme a toda costa? —preguntó. Entonces oyó la voz de Selene. «Quieren utilizarte»—. ¿Por qué habría de importaros si me muero de hambre o no? Puedo alimentarme yo solo.

La Amyrlin emitió una queda carcajada.

—¿Con dos marcos de plata y un puñado de monedas de cobre? Tendrías que ser muy afortunado con los dados para llegar a comprar toda la comida que vas a necesitar durante los próximos días. No curamos a la gente para luego permitir que desperdicien nuestro esfuerzo pereciendo cuando aún necesitan cuidados. Aparte de eso, es posible que todavía precises otra sesión de curación.

—¿Aún más? Habéis dicho que me habíais curado. ¿Por qué iba a necesitar más?

—Llevaste esa daga durante meses, hijo. Creo que te hemos extraído todo resto de ella, pero, si quedara tan sólo la más insignificante mota, su efecto podría ser aún fatal. ¿Y quién sabe qué consecuencias puede traer el hecho de haberla tenido tanto tiempo en tu poder? Puede que dentro de medio año, o un año, desees fervientemente tener una Aes Sedai a mano para que vuelva a curarte.

—¿Queréis que me quede un año aquí? —preguntó incrédulamente y con tono alterado. Leane repiqueteó en el suelo con el pie y le asestó una acerada mirada, pero la calma permaneció imperturbada en el rostro de la Amyrlin.

—Quizá no tanto tiempo, hijo, aunque sí el suficiente para estar seguros. Sin duda tú eres el primer interesado en ello. ¿Embarcarías en un bote sin cerciorarte de su perfecto calafateado o de si hay alguna plancha podrida?

—Apenas he tenido contacto con embarcaciones —murmuró Mat. Cabía la posibilidad de que fuera cierto. Las Aes Sedai nunca mentían, pero, para su gusto, había demasiados tal vez y quizás en las palabras de la Amyrlin—. Llevo mucho tiempo fuera de casa, madre. Mi padre y mi madre seguramente me dan por muerto.

—Si deseas escribirles una carta, yo me ocuparé de que la lleven al Campo de Emond.

Mat aguardó a que agregara algo más, pero su espera fue en vano.

—Gracias, madre. —Emitió una risa fingida—. Casi me sorprende que mi padre no viniera a buscarme. Es la clase de hombre que haría una cosa así. —Le pareció percibir una breve vacilación en la Amyrlin antes de que ésta se decidiera a responder.

—Vino, en efecto. Leane habló con él.

—Entonces no sabíamos dónde estabas, Mat —se apresuró a explicar la Guardiana—. Ésa fue toda la información que pude darle, y él partió antes de que dieran comienzo las grandes nevadas. Le di un poco de oro para facilitarle el viaje de regreso.

—Seguro que le complacerá tener noticias tuyas —previó la Amyrlin—. Y a tu madre también. Entrégame la carta cuando la hayas escrito y yo me encargaré de que

llegue a su destino.

Se lo habían contado, pero antes había tenido que preguntarlo. «Y no han mencionado al padre de Rand. Quizá será porque consideran que me tiene sin cuidado o quizá porque… Diantre, no lo sé. ¿Quién sabe el porqué del comportamiento de las Aes Sedai?»

—Yo viajaba con un amigo, madre. Rand al'Thor. Sin duda lo recordaréis. ¿Sabéis si está bien? Apuesto a que su padre también está preocupado.

—Por lo que sé —respondió con calma la Amyrlin—, el muchacho se encuentra bien, ¿pero quién puede asegurarlo? Sólo lo he visto una vez, la misma ocasión en que te vi a ti, en Fal Dara. —Se volvió hacia la Guardiana—. Puede que no le venga mal un pedazo de pastel, Leane. Y algo para refrescarse la garganta, si va a seguir hablando tanto. ¿Querréis encargar que se lo traigan?

—Como ordenéis, madre —murmuró, al irse, la alta Aes Sedai.

Cuando volvió a girarse hacia Mat, la Amyrlin sonreía, pero sus ojos eran dos témpanos azules.

—Hay temas demasiado peligrosos para que hables de ellos, quizás incluso delante de Leane. Son más los hombres que han muerto por lenguaraces que por efecto de súbitas tempestades.

—¿Peligrosos, madre? —De pronto sintió la boca reseca, pero resistió el impulso de humedecerse los labios. «Luz, ¿en qué medida sabe lo de Rand? Si al menos Moraine no se anduviera con tantos secretos»—. Madre, yo no sé nada peligroso. Ni siquiera me acuerdo de la mitad de lo que sé.

—¿Recuerdas el Cuerno?

—¿Qué cuerno es ése, madre?

La Aes Sedai se puso en pie y se inclinó con tal velocidad sobre él que apenas tuvo tiempo de percibir sus movimientos.

—Estás jugando conmigo, muchacho, y acabarás llorando a lágrima viva y llamando a tu madre a gritos. No tengo tiempo para juegos y tú tampoco. ¿Lo… recuerdas… ahora?

Con las manos crispadas en los bordes de la manta, hubo de tragar saliva para poder responder.

—Lo recuerdo, madre.

La Aes Sedai pareció relajarse un poco, y Mat encogió con desasosiego los hombros. Se sentía como si acabaran de darle permiso para levantar la cabeza de una tajadera.

—Eso está mejor, Mat. —Volvió a sentarse lentamente, observándolo—. ¿Sabes que estás ligado al Cuerno? —Mat pronunció en silencio, lleno de estupor, la palabra «ligado» y realizó un gesto afirmativo con la cabeza—. No pensaba que lo supieras. Tú fuiste el primero en hacerlo sonar después de que lo encontraron. Para ti, los

héroes muertos se levantarán de la tumba. Para cualquier otra persona, es un simple cuerno… mientras tú sigas vivo.

—Mientras siga vivo —repitió con voz apagada, y la Amyrlin asintió—. Pudisteis haber dejado que muriera. —La mujer volvió a asentir—. Entonces podríais haber elegido a cualquiera para que lo tocara y el Cuerno habría respondido a vuestros deseos. —La Amyrlin volvió a inclinar la cabeza—. ¡Rayos y truenos! Os proponéis que yo lo toque para vos. Cuando llegue la Última Batalla, pretendéis que yo llame a los héroes muertos para que luchen contra el Oscuro para vos. ¡Rayos, truenos y relámpagos!

La Aes Sedai se acodó en el brazo de la silla y apoyó la barbilla en la mano, sin apartar un instante los ojos de él.

—¿Habrías preferido la otra alternativa?

Frunció el entrecejo y entonces recordó cuál era la alternativa. Si otra persona había de hacer sonar el Cuerno…

—¿Queréis que haga sonar el Cuerno? Pues lo haré sonar. En ningún momento he dicho que no fuera a hacerlo, ¿verdad?

—Me recuerdas a mi tío Huan —declaró la Amyrlin tras exhalar un exasperado suspiro—. Nadie era capaz de sujetarlo por la fuerza. También era aficionado al juego y prefería divertirse a trabajar. Murió sacando niños de una casa incendiada. No hubo forma de impedir que volviera a entrar mientras quedó alguno adentro. ¿Eres como él, Mat? ¿Estarás presente cuando las llamaradas amenacen con engullirlo todo?

Rehuyó mirarla a los ojos y se dedicó a examinarse los dedos, que atenazaban con irritación la manta.

—Yo no soy un héroe. Hago lo que debo hacer, pero no soy un héroe.

—La mayoría de quienes tenemos por héroes únicamente hicieron lo que debían. Supongo que habremos de conformarnos con eso… Por ahora. No debes hablar con nadie del Cuerno excepto conmigo, hijo. Ni de tu vinculación con él.

«¿Por ahora? —pensó—. Maldita sea, eso es todo cuanto obtendréis de mí, ahora y siempre.»

—No tengo ninguna jodida intención de decirle a na… —La Amyrlin enarcó una ceja, y él apaciguó la voz—. No pienso decírselo a nadie. Ojalá nadie lo supiera. ¿Por qué mantenerlo tan en secreto? ¿No os fiáis de vuestras Aes Sedai?

Durante un largo momento pensó que se había excedido. La mujer endureció la expresión y su mirada se tornó acerada.

—Si estuviera en mis manos lograr que sólo lo supiéramos tú y yo —aseveró fríamente—, lo haría. Cuanta más gente está al corriente de algo, más se propaga la noticia, aunque en ello medien las mejores intenciones. Casi todo el mundo piensa que el Cuerno de Valere es sólo una leyenda, y los que están mejor informados creen que todavía debe localizarlo uno de los cazadores. Pero Shayol Ghul sabe que ha sido

encontrado, y de ello se desprende que al menos unos cuantos Amigos Siniestros lo saben. Ellos ignoran, sin embargo, dónde se halla y, si la Luz te ampara, también ignoran que tú lo hiciste sonar. ¿De veras quieres padecer la persecución de Amigos Siniestros? ¿De Semihombres y otros Engendros de la Sombra? Ellos quieren el Cuerno, debes saberlo. Éste surtirá los mismos efectos para la Sombra que para la Luz. Pero, para conseguir algo de él, deben apresarte, o matarte. ¿Quieres correr ese riesgo?

Aquejado de una súbita sensación de frío, Mat deseó tener otra manta y tal vez un edredón de plumas.

—¿Estáis diciéndome que los Amigos Siniestros podrían venir a buscarme aquí? Pensaba que la Torre Blanca era capaz de mantener a raya a los Amigos Siniestros. —Recordó lo que Selene le había dicho acerca del Ajah Negro y sintió curiosidad por ver qué respondería la Amyrlin si le preguntaba algo al respecto.

—Un buen motivo para quedarte, ¿no te parece? —Se puso en pie, alisándose la falda—. Descansa, hijo. Pronto te encontrarás mejor. Descansa. —Cerró quedamente la puerta tras ella.

Mat permaneció un buen rato tendido, con la mirada perdida en el techo. Apenas si reparó en la criada que le trajo el pedazo de pastel y otra jarra de leche y se llevó al marcharse la bandeja con los platos vacíos. Al notar el olor a manzana y especias, las tripas le gruñeron escandalosamente, pero él hizo caso omiso de su demanda. La Amyrlin creía que lo tenía atrapado como a un cordero en un aprisco. Y Selene… «¿Quién demonios es? ¿Qué quiere?» Selene no había fallado en varios de sus pronósticos; pero la Amyrlin le había dicho que pretendía utilizarlo y de qué manera… en cierto modo. Para su gusto quedaban muchos puntos por clarificar en lo que había dicho, demasiados agujeros por los que podía filtrar algo mortal. La Amyrlin quería algo, y Selene quería algo, y él era la cuerda de cuyos cabos tiraban en sentidos opuestos. Casi le pareció preferible enfrentarse a los trollocs que quedar atrapado entre aquellas dos mujeres.

Debía de haber alguna forma de salir de Tar Valon, alguna manera de zafarse de una y otra. Una vez que se hallara en la otra orilla del río, podría componérselas para no caer en las manos de las Aes Sedai ni de Selene, ni tampoco de los Amigos Siniestros. Debía de existir una escapatoria. Lo único que había de hacer era reflexionar sobre ello desde todos los puntos de vista posibles.

El pastel se enfrió en la mesa.

21



Un mundo de sueños

Egwene se restregaba las manos con una toalla mientras caminaba con paso presuroso por el pasillo en penumbra. Se las había lavado dos veces, pero aún las notaba grasientas. Nunca había imaginado que pudiera haber tantas ollas y sartenes en el mundo. Y ese día habían cocido el pan, con lo cual habían tenido que sacar innumerables cubos de ceniza de los hornos. Y limpiar los hogares. Y limpiar las mesas con arenilla hasta dejarlas blancas como un hueso, y fregar el suelo de rodillas. En su blanco vestido había abundantes manchas de ceniza y grasa. Le dolía la espalda y se moría de ganas de acostarse, pero Verin había ido a las cocinas, supuestamente para encargar que le sirvieran la comida en sus habitaciones, y al pasar junto a ella le había pedido disimuladamente que fuera a verla.

Los aposentos de Verin se hallaban encima de la biblioteca, en una zona que únicamente utilizaban algunas otras hermanas Marrones. Se percibía allí una atmósfera polvorienta, como si las mujeres que vivían en esas dependencias estuvieran demasiado ocupadas con otras cuestiones para molestarse en solicitar un servicio de limpieza más frecuente, y los pasillos tenían insólitas trayectorias y ángulos, con un suelo irregular que tan pronto subía como bajaba. La misma falta de aseo reinante empañaba el colorido de los escasos tapices que adornaban las paredes. Muchas de las lámparas estaban apagadas, y los corredores quedaban a trechos sumidos en la oscuridad. Exceptuando una mancha blanca brevemente vislumbrada, tal vez el vestido de una novicia o una criada que acudía a cumplir con celeridad algún recado, todo indicaba que Egwene se encontraba sola en ellos. No oía más que el eco de sus pasos sobre el suelo desnudo de baldosas blancas y negras. Aquél no era un lugar que propiciara el sosiego de alguien que pensaba en el Ajah Negro.

Localizó las señas que Verin le había dado para orientarse. Una oscura puerta al final de una subida, junto a un polvoriento tapiz que representaba a un rey a caballo recibiendo la rendición de otro soberano. Haciendo gala de sus vastos conocimientos, Verin había mencionado los nombres de ambos, dos personas que habían muerto

cientos de años antes del nacimiento de Artur Hawkwing, pero Egwene no los recordaba, ni tampoco los de los países que habían gobernado. Aquélla era, sin embargo, la única colgadura que había visto que coincidía con la descripción de Verin.

El pasillo se le antojó aún más solitario que antes, y más amenazador. Llamó a la puerta y entró presurosa al escuchar la distraída respuesta:

—¿Quién es? Adelante.

No bien hubo dado un paso en el interior, se detuvo y se quedó mirando fijamente lo que en ella había. Los estantes tapaban por completo las paredes, salvo en el hueco de la puerta que debía de dar a las habitaciones de adentro y los retazos ocupados por mapas, a menudo superpuestos unos a otros, y lo que parecían ser planisferios del cielo nocturno. Reconoció los nombres de algunas constelaciones —el Labriego y el Carro de Heno, el Arquero y las Cinco Hermanas— pero otros le resultaron desconocidos. Casi todas las superficies planas estaban cubiertas de libros, papeles y pergaminos, entre cuyas pilas, y en ocasiones encima, se hallaban esparcidos los más extravagantes objetos. Con los huesos y calaveras de todos los tamaños y formas se entremezclaban extraños objetos de vidrio o de metal, esferas y tubos interconectados y círculos contenidos en otros círculos. Una lechuza al parecer disecada, casi tan pequeña como la mano de Egwene, se apoyaba en lo que parecía el cráneo de un lagarto blanqueado, identificación que no resultaba posible en absoluto, pues la calavera tenía una longitud superior a la de su brazo y unos ganchudos dientes tan grandes como sus dedos. Las velas estaban distribuidas a la buena de Dios, iluminando intensamente unas zonas y dejando en la penumbra otras, dando la impresión en muchos casos de que los papeles próximos a ellas corrían peligro de incendiarse. La lechuza la miró, pestañeando, y ella tuvo un sobresalto.

—Ah, sí —dijo Verin. Estaba sentada detrás de una mesa tan abarrotada como todo el resto de la habitación, sosteniendo con cuidado en las manos una página medio rasgada—. Eres tú, claro. —Reparó en la mirada que Egwene lanzaba de soslayo a la lechuza y agregó distraídamente—: Mantiene a raya a los ratones. Se comen el papel. —Su ademán abarcó la totalidad de la estancia y le recordó el pedazo de papel que tenía entre manos—. Éste es en verdad fascinante. Rosel de Essam aseguraba que tras el Desmembramiento se habían conservado íntegras más de un centenar de páginas, y ella se hallaba en condiciones de saberlo, puesto que elaboró su obra apenas doscientos años después, pero, hasta donde alcanzan mis conocimientos, sólo perdura este retazo. Y quizás únicamente esta copia. Rosel escribió que contenía secretos que el mundo no podía afrontar y no los expuso abiertamente. He leído mil veces esta página, tratando de descifrar su significado.

La diminuta rapaz volvió a pestañear, y Egwene se esforzó por no mirarla.

—¿Qué dice, Verin Sedai?

—¿Que qué dice? —Verin parpadeó, de forma muy similar a como lo había hecho la lechuza—. Ten en cuenta que es una traducción literal, y tiene el mismo tono que el de un bardo recitando en Cántico Alto. Escucha. «Corazón de la Oscuridad. Ba'alzemon. Nombre oculto en nombre envuelto en nombre. Secreto enterrado en secreto encubierto en secreto. Traidor de la Esperanza. Ishamael traiciona toda esperanza. La verdad quema y abrasa. La esperanza flaquea ante la verdad. Nuestro escudo es una mentira. ¿Quién puede hacer frente al Corazón de la Oscuridad? ¿Quién puede luchar contra el Traidor de la Esperanza? Alma de la sombra, Alma de la Sombra, él es…» —Calló con un suspiro—. Concluye aquí. ¿Qué te ha parecido?

—No lo sé —respondió Egwene—. No me gusta.

—Bueno, ¿por qué habría de gustarte, hija? Yo llevo casi cuarenta años estudiándolo, y ni me gusta ni lo comprendo. —Verin guardó la pagina en una carpeta de cuero forrada de seda y luego dejó ésta despreocupadamente entre una pila de papeles—. Pero no has venido para eso. —Rebuscó por la mesa, murmurando para sí, a punto de hacer desmoronar en varias ocasiones las columnas de libros que se alzaban sobre ella, hasta que al fin encontró un fajo de hojas atadas con un cordel—. Aquí tienes, hija. Toda la información disponible sobre Liandrin y las mujeres que se fueron con ella: nombres, edades, Ajahs, fechas de nacimiento; todo lo que he encontrado en los registros. También consta lo que sabemos de los *ter'angreal* que se llevaron, que no es mucho. Sólo descripciones, en la mayoría de los casos. Ignoro si os servirá de ayuda. Yo no vi nada útil en todos estos datos.

—Quizás una de nosotras perciba algo.

De improviso la invadieron las sospechas. «Si no ha omitido algo adrede.» Daba la impresión de que la Amyrlin confiaba en Verin sólo porque no tenía más remedio. ¿Y si la propia Verin era del Ajah Negro? Ahuyentó dichas suposiciones. Había viajado desde la Punta de Toman hasta Tar Valon con Verin y se negaba a creer que aquella gordezuela erudita pudiera ser un Amigo Siniestro.

—Confío en vos, Verin Sedai. —«¿Será prudente hacerlo?»

La Aes Sedai volvió a mirarla, pestañeando, y luego desechó con una sacudida de cabeza los pensamientos que pudiera haber originado en ella tal declaración.

—Puede que esta lista que te he dado contenga algo importante o puede que sólo sea un desperdicio de papel, pero no te he mandado venir por ese motivo. —Se puso a mover objetos en la mesa, incrementando la altura de algunos montones de libros para dejar un espacio libre—. Según me ha informado Anaiya, podrías convertirte en una Soñadora. La última fue Corianin Nedeal, muerta hace más de cuatro siglos, y, por lo que se desprende de las crónicas, apenas si era acreedora de ese nombre. Sería interesante, si lo fueras.

—Me ha hecho pruebas, Verin Sedai, pero no ha obtenido ninguna certeza de que ninguno de mis sueños predijeran el futuro.

—Ésa es sólo una parte de las actividades de una Soñadora, tal vez la más insignificante. En mi opinión, Anaiya utiliza métodos de seguimiento demasiado lentos. Observa. —Con un dedo, Verin trazó en el área que había despejado varias líneas paralelas que quedaron claramente definidas por el polvo que las rodeaba—. Supongamos que estos estratos representan mundos que podrían existir si se hubiera realizado elecciones distintas, si los puntos cruciales del Entramado hubieran tomado otro derrotero.

—Los mundos a los que se accede por los Portales de Piedra —dijo Egwene para demostrar que había escuchado las lecciones impartidas por Verin durante el camino de regreso desde la Punta de Toman.

¿De qué modo podía estar aquello relacionado con la cuestión planteada, si ella era una Soñadora o no?

—Muy bien. El Entramado puede ser, sin embargo, aún mucho más complejo. La Rueda teje nuestras vidas para formar el Entramado de una Era, pero las Eras propiamente dichas se incluyen en la Urdimbre de las Eras, el Gran Entramado. ¿Quién sabe, no obstante, si éste alcanza a componer siquiera la tercera parte del tejido? Algunos de los sabios de la Era de Leyenda creían, al parecer, que había otros mundos más, de más difícil acceso que los mundos de los Portales de Piedra, aunque ello parezca increíble, dispuestos de esta manera. —Dibujó otras líneas, entrecruzadas a las anteriores, y permaneció un momento observándolas—. La urdimbre y la trama de la tela. Quizá la Rueda del Tiempo teje un Entramado todavía mayor a partir de los mundos. —Enderezó la espalda y se sacudió el polvo de las manos—. Bien, esto no se desarrolla ni aquí ni allí. En todos esos mundos, por más variados que sean, existen algunas constantes. Una de ellas es que el Oscuro está encarcelado en todos.

Involuntariamente, Egwene se aproximó para observar las rayas que Verin había trazado.

—¿En todos? ¿Cómo es posible? ¿Estáis diciendo que hay un Padre de las Mentiras para cada mundo? —La idea de que hubiera tantos Oscuros le producía escalofríos.

—No, hija. Existe un solo Creador, que se encuentra a un mismo tiempo en todas partes, para todos esos mundos. De la misma manera, no hay más que un Oscuro, que también existe en todos esos mundos a la vez. Si se liberara de la prisión que el Creador erigió en un mundo, quedaría libre en todos. Mientras permanezca encerrado en uno, sigue encerrado en todos.

—No parece que tenga gran sentido —objetó Egwene.

—La paradoja, hija. El Oscuro es la personificación de la paradoja y el caos, el destructor de la razón y la lógica, el alterador del equilibrio, el perturbador del orden.

La lechuza levantó de pronto el vuelo en silencio y fue a posarse sobre un gran

cráneo que había en un estante situado detrás de la Aes Sedai, desde donde se quedó mirándolas, parpadeando. Al entrar, Egwene había reparado en aquella calavera de largo hocico y curvados cuernos y se había preguntado vagamente qué clase de carnero tenía una cabeza tan grande. Ahora se fijó en su forma redondeada, en la alta frente, y vio que no era el cráneo de un carnero, sino de un trolloc.

—Verin Sedai —inquirió, tras aspirar entrecortadamente—, ¿qué relación guarda esto con el hecho de ser una Soñadora? El Oscuro está recluido en Shayol Ghul, y no quiero ni pensar que pueda escapar. —«Pero los sellos de su prisión están debilitándose. Ahora lo saben hasta las novicias.»

—¿Qué tiene que ver con ser una Soñadora? Pues nada, hija. Salvo en el hecho de que todos debemos enfrentarnos de un modo u otro al Oscuro. Ahora está encarcelado, pero el Entramado no trajo gratuitamente al mundo a Rand al'Thor. El Dragón Renacido peleará contra el Señor de la Tumba, de eso no cabe duda. En caso de que Rand viva el tiempo suficiente para ello, claro está. Si tiene posibilidad, el Oscuro tratará de torcer los hilos del Entramado. Bueno, nos hemos adelantado un poco a los acontecimientos, ¿eh?

—Perdonadme, Verin Sedai, pero si esto —Egwene señaló las líneas trazadas en el polvo— no tiene nada que ver con ser una Soñadora, ¿por qué me habláis de ello?

Verin se quedó mirándola fijamente como si demostrara una voluntaria falta de entendederas.

—¿Nada? Por supuesto que guarda relación con ello, hija. El caso es que existe una tercera constante aparte del Creador y el Oscuro. Hay un mundo que se halla dentro de todos los demás a un tiempo. O quizá los rodea. Los escritores de la Era de Leyenda lo llamaban *Tel'aran'rhiod*, «el Mundo Invisible». Quizás «el Mundo de los Sueños» sea una traducción más apropiada. Muchas personas, gente común que ni siquiera sueña con encauzar, perciben amagos del *Tel'aran'rhiod* en sus sueños e incluso llegan a vislumbrar algo de esos otros mundos a través de él. Piensa en algunas de las cosas insólitas que has visto en sueños. Pero una Soñadora, hija, una verdadera Soñadora, puede entrar en el *Tel'aran'rhiod*.

Egwene intentó tragar saliva, pero un nudo en la garganta se lo impidió. «¿Entrar en él?»

—Yo… no creo que sea una Soñadora, Verin Sedai. Las pruebas de Anaiya Sedai…

—… no demuestran nada en un sentido ni en otro —la atajó Verin—. Y Anaiya sigue pensando que podrías serlo.

—Supongo que algún día averiguaré si lo soy o no —murmuró Egwene. «Luz, ¿de veras quiero serlo? ¡Quiero aprender! Lo quiero todo.»

—No tienes tiempo para esperar, hija. La Amyrlin os ha confiado una tarea muy ardua a ti y a Nynaeve. Debéis recurrir a cualquier herramienta que podáis utilizar. —

Verin sacó una caja de madera roja del revoltijo de papeles de la mesa. Por su tamaño podría haber contenido fajos de papel, pero, cuando la Aes Sedai entreabrió la tapa, sólo extrajo un aro de piedra lleno de manchas y rayas de color azul, marrón y rojo, demasiado grande para ser la sortija de un dedo—. Toma, hija.

Egwene apartó unos papeles para cogerlo y, cuando lo tuvo en la mano, los ojos se le desorbitaron a causa de la sorpresa. Aunque parecía de piedra, aquel anillo tenía un tacto tan duro como el acero y era más pesado que el plomo. Y formaba un círculo retorcido. Si recorría su canto con un dedo, éste daría dos vueltas, hacia adentro y hacia afuera; no tenía más que un canto. Lo palpó dos veces en toda su longitud para cerciorarse de ello.

—Corianin Nedeal —le informó Verin— tuvo en su poder este *ter'angreal* durante la mayor parte de su vida. Ahora tú te quedarás con él.

Egwene estuvo a punto de dejar caer el aro. «¿Un *ter'angreal*? ¿Que voy a quedarme con un *ter'angreal*?»

—Según afirma ella —prosiguió Verin, al parecer sin percatarse de su estupor—, facilita el tránsito al *Tel'aran'rhiod* Aseguraba que era capaz de surtir efecto tanto en quienes carecían de todo Talento como en las Aes Sedai, siempre y cuando se mantuviera contacto con él durante el sueño. Existen peligros, por supuesto. Los sueños que tienen lugar en el *Tel'aran'rhiod* no son como los demás. Lo que ocurre allí es real; uno se encuentra verdaderamente allí en lugar de vislumbrarlo. —Se arremangó la manga del vestido, dejando al descubierto una antigua cicatriz que le recorría el antebrazo—. Yo misma lo intenté en una ocasión, hace años. La curación de Anaiya no dio los resultados previsibles. Recuérdalo. —La Aes Sedai volvió a tapar la marca con la manga.

—Tendré cuidado, Verin Sedai. —«¿Real? Mis sueños ya son bastante angustiantes sin él. ¡No quiero sueños que dejen cicatrices! Lo pondré en una bolsa, lo guardaré en un rincón oscuro y lo dejaré allí. Lo…» Pese a todo, ansiaba aprender. Quería ser una Aes Sedai, y hacía casi quinientos años que no había habido ninguna Aes Sedai Soñadora—. Tendré cuidado. —Deslizó el anillo en su bolsa y, tras tensar con fuerza el cordel, recogió los papeles que Verin le había dado.

—No olvides mantenerlo oculto, hija. Ninguna novicia, ni siquiera una Aceptada, debería tener en su poder una cosa así. Pero tal vez te resulte útil. Guárdalo de modo que no lo vea nadie.

—Sí, Verin Sedai. —Al recordar la cicatriz de Verin, casi hizo votos porque llegara una Aes Sedai y se lo quitara.

—Bien, hija. Ya puedes irte. Es tarde y mañana debes levantarte temprano para ayudar a preparar los desayunos. Que duermas bien.

Verin se quedó mirando un rato la puerta después de que Egwene saliera. La lechuza ululó quedamente tras ella. Entonces tomó la caja roja, abrió totalmente la

tapa y observó, ceñuda, su contenido.

Páginas y páginas superpuestas, cubiertas con una precisa escritura trazada con tinta negra un tanto difuminada por el paso de casi quinientos años. Las notas de Corianin Nedeal, todo lo que había aprendido durante los cincuenta años que había dedicado al estudio de aquel *ter'angreal* en particular. Una mujer reservada, la tal Corianin. Había mantenido la gran parte de sus conocimientos para sí, sin confiarlos a nadie, sólo a aquellas páginas. Únicamente el azar y su costumbre de revolver entre antiguos papeles en la biblioteca habían conducido a Verin hasta ellas. Del resultado de sus indagaciones se desprendía que ninguna Aes Sedai salvo ella sabía nada acerca de ese *ter'angreal*, Corianin había logrado, de algún modo, borrar toda mención a su existencia en los registros.

Una vez más se planteó la conveniencia de quemar el manuscrito, al igual que se había planteado la de entregarlo a Egwene. Pero la destrucción de conocimiento, de cualquier conocimiento, era algo odioso para ella. Y en cuanto a la otra posibilidad… «No. Es preferible, con mucho, dejar las cosas como están. Lo que ha de ocurrir, ocurrirá.» Cerró la tapa. «¿Dónde he dejado esa página?»

Con entrecejo fruncido, comenzó a buscar la carpeta de cuero entre las pilas de libros y papeles. Se había olvidado por completo de Egwene.

22



El precio del anillo

Egwene apenas se había alejado de las habitaciones de Verin cuando encontró a Sheriam. La Maestra de las Novicias tenía una expresión preocupada.

—Si no fuera porque alguien ha recordado que habías hablado con Verin, seguramente no te habría encontrado. —En la voz de la Aes Sedai se traslucía cierta irritación—. Vamos, hija. ¡Estás retrasándolo todo! ¿Qué son esos papeles?

Egwene cerró con más fuerza la mano sobre ellos y trató de adoptar un tono dócil y respetuoso.

—Verin Sedai cree que debería estudiarlos, Aes Sedai.

¿Qué haría si Sheriam le pedía que se los enseñara? ¿Qué excusa podía dar para negarse, qué explicación para las páginas que detallaban todo lo concerniente a las trece mujeres del Ajah Negro y al *ter'angreal* que habían robado?

Sheriam, no obstante, parecía haber perdido todo interés en los papeles no bien había preguntado sobre ellos.

—Da igual. Se requiere tu presencia, y todas están esperando.

—¿Mi presencia, Sheriam Sedai? ¿Para qué me esperan?

—¿Has olvidado que van a ascenderte a Aceptada? —exclamó Sheriam, sacudiendo con exasperación la cabeza—. Cuando acudas mañana a mi estudio, llevarás el anillo, aunque dudo que ello te sirva de consuelo.

Egwene intentó detenerse en seco, pero la Aes Sedai la obligó a bajar con ella por una estrecha escalera de caracol encajada en los muros de la biblioteca.

—¿Esta noche? ¿Tan pronto? Pero si estoy medio dormida, Aes Sedai, y sucia, y… Pensaba que aún me quedaban varios días. Para prepararme.

—El tiempo no se detiene para ninguna mujer —sentenció Sheriam—. La Rueda gira según sus propios designios, y cuando se le antoja. Además, ¿cómo ibas a prepararte? Ya conoces lo que debes saber. Más de lo que conocía tu amiga Nynaeve. —Empujó a Egwene hacia una portezuela situada al pie de la escalera y, atravesando otro pasillo, la hizo bajar por una rampa que descendía en espiral.

—He prestado atención a las clases —protestó Egwene—, y las he retenido en la memoria, pero… ¿no podría dormir primero esta noche? —La sinuosa rampa no parecía tener fin.

—La Sede Amyrlin considera que no tiene sentido aguardar. —Sheriam le dirigió de soslayo una sonrisa—. Sus palabras exactas han sido éstas: «Una vez que se ha decidido quitarle las tripas a un pez, no hay que esperar a que se pudra». Elayne ya ha pasado por los arcos, y la Amyrlin quiere que tú también te sometas a la prueba esta noche. No es que yo vea la razón para tanto apresuramiento —añadió, medio para sí—, pero, cuando la Amyrlin da una orden, nosotras obedecemos.

Egwene se dejó conducir por la rampa en silencio, notando cómo se le hacía un nudo en el estómago. Nynaeve no se había mostrado precisamente comunicativa respecto a lo sucedido cuando la habían ascendido a Aceptada. El único comentario que repetía, con mueca de disgusto, en relación con ello era: «¡Detesto a las Aes Sedai!». Para cuando la rampa desembocó al fin en una amplia antesala cavada en la roca de la isla, Egwene estaba temblando.

La antecámara era austera y sencilla, con las paredes de piedra pulida pero sin adorno alguno, y sólo había, al fondo, una puerta de hoja doble de oscura madera, tan alta y ancha como las de una fortaleza e igualmente carente de toda decoración, si bien sus planchas, de fino acabado, encajaban a la perfección. Aquellas grandes puertas estaban tan bien equilibradas, sin embargo, que Sheriam no hubo de realizar el menor esfuerzo para abrirlas. Luego tiró de Egwene y la hizo entrar en una gran sala abovedada.

—¡Ya era hora! —espetó Elaida, que se encontraba de pie, ataviada con su chal de flecos rojos, junto a una mesa en la que había tres grandes cálices de plata.

Las lámparas, asentadas en elevados pies, iluminaban la estancia y la parte central ubicada bajo la cúpula. Allí se erguían tres arcos de plata de medio punto, de altura justa para que una persona pudiera pasar bajo ellos, sostenidos por un grueso círculo de plata en donde confluían sus aristas. Delante de cada punto de intersección de los arcos permanecía sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, una Aes Sedai, tres en total, todas vestidas con sus chales. Alanna era la hermana del Ajah Verde, pero no conocía a la hermana Amarilla ni a la Blanca.

Rodeadas por el resplandor indicativo del contacto con el *Saidar*, las tres Aes Sedai miraban fijamente los arcos, y en el interior de la estructura de plata se acrecentaba en consonancia un parpadeante brillo que iba incrementando su fulgor. Aquella pieza era un *ter'angreal* y, a despecho de los usos que le hubieran dado en la Era de Leyenda, ahora las novicias pasaban bajo él para acceder al grado de Aceptadas. En su interior Egwene habría de hacer frente a sus temores. Tres veces. La blanca luz que lucía más allá de los arcos ya no temblaba; permanecía inmóvil dentro como si algo le impidiera expandirse, pero llenaba el espacio, tornándolo

opaco.

—No os sulfuréis, Elaida —dijo con calma Sheriam—. Pronto habremos acabado. —Se volvió hacia Egwene—. A las novicias se les conceden tres posibilidades. Puedes negarte dos veces a entrar, pero a la tercera te expulsarán de la Torre para siempre. Éstas son las normas habituales y, ciertamente, tú tienes derecho a rehusar, pero no creo que a la Amyrlin le complazca que lo hagas.

—No deberían concederle esta oportunidad. —El semblante de Elaida era casi tan inflexible como su tono—. Me tiene sin cuidado el potencial que tenga. Deberían expulsarla de la Torre. O, si no, dejarla fregando suelos durante los próximos diez años.

—No os habéis mostrado tan inexorable con Elayne —señaló Sheriam, asestando una dura mirada a la hermana Roja—. Vos habéis solicitado participar en esto, Elaida, posiblemente por Elayne, y colaboraréis en la ceremonia que afecta a esta muchacha también, tal como se espera de vos, o de lo contrario os iréis y yo buscaré a quien os sustituya.

Las dos Aes Sedai sostuvieron un pulso con las miradas. La tensión era tanta que a Egwene no le hubiera extrañado verlas rodearse del nimbo del Poder Único. Al cabo Elaida dio un respingo y emitió un sonoro bufido.

—Si ha de hacerse, hagámoslo. Démosle a esta miserable muchacha la oportunidad de echarse atrás y acabemos de una vez. Es tarde.

—No me echaré atrás —declaró con voz entrecortada Egwene. Irguió la cabeza y agregó con mayor firmeza—: Quiero someterme a la prueba.

—Bien —aprobó Sheriam—. Bien. Ahora te diré dos cosas que ninguna mujer escucha hasta hallarse en tus presentes circunstancias. Una vez que hayas comenzado, debes continuar hasta el final. Si te arredras en cualquiera de las fases, se te expulsará de la Torre igual que si te hubieras negado a empezar a la tercera oportunidad. La segunda cuestión es ésta: quien busca, quien lucha, se expone al peligro. —Hablaba como si hubiera repetido aquello muchas veces. Sus ojos expresaban compasión, pero su semblante era casi tan severo como el de Elaida. La compasión amedrentó más a Egwene que la severidad—. Algunas mujeres han entrado, y no han salido jamás. Cuando se aquietó el funcionamiento del *ter'angreal*, no… estaban… allí. Y nunca las han vuelto a ver. Si quieres sobrevivir, has de ser inquebrantable. Si titubeas o desfalleces… —Su silencio fue más elocuente que cualquier palabra. Egwene se estremeció—. Ésta es tu última ocasión. Puedes volverte ahora y aún te quedarán dos oportunidades para intentarlo. Si aceptas, no hay posibilidad de retroceso. No es vergonzoso negarse. Yo misma fui incapaz de decidirme la primera vez. Elige.

«¿Que no volvieron a salir? —Egwene tragó saliva—. Quiero ser Aes Sedai. Y para ello antes debo ser Aceptada.»

—Acepto.

—En ese caso, prepárate.

Egwene pestañeó, sin comprender, y entonces recordó que había de entrar desnuda. Se inclinó para depositar en el suelo el fajo de papeles que Verin le había entregado… y vaciló. Si los dejaba allí, Sheriam o Elaida podrían revisarlos mientras se encontraba dentro del *ter'angreal*. Podrían encontrar aquel pequeño *ter'angreal* que llevaba en el bolsillo. Si se negaba a seguir adelante, podría esconderlos o llevárselos a Nynaeve. Se le paró la respiración. «Ahora no puedo negarme. Ya se ha iniciado el proceso.»

—¿Acaso has decidido echarte atrás? —preguntó Sheriam, frunciendo el entrecejo—. ¿Sabiendo lo que ello significa?

—No, Aes Sedai —se apresuró a responder Egwene.

Se desvistió y dobló precipitadamente su ropa y luego la dejó encima de la bolsa y los papeles. No podía hacer otra cosa.

—Hay una especie de… resonancia —señaló de pronto Alanna junto al *ter'angreal* sin desviar ni un instante los ojos de los arcos—. Un eco, casi. No sé de dónde procede.

—¿Hay algún problema? —preguntó vivamente Sheriam, exteriorizando una sorpresa similar a la de Alanna—. No enviaré a ninguna mujer ahí adentro si existe algún problema.

—No —repuso Alanna—. Es como el zumbido de un insecto alrededor de la cabeza cuando uno intenta pensar, pero no provoca ninguna interferencia. No lo habría mencionado de no ser ésta la primera vez que se produce, según tengo entendido. —Sacudió la cabeza—. Ya ha parado.

—Quizás —observó con mordacidad Elaida—, otras no consideraron tal insignificancia digna de mención.

—Prosigamos. —El tono de Sheriam dejaba claro que no estaba dispuesta a tolerar más distracciones—. Adelante.

Lanzando una última ojeada a su ropa y a los papeles tapados con ella, Egwene la siguió en dirección a los arcos, hollando con los pies desnudos la gélida piedra del suelo.

—¿A quien traes contigo, hermana? —preguntó con solemnidad Elaida.

—Una que acude como candidata a la Aceptación, hermana —contestó Sheriam, sin detener sus mesurados pasos.

Las tres Aes Sedai que circundaban el *ter'angreal* no realizaron el menor movimiento.

—¿Está dispuesta?

—Está preparada para dejar atrás lo que era y, ahondando en sus temores, ganar la Aceptación.

—¿Conoce sus temores?

—Nunca los ha afrontado, pero ahora es su voluntad hacerlo.

—Entonces deja que los afronte. —Aun en su formalidad, en la voz de Elaida se traslucía una nota de satisfacción.

—La primera vez —explicó Sheriam— es por lo pasado. El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.

Egwene respiró hondo y, adelantando unos pasos, pasó bajo el arco y penetró en el resplandor. La Luz la engulló por completo.

—Jaim Dowtry se ha pasado por aquí. El buhonero ha traído noticias sorprendentes de Baerlon.

Egwene alzó la cabeza sobre la cuna que mecía. Rand estaba de pie en el umbral. Por un instante sintió un torbellino en la cabeza. Miró alternativamente a Rand —«mi marido»— y a la pequeña acostada en la cuna —«mi hija»— con profundo estupor.

«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

No eran sus propios pensamientos, sino una voz inmaterial que podría haberse hallado en su cabeza o afuera, haber sido femenina o masculina, impasible e inaprensible, pero que no le resultaba extraña.

El momento de perplejidad pasó, y su único motivo de asombro fue el hecho de haber tenido la sensación de que algo se encontraba fuera de lugar. Por supuesto que Rand era su marido —su guapo y cariñoso marido— y Joiya era su hija —la más hermosa y dulce niña de Dos Ríos—. Tam, el padre de Rand, estaba en los campos con los corderos, supuestamente para que éste pudiera trabajar en el establo pero en realidad para que tuviera más tiempo para jugar con Joiya. Esa tarde irían a visitarlos los padres de Nynaeve. Y probablemente también Nynaeve, para cerciorarse de que la maternidad no entorpeciera los estudios de Egwene para sustituirla un día como Zahorí.

—¿Qué clase de noticias? —preguntó. Volvió a mecer la cuna y Rand se acercó a ella y sonrió a la pequeña envuelta en pañales. Egwene rió quedamente para sí. Estaba tan prendado de su hija que la mitad del tiempo no oía lo que le decían los demás—. Rand, ¿qué clase de noticias? ¡Rand!

—¿Qué? —Su sonrisa se desvaneció—. Noticias extrañas. Guerra. Hay una gran guerra en la que está involucrado casi todo el mundo; al menos eso dice Jaim. —Era una noticia insólita; en Dos Ríos raras veces se enteraban de la existencia de una guerra hasta que ésta había concluido mucho tiempo atrás—. Asegura que todos combaten contra un pueblo llamado los sauquin, o los sanchan, o algo parecido. Nunca he oído hablar de ellos.

Egwene sí sabía algo de ellos. Tuvo la sensación de saberlo, pero ésta se esfumó al instante.

—¿Estás bien? —inquirió Rand—. No es algo que vaya a afectarnos aquí, cariño. Las guerras nunca llegan a Dos Ríos. Estamos demasiado lejos de todo para que

alguien se ocupe de nosotros.

—No me inquieta. ¿Ha dicho algo más Jaim?

—Algo realmente increíble. Parecía un Coplin contando una de sus patrañas. Ha dicho que el buhonero le ha explicado que esa gente utiliza Aes Sedai en combate, pero después ha asegurado que ofrecen mil marcos de oro a cualquiera que les entregue una Aes Sedai. Y que matan a todo el que esconda a alguna. No tiene sentido. Bien, no tenemos por qué preocuparnos. Sucede muy lejos de aquí.

Aes Sedai. Egwene se tocó la cabeza. «El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

Advirtió que Rand también se había llevado una mano a la cabeza.

—¿Las migrañas? —preguntó.

Él asintió, con repentina tensión en la mirada.

—Esos polvos que me dio Nynaeve no parecen aliviarme últimamente.

Egwene titubeó. Aquellas jaquecas que padecía Rand la tenían preocupada. Ahora eran más y más fuertes cada vez que se producían. Y lo peor era algo en lo que no había reparado al principio, algo que casi lamentaba haber advertido. Cuando a Rand le dolía la cabeza, se producían cosas extrañas poco después: un relámpago que surcó un cielo totalmente despejado e hizo añicos el enorme tocón de roble que había tardado dos días en arrancar del terreno que estaban talando él y Tam; tormentas cuya inminencia no percibía Nynaeve al escuchar el viento; incendios en el bosque… Y, cuanto más arreciaba su dolor, peores eran los acontecimientos que los sucedían. Egwene se congratulaba de que nadie aparte de ella, ni siquiera Nynaeve, hubiera conectado aquellos percances con Rand. No quería pensar acerca del significado que aquello podía tener.

«Esto es una auténtica estupidez —se dijo—. Debo saberlo si voy a ayudarlo.» Porque ella tenía un secreto que a nadie había revelado, que la asustaba aun sin haber llegado a dilucidar su sentido. Nynaeve estaba enseñándole las aplicaciones de las hierbas, formándola para sucederla algún día como Zahorí. Las curas de Nynaeve solían surtir efectos casi milagrosos, sanar heridas sin apenas dejar cicatriz, recuperar enfermos que se hallaban al borde de la muerte. Pero ya eran tres las ocasiones en que Egwene había curado a alguien a quien Nynaeve había dado por muerto. Tres ocasiones en que había permanecido sentada reteniendo una mano para reconfortar la agonía de un paciente, y lo había visto levantarse del lecho de muerte. Nynaeve la había interrogado minuciosamente respecto a lo que había hecho, qué hierbas había usado, en qué proporción. Hasta entonces, no había tenido el coraje de confesar que no había hecho nada. «Debo de haber hecho algo. Una vez podría ser casualidad, pero tres… Debo averiguarlo. Debo aprender.» Aquello le produjo un zumbido en la cabeza, como si las palabras resonaran en su interior. «Si pude hacer algo por ellos, también puedo ayudar a mi marido.»

—Déjame probar, Rand —dijo.

Y al levantarse, a través de la puerta abierta, vio un arco plateado que se alzaba delante de su casa, una arcada henchida de luz. «El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.» Involuntariamente, dio dos pasos en dirección a la puerta.

Luego se paró y volvió la mirada hacia Joiya, que gorjeaba en su cuna, y a Rand, que aún se apretaba la cabeza con la mano y la miraba como si se preguntara adónde iba.

—No —dijo—. No, esto es lo que quiero. ¡Esto es lo que quiero! ¿Por qué no puedo tener también esto? —Ella misma no comprendía sus palabras. Aquello era, evidentemente, lo que quería, y lo tenía.

—¿Qué es lo que quieres, Egwene? —preguntó Rand—. Si es algo que pueda ir a buscar, sabes que iré. Si no, lo haré.

«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

Dio otro paso hasta el umbral. La arcada de plata la atraía. Algo la esperaba al otro lado. Algo que deseaba más que nada en el mundo. Algo que debía hacer.

—Egwene, yo…

Oyó un golpe a sus espaldas. Por encima del hombro vio a Rand de rodillas, con la cabeza inclinada rodeada con las manos. El dolor nunca lo había atacado con tal violencia. «¿Qué ocurrirá después?»

—¡Ah, Luz! —jadeó—. ¡Luz! ¡Qué daño! ¡Luz, nunca me había dolido tanto! ¡Egwene!

«Ten firmeza.»

Estaba aguardándola. Algo que debía hacer, que no podía rehuir. Dio un paso. Fue el acto más arduo y costoso que había realizado en su vida. Se encaminó a la arcada. Tras ella, Joiya reía.

—¡Egwene! Egwene, no puedo… —Un desgarrador gemido interrumpió sus palabras.

«Firmeza.»

Irguió la espalda y siguió avanzando, pero no pudo evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas. El quejido de Rand se convirtió en un grito que ahogó las risas de Joiya. Por el rabillo del ojo, Egwene vio a Tam que acudía corriendo al límite de sus fuerzas.

«Él no puede ayudarlo —pensó, transformado el llanto en sollozos—. Él no puede hacer nada. Pero yo podría. Yo podría.»

Se adentró en la luz y ésta la consumió.

Temblando y sollozando, Egwene salió del arco, el mismo por el que había entrado, y los recuerdos regresaron en tropel cuando vio la cara de Sheriam. Elaida vertió lentamente el contenido de un cáliz de plata sobre su cabeza, y la fría y cristalina agua se llevó consigo sus lágrimas. Continuó sacudida por el llanto; no

creía que éste cesara jamás.

—Quedas limpia —entonó Elaida— del pecado en que hayas incurrido y de los cometidos contra ti. Quedas limpia del delito que hayas podido perpetrar y de los que han sido dirigidos contra ti. Acudes a nosotras pura e inmaculada, en cuerpo y alma.

«Luz —rogó Egwene mientras el agua resbalaba por su cuerpo—, que así sea. ¿Puede el agua redimirme de lo que he hecho?»

—Se llamaba Joiya —dijo entre sollozos a Sheriam—. Joiya. No puede haber nada que valga tanto como para hacer lo que acabo de… lo que…

—Hay que pagar un precio para ser Aes Sedai —replicó Sheriam, con mirada incluso más comprensiva que antes—. Siempre hay un precio.

—¿Era real o lo he soñado? —El llanto le impidió seguir hablando. «¿Lo he dejado a merced de la muerte? ¿He abandonado a mi hija?»

Sheriam le rodeó el hombro con los brazos y la condujo alrededor del círculo de arcos.

—Todas las mujeres que he visto salir de ahí han formulado esa misma pregunta. Lo cierto es que nadie conoce la respuesta. Se ha conjeturado que tal vez algunas de las que no regresan optaron por quedarse porque hallaron un lugar más dichoso, y sus vidas transcurrieron en él. —Endureció la voz—. Si es real, si eligieron quedarse por propia voluntad, espero que las vidas que lleven disten mucho de la felicidad. Mi conmiseración no alcanza a quienes rehúyen sus responsabilidades. —Suavizó ligeramente el tono—. Por mi parte, creo que no es real. Pero el peligro sí lo es. Recuérdalo. —Se detuvo delante de la brillante arcada contigua—. ¿Estás preparada?

Egwene asintió, y Sheriam apartó el brazo.

—La segunda prueba guarda relación con el presente. El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.

«Suceda lo que suceda, no puede ser peor que lo anterior —se dijo Egwene para apaciguar su temblor—. No puede serlo.» Se introdujo en el resplandor.

Bajó la vista hacia su vestido de seda azul adornado con perlas, polvoriento y hecho jirones. Alzó la cabeza y contempló las ruinas del gran palacio que se extendían a su alrededor. El Palacio Real de Andor, en Caemlyn. Con esa amarga certeza, un grito pugnaba por abrirse paso en su garganta.

«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

El mundo distaba mucho de ajustarse a sus deseos, hasta el punto de que siempre que pensaba en ello sentía ganas de llorar, pero hacía tiempo que se habían agotado sus lágrimas, y el mundo era, irremediablemente, el que era. Ya no esperaba ver más que ruinas.

Sin prestar atención a los desgarrones que podía agregar al vestido pero tan sigilosa como un ratón, trepó por una de las pilas de escombros y se asomó para observar las curvadas calles de la Ciudad Interior. Hasta donde alcanzaba su vista, en

todas partes había ruina y desolación, edificios que parecían haber sido destripados por hombres enajenados, espesas humaredas que se elevaban de los incendios aún no apagados. Había gente en las calles, bandas de hombres armados rondando, escudriñando. Y trollocs. Los humanos rehuían, amedrentados, a los trollocs y éstos se reían de ellos y los obsequiaban con guturales gruñidos. Pero se conocían entre sí, trabajaban juntos.

En la calle de abajo llegó andando a zancadas un Myrddraal, con la negra capa meciéndose suavemente con cada uno de sus pasos aun a pesar de las ráfagas de viento que levantaban polvo y broza a su paso. Hombres y trollocs se encogieron por igual bajo su mirada de cuencas vacías.

—¡Cazadlo! —Su voz sonaba a algo muerto y consumido que se desmoronaba—. ¡No os quedéis ahí temblando! ¡Buscadlo!

Egwene volvió a bajar por la montaña de piedras procurando no hacer el más mínimo ruido.

«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

Se detuvo, temerosa de que el susurro procediera del Engendro de la Sombra. Aun ignorando el motivo, tenía la certidumbre de que no era así. Miró atrás, con la aprensión de ver al Myrddraal plantado en el lugar que ella había ocupado, y se puso a caminar precipitadamente; saltando vigas abatidas y abriéndose paso entre pesados bloques de mampostería derribada, entró en el devastado palacio. En una ocasión pisó el brazo de una mujer, que asomaba bajo un montón de escombros y ladrillos que habían formado un tabique y tal vez parte del techo. No reparó en aquel miembro más de lo que reparaba en el anillo con la Gran Serpiente que llevaba en un dedo. Se había entrenado para no ver los cadáveres enterrados en la fosa de desperdicios en que habían convertido los trollocs y Amigos Siniestros la ciudad de Caemlyn. Ella no podía hacer nada por los muertos.

Se coló forcejeando por un angosto boquete y se halló en una habitación medio enterrada por el techo caído. Rand yacía atrapado, con una viga sobre el pecho y las piernas tapadas por los bloques de piedra que llenaban la estancia. Tenía la cara cubierta por una capa de sudor y polvo. Al acercarse, abrió los ojos.

—Has vuelto. —Hablaba con esfuerzo, con voz carrasposa—. Temía que… Da igual. Tienes que ayudarme.

Se dejó caer con cansancio en el suelo.

—Podría levantar fácilmente esa viga con Aire, pero, en cuanto la mueva, se nos vendrá encima el resto. No puedo dominarlo todo, Rand.

Él lanzó unas amargas y apenadas carcajadas que cesaron casi al instante. En su rostro resbalaba, renovado, el sudor, y al hablar pareció redoblar su dolor.

—Yo mismo podría mover la viga. Lo sé. Y también todas las piedras de arriba. Pero para ello debo soltar las riendas de mi ser, y no puedo fiarme. No puedo

fiarme… —Calló, pugnando por recobrar aliento.

—No lo entiendo —dijo ella—. ¿Soltar las riendas de tu ser? ¿Qué es de lo que no puedes fiarte? —«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.» Se frotó vigorosamente los oídos con las manos.

—La locura, Egwene. Estoy… manteniéndola… efectivamente… a raya. —Su jadeante risa le puso los pelos de punta—. Pero para conseguirlo he de ponerlo todo en juego. Si me relajo, aunque sólo sea un instante, la locura se apoderará de mí y entonces ya no seré dueño de mis actos. Tienes que ayudarme.

—¡Cómo, Rand! Lo he intentado todo. Dime cómo, y lo haré.

Él dejó caer pesadamente la mano a escasa distancia del arma que reposaba, desenfundada, en el polvo.

—La daga —susurró. Tras un penoso viaje de retorno su mano volvió a posarse en su pecho—. Aquí, en el corazón. Mátame.

Los miró con ojos desorbitados a él y a la daga, como si ambos fueran serpientes venenosas.

—¡No! Rand, no lo haré. ¡No puedo! ¿Cómo puedes pedirme algo así?

Lentamente, su brazo se arrastró de nuevo hacia el arma y, una vez más, sus dedos no lograron alcanzarla. Porfió, gimiendo, y la rozó. Antes de que pudiera realizar un nuevo intento, ella la apartó de un puntapié. Rand se derrumbó con un sollozo.

—Dime por qué —le preguntó—. ¿Por qué quieres pedirme que… te asesine? Yo te curaré, haré cualquier cosa por sacarte de aquí, pero no puedo matarte. ¿Por qué?

—Pueden utilizarme, Egwene. —Su respiración era tan trabajosa que ella lamentó no poder llorar—. Si me apresan… los Myrddraal…, los Señores del Espanto… pueden obligarme a militar en las filas de la Sombra. Si sucumbo a la enajenación, no podré luchar contra ellos. No sabré lo que hacen hasta que ya sea demasiado tarde. Si queda el más mínimo hálito de vida en mí cuando me encuentren, podrán hacerlo. Por favor, Egwene. Por el amor de la Luz. Mátame.

—No…, no puedo, Rand. ¡La Luz me asista, no puedo!

«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

Miró por encima del hombro y en el espacio que dejaban libre los escombros vio un arco plateado lleno de luz blanca.

—Egwene, ayúdame.

«Ten firmeza.»

Se puso en pie y dio un paso hacia la arcada. Ésta se erguía justo delante de ella. Un paso más y…

—Te lo suplico, Egwene. Socórreme. Yo no llego. ¡Por el amor de la Luz, Egwene, ayúdame!

—No puedo matarte —susurró—. No puedo. Perdóname. —Siguió avanzando.

—¡AYÚDAME, EGWENE!

La luz la abrasó.

Salió tambaleante del arco, sin advertir su desnudez. La recorrió un escalofrío y se tapó la boca con las dos manos.

—No podía, Rand —susurró—. No podía. Perdóname, por favor. —«La Luz lo asista. Por compasión, Luz, ayuda a Rand.»

Un chorro de agua fría le bañó la cabeza.

—Quedas limpia del falso orgullo —declaró Elaida—. Quedas limpia de falsas ambiciones. Acudes a nosotras purificada en cuerpo y alma.

Cuando la hermana Roja se volvió, Sheriam tomó suavemente a Egwene por los hombros y la guió en dirección al último arco.

—Otro más, hija. Otro más, y habrá acabado.

—Ha dicho que podían incorporarlo a las filas de la Sombra —murmuró Egwene —. Ha dicho que los Myrddraal y los Señores del Espanto podían obligarlo.

Sheriam dio un traspié y lanzó una ojeada en derredor. Elaida casi había llegado a la mesa, y las Aes Sedai que rodeaban el *ter'angreal* lo miraban fijamente, al parecer ajenas a todo lo demás.

—Una cuestión bien desagradable, hija —comentó finalmente Sheriam—. Vamos. Otro más.

—¿Pueden hacerlo? —insistió Egwene.

—Seguimos la costumbre —explicó Sheriam— de no hablar de lo que ocurre dentro del *ter'angreal*. Los temores de una mujer le incumben sólo a ella.

—¿Pueden hacerlo?

Sheriam suspiró, volvió a lanzar una ojeada a las otras Aes Sedai y luego bajó la voz y habló velozmente.

—Esto es algo que solamente conocen unas cuantas personas, hija, incluso en la Torre. No deberías enterarte ahora, quizá nunca, pero te lo diré. La capacidad para encauzar implica… una debilidad. Haber aprendido a abrirnos a la Fuente Verdadera supone que… pueden abrirnos a otras cosas. —Egwene se estremeció—. Cálmate, hija. No es algo que se lleve a cabo fácilmente. Según la información de que dispongo, no se ha realizado…, ¡quiera la Luz que no se haya realizado!, desde la Guerra de los Trollocs. Para ello tuvieron que participar trece Señores del Espanto, Amigos Siniestros facultados para encauzar, aunando los flujos a través de trece Myrddraal. ¿Lo ves? No es algo fácil de hacer. Hoy en día no hay Señores del Espanto. Éste es un secreto celosamente guardado por la Torre, hija. Si otros lo supieran, no habría forma de convencerlos de que se encuentran a salvo. Únicamente alguien capaz de canalizar puede ser sometido de ese modo a la Sombra. Es la fragilidad de nuestra fuerza. El resto de la gente es tan inexpugnable como una fortaleza, y sólo sus propios actos y su voluntad pueden sojuzgarlos al servicio de la

Sombra.

—Trece —constató Egwene con un hilo de voz—. El mismo número de Aes Sedai que abandonaron la Torre. Liandrin y doce más.

—Ése no es asunto del que debas ocuparte —indicó Sheriam con expresión severa—. Olvídalo. —Subió la voz hasta un volumen normal—. La tercera vez hace referencia al futuro. El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.

Egwene enfocó la vista en el reluciente arco, y su mirada se extravió tras él. «Liandrin y doce más. Trece Amigos Siniestros capaces de encauzar. La Luz nos asista a todos.» Penetró en la luz, y ésta la hinchió, relució a su través. La quemó hasta la médula, la abrasó hasta el alma. Brillaba incandescente en la luz. «¡Luz, ayúdame!» No había nada salvo la luz. Y el dolor.

Egwene se miró en el espejo de cuerpo entero, y a su sorpresa por la lisura atemporal de su rostro se sumó el asombro por la estola rayada que le pendía del cuello. La estola de la Sede Amyrlin.

«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

«Trece.»

Se tambaleó, se agarró al espejo y casi lo volcó en el suelo de baldosas azules de su vestidor. «Algo va mal», pensó. Aquel presentimiento no tenía nada que ver con el repentino mareo experimentado, o al menos no emanaba de él. Era otra cosa. Pero no tenía ni idea de qué.

A su lado había una Aes Sedai con los mismos prominentes pómulos de Sheriam pero con el pelo oscuro y ojos marrones que expresaban preocupación, y la estola de la Guardiana sobre los hombros. No se trataba, sin embargo, de Sheriam. Egwene no la había visto nunca; estaba segura de conocerla tanto como a sí misma. Titubeante, puso un nombre a aquella mujer. Beldeine.

—¿Os encontráis mal, madre?

«Lleva una estola verde. Eso significa que procede del Ajah Verde. La Guardiana siempre proviene del mismo Ajah en el que sirve la Amyrlin. De lo que se desprende que si yo soy la Amyrlin… ¿si?… entonces yo también era del Ajah Verde.» Aquella reflexión la dejó perpleja. No el hecho de que hubiera formado parte del Ajah Verde, sino que hubiera de deducirlo racionalmente. «Luz, qué extrañeza.»

«El camino de retorno sólo apa…» La voz calló en su cabeza, sustituida por un zumbido.

«Trece Amigos Siniestros.»

—Estoy bien, Beldeine —respondió Egwene, notando una sensación rara al pronunciar ese nombre; sentía como si llevara años repitiéndolo—. No debemos hacerlas esperar. —«¿Hacer esperar a quiénes?» Todo cuanto sabía era que experimentaba una infinita tristeza, una total renuencia a poner punto final a esa espera.

—Estarán impacientándose, madre.

En la voz de Beldeine se advertía una vacilación, como si experimentara la misma aprensión que Egwene, pero por diferentes motivos. A menos que Egwene errara en su percepción, bajo su aparente calma Beldeine estaba aterrorizada.

—En ese caso, será mejor que vayamos.

Beldeine asintió y luego respiró hondo antes de dirigirse a la puerta, junto a la cual estaba apoyada la vara indicativa de su rango, rematada con la nívea gota de la Llama Blanca de Tar Valon.

—Así lo creo, madre.

Tomó el bastón, abrió la puerta a Egwene y luego se apresuró a situarse a la cabeza de forma que compusieran una procesión de dos, la Guardiana de las Crónicas precediendo a la Sede Amyrlin.

Egwene apenas se fijó en los pasillos que transitaban. Toda su atención se centraba en su interior. «¿Qué me pasa? ¿Por qué no recuerdo nada? ¿Por qué los recuerdos que despuntan en mi mente parecen estar desubicados?» Tocó la estola de siete colores que le cubría los hombros. «¿Por qué tengo la sensación de ser aún una novicia?»

«El camino de retorno sólo aparecerá una…» En aquella ocasión la frase se interrumpió bruscamente.

«Trece del Ajah Negro.»

Dio un traspié. Aquél era un pensamiento aterrador, pero le heló la sangre de un modo que superaba los límites del miedo. Lo sentía como algo… personal. Tuvo deseos de gritar, de echar a correr y esconderse. Tenía la impresión de que la perseguían. «Tonterías. El Ajah Negro ha sido destruido.» Aquella idea también le pareció extravagante. Una parte de sí recordaba algo llamado la Gran Purga. La otra parte estaba convencida de que tal cosa no se había producido.

Con la mirada clavada al frente, Beldeine no había advertido su paso vacilante. Egwene hubo de apurar el paso para no quedar rezagada. «Esta mujer está asustada hasta lo indecible. ¿Adónde me conduce?»

Beldeine se detuvo delante de una alta puerta doble en cuya oscura madera había incrustada en plata una gran Llama de Tar Valon. Se pasó las manos por el vestido, como si de repente las tuviera sudorosas, antes de abrir una hoja y guiar a Egwene por una rampa de la misma piedra blanca veteada de plata de las murallas de Tar Valon y que, incluso allí, parecía brillar.

La rampa desembocó en una vasta estancia circular de techo abovedado que se elevaba a unos veinticinco metros de altura. En uno de los extremos de la sala había un estrado elevado, frente al cual se extendían graderías solamente interrumpidas por la trayectoria de esa rampa y otras dos más que, equidistantes de ella, bordeaban el círculo. En el suelo, justo en el centro, destacaba la Llama de Tar Valon, rodeada de

espirales de color que iban ensanchándose progresivamente, cada una de ellas en representación de uno de los siete Ajahs. En el lado opuesto al que habían entrado había un pesado sillón de alto respaldo de contornos profusamente tallados en que se reproducían sarmientos y hojas, pintado con los colores de todos los Ajahs.

Beldeine golpeó el suelo con la vara.

—Aquí llega —anunció con voz temblorosa—. La Guardiana de los Sellos. La Llama de Tar Valon. La Sede Amyrlin. Hela aquí.

En la plataforma se levantaron, provocando un roce de faldas, numerosas mujeres ataviadas con chal. En total había veintiuna sillas distribuidas en grupos de tres, cada uno de los cuales estaba pintado y tapizado con el mismo color que los flecos de los chales de las mujeres erguidas ante ellos.

«La Antecámara de la Torre», pensó Egwene mientras se encaminaba a su asiento, la silla de la Sede Amyrlin. «No es más que eso. La Antecámara de la Torre y las Asentadas de los Ajahs. He estado aquí miles de veces.» No recordaba, empero, ninguna de tales ocasiones. «¿Qué hago en la Antecámara de la Torre? Luz, me desollarán viva cuando descubran…» Ignoraba qué era lo que iban a descubrir; sólo sabía que rogaba porque ello no ocurriera.

«El camino de retorno sólo aparecerá…»

«El camino de retorno sólo…»

«El camino…»

«El Ajah Negro espera.» Aquél, al menos, era un enunciado íntegro. Le llegaba de todos los rincones. ¿Por qué nadie más parecía oírlo?

Al instalarse en la silla de la Sede Amyrlin, la silla que era también la Sede Amyrlin, cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de qué haría después. Las otras Aes Sedai habían tomado asiento en el mismo momento que ella, todas a excepción de Beldeine, que permaneció de pie a su lado con la vara, tragando saliva con nerviosismo. Todas parecían aguardar una indicación suya.

—Comenzad —señaló finalmente.

Aquella palabra bastó, al parecer, para dar curso a la sesión. Una de las Asentadas Rojas se puso en pie, y Egwene reconoció con estupor a Elaida. Pese a ello, sabía que Elaida era la portavoz de las Asentadas del Rojo, y su más encarnizada enemiga. La expresión que puso Elaida al mirarla produjo una conmoción en su interior. Era dura, fría… y triunfal. Prometía cosas en las que era preferible no pensar.

—Traedlo —ordenó con voz recia Elaida.

De una rampa, distinta de la que había utilizado Egwene, llegó el sonido de pasos hollando la piedra. Entraron una docena de Aes Sedai rodeando a tres hombres, dos de ellos fornidos guardias con las blancas lágrimas de Tar Valon bordadas en el pecho que tiraban de las cadenas con que tropezaba, como si estuviera aturdido, el tercero.

Egwene se inclinó espasmódicamente en la silla. El hombre encadenado era

Rand. Con los ojos entrecerrados y la cabeza gacha, parecía casi dormido y sólo se movía según la dirección que le marcaban las cadenas.

—Este hombre —declaró Elaida— se ha declarado el Dragón Renacido. —Se produjo un murmullo que no evidenciaba sorpresa por parte de los oyentes, sino desagrado por tener que escuchar aquello—. Este hombre ha encauzado el Poder Único. —El murmullo incrementó su intensidad, preñado ahora también de miedo—. No existe más que un castigo para esto, reconocido en todas las naciones, pero dictado solamente aquí, en Tar Valon, en la Antecámara de la Torre. Solicito de la Amyrlin que pronuncie la sentencia de amansar a este hombre.

Elaida miró con ojos relucientes a Egwene. «Rand. ¿Qué hago? Luz, ¿qué hago?»

—¿Por qué dudáis? —preguntó Elaida—. La sentencia establecida se ha repetido durante tres mil años. ¿Por qué vaciláis, Egwene al'Vere?

—¡Una actitud vergonzosa la vuestra, Elaida! —exclamó airadamente una de las Asentadas Verdes, poniéndose en pie—. ¡Mostrad respeto por la Sede Amyrlin! ¡Mostrad respeto por la madre!

—El respeto —replicó con frialdad Elaida— puede perderse igual que se gana. ¿Bien, Egwene? ¿Podría ser que por fin demostréis vuestra debilidad, vuestra incapacidad para el cargo? ¿Es posible que no vayáis a pronunciar la sentencia contra este hombre?

Rand trató de levantar la cabeza y no lo logró.

Egwene se puso trabajosamente en pie, aquejada de vértigo, tratando de recordar que ella era la Sede Amyrlin y todas aquellas mujeres estaban sujetas a su autoridad, tratando de gritar que ella era una novicia, que aquél no era su sitio, que se había producido un espantoso error.

—No —dijo entrecortadamente—. No, ¡no puedo! No voy a…

—¡Se delata a sí misma! —El grito de Elaida ahogó su intento de hablar—. ¡Se condena con sus propias palabras! ¡Apresadla!

Cuando Egwene abrió la boca, Beldeine se movió a su lado. Luego la vara de la Guardiana le golpeó la cabeza.

La engulló la oscuridad.

Primero tomó conciencia de su dolor de cabeza. Su espalda reposaba en una superficie dura y fría. Después percibió las voces. Murmullos.

—¿Sigue inconsciente? —Era una voz rasposa, como de lima aserrando un hueso.

—No os preocupéis —respondió desde muy lejos una mujer cuya voz traicionaba una inquietud y un miedo que intentaba disimular—. Nos ocuparemos de ella antes de que se dé cuenta de nada. Después será nuestra y haremos lo que queramos de ella. Tal vez os la entreguemos para que os divirtáis.

—Después de haberla utilizado para vuestros fines.

—Desde luego.

Las distantes voces se alejaron más.

Se rozó la pierna con la mano y notó el tacto de la piel erizada. Abrió levemente los ojos. Estaba desnuda, magullada, acostada sobre una tosca mesa de madera, en una habitación que tenía aspecto de ser un almacén caído en desuso. Las astillas se le clavaban en la espalda, y la boca le sabía a sangre.

En uno de los costados de la habitación se arracimaba un grupo de Aes Sedai que conversaban en voz baja y a un tiempo cargada de intensidad. El dolor de cabeza le entorpecía el pensamiento, pero le pareció que era importante contarlas. Trece.

A las Aes Sedai se sumó otro grupo de hombres encapuchados enfundados en negras capas, y las mujeres dieron la impresión de tratar de dominar el temor que les producía su presencia. Uno de los hombres volvió la cabeza para mirar en dirección a la mesa. La pálida cara de muerto enmarcada en la capucha carecía de ojos.

Egwene desdeñó contar a los Myrddraal. Sabía cuántos eran: trece Myrddraal y trece Aes Sedai. Al instante, en su garganta brotó un alarido de terror. Sin embargo, entre el pánico que amenazaba con quebrarle los huesos, apeló a la Fuente Verdadera y se aferró desesperadamente al *Saidar*.

—¡Está despierta!

—¡No es posible!

—¡Escudadla! ¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Cortadle el contacto con la Fuente!

—¡Demasiado tarde! ¡Es demasiado fuerte!

—¡Cogedla! ¡Rápido!

Varias manos se tendieron hacia sus brazos y piernas. Manos horripilantemente pálidas como gusanos escondidos bajo las rocas, secundando las órdenes de unas mentes encajadas tras pálidos rostros carentes de ojos. Sabía que, si esas manos la tocaban, se volvería loca. El Poder ocupó su ser.

De la piel de los Myrddraal surgieron estallidos de llamas que rasgaron las negras telas como si fueran sólidas dagas de fuego. Los Semihombres se encrespaban y, chillando, ardían como papel engrasado. De las paredes se desprendían bloques de piedras como puños que surcaban velozmente la habitación y arrancaban, al descargarse en la carne, alaridos y gruñidos. El aire se agitaba, se desplazaba, aullaba convertido en torbellino.

Dolorida, Egwene se levantó lentamente de la mesa. El viento le azotó el pelo y le hizo perder el equilibrio, pero ella continuó avivándolo en su tambaleante trayecto hasta la puerta. Delante de ella había una Aes Sedai, una mujer magullada y ensangrentada, rodeada por la aureola del Poder. Una mujer que tenía plasmada la muerte en los oscuros ojos.

Egwene adjudicó un nombre a su rostro: Gyldan. La más estrecha confidente de Elaida, con quien siempre cuchicheaba en los rincones y se reunía en privado de noche. Egwene apretó la mandíbula y, desdeñando piedras y viento, le propinó entre

los ojos el puñetazo más violento de que fue capaz. La hermana Roja —la hermana Negra— se vino abajo como si se le hubieran derretido los huesos.

Frotándose los nudillos, Egwene salió con paso inseguro al corredor. «Gracias, Perrin —pensó—, por enseñarme cómo hacerlo. Aunque no me advertiste el daño que hace.»

Tras cerrar la puerta luchando contra el viento, encauzó de nuevo. Las piedras que había alrededor del umbral se estremecieron, crujieron y se posaron junto a la madera. Aquello no los retendría mucho rato, pero valía la pena utilizar cualquier procedimiento que postergara su persecución aunque sólo fuera un minuto. Los minutos podían ser cuestión de vida o muerte. Haciendo acopio de fuerzas, venció la debilidad y rompió a correr. Sus pasos eran vacilantes, pero corría.

Debía conseguir ropa, resolvió. Una mujer vestida tenía más autoridad que la misma mujer desnuda, e iba a necesitar cada onza de autoridad que pudiera reunir. Irían a buscarla primero a sus habitaciones, pero tenía un vestido y zapatos de recambio en el estudio —y otra estola—, y éste no se hallaba lejos.

Era turbador recorrer al trote aquellos pasillos vacíos. Aunque la Torre Blanca ya no albergaba tantas personas como antes, siempre solía transitar alguien por ellos. El único ruido que oía era el repiqueteo de sus plantas desnudas en las baldosas.

Cruzó presurosamente la antesala de su estudio y se introdujo en él. Por fin encontraba a alguien. Beldeine estaba sentada en el suelo, con la cabeza hundida entre las manos, sollozando.

Egwene se paró cautelosamente cuando Beldeine enfocó en ella sus enrojecidos ojos y no bajó la guardia pese a advertir que el nimbo del *Saidar* no rodeaba a la Guardiana. Su confianza era grande, no obstante, pues aunque no percibía su propia aureola, sentía la potente marea de Poder que palpitaba en ella y su fuerza se acrecentaba con el secreto que albergaba.

—He tenido que hacerlo —adujo Beldeine, secándose con la mano las lágrimas que rodaban por sus mejillas—. Debéis comprenderlo. Debía hacerlo. Me…, me… —Aspiró entrecortadamente y tomó nuevo impulso—. Hace tres noches me sorprendieron mientras dormía y me neutralizaron. —Su voz adquirió el tono agudo de un chillido—. ¡Me neutralizaron! ¡Ya no puedo encauzar!

—Luz —musitó Egwene, sintiendo un tibio estupor que amortiguaba el fluir del *Saidar*—. La Luz nos asista y nos dé consuelo, hija mía. ¿Por qué no me lo dijisteis? Habría… —Dejó inconclusa la frase, consciente de que no había nada que hacer.

—¿Qué habríais hecho? ¿Qué? ¡Nada! No podéis hacer nada. Pero ellas dijeron que podían devolvérmelo, con el poder de…, el poder del Oscuro. —Cerró fuertemente los ojos, a cuyas comisuras seguían afluyendo las lágrimas—. Me hirieron, madre, y me obligaron a… ¡Oh, Luz, qué daño me hicieron! Elaida me prometió que me devolverían la integridad, la facultad para encauzar de nuevo, y yo

obedecí. ¡Por eso… he tenido que hacerlo!

—Así que Elaida es del Ajah Negro —constató con ferocidad Egwene. Junto a la pared había un estrecho armario en el que guardaba un vestido verde para las ocasiones en que no tenía tiempo para regresar a sus aposentos. Junto a él había colgada una estola rayada. Comenzó a vestirse apresuradamente—. ¿Qué le han hecho a Rand? ¿Adónde lo han llevado? ¡Responde, Beldeine! ¿Dónde está Rand al'Thor?

Beldeine se acurrucó, con labios temblorosos y la desolación pintada en el rostro, pero al fin reunió el coraje para contestar.

—En el Patio de los Traidores, madre. Lo han llevado al Patio de los Traidores.

Egwene se estremeció con violencia, de miedo y de rabia. Elaida no había aguardado ni siquiera una hora. El Patio de los Traidores únicamente se utilizaba para tres cometidos: ejecuciones, la neutralización de una Aes Sedai y el amansamiento de un hombre con potencial para encauzar. Para los tres casos se requería una orden de la Sede Amyrlin. «¿Y quién lleva entonces la estola allí?» Elaida, estaba segura. «¿Pero cómo ha conseguido que la acepten con tanta rapidez, sin que me hayan juzgado y sentenciado a mí? No puede haber otra Amyrlin hasta que me hayan despojado de la estola y el bastón. Y no les resultará fácil lograrlo. ¡Luz! ¡Rand!» Se encaminó a la puerta.

—¿Qué podéis hacer vos, madre? —gritó Beldeine—. ¿Qué podéis hacer? —Era imposible discernir si se refería a Rand o a sí misma.

—Más de lo que nadie sospecha —repuso Egwene—. Yo no he empuñado jamás la Vara Juratoria, Beldeine. —La exclamación de asombro de Beldeine le llegó hasta el pasillo.

La memoria aún jugaba al escondite con ella. Sabía que ninguna mujer accedía al chal y al anillo sin prestar los Tres Juramentos asiendo firmemente en una mano la Vara Juratoria, el *ter'angreal* que la vinculaba a su cumplimiento de un modo tan ineludible como si se los hubieran grabado en los huesos al nacer. Ninguna mujer accedía a la condición de Aes Sedai sin someterse a ellos y, sin embargo, tenía la seguridad de que, de algún modo inexplicable, ella había soslayado tal requisito.

Sus zapatos martilleaban velozmente el suelo. Ahora sabía al menos por qué estaban vacíos los corredores. Todas las Aes Sedai, con excepción tal vez de aquellas que había dejado en el almacén, todas las Aceptadas, todas las novicias, incluso todos los criados, estarían congregados en el Patio de los Traidores, siguiendo la costumbre, para presenciar la puesta en práctica de la voluntad de Tar Valon.

Y los Guardianes debían de permanecer cerca del patio en previsión de que alguien pudiera intentar liberar al hombre que iban a amansar. Los restos de los ejércitos de Guaire Amalasan lo habían intentado, al final del período que algunos conocían con el nombre de Guerra del Segundo Dragón, justo antes de que el

creciente poderío de Artur Hawkwing hubiera dado a Tar Valon otros motivos de preocupación, como también lo habían intentado, muchos años antes, los seguidores de Raolin Perdición del Oscuro. Era incapaz de recordar si Rand tenía o no seguidores, pero los Guardianes guardaban memoria de tales tentativas y estaban prevenidos contra ellas.

Si realmente Elaida, o cualquier otra, llevaba puesta la estola de la Amyrlin, era probable que los Guardianes no la admitieran en el Patio de los Traidores. Sabía que tenía posibilidad de abrirse paso a la fuerza. Habría de actuar rápidamente, pues de nada serviría su esfuerzo si amansaban a Rand mientras ella aún estaba paralizando Guardianes con Aire. Incluso los Guardianes sucumbirían si les arrojaba relámpagos y fuego compacto y socavaba el suelo bajo sus pies. «¿Fuego compacto?», se preguntó. Tampoco serviría de nada que echara a perder el poder de Tar Valon para salvar a Rand. Debía salvarlos a ambos.

A poca distancia del Patio de los Traidores, inició un ascenso por escaleras y rampas cada vez más angostas hasta llegar a una trampilla que daba al inclinado tejado casi blanco del remate de una torre. Desde allí, más allá de tejados y torres, divisaba la vasta oquedad del Patio de los Traidores.

La multitud se apiñaba en el patio, dejando sólo un espacio despejado en el centro. La gente abarrotaba las ventanas, balcones e incluso tejados circundantes, pero desde su posición distinguía, diminuto en la distancia, al hombre que se tambaleaba encadenado en el círculo libre que dejaba el gentío. Rand. Lo rodeaban doce Aes Sedai y plantada frente a él había otra mujer, que sin duda llevaba la estola de siete colores, pese a que Egwene no alcanzaba a distinguirla. «Elaida.» Las palabras que debía de estar pronunciando se filtraron, insidiosas, en la cabeza de Egwene.

«Este hombre, dejado de la mano de la Luz, ha entrado en contacto con el *Saidin*, la mitad masculina de la Fuente Verdadera. En consecuencia, nosotros lo tenemos preso. Este hombre ha cometido el abominable delito de encauzar el Poder Único, sabiendo que el *Saidin* está contaminado por el Oscuro, contaminado por el orgullo de los hombres, contaminado por el pecado de los hombres. En consecuencia, nosotros lo hemos encadenado.»

Egwene ahuyentó enérgicamente de la mente el resto del discurso. «Trece Aes Sedai. Doce hermanas y la Amyrlin, el número de personas que participan tradicionalmente en un amansamiento. El mismo número que para…» Desechó, asimismo, tal línea de pensamiento. No tenía tiempo que perder; debía hallar la manera de modificar el curso de los acontecimientos.

Consideró factible levantarlo con Aire desde aquella distancia. Sacarlo del círculo de Aes Sedai y llevarlo flotando hasta ella. Era una posibilidad. Aun cuando reuniera la fuerza necesaria, aun cuando no lo dejara caer, causándole la muerte, sería un

proceso lento durante el cual él sería un blanco fácil para las flechas de los arqueros, y el brillo del *Saidar* delataría su posición para toda Aes Sedai que dirigiera la mirada en esa dirección. Y a todo Myrddraal, también.

—Luz —murmuró—, no existe otro medio para no desencadenar una guerra dentro de la Torre Blanca. Y con esta actuación es probable que provoque una de todas formas. —Concentró el Poder, separó sus cúmulos, canalizó los flujos.

«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

Hacía tanto tiempo que no escuchaba esas palabras que, al oírlas, se sobresaltó, resbaló por el liso tejado y se detuvo justo en el alero. El suelo se encontraba a ochenta metros bajo ella.

Miró atrás y allí, encima de la torre, inclinado para asentar sus bordes en las inclinadas tejas, se alzaba un arco plateado henchido de brillante luz. La imagen tembló, y unos fogonazos verdes y amarillos surcaron su blanca luz.

«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

La arcada perdió consistencia hasta volverse transparente y luego recobró su solidez.

Egwene observó febrilmente el Patio de los Traidores. Había de tener tiempo. Había de tenerlo. Solamente necesitaba unos minutos, diez tal vez, y suerte.

En su cabeza se filtraban palabras que, a diferencia de la inmaterial e inidentificable voz que le advertía que conservara la firmeza, tenían timbres femeninos que despertaban un asomo de reconocimiento en ella.

«… no podemos aguantar mucho más. Si no sale ahora…»

«¡Resistid! ¡Resistid, os ordeno, o si no os destriparé como esturiones a todas!»

«… perdiendo el control, madre. No podemos…»

Las voces se redujeron a un murmullo que dejó paso al silencio, pero la voz desconocida habló de nuevo.

«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

«Hay que pagar un precio para ser Aes Sedai.»

«El Ajah Negro espera.»

Con un grito de rabia, sumida en un abismo de pérdida, Egwene se arrojó al arco, ocupado ahora por un tenue resplandor como enturbiado por la calima, casi deseosa de errar el impulso y precipitarse al vacío.

La luz la desgarró fibra a fibra, rebanó las fibras hasta reducirlas a hilos que luego dividió en insustanciales volutas. Todo se desgajó interminablemente con la luz.

23



Ligada

La luz la desgajó fibra a fibra, rebanó las fibras hasta reducirlas a hebras que se diseminaron, abrasándose. Flotaron, consumiéndose interminablemente. Sin fin.

Egwene salió del arco de plata rígida y fría a causa de la ira. Ella misma le abría las puertas a la rabia para mitigar la quemazón del recuerdo. Su cuerpo guardaba memoria de haberse quemado, pero la huella dejada por otro ardor era más profunda. Su furia era fría como la muerte.

—¿Eso es todo cuanto me depara el destino? —preguntó—. ¿Abandonarlo una y otra vez? ¿Traicionarlo y dejarlo a merced de su suerte una y otra vez? ¿Es eso lo que me cabe esperar?

De improviso advirtió la insólita tensión que se respiraba en torno a ella. La Amyrlin estaba presente ahora, tal como le habían dicho, así como una hermana de cada Ajah ataviada con su correspondiente chal, pero todas la observaban con ademán preocupado. Había dos Aes Sedai sentadas con rostros sudorosos en cada una de las junturas del *ter'angreal*. Éste zumbaba, vibraba casi, y en la blanca luz que relucía en los arcos destellaban unas rayas de vivos colores.

El brillo del *Saidar* envolvió brevemente a Sheriam cuando aplicó la mano en la cabeza de Egwene. Ésta sintió un nuevo escalofrío.

—Está bien —dictaminó con evidente alivio la Maestra de las Novicias—. No ha sufrido daños —agregó con una nota de sorpresa.

Las otras Aes Sedai que tenía delante parecieron relajarse. Elaida espiró el aliento contenido y luego fue a buscar el último cáliz. Únicamente las mujeres que circundaban el *ter'angreal* prolongaron su estado de tensión. Aunque se había mitigado el zumbido y la luz parpadeaba, iniciando la fase que lo llevaría a la inactividad, aquellas Aes Sedai daban la impresión de luchar denodadamente para controlarlo.

—¿Qué…? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Egwene.

—Silencio —indicó Sheriam con tono indulgente—. Por ahora, debes guardar

silencio. Estás bien, eso es lo más importante, y hemos de concluir la ceremonia.

Elaida regresó, casi a la carrera, y entregó el cáliz de plata a la Amyrlin. Egwene titubeó un instante antes de arrodillarse. «¿Qué ha pasado?»

La Amyrlin vació lentamente el contenido de la copa sobre la cabeza de Egwene.

—Quedas limpia de Egwene al'Vere del Campo de Emond. Quedas limpia de todo lazo que te vincula al mundo. Acudes a nosotras pura, en cuerpo y alma. Eres Egwene al'Vere, Aceptada de la Torre Blanca. —La última gota se estrelló en el pelo de Egwene—. Ahora estás ligada a nosotras.

Las últimas palabras parecían tener un significado especial, transmitir un mensaje que sólo incumbía a Egwene y la Amyrlin. La Amyrlin dejó el cáliz al cuidado de una de las Aes Sedai y sacó un anillo de oro con la forma de una serpiente mordiéndose la cola. Egwene tembló involuntariamente al levantar la mano izquierda, y un nuevo temblor volvió a agitarla cuando la Amyrlin deslizó la sortija con la Gran Serpiente en el tercer dedo. Cuando fuera Aes Sedai, podría llevar el anillo en cualquier dedo, o no llevarlo si era necesario ocultar su condición, pero como Aceptada debía llevarlo allí.

La Amyrlin la invitó a ponerse en pie.

—Bienvenida, hija —dijo, besándole las mejillas—. Bienvenida. —Luego dio un paso atrás, la examinó atentamente y se dirigió a Sheriam—. Ocupaos de secarla y darle ropa y luego cercioraos de que se encuentra bien. Sin margen de duda, que quede claro.

—Estoy segura, madre —aseveró, sorprendida, Sheriam—. Habéis visto cómo la he sondeado.

La Amyrlin emitió un gruñido y clavó la mirada en el *ter'angreal*.

—Pienso investigar la causa de la anomalía de esta noche.

Sus pasos siguieron la dirección de su furibunda mirada, provocando un enérgico revuelo en su falda, y la mayoría de las Aes Sedai se reunieron con ella en torno al *ter'angreal*, ahora una mera estructura de arcos de plata asentados en un anillo.

—La madre está preocupada por ti —comentó Sheriam, llevándola a un lado, donde había un par de gruesas toallas para secarla.

—¿Está fundada su inquietud? —inquirió Egwene. «La Amyrlin no quiere que le pase nada a su sabueso hasta que haya abatido el venado.»

Sheriam se limitó a fruncir el entrecejo y aguardó a que Egwene se hubiera secado para entregarle un vestido blanco con una cenefa de siete colores en el borde.

Al ponérselo, se sintió decepcionada. Era una Aceptada, con el anillo en el dedo y la abigarrada franja en el vestido. «¿Por qué no noto ninguna diferencia?»

Elaida se acercó cargando en los brazos la ropa de novicia de Egwene, su cinturón y su bolsa. Y los papeles que Verin le había dado. En manos de Elaida.

Egwene se refrenó para no quitárselos de las manos.

—Gracias, Aes Sedai.

Intentó mirar con disimulo los papeles, pero no pudo dilucidar si alguien los había tocado. El fajo seguía sujeto con la cuerda. «¿Cómo iba a saber si los ha leído todos?» Bajo el vestido de novicia palpó la bolsa y notó el peculiar contorno del anillo, del *ter'angreal*. «Al menos sigue adentro. Luz, podría habérmelo quitado, y la verdad es que no sé si me hubiera importado. Sí, lo habría lamentado. Sí, creo que sí.»

—No quería que te sometieran a la prueba esta noche —declaró Elaida con voz y expresión glaciales—. No porque temiera lo que ha sucedido, pues nadie podía preverlo, sino por lo que eres: una espontánea. —Egwene intentó protestar, pero Elaida prosiguió, persistente como un ventisquero—. Oh, ya sé que aprendiste a encauzar bajo la supervisión de Aes Sedai, pero aun así eres una espontánea. Una espontánea en espíritu y en modales. Posees un vasto potencial, de lo contrario no habrías salido viva de allí, pero el potencial no cambia nada. No creo que llegues nunca a formar parte de la Torre, cuando menos no de la manera como lo hacemos las demás, y en ello no influirá nada el dedo en que lleves el anillo. Habría sido mejor para ti que hubieras optado por aprender lo suficiente para seguir con vida y hubieras vuelto a tu soporífero pueblo. Mucho mejor. —Giró sobre sus talones y abandonó con paso airado la estancia.

«Si no es del Ajah Negro —pensó ácidamente Egwene—, poco le falta.»

—Podríais haber dicho algo —murmuró a Sheriam—. Podríais haberme apoyado.

—Lo hubiera hecho con una novicia, hija —repuso con calma Sheriam—. Puesto que las novicias no pueden protegerse, yo trato de hacerlo. Ahora eres una Aceptada y es hora de que aprendas a protegerte a ti misma.

Egwene escrutó los ojos de Sheriam, preguntándose si había sido imaginario el énfasis que había advertido en la última frase. Al igual que Elaida, Sheriam había tenido ocasión de leer la lista de nombres, de concluir que Egwene estaba involucrada en el Ajah Negro. «Luz, estás volviéndote suspicaz con todo el mundo. De todos modos es preferible a morir o a ser capturada por trece de ellas y…» Contuvo el hilo de los pensamientos; no quería albergarlos en la mente.

—Sheriam, ¿qué ha ocurrido esta noche? —preguntó—. No pienso quedarme sin respuesta. —Vio que Sheriam enarcaba exageradamente las cejas y se apresuró a corregir su error—. Sheriam Sedai. Perdonadme, Sheriam Sedai.

—Recuerda que todavía no eres una Aes Sedai, hija. —A pesar de la dureza de su voz, en sus labios asomó brevemente una sonrisa—. No sé lo que ha pasado, pero me temo mucho que has estado a punto de morir.

—Quién sabe qué suerte corren las que no salen del *ter'angreal* —dijo Alanna acercándose a ellas. La hermana Verde era famosa por su mal genio y su sentido del humor, y algunos afirmaban que era capaz de pasar de un estado de ánimo al otro en

menos de un abrir y cerrar de ojos. La mirada que dirigió a Egwene en aquella ocasión rayaba, no obstante, la timidez—. Hija, debí poner fin a esto cuando aún era posible, cuando percibí por primera vez… la reverberación. Ésta ha vuelto a producirse. Eso es lo que ha sucedido. Y se ha producido con una violencia multiplicada por mil, o por diez mil. Daba la impresión de que el *ter'angreal* trataba de escudarse contra el flujo del *Saidar*… o soldarse al suelo. Te presento mis disculpas, aunque las palabras no basten para justificar lo que ha estado a punto de ocurrirte. Lo digo de todo corazón, y por el Primer Juramento sabrás que es verdad. Para demostrarte cuáles son mis sentimientos, pediré a la madre que me deje compartir contigo el tiempo que pasas en las cocinas. Y, sí, también la visita que has de hacer a Sheriam. De haber cumplido con mi deber, no habrías expuesto tu vida, y estoy dispuesta a expiar mi culpa.

—Nunca dará su consentimiento a ello, Alanna —aseguró, escandalizada, Sheriam—. Una hermana en las cocinas, lo que faltaba por ver… Es insólito. ¡Es imposible! Habéis obrado según habéis creído correcto. Estáis libre de toda culpa.

—Vos no sois responsable, Alanna Sedai —convino Egwene. «¿Por qué hace esto Alanna? A no ser que quiera convencerme de que ella no ha tenido nada que ver con el mal funcionamiento del *ter'angreal*. Y tal vez para no quitarme ojo de encima.» La imagen de una orgullosa Aes Sedai hundida hasta los codos en ollas grasientas tres veces al día simplemente para vigilar a alguien le hizo ver que estaba dejando volar demasiado la imaginación. Pese a ello, era imposible que Alanna estuviera dispuesta a someterse a aquel castigo. De cualquier modo, la hermana Verde no había tenido oportunidad de ver la lista de nombres mientras cuidaba del *ter'angreal*. «Pero si Nynaeve está en lo cierto, no necesitaría ver esos nombres para querer matarme si es del Ajah Negro. ¡Basta!»—. De veras no lo sois.

—De haber obrado según debía —insistió Alanna—, no habría ocurrido. La única ocasión en que he visto algo semejante fue hace años, cuando intentamos utilizar un *ter'angreal* en la misma habitación que otro que posiblemente estaba de algún modo relacionado con él. Es extremadamente raro encontrar dos *ter'angreal* que tengan esa clase de conexión. Aquellos dos se fundieron, y todas las hermanas que se hallaban en un radio de cien metros de ellos tuvieron un dolor de cabeza tan terrible durante una semana que no se hallaron en condiciones de encauzar ni para encender una vela. ¿Qué pasa, hija?

La mano de Egwene se había crispado con tal fuerza en torno a la bolsa que el retorcido círculo de piedra quedó impreso en su palma. ¿Acaso estaba caliente? «Luz, yo he sido la causante.»

—Nada, Alanna Sedai. Aes Sedai, vos no habéis hecho nada reprochable. No hay el más mínimo motivo para que compartáis mis castigos. ¡En absoluto!

—Algo vehemente —observó Sheriam—, pero cierto. —Alanna se limitó a

sacudir la cabeza.

—Aes Sedai —inquirió, titubeante, Egwene—, ¿qué significado tiene pertenecer al Ajah Verde? —Sheriam abrió los ojos con expresión divertida y Alanna esbozó una alegre sonrisa.

—¿No hace unos minutos que llevas el anillo —comentó la hermana Verde— y ya tratas de decidir qué Ajah elegirás? En primer lugar, debes amar a los hombres. No me refiero a enamorarte de ellos, sino a amarlos. No como una Azul, a quien simplemente le gustan los hombres, siempre y cuando colaboren en sus causas y no se interfieran en su camino. Y, ciertamente, no como una Roja, que los desprecia como si todos y cada uno de ellos fueran responsables del Desmembramiento. —Alviarin, la hermana Blanca que había entrado con la Amyrlin, les dedicó una fría mirada y pasó de largo—. Ni tampoco como una Blanca —añadió, riendo, Alanna—, en cuya vida no hay cabida para ninguna pasión.

—No era eso a lo que me refería, Alanna Sedai. Quiero saber qué significa ser una hermana Verde. —No estaba segura de que Alanna la comprendiera, porque ni ella misma acababa de precisar qué era lo que quería saber, pero Alanna asintió lentamente como si hubiera entendido.

—Las Marrones se consagran a la búsqueda del conocimiento, las Azules a las grandes causas y las Blancas al implacable discernimiento lógico de la verdad. Pero ser una Verde significa mantenerse preparada. —La voz de Alanna incorporó un matiz de orgullo—. Durante la Guerra de los Trollocs, se nos conocía con frecuencia como el Ajah de las Batallas. Todas las Aes Sedai contribuían en la medida de sus posibilidades, pero sólo el Ajah Verde estuvo siempre con los ejércitos, en casi todas las batallas. Fuimos las adversarias de los Señores del Espanto. El Ajah de las Batallas. Y ahora estamos preparadas, para cuando los trollocs vuelvan a bajar al sur, para la llegada del Tarmon Gai'don, la Última Batalla. Allí estaremos. Éste es el sentido profundo que tiene la pertenencia al Ajah Verde.

—Gracias, Aes Sedai —dijo Egwene.

«¿Era eso lo que era? ¿O lo que seré? Luz, ojalá supiera si era real, si tenía alguna relación con mis propias circunstancias.»

La Amyrlin se reunió con ellas y fue recibida con profundas reverencias.

—¿Te encuentras bien, hija? —preguntó a Egwene. Su mirada se desvió hacia la esquina de los papeles que asomaban bajo el vestido de novicia que Egwene llevaba en las manos e inmediatamente volvió a posarse en la cara de Egwene—. Estoy dispuesta a llegar hasta el fondo en la investigación de las causas de lo ocurrido esta noche.

—Estoy bien, madre —respondió Egwene con las mejillas ruborizadas.

Alanna solicitó a la Amyrlin el permiso para cumplir el sorprendente castigo que se había autoimpuesto.

—Nunca he oído algo tan descabellado —vociferó la Amyrlin—. El patrón no se dedica a limpiar el barro con los marineros aunque él mismo haya llevado el barco hasta la marisma. —Lanzó una ojeada a Egwene y sus ojos expresaron preocupación e ira—. Comparto vuestra inquietud, Alanna. Sean cuales sean las faltas por ella cometidas, esta muchacha no se merecía esto. Muy bien. Si con ello vais a mitigar vuestros remordimientos, podéis visitar a Sheriam. Pero que quede estrictamente entre las dos. No permitiré que una Aes Sedai incurra en ridículo, ni siquiera dentro de la Torre.

Egwene abrió la boca para confesarlo todo, aun cuando ello supondría que le quitaran el anillo —«En realidad, no lo quiero para nada»—, pero Alanna se le adelantó.

—¿Y en lo referente al resto, madre?

—No seáis necia, hija. —El enfado de la Amyrlin parecía ir en aumento—. En un día os convertiríais en un hazmerreír, salvo para aquellos que os tomaran por loca. Y ello tendría repercusiones duraderas. Las anécdotas como ésta siempre acaban propagándose y en poco tiempo se contarían historias de la Aes Sedai fregona desde Tear a Tarabon, lo cual tendría un efecto negativo en todas las hermanas. No. Si necesitáis libraros de un sentimiento de culpa y no sois capaz de bregar con él como una mujer madura, ya os he dicho que podéis visitar a Sheriam. Acompañadla a su estudio al salir de aquí. Así tendréis el resto de la noche para decidir si os ha servido de algo. ¡Y mañana podéis comenzar a investigar qué anomalía ha intervenido aquí esta noche!

—Sí, madre —acató Alanna con voz perfectamente neutra.

El deseo de confesar había remitido en Egwene. Alanna había demostrado muy brevemente su decepción al advertir que la Amyrlin no le permitiría trabajar con ella en las cocinas. «Tienes tantas ganas de recibir castigo como cualquier persona que esté en su sano juicio. Quería una excusa para estar conmigo. Luz, no puede haber provocado deliberadamente la perturbación en el *ter'angreal*; he sido yo la causante. ¿Será del Ajah Negro?»

Absorta en tales pensamientos, Egwene oyó un carraspeo y luego otro más violento. Cuando enfocó la mirada, la Amyrlin la miraba fijamente.

—Ya que parece que estás quedándote dormida de pie, hija, te sugiero que vayas a acostarte. —Por un instante, clavó la vista en los papeles casi escondidos que sostenía Egwene—. Tienes mucho que hacer mañana y también los días sucesivos. —Sus ojos se rezagaron un momento en Egwene y luego se alejó a grandes zancadas sin darles tiempo a ofrecerle reverencias.

Sheriam se encaró con Alanna tan pronto como la Amyrlin se halló a una distancia prudencial. La Aes Sedai Verde respondió con una airada mirada y soportó en silencio la reprimenda.

—¡Estáis loca, Alanna! Sois una insensata y una necia si creéis que os voy a tratar con miramientos sólo porque fuimos compañeras de novicias. ¿Acaso os ha poseído el Dragón para…? —De pronto Sheriam se acordó de Egwene y entonces descargó en ella su ira—. ¿No he oído que la Amyrlin te ha ordenado ir a acostarte, Aceptada? Si dices una palabra acerca de esto, preferirás que te hubiera enterrado en un campo para abonar el suelo. Y mañana quiero verte en mi estudio cuando suene la primera campana y no un minuto después. ¡Ahora vete!

Egwene se marchó, con un tumulto de dudas en la cabeza. «¿Hay alguien en quien pueda confiar? ¿La Amyrlin? Nos ha mandado perseguir a trece mujeres del Ajah Negro y ha olvidado mencionar que ése es precisamente el número de personas que se necesita para someter al servicio de la Sombra a una mujer que encauza en contra de su voluntad. ¿En quién puedo confiar?»

Como se le antojaba insoportable la idea de estar sola, se encaminó apresuradamente a las dependencias de las Aceptadas, pensando que al día siguiente ella misma se instalaría allí, y, tras llamar a la puerta de Nynaeve, la abrió sin aguardar respuesta. A ella podía confiárselo todo. A ella y a Elayne.

Pero Nynaeve estaba sentada en una de las sillas, con la cabeza de Elayne hundida en el regazo. Los hombros de Elayne se agitaban acompasadamente a los hipidos, a los sollozos amortiguados que sobrevienen cuando en el cuerpo ya no quedan energías para llorar a pleno pulmón pero la emoción todavía abrasa. En las mejillas de Nynaeve también corrían las lágrimas. La Gran Serpiente que relucía en la mano con que alisaba el pelo de Elayne era igual que la del anillo de la mano con que ésta se aferraba crispadamente a la falda de la antigua Zahorí.

Elayne alzó un rostro hinchado y enrojecido por el prolongado llanto y se sorbió las lágrimas al ver a Egwene.

—No podía ser tan horrible, Egwene. ¡No podía serlo!

El accidente con el *ter'angreal*, el temor de Egwene a que alguien hubiera leído los papeles que Verin le había dado, las sospechas que había abrigado respecto a todas y cada una de las mujeres presentes en aquella habitación, todo aquello había sido terrible, pero, aun de modo brusco y desagradable, le había servido para distraer el pensamiento de lo ocurrido dentro del *ter'angreal*. Aquello procedía del exterior; lo otro se hallaba dentro de sí misma. Las palabras de Elayne dieron rienda suelta a lo que albergaba en su interior, y Egwene sintió como si el techo se le viniera encima. Rand su marido y Joiya su hija. Rand atrapado y rogándole que lo matara. Rand encadenado aguardando a ser amansado.

Sin tener conciencia de ello, se arrodilló al lado de Elayne y las lágrimas que debiera haber derramado antes afluyeron con el ímpetu de un torrente a sus ojos.

—No he podido ayudarlo, Nynaeve —sollozó—. Lo he abandonado a su suerte.

Nynaeve se encogió como si hubiera recibido un golpe, pero al momento sus

brazos abrazaban, confortándolas y meciéndolas, a Egwene y Elayne.

—Ya pasó —canturreó quedamente—. El tiempo mitiga el dolor. Lo mitiga un poco. Algún día les haremos pagar nuestro propio precio. Ya ha pasado.

24



Salida de reconocimiento

La luz del sol que se filtraba por los postigos despertó a Mat. Durante un momento, siguió acostado, frunciendo el entrecejo. No había trazado ningún plan para escapar de Tar Valon antes de que el sueño lo venciera, pero tampoco había renunciado a ello. Pese a que la mayoría de los recuerdos se escondían bajo una espesa niebla, pensaba porfiar en su intención de marcharse.

Entraron dos criadas cargadas con agua caliente y una bandeja llena de comida y, entre risas, alabaron su buen aspecto y pronosticaron su pronta recuperación si seguía las instrucciones de la Aes Sedai. Él les respondió concisamente, tratando de disimular la amargura que sentía. «Es mejor que piensen que voy a seguirles la corriente.» Las tripas le gruñeron, reaccionando al olor que desprendía la bandeja.

De nuevo solo, se levantó de la cama, se llevó una loncha de jamón a la boca y llenó la palangana de agua para lavarse y afeitarse. Al verse en el espejo del aguamanil, paró de enjabonarse la cara. Era cierto que tenía mejor aspecto.

Aunque aún tenía las mejillas hundidas, sus pómulos no se veían ya tan prominentes. Las ojeras habían desaparecido y sus ojos no parecían tan encajados en la cabeza. Era como si cada bocado que había engullido la noche anterior se hubiera aplicado a acolcharle los huesos. Sentía, incluso, un renovado vigor.

—A este paso —murmuró—, me habré marchado antes de lo que sospechan.

Volvió a sorprenderse cuando, después de afeitarse, dio cuenta de la totalidad del jamón, nabos y peras que le habían servido.

Estaba seguro de que esperaban de él que volviera a acostarse después de comer, pero en lugar de ello se vistió. Ya calzado, lanzó una ojeada a las mudas de repuesto y resolvió dejarlas allí por el momento. «Primero debo concretar lo que haré. Y si he de irme sin ellas…» Se guardó los cubiletes con los dados en el bolsillo, convencido de que ellos le proporcionarían toda la ropa que necesitase.

Abrió la puerta y se asomó al pasillo. Las puertas con paneles de pálida y dorada madera se sucedían, interrumpidas por abigarrados tapices, y el suelo de blancas

baldosas estaba cubierto por una larga alfombra azul. No había nadie vigilando. Se puso la capa al hombro y se precipitó afuera. Ahora sólo tenía que encontrar la salida.

Tuvo que recorrer varias escaleras, pasadizos y patios hasta localizar lo que buscaba, una puerta que diera al exterior, y en el camino vio a varias personas: criadas y novicias vestidas de blanco que acudían a sus quehaceres, con diligencia más marcada incluso en las jóvenes estudiantes que en la servidumbre; unos cuantos hombres toscamente vestidos transportando arcones y objetos pesados; Aceptadas ataviadas con sus característicos vestidos con cenefas. Incluso unas pocas Aes Sedai.

Las Aes Sedai, absortas en sus pensamientos, no parecieron reparar en él al pasar por su lado o, cuando mucho, le dedicaron únicamente una somera mirada. Él llevaba ropas de campesino, pero de calidad; no tenía aspecto de vagabundo, y la presencia de los criados indicaba que los hombres no tenían prohibida la entrada en aquella parte de la Torre. Sospechó que tal vez lo tomaban por un criado, cosa que no le importaba siempre y cuando no le pidieran que cargara nada.

El hecho de que ninguna de las mujeres que vio fuera Egwene o Nynaeve le hizo experimentar cierto pesar. Hasta le habría alegrado encontrar a Elayne. «Es una chica bonita, aunque la mitad de las veces sea muy estirada. Y ella me diría dónde puedo localizar a Egwene y a la Zahorí. No puedo irme sin despedirme de ellas. Luz, espero que no vayan a denunciarme simplemente porque estudien para convertirse ellas mismas en Aes Sedai. ¡Diantre! Ellas no me harían eso. De todas formas, me arriesgaré.»

Pero, una vez que se halló en el exterior, bajo un brillante cielo sólo enturbiado por unas cuantas nubes blancas, se olvidó de las mujeres. Estaba en un extenso patio enlosado con una fuente de piedra en el centro y un cuartel de piedra gris en el extremo opuesto que, entre los árboles que crecían en los cercos no pavimentados, parecía un enorme canto rodado. Delante del largo y bajo edificio había sentados varios guardias en mangas de camisa, engrasando armas, armaduras y arneses. Aquél era el tipo de persona que le convenía en ese momento.

Cruzó pausadamente el patio y se puso a observar a los soldados como si no tuviera nada mejor que hacer. Mientras trabajaban, éstos charlaban y reían igual que los hombres después de la cosecha. De cuando en cuando uno de ellos miraba con curiosidad a Mat, que se paseaba entre ellos, pero ninguno puso en entredicho su derecho a hallarse allí. De tanto en tanto formulaba con aire despreocupado una pregunta. Por fin obtuvo la respuesta que buscaba.

—¿Un guardia de los puentes? —dijo con marcado acento illiano un fornido hombre moreno que tan sólo debía de tener cinco años más que Mat. Pese a su juventud, tenía surcada la mejilla por una blanca cicatriz, y las manos que engrasaban su espada se movían con familiaridad y competencia. Miró con ojos entornados a Mat antes de reanudar su tarea—. Yo estoy destacado en los puentes, y esta tarde vuelvo a

estar de guardia allí. ¿Por qué lo preguntas?

—Solamente quería saber en qué condiciones está la otra orilla del río. —«Tampoco me vendrá mal saberlo»—. ¿Está bien el terreno para viajar? No debe de estar fangoso, a menos que haya caído más lluvia de la que creo.

—¿Qué orilla del río? —inquirió plácidamente el guardia, sin apartar la vista del aceitoso paño con que frotaba su arma.

—Eh… la del este.

—No hay barro, pero sí Capas Blancas. —El hombre se inclinó a un lado para escupir, pero no alteró el tono de voz—. Los Capas Blancas están husmeando en todos los pueblos en un radio de más de diez kilómetros. Aún no han herido a nadie, pero importunan a la gente. Que la Fortuna me clave su aguijón si lo que pretenden no es provocarnos, pues buena pinta tienen de querer atacarnos si pudieran. No es bueno encontrarse con ellos de viaje.

—¿Y el lado oeste?

—Lo mismo. —El guardia alzó la vista hacia Mat—. Pero tú no vas a cruzar, chico, ni a la ribera del este ni a la del oeste. Que la Fortuna me abandone si tú no te llamas Matrim Cauthon. Anoche una hermana en persona vino al puente donde montaba guardia y nos describió minuciosamente tu aspecto hasta que todos pudimos repetirle de memoria tus rasgos. Un huésped, dijo, al que no se debía causar ningún daño. Pero al que no se debía permitir tampoco salir de la ciudad, ni aunque tenga que atarte de manos y pies para impedírtelo. —Entrecerró los ojos—. ¿Acaso les has robado algo? —preguntó dubitativamente—. No tienes la misma pinta que la gente a la que suelen alojar las hermanas.

—¡Yo no he robado! —repuso, indignado, Mat. «Demonios, ni siquiera he tenido ocasión de pasar inadvertido. Deben de conocerme todos»—. ¡No soy un ladrón!

—No, no es eso lo que percibo en tu cara. No eres un ratero. Pero tienes el mismo aire que el tipo que intentó venderme el Cuerno de Valere hace tres días. Eso aseguraba que era, todo retorcido y abollado como estaba. ¿Tienes tú un Cuerno de Valere que vender? ¿O tal vez sea la espada del Dragón?

Mat se sobresaltó ante la mención del Cuerno, pero consiguió mantener la calma en la voz.

—Estaba enfermo. —Ahora también lo miraban otros guardias. «Luz, ahora ya saben todos que no pueden dejarme marchar.» Lanzó una carcajada forzada—. Las hermanas me curaron. —Hizo votos por que lo creyeran. «Sólo un hombre al que curaron. Nada más. No hay razón para que forméis más cábalas acerca de él.»

—Aún te quedan trazas de la enfermedad en la cara —convino el illiano—. Quizá sea ésa la razón. Pero nunca oí que se esforzaran tanto por retener a un hombre enfermo en la ciudad.

—Ésa es la razón —aseguró fervientemente Mat, consciente de que todas las

miradas se centraban en él—. Bien, he de irme. Me han dicho que debo dar paseos. Largos paseos, para cobrar fuerzas.

Se alejó, ceñudo, sintiendo cómo lo seguían sus miradas. Él sólo pretendía averiguar hasta qué punto habían propagado su descripción. Si únicamente la hubieran transmitido a los oficiales a cargo de los puentes, habría tenido una posibilidad de escabullirse. Siempre había sido hábil para entrar y salir a escondidas de los sitios. Era un talento que se adquiría cuando la madre de uno siempre sospechaba que haría una diablura y tenía además cuatro hermanas para delatarlo. «Y ahora he dejado constancia de mi aspecto delante de medio cuartel de guardias. ¡Rayos, truenos y relámpagos!»

Gran parte del recinto de la Torre estaba ocupado por jardines llenos de árboles, cedros, abedules y olmos, y pronto se halló recorriendo uno de los numerosos senderos cubiertos de grava. Éste podría haberse encontrado en pleno campo, de no ser por las torres que se divisaban entre las copas de los árboles. Y por la blanca e imponente mole de la Torre propiamente dicha, que ahora le quedaba a la espalda pero cuya presión sentía sobre él como si la cargara encima. Si había forma de salir de los terrenos de la Torre sin ser visto, aquél parecía el lugar indicado para averiguarlo. En el supuesto de que existiera tal salida.

Por el camino apareció una novicia vestida de blanco, caminando con paso decidido hacia él. Absorta en sus propios pensamientos, al principio no reparó en él. Cuando estuvo lo bastante cerca para distinguir claramente sus grandes ojos oscuros, la manera como llevaba trenzado el cabello, Mat sonrió de improviso. El recuerdo afloró a su mente desde el confuso pozo de su memoria y tuvo la certeza de conocer a esa muchacha, pese a que jamás habría sospechado encontrarla allí. A decir verdad, no había esperado volver a verla allí ni en ninguna parte. Sonrió para sus adentros. «Buena suerte para compensar la mala racha anterior.» Según recordaba, esa chica tenía debilidad por los muchachos.

—Elsa —la llamó—. Elsa Grinwell. Te acuerdas de mí, ¿verdad? Mat Cauthon. Visité con un amigo la granja de tu padre. ¿Te acuerdas? ¿Has decidido convertirte en Aes Sedai, pues?

La muchacha se paró en seco y se quedó mirándolo.

—¿Qué haces levantado y afuera? —preguntó fríamente.

—Sabes que estaba enfermo, veo. —Se acercó a ella, pero ésta retrocedió, manteniendo la distancia. Entonces él se detuvo—. No es contagioso. Me curaron, Elsa. —Aquellos oscuros y grandes ojos parecían más sagaces de lo que recordaba y no transmitían la misma calidez, pero supuso que tal vez el hecho de estudiar para Aes Sedai producía ese efecto—. ¿Qué ocurre, Elsa? Me miras como si no me conocieras.

—Te conozco —dijo. Su porte tampoco era el que recordaba; pensó que ahora

podía dar lecciones a Elayne—. Tengo… trabajo que hacer. Déjame pasar.

Mat esbozó una mueca. El sendero era lo bastante ancho como para dar holgada cabida a seis personas.

—Ya te he dicho que no es contagioso.

—¡Déjame ir!

Murmurando para sí, se apartó hasta el borde de la gravilla y ella lo adelantó por el otro lado, vigilando para cerciorarse de que no se aproximaba a ella. Luego apretó el paso y se fue mirando por encima del hombro hasta perderse de vista en un recodo.

«Quería asegurarse de que no la seguiría —pensó con amargura—. Primero los guardias, y ahora Elsa. Hoy no tengo un día afortunado.»

Volvió a emprender camino y pronto oyó un gran estrépito a su izquierda, como si estuvieran entrechocando docenas de palos. Movido por la curiosidad se dirigió hacia allí, adentrándose en la arboleda.

Al cabo de poco llegó a una gran explanada de tierra apisonada, de unos cuarenta metros de ancho y casi el doble de largo. Espaciadas en sus contornos, bajo los árboles, había casetas de madera en las que había barras para luchar, espadas de práctica que consistían en manojos de ramas atadas, unas cuantas espadas de verdad, hachas y lanzas.

En la explanada, y espaciadas entre sí, luchaban con espadas de práctica varias parejas de hombres, en su mayoría con el torso desnudo. Algunos se movían tan grácilmente, cambiando tan fluidamente de postura de ataque a defensa, que daban la impresión de bailar juntos. Aunque lo único que los distinguía de los demás era la pericia, Mat tuvo la certeza de que eran Guardianes.

Los que no daban pruebas de tanta agilidad eran todos más jóvenes y peleaban bajo el atento escrutinio de un hombre mayor del que pareciera irradiar una amenazadora gracia incluso parado. «Guardianes y estudiantes», dedujo Mat.

No era el único espectador. A menos de diez metros de distancia de él, media docena de mujeres con atemporales rostros de Aes Sedai y otras tantas con los blancos vestidos con cenefas de las Aceptadas observaban a un par de estudiantes de desnudos torsos brillantes de sudor que practicaban bajo la dirección de un Guardián de cuerpo tan anguloso como un bloque de piedra. El Guardián utilizaba la pipa de tabaco que humeaba en una de sus manos para dirigir a sus alumnos.

Mat se sentó con las piernas cruzadas bajo un abedul, recogió tres grandes guijarros del suelo y se puso a realizar distraídamente juegos malabares con ellos. Aunque no se sentía débil exactamente, halló placer al sentarse. Si había alguna vía de salida del recinto de la Torre, no desaparecería mientras se tomaba un descanso.

Aún no llevaba cinco minutos allí cuando Mat identificó a los hombres a quienes observaban las Aes Sedai y Aceptadas. Uno de los alumnos del corpulento Guardián era un joven alto y esbelto que se movía con la agilidad de un gato. «Y casi tan guapo

como una chica», pensó irónicamente Mat. Todas las mujeres, incluidas las Aes Sedai, lo miraban con ojos chispeantes.

Aquel hombre manejaba la espada de práctica con habilidad casi equiparable a la de los Guardianes y de tanto en tanto recibía un grave comentario aprobador por parte de su profesor. Y no era que su adversario, un joven que tendría la edad de Mat, con pelo dorado rojizo, fuera torpe. Ni mucho menos, según las observaciones de Mat, a pesar de que él no se tenía por un experto en cuestiones de espadas. El muchacho de cabello rojizo contenía cada una de las veloces estocadas de su oponente, que en ningún momento llegaban a su cuerpo, e incluso atacaba de vez en cuando por su propia cuenta. Pero el hermoso individuo siempre paraba sus golpes y volvía a hostigarlo sin tregua.

Mat seguía haciendo girar las piedras en el aire, cavilando que no le apetecería enfrentarse a ninguno de ellos. En todo caso no con una espada.

—¡Descanso! —La voz del Guardián era tan áspera como un entrechocar de piedras. Con la respiración agitada y el pelo mojado de sudor, los dos hombres dejaron caer a un lado sus espadas de práctica—. Podéis reposar hasta que haya terminado mi pipa. Pero reposad deprisa; ya estoy casi acabando.

Ahora que estaban parados, Mat tuvo ocasión de observar con más detenimiento al joven de cabellos rojizos. Dejó caer de repente las piedras. «Caramba, apostaría todo lo que llevo en la bolsa a que ése es el hermano de Elayne. Y, si el otro no es Galad, me comeré las botas.» Durante el viaje de regreso de la Punta de Toman, Elayne se había pasado la mitad del tiempo hablando de las virtudes de Gawyn y los servicios de Galad. Oh, Gawyn tenía algunos vicios, según reconocía Elayne, pero éstos eran insignificantes; a Mat le parecían el tipo de cosas que nadie que no fuera una hermana consideraría como defectos. En cuanto a Galad, cuando Elayne se veía obligada a concretar, de su descripción se deducía que era el tipo de hijo que toda madre habría deseado tener. Mat, por su parte, no consideraba apetecible pasar mucho tiempo en compañía de Galad. Egwene se ruborizaba cada vez que Galad salía en la conversación, aunque parecía creer que nadie se daba cuenta.

Cuando Galad y Gawyn se pararon, se produjo una ondulación en el grupo de mujeres que los miraban, las cuales parecieron a punto de acercarse todas a la vez a ellos. Pero Gawyn reparó en Mat, dijo algo al oído a Galad y los dos pasaron de largo delante de las mujeres. Las Aes Sedai y Aceptadas se volvieron para seguirlos con la mirada, y Mat se puso en pie al ver que se aproximaban a él.

—Tú eres Mat Cauthon, ¿verdad? —dijo, sonriendo, Gawyn—. Egwene me describió tu aspecto. Y también Elayne. Tengo entendido que estabas enfermo. ¿Te encuentras mejor?

—Estoy bien —respondió Mat, preguntándose si debía dar a Gawyn el tratamiento de «mi señor» o algo parecido. Como se había negado a llamar «mi

señora» a Elayne, cosa que, por otra parte, ella tampoco había exigido, decidió no tener más miramientos con su hermano que con ella.

—¿Has venido al campo de prácticas para aprender el arte de la espada? —inquirió Galad.

—Sólo estaba paseando. Sé muy poco de espadas. Creo que me merece más confianza un buen arco o una barra. Sé defenderme bien con ellos.

—Si pasas mucho tiempo cerca de Nynaeve —comentó Galad—, vas a necesitar arco, barra y espada para protegerte. Y no sé si con eso te bastaría.

—Galad —observó con asombro Gawyn—, casi acabas de hacer un chiste.

—Yo también tengo sentido del humor, Gawyn —dijo Galad, frunciendo el entrecejo—. Lo que ocurre es que tú piensas que no lo tengo porque no me gusta burlarme de la gente.

Gawyn sacudió la cabeza y se volvió de nuevo hacia Mat.

—Deberías aprender a manejar la espada. En estos tiempos a nadie le viene mal. Tu amigo, Rand al'Thor, llevaba una espada insólita. ¿Qué noticias tienes de él?

—Hace mucho tiempo que no veo a Rand —se apresuró a responder Mat. Por espacio de unos segundos, cuando había mencionado a Rand, la mirada de Gawyn había cobrado intensidad. «Luz, ¿es que sabe lo de Rand? No es posible. Si lo supiera, ya estaría denunciándome como Amigo Siniestro por el mero hecho de ser amigo suyo. Pero sabe algo»—. Las espadas no son la panacea. Me parece que podría pelear con mi barra contra vosotros dos con espadas y salir bien parado.

Gawyn tosió, sin duda para sofocar una carcajada.

—Debes de ser muy bueno —señaló con excesiva educación.

Galad ofrecía una expresión de franca incredulidad.

Tal vez fue el hecho de que ambos creyeran claramente que estaba fanfarroneando descaradamente. Tal vez fuera porque su intento de sondear a los guardias lo había delatado. Tal vez fuera debido a que Elsa, que tenía tanta debilidad por los chicos, no había querido saber nada de él, y que todas aquellas mujeres estuvieran mirando a Galad con la misma ansia que observaban los gatos una jarra de crema. Fueran o no Aes Sedai o Aceptadas, seguían siendo mujeres. Mat consideró velozmente todas aquellas explicaciones, pero las desechó con malhumor, en especial la última. Iba a hacerlo porque sería divertido. Y porque podría salir ganando unas cuantas monedas, incluso aunque la suerte no volviera a ponerse de su parte.

—Apuesto —los retó— dos marcos de plata contra dos por cada uno de vosotros a que puedo derrotaros de inmediato a ambos, tal como he afirmado. No podéis tener mejores condiciones. Vosotros sois dos y yo sólo uno, de modo que contáis con ventaja. —Casi se echó a reír al percibir la consternación en sus rostros.

—Mat —trató de disuadirlo Gawyn—, no es preciso hacer apuestas. Has estado enfermo. Quizá lo probemos en otra ocasión, cuando hayas recuperado fuerzas.

—No sería una apuesta justa —opinó Galad—. No pienso aceptarla ni ahora ni más adelante. Eres del mismo pueblo que Egwene, ¿verdad? Yo…, yo no haría nada para enojarla conmigo.

—¿Qué tiene que ver ella con esto? Golpeadme sólo una vez con una de vuestras espadas, y yo os entregaré un marco de plata a cada uno. Si yo os golpeo hasta haceros abandonar, vosotros me daréis dos cada uno. ¿No os sentís con ánimos de hacerlo?

—Esto es descabellado —dijo Galad—. No tendrías ninguna posibilidad contra un espadachín entrenado, y menos contra dos. No voy a aceptar unas condiciones tan ventajosas.

—Eso creéis, ¿eh? —preguntó una carrasposa voz. El fornido Guardián se reunió con ellos, juntando sus espesas cejas negras al fruncir el entrecejo—. ¿Creéis que los dos sois lo bastante buenos con las espadas para vencer a un muchacho con un palo?

—No sería justo, Hammar Gaidin —declaró Galad.

—Ha estado enfermo —agregó Gawyn—. No hay necesidad de que luchemos contra él.

—Al campo —ordenó Hammar con un imperativo movimiento de cabeza. Galad y Gawyn dirigieron pesarosas miradas a Mat y luego obedecieron. El Guardián observó dubitativamente a Mat—. ¿Estás seguro de que te encuentras en forma para este combate, chico? Ahora que te miro con más detenimiento, me parece que deberías estar guardando cama.

—Ya he salido de ella —aseguró Mat— y estoy en plena forma. Tengo que estarlo. No quiero perder mis dos marcos.

—¿Pretendes mantener esa apuesta, chico? —preguntó Hammar, enarcando con sorpresa las pobladas cejas.

—Necesito el dinero. —Mat soltó una carcajada.

Al volverse hacia la caseta más cercana donde guardaban las barras, paró bruscamente de reír; le habían cedido las piernas. Las enderezó tan rápido que pensó que cualquiera que se hubiera fijado en ello creería que simplemente había tropezado. Se tomó su tiempo para elegir un bastón, de casi cinco centímetros de grosor y unos veinticinco centímetros más largo que él. «Debo ganar este combate. He dado rienda suelta a mi insensata lengua, y ahora debo ganar. No puedo permitirme perder esos dos marcos. Si no cuento con esa suma de partida, tardaré una eternidad en conseguir el dinero que necesito.»

Cuando regresó, asiendo la barra con ambas manos frente a él, Gawyn y Galad ya lo esperaban en el mismo lugar donde habían estado practicando. «He de ganar.»

—Suerte —murmuró—. Es hora de arrojar los dados.

—¿Hablas la Antigua Lengua, chico? —preguntó Hammar, dirigiéndole una curiosa mirada.

Mat se quedó mirándolo un momento, sin decir nada. Sentía frío hasta en los huesos. Tuvo que esforzarse para que sus pies lo llevaran hasta el campo de prácticas.

—Recordad la apuesta —dijo en voz alta—. Dos marcos de plata por cada uno de vosotros contra dos míos.

Cuando las mujeres advirtieron lo que ocurría, se elevó un murmullo entre las Aceptadas. Las Aes Sedai observaban en silencio. Un silencio cargado de desaprobación.

Gawyn y Galad se separaron, situándose a ambos lados de él, sin acabar de levantar la espada.

—Nada de apuestas —dijo Gawyn—. No hay apuesta.

—No voy a aceptar tu dinero de este modo —declaró al mismo tiempo Galad.

—Pues yo sí pienso aceptar el vuestro —contestó Mat.

—¡De acuerdo! —tronó Hammar—. Si no tienen los arrestos para cumplir la apuesta, yo mismo pagaré lo pactado.

—Muy bien —acordó Gawyn—. Ya que insistes… ¡trato hecho!

—De acuerdo entonces —gruñó Galad tras un momento de vacilación—. Pongamos fin a esta farsa.

Mat aprovechó los instantes que siguieron. Mientras Galad se precipitaba hacia él, deslizó las manos a lo largo de la vara y la hizo girar. El extremo del palo golpeó las costillas del esbelto joven, que se tambaleó con un gruñido. Mat dejó que la barra rebotara y se volvió justo cuando Gawyn entraba en el radio de su alcance. El bastón pasó como un rayo bajo la espada de práctica de Gawyn, se hundió, y le puso la zancadilla. Mientras Gawyn caía, Mat acabó de dar la vuelta completa a tiempo para alcanzar la muñeca en alto de Galad y enviar su arma de práctica por los aires. Como si no acusara el más mínimo dolor en el brazo, Galad dio una ágil voltereta y volvió a ponerse en pie con la espada en mano.

Desentendiéndose por un momento de él, Mat se giró un poco e hizo rotar las muñecas para hacer oscilar la barra en toda su longitud tras él. Gawyn, que comenzaba a levantarse, recibió en un costado de la cabeza un golpe que sólo amortiguó en parte la cobertura del pelo. Luego se desplomó en el suelo.

Mat sólo advirtió vagamente a las Aes Sedai que corrieron a atender al hermano de Elayne. «Espero que esté bien. Así debería ser. Yo me he dado golpes peores cayendo de una valla.» Todavía debía hacer frente a Galad, y por la forma como éste se preparaba, con la espada inclinada con precisa exactitud, era evidente que había comenzado a tomar en serio a Mat.

Las piernas de Mat eligieron ese momento para temblar. «Luz, ahora no puedo ceder a la debilidad.» Sin embargo, notaba cómo se adueñaba de él la fragilidad, y un hambre tan acuciante como si llevara varios días sin comer. «Si espero a que venga por mí, me caeré de bruces.» Se adelantó, manteniendo a duras penas las rodillas

rectas. «Suerte, no me abandones.»

Desde el primer movimiento de ataque, supo que la suerte, o la pericia, o lo que fuera que lo había ayudado a resistir hasta entonces, seguía acompañándolo. Galad consiguió contener, con un ruido sordo, la primera embestida y también las siguientes, pero en su rostro comenzaba a hacerse patente la fatiga. Aquel grácil espadachín, casi tan avezado como los Guardianes, luchaba poniendo en juego toda su habilidad para mantener lejos de sí el bastón de Mat. No atacaba, porque bastante trabajo tenía con defenderse. Se movía continuamente hacia los lados, procurando no retroceder, y Mat seguía hostigándolo, accionando vertiginosamente la barra. Y Galad dio un paso atrás, y luego otro más, escudándose como pudo de la vara con su arma de madera.

El hambre atormentaba con dentelladas a Mat como si se hubiera tragado varias comadrejas. El sudor rodaba hasta sus ojos y sus fuerzas empezaron a ceder como si se evaporaran con el sudor. «Todavía no. Aún he de resistir. Debo ganar. Ahora mismo.» Soltó un rugido e invirtió todas sus reservas de energías en una última arremetida.

El bastón pasó como una bala junto a la espada de Galad y en rápida sucesión le golpeó la rodilla, la muñeca y las costillas para acabar clavándose como una lanza en su estómago. Galad dobló el cuerpo gruñendo, pugnando por no caer. La barra osciló en las manos de Mat, dispuesta a descargarse con contundente violencia en la garganta de su adversario. Galad se vino abajo.

Mat casi dejó caer la vara al darse cuenta de lo que había estado a punto de hacer. «Vencer, no matar. Luz, ¿qué estaría pensando?» Sumido en tales reflexiones, apoyó la punta del bastón en el suelo y, tan pronto como la tuvo afianzada allí, hubo de agarrarse a ella para mantenerse erguido. El hambre era un lacerante aullido en sus entrañas. De improviso cayó en la cuenta de que no sólo estaban observándolos las Aes Sedai y Aceptadas. Toda práctica, todo aprendizaje, se había interrumpido en el campo. Tanto los alumnos como los Guardianes estaban parados, mirándolo.

Hammar se situó junto a Galad, que aún gruñía en el suelo tratando de ponerse en pie.

—¿Quién fue el más grande espadachín de todos los tiempos? —preguntó, a voz en grito, el Guardián.

—¡Jearom, Gaidin! —contestaron, a coro, los estudiantes.

—¡Sí! —gritó Hammar, volviéndose para asegurarse de que todos lo oían—. En toda su vida, Jearom luchó unas diez mil veces, en batallas y combates individuales. Sólo fue derrotado en una ocasión. ¡Y lo hizo un granjero con una barra! —Bajó la vista hacia Galad, y también bajó la voz—. Si no puedes levantarte ahora, chico, la pelea queda concluida. —Puso en alto una mano, y las Aes Sedai y Aceptadas acudieron y formaron un círculo en torno a Galad.

Mat deslizó la vara hasta las rodillas. Ninguna de las Aes Sedai le dedicó siquiera una mirada. Una de las Aceptadas, una muchacha regordeta a quien no le habría importado sacar a bailar si no estuviera estudiando para Aes Sedai, sí se fijó en él. Lo miró ceñuda y desdeñosa y luego se volvió para observar lo que hacían las Aes Sedai que rodeaban a Galad.

Mat observó con alivio que Gawyn se hallaba de pie. Enderezó el cuerpo al ver que se acercaba a él. «No deben enterarse. Nunca conseguiré salir de aquí si deciden cuidarme constantemente.» Gawyn tenía una mancha de sangre en el rojizo pelo, a un lado de la cabeza, pero no se le veía ningún corte ni magulladura.

—Creo que la próxima vez te haremos más caso —dijo secamente, depositando dos marcos de plata en la mano de Mat. Reparó en la mirada de éste y se tocó la cabeza—. Me han curado, pero no era nada grave. Elayne me ha provocado contusiones más fuertes en más de una ocasión. Eres bueno con ese bastón.

—No tanto como mi padre. Desde que yo tengo recuerdo, siempre ha ganado el concurso de lucha con barra en Bel Tine, salvo una o dos veces en que el vencedor fue el padre de Rand. —Mat advirtió de nuevo una chispa de interés en los ojos de Gawyn y se arrepintió de haber mencionado a Tam al'Thor. Las Aes Sedai y las Aceptadas seguían arracimadas en torno a Galad—. Debo de… haberle hecho mucho daño. No era ésa mi intención.

Gawyn siguió el curso de su mirada —no se veía más que dos anillos de espaldas de mujeres, cuyo perímetro exterior lo componían los vestidos blancos de las Aceptadas que se asomaban por encima de las Aes Sedai encorvadas— y se echó a reír.

—No lo has matado. Yo lo he oído gemir. Ahora ya estaría en pie, pero esas mujeres no van a perderse esta ocasión, ahora que le han puesto las manos encima. ¡Luz, cuatro de ellas son del Ajah Verde!

Mat le dirigió una confusa mirada —«¿Del Ajah Verde? ¡Qué tendrá eso que ver!»— y Gawyn sacudió la cabeza.

—Da igual —prosiguió éste—. Sólo quédate tranquilo, sabiendo que la peor calamidad que puede ocurrirle a Galad es convertirse en Guardián de una Aes Sedai Verde antes de que recobre plenamente los sentidos. —Volvió a reír—. No, no serían capaces de tal cosa. Pero apuesto esos dos marcos míos que tienes en la mano a que más de una desearía hacerlo.

—Ya no son tuyos —observó Mat, guardándoselos en el bolsillo—, sino míos. —No había comprendido gran cosa de la explicación que le había dado Gawyn. Salvo que Galad se encontraba bien. Todo cuanto sabía de las relaciones entre Guardianes y Aes Sedai era los retazos de recuerdos que conservaba de Lan y Moraine, y entre ellos no había nada de lo que Gawyn parecía insinuar—. ¿Crees que les importará si voy a pedirle el dinero que me debe?

—Seguro que sí —dijo ásperamente Hammar, reuniéndose con ellos—. En estos momentos no gozas de popularidad entre esas Aes Sedai. —Emitió un resoplido—. Cualquiera diría que son unas chicuelas que acaban de separarse por primera vez de su madre y no unas Aes Sedai, por más del Verde que sean. Tampoco es tan apuesto.

—No lo es —convino Mat.

Gawyn lo miró, sonriendo a los dos, hasta que Hammar le correspondió con una airada mirada.

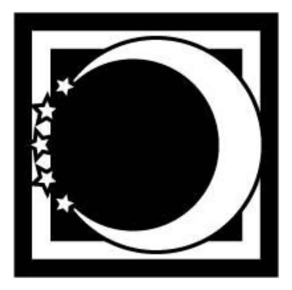
—Toma —dijo el Guardián, entregando otros dos marcos de plata a Mat—. Se los reclamaré más tarde a Galad. ¿De dónde eres, chico?

—De Manetheren. —Mat se quedó helado al escuchar cómo el nombre brotaba de su boca—. De Dos Ríos, quiero decir. He escuchado demasiadas historias antiguas. —Sus dos interlocutores se limitaron a mirarlo, sin decir nada—. Yo… eh… creo que volveré a la Torre a ver si encuentro algo de comer. —Todavía no había sonado la campana que marcaba la media mañana, pero ellos asintieron como si no tuviera nada de extraño comer a esa hora.

Conservando la barra, que nadie le había pedido que devolviera, se alejó a paso lento hasta quedar oculto por los árboles. Entonces, se apoyó en el bastón como si fuera lo único que lo sostuviera en pie.

Pensó que, si se abría la chaqueta, vería un agujero en el lugar que debiera ocupar su estómago, un agujero que iría ensanchándose, engulléndolo. Él, sin embargo, apenas si se acordaba del hambre. Seguía escuchando voces en su cabeza. «¿Hablas la Antigua Lengua, chico? Manetheren.» Se estremeció. «Luz, ayúdame, me estoy hundiendo cada vez más. Debo salir de aquí. ¿Pero cómo?» Se encaminó, tembloroso, a la Torre como si fuera un hombre muy anciano. «¿Cómo?»

25



Interrogantes

Egwene estaba tumbada boca abajo en la cama de Nynaeve, mirando cómo ésta recorría una y otra vez la habitación. Elayne se encontraba displicentemente sentada delante de la chimenea, donde todavía permanecía la ceniza del fuego encendido la noche anterior. Elayne, empero, volvía a examinar la lista de nombres que les había entregado Verin, leyendo pacientemente todos los datos reunidos en ella. Las otras páginas, la lista de los *ter'angreal*, se hallaban en la mesa; después del estupor que les había causado la primera lectura, no habían vuelto a tomarlas en consideración, pese a haber hablado de todo lo demás. Y también discutido por ello.

Egwene reprimió un bostezo. Era tan sólo media mañana, pero ninguna de ellas había dormido gran cosa. Habían tenido que madrugar mucho, para ir a preparar el desayuno en las cocinas, y por otras cuestiones en las que prefería no pensar. El poco rato que había conseguido dormir había estado ocupado por desagradables sueños. «Tal vez Anaiya podría ayudarme a interpretarlos, al menos aquellos que no entiendo, pero… ¿Pero y si es del Ajah Negro?» Después de haberse planteado, una por una, si las mujeres que se hallaban en esa habitación subterránea la noche anterior eran del Ajah Negro, le resultaba difícil depositar su confianza en alguien aparte de sus dos compañeras. Ardía, no obstante, en deseos de encontrar la manera de desentrañar el significado de esos sueños.

Aun habiéndola hecho despertar ahogada en sollozos, las pesadillas que guardaban relación con lo sucedido en el interior del *ter'angreal* eran fácilmente comprensibles. También había soñado con los seanchan, con mujeres ataviadas con vestidos decorados con relámpagos en el pecho, a la cabeza de una larga hilera de mujeres encadenadas que llevaban anillos con la Gran Serpiente, a las cuales obligaban a descargar rayos de fuego sobre la Torre Blanca. Aunque la había devuelto a la vigilia bañada en sudor, aquel episodio seguramente no pasaba de ser una simple pesadilla. Al igual que el sueño en que los Capas Blancas maniataban a su padre. Probablemente una pesadilla debida a la añoranza. Pero los demás…

Volvió a posar la mirada en las otras dos mujeres. Elayne seguía leyendo y Nynaeve continuaba deambulando con pasos regulares por la habitación.

Había soñado que Rand alargaba una mano hacia una espada que parecía de cristal, sin ver la fina red que caía sobre él. Lo había visto, asimismo, arrodillado en una sala donde un viento abrasador barría el polvo sobre el suelo, llevando en sus alas unas criaturas iguales a la reproducida en el estandarte del Dragón, pero mucho más pequeñas, que iban a prenderse en su piel. En otro sueño, Rand se introducía en un gran agujero de una negra montaña, iluminado con un resplandor rojizo, como si en su fondo ardieran enormes hogueras, y también él había protagonizado un sueño en el que luchaba contra los seanchan.

Aun cuando dudaba respecto a aquel último sueño, sabía que los demás tenían que tener algún significado. En el tiempo en que tenía la certeza de poder confiar en Anaiya, antes de abandonar la Torre, antes de enterarse de la existencia real del Ajah Negro, había formulado, con mucho tacto para que ella creyera que sólo la movía la curiosidad, unas cuantas preguntas a la Aes Sedai y había averiguado que los sueños de una Soñadora concernientes a los *ta'veren* casi siempre encerraban un significado y que, cuanto más poderoso fuera el *ta'veren* en cuestión, la importancia de su contenido era más segura.

Pero Mat y Perrin también eran *ta'veren* y en sus sueños de aquella noche habían estado, asimismo, presentes ellos dos. Habían sido sueños extraños, de sentido aún más indiscernible que los protagonizados por Rand. Perrin aparecía dos veces, una con un halcón en los hombros y otra con un azor. No sabía por qué, pero estaba convencida de que eran hembras los dos. El azor asía en sus garras una cuerda con la que trataba de rodear el cuello de Perrin. Aún ahora sentía escalofríos al recordarlo; no le gustaba nada que tuviera relación con ataduras. Y en el otro sueño un Perrin barbudo guiaba una manada de lobos que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Los referentes a Mat habían sido incluso más desagradables. En uno, Mat colocaba su propio ojo izquierdo en una balanza; en el otro, colgaba por el cuello de la rama de un árbol. También tuvo un sueño habitado a un tiempo por Mat y los seanchan, pero que estaba dispuesta a calificar de mera pesadilla; no podía ser de otro modo. Al igual que aquel en que Mat hablaba en la Antigua Lengua, que sin duda se había producido a raíz de lo que había escuchado en el transcurso de su curación.

Suspiró, y el suspiro se convirtió en otro bostezo. Ella y sus amigas habían ido a verlo a su habitación después del desayuno, pero no lo habían encontrado.

«Seguramente está con energías suficientes para irse a bailar. ¡Luz, ahora tal vez sueñe con él bailando con los seanchan! Basta de sueños —se dijo—. Ya volveré a pensar en ellos cuando no me encuentre tan cansada.» Pensó en las cocinas, en la comida del mediodía que pronto habrían de preparar, y luego la cena, y el desayuno del día siguiente, y las cazuelas y la limpieza y el fregar durante toda una eternidad.

«En el supuesto de que llegue el momento en que no me sienta cansada.» Cambió de posición en la cama y volvió a mirar a sus compañeras. Elayne seguía concentrada en los papeles, y Nynaeve caminaba con paso más pausado. «De un momento a otro, Nynaeve volverá a decirlo. De un momento a otro.»

Nynaeve se paró y fijó la vista en Elayne.

—Deja eso. Los hemos revisado veinte veces, y no hay ni una palabra que sirva de ayuda. Verin nos dio basura. La cuestión es la siguiente: ¿era todo de cuanto disponía, o nos dio basura a propósito?

«Exactamente. Ahora pasará media hora más o menos hasta que vuelva a repetirlo.» Torciendo el gesto, Egwene se miró las manos, contenta de no poder distinguirlas con claridad. El anillo con la Gran Serpiente parecía… fuera de lugar en unas manos arrugadas a consecuencia de la larga inmersión en jabonosa agua caliente.

—Es útil conocer sus nombres —disintió Elayne, sin dejar de leer—. Y también lo es saber qué aspecto tienen.

—Sabes muy bien a qué me refiero —espetó Nynaeve.

Egwene suspiró y, doblando los brazos sobre el pecho, apoyó la barbilla en ellos. Cuando había salido del estudio de Sheriam esa mañana, con los primeros destellos del sol en el horizonte, Nynaeve estaba esperando con una vela en el frío y oscuro pasillo. Aunque apenas se veía, estaba segura de que Nynaeve de buena gana se habría dado de cabezadas contra la pared, aun a sabiendas de que ello en nada modificaría la situación. Ése era el motivo por el que estaba tan irritable. «Es tan susceptible en cuestiones de orgullo como cualquiera de los hombres que he conocido. Pero no debería emprenderla con Elayne ni conmigo. Luz, si Elayne puede soportarlo, ella también debe ser capaz. Ya no es la Zahorí.»

Con la mirada perdida en actitud reflexiva, Elayne no parecía acusar la irritación de Nynaeve.

—Liandrin era la única Roja. El resto de los Ajahs perdieron dos Aes Sedai cada uno.

—Oh, cállate, chica —espetó Nynaeve.

Elayne meneó los dedos de la mano izquierda para enseñar el anillo con la Gran Serpiente, asestó una significativa mirada a Nynaeve, y continuó hablando.

—No hay ninguna nacida en la misma ciudad y no más de dos provienen del mismo país. Amico Nagoyin, sólo cuatro años mayor que Egwene y yo, era la más joven. Joiya Byir podría ser nuestra abuela.

A Egwene no le gustó nada que una mujer del Ajah Negro se llamara igual que su hija. «¡No seas idiota! Es muy normal que se repitan los nombres, y tú nunca has tenido una hija. ¡No era real!»

—¿Y adónde nos conduce eso? —Nynaeve hablaba con excesiva calma, lo cual

era indicio de que estaba a punto de estallar como un carro lleno de explosivos—. ¿Qué secretos has averiguado que se me hayan pasado por alto a mí? ¡Claro, como yo me estoy volviendo ciega y vieja!

—De esto se desprende que todo está demasiado bien distribuido —declaró con calma Elayne—. ¿Por qué azar iban a estar tan minuciosamente repartidas las características de edad, de lugar de origen, de pertenencia a Ajahs, de trece mujeres elegidas sólo por su condición de Amigas Siniestras? ¿No debería haber quizá tres Rojas, o cuatro nacidas en Cairhien, o simplemente dos que tuvieran la misma edad si todo fuera fortuito? Disponían de mujeres entre las que elegir o de lo contrario no habrían escogido siguiendo una línea preconcebida. Todavía hay miembros del Ajah Negro en la Torre, o en otro lugar del que no tenemos conocimiento. Ésta es mi deducción.

—¡Luz! —exclamó Nynaeve, dándose un feroz tirón de trenza—. Puede que tengas razón. Has desentrañado secretos que yo no he visto. Luz, confiaba en que todas se hubieran marchado con Liandrin.

—Ni siquiera sabemos si ella es la cabecilla —señaló Elayne—. Alguien podría haberle ordenado que… se deshiciera de nosotras. —Torció la boca—. Mal que me pese, sólo se me ocurre una razón por la que se hayan tomado tantas molestias para que la única conclusión que pueda sacarse de la identidad de las fugitivas sea precisamente la no reiteración de características. Creo que eso significa que en el Ajah Negro sí se repiten ciertas constantes.

—Si existen unas pautas —aseguró con firmeza Nynaeve—, las averiguaremos. Elayne, si el hecho de observar a tu madre dirigiendo la corte te ha enseñado a pensar de ese modo, me alegra que hayas aplicado con detenimiento tu lógica. —La sonrisa con que le correspondió Elayne formó hoyuelos en sus mejillas.

Egwene observó con atención a Nynaeve. Por fin parecía superar su humor de perros. Alzó la cabeza.

—A menos que quieran hacernos pensar que ocultan una pauta, para que perdamos tiempo indagando algo inexistente. No digo que no exista, sólo que aún no lo sabemos. Busquémosla, pero opino que no debemos centrar exclusivamente la atención en ello.

—Ya era hora de que despertaras —observó Nynaeve—. Pensaba que te habías dormido. —Pese a sus palabras, seguía sonriente.

—Tienes razón —reconoció con disgusto Elayne—. He construido un castillo de paja. Con algo aún menos consistente que la paja. Con deseos. Quizá tú también estés en lo cierto, Nynaeve. ¿De qué sirve esta…, esta basura? —Cogió una hoja del pliego que tenía delante—. Rianna tiene el pelo negro con una mecha negra encima de la oreja izquierda. Si me encuentro lo bastante cerca para verlo, será una proximidad no buscada. —Tomó otra página—. Chesmal Emry es una de las Curadoras más notables

que se han visto en años. Luz, ¿os imagináis que os curara alguien del Ajah Negro? —Otro papel—. Marillin Gemalphin siente un gran cariño por los gatos y se desvive por curar a los animales heridos. ¡Gatos! ¡Baah! —Formó una pelota con los papeles, aplastándolos con las manos—. Es basura inútil.

Nynaeve se puso de rodillas junto a ella y le apartó las manos de los papeles.

—Puede que sí y puede que no. —Alisó con cuidado las hojas sobre el pecho—. Tú has encontrado algo en ellas por donde comenzar a investigar. Quizá con paciencia localicemos algo más. Contamos con la otra lista, además. —Nynaeve y Elayne dirigieron preocupadas miradas a Egwene.

Egwene rehuía mirar la mesa donde se hallaban los otros documentos, como también rehusaba pensar en ellos, en un infructuoso intento que no conseguía borrar de su mente la lista de los *ter'angreal* que había quedado ineludiblemente impresa en su memoria.

Una varilla de cristal claro, lisa y totalmente transparente, de veinticinco centímetros de longitud y dos y medio de diámetro. Aplicación desconocida. Último estudio realizado por Corianin Nedeal. Siguiente artículo: una estatuilla de una mujer desnuda en alabastro, de un palmo de altura. Aplicación desconocida. Último estudio realizado por Corianin Nedeal. Siguiente artículo: un disco, aparentemente de hierro común, pero no afectado por la herrumbre, de siete centímetros de diámetro, finamente grabado en los cantos con una espesa espiral. Aplicación desconocida. Último estudio realizado por Corianin Nedeal. Siguiente artículo… Demasiados artículos, y más de la mitad de los de «aplicación desconocida» habían sido estudiados por última vez por Corianin Nedeal. Trece exactamente.

Egwene se estremeció. «Estoy llegando a un punto en que me repele pensar en ese número.»

Los objetos conocidos de la lista, menos numerosos y de uso práctico no del todo definido en muchos casos, le resultaban apenas menos inquietantes que los otros. Un erizo esculpido en madera, aproximadamente del tamaño de la última falange del pulgar de un hombre. Un objeto anodino, y sin duda inofensivo, que adormecía a toda mujer que intentara encauzar por medio de él. Su única consecuencia era un pacífico sopor del que despertaba al cabo de medio día sin haber soñado y, sin embargo, a ella casi se le erizaba la piel sólo de pensarlo. Había otros tres *ter'angreal* relacionados de algún modo con lo onírico. Había leído con una sensación cercana al alivio la descripción de una aflautada vara de piedra negra, de casi un metro de longitud, que producía balas de fuego, con la anotación PELIGROSA Y CASI IMPOSIBLE DE CONTROLAR que Verin había escrito tan vigorosamente que había rasgado el papel en dos sitios. Egwene seguía sin tener idea de en qué consistían las balas de fuego, pero, aunque parecía algo extremadamente peligroso, no cabía duda de que no tenía nada que ver con Corianin Nedeal ni con los sueños.

Nynaeve dejó en la mesa las páginas que había recuperado de manos de Elayne y vaciló unos instantes antes de extender las otras y recorrer con el dedo una hoja y luego la siguiente.

—Aquí hay uno que le gustaría a Mat —dijo con voz fingidamente alegre y despreocupada—. Artículo: agrupación de seis dados con puntos, unidos por las esquinas, de menos de cinco centímetros de ancho. Aplicación desconocida, con la salvedad de que al canalizar a través de él parece que la suerte se inclina en un sentido, o se deforma. —Comenzó a leer en voz alta—. Los dados arrojados presentaron la misma cara en todas las ocasiones, y en una prueba cayeron de canto mil veces seguidas. —Soltó una risa forzada—. A Mat le encantaría.

Con un suspiro, Egwene se puso en pie y se encaminó algo tiesa al hogar. Elayne se levantó y la observó en silencio al igual que Nynaeve. Egwene se arremangó e introdujo la mano en la chimenea. Sus dedos rozaron lana en la repisa y enseguida sacó un tiznado calcetín. Luego se quitó una mancha de hollín del brazo, llevó el calcetín a la mesa y lo puso boca abajo. El retorcido aro de piedra rayada giró sobre la madera y fue a pararse sobre una página de la lista de *ter'angreal*. Durante unos momentos permanecieron inmóviles, mirándolo.

—Tal vez —concedió al cabo Nynaeve— haya sido un simple descuido de Verin el no haber reparado en la reiteración de *ter'angreal* estudiados por última vez por Corianin. —Su voz no transmitía mucha convicción.

Elayne asintió, pero dubitativamente.

—Una vez la vi caminando empapada bajo la lluvia y le llevé una capa. Estaba tan absorta en sus cavilaciones, que no creo que se hubiera dado cuenta de que llovía hasta que le puse la capa sobre los hombros. Es posible que se le haya pasado por alto la coincidencia.

—Quizá sí —convino Egwene—. De lo contrario, debió prever que yo me fijaría en ello tan sólo con leer una vez la lista. No lo sé. A veces creo que Verin es más perceptiva de lo que demuestra. No sé.

—En definitiva, Verin no está libre de sospecha —se lamentó Elayne—. Si es del Ajah Negro, saben exactamente lo que estamos haciendo. Y Alanna. —Dirigió una incierta mirada de soslayo a Egwene.

Egwene se lo había contado todo. Salvo lo ocurrido en el interior del *ter'angreal* durante la prueba; su insuperable renuencia a hablar de ello era idéntica a la que sentían Nynaeve y Elayne respecto a las experiencias vividas en sus exámenes. Por lo demás, les había referido todo lo sucedido en la sala del *ter'angreal*, las revelaciones de Sheriam sobre la terrible debilidad que implicaba la capacidad para encauzar, todas y cada una de las palabras pronunciadas por Verin, importantes o no por igual. La única parte a la que no dieron inmediato crédito fue la referente a Alanna; las Aes Sedai no hacían cosas así. Nadie que estuviera en su sano juicio se comportaba de ese

modo, y menos una Aes Sedai.

Egwene las miró con rabia, imaginando que volverían a repetir lo mismo. «Se supone que las Aes Sedai tampoco mienten, pero Verin y la madre parecen rozar peligrosamente el límite de la verdad en lo que revelan. En principio ellas no deberían ser del Ajah Negro.»

—Me cae bien Alanna. —Nynaeve se dio un tirón de trenza y luego se encogió de hombros—. Oh, de acuerdo. Tal… Es decir, obró de una manera extraña.

—Gracias —dijo Egwene. Nynaeve asintió con la cabeza como si no hubiera percibido el sarcasmo.

—Sea como fuere, la Amyrlin está al corriente de ello y puede vigilar más fácilmente a Alanna que nosotras.

—¿Y qué me decís de Elaida y Sheriam? —inquirió Egwene.

—Elaida nunca me ha suscitado simpatía —confesó Elayne—, pero no puedo creer que sea del Ajah Negro. ¿Y Sheriam? Es imposible.

—Habría de ser imposible para cualquiera de ellas —bufó Nynaeve—. Nada indica que deban ser mujeres que nos resultan desagradables. Pero no pienso hacer blanco de sospechas…, ¡de ninguna clase de sospechas!, a nadie. Para ello necesitamos más datos en los que basarnos que el mero hecho de que hayan podido ver algo que no nos conviene. —Egwene asintió con la misma prontitud que Elayne, y Nynaeve prosiguió—. Le diremos esto a la Amyrlin, sin cargar innecesariamente las tintas… en el supuesto de que cumpla su palabra de venir a vernos. Si te encuentras con nosotras cuando venga, Elayne, recuerda que ella no sabe nada de tu participación.

—No lo olvidaré —aseguró fervientemente Elayne—. Pero deberíamos disponer de algún otro medio para comunicarnos con ella. Mi madre lo habría planeado mejor.

—No si no pudiera confiar en sus mensajeros —disintió Nynaeve—. Esperaremos, a menos que vosotros consideréis que debamos sostener una conversación con Verin. Nadie se extrañaría por ello.

Elayne vaciló antes de negar débilmente con la cabeza. Egwene fue más rápida y decidida en su negativa; ya fuera debido a su proverbial distracción o por otros motivos, Verin había omitido demasiados detalles para merecer su confianza.

—Bien. —Nynaeve evidenciaba una completa satisfacción en la voz—. La verdad es que me complace que no podamos hablar con la Amyrlin en el momento que elijamos. De este modo podemos tomar nuestras propias decisiones, obrar cuándo y cómo nos convenga, sin que ella nos marque cada paso. —Volvió a recorrer con la mano las páginas que detallaban los *ter'angreal* robados como si las releyera y luego la cerró sobre el anillo de piedra rayada—. Y la primera decisión concierne a esto. Es lo primero que hemos visto que guarda una conexión real con Liandrin y las otras. —Miró ceñuda el aro y aspiró profundamente—. Esta noche dormiré con él.

Egwene le quitó sin vacilar el anillo de la mano. Aunque hubo de vencer tremendos reparos, le satisfizo su pronta reacción.

—Yo soy la que dicen que podría ser una Soñadora. No sé si eso me aporta alguna ventaja, pero Verin me advirtió que era peligroso utilizarlo. Quienquiera que lo pruebe, necesita todo el apoyo posible.

Nynaeve se agarró la trenza y abrió la boca como si fuera a protestar.

—¿Estás segura, Egwene? —fue, no obstante, lo que dijo—. Ni siquiera sabemos si eres de cierto una Soñadora, y yo puedo encauzar más Poder que tú. Sigo pensando que…

—Puedes encauzar más —la interrumpió Egwene— si estás furiosa. ¿Quién te asegura que te enfurecerás en un sueño? ¿Dispondrás de tiempo para enfadarte antes de que las circunstancias te exijan encauzar? Luz, si ni siquiera sabemos si es factible encauzar en sueños. Tienes razón: es la única conexión que tenemos, y, si alguien debe utilizarlo, debo ser yo. Quizá sea realmente una Soñadora. Además, Verin me lo dio a mí.

Aunque parecía dispuesta a discutir, Nynaeve acabó por asentir con desgana.

—Muy bien. Pero Elayne y yo estaremos a tu lado. Ignoro qué podemos hacer, pero, si algo sale mal, tal vez logremos despertarte o… Te acompañaremos. —Elayne realizó un gesto afirmativo. .

Ahora que se habían mostrado de acuerdo, Egwene notaba un vacío en el estómago. «Yo las he convencido. Ojalá no deseara que siguieran queriendo disuadirme.» Entonces reparó en la mujer que se hallaba de pie en el umbral, una mujer con un vestido blanco de novicia y un par de largas trenzas.

—¿Es que no te han enseñado a llamar a las puertas, Elsa? —la reprendió Nynaeve.

Egwene ocultó precipitadamente en la mano el anillo de piedra con la curiosa sensación de que Elsa había estado observándolo.

—Os traigo un mensaje —anunció Elsa sin inmutarse. Recorrió con la mirada los papeles diseminados en la mesa y luego a las tres mujeres que había en torno a ella—. De parte de la Amyrlin.

Egwene cambió una mirada de asombro con Nynaeve y Elayne.

—¿De qué se trata, pues? —preguntó Nynaeve.

—Las pertenencias que dejaron Liandrin y las demás —respondió Elsa, enarcando una ceja como si le divirtiera el contenido de su mensaje— se guardaron en el tercer almacén que queda a la derecha de la escalera principal del segundo sótano debajo de la biblioteca. —Tras volver a lanzar una ojeada a los papeles de la mesa, se fue sin premura ni lentitud.

Egwene sintió que le faltaba aliento. «Nosotras no nos atrevemos a confiar en nadie, ¿y la Amyrlin decide confiar precisamente en Elsa Grinwell?»

—¡Seguro que esa necia irá con el cuento a cualquiera que se pare a escucharla! —Nynaeve se encaminó a la puerta.

Egwene se agarró la falda y se le adelantó a la carrera. Le resbalaron los zapatos en el suelo, pero percibió una mancha blanca que desaparecía por la rampa más cercana y se precipitó tras ella. «Debe de ir corriendo también para encontrarse ya tan lejos. ¿Por qué correrá?» El claro vestido desaparecía ya por otra rampa. Egwene continuó siguiéndola.

De pronto se detuvo, confusa, al pie de la rampa cuando una mujer se plantó ante ella. Quienquiera que fuese, no cabía duda de que no era Elsa. Vestida y aderezada con plata y blanca seda, despertó en Egwene sentimientos que nunca había experimentado. Era, con diferencia, más alta, más hermosa que ella, y la mirada de sus negros ojos la hacían sentirse pequeña, delgaducha y un tanto zarrapastrosa. «Seguramente también puede encauzar más Poder que yo. Luz, es probable que nos supere en inteligencia a las tres juntas. No es justo que una mujer…» De repente cayó en la cuenta del curso que estaban tomando sus pensamientos y se le arrebolaron las mejillas. Jamás en su vida se había sentido inferior a ninguna mujer, y no estaba dispuesta a empezar entonces.

—Eres intrépida —dijo la mujer—. Es una audacia ir corriendo así, sola, en un lugar donde se han cometido tantos asesinatos. —Parecía casi complacida.

Egwene irguió el cuerpo y se alisó apresuradamente el vestido, procurando que no lo advirtiera la desconocida, aun a sabiendas de que no se le escaparía ese detalle, y lamentando que la hubiera visto corriendo como una chiquilla. «¡Basta de tonterías!»

—Perdonad, pero estoy buscando a una novicia que tomó esta dirección, creo. Tiene unos grandes ojos oscuros y el pelo negro, recogido en dos trenzas. Es un poco gorda y en cierto modo bonita. ¿Habéis visto por dónde se ha ido?

La mujer la miró de hito en hito desde su altura con aire de regocijo. Aunque no estaba segura, Egwene tuvo la impresión de que su mirada se había detenido un instante en el puño donde guardaba el anillo de piedra.

—No creo que la alcances. La he visto, y corría a gran velocidad. Me temo que ya debe de encontrarse lejos de aquí.

—Aes Sedai…

Egwene no tuvo ocasión de preguntarle por qué lado se había ido Elsa. Aquellos negros ojos emitieron un destello de ira, o tal vez de fastidio.

—Ya he perdido bastante tiempo contigo. Tengo asuntos más importantes que atender. Vete. —Señaló con la mano el camino por donde había venido Egwene.

Su voz era tan imperiosa que Egwene se volvió y ya había retrocedido tres pasos cuando tomó conciencia de lo que hacía. Erizada de rabia, se giró de nuevo. «Tanto si es una Aes Sedai como si no, voy…»

No había nadie en la galería.

Escudriñando su entorno, descartó las puertas más cercanas, que daban a habitaciones donde nadie vivía, salvo tal vez los ratones, y echó a correr rampa abajo. Miró a diestro y siniestro, y siguió con la vista la curva que trazaba la galería. Se asomó incluso a la barandilla para observar el pequeño Jardín de las Aceptadas y las restantes galerías que se reproducían arriba y abajo. Vio dos Aceptadas, una de ellas Faolain y la otra una mujer que conocía sólo de vista. Pero no había ninguna mujer ataviada con plata y seda blanca en ninguna parte.

26



Tras una cerradura

Sacudiendo con estupor la cabeza, Egwene retrocedió hasta las puertas que había descartado. «A algún sitio ha tenido que ir.» Dentro de la primera, los escasos muebles eran bultos informes cubiertos con polvorientas telas y el aire parecía vaciado, como si nadie hubiera abierto la puerta desde hacía mucho tiempo. Hizo una mueca al comprobar que había huellas de ratones en el suelo. No se veían, sin embargo, pisadas humanas. Tras las otras dos puertas, que abrió apresuradamente, observó la misma escena. No la asombró aquel abandono, ya que en las galerías de las Aceptadas había más habitaciones vacías que ocupadas.

Cuando retiraba la cabeza del tercer dormitorio, advirtió a Nynaeve y Elayne que bajaban por la rampa sin apurar especialmente el paso.

—¿Se ha escondido? —preguntó con sorpresa Nynaeve—. ¿Ahí adentro?

—La he perdido. —Egwene volvió a escrutar los curvados balcones. «¿Adónde ha ido?» No era Elsa quien la intrigaba.

—De haber pensado que Elsa podía ser más veloz que tú —dijo, sonriendo, Elayne—, yo también la habría perseguido, pero siempre me ha parecido que estaba demasiado regordeta para correr. —Pese a sus palabras, en su sonrisa se traslucía preocupación.

—Tendremos que buscarla más tarde —decidió Nynaeve— y asegurarnos de que no se vaya de la lengua. ¿Cómo ha podido confiar la Amyrlin en esa chica?

—Creía que estaba a punto de alcanzarla —explicó Egwene—, pero se trataba de otra persona. Nynaeve, me he vuelto de espaldas un momento, y se ha esfumado. No me refiero a Elsa, ¡a ella ni siquiera la he visto!, sino a la mujer que he confundido con Elsa al principio. Ha desaparecido, sin más, y no sé por dónde.

—¿Una Sin Alma? —preguntó Elayne, conteniendo el aliento. Miró con nerviosismo en derredor, pero en la galería no había nadie aparte de ellas.

—No, no —repuso Egwene con firmeza—. No era… —«No voy a decirles que me ha hecho sentir como si fuera una mocosa de seis años, con un harapiento vestido

y la cara sucia»—. No era un Hombre Gris. Era alta e impresionante, morena y de ojos negros. Nadie dejaría de reparar en ella aun en medio de una multitud. No la había visto nunca, pero creo que es una Aes Sedai. Tiene que serlo.

Nynaeve guardó silencio un momento, como si esperara a que agregase algo más, y luego dijo pacientemente:

—Si vuelves a verla, indícamelo. Si crees que existe una buena razón para ello. No tenemos tiempo para quedarnos charlando aquí. Quiero ver qué hay en ese almacén antes de que Elsa vaya con el chisme a alguien. Quizá se dejaron algo olvidado y no debemos darles ocasión a corregir posibles descuidos.

Al comenzar a andar junto a Nynaeve y Elayne, Egwene se dio cuenta de que aún apretaba con fuerza en la mano el anillo de piedra —«El *ter'angreal* de Corianin Nedeal»—. Lo guardó, reacia, en la bolsa, y tensó bien el cordel al cerrarla. «Con tal que no me vaya a dormir con el maldito… Pero eso es lo que me propongo, ¿no?»

Como aún faltaban varias horas hasta la noche, resolvió que era inútil preocuparse por ello entonces. Mientras avanzaban por la Torre, se mantuvo ojo avizor por si veía a la mujer vestida de blanco y plata. Lo cierto era que experimentó alivio al no verla. «Soy una mujer hecha y derecha, y perfectamente capacitada, gracias a la Luz.» De todas formas, se alegró de no encontrarse con nadie remotamente parecido a ella. Cuanto más pensaba en la desconocida, más se acrecentaba su sensación de que había algo maligno en ella. «Luz, a este paso veré al Ajah Negro hasta debajo de la cama. El problema es que tal vez lo tenga de verdad debajo de la cama.»

La biblioteca, que se encontraba algo apartada de la elevada y recia aguja de la Torre Blanca propiamente dicha, era un edificio de piedra con abundantes vetas azules cuyo aspecto sugería una acumulación de crestas de olas. Las olas se erguían con la imponencia de un palacio a la luz del sol matinal, y Egwene sabía que ciertamente contenía tantas habitaciones como un palacio, pero todas aquellas estancias que se sucedían debajo de los extraños pasillos donde Verin tenía sus aposentos estaban repletas de estantes, rebosantes a su vez de libros, manuscritos, papeles, pergaminos, mapas y planos procedentes de todas las naciones, acumulados allí en el transcurso de tres mil años. Ni siquiera las grandes bibliotecas de Tear y Cairhien albergaban tantos volúmenes y documentos.

Las bibliotecarias, todas del Ajah Marrón sin excepción, vigilaban aquellos estantes y también las puertas, para cerciorarse de que ni el más insignificante retazo de papel saliera de allí sin que ellas supieran quién se lo llevaba y por qué. Pero no fue a una de aquellas entradas vigiladas a donde Nynaeve condujo a Egwene y Elayne.

En torno a las dependencias subterráneas de la biblioteca, pegadas a ras del suelo a la sombra de altas pacanas, había otras puertas, grandes y pequeñas. Los obreros necesitaban bajar en ocasiones a los almacenes subterráneos, y las bibliotecarias no

aprobaban la presencia de sudorosos hombres dentro de su coto. Nynaeve empujó una de ellas, cuyo tamaño no superaba el de la puerta de la casa de un granjero, y les hizo señas para que se introdujeran en una escalera que se hundía en la oscuridad. Cuando dejó que la hoja se cerrara, no quedó rastro de luz adentro.

Egwene se abrió al *Saidar*, que acudió tan fluidamente a ella que apenas si tuvo conciencia de lo que hacía, y encauzó un hilillo de poder que manó a su través. Por un momento la mera sensación de aquella corriente que latía en su interior amenazó con sofocar cualquier otra percepción. Suspendida en el aire sobre su mano, apareció una pequeña bola de luz blancoazulada. Respiró hondo y se recordó por qué motivo caminaba tan tiesa. Era para mantener una conexión con el resto del mundo. Volvió a notar el roce de la ropa interior sobre su piel, de las medias de lana y del vestido. Con una tenue punzada de pesar, ahuyentó el deseo de canalizar más, de dejar que el *Saidar* la absorbiera.

Elayne también había creado una reluciente esfera que, junto a la de Egwene, emitía una luz superior a la que hubieran aportado dos linternas.

—Es maravilloso, ¿verdad? —murmuró.

—Ten cuidado —la previno Egwene.

—Lo tengo. —Elayne suspiró—. Es que es… Tendré cuidado.

—Por aquí —les indicó ásperamente Nynaeve, adelantándose para guiarlas.

No se alejó mucho. Como no estaba enojada, debía orientarse con la luz que le proporcionaban sus dos compañeras.

El polvoriento corredor lateral por el que habían entrado, flanqueado por puertas de madera encajadas en grises muros de piedra, se prolongaba un centenar de metros hasta desembocar en el pasillo central que atravesaba el subsuelo de la biblioteca. En el polvo se advertían huellas superpuestas, en su mayoría de botas de hombre y casi todas difuminadas por nuevas capas de polvo. El techo era más alto allí, y algunas de las puertas eran tan grandes como las de un establo. La ancha escalera principal del fondo se utilizaba para bajar enseres de gran volumen. Junto a ella descendía otra escalera por la que se desvió, sin detenerse, Nynaeve.

Egwene se apresuró a seguirla. Aun tomando en consideración la azulada luz que bañaba el rostro de Elayne, Egwene tuvo la impresión de que su tez estaba más pálida de lo habitual. «Podríamos gritar hasta quedar sin resuello aquí abajo, y nadie nos oiría.»

Sintió cómo se formaba un relámpago, o su potencial concentrado, y casi dio un traspié. Nunca había encauzado dos flujos a la vez; no parecía difícil en absoluto.

El ancho y polvoriento corredor del segundo sótano apenas difería del pasadizo del primer piso, con la salvedad de que allí el techo era más bajo. Nynaeve se encaminó con paso vivo a la tercera puerta de la derecha y se paró delante de ella.

Aunque no era grande, las toscas planchas de madera parecían resistentes. Un

redondo candado de hierro pendía de una gruesa cadena firmemente sujeta a dos recias armellas encajadas respectivamente en la puerta y la pared. De la práctica ausencia de polvo en ellos se desprendía que tanto el candado como la cadena eran nuevos.

—¡Un candado! —Nynaeve dio un fuerte tirón, pero ni la cadena ni el candado cedieron—. ¿Habéis visto alguna un candado en otro sitio? —Volvió a tirar de él y luego lo arrojó contra la puerta. El metal rebotó en la madera con estrépito que resonó en el pasadizo—. ¡Yo no he visto ninguno en las otras puertas! —Aporreó con el puño las toscas planchas—. ¡Ni uno!

—Cálmate —aconsejó Elayne—. No es preciso coger un berrinche. Yo misma lo abriría si pudiera ver cómo funciona su mecanismo interior. Lo abriremos de una manera u otra.

—¡No quiero calmarme! —espetó Nynaeve—. ¡Quiero estar furiosa! ¡Quiero…!

Haciendo oídos sordos al resto de la perorata, Egwene tocó la cadena. Desde que se había marchado de Tar Valon había aprendido otras cosas aparte de formar relámpagos. Una de ellas era la afinidad por el metal. Ésta dimanaba de la Tierra, uno de los Cinco Poderes que, junto con el Fuego, en raras ocasiones dominaban las mujeres. Ella era una de aquellas excepciones, y su correlación con la Tierra le permitió sentir la cadena, introducirse en ella, palpar las más diminutas partículas del frío metal y la forma en que estaban dispuestas. El Poder latía en ella acompasado a las vibraciones de aquella materia.

—Apártate, Egwene.

Se volvió y vio a Nynaeve rodeada de la aureola del *Saidar* con una palanca en la mano de un color tan similar al de la luz blancoazulada que resultaba casi invisible. Nynaeve miró, ceñuda, la cadena, murmuró algo acerca de la fuerza de palanca y, de improviso, la barra que asía duplicó su longitud.

—Sal de ahí, Egwene.

Egwene se hizo a un lado. Nynaeve encajó la punta de la palanca en una de las argollas y luego tiró con todas sus fuerzas. La cadena se quebró como un hilo; Nynaeve emitió una exclamación de sorpresa y retrocedió tambaleando hasta el centro del pasillo, y la palanca cayó con estruendo al suelo. Recobrado el equilibrio, Nynaeve observó con asombro la cadena y la palanca, que se esfumó al instante.

—Creo que he hecho algo con la cadena —dijo Egwene. «Ojalá supiera qué.»

—Podrías haber avisado —murmuró Nynaeve. Deslizó la cadena de las armellas y abrió la puerta—. Bueno, ¿vais a quedaros plantadas ahí todo el día?

Entraron en una polvorienta y espaciosa habitación en la que sólo había un montón de abultados sacos de tela marrón oscuro, etiquetados y precintados con el sello de la Llama de Tar Valon. Egwene no tuvo necesidad de contarlos para saber que sumaban trece.

Acercó la bola de luz a la pared y la fijó en ella; aunque no sabía bien cómo lo había logrado, la luminosa esfera quedó inmóvil allí. «No paro de aprender a hacer cosas cuyo método de realización desconozco», pensó con nerviosismo.

Elayne la miró con aire concentrado y luego colgó también su luz en la pared. Observándola, Egwene creyó percibir cómo lo efectuaba. «Ella lo ha aprendido de mí, pero yo acabo de aprenderlo de ella.» Se estremeció.

Nynaeve fue directamente a la pila de sacos y, tras derribarla, comenzó a leer las etiquetas.

—Rianna. Joiya Byir. Esto es lo que buscábamos. —Examinó el precinto de uno de los sacos y después rompió la cera y desenrolló la cuerda que lo cerraba—. Al menos sabemos que nadie ha estado aquí antes de nosotras.

Egwene eligió un saco y partió el sello sin leer el nombre marcado en él. Prefería ignorar la identidad de la mujer cuyas pertenencias estaba registrando. Al volcarlas en el suelo, descubrió que sólo eran ropa y zapatos viejos, con unos cuantos rasgados y arrugados papeles como los que suelen esconder o perder en el armario ropero las mujeres que no se preocupan excesivamente por el estado de limpieza de sus habitaciones.

—No veo nada de interés aquí. Una capa que no podría aprovecharse ni para hacer trapos con ella. La mitad de un mapa de una ciudad. Tear, pone en una esquina. Tres medias por remendar. —Introdujo el dedo en el agujero de una zapatilla de terciopelo desparejada y lo meneó, enseñándolo a las otras—. Ésta no dejó ninguna pista.

—Amico tampoco —informó sombríamente Elayne, apartando brazadas de ropa —. Daría lo mismo que fueran harapos. Espera, aquí hay un libro. Quienquiera que guardó esto debía de tener mucha prisa para arrojar un libro adentro. *Costumbres y ceremonias de la corte teariana*. La tapa está arrancada, pero las bibliotecarias querrán quedarse con él de todas formas. —No se equivocaba. En Tar Valon nadie tiraba un libro, por más lamentable que fuera su estado.

—Tear —dijo Nynaeve. Arrodillada entre los objetos que revisaba, volvió a recuperar un pedazo de papel que ya había desechado—. Una lista de los barcos mercantes que bajan por el Erinin, con las fechas en que partieron de Tar Valon y las fechas previstas de llegada a Tear.

—Podría ser una coincidencia —apuntó Egwene.

—Tal vez —concedió Nynaeve. Dobló el papel, se lo guardó en la manga y luego abrió otro saco.

Cuando hubieron concluido, tras registrar dos veces cada saco y amontonar en el perímetro de la habitación los objetos inservibles, Egwene se sentó en una de las bolsas vacías, tan ensimismada que apenas si notó su propia expresión de disgusto. Doblando las rodillas, se puso a examinar la pequeña colección que habían reunido,

distribuida en una hilera.

—Hay demasiadas cosas —opinó Elayne.

—Demasiadas —convino Nynaeve.

Había otro libro, un estropeado volumen forrado en cuero titulado *Observaciones extraídas de una visita a Tear*, con la mitad de las páginas sueltas. Bajo el forro de una gastada capa que había en el saco de Chesmal Emry, donde seguramente se había colado por un desgarrón del bolsillo, habían encontrado otra lista de navíos mercantes. Aunque en ella no constaban más que los nombres, éstos coincidían con los de la otra lista, de acuerdo con la cual aquellos barcos habían soltado amarras en la madrugada posterior a la noche en que Liandrin y sus compañeras habían abandonado la Torre. Habían hallado, asimismo, el esbozo del plano de un gran edificio, en una de cuyas habitaciones había anotado «Corazón de la Ciudadela», y una página con los nombres de cinco posadas, encabezada por la palabra «Tear», muy borrosa, pero aún legible. Había…

—Hay algo perteneciente a cada una —murmuró Egwene—. Todas dejaron algo que conduce a pensar en un viaje a Tear. ¿Cómo podría alguien no fijarse en ello con sólo mirar? ¿Por qué no nos dijo nada al respecto la Amyrlin?

—¡La Amyrlin —señaló amargamente Nynaeve— hace lo que le parece y le tiene sin cuidado que a nosotras nos parta un rayo! —Inhaló a fondo y estornudó a causa del polvo que habían levantado—. Lo que me preocupa es que esto me huele a cebo.

—¿A cebo? —inquirió Egwene. Al instante comprendió, no obstante, a qué se refería.

—Un cebo —confirmó Nynaeve—. Una trampa. O tal vez una falsa pista. Sea como fuere, es tan evidente que nadie caería en ella.

—A menos que no les importara que quien encontrara esto advirtiera que es una trampa —observó con incertidumbre Elayne—. O quizá dejaron un rastro tan obvio para que el que lo identificara descartara Tear de entrada.

Mientras comprobaba con horror la intrepidez y suficiencia demostradas por el Ajah Negro en esa jugada, Egwene advirtió que apretaba su bolsa entre los dedos, recorriendo con el pulgar las sinuosas curvas del anillo de piedra guardado dentro.

—Quizá pretendían mofarse de quien investigara su rastro —aventuró—. Es posible que previeran que se precipitarían irreflexivamente tras ellas, movidas por la rabia y el orgullo. —«¿Sabían que nosotras lo encontraríamos? ¿Nos creen tan estúpidas?»

—¡Diantre! —gruñó Nynaeve, provocando el asombro de sus amigas, que nunca la escuchaban utilizar esa clase de vocabulario.

Permanecieron un rato en silencio, observando los objetos seleccionados.

Egwene apretaba con fuerza el anillo. El Talento del sueño estaba estrechamente relacionado con el de la predicción; los sueños de una Soñadora podían abarcar el

futuro y los acontecimientos sucedidos en otros lugares.

—Puede que lo sepamos esta noche.

Nynaeve la miró inexpresivamente y a continuación tomó una falda oscura que no presentaba demasiados agujeros ni rasgaduras y formó un hatillo con el botín reunido.

—Por el momento —propuso—, llevaremos esto a mi habitación y lo esconderemos. Me parece que hemos de darnos prisa si no queremos llegar tarde a las cocinas.

«Tarde», pensó Egwene. Cuanto más palpaba el anillo a través de la tela de la bolsa, mayor era el apremio experimentado. «Estamos rezagadas, pero tal vez no lleguemos demasiado tarde.»

27



Tel'aran'rhiod

La habitación que le habían adjudicado a Egwene, en la misma galería que las de Elayne y Nynaeve, apenas difería de la de ésta. La cama era un poquitín más ancha, la mesa, algo más pequeña, y la alfombra tenía flores en lugar de volutas. En comparación con los dormitorios de las novicias, parecía la estancia de un palacio, pero, cuando las tres se reunieron ya tarde en la noche, Egwene habría preferido encontrarse de nuevo en las dependencias de las novicias, sin ninguna sortija en la mano y sin cenefas en el vestido. Las otras daban muestras de igual nerviosismo que ella.

Habían trabajado en las cocinas, preparando comida y cena, y en el intervalo entre ambas habían tratado de dilucidar el sentido de lo hallado en el almacén. ¿Era una trampa o un intento de despistarlas? ¿Sabía la Amyrlin lo que había allí? Y, si lo sabía, ¿por qué había omitido mencionarlo? No encontraron respuestas, y la Amyrlin no apareció en ningún momento para poder preguntarle.

Verin había acudido a las cocinas después del almuerzo, pestañeando como si no supiera con qué objeto había ido allí. Al ver a Egwene y a las otras dos arrodilladas entre los calderos y ollas, manifestó una breve sorpresa; después se aproximó a ellas y preguntó con un volumen de voz que todos pudieron oír:

—¿Habéis encontrado algo?

Elayne, que tenía la cabeza y los hombros dentro de una enorme olla para sopa, se golpeó la cabeza en el borde al salir. Los azules ojos parecían querer saltársele de las órbitas.

—Nada más que grasa y sudor, Aes Sedai —respondió Nynaeve.

Se propinó un tirón a la trenza, dejando una mancha de grasienta espuma en su negro pelo, que advirtió luego con mueca de disgusto.

Verin asintió como si fuera aquélla la respuesta que buscaba.

—Bien, seguid mirando. —Volvió a pasear la mirada por la cocina, frunciendo el entrecejo con aparente desconcierto por hallarse allí, y después se marchó.

Alanna también visitó la cocina poco después del mediodía, para llevarse un tazón de grosellas y una jarra de vino, y Elaida, Sheriam y Anaiya aparecieron después de la cena.

Alanna había preguntado a Egwene si quería saber algo más acerca del Ajah Verde y también se había interesado por la marcha de sus estudios. El hecho de que las Aceptadas tuvieran la libertad de decidir los temas y el ritmo de aprendizaje, arguyó, no significaba que debieran descuidarlos. Las primeras semanas serían duras, naturalmente, pero debían elegir, o de lo contrario alguien lo haría por ellas.

Elaida se limitó a quedarse plantada en jarras un rato mirándolas con expresión severa, y Sheriam hizo lo mismo, casi con idéntica postura. Anaiya también las observó en silencio, pero con semblante más preocupado. Hasta que advirtió que ellas la miraban. Entonces su rostro adoptó la misma rigidez que el de las otras dos Aes Sedai.

Egwene no vio nada extraño en aquellas visitas. Era natural que la Maestra de las Novicias fuera a verlas, como lo hacía con las novicias que trabajaban en las cocinas, y tampoco tenía nada de raro que Elaida quisiera tener vigilada a la heredera del trono de Andor. Egwene procuró no pensar en el interés que despertaba en ella Rand. En cuanto a Alanna, no era la única Aes Sedai que iba a buscar una bandeja de comida para llevársela a sus habitaciones en vez de comer con las demás. La mitad de las hermanas de la Torre estaban demasiado ocupadas para asistir a las comidas comunitarias o para perder tiempo llamando a las criadas para que fueran a buscar una bandeja. ¿Y Anaiya? Posiblemente Anaiya estaba preocupada por su Soñadora, a pesar de no haber mediado en nada para mitigar el castigo impuesto por la propia Amyrlin. Ése era un motivo razonable.

Mientras colgaba el vestido en el armario, Egwene se dijo una vez más que incluso el aparente sinsentido de la pregunta de Verin podía ser un mero despiste de la hermana Marrón, la cual parecía estar con frecuencia en las nubes. Sentada en el filo de la cama, se subió las enaguas y se dispuso a sacarse las medias. Estaba empezando a aborrecer tanto el color blanco como el gris.

Nynaeve permanecía delante de la chimenea con la bolsa de Egwene en una mano y tirándose de la trenza con la otra. Elayne estaba sentada junto a la mesa, parloteando con nerviosismo.

—El Ajah Verde —dijo la muchacha de dorados cabellos por vigésima vez, calculó Egwene, desde mediodía—. Puede que yo también elija el Ajah Verde, Egwene. Así podría tener tres o cuatro Guardianes y hasta podría casarme con uno de ellos. ¿Quién mejor para ocupar el cargo de príncipe consorte que un Guardián? A menos que fuera… —Calló, ruborizada.

Egwene sintió un acceso de celos que creía haber superado hacía tiempo, entremezclado de compasión. «Luz, ¿cómo puedo estar celosa cuando soy incapaz de

mirar a Galad sin estremecerme y sentir como si me derritiera? Rand fue mío, pero ya no lo es. Ojalá pudiera entregártelo a ti, Elayne, pero me temo que tampoco es para ti. Tal vez sea perfectamente aceptable que la heredera del trono tome por marido a un plebeyo, siempre que éste sea andoriano, pero no que se case con el Dragón Renacido.» Dejó caer las medias al suelo, diciéndose que tenía cosas más importantes en que ocuparse, ajenas todas al mantenimiento del orden en la habitación.

—Estoy lista, Nynaeve.

Nynaeve le tendió la bolsa y una larga y fina cinta de cuero.

—Quizá su efecto se extienda a más de una persona a la vez. Podría… acompañarte, quizá.

Tras depositar el anillo de piedra en la palma de la mano, Egwene lo ensartó en la cuerda de cuero y luego se la ató al cuello. Las franjas azules, marrones y rojas parecían más vívidas encima del blanco de sus enaguas.

—¿Y dejar que Elayne nos vigilara sola a las dos? ¿Existiendo la posibilidad de que el Ajah Negro nos haya descubierto?

—Puedo hacerlo —aseveró resueltamente Elayne—. O también podría acompañarte y quedarse de guardia Nynaeve. Ella es la más fuerte de las tres cuando está enfadada, y, si es preciso que alguien vigile, puedes estar segura de que lo hará.

—¿Y si no da ningún resultado al intentarlo dos personas a la vez? —adujo Egwene, sacudiendo la cabeza—. No lo sabríamos hasta que despertáramos, y entonces habríamos perdido una noche. No podemos desperdiciar ni una si queremos ganar tiempo. —Eran razones válidas en las que creía, pero había otra que tenía más peso en su corazón—. Además, me sentiré mejor sabiendo que las dos estáis pendientes de mí, por si…

No quiso concluir la frase. Por si alguien entraba mientras dormía. El Hombre Gris. El Ajah Negro. Cualquiera de las personas que habían convertido la antaño segura Torre Blanca en un tenebroso bosque lleno de hoyos y cepos. Algo que entrara mientras yacía inerme. La expresión de sus amigas le indicó que comprendían.

Mientras se tumbaba en la cama y se colocaba una almohada de plumas bajo la cabeza, Elayne acercó dos sillas, que situó a ambos lados del lecho. Nynaeve apagó las velas una a una y luego, en la oscuridad, se sentó en una de ellas. Elayne se instaló en la otra.

Egwene cerró los ojos y trató de pensar en cosas placenteras, pero tenía una exacerbada conciencia del objeto que reposaba en su seno, mucho más acentuada que la del dolor que restaba en su cuerpo a consecuencia de la visita realizada al estudio de Sheriam. El anillo parecía más pesado que un ladrillo ahora, y las imágenes que invocaba de su hogar y de remansados estanques de agua se escabullían expulsadas por la aprensión que le despertaba el *Tel'aran'rhiod*. El Mundo No Visto. El Mundo de los Sueños, que la esperaba justo al otro lado de la barrera del sueño.

Nynaeve comenzó a canturrear quedamente la misma melodía que solía tararearle su madre de pequeña. Cuando estaba acostada en su propia habitación, con una mullida almohada, abrigada por las mantas, y aspiraba, entremezclados, los olores a aceite de rosas y a los pasteles que cocía en el horno su madre, y… «Rand, ¿estás bien? ¿Perrin? ¿Quién era esa mujer?» Concilió el sueño.

Se hallaba entre ondulantes colinas alfombradas de pequeñas flores silvestres en cuyas hondonadas y crestas crecían frondosos bosquecillos de árboles. Las mariposas flotaban sobre las flores, arrancando destellos amarillos, azules y verdes al aire, y en las proximidades cantaban dos alondras. Una cantidad justa de vaporosas nubes se desplazaba mansamente en un claro cielo, y en la brisa había aquel delicado equilibrio entre frescor y calidez que únicamente se da en contados días de primavera. Era un día demasiado perfecto para no ser producto de un sueño.

Se miró el vestido y se echó a reír alborozada. Era exactamente su matiz de seda azul preferido, con franjas blancas en la falda —que se volvieron verdes cuando entornó un instante los ojos— e hileras de diminutas perlas en las mangas y el pecho. Hizo asomar un pie para observar la punta de un escarpín de terciopelo. La única nota discordante era el retorcido aro de piedra multicolor que pendía, prendido en una cinta de cuero, de su cuello.

Tomó el anillo en la mano y se quedó asombrada. Era liviano como una pluma. Estaba segura de que, si lo arrojaba al aire, se iría volando como un vilano. De todas formas, ahora ya no le inspiraba ningún miedo. Lo guardó bajo el vestido para que no la molestara.

—De modo que éste es el *Tel'aran'rhiod* de Verin —dijo—. El Mundo de los Sueños de Corianin Nedeal. No me parece peligroso.

Verin, sin embargo, le había advertido de lo contrario. Fuera o no del Ajah Negro, Egwene no veía cómo podía mentir abiertamente una Aes Sedai. «Tal vez se hallaba en un error.» Ella no creía, empero, que Verin estuviera equivocada.

Sólo para comprobar si podía hacerlo, se abrió al Poder Único. El *Saidar* la embargó. Incluso allí, existía. Encauzó ligera y delicadamente su flujo y, a caballo de la brisa, hizo girar a las mariposas en aleteantes espirales de color, en círculos entrelazados.

De improviso abandonó aquel pasatiempo. Las mariposas volvieron a revolotear a su antojo, sin inmutarse por su breve aventura. Los Myrddraal y otros Engendros de la Sombra detectaban cuando alguien encauzaba. Miró en derredor, incapaz de imaginar tales abominaciones en ese paraje, pero de todos modos resolvió no arriesgarse. Aquellas criaturas podían encontrarse allí, y el Ajah Negro tenía en su poder los *ter'angreal* estudiados por Corianin Nedeal. Ello le trajo el inquietante recuerdo del motivo por el que estaba allí.

—Al menos sé que puedo encauzar —murmuró—. No estoy averiguando nada

parada aquí. Tal vez si investigo por los alrededores… —Dio un paso…

… y se halló en él húmedo y lóbrego pasillo de una posada, una clase de establecimiento que, como hija de posadero, identificó sin margen de duda. Todas las puertas que daban al silencioso corredor estaban cerradas. Justo cuando se preguntaba quién habría detrás de la que tenía delante, ésta se abrió sin hacer ruido.

En la habitación no había muebles, y el viento que entraba, gimiendo, por las abiertas ventanas agitaba las cenizas del hogar. En el suelo, entre la puerta y un grueso pilar de negra piedra toscamente tallada que se erguía en el centro de la estancia, yacía ovillado un enorme perro cuya poblada cola le tapaba el hocico. Apoyado de espaldas en el pilar, vestido tan sólo con la ropa interior y con la cabeza inclinada como si durmiera, había un fornido joven de rizado pelo. Una gruesa cadena negra, cuyos cabos asía con crispadas manos, lo unía a la altura del pecho a la mole de piedra. A pesar de su adormilada apariencia, tenía tensos los poderosos músculos, aplicados en mantener la tirantez de la cadena, en prolongar su cautiverio.

—¿Perrin? —lo llamó, extrañada, entrando en la habitación—. Perrin, ¿qué te ocurre? ¡Perrin! —El perro se estiró y se puso en pie.

No era un perro, sino un lobo negro y gris que le enseñó la reluciente dentadura blanca y clavó en ella unos ojos amarillos, mirándola como habría mirado a un ratón. A un ratón que pretendía comerse.

Egwene retrocedió precipitadamente al pasillo en contra de su voluntad.

—¡Perrin! ¡Despierta! ¡Hay un lobo! —Verin le había dicho que lo que sucedía allí era real, y le había enseñado su cicatriz para demostrárselo. Los dientes del lobo parecían tan grandes como cuchillos—. ¡Perrin, despierta! ¡Dile que soy amiga tuya! —Abrazó el *Saidar*, y el lobo siguió acercándose.

Perrin alzó la cabeza y abrió con somnolencia los ojos. Dos pares de ojos amarillos fijaron la mirada en ella. El lobo arqueó el lomo.

—*Saltador* —gritó Perrin—. ¡No! ¡Egwene!

La puerta se cerró de golpe ante ella y la envolvió una oscuridad absoluta.

Aunque no veía nada, notaba el sudor que le perlaba la frente. Y no se debía al calor. «Luz, ¿dónde estoy? No me gusta este sitio. ¡Quiero despertar!»

Oyó una especie de pitido y dio un salto, antes de identificar el canto de un grillo. Una rana croó en la oscuridad, y sus compañeras le respondieron en coro. Cuando sus ojos fueron adaptándose, distinguió vagamente unos árboles a su alrededor. Las nubes tapaban las estrellas, y la luna era una finísima hoz.

A su derecha, entre la espesura, percibió un vacilante resplandor: el de una hoguera.

Reflexionó unos instantes antes de ponerse a caminar. Sus deseos de despertar no habían bastado para sacarla del *Tel'aran'rhiod* y todavía no había averiguado nada de interés. Y no había recibido ninguna herida. «Por el momento», pensó

estremeciéndose. No tenía, sin embargo, idea de quién —o qué— podía haber junto a la fogata. «Podrían ser Myrddraal. Además, no voy vestida de forma adecuada para correr por el bosque.» Fue aquella última reflexión la que la hizo decidirse; ella se vanagloriaba de saber reconocer cuándo obraba tontamente.

Respiró hondo, se levantó la falda de seda y avanzó con sigilo. Aun cuando no era tan buena conocedora del bosque como Nynaeve, tampoco era tan torpe como para no esquivar las ramas secas. Cuando se halló cerca, se asomó prudentemente detrás del tronco de un viejo roble.

Sólo había un joven muy alto que observaba, sentado, el fuego: Rand. No se veía leña alguna que alimentara esa hoguera, ni ningún otro combustible. Las llamas se alzaban sobre la tierra lisa y no parecía que la tiznaran siquiera.

Sin darle tiempo a moverse, Rand irguió la cabeza y entonces advirtió con sorpresa que estaba fumando una pipa, de la que se elevaba una fina espiral de humo de tabaco. Daba la impresión de estar cansado, muy cansado.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz alta—. Habéis rozado tantas hojas como para despertar a un muerto, así que no hay razón para que sigáis escondido.

Egwene apretó con rabia las mandíbulas, pero salió de la espesura. «¡No es verdad!»

—Soy yo, Rand. No temas. Es un sueño. Debo de estar en tus sueños.

Rand se puso en pie tan repentinamente que ella se paró en seco. Parecía, de algún modo, más fornido de lo que ella recordaba. Y más peligroso. En sus ojos de color azul grisáceo lucía un gélido ardor.

—¿Acaso piensas que no sé que es un sueño? —se mofó—. También me consta que no por ello es menos real. —Escrutó con enojo las tinieblas como si buscara a alguien—. ¿Durante cuánto tiempo vais a seguir intentándolo? —gritó en dirección a la noche—. ¿Cuántos rostros vais a enviarme? ¡Mi madre, mi padre, y ahora ella! ¡Las chicas hermosas no me tentarán con un beso, ni siquiera una conocida! ¡Niego vuestra influencia, Padre de las Mentiras! ¡Reniego de vos!

—Rand —dijo, indecisa—. Soy Egwene. Egwene.

De improviso, surgida de la nada, en sus manos apareció una espada de hoja ligeramente curvada, grabada con una garza.

—Mi madre me dio pastelillos de miel —dijo con voz atenazada— que apestaban a veneno. Mi padre llevaba un cuchillo para clavármelo en las costillas. Ella…, ella me ofreció besos, y cosas más apetecibles aún. —El sudor le resbalaba por la cara; su mirada era tan ardiente que parecía capaz de prenderle fuego—. ¿Qué me traes tú?

—Vas a escucharme, Rand al'Thor, aunque tenga que clavarte la rodilla en el espinazo. —Concentró el *Saidar* y canalizó sus flujos para inmovilizarlo con aire.

La espada se puso a girar en las manos de Rand, crepitando como una lengua de fuego.

Egwene gruñó, tambaleándose; era como si una cuerda fuertemente tensada la hubiera golpeado al partirse.

—Voy aprendiendo, como puedes ver —dijo, riendo, Rand—. Cuando funciona… —Hizo una mueca y se encaminó hacia ella—. Podría soportar cualquier rostro menos ése. ¡Su cara no, demonios! —La espada se precipitó, veloz, en dirección a ella.

Egwene huyó.

No sabía cómo lo había logrado, pero lo cierto era que se hallaba de nuevo entre las ondulantes colinas bajo un sonriente cielo, alegrado por el canto de las alondras y las revoloteantes mariposas. Llenó los pulmones con respiración entrecortada.

«¿De qué me he enterado? ¿De que el Oscuro continúa persiguiendo a Rand? Eso ya lo sabía. ¿De que quizás el Oscuro quiera matarlo? Eso es distinto. A menos que ya se haya vuelto loco y no sepa ni lo que dice. Luz, ¿por qué no he podido ayudarlo? ¡Oh, Luz, Rand!»

Volvió a aspirar largamente para calmarse.

—La única manera de ayudarlo es amansarlo —murmuró—. Para eso tanto mejor matarlo. —Se le hizo un nudo en el estómago—. ¡Nunca!

Un cardenal que se había encaramado en un arbusto cercano ladeó la cabeza con enhiesto penacho para observarla prudentemente.

—Bien —dijo, dirigiéndose al pájaro—, no gano nada quedándome aquí parada hablando sola, ¿verdad? Ni tampoco hablando contigo.

El cardenal alzó el vuelo cuando ella dio un paso hacia el matorral. A la segunda zancada aún era una mancha carmesí y, al dar la tercera, ya había desaparecido en un bosquecillo.

Se detuvo y extrajo el anillo de debajo del vestido. ¿Por qué no variaba la escena? Hasta entonces todo había ido sucediéndose a una velocidad de vértigo. ¿Por qué no ahora? ¿Acaso porque había alguna respuesta precisamente allí? Miró en derredor, vacilante. Las flores silvestres se mofaban de ella, y también los trinos de las alondras. Aquel lugar era sospechosamente hermoso para no ser fruto de su imaginación.

—Llévame a donde debería estar —pidió con resolución al *ter'angreal* al tiempo que lo rodeaba con la mano. Cerró los ojos y se concentró en el anillo. Éste era, en fin de cuentas, de piedra, y la Tierra debería facilitarle cierto ascendiente sobre él—. Hazlo. Llévame a donde debería estar. —Abrazó de nuevo el *Saidar* y transmitió una ligera cantidad de Poder al aro. Sabía que no necesitaba ninguna afluencia de Poder para trasladarla al Mundo de los Sueños, y por ello no intentó hacer nada con él; sólo aportarle más Poder para que lo utilizara—. Llévame al lugar donde pueda hallar la respuesta. Necesito saber qué se propone el Ajah Negro. Condúceme a la respuesta.

—Bueno, por fin has encontrado el camino, hija. Aquí residen toda clase de

respuestas.

Egwene abrió bruscamente los ojos. Se encontraba en una vasta sala rematada por una gran cúpula asentada sobre un bosque de enormes columnas de piedra. Suspendida en el aire, esplendorosa y rutilante, giraba lentamente una espada de cristal. No estaba segura, pero le pareció que era la misma que Rand trataba de alcanzar en aquel sueño. En aquel otro sueño. En aquellos instantes, lo veía todo con tal realismo que debía esforzarse por recordar que aquello también era un sueño.

De detrás de una columna salió una encorvada anciana, caminando con paso trémulo apoyada en un bastón. Era fea hasta lo indecible. Tenía una puntiaguda barbilla y una nariz aún más huesuda, y la cara entera plagada de peludas verrugas.

—¿Quién sois? —preguntó Egwene.

Hasta entonces, todas las personas que había visto en el *Tel'aran'rhiod* eran conocidas, pero no creía posible haberse olvidado de aquella desdichada anciana.

—Simplemente la pobre vieja Silvia, mi señora —respondió con voz aguda la anciana, encorvando aún más la espalda en lo que podía interpretarse como una reverencia—. ¿No conocéis a la pobre Silvia, mi señora? Sirvió fielmente a vuestra familia durante todos esos años. ¿Todavía os asusta esta vieja cara? No temáis, mi señora. Cuando la necesito, me sirve igual que la de una hermosa mujer.

—Por supuesto que sí —convino Egwene—. Es un rostro con personalidad. Un rostro agradable. —Confió en que la mujer no la tomara por embustera. Quienquiera que fuese, la tal Silvia creía, por lo visto, que conocía a Egwene. Tal vez conociera también las respuestas—:. Silvia, habéis dicho que en este sitio hallaría respuestas.

—Oh, habéis venido al lugar adecuado para encontrar respuestas, mi señora. El Corazón de la Ciudadela está lleno de ellas. Y de secretos. A los Grandes Señores no les gustaría veros aquí. Oh, no. Únicamente los Grandes Señores entran aquí. Y los criados, por supuesto. —Emitió una astuta y chirriante carcajada—. Los Grandes Señores no barren ni friegan. ¿Pero quién ve a un criado?

—¿Qué clase de secretos?

—Intrigas —dijo como para sí Silvia, volviéndose hacia la espada de cristal—. Todos pretenden servir al Supremo Señor y no paran de intrigar y planear la manera de recuperar lo que perdieron. Y cada uno de ellos piensa que es el único que trama traiciones. ¡Ishamael es un idiota!

—¿Cómo? —inquirió enérgicamente Egwene—. ¿Qué habéis dicho de Ishamael?

La anciana se giró para dedicarle una torcida sonrisa de connivencia.

—Sólo una cosa que dice la pobre gente, mi señora. Llamándolos estúpidos, minamos el poder de los Renegados. Y uno se siente satisfecho y protegido. Ni siquiera la Sombra puede soportar que la traten de insensata. Probadlo, mi señora. Decid: ¡Ba'alzemon es un necio!

—¡Ba'alzemon es un necio! —repitió Egwene, a punto de echarse a reír—. Tenéis

razón, Silvia. —Le había sentado realmente bien burlarse del Oscuro. La vieja rió entre dientes. La espada daba vueltas justo más allá de su hombro—. ¿Qué es eso, Silvia?

—*Callandor*, mi señora. Lo sabíais, ¿verdad? La Espada que no Puede Tocarse. —De repente alzó el bastón hacia atrás; éste se detuvo con un golpe sordo a unos centímetros de la espada y rebotó. La sonrisa de Silvia se agrandó en sus labios—. La Espada que no es una Espada, aunque son muy pocos los que saben qué es. Pero nadie puede tocarla salvo un hombre. Los que la pusieron aquí se encargaron bien de que así fuera. El Dragón Renacido empuñará algún día *Callandor* y, al hacerlo, demostrará al mundo que es el Dragón. Ésa será, en todo caso, la primera prueba. Lews Therin de nuevo en el mundo, para que todos lo vean y se postren a sus pies. Ah, a los Grandes Señores no les hace ninguna gracia tenerla aquí. Les desagrada todo cuanto guarde relación con el Poder. Se desharían de ella si pudieran. Si pudieran. Supongo que otros también se la llevarían, si pudieran. ¿Qué no daría uno de los Renegados por esgrimir *Callandor*?

Egwene se quedó mirando la reluciente arma de cristal. De ser ciertas las Profecías del Dragón y si, tal como afirmaba Moraine, Rand era el Dragón, un día la empuñaría, si bien la información de que ella disponía sobre las Profecías concernientes a *Callandor* convertían tal augurio en algo poco menos que imposible. «Pero si existe una manera de cogerla, tal vez el Ajah Negro la conozca. Si ellos lo saben, yo también puedo descubrirlo.»

Cautelosamente, tanteó con el Poder tratando de averiguar qué era lo que escudaba la espada. Tocó algo y se detuvo. Percibía las categorías de Poder utilizadas allí. Aire, Fuego y Energía. Podía seguir los intrincados vericuetos con que habían aplicado, con una asombrosa fuerza, el *Saidar*. En aquel entramado había holgadas brechas por las que debería poder filtrarse. Pero, cuando lo intentó, fue como si quisiera abrirse camino por la parte más tupida. Desistió de penetrar el invisible muro que la repelía. Una mitad había sido conformada con el *Saidar*, la otra, la parte que no podía percibir ni tocar, había sido erigida mediante el *Saidin*. Aquélla era una descripción aproximativa, pues la pared formaba una ininterrumpida unidad. «Una pared de piedra contiene igualmente el paso a una mujer ciega que a una que la ve.»

En la distancia resonó el ruido de pasos. De botas hollando el suelo.

Egwene no alcanzó a identificar cuántos eran ni de qué lado venían, pero Silvia se sobresaltó y se alejó al instante entre las columnas.

—Viene para verla de nuevo —murmuró—. Despierto o dormido, quiere… —Pareció acordarse de Egwene y esbozó una preocupada sonrisa—. Ahora idos, mi señora. No debe encontraros aquí, ni saber siquiera que habéis venido.

Egwene retrocedió, y Silvia la siguió agitando las manos y el bastón.

—Me voy, Silvia. Sólo debo recordar el camino. —Tocó el aro de piedra—.

Llévame de regreso a las colinas. —No sucedió nada. Encauzó una minúscula cantidad de poder hacia el anillo—. Llévame de vuelta a las colinas. —Las columnas de piedra seguían rodeándola. El sonido de las botas sonaba más cercano y ya no se confundían con el eco provocado.

—Ignoráis la salida —aseveró Silvia y luego prosiguió casi en susurros, con la actitud zalamera y burlona de una vieja criada que creía poder tomarse ciertas libertades—. Oh, mi señora, es peligroso entrar aquí si no se conoce la salida. La pobre Silvia os devolverá sana y salva a vuestra cama, mi señora.

Rodeó con ambos brazos a Egwene, obligándola a alejarse más de la espada, un gesto innecesario, teniendo en cuenta que Egwene no necesitaba tal apremio. Los pasos habían cesado; el misterioso recién llegado debía de estar ya contemplando *Callandor*.

—Enseñadme simplemente la salida —indicó Egwene—. O decidme dónde está. No es preciso que me empujéis. —Inexplicablemente, a la anciana se le habían enredado los dedos en torno al anillo de piedra—. No toquéis eso, Silvia.

—Sana y salva en vuestra cama.

El dolor redujo a la nada el mundo.

Emitiendo un desgarrador chillido, Egwene se incorporó a oscuras, con el rostro bañado en sudor. Por un momento, no tuvo noción de dónde se hallaba ni tampoco le importó.

—Oh, Luz —gimió—, qué daño. ¡Oh, Luz, cómo duele! —Se palpó, convencida de que debía tener arañazos o verdugones en la piel para sentir tal quemazón, pero no encontró ninguna marca.

—Estamos aquí —dijo entre las tinieblas la voz de Nynaeve—. Estamos aquí, Egwene.

Egwene se arrojó en dirección a donde había sonado la voz y se abrazó, profundamente aliviada, al cuello de Nynaeve.

—Oh, Luz, estoy de nuevo aquí. Luz, he vuelto.

—Elayne —dijo Nynaeve.

Al cabo de un instante una de las velas irradiaba un pequeño círculo de luz. Elayne se detuvo con ella en una mano y la pajuela que había encendido con pedernal en la otra. Entonces sonrió, y todos los cirios de la habitación se encendieron a la vez. Luego se dirigió al aguamanil, regresó junto a la cama y lavó la cara de Egwene con un fresco paño humedecido.

—¿Ha sido una mala experiencia? —inquirió, preocupada—. No te has movido en lo más mínimo ni has murmurado nada. No sabíamos si despertarte o no.

Egwene se quitó precipitadamente la cuerda de cuero del cuello y la lanzó, junto al anillo, al otro extremo de la habitación.

—La próxima vez —jadeó— fijaremos una hora llegada la cual me despertaréis.

¡Despertadme aunque tengáis que hundirme la cabeza en un cubo de agua!

No tenía, hasta entonces, conciencia de haber decidido probarlo otra vez. «¿Meterías la cabeza en las fauces de un oso sólo para demostrar que no tienes miedo? ¿Lo harías dos veces por el simple motivo de que la primera vez saliste con vida?»

No era, sin embargo, para probarse a sí misma que no tenía miedo por lo que lo haría. Tenía miedo, y lo sabía. Pero, mientras el Ajah Negro tuviera en su poder los *ter'angreal* que había estudiado Corianin, debería seguir intentándolo. Estaba segura de que en el *Tel'aran'rhiod* residía la explicación del porqué de aquel robo. Si era factible encontrar las respuestas relativas al Ajah Negro allí —y asimismo, tal vez otras, de ser cierto la mitad de lo que le habían dicho acerca de las facultades de una Soñadora— debería regresar.

—Pero no esta noche —dijo quedamente—. Todavía no.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Nynaeve—. ¿Qué has… soñado?

Egwene se recostó en la cama y les refirió sus experiencias. De todo lo vivido, sólo omitió contar que Perrin le había hablado al lobo. De hecho, eludió toda mención al lobo. A pesar del sentimiento de culpa que le producía ocultar algo a Elayne y Nynaeve, consideraba que aquél era un secreto que debía revelar Perrin, cuando así lo decidiera, y no ella. El resto lo describió minuciosamente y, cuando hubo acabado, se sintió vacía.

—Aparte de la fatiga —inquirió Elayne—, ¿te ha parecido que estaba herido? Egwene, no puedo creer que fuera a hacerte daño. No puedo creerlo.

—Rand —observó secamente Nynaeve— tendrá que cuidar de sí mismo durante una temporada más. —Elayne se sonrojó; estaba preciosa toda ruborizada. Egwene cayó en la cuenta de que Elayne estaba preciosa hiciera lo que hiciese, ya fuera llorar o fregar ollas—. *Callandor* —continuó Nynaeve—. El Corazón de la Ciudadela. Eso estaba marcado en el plano. Creo que ya sabemos dónde está el Ajah Negro.

—Eso no modifica el hecho de que sea una trampa —señaló Elayne, recuperada la compostura—. Si no es un intento para despistarnos, es una trampa.

—La mejor manera de atrapar a quien tiende un lazo es accionarlo y luego esperar a que se presente —sentenció Nynaeve sonriendo fríamente.

—¿Te propones ir a Tear? —preguntó Egwene. Nynaeve asintió.

—La Amyrlin nos ha concedido, por lo visto, plena libertad de acción. Recordad que somos nosotras quienes tomamos las decisiones. Sabemos que el Ajah Negro se encuentra en Tear y también a quién hemos de buscar allí. Todo cuanto podemos hacer aquí es quedarnos paralizadas, corroídas por sospechas centradas en todo el mundo, por la inquietud de que en cualquier momento pueda aparecer otro Hombre Gris. Prefiero ser el cazador a ser el conejo.

—He de escribir a mi madre —dijo Elayne. Adoptó una actitud defensiva al

advertir las miradas que le habían dirigido—. Ya he desaparecido una vez sin notificarle dónde me encontraba. Si vuelvo a hacerlo… No sabéis el genio que tiene madre. Es capaz de enviar a Gareth Bryne y a todo el ejército para atacar Tar Valon. O para perseguirnos.

—Podrías quedarte aquí —sugirió Egwene.

—No. No permitiré que os vayáis las dos solas. Y no voy a permanecer aquí preguntándome si la hermana que me da clases es una Amiga Siniestra o si yo seré el objetivo del siguiente Hombre Negro. —Soltó una risita—. Y tampoco voy a trabajar en las cocinas mientras vosotras vivís grandes aventuras. Sólo tengo que decirle a mi madre que me ausento de la Torre siguiendo órdenes de la Amyrlin, para que no se enfurezca cuando lleguen hasta ella rumores acerca de mi partida. No tengo por qué explicarle adónde voy ni por qué.

—Más te vale —convino Nynaeve—. Si se enterara de lo del Ajah Negro vendría sin duda tras de ti. Aparte de eso, la Luz sabe por cuántas manos pasará tu carta antes de llegar a las suyas, y los ojos que la leerán entretanto. Es mejor no poner nada que no te convenga que se haga público.

—Ése es otro cantar. —Elayne suspiró—. La Amyrlin ignora mi participación. He de hallar la manera de enviarla sin que ella la vea.

—Habré de pensar en ello. —Nynaeve arrugó el entrecejo—. Quizá cuando ya estemos en camino. Podrías dejarla río abajo, en Aringill, si disponemos de tiempo para encontrar a algún viajero que se dirija a Caemlyn. Es posible que convenzamos a alguien enseñándole uno de esos papeles que nos entregó la Amyrlin. Deberemos confiar, asimismo, en su buen efecto sobre los capitanes de barco, a menos que alguna de vosotras tenga más dinero que yo. —Elayne sacudió con tristeza la cabeza.

Egwene no se molestó en hacerlo. Habían gastado el poco dinero que poseían durante el viaje desde la Punta de Toman, y sólo contaban con unas cuantas monedas de cobre cada una.

—¿Cuándo…? —Tuvo que hacer una pausa para aclararse la garganta—. ¿Cuándo nos vamos? ¿Esta noche?

Nynaeve adoptó una actitud reflexiva y luego negó con la cabeza.

—Necesitas dormir, después de… —Abarcó con el gesto el anillo de piedra que había caído en el suelo tras rebotar en la pared—. Daremos otra oportunidad a la Amyrlin para que venga a vernos. Al acabar las tareas del desayuno, preparad el equipaje, pero procurad que sea ligero. Recordad que debemos salir de la Torre sin que nadie se dé cuenta. Si a mediodía no nos ha dicho nada la Amyrlin, embarcaremos en un mercante, haciéndole tragar ese papel al capitán si es necesario, antes de que suenen de nuevo las campanas. ¿Qué os parece?

—Excelente —aprobó con firmeza Elayne.

—Esta noche o mañana, tanto da —dijo a su vez Egwene—. Cuanto antes mejor.

—Dudaba que su voz transmitiera la misma confianza que Elayne.

—Entonces es aconsejable que durmamos un poco.

—Nynaeve —dijo con un hililllo de voz Egwene—. No…, no quiero dormir sola esta noche. —La mortificaba tener que admitirlo.

—Yo tampoco —reconoció Elayne—. No paro de pensar en los Sin Alma. No sé por qué, me asustan incluso más que el Ajah Negro.

—Supongo —reconoció lentamente Nynaeve— que yo tampoco siento deseos de estar sola. —Miró la cama donde estaba tumbada Egwene—. Parece suficiente para tres, si todas pegamos los codos al cuerpo.

Poco después, cuando se movían tratando de hallar una posición cómoda entre tanta apretura, Nynaeve se echó a reír súbitamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Egwene—. Tú no eres tan cosquillosa.

—Se me acaba de ocurrir que hay alguien que llevaría de buen grado a su destino la carta de Elayne. Alguien a quien le encantaría salir de Tar Valon. Apuesto a que sí.

28



Una salida

Vestido sólo con los calzones, Mat acababa de dar cuenta de un tentempié posterior al desayuno, consistente en jamón, tres manzanas y mantequilla, cuando se abrió la puerta de su habitación y Nynaeve, Egwene y Elayne entraron, agasajándolo con sus mejores sonrisas. Se levantó con intención de ponerse una camisa y luego, pensando que podrían haber llamado en lugar de irrumpir, volvió a sentarse obstinadamente. De todas formas, le alegró verlas. Al principio, en todo caso.

—Tienes mejor aspecto —observó Egwene.

—Como si hubieras disfrutado de un mes de descanso, con comida a discreción —agregó Elayne.

Nynaeve le puso la mano en la frente, y él se encogió instintivamente antes de caer en la cuenta de que, allá en su pueblo, llevaba haciendo lo mismo durante casi cinco años. «Entonces era simplemente la Zahorí —pensó—. No llevaba ese anillo.»

Nynaeve le dedicó una tensa sonrisa que le indicó que había advertido su aprensión.

—En mi opinión, te encuentras en condiciones de abandonar la cama y la habitación. ¿Todavía no te has cansado de estar encerrado? Nunca fuiste capaz de permanecer dos días seguidos recluido.

Miró con desgana el corazón de la manzana que le quedaba y luego lo dejó en el plato. Estuvo a punto de lamerse el jugo prendido a los dedos, pero le dio reparo hacerlo cuando las tres lo miraban, y sin parar de sonreír. Advirtió que estaba tratando de decidir cuál de ellas era más guapa, y no lo conseguía. De haberse tratado de otras chicas y no las que eran —y lo que eran—, habría pedido a cualquiera de ellas si quería bailar una giga o una alemanda. Había danzado con Egwene muchas veces en el pueblo e incluso en una ocasión con Nynaeve, pero aquello parecía haber sucedido hacía mucho tiempo.

—«Con una chica bonita es divertido bailar. Dos chicas bonitas traen conflictos

en la casa. Con tres chicas bonitas lo mejor es huir a las montañas.» —Ofreció a Nynaeve una sonrisa aún más puntillosa que la suya—. Mi padre lo decía a menudo. Estáis tramando algo, Nynaeve. Me miráis tan sonrientes como gatos que han sorprendido a un pinzón atrapado en un espino, y me temo mucho que yo soy el pinzón.

Las sonrisas se esfumaron de sus caras. Entonces se fijó con extrañeza en sus estropeadas manos que parecían haber fregado muchos platos. Sin duda la heredera del trono de Andor no había fregado uno en su vida, e igualmente le costaba imaginar a Nynaeve realizando tal trabajo, pese a saber que allá en el Campo de Emond realizaba las tareas de la casa. Ahora las tres llevaban anillos con la Gran Serpiente. Era una novedad de la que no se alegraba en lo más mínimo. «Luz, algún día tenía que ocurrir. No es asunto mío. No me concierne, eso es todo.»

Egwene sacudió la cabeza, pero el gesto parecía dirigido tanto a las otras dos mujeres como a él.

—Ya os he advertido que debíamos pedírselo directamente. Es tozudo como una mula cuando le viene en gana, y más tramposo que un gato. Sí lo eres, Mat. De modo que no pongas esa cara.

El joven se apresuró a sonreír nuevamente.

—Calla, Egwene —indicó Nynaeve—. Mat, el hecho de que queramos pedirte un favor no significa que no nos preocupemos por tu salud. Nos preocupa, y tú lo sabes, a menos que tengas la cabeza más llena de pájaros de lo habitual. ¿Te encuentras bien? Pareces haber mejorado mucho en comparación con la última vez que te vi. Realmente, se diría que ha pasado un mes y no dos días.

—Estoy en forma para correr diez kilómetros y luego bailar una giga. —Las tripas le gruñeron, recordándole que aún faltaba un buen rato para mediodía, pero él disimuló, con la esperanza de que no se hubieran dado cuenta. Casi se sentía como si hubiera pasado un mes reposando y cebándose, y el día anterior sólo hubiera comido una vez—. ¿Qué favor? —inquirió con suspicacia. Que él recordara, Nynaeve no pedía favores a nadie; Nynaeve le decía a la gente lo que había de hacer, con la seguridad de que sería obedecida.

—Quiero que le lleves una carta a mi madre —respondió Elayne sin dar tiempo a que lo hiciera Nynaeve—. A Caemlyn. —Sonrió, y en las mejillas le aparecieron unos graciosos hoyuelos—. Te estaría tan agradecida, Mat… —El sol de la mañana arrancaba destellos en su pelo.

«¿Le gustará bailar?» Al instante ahuyentó tales pensamientos.

—Eso no suena como algo difícil, pero supone un largo viaje. ¿Qué gano yo con ello?

Por la expresión de su cara, dedujo que aquellos hoyuelos debían de producir con frecuencia el efecto apetecido. Elayne irguió la espalda, esbelta y altanera, y él casi

percibió un trono tras ella.

—¿Eres un súbdito leal a Andor? ¿No deseas servir al Trono del León y a la heredera de la corona?

Mat rió disimuladamente.

—Ya te he dicho que eso tampoco serviría de nada —señaló Egwene—. Con él no.

—He pensado que valía la pena intentarlo —contestó Elayne—. Con los guardias de Caemlyn siempre da resultado. Has dicho que si sonreía… —Interrumpió sus palabras, manteniendo la vista ostensiblemente desviada de él.

«¿Qué le has dicho, Egwene? —se preguntó furioso—. ¿Que cualquier muchacha que me sonría puede hacer lo que quiera de mí?» Mantuvo exteriormente la calma y hasta logró no modificar la sonrisa.

—Ojalá bastara con pedírtelo —dijo Egwene—, pero tú no haces favores, ¿verdad, Mat? ¿Alguna vez has hecho algo sin que te engatusaran, te ganaran la voluntad con halagos o te presionaran?

—No me importaría bailar con vosotras, Egwene —replicó, sin dejar de sonreír —, pero no pienso hacer de recadero vuestro. —Por un instante tuvo la impresión de que Egwene iba a sacarle la lengua.

—¿Y si retrocedemos al punto acordado al principio? —propuso, con voz sospechosamente tranquila, Nynaeve.

Cuando las otras dos asintieron, centró la atención en él. Por primera vez desde que había entrado, volvió a ofrecer la misma apariencia de la Zahorí de siempre, clavándole una mirada capaz de dejar paralizado a cualquiera y enseñando una trenza que parecía dispuesta a usar como látigo.

—Eres incluso más desconsiderado de lo que recordaba, Matrim Cauthon. Durante todo el tiempo que has estado enfermo, durante el cual Egwene, Elayne y yo te hemos cuidado como un niño en pañales, casi lo había olvidado. Aun así, cabía esperar que mostraras un poco de gratitud. Siempre hablabas de ver el mundo, de visitar grandes ciudades. Y bien, ¿qué mejor ciudad que Caemlyn? Se te presenta la ocasión de cumplir tus deseos, de demostrar tu gratitud, y ayudar a alguien al mismo tiempo. —Sacó un pergamino doblado de debajo de la capa y lo dejó en la mesa. Estaba sellado con cera amarilla en la que se destacaba el relieve de un lirio—. No puedes pedir más.

Mat observó pesarosamente el papel. Apenas si recordaba haber pasado por Caemlyn en compañía de Rand. Era una lástima disuadirlas ahora, pero le pareció lo más conveniente. «Si quieres solazarte con la giga, tarde o temprano habrás de pagar al que toca el arpa.» Y, con la actitud que había adoptado Nynaeve, cuanto más tardara en pagar peor sería.

—Nynaeve, no puedo.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? ¿Eres una mosca posada en la pared, o un hombre? ¿Tienes la oportunidad de prestar un servicio a la heredera del trono de Andor, visitar Caemlyn y conocer con toda probabilidad a la reina Morgase en persona, y no puedes? Verdaderamente no sé qué más podrías pedir. ¡Esta vez no te vas a escabullir como grasa en una parrilla, Matrim Cauthon! ¿O acaso has cambiado tanto como para sentirte cómodo viendo continuamente esto a tu alrededor? —Agitó la mano izquierda ante su rostro, golpeándole la nariz con el anillo.

—¡Por favor, Mat! —dijo Elayne.

Egwene lo miraba fijamente, como si le hubieran crecido cuernos de trolloc. Se retorció en la silla.

—No es que no quiera hacerlo. ¡Es que no puedo! La Amyrlin ha tomado disposiciones para que no pueda salir de la maldi…, de la isla. Si modificas esa condición, llevaré tu carta entre los dientes si es necesario, Elayne.

Las jóvenes intercambiaron miradas de complicidad. A veces se preguntaba si las mujeres se leían los pensamientos entre sí. En todo caso, tenía profundas sospechas de que, cuando querían, captaban perfectamente lo que ocurría en su propio interior. En aquella ocasión, sin embargo, fuera lo que fuese lo que habían decidido mudamente entre ellas, no habían percibido la clase de inquietud que lo agitaba.

—Explícate —indicó concisamente Nynaeve—. ¿Por qué iba a querer que te quedaras aquí la Amyrlin?

Él se encogió de hombros, la miró directamente a los ojos y esbozó su más apesadumbrada sonrisa.

—Es por mi enfermedad. Porque duró mucho tiempo. Dijo que no me dejaría marchar hasta que estuviera segura de que no me caería muerto por ahí. No es que fuera a ocurrirme eso, claro. A morirme, me refiero.

Nynaeve se tiró, ceñuda, de la trenza y de improviso le tomó la cabeza entre las manos; sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. «¡Luz, el Poder!» Aún no había acabado de pensarlo, y Nynaeve ya lo había soltado.

—¿Qué…? ¿Qué me has hecho, Nynaeve?

—Ni una décima parte de lo que te mereces, con toda probabilidad —contestó ésta—. Estás sano como un toro salvaje. Más débil de lo que pareces, pero sano.

—Ya te he dicho que lo estaba —observó, nervioso, tratando de volver a sonreír —. Nynaeve, ella daba la misma impresión que tú. La Amyrlin, quiero decir. Se las arreglaba para erguirse dominante delante de uno aunque le falte un palmo de altura e intimidar… —La manera como enarcó las cejas la mujer lo convenció de la conveniencia de no continuar por esos derroteros. Únicamente tenía que evitar que saliera a colación el Cuerno. Se preguntó si ellas estarían al corriente de la conexión que tenía con él—. Bueno, el caso es que creo que quieren mantenerme aquí por lo de esa daga. Quiero decir, hasta que averigüen con precisión el efecto que pudo

producirme. Ya sabéis cómo son las Aes Sedai. —Emitió una risita, y ellas se limitaron a mirarlo. «Quizá no debiera haber dicho eso. ¡Demonios! Ellas quieren convertirse en condenadas Aes Sedai. Cáspita, estoy divagando demasiado. Ojalá Nynaeve dejara de mirarme de ese modo. Abreviaremos»—. La Amyrlin ha dado orden de que no me permitan cruzar ningún puente ni tomar un barco hasta que disponga lo contrario. ¿Lo veis? No es que no quiera ayudaros. Simplemente no puedo.

—¿Pero lo harás si nosotras te proporcionamos los medios para salir de Tar Valon? —preguntó Nynaeve.

—Si vosotras me sacáis de Tar Valon, estoy dispuesto a llevar a Elayne a cuestas hasta el palacio de su madre.

En aquella ocasión fue Elayne quien arqueó las cejas, y Egwene sacudió la cabeza, pronunciando su nombre con acerada mirada. A veces las mujeres no tenían ningún sentido del humor.

Nynaeve hizo señas a sus compañeras para que la siguieran hasta la ventana y, una vez allí, le dieron la espalda y se pusieron a hablar en voz tan baja que él apenas percibió un murmullo. Le pareció oír que Egwene decía algo así como que sólo necesitaban uno si permanecían juntas. Se quedó observándolas, preguntándose si verdaderamente creían posible eludir una orden de la Amyrlin. «Si pueden hacerlo, les llevaré su maldita carta. Entre los dientes si hace falta.»

Sin casi darse cuenta, tomó el corazón de una manzana y se lo llevó a la boca. Después de masticarlo, escupió apresuradamente las amargas semillas en el plato.

De regreso junto a la mesa, Egwene le entregó un grueso papel doblado. Las miró con suspicacia antes de abrirlo y, al leerlo, comenzó a canturrear involuntariamente para sí.

> «Lo que hace el portador de este documento lo hace bajo mis órdenes y mi autoridad. Obedeced y guardad silencio, siguiendo mi mandato.
>
> Siuan Sanche, Vigilante de los Sellos,
> Llama de Tar Valon, La Sede Amyrlin.»

Y al final de la página estaba estampado el sello con la Llama de Tar Valon en un círculo de blanca cera dura como una piedra.

Advirtió que estaba tarareando *Un cubo lleno de oro* y paró.

—¿Es auténtico? ¿No habréis…? ¿De dónde lo habéis sacado?

—No lo ha falsificado, si es eso a lo que te refieres —respondió Elayne.

—No te incumbe la manera como lo hemos conseguido —afirmó Nynaeve—. Es auténtico, y eso es lo único que debe importarte. Yo que tú no iría enseñándolo por ahí porque, si no, la Amyrlin volvería a quitártelo, pero con él los guardias te permitirán salir y podrás subir a un barco. Has asegurado que llevarías la carta si

solucionábamos ese obstáculo.

—A partir de este momento podéis considerarla en manos de Morgase. —Reprimiendo las ganas de releer una y otra vez lo escrito en el papel, volvió a doblarlo y lo dejó encima de la misiva de Elayne—. ¿No tendríais por casualidad algunas monedas que agregar a esto? ¿Un poco de plata? ¿Un par de marcos de oro? Tengo casi lo suficiente para pagar el pasaje, pero he oído que la vida está cada vez más cara en el sur.

—¿Así que no tienes dinero? —se extrañó Nynaeve—. Si estuviste jugando con Hurin casi todas las noches hasta que tu estado no te permitió ni sostener los dados… ¿Por qué habría de ser más cara la vida en el sur?

—Sólo nos jugábamos monedas de cobre, Nynaeve, y al cabo de un tiempo ni siquiera se avino a eso. Da igual. Me las arreglaré. ¿No escucháis lo que cuenta la gente? Hay guerra civil en Cairhien, y tengo entendido que en Tear la situación no es mucho mejor. Me han dicho que en Aringill cuesta tanto una habitación en una posada como un buen caballo en Dos Ríos.

—Hemos estado ocupadas —observó tajantemente Nynaeve. Luego cambió preocupadas miradas con Egwene y Elayne que volvieron a suscitar la curiosidad de Mat.

—No importa. Ya me las ingeniaré.

En las posadas próximas al puerto debía de haber juegos de apuestas. Le bastaría una noche con los dados para embarcar por la mañana con la bolsa repleta.

—Lo único que has de hacer es entregar esa carta a la reina Morgase, Mat —indicó Nynaeve—. Y no permitir que nadie se entere de su existencia.

—Se la llevaré. He dicho que lo haría, ¿no es cierto? Cualquiera diría que no cumplo las promesas. —Las miradas que le asestaron Nynaeve y Egwene le hicieron recordar algunas promesas incumplidas—. Lo haré, rayos, ¡lo haré!

Las muchachas se quedaron un rato más, durante el cual la conversación giró casi todo el tiempo en torno a su pueblo. Egwene y Elayne se sentaron en la cama y Nynaeve se instaló en el sillón, en tanto que él seguía sentado en el taburete. La mención del Campo de Emond despertó en él añoranza y pareció entristecer a Nynaeve y Egwene, como si hablaran de algo que nunca volverían a ver. Advirtió que se les habían humedecido los ojos, pero, cuando trataba de cambiar de tema, ellas volvían a sacarlo a colación, a rememorar a las personas conocidas, las festividades de Bel Tine y el Día Solar, las danzas de las cosechas y las comidas colectivas realizadas con ocasión del esquileo.

Elayne le habló de Caemlyn, de lo que encontraría en el palacio real y a quién debía dirigirse allí, y un poco de la ciudad. En ocasiones adoptaba un porte tan majestuoso que poco le faltaba para advertir una corona en su cabeza. Sería un insensato el hombre que se dejara seducir por una mujer como ella. Cuando se

levantaron para irse, le apenó separarse de ellas. Se puso en pie, aquejado de una súbita sensación de torpeza.

—Mirad, me habéis hecho un favor con esto. —Tocó el papel de la Amyrlin, que reposaba en la mesa—. Un gran favor. Sé que las tres seréis Aes Sedai —se atragantó un poco al decirlo— y que tú, Elayne, serás un día reina, pero, si alguna vez necesitáis ayuda, si hay algo que pueda hacer por vosotras, acudiré. Podéis contar con ello. ¿He dicho algo gracioso?

Elayne se tapaba la boca con la mano, y Egwene reprimía una carcajada.

—No, Mat —respondió Nynaeve con calma, si bien con labios excesivamente curvados—. Sólo algo que había observado acerca de los hombres.

—Tendrías que ser mujer para entenderlo —aseveró Elayne.

—Que tengas buen viaje, Mat —le deseó Egwene—. Y recuerda: si una mujer necesita un héroe, lo necesita hoy y no mañana. —La risa contenida brotó por fin de sus labios.

Mientras miraba la puerta que se cerraba tras ellas, Mat resolvió, por centésima vez al menos, que las mujeres eran decididamente raras.

Después posó la vista en la carta de Elayne y en el papel plegado que había encima. El bendito papel de la Amyrlin que, a pesar de no comprender de dónde había surgido, agradecía como un buen fuego en invierno. Hizo unas cabriolas sobre la alfombra. Vería Caemlyn y conocería a una reina. «Vuestras propias palabras me librarán de vos, Amyrlin. Y también me alejarán de Selene.»

—Nunca me atraparéis —dijo riendo, refiriéndose a las dos—. Nunca atraparéis a Mat Cauthon.

29



Una trampa que activar

El asador estaba parado en una esquina. Nynaeve se enjugó el sudor de la frente, mirándolo con furia, y se encorvó para realizar el trabajo que éste debiera haber hecho. «¡Serían capaces de empujarme encima de esa rueda de mimbre en lugar de ponerme a hacer girar esta condenada manivela! ¡Aes Sedai! ¡La Luz las confunda a todas!» El hecho de que utilizara tal lenguaje era indicativo del grado de su enojo, como también lo era el detalle de que ni siquiera fuera consciente de ello. No creía que notara más el calor del fuego que ardía en la gran chimenea de piedra gris si se arrojaba a ella. Estaba convencida de que el coloreado asador le sonreía con sorna.

Elayne espumaba la grasa que goteaba en la bandeja de abajo con una larga cuchara de madera, en tanto Egwene empleaba otra igual para rociar la carne. En la gran cocina se desarrollaba la rutinaria actividad previa a la comida de mediodía, sin que nadie reparara en ellas. Incluso las novicias se habían acostumbrado tanto a ver Aceptadas allí que apenas les dedicaban una mirada, y por otra parte las cocineras tampoco les permitían holgazanear ni distraer la atención de sus tareas. El trabajo formaba el carácter, sostenían las Aes Sedai, y las cocineras velaban por el fortalecimiento del carácter de las novicias. Y también de las tres Aceptadas.

Laras, la Maestra de las Cocinas —en realidad era la encargada de las cocinas, pero eran tantas las personas que le daban ese tratamiento que éste se había convertido casi en una especie de título—, se acercó a ellas para examinar los asados… y a las mujeres que sudaban inclinadas sobre ellos. Era una mujer de corpulencia desmedida, con doble papada, la tela de cuyo inmaculado delantal habría bastado para confeccionar tres vestidos de novicia, que asía su propia cuchara de largo mango como si de un cetro se tratara. Su función no era agitar los guisos, sino dirigir a sus subordinadas y golpear a aquellas que no desarrollaban fuerza de carácter con la rapidez suficiente para satisfacerla. Observó la carne, resopló con desprecio y volvió su ceñudo rostro hacia las tres Aceptadas.

Nynaeve sostuvo la mirada de Laras y siguió haciendo girar el asador. La fornida

mujer no mudó en nada la expresión. Nynaeve había intentado sonreír, pero tampoco había logrado alterar con ello el adusto semblante de Laras. Parar de trabajar para hablar educadamente con ella habría sido un desastre. Estaba harta de aguantar las órdenes y la altanería de las Aes Sedai, pero, por más que le escociera, tenía que someterse a ello para aprender a valerse de su habilidad. Aun cuando no fuera precisamente satisfacción lo que sentía por lo que era capaz de hacer —una cosa era saber que las Aes Sedai no eran Amigos Siniestros por el mero hecho de encauzar, y otra distinta reconocer que ella misma era capaz de encauzar—, debía aprender si quería pagarle con la misma moneda a Moraine; el odio que sentía por Moraine por haber truncado el curso de sus vidas y haberlos manipulado a todos en aras de los fines de las Aes Sedai era casi lo único que la animaba a perseverar. Pero soportar que la tal Laras la tratara como a una chiquilla holgazana un poco corta de entendederas, tener que ofrecer reverencias y desvivirse por atender los deseos de aquellas mujeres que ella podría haber puesto en su lugar con unas cuantas palabras bien dichas allá en su pueblo…, eso la sacaba tanto de quicio como el recuerdo de Moraine. «Quizá si le rehúyo la mirada… ¡No! ¡Que me aspen si bajo la vista delante de esta…, esta vaca!»

Laras emitió un bufido aún más sonoro antes de alejarse, hollando las grises baldosas recién fregadas. Todavía encorvada con la cuchara y el cuenco para la grasa en las manos, Elayne le dirigió una mirada cargada de rabia.

—Si esa mujer me golpea aunque sólo sea otra vez, haré que Gareth Bryne la arreste y…

—Calla —susurró Egwene, sin parar de rociar la carne—. Tiene un oído tan fino como…

Laras se volvió, aún más ceñuda, como si en efecto la hubiera oído, y abrió la boca. Antes de que brotara algún sonido de ella, la Sede Amyrlin entró como un torbellino en la cocina. Incluso la estola rayada que le cubría los hombros parecía erizarse. Excepcionalmente, Leane no hizo acto de presencia.

«Por fin —pensó Nynaeve con acritud—. ¡Y no llega precisamente antes de tiempo que se diga!»

La Amyrlin no les dedicó, empero, ni una ojeada. No dijo ni una palabra a nadie. Pasó la mano por encima de una mesa blanca de tan refregada y se miró los dedos con una mueca de desagrado, como si se hubiera ensuciado. Al cabo de un instante, Laras se hallaba a su lado, prodigándole sonrisas que la impasible mirada de la Amyrlin la obligó a tragar.

La Amyrlin se puso a recorrer con paso majestuoso la cocina. Miró airadamente a las mujeres que rebanaban las tortas hechas con harina de avena, a las que pelaban verduras, las ollas de sopa y a las encargadas de su vigilancia, las cuales se pusieron a examinar la superficie del líquido contenido en ellas como si en ello les fuera la vida.

Su adusto ceño hizo avivar el paso de las camareras que llevaban platos y tazones al comedor y provocó carreras entrecruzadas de novicias que se comportaban como ratones que hubieran avistado a un gato. Para cuando llevaba recorrida la mitad de la cocina, todo el mundo trabajaba allí a una velocidad de vértigo y, cuando hubo completado su circuito, Laras era la única que se atrevía a mirarla.

La Amyrlin se detuvo delante de los asadores, con los puños apoyados en las caderas, y clavó la mirada en Laras. Simplemente la miró, impasible, con los azules ojos fríos y duros como el hielo.

La gorda encargada tragó saliva y, cuando se alisó el delantal, un temblor le recorrió las mejillas. La Amyrlin ni siquiera pestañeó. Laras bajó la vista y basculó el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Si la madre es tan amable de perdonarme… —dijo con tenue voz.

Tras realizar un torpe movimiento que pretendía ser una reverencia, se alejó, presurosa, tan fuera de sí que fue a reunirse con una de las muchachas que cuidaban de las ollas de sopa y comenzó a removerla con su propia cuchara.

Nynaeve sonrió, manteniendo la cabeza gacha para que nadie lo advirtiera. Egwene y Elayne siguieron trabajando también, pero de tanto en tanto lanzaban una ojeada a la Amyrlin, plantada de espaldas a menos de dos metros de ellas.

La Amyrlin paseaba la mirada por toda la cocina desde allí.

—Si se acobardan por tan poco —murmuró quedamente—, tal vez lleven demasiado tiempo sin recibir ninguna amonestación.

«En verdad le ha bastado poco para intimidarlas —pensó Nynaeve—. Se amilanan por nada. ¡Si sólo las ha mirado!» La Amyrlin miró por encima del hombro cubierto por la estola, y sus miradas se cruzaron por un instante. De improviso Nynaeve advirtió que hacía girar más deprisa el asador y se excusó diciéndose que debía fingir estar tan impresionada como las demás.

La Amyrlin posó la vista en Elayne y de repente se puso a hablar con voz tan alta que casi hizo rebotar los cazos y sartenes de cobre que colgaban de la pared.

—Hay ciertas palabras que no pienso tolerar en boca de una joven, Elayne de la casa Trakand. ¡Si las incorporas a tu vocabulario, yo me encargaré de que te restrieguen la lengua para quitarlas! —Todas las presentes se sobresaltaron.

Elayne parecía confundida, y Egwene, claramente indignada.

Nynaeve sacudió frenéticamente la cabeza con movimiento mesurado. «¡No, muchacha! ¡Manténte callada! ¿No ves lo que está haciendo?»

—Madre, ella no ha… —replicó, no obstante, respetuosa pero resueltamente Egwene.

—¡Silencio! —El bramido de la Amyrlin provocó otro sobresalto masivo—. ¡Laras! ¿Podéis hallar algo para enseñar a estas dos muchachas a hablar cuando y como es debido, Maestra de las Cocinas? ¿Podéis hacerlo?

Laras se acercó con sus pesados andares a una velocidad insólita en ella y agarró de la oreja a Elayne y Egwene sin parar de repetir:

—Sí, madre. De inmediato, madre. Como ordenéis, madre. —Se llevó a toda prisa a las dos jóvenes de la cocina como si estuviera ansiosa por escapar de la imperiosa presencia de la Amyrlin.

La Amyrlin se encontraba ahora a pocos palmos de distancia de Nynaeve, pero todavía tendía la mirada sobre la cocina. Una joven cocinera se volvió con un tazón en la mano y, topando por azar con la mirada de la Amyrlin, dio un agudo chillido y se fue corriendo.

—No era mi intención que Egwene se viera involucrada en esto. —La Amyrlin apenas movía los labios. Daba la impresión de que estuviera murmurando para sí. Sólo por la expresión de su rostro, era fácil deducir que nadie en la cocina tenía ganas de oír lo que decía. Nynaeve captaba a duras penas sus palabras—. Pero quizás eso le enseñará a reflexionar antes de hablar.

Nynaeve siguió haciendo girar el asador con la cabeza gacha, fingiendo murmurar entre dientes por si alguien miraba.

—Pensaba que ibais a manteneros en estrecho contacto con nosotras, madre. Para que pudiéramos informaros de nuestras averiguaciones.

—Si vengo a veros cada día, hija, despertaría sospechas en algunas personas. —La Amyrlin prosiguió con su escrutinio de la cocina. La mayoría de las mujeres rehuían mirar en dirección a donde se hallaba para no incurrir en sus iras—. Había planeado mandaros acudir a mi estudio después de la comida. Para regañaros por vuestra tardanza en elegir los temas de estudio, como así le he dado a entender a Leane. Pero se han producido novedades que exigen omitir toda demora. Sheriam ha encontrado otro Hombre Gris. Una mujer. Muerta como un pez pescado una semana antes, y sin una sola marca en el cuerpo. Estaba tumbada en posición de reposo, precisamente en medio de la cama de Sheriam. Una visión harto desagradable para ella.

Nynaeve se irguió, y el asador se detuvo un momento antes de que volviera a impulsar la manivela.

—Sheriam tuvo oportunidad de ver las listas que Verin entregó a Egwene. Y también Elaida. No estoy formulando acusaciones, pero tuvieron ocasión de hacerlo. Y Egwene dijo que Alanna… se comportó de forma extraña.

—Te lo contó, ¿eh? Alanna es arafelina. En Arafel tienen una noción un tanto exagerada respecto al honor y las deudas. —Se encogió de hombros como restándole importancia y, aun así, agregó—: Supongo que no estará de más controlarla. ¿Habéis averiguado algo de interés, hija?

—Hasta cierto punto —murmuró sombríamente Nynaeve. «¿Y por qué no habla de controlar a Sheriam? Tal vez no se ha limitado a encontrar simplemente al Hombre

Gris. Y, de paso, también podría vigilar a Elaida. De modo que Alanna en realidad…»—. Aunque no comprendo cómo os fiáis de Elsa Grinwell, vuestro mensaje representó una ayuda.

En breves y rápidas frases, Nynaeve refirió los hallazgos efectuados en el almacén, poniendo cuidado en no mencionar para nada a Elayne, y expuso las conclusiones que de ello habían extraído. No habló de la incursión de Egwene en el *Tel'aran'rhiod*, de la que Egwene sostenía que no había sido un sueño sino algo real, ni tampoco del *ter'angreal* que Verin había dado a Egwene. Dados los recelos que conservaba respecto a la mujer que llevaba el chal con las siete rayas y, a decir verdad, por toda mujer en posición de llevar puesto el chal, le pareció mejor mantener la reserva en ciertas cuestiones.

Cuando hubo concluido, la Amyrlin guardó un silencio tan prolongado que Nynaeve comenzó a dudar de si la había escuchado. Estaba a punto de repetirle lo mismo, un poco más alto, cuando la Amyrlin volvió a dirigirle la palabra sin apenas despegar los labios.

—Yo no os hice llegar ningún mensaje, hija. Las cosas que dejaron Liandrin y las demás fueron minuciosamente revisadas y quemadas al no hallar en ellas nada digno de interés. Nadie querría usar algo que ha pertenecido al Ajah Negro. En cuanto a Elsa Grinwell…, recuerdo a esa muchacha. Podría haber aprendido si se hubiera aplicado, pero lo único que le apetecía hacer era sonreír a los hombres que se ejercitaban en el patio de prácticas de los Guardianes. A Elsa Grinwell la mandamos a casa en un barco mercante hace diez días.

Nynaeve intentó tragar saliva para deshacer el nudo que se había formado en su garganta. Las palabras de la Amyrlin le trajeron a la mente los procedimientos utilizados por los grandullones camorristas para provocar a los niños más pequeños. Los bravucones desdeñaban tanto a los pequeños, estaban tan convencidos de su estupidez, que apenas se esforzaban en disimular las trampas que les tendían. La idea de que el Ajah Negro la tuviera por tan poca cosa le hacía hervir la sangre en las venas. El hecho de que hubieran dispuesto aquella trampa tan evidente le helaba las entrañas. «Luz, si Elsa lleva tantos días fuera de aquí… Luz, cualquier persona con la que hablé podría ser Liandrin o cualquier cómplice suya. ¡Luz!»

El asador estaba parado. Se puso a dar vueltas precipitadamente a la manivela, aunque nadie parecía haberse dado cuenta. Todas hacían lo posible por no mirar a la Amyrlin.

—¿Y qué pretendéis hacer respecto a esta… inconfundible celada? —preguntó con suavidad la Amyrlin, todavía dándole la espalda—. ¿Acaso pensáis dejaros engatusar también esta vez?

—Sé que es una celada, madre. —Nynaeve se había sonrojado—. Y la mejor manera de atrapar a quien tiende un lazo es accionarlo y luego esperar a que se

presente. —Después de lo que le había contado la Amyrlin, su voz no tenía igual energía que cuando se lo había dicho a Egwene y Elayne, pero de todos modos expresaba la misma convicción.

—Puede que sí, hija. Tal vez sea la manera de localizarlas. Si no llegan ellas primero y os encuentran atrapadas en su red. —Exhaló un suspiro de exasperación—. Dejaré oro en tu habitación para costear el viaje. Y haré que se propague el rumor de que os he enviado a plantar coles a una granja. ¿Irá Elayne con vosotras?

Nynaeve olvidó por un instante todo fingimiento y se quedó mirando a la Amyrlin. Luego volvió a posar la mirada en sus manos. Tenía los nudillos completamente blancos.

—Vieja intrigante… ¿Por qué andar con tantos rodeos si lo sabíais? Vuestros astutos ardides nos han dado casi tantos quebraderos de cabeza como el Ajah Negro. ¿Por qué? —Al ver que la Amyrlin endurecía la expresión, suavizó el tono—. Si me permitís preguntarlo, madre.

—Ya será bastante complicado hacer que Morgase vuelva a su antiguo cauce, voluntaria o involuntariamente, sin que piense que he enviado a su hija a alta mar en un esquife agujereado. De este modo puedo aducir que yo no he tenido nada que ver en ello. Posiblemente será más difícil para Elayne cuando finalmente haya de rendir cuentas a su madre, pero ahora cuento con tres sabuesos en vez de dos. Ya te dije que dedicaría cien si dispusiera de ellos. —Se ajustó la estola sobre el hombro—. La conversación se ha prolongado bastante. Si permanezco tanto tiempo cerca de ti, podrían reparar en ello. ¿Tienes algo más que notificarme? ¿O preguntarme? Apresúrate, hija.

—¿Qué es *Callandor*, madre? —inquirió Nynaeve.

En aquella ocasión quien perdió el papel fue la Amyrlin, que casi se volvió hacia Nynaeve antes de recuperar bruscamente su posición.

—De ningún modo podemos permitir que llegue a su poder. —Su susurro era apenas audible, como si hablara exclusivamente para sí—. No pueden cogerla, pero… —Respiró hondo y sus quedas palabras recobraron la firmeza suficiente para que las distinguiera Nynaeve, pero no otra persona situada a un metro y medio de distancia—. No llegan a una docena las mujeres de la Torre que saben qué es *Callandor*, y tal vez en el exterior haya otras tantas. Los Grandes Señores de Tear lo saben, pero nunca hablan de ello salvo cuando, con ocasión de su ascenso, deben informar de su existencia a un Señor de la Tierra. La Espada que no Puede Tocarse es un *sa'angreal*, hija. Únicamente se crearon dos más poderosos que ése y, gracias a la Luz, ninguno de ellos fue jamás utilizado. Con *Callandor* en las manos, hija, podrías arrasar una ciudad con un solo mandoble. Si perecéis las tres a costa de lograr que no caiga en manos del Ajah Negro, habréis rendido un servicio al mundo entero, y el precio pagado no habrá sido en vano.

—¿Cómo podrían cogerla? —preguntó Nynaeve—. Creía que sólo el Dragón Renacido podía tocar *Callandor*.

La Amyrlin le dirigió una mirada de soslayo capaz de producir un tajo en la carne que se asaba.

—Es posible que se propongan otra cosa —dijo al cabo de un momento—. Robaron varios *ter'angreal* aquí. En el Corazón de la Ciudadela se guardan casi tantos *ter'angreal* como en la Torre.

—Tenía entendido que los Grandes Señores detestan todo cuanto guarde relación con el Poder Único —susurró Nynaeve, incrédula.

—Oh, así es, hija. Lo detestan y lo temen. Cuando localizan a una muchacha teariana con potencial para encauzar, la cargan como un bulto en un barco con destino a Tar Valon antes de que concluya el día, sin apenas darle tiempo a despedirse de su familia. —El murmullo de la Amyrlin tenía el amargo regusto del recuerdo—. Y, sin embargo, dentro de su preciosa Ciudadela guardan uno de los más poderosos focos de Poder que el mundo haya visto nunca. En mi opinión, ésa es la razón por la que con los años han reunido tantos *ter'angreal* y tantos objetos relacionados por el Poder, como si de ese modo pudieran paliar la carga de la existencia de lo único de que no pueden deshacerse, de aquello que les recuerda su destino cada vez que entran en el Corazón de la Ciudadela. Su fortaleza, que ha contenido a un millar de ejércitos, caerá, y ésa será una de las señales del Renacimiento del Dragón. Ni siquiera será la única, sino simplemente una más. Cómo debe escocerles su orgullo. Su ocaso será meramente un signo entre tantos del cambio en el mundo. No tienen más remedio que ir a la fortaleza y verla, pues es allí donde los Señores de la Tierra son nombrados Grandes Señores, y además deben celebrar lo que denominan el Rito de los Centinelas cuatro veces al año, en una ceremonia en la cual se adjudican la función de proteger al mundo entero del Dragón por el hecho de mantener *Callandor* entre sus paredes. Eso debe roerles las almas como si hubieran tragado pirañas vivas, y les está bien empleado. —Se estremeció, como si advirtiera que había dicho más de lo que se proponía—. ¿Es eso todo, hija?

—Sí, madre —repuso Nynaeve. «Luz, todo remite siempre a Rand. Todo confluye en el Dragón Renacido.» Todavía le costaba pensar en él en aquellos términos—. Es todo.

La Amyrlin volvió a arreglarse la estola, observando ceñuda el frenético ajetreo de la cocina.

—Tendré que compensar el trastorno producido. Necesitaba hablar con vosotras sin demora, pero Laras es una buena mujer, y controla bien la cocina y las despensas.

—Laras es una bola de sebo rancia —bufó Nynaeve, como si hablara a la mano con que impulsaba la manivela—, y recurre con demasiada frecuencia a esa cuchara que lleva. —Creía haberlo murmurado para sus adentros, pero oyó que la Amyrlin

reía entre dientes.

—Tienes buen ojo para percibir el carácter de las personas, hija. Debiste ser una buena Zahorí en tu pueblo. Fue Laras quien acudió al estudio de Sheriam para preguntar cuánto tiempo debéis seguir realizando vosotras el trabajo más sucio y penoso, sin comenzar a mitigar la presión. Manifestó no estar dispuesta a contribuir a socavar la salud o la fortaleza de espíritu de ninguna mujer, pese a las órdenes que yo diera. Eres muy perceptiva, hija.

Laras apareció entonces en el umbral de la cocina, sin acabar de decidirse a entrar en sus propios dominios. La Amyrlin fue a recibirla, tan pródiga en sonrisas como antes lo había sido en fruncimientos de entrecejo y furibundas miradas.

—Me he llevado muy buena impresión, Laras —aseguró en voz alta la Amyrlin para que la oyeran todas las mujeres de la cocina—. No veo nada desordenado y todo funciona a la perfección. Merecéis que os felicite. Creo que haré que el tratamiento de Maestra de las Cocinas se convierta en un título formal.

En el rostro de la corpulenta mujer se sucedieron la inquietud, el estupor y el placer más absoluto. Cuando la Amyrlin se marchó de la cocina, Laras lucía una sonrisa beatífica que se esfumó, no obstante, de sus labios en el instante en que se volvió hacia sus trabajadoras. Todo el mundo volvió a aplicarse con renovada energía a sus quehaceres. Laras posó su feroz mirada en Nynaeve.

Haciendo girar nuevamente el asador, Nynaeve intentó sonreírle.

Laras endureció la expresión y comenzó a golpearse el muslo con la cuchara, olvidando, al parecer, que por una vez le había dado el uso para el que inicialmente servía. El blanco delantal quedó manchado de sopa.

«Le sonreiré aunque reviente», resolvió Nynaeve, aun cuando tuviera que apretar los dientes para conseguirlo.

Egwene y Elayne regresaron con mueca de disgusto, restregándose la boca con las mangas, y, cuando Laras clavó la vista en ellas, corrieron hasta el asador y reanudaron sus respectivas tareas.

—Jabón —murmuró con voz pastosa Elayne—. ¡Sabe horrible!

Egwene temblaba al derramar el jugo sobre la carne.

—Nynaeve, si me dices que la Amyrlin nos ha ordenado quedarnos aquí, me pondré a gritar. Hasta puede que me escape de veras.

—Nos iremos después de fregar los platos —les comunicó—, tan pronto como hayamos recogido el equipaje en las habitaciones. —Lamentó no poder compartir el anhelo que brilló en sus ojos. «Quiera la Luz que no nos dirijamos a una trampa de la que no podamos salir. Quiéralo la Luz.»

30



Tentando la suerte

Después de despedirse de Nynaeve y sus amigas, Mat pasó gran parte del día en su habitación. Salvo el rato que dedicó a dar un breve paseo, el resto del tiempo se le fue en organizar su plan… y en comer. Dio cuenta de todo lo que le sirvieron las criadas y aún pidió más comida, solicitud que ellas complacieron con agrado. Amontonó la fruta, arrugadas manzanas y peras de invierno, los pedazos de queso y las barras de pan en el armario, dejando vacías las bandejas.

Al mediodía hubo de soportar la visita de una Aes Sedai; Anaiya, creía recordar que se llamaba. Le había puesto la mano sobre la cabeza, lo que le había provocado escalofríos. Había llegado a la conclusión de que éstos eran producto del Poder Único y no del mero hecho de que una Aes Sedai lo tocara. Aquella mujer carecía de belleza a pesar de la lisura de sus mejillas y de su serenidad, atributos que compartían todas las Aes Sedai.

—Te veo mucho mejor —comentó, dedicándole una sonrisa que le recordó a su madre—. Por lo demás, estás aún más hambriento de lo que cabía esperar, pero tu mejoría es clara. Me han informado de que pretendes vaciar las despensas de tanto comer. Créeme si te digo que te proporcionaremos todo el alimento que precises. No tienes que preocuparte de que descuidemos ni una sola comida hasta que te hayas recuperado del todo.

Mat le correspondió con la candorosa sonrisa que ofrecía a su madre cuando tenía especial interés en que no descubriera sus mentiras.

—Lo creo. Y, verdaderamente, me encuentro mejor. He pensado ir a ver la ciudad esta tarde. Si no tenéis inconveniente, claro está. Y tal vez visitar una posada esta noche. No hay nada como el ambiente de camaradería de la sala de una posada para levantar el ánimo.

Le pareció que la mujer había estado a punto de ensanchar su sonrisa.

—Nadie tratará de impedírtelo, Mat. Pero no intentes salir de la ciudad. Lo único que conseguirías es molestar a los guardias y, consiguientemente, regresar aquí bajo

escolta.

—De ningún modo haría eso, Aes Sedai. La Sede Amyrlin me dijo que, si me marchaba, me moriría de hambre en cuestión de días.

—Desde luego —aprobó la mujer, como si no creyera ni una palabra de lo que acababa de decir. Al volverse, reparó en la barra que había traído del campo de prácticas y que dejó apoyada en un rincón—. No necesitas protegerte de nosotras, Mat. Aquí te hallas a salvo. Casi más seguro que en cualquier otro lugar.

—Oh, me consta que sí, Aes Sedai. —Una vez solo, miró con cara de disgusto la puerta, preguntándose si había logrado convencerla de algo.

Era ya bien entrada la tarde cuando salió, por lo que confiaba sería la última vez, de la habitación. El cielo se teñía de púrpura, y el sol poniente arrebolaba las nubes en el horizonte. Con la capa puesta y el gran morral de cuero que había encontrado en su anterior correría repleto de pan, queso y fruta, se miró al espejo y comprendió que nadie dejaría de adivinar sus intenciones. Con la manta de la cama formó un hatillo en el que envolvió el resto de su ropa y se lo colgó del hombro. La barra le serviría de bastón para caminar. No olvidaba nada. En los bolsillos de la chaqueta llevaba los objetos de menor volumen y en la bolsa del cinturón guardaba lo más importante: el documento de la Sede Amyrlin, la carta de Elayne y los cubiletes con los dados.

Antes de abandonar el recinto de la Torre, vio a varias Aes Sedai, y algunas de ellas se fijaron en él, aunque la mayoría se limitaron a enarcar una ceja y ninguna le dirigió la palabra. Ése fue el caso de Anaiya, que lo saludó con una alegre sonrisa y sacudió pesarosamente la cabeza. Él le correspondió con un encogimiento de hombros y la sonrisa de disimulo más delatadora que pudo esbozar, y ella siguió caminando en silencio, sin parar de sacudir la cabeza. Los guardias de la Torre sólo lo miraron.

Hasta después de haber cruzado la gran plaza y haberse adentrado en las calles de la ciudad no experimentó, empero, un auténtico respiro de alivio. Y la sensación de triunfo. «Si no puedes ocultar lo que vas a hacer, hazlo de modo que todos piensen que eres un mentecato. Entonces se quedarán tan tranquilos, esperando a ver cómo caes de bruces. Esas Aes Sedai aguardarán a que los guardias me traigan de vuelta. Y, cuando vean que no he regresado por la mañana, iniciarán la búsqueda. Sin apurarse al principio, porque creerán que me he quedado tendido en algún rincón. Para cuando descubran su error, este conejo ya estará río abajo, a muchos kilómetros de los cazadores.»

Con una alegría que no recordaba haber experimentado desde hacía años, se puso a tararear *Volvemos a cruzar la frontera* y se encaminó hacia el puerto, donde levantarían anclas los barcos con destino a Tear y a todos los pueblos de la ribera del Erinin. Él no viajaría hasta tan lejos, por supuesto. Tomaría tierra en Aringill, aproximadamente a mitad de camino, y desde allí continuaría hacia Caemlyn.

«Entregaré tu condenada carta. La osadía que tiene esa Elayne, pensando primero que lo haría, y después no. Entregaré ese maldito papel aunque tenga que perecer en el intento.»

El crepúsculo extendía su manto sobre Tar Valon, pero aún quedaba luz suficiente para realzar la gracia de los fantásticos edificios y las torres de insólitos contornos conectadas por elevados puentes suspendidos en el aire a más de cien metros del suelo. Las calles todavía rebosaban de gente, vestida con tal variedad de atuendos que pensó que no debía haber nación que no estuviera representada en esa multitud. En las grandes avenidas, los faroleros se encaramaban a sus escaleras para encender las farolas con ayuda de largas pértigas. Pero, en la zona adonde él se dirigía, la única iluminación procedía de las ventanas.

Los Ogier habían erigido los grandes edificios y torres de Tar Valon, mientras que los barrios nuevos, que en algunos casos contaban con una antigüedad de dos siglos, eran obra de la mano de los hombres. En las proximidades del Puerto del Sur, los hombres habían tratado de emular, cuando no superar, la magnificencia del trabajo de los Ogier. Las posadas donde se divertían las tripulaciones de los barcos tenían fachadas tan recargadas como los palacios. Estatuas en hornacinas y cúpulas en los tejados, cornisas y frisos suntuosamente decorados adornaban por igual las cererías y las moradas de los mercaderes. Allí los puentes también formaban arcos entre las calles, pero el pavimento era de adoquines y no de grandes bloques, y muchos de los puentes eran de madera en lugar de piedra y nunca comunicaban las casas a una altura superior a la del cuarto piso.

Las oscuras callejas vibraban con igual trajín que cualquiera de las de la ciudad. Los patrones de los bajeles y los comerciantes que les compraban las mercancías, la gente que viajaba por el Erinin y la que vivía del tráfico desarrollado en él, todos llenaban las tabernas y las salas de las posadas, en compañía de aquellos que pretendían hacerse con el dinero que llevaban, ya fuera por medios legales o ilícitos. Hasta las calles llegaban estridentes músicas de vihuelas y flautas, arpas y dulcimeres. En la primera posada en la que entró Mat había tres círculos de jugadores de dados que, agazapados cerca de las paredes de la sala, cantaban las pérdidas y las ganancias.

Su intención era jugar alrededor de una hora antes de embarcar, justo el tiempo para agregar unas cuantas monedas a su bolsa, pero ganó. Siempre había sido bastante afortunado, hasta donde le alcanzaba la memoria, y había habido ocasiones con Hurin, en Shienar, en que había arrojado seis veces seguidas los dados y obtenido la victoria. Esa noche, todas y cada una de las tiradas lo favorecieron.

Las miradas que le asestaron algunos hombres le hicieron congratularse de no haber sacado sus propios dados de la bolsa, y también lo decidieron a marcharse. Advirtió con sorpresa que ahora tenía casi treinta marcos de plata, pero no había

arrebatado una suma lo bastante elevada a cada uno de sus compañeros de juego como para que no se alegraran de su partida.

La excepción fue un moreno marinero de pelo rizado de quien alguien había asegurado que era un Marino —aun cuando a Mat le parecía raro que un Atha'an Miere se hallara en tierras tan alejadas del mar—, que lo siguió por la oscura calle, exigiéndole una oportunidad para recuperar lo perdido. Considerando que treinta marcos de plata era una cantidad suficiente, quiso dirigirse a los muelles, pero el marinero seguía insistiendo y, como no había transcurrido más que la mitad de la hora que se había fijado como margen, acabó por ceder a su petición y entró con él en la siguiente taberna que encontraron.

Y volvió a ganar, y fue como si una fiebre se apoderara de él. Todos los dados arrojados se inclinaron a su favor. Fue de taberna en posada y de posada en taberna, permaneciendo un prudente período de tiempo en ellas para no suscitar las iras de nadie por el monto de sus ganancias. Y seguía ganando constantemente. Cambió plata por oro a un cambista. Jugó a coronas, cincos y la ruina de la doncella. Jugó partidas con cinco dados, con cuatro, con tres e incluso con sólo dos. Jugó a juegos que desconocía hasta integrarse en el círculo o tomar asiento a la mesa. Y ganó. En un momento impreciso de la noche, el moreno marinero —Raab, había dicho que se llamaba— se marchó tambaleante, exhausto pero con la bolsa llena; había decidido apostar por Mat. Mat visitó a otro cambista —o tal vez a dos; la fiebre parecía enturbiarle el cerebro tanto como lo estaban los recuerdos del pasado— y fue a buscar otra mesa de juego. Y ganó.

Y de ese modo acabó hallándose, no sabía cuántas horas después, en una taberna llena de humo de tabaco —El Empalme de Tremalking, creía que se llamaba— contemplando cinco dados que mostraban todos, boca arriba, una corona. La mayoría de los clientes del local parecían más interesados en beber hasta la saciedad, pero el repiqueteo de los dados y los gritos de los jugadores de un corro instalado en otro rincón quedaban casi ahogados por una mujer que cantaba una rápida melodía acompañada de un dulcimer:

Bailaré con una chica de ojos castaños,
o con una de ojos verdes,
bailaré con una chica; da igual el color de sus ojos,
pero los tuyos son los más hermosos que he visto.
Besaré a una chica de pelo moreno,
o a una de cabellos dorados,
besaré a una chica; da igual el color de su pelo,
pero tú eres a quien ansío abrazar.

La cantante había presentado la canción con el título de *Lo que él me dijo*. Mat

recordaba la misma melodía, con el título *¿Bailarás conmigo?* y con una letra distinta, pero en ese momento toda su atención se centraba en los dados.

—El rey de nuevo —murmuró uno de los hombres sentados en cuclillas junto a Mat la quinta vez que éste sacó el rey.

Había ganado la apuesta de un marco de oro, sin prestarle importancia a aquellas alturas al hecho de que su marco andoriano superara en peso a la moneda illiana de su contrincante, y, no obstante, recogió los dados, los puso en el cubilete de madera, lo agitó con fuerza y volvió a arrojarlos al suelo. Cinco coronas. «Luz, no es posible. Nadie ha obtenido jamás seis reyes seguidos. Nadie.»

—La suerte del mismísimo Oscuro —gruñó un fornido individuo de pelo oscuro atado en la nuca con una cinta negra, anchos hombros, cicatrices en la cara y una nariz que, con toda seguridad, se había roto varias veces.

Mat apenas tuvo conciencia de haberse movido hasta que lo hubo agarrado del cuello y, levantándolo a peso, lo aplastó contra la pared.

—¡No digáis eso! —espetó con furia—. ¡No se os ocurra decirlo más! —El hombre, un palmo más alto que él, se quedó mirándolo con estupor.

—Sólo era un decir —murmuró alguien tras él—. Luz, una manera como otra de hablar.

Mat soltó la chaqueta del tipo de la cicatriz y retrocedió.

—No…, no me gusta que nadie diga cosas como ésta de mí. ¡No soy un Amigo Siniestro! —«Diantre, no es la suerte del Oscuro. ¡No es eso! Oh, Luz, ¿me ha dejado realmente secuelas esa maldita daga?»

—Nadie ha dicho que lo fueras —murmuró el hombre de nariz torcida, que parecía recobrarse de la sorpresa y debatirse entre la calma y el enojo.

Tras recoger sus pertenencias del montón donde las había apilado, Mat salió de la taberna, dejando las monedas en el suelo. No era el miedo a aquel corpulento individuo lo que lo impulsó a hacerlo. Se había olvidado de él, y también del dinero. Lo único que deseaba era estar afuera, respirar aire fresco y pensar.

Ya en la calle, se apoyó en la pared de la taberna a corta distancia de la puerta, aspirando con fruición. Las lóbregas calles del Puerto del Sur estaban solitarias ahora. En las posadas y tabernas aún sonaban música y carcajadas, pero pocas personas transitaban en la oscuridad. Tomando la barra con las dos manos, bajó la cabeza y trató de pensar en aquella inexplicable situación enfocándola desde todos los ángulos posibles.

Sabía que era afortunado. Lo había sido siempre hasta donde alcanzaba su memoria. Pero, paradójicamente, los recuerdos que conservaba de su vida en el Campo de Emond no se correspondían con la suerte constante de que había disfrutado desde que había abandonado el pueblo. Si bien era cierto que las más de las veces se salía con la suya, también recordaba que en más de una ocasión lo habían sorprendido

haciendo travesuras que estaba seguro que nadie iba a descubrir. Su madre siempre parecía saber qué estaba tramando, y Nynaeve desbarataba todos los embustes que él ideaba. Pero, hasta que se marchó de Dos Ríos, no fue especialmente afortunado. La suerte lo había acompañado desde que cogió aquella daga en Shadar Logoth. Recordaba haber jugado a los dados en el pueblo con un delgado individuo de astuta mirada que trabajaba para un mercader que venía de Baerlon a comprar tabaco, y aún no había olvidado los azotes que le había propinado su padre al enterarse de que Mat le debía un marco de plata y cuatro centavos.

—Pero ya me he librado de esa condenada daga —murmuró—. Así lo han asegurado esas malditas Aes Sedai. —Se preguntó cuánto habría ganado esa noche.

Escarbó en los bolsillos de la chaqueta y los halló llenos de monedas, coronas y marcos, de oro y plata, que relucieron reflejando la luz de las ventanas de los contornos. Ahora tenía, por lo visto, dos bolsas, y bien abultadas. Aflojó los cordeles y encontró más oro. Y también era oro lo que abarrotaba la bolsa del cinturón entre los cubiletes, arrugando con su presión el papel de la carta de Elayne y el documento de la Amyrlin. Recordó vagamente haber lanzado centavos de plata a las camareras por sus encantadoras sonrisas o por sus bonitos ojos o sus bien torneados tobillos, y porque no valía la pena quedarse con centavos de plata.

«¿Que no valía la pena? Puede que sí. ¡Luz, soy rico! ¡Soy inmensamente rico! Quizá sea algo que me hicieron las Aes Sedai, algo que hicieron al curarme. Accidentalmente, tal vez. Podría ser eso. Es preferible a lo de la daga. Esas malditas Aes Sedai deben de ser las causantes.»

De la taberna salió un hercúleo individuo cuyo rostro no alcanzó a iluminar la luz del interior por la rapidez con que se cerró la puerta.

Mat se pegó a la pared, guardó las bolsas bajo la chaqueta y apretó con fuerza el bastón. Fuera cual fuese el origen de la suerte que lo había apoyado esa noche, no estaba dispuesto a dejar que un ladrón se quedara con su oro. El hombre se giró hacia él, entornó los ojos y dio un respingo.

—Una f… ffresca noche —dijo con voz de borracho. Se acercó con paso inseguro, y Mat vio que su corpulencia era más sebo que músculo—. Tengo que… Tengo que… —Tambaleante, el ebrio y gordo desconocido se fue por la calle, hablando confusamente para sí.

—¡Idiota! —murmuró Mat, sin saber si el insulto iba dirigido al borracho o a sí mismo—. Ya es hora de buscar un barco que me lleve lejos de aquí. —Escrutó el negro cielo, tratando de calcular cuánto faltaba para el alba. Dos o tres horas, concluyó—. Hora sobrada. —Le gruñeron las tripas; recordaba vagamente haber comido en una de las posadas, pero no sabía qué. La fiebre del juego tenía acaparada toda su atención. Introdujo la mano en el morral y sólo encontró migajas—. No hay tiempo que perder, o una de esas Aes Sedai vendrá a recogerme y me llevará dentro

de uno de sus bolsillos. —Se apartó de la pared y se encaminó hacia los muelles donde estarían atracadas las embarcaciones.

Al principio pensó que los quedos sonidos que oía tras él eran el eco del roce de sus botas sobre los adoquines. Después advirtió que alguien lo seguía con sigilo. «Bien, éstos sí son ladrones.»

Levantó la barra y por un instante se planteó salirles al paso. Pero estaba oscuro, el ruido de los pasos apenas era perceptible, y no tenía idea de cuántos eran. «El simple hecho de haber derrotado a Gawyn y Galad no te convierte en un héroe de aventuras.»

Se desvió por una estrecha callejuela, tratando de caminar de puntillas y moverse velozmente al mismo tiempo. Las ventanas, en su mayoría cerradas con postigo, no proyectaban ninguna luz allí. Se encontraba casi en el otro extremo cuando vio a dos hombres que se asomaban por la esquina. Y tras él oyó espaciados pasos, el apagado martilleo de las suelas de cuero sobre la piedra.

En un instante se ocultó en el sombrío rincón formado por un edificio que sobresalía más de la fachada que el contiguo. Por el momento, le pareció la opción más adecuada. Aguardó, apretando con nerviosismo el palo.

De la calle por donde caminaba antes apareció un hombre, caminando a paso lento, encorvado, y luego lo siguió otro. Los dos empuñaban un cuchillo y se movían como si acecharan a alguien.

Mat tensó el cuerpo. Si se aproximaban un poco más sin descubrirlo escondido en la oscuridad más profunda del rincón, podía tomarlos por sorpresa. El corazón le latía desbocadamente. Aunque eran mucho más cortos que las espadas de práctica, aquellos cuchillos eran de acero y no de madera.

Uno de sus perseguidores escrutó el otro extremo de la estrecha calleja y de repente se enderezó y gritó:

—¿No se ha ido por aquí?

—Yo no he visto más que sombras —respondió el otro con marcado acento extranjero—. Mejor será dejarlo. Ocurren cosas extrañas esta noche.

A menos de cuatro metros de Mat, los hombres cruzaron la mirada, enfundaron los cuchillos y se fueron por donde habían venido.

Exhaló lentamente el aliento contenido. «Otro golpe de suerte. Que me aspen si no lo agradezco tanto como en el juego.»

Ya no veía a los hombres en la bocacalle, pero sabía que aún estarían en algún punto cercano. Y por el otro lado estaban los salteadores que se acababan de marchar.

Uno de los edificios junto a los que se ocultaba era sólo de una planta y el tejado no parecía muy inclinado. Y en el punto de unión de ambas casas había un ribete de piedra blanca esculpida con grandes hojas de parra.

Lanzó el bastón al tejado y éste chocó con estrépito contra las tejas. Sin esperar

para comprobar si alguien lo había oído, trepó sin dificultad por la moldura, ayudándose en los resquicios que dejaban las hojas, y a los pocos segundos ya volvía a tener la barra en la mano y corría por el tejado, confiando a la suerte el buen afianzamiento de sus pies.

Volvió a subir en tres ocasiones, elevándose un piso cada vez. Los tejados se prolongaban con escasa pendiente, ahora sin altibajos, y la brisa que soplaba allá arriba erizándole el vello de la nuca con su frescor le hizo pensar que lo seguían. «¡Déjate ya de idioteces! Están tres calles más allá, buscando a otra persona con la bolsa cargada, y seguramente no les saldrá bien.»

Las botas le resbalaron en las tejas y decidió que no sería mala idea volver a bajar a terreno firme. Con cautela, se acercó al alero y se asomó. A unos doce metros había una solitaria calle con tres tabernas y una posada cuya luz iluminaba los adoquines. Pero no lejos, a su derecha, un puente de piedra comunicaba el piso superior del edificio sobre el que se hallaba con el del otro lado.

El puente, sumido en la más completa oscuridad a una altura casi de vértigo, parecía terriblemente estrecho, pero él arrojó el bastón abajo y siguió tras él sin concederse tiempo para vacilar. Sus botas chocaron en el puente, y él amortiguó la caída con una voltereta tal como lo hacía de niño al tirarse de un árbol. Se agarró a la barandilla, que debía de llegarle a la altura de la cintura.

—Las malas costumbres sirven de algo a la larga —se felicitó mientras se ponía de pie y recogía la barra.

La ventana a la que daba el puente estaba cerrada con postigos, y era de temer que quien viviera allí no se alegraría precisamente de ver aparecer un forastero en plena noche. Percibía una gran profusión de esculturas y adornos en la fachada, pero, si había algún asidero al que pudiera aferrarse desde el puente, la oscuridad lo volvía invisible. «Bueno, forastero o no, allá voy.»

Se volvió y súbitamente advirtió que había otro hombre en el puente. Un hombre que empuñaba una daga.

Mat agarró la mano que descargaba el arma contra su garganta. A duras penas le había sujetado la muñeca con los dedos cuando el bastón que mediaba entre ellos se le enredó entre las piernas. Dio un traspié y cayó de espaldas contra la barandilla, arrastrando a su atacante. Apoyado con precario equilibrio, con la mitad del cuerpo afuera y la cara del hombre pegada a la suya, repartió su atención entre el peligroso trecho que lo separaba del suelo y la acerada hoja en que se reflejaba tenuemente la luz de la luna mientras se acercaba lentamente a su garganta. Los dedos le resbalaban en la muñeca de su agresor y la otra mano le había quedado atrapada en el bastón oprimido entre sus cuerpos. Habían transcurrido sólo unos segundos desde que había visto por primera vez a ese individuo y, también en cuestión de segundos, iba a morir con un cuchillo clavado en el cuello.

—Ha llegado el momento de lanzar los dados —dijo.

El hombre tuvo un instante de confusión, que Mat aprovechó para impulsarse con las piernas y saltar al vacío, arrastrando con él a su atacante.

Durante un interminable momento le pareció que era tan liviano como una pluma. El aire zumbaba en sus oídos y le alborotaba el cabello. Creyó oír gritar a su atacante. El impacto lo dejó sin resuello y salpicó de motas plateadas su enturbiada visión.

Cuando recobró el aliento y la noción de su entorno advirtió que yacía encima del hombre que lo había agredido, cuyo cuerpo había amortiguado su caída.

—Suerte —susurró. Se levantó despacio, maldiciendo la magulladura que le había producido en las costillas la barra.

Como era previsible después de caer contra los adoquines desde una altura de ocho metros y con el peso de otra persona encima, el desconocido estaba muerto, pero lo que Mat no esperaba ver era que tuviera la daga clavada hasta la empuñadura en el corazón. Era sorprendente que un hombre de aspecto tan anodino, en el que no se habría fijado en otras circunstancias, hubiera intentado matarlo.

—Has tenido mala suerte, amigo —dijo, estremeciéndose, al cadáver.

De improviso, volvió a repasar mentalmente todo lo ocurrido. Los pasos escuchados en la sinuosa calle. La huida por los tejados. Aquel hombre. La caída. Alzó los ojos hacia el puente y le sobrevino un violento temblor. «Debo de estar loco. Un poco de aventura no viene mal, pero ni el mismo Rogosh Ojo de Águila se hubiera prestado voluntariamente a esto.»

Cayó en la cuenta de que estaba parado junto a un cadáver con una daga en el pecho, exponiéndose a que alguien pasara y fuera a avisar a los guardias, que lucían la enseña de la Llama de Tar Valon en sus uniformes. Cabía la posibilidad de que con el documento de la Amyrlin lograra zafarse de ellos, pero no era seguro que ella no lo averiguara antes. Aún podía acabar recluido en la Torre Blanca, sin ese papel, y probablemente circunscrito al estricto recinto de la Torre.

Era consciente de que debía dirigirse sin tardanza a los muelles y subir a la primera embarcación que encontrara aunque fuera una carraca llena de pescado podrido, pero las piernas le temblaban hasta el punto de impedirle andar. Le convenía sentarse un momento. Sólo un minuto para recuperarse, y luego se encaminaría a los embarcaderos.

Pese a que las tabernas se hallaban más cerca, fue a la posada. La sala principal de una posada era un lugar acogedor donde uno podía descansar un minuto sin preocuparse de que alguien lo sorprendiera por la espalda. La luz que se filtraba por la ventana iluminaba un letrero que representaba a una mujer con trenzas que llevaba en la mano algo parecido a una rama de olivo bajo el rótulo «La mujer de Tanchico».

31



La mujer de Tanchico

La sala principal de la posada, intensamente iluminada, tenía más de la mitad de las mesas desocupadas a esa hora. Unas cuantas camareras con delantales blancos pasaban entre ellas con jarras de vino o cerveza, y, entremezclado con el tañido de un arpa, se escuchaba un quedo murmullo de gente conversando. Los clientes, algunos de los cuales fumaban en pipa y un par de ellos inclinaban las espaldas sobre un tablero de damas, ofrecían apariencia de oficiales de barco y mercaderes de segunda categoría, con sus chaquetas de buen corte y fina lana, pero sin los bordados en oro y plata que los distinguían de los señores verdaderamente ricos. Y, por una vez, allí no sonaba ningún repiqueteo de dados. En las chimeneas de ambos extremos de la habitación ardía fuego, pero la calidez que reinaba en aquel lugar no emanaba únicamente de ellos.

El arpista recitaba encima de una mesa *Mara y los tres reyes traviesos* acompañándose con su instrumento, que, adornado con incrustaciones de plata y oro, no habría desentonado en nada en un palacio. Mat conocía a aquel hombre. Le había salvado la vida una vez.

Sus encorvados hombros no hacían honor a su estatura y cuando movía los pies sobre la mesa se percibía que era cojo. Aun allí adentro, llevaba puesta la capa, cubierta de ondulantes parches de cien colores distintos, fiel a su costumbre de propagar a los cuatro vientos su condición de juglar. Sus largos bigotes y pobladas cejas eran tan blancos como la espesa mata de pelo de su cabeza, y Mat advirtió, con sorpresa, que sus azules ojos tenían un aire apenado. Él jamás habría considerado un hombre melancólico a Thom Merrilin.

Se instaló en una mesa, dejó sus fardos en el suelo junto a su taburete y pidió dos jarras de vino. La guapa camarera de ojos castaños lo miró con asombro.

—¿Dos, joven señor? No parecéis un bebedor tan empedernido —comentó maliciosamente.

Tras escarbar un poco, sacó dos centavos de plata del bolsillo. Con uno habría bastado para pagar el vino, pero el otro se lo dio simplemente porque tenía unos ojos preciosos.

—Vendrá a reunirse un amigo conmigo.

Sabía que Thom lo había visto. El viejo juglar casi había parado en seco de recitar cuando había entrado, lo cual constituía también una novedad. Eran pocas las cosas capaces de inmutar a Thom y, por lo que él recordaba, nada menos asombroso que la irrupción de unos trollocs le habría hecho interrumpir un relato. Cuando la muchacha le llevó el vino y el cambio, se puso a escuchar el final de la historia sin prestar atención alguna a las jarras de peltre que había traído.

—«Sucedió tal como habíamos dicho nosotros», dijo el rey Madel, tratando de quitarse el pez que se le había enredado en la barba. —La voz de Thom Merrilin parecía resonar en una estancia palaciega y no en una simple posada. Sus dedos pulsaron los acordes del tema de la última prueba de la necedad de los tres monarcas —. «Sucedió tal como habíamos dicho nosotros», declaró Orander. Y, resbalándole los pies en el barro, cayó sentado salpicando en derredor. «Sucedió tal como habíamos dicho nosotros», proclamó Kadar al tiempo que buscaba, con los brazos hundidos hasta los codos en el río, su corona. «La mujer no sabe de qué habla. ¡Es una insensata!» Madel y Orander mostraron con grandes aspavientos su acuerdo. Aquello colmó la paciencia de Mara. «Les he dado más oportunidades de las que merecían», murmuró para sí. Entonces guardó en su bolsa la corona de Kadar junto con las otras dos, subió al carro, arreó a la yegua y se fue a su pueblo. Y, cuando Mara les hubo contado lo ocurrido, la gente de Heape no quiso tener ningún rey.

Volvió a tocar el tema principal de la historia, llevándolo hasta un crescendo que sonó como una carcajada, efectuó una ampulosa reverencia y casi cayó de la mesa. Los hombres rieron y aplaudieron con alborozo, pese a que sin duda todos habían escuchado más de una vez aquel relato, y solicitaron otra narración. La historia de Mara agradaba a todo el mundo, salvo quizás a los monarcas.

Thom estuvo a punto de caer otra vez al bajar de la mesa y luego se encaminó a la de Mat con paso más inseguro del que cabía esperar de su cojera. Tras dejar despreocupadamente el arpa sobre la mesa, se derrumbó en un taburete delante de una de las jarras y dedicó una inexpresiva mirada a Mat. Siempre había tenido la mirada tan acerada como una lechuza, pero ahora parecía desenfocada.

—El vulgo —murmuró, con voz aún profunda pero que ya no parecía resonar—. La narración suena cien veces mejor en Cántico Llano, y mil veces mejor en Alto, pero ellos quieren la tonalidad pedestre. —Sin añadir nada más, hundió el rostro en la jarra.

Mat no recordaba ni una ocasión en que Thom hubiera acabado de tocar el arpa sin guardarla de inmediato en su estuche de cuero. Tampoco lo había visto ansioso

por beber. Fue un alivio escuchar que el juglar se quejaba de su público; nunca consideraba que estuviera a su misma altura. Al menos en eso no había cambiado.

La camarera volvió, esta vez sin pestañear.

—Oh, Thom —se lamentó en voz baja. Luego se encaró a Mat—. De haber sabido que él era el amigo que esperabais, no os habría traído vino para él ni aunque me hubierais dado cien centavos de plata.

—No sabía que estaba borracho —adujo Mat.

—Thom —dijo con voz suave la muchacha—, necesitáis descansar. Si los dejáis, os van a tener contando historias día y noche.

Al otro lado de Thom apareció una mujer que estaba quitándose el delantal. Era algo mayor que la primera, pero no menos hermosa. Podrían haber sido hermanas.

—Siempre me ha parecido un relato encantador, Thom, y vos lo narráis en toda su belleza. Venid, os he calentado la cama, y allí podréis contarme todo aquello de la corte de Caemlyn.

Thom observó la jarra como si le sorprendiera verla vacía y a continuación se atusó los largos bigotes y miró alternativamente a las camareras.

—Hermosa Mada, hermosa Saal, ¿os he dicho alguna vez que dos hermosas mujeres me han amado en la vida? Es más de lo que pueden contar la mayoría.

—Nos habéis hablado de ello, Thom —respondió con tristeza la mayor, mientras la otra miraba fieramente a Mat como si él fuera el culpable de todo.

—Dos —murmuró Thom—. Morgase tenía mal genio, pero pensé que eso no tenía por qué afectarme, de modo que todo acabó cuando tuve que huir de sus iras porque quería matarme. A Dena la maté yo. Da igual que no lo hiciera con mis propias manos. He tenido dos oportunidades, más que el común de los hombres, y las dos las he desperdiciado.

—Yo me ocuparé de él —se ofreció Mat. Ahora Mada y Saal lo miraban con severa expresión. Él les dedicó la más cordial de sus sonrisas, pero no obtuvo resultado. Las tripas le gruñeron estentóreamente—. ¿No es a pollo asado lo que huelo? Traedme tres o cuatro. —Las dos mujeres pestañearon y cambiaron miradas de estupor cuando agregó—: ¿Queréis comer algo, Thom?

—No me vendría mal un poco más de este exquisito vino andoriano. —El juglar alzó esperanzado la copa.

—Nada de vino por hoy, Thom. —La mujer le habría quitado la copa de la mano si él se lo hubiera permitido.

—Comeréis un poco de pollo, Thom —declaró la otra en tono resuelto y a un tiempo suplicante—. Está muy rico.

Ninguna de las dos quiso marcharse hasta que el juglar accedió a comer algo y, cuando se fueron, dirigieron a Mat una combinación tal de airadas miradas y bufidos que él hubo de conformarse con sacudir la cabeza. «¡Caramba, cualquiera diría que

estuviera animándolo a beber más! ¡Mujeres! Las dos tienen unos ojos preciosos, sin embargo.»

—Rand dijo que estabais vivo —dijo a Thom cuando se hubieron alejado Mada y Saal—. Moraine siempre sostenía que os creía vivo. Pero me contaron que estuvisteis en Cairhien y que teníais intención de trasladaros a Tear.

—¿Rand sigue bien, entonces? —Thom recobró la mirada casi tan penetrante que Mat recordaba en él—. Tenía dudas al respecto. Moraine continúa con él, ¿verdad? Una mujer bien parecida. Una buena mujer, si no fuese Aes Sedai. Relaciónate con ese tipo de mujeres y saldrás escaldado.

—¿Por qué suponíais que Rand no estaba bien? —preguntó prudentemente Mat —. ¿Sabéis de algo que pudiera causarle daño?

—¿Si sé de algo? Yo no sé nada, chico. Sospecho más de lo conveniente para mi propio bienestar, pero no sé nada.

Mat prefirió no seguir por esos derroteros. «No vale la pena confirmar sus sospechas, ni tampoco darle a entender que yo sé más de lo que conviene a mi propio bienestar.»

La joven de más edad, la que Thom llamaba Mada, regresó con tres pollos de tostada y crujiente piel y, antes de irse, dirigió una mirada de preocupación a Thom y una de advertencia a Mat. Mat arrancó una pierna de cuajo y comenzó a comer mientras hablaba. Thom posó la vista en la copa y no dedicó ni una ojeada a las aves.

—¿Cómo es que os encontráis aquí en Tar Valon, Thom? Es el último sitio en que habría esperado veros, teniendo en cuenta el poco aprecio que os inspiran las Aes Sedai. Me dijeron que os ganabais bien la vida en Cairhien.

—Cairhien —murmuró el viejo juglar al tiempo que volvía a dejar vagar la mirada—. Lo que cuesta matar a un hombre, aunque lo tenga bien merecido. —Realizó una ondulación con la mano y en menos de un segundo ya empuñaba un cuchillo. Thom siempre llevaba cuchillos escondidos. A pesar de su embriaguez, asía con pulso firme el arma—. Matar a un hombre que debe morir, y a veces pagado por otros. La cuestión es, ¿valía la pena hacerlo? Siempre existe un equilibrio, ¿sabes? Entre el bien y el mal. Entre la Luz y la Sombra. No seríamos humanos si no hubiera equilibrio.

—Cambiad de tema —gruñó, con la boca llena, Mat—. No quiero hablar de asesinatos. —«Luz, ese tipo todavía sigue tumbado en la calle. Diantre, ya debería haber embarcado»—. Os he preguntado simplemente por qué estáis en Tar Valon. Si hubisteis de abandonar Cairhien por haber matado a alguien, prefiero no saberlo. Rayos y truenos, si el vino no os deja conservar la cordura para hablar de forma coherente, me marcho ahora mismo.

Thom hizo desaparecer el cuchillo con amargo ademán.

—¿Por qué estoy en Tar Valon? Estoy aquí porque es el peor lugar donde podría

hallarme, exceptuando tal vez Caemlyn. Es lo que merezco, chico. Algunas mujeres del Ajah Rojo aún se acuerdan de mí. El otro día vi a Elaida en la calle. Si supiera que estoy aquí, me arrancaría la piel a tiras, y eso sólo sería el comienzo.

—Nunca me parecisteis persona inclinada a autocompadecerse —observó con desagrado Mat—. ¿Acaso pretendéis ahogaros en vino?

—¿Qué sabes tú de eso, muchacho? —replicó Thom—. Dentro de unos años, cuando hayas visto lo que es la vida y amado quizás a una mujer o dos, dispondrás de mayor base de juicio. Si es que tienes la sensatez de aprender. ¡Aaaah! ¿Quieres saber por qué estoy en Tar Valon? ¿Por qué te encuentras tú aquí? Recuerdo que te pusiste a temblar al enterarte de que Moraine era una Aes Sedai. Casi te cagabas de miedo cada vez que alguien mencionaba tan sólo el Poder. ¿Qué haces tú en Tar Valon, rodeado por todas partes de Aes Sedai?

—Marcharme de Tar Valon. Eso es lo que hago aquí. ¡Marcharme! —Mat esbozó una mueca de disgusto. El juglar le había salvado la vida y posiblemente le había prestado un favor aún más grande al hacerlo. Lo había salvado de un Fado. Ésa era la razón por la que no flexionaba la pierna derecha como antes. «Seguramente en un barco no hay suficiente vino para mantenerlo en ese estado de embriaguez»—. Me voy a Caemlyn, Thom. Si por algún retorcido motivo necesitáis arriesgar la vida, ¿por qué no me acompañáis?

—¿Caemlyn? —dijo Thom, meditabundo.

—Caemlyn, Thom. Elaida regresará probablemente tarde o temprano allí, y así tendréis de qué preocuparos. Y, si mal no me falla la memoria, si Morgase os hecha la mano encima, la experiencia aún será más terriblemente desagradable.

—Caemlyn. Sí. Caemlyn me vendría como anillo al dedo. —El juglar posó la mirada en la fuente de pollo y dio un respingo—. ¿Qué has hecho con la comida, chico? ¿Te la has escondido en la manga? —De las tres aves solamente quedaban huesos y algunos jirones de carne.

—A veces estoy hambriento —murmuró Mat, conteniéndose para no chuparse los dedos—. ¿Vais a venir conmigo, sí o no?

—Oh, iré, chico. —Al ponerse en pie, Thom parecía haber recuperado cierta estabilidad—. Espérame aquí… y procura no zamparte la mesa… mientras recojo mis cosas y me despido de algunas personas. —Se fue cojeando, sin tambalearse.

Mat tomó un poco de vino y dio cuenta de los pocos restos de carne aún pegados a la osamenta de los pollos, preguntándose si le daría tiempo a pedir otro, pero Thom no tardó en volver, con la flauta y el arpa colgadas del hombro en sus fundas, una manta enrollada y un bastón que le llegaba a la cabeza. Las dos camareras iban detrás. Decididamente eran hermanas, resolvió Mat. Dos pares de idénticos ojos miraban al juglar con la misma expresión. Thom besó primero a Saal, luego a Mada, les dio unos cachetitos en las mejillas y siguió en dirección a la puerta, indicando con

un gesto a Mat que lo siguiera. Cuando Mat terminó de recoger sus cosas ya se encontraba afuera.

La más joven de las dos mujeres, Saal, detuvo a Mat cuando éste se encaminaba a la puerta.

—Sea lo que sea lo que le habéis dicho, os perdono por lo del vino, aunque os lo llevéis de aquí. Hace varias semanas que no lo veía tan despabilado. —Le puso algo en la mano y, al mirarlo, quedó confuso. Le había dado un marco de plata de Tar Valon—. Por lo que le habéis dicho. Además, parece que no os han alimentado bien últimamente. Con todo, tenéis unos ojos bonitos. —Se echó a reír al ver la cara que puso Mat.

Mat también reía, pese a sí, al salir a la calle, haciendo girar la moneda de plata entre los dedos. «De modo que tengo unos ojos bonitos, ¿eh?» Su risa se cortó en seco como la última gota de un barril de vino. Thom estaba allí, pero no el cadáver. La luz que proyectaban sobre el pavimento las ventanas de las tabernas no dejaban margen de duda. Los guardias no se habrían llevado a un muerto sin hacer preguntas en aquellas tabernas y también en La mujer de Tanchico.

—¿Qué miras, chico? —preguntó Thom—. No hay trollocs por aquí.

—Ladrones —murmuró Mat—. Miraba si había ladrones.

—No hay ladrones callejeros ni matones en Tar Valon, muchacho. Son raras las veces en que los guardias arrestan a un delincuente, ya que las noticias corren siempre, pero, cuando se da el caso, lo llevan a la Torre, y no sé qué les hacen las Aes Sedai, pero el caso es que el pobre tipo se marcha al día siguiente de Tar Valon como alma que lleva el diablo. Según tengo entendido, todavía administran peor trato a las mujeres que sorprenden robando. No, la única manera como te robarán el dinero aquí es vendiéndote latón bruñido por oro o utilizando dados trucados. No hay atracadores.

Mat giró sobre sus talones, adelantó con paso decidido a Thom y siguió en dirección a los muelles, golpeando los adoquines con la barra como si así pudiera avanzar más deprisa.

—Tomaremos el primer barco que zarpe, sea la clase de embarcación que sea. El primero.

—No vayas tan rápido, chico —pidió Thom, apretando el paso tras él—. ¿Qué prisa tienes? Hay montones de barcos que parten día y noche de aquí. Despacio. Ya te he dicho que no hay ladrones.

—¡El primer condenado barco, Thom! ¡Aunque esté a punto de hundirse, me subo en él! —«Si no eran atracadores, ¿qué eran? Debían de ser ladrones. ¿Qué otra cosa podían ser?»

32



El primer barco

El Puerto del Sur propiamente dicho era una gran dársena redondeada construida por los Ogier cercada por altos muros de la misma piedra blanca veteada de plata que se encontraba en el resto de Tar Valon. Un largo muelle resguardado con techumbre recorría todo su perímetro, sólo interrumpido por las anchas puertas que daban acceso al río. Junto a él se alineaban bajeles de todos los tamaños, en su mayoría atracados por el lado de popa, y a pesar de la hora había un hormigueo de trabajadores en camiseta cargando y descargando fardos y arcones, cajones y barriles, con cuerdas, palos de carga o simplemente en la espalda. Las lámparas que colgaban de las vigas del techo componían una franja de luz en torno a las negras aguas del centro del puerto. Entre la oscuridad se deslizaban pequeñas barcas, cuyos cuadrados fanales prendidos en los altos codastes semejaban luciérnagas que corrieran a ras del agua. Eran pequeñas únicamente en comparación con los barcos, pues muchas de ellas tenían hasta seis pares de largos remos.

Cuando Mat traspuso un arco de pulida piedra roja seguido del rezongante Thom, y bajó las amplias escalinatas que conducían al muelle, a menos de veinte metros de distancia soltaban amarras los marineros de una embarcación de tres mástiles. El navío, de unos treinta metros de eslora y una chata cubierta rodeada de barandilla que casi quedaba al mismo nivel del atracadero, era uno de los mayores que había fondeados allí. De todas formas, lo importante era que iba a partir. «El primer barco que zarpe.»

Un hombre de pelo gris se aproximó a ellos. Las tres hileras de cuerda de cáñamo cosidas a las mangas de su oscura chaqueta lo identificaban como encargado de los muelles, y sus anchos hombros sugerían que sin duda había comenzado su carrera halando cuerdas en lugar de lucirlas en su vestimenta. Posó accidentalmente la mirada en Mat y se detuvo, con la sorpresa pintada en su atezado rostro.

—Tu equipaje delata qué intención llevas, chico, pero ya puedes olvidarte de ello. Las hermanas me han enseñado un retrato tuyo. No embarcarás en ningún navío del

Puerto del Sur, chico. Vuelve a subir por esa escalera antes de que ponga a alguien a vigilarte.

—¿Qué diablos…? —murmuró Thom.

—La situación ha cambiado en redondo —aseguró Mat. El barco estaba soltando la última cuerda de amarre; las triangulares velas aferradas todavía formaban gruesos bultos sobre los largos botalones, pero la tripulación estaba preparando los remos. Sacó el papel de la Amyrlin del bolsillo y lo acercó a la cara del encargado—. Como podéis ver, parto en misión oficial de la Torre, cumpliendo órdenes de la Amyrlin en persona. Y debo irme precisamente en ese barco.

El encargado leyó varias veces el texto del documento.

—En mi vida he visto nada parecido. ¿Para qué iba a decir la Torre que no podías marcharte y darte luego… esto?

—Preguntadle a la Amyrlin, si queréis —dijo Mat, dando a entender, no obstante, que no podía haber nadie tan necio como para aventurarse a hacerlo—, pero, si no subo a ese barco, me despellejará vivo, y también a vos.

—No lo conseguirás —advirtió el hombre, haciendo, empero, bocina con las manos para gritar—: ¡Ah, de a bordo de la *Gaviota gris*! ¡Parad! ¡La Luz os fulmine, parad!

El hombre de torso desnudo que manejaba el timón se giró y luego se puso a hablar con un alto compañero vestido con una oscura chaqueta de ahuecadas mangas, el cual no apartó ni un instante la vista de los marineros que ya hundían los remos en el río.

—Todos juntos —gritó, y los remos arrancaron espuma del agua.

—Lo conseguiré —espetó Mat. «¡He dicho el primer barco, y lo decía muy en serio!»—. ¡Vamos, Thom!

Sin detenerse a comprobar si el juglar lo seguía, echó a correr, esquivando hombres y carretas cargadas. La distancia entre la *Gaviota gris* y el muelle se ensanchaba con cada golpe de remo. Arrojó la barra, como si de una lanza se tratara, al barco y, dando otro paso más, saltó tan lejos como pudo.

Las oscuras aguas que se mecían bajo sus pies parecían gélidas, pero en un abrir y cerrar de ojos había pasado sobre la barandilla del navío y rodaba sobre la cubierta. Al ponerse en pie, oyó un gruñido y una maldición a sus espaldas.

Profiriendo otro juramento, Thom Merrilin se apoyó en el pretil y saltó a cubierta.

—He perdido el bastón —murmuró—. Necesitaré otro. —Masajeándose la pierna derecha, se asomó a la franja de agua, cada vez más ancha, que dejaba atrás el barco y se estremeció—. Hoy ya he tomado un baño.

El timonel sin camisa los miró con ojos desorbitados, agarrando la caña del timón como si se planteara la posibilidad de utilizarlo para defenderse de aquellos locos.

El individuo alto parecía casi igual de perplejo. Tenía los pálidos ojos azules muy

abiertos y, con la barbilla temblorosa y rojo de rabia, movía los labios sin emitir sonido alguno.

—¡Por la Ciudadela! —tronó al fin—. ¿Qué significa esto? No tengo sitio en este barco ni para un gato y, aunque lo tuviera, no consentiría que se quedaran en él unos vagabundos que nos abordan sin permiso. ¡Sanor! ¡Vasa! ¡Tirad a estos piojosos por la borda!

Dos hombres extremadamente fornidos que enrollaban cuerdas abandonaron su tarea y se encaminaron hacia ellos. Los remeros avanzaban y retrocedían alternativamente tres pasos sobre la cubierta, impulsando los remos.

Mat agitó con una mano el papel de la Amyrlin delante del hombre de la barba, a quien suponía el capitán, y con la otra extrajo una corona de oro de la bolsa, poniendo buen cuidado en su apresuramiento de que quedara evidente que tenía más. Luego le arrojó la pesada moneda y, mostrando ostensiblemente el documento, se apresuró a tomar la palabra.

—Por la molestia de haber embarcado de manera tan intempestiva, capitán. Cumplimos una misión a cuenta de la Torre Blanca. Es orden personal de la Sede Amyrlin que zarpemos de inmediato. Hacia Aringill, en Andor. Es una cuestión de suma urgencia. La bendición de la Torre Blanca para todos quienes ayuden; la ira de la Torre para todos quienes nos pongan impedimentos.

Con la seguridad de que para entonces el hombre ya había visto el sello de la Llama de Tar Valon, y posiblemente algo más, dobló el papel y lo guardó. Mirando con inquietud a los dos hercúleos marineros que flanqueaban al capitán, lamentó no tener la barra a mano. Ésta se hallaba donde había caído, lejos de su alcance. Trató de adoptar un porte confiado, el de un hombre con quien más valía no jugar, un hombre respaldado por el poder de la Torre. «Que confío pronto tener bien lejos de mí.»

El capitán observó dubitativamente a Mat y aún con mayor recelo a Thom, que, vestido de juglar, se sostenía a duras penas en pie, pero indicó por señas a Sanor y Vasa que se quedaran donde estaban.

—Yo no suscitaría las iras de la Torre. Así se pierda mi alma, por el momento las exigencias del comercio me llevan de Tear a esta guarida de… Vengo demasiado a menudo para enemistarme con… nadie. —Esbozó una forzada sonrisa—. Pero os he dicho la verdad. ¡Por la Ciudadela que sí! Tengo seis cabinas para pasajeros y todas están completas. Por otra corona de oro podéis dormir en cubierta y comer con la tripulación. Una corona cada uno.

—¡Eso es absurdo! —espetó Thom—. ¡Me tiene sin cuidado el efecto que haya causado la guerra río abajo! ¡Son unas condiciones escandalosas! —Los dos musculosos marineros se movieron amenazadoramente.

—Es el precio —zanjó con firmeza el capitán—. No quiero enojar a nadie, pero antes prefiero cambiar de ruta de comercio que teneros gratis en mi barco. Los

negocios son los negocios. O pagáis vuestro pasaje o saltáis por la borda, y que la Amyrlin os seque en persona. Y me quedaré con esto por las molestias ocasionadas, gracias. —Introdujo la corona de oro que Mat le había dado en un bolsillo de su ahuecada chaqueta.

—¿Cuánto pedís por una de las cabinas? —preguntó Mat—. Para los dos solos. Podéis poner a sus ocupantes junto con otros pasajeros. —No quería tener que soportar el frío de la noche. «Y si no impresionas a un tipo como éste, es capaz de robarte hasta los calzones y pretender que te está haciendo un favor.» El estómago le reclamó alimento—. Y comeremos lo que comáis vos, no el rancho de la tripulación. Y en abundancia.

—Mat —observó Thom—, se supone que soy yo el que está borracho. —Se volvió hacia el capitán, haciendo revolotear la capa tan bien como pudo en el estorbo de las fundas de los instrumentos y la manta que le colgaban del hombro—. Como ya habréis reparado, capitán, soy un juglar. —Aun a la intemperie, su voz pareció resonar—. Por el precio de nuestros pasajes, estaría sumamente encantado de entretener a vuestros viajeros y a vuestra tripulación…

—Mi tripulación está aquí para trabajar, juglar, y no para divertirse. —El capitán se mesó la puntiaguda barba y sus claros ojos evaluaron hasta el último céntimo la calidad de la chaqueta de Mat—. De modo que queréis una cabina, ¿eh? —Soltó una carcajada—. ¿Y la misma comida que yo? Bueno, podéis quedaros con ellos. ¡Cinco coronas de oro por cada uno! ¡Y de peso andoriano! —Éstos eran los más pesados. Le asaltó un ataque de risa tan violento que las palabras salían de forma entrecortada de su garganta. A su lado, Sanor y Vasa sonreían sin recato—; Por diez coronas, podéis quedaros con mi camarote y mi comida, y yo me instalaré con los pasajeros y comeré con la tripulación. ¡Vaya que sí lo haría! ¡Lo juro por la Ciudadela! Por diez coronas de oro… —La risa le impidió continuar.

Todavía trataba de recobrar el aliento entre las carcajadas y se secaba las lágrimas de los ojos cuando Mat tomó una de sus dos bolsas, pero su risa se paró en seco una vez que éste hubo contado cinco coronas de oro. El capitán pestañeó con incredulidad; la perplejidad de los dos fornidos marineros era absoluta.

—¿Peso andoriano, habéis dicho? —inquirió Mat. Como era difícil calcularlo sin balanza, añadió siete a los cinco anteriores. Dos de ellos eran con toda seguridad andorianos, con lo que seguramente ya había juntado el peso exigido. Al cabo de un momento, añadió dos coronas de oro tearianas—. Para los viajeros que saquéis de la cabina que habían pagado. —No creía que los pasajeros vieran ni un céntimo, pero a veces convenía dar apariencia de generosidad—. A menos que queráis compartir dormitorio con ellos… No, desde luego que no. Deben ser recompensados por tener que apiñarse con otros. No es preciso que comáis con la tripulación, capitán. Thom y yo os recibiremos con mucho gusto a la hora de la comida en vuestro camarote. —

Thom lo miraba con expresión de asombro tan acentuada como los demás.

—¿Sois…? —preguntó el barbudo en un ronco susurro—. ¿Sois… por azar… un joven noble que viaja de incógnito?

—No soy ningún aristócrata —contestó, riendo, Mat.

Tenía buenos motivos para reír. La Gaviota gris se hallaba ahora rodeada de sombras, cercana al negro punto que interrumpía la franja de luz de los muelles, el lugar donde las puertas daban salida al río. Los remeros conducían velozmente el barco hacia allí. Los marineros hacían girar ya las botavaras, maniobra previa al izamiento de las velas. Y, oro en mano, el capitán ya no parecía tener intención de arrojar a nadie por la borda.

—Si no os importa, capitán, ¿podríamos ver nuestra cabina? Vuestra cabina, quiero decir. Es tarde, y quisiera dormir un poco. —Volvió a notar borborigmos en el vientre—. ¡Y cenar!

Cuando el navío hubo puesto la proa en las esclusas, el propio individuo de la barba los condujo por una escalera a un corto y estrecho pasillo flanqueado de puertas poco distanciadas entre sí. Mientras el capitán recogía sus cosas de la cabina, situada en proa, con la cama y todo el mobiliario salvo dos sillas y unos cuantos arcones empotrados en las paredes, e instalaba a Mat y a Thom en ella, Mat se enteró de muchos detalles; para empezar, que el capitán no iba a sacar a ningún pasajero de su camarote. Profesaba demasiado respeto por el dinero que habían pagado, si no por ellos, para hacer eso. Él ocuparía la cabina de su oficial; el oficial, la cama del suboficial, y así seguidamente hasta llegar al encargado de cubierta, que acabaría durmiendo en la proa con la tripulación.

Aun cuando no creía que aquella información fuera a serle útil, Mat prestó oídos a cuanto dijo el hombre. Siempre era aconsejable saber no sólo adónde iba uno, sino con quién trataba, para no acabar desplumado y teniendo que caminar descalzo bajo la lluvia.

El capitán, un teariano llamado Huan Mallia, resultó ser un locuaz parlanchín una vez que hubo obtenido de Mat y Thom una impresión satisfactoria. Él no era de alta alcurnia, decía, pero que nadie creyera que era un estúpido. Un joven con más dinero del imprescindible debía ser por fuerza un ladrón, pero todo el mundo sabía que ningún maleante escapaba jamás de Tar Valon con su botín. Un joven vestido como un campesino pero con el porte y la seguridad del señor que negaba ser…

—Por la Ciudadela, no seré yo quien diga que lo sois, si vos afirmáis lo contrario. —Mallia rió entre dientes, guiñando el ojo, y se atusó la punta de la barba.

Un joven que llevaba un documento estampado con el sello de la Amyrlin y que se dirigía a Andor. No era un secreto que la reina Morgase había visitado Tar Valon, aunque ciertamente nadie había divulgado por qué motivo. Para Mallia era evidente que algo se tramaba entre Caemlyn y Tar Valon. Y Mat y Thom eran mensajeros… al

servicio de Morgase, infería él por el acento de Mat. Para él sería un placer hacer lo posible para contribuir al buen éxito de tan grande empresa, siempre y cuando nadie interpretara que pretendía inmiscuirse en asuntos ajenos.

Mat cruzó miradas de estupor con Thom, que guardaba las fundas de sus instrumentos bajo una mesa adosada a la pared. La habitación tenía dos pequeñas ventanas a ambos lados y un par de lámparas con brazos articulados.

—Imaginaciones —lo disuadió Mat.

—Por supuesto —replicó Mallia, encorvado sobre un baúl del que sacaba ropa. Enderezó el cuerpo y sonrió—. Por supuesto. —En un armario empotrado había mapas del río que seguramente necesitaría—. No diré ni una palabra más.

Pero, aunque intentaba disimularlo, continuó parloteando con clara intención de fisgar. Mat lo escuchaba y respondía a sus preguntas con gruñidos, encogimientos de hombros o monosílabos, en tanto Thom guardaba un mutismo total. El juglar no paraba de sacudir la cabeza mientras ordenaba sus pertenencias.

Mallia había sido siempre un navegante de río, aunque soñaba con surcar los mares. Aparte de Tear, mostró desdén por todos los países; Andor fue la única excepción y los halagos que dedicó a aquel reino sonaron poco sinceros a pesar de sus esfuerzos.

—Hay buenos caballos en Andor, me han dicho. No son malos. No de raza tan pura como la teariana, pero pueden pasar. Forjáis buen acero e instrumentos de hierro, bronce y cobre… Yo mismo he comerciado con ellos muchas veces, aunque los hacéis pagar muy caros, pero, ya se entiende. Con las minas que tenéis en las Montañas de la Niebla… Y minas de oro también. En Tear debemos ganarnos el oro a pulso.

Mayene era el lugar que merecía su desprecio más absoluto.

—Un país aún más insignificante que Murandy. Una ciudad y unas cuantas leguas de tierra. Hacen bajar el precio del excelente aceite de oliva que producimos en Tear simplemente porque sus barcos saben cómo encontrar los bancos de peces clavos. No tienen siquiera derecho a constituir un país independiente.

Detestaba Illian.

—Un día saquearemos Illian, arrasaremos todos sus pueblos y ciudades y esparciremos sal sobre su inmunda tierra. —La barba de Mallia casi se erizaba de indignación por la inmundicia de la tierra illiana—. ¡Incluso sus aceitunas están podridas! ¡Un día nos llevaremos encadenado hasta el último cerdo illiano! Eso es lo que dice el Gran Señor Samon.

Mat se preguntó qué harían en Tear con toda esa gente si llegaran a cumplir su propósito. Los illianos tendrían que comer, y no podrían trabajar con cadenas. A él le parecía un despropósito, pero a Mallia le brillaban de entusiasmo los ojos al hablar de ello.

Sólo los tontos se dejaban regir por un monarca o una soberana, un hombre o una mujer.

—Con la salvedad de la reina Morgase, claro está —se apresuró a aclarar—. He oído decir que es una mujer muy capacitada, y hermosa además.

Todos esos mentecatos postrándose ante un idiota. Los Grandes Señores gobernaban juntos Tear y tomaban decisiones de común acuerdo, tal como debía ser. Los Grandes Señores sabían en qué consistía la justicia, la prosperidad y la verdad. En especial el Gran Señor Samon. Ningún hombre podía obrar de forma errónea si obedecía a los Grandes Señores. Sobre todo al Gran Señor Samon.

Había en él, no obstante, un odio más enraizado que el que profesaba contra reyes y reinas y contra Illian, una animadversión que trataba de ocultar, pero, de tanto hablar con la intención de averiguar detalles sobre ellos, quedó tan prendado por el sonido de su propia voz que dejó entrever más de lo que se proponía.

Ellos debían de viajar mucho como mensajeros de una gran reina como Morgase. Seguramente habían recorrido mucho mundo. Él soñaba con el mar porque podría ver tierras que sólo conocía de oídas, porque entonces podría localizar los bancos de peces clavos de Mayene y superar la supremacía en el transporte marítimo de los Marinos y los inmundos illianos. Además, el mar quedaba lejos de Tar Valon. Ellos tenían que comprenderlo, obligados como estaban a viajar entre extraños países y gentes, lugares y personas que no habrían soportado de no ser porque así prestaban un servicio a Morgase.

—Nunca me ha gustado fondear allí, donde cualquiera podría estar encauzando el Poder. —Casi escupió la última palabra. Pero desde que había escuchado un discurso del Gran Señor Samon…—. Por mi fe que ahora, sabiendo lo que se proponen, sólo de mirar su Torre Blanca siento como si tuviera gusanos en el estómago.

El Gran Señor Samon aseguraba que las Aes Sedai pretendían gobernar el mundo, que querían someter a todas las naciones, sojuzgar a toda la humanidad. Samon decía que ya no bastaba con que Tear mantuviera todo contacto con el Poder fuera de su territorio. Samon decía que se avecinaba el día en que Tear gozaría de la gloria merecida, pero que Tar Valon se interponía en dicho objetivo.

—No queda otro remedio. Tarde o temprano deberán ser perseguidas y abatidas todas las Aes Sedai sin excepción. El Gran Señor Samon dice que las otras más jóvenes, las novicias y las Aceptadas, podrían salvarse si las llevan a la Ciudadela, pero que el resto debe ser erradicado. Eso es lo que dice el Gran Señor Samon. La Torre Blanca debe ser destruida.

Mallia permaneció un momento parado en medio de la cabina, con los brazos llenos de ropa, libros y mapas enrollados, casi rozando las vigas del techo con el pelo, con la mirada perdida mientras la Torre Blanca se desmoronaba. Entonces dio un respingo, como si cayera en la cuenta de lo que había dicho, y su puntiaguda barba se

agitó con incertidumbre.

—Eso es…, eso es lo que él dice. Yo…, por mi parte, pienso que quizá sea una exageración. El Gran Señor Samon… habla de una manera tan arrebatadora que uno casi le da la razón aunque no lo crea. Vaya, si Caemlyn puede forjar pactos con la Torre, también puede hacerlo Tear. —Se estremeció sin poder evitarlo—. Ésa es mi opinión.

—Como digáis —aprobó maliciosamente Mat—. Me pareció correcta vuestra sugerencia, capitán. Pero no os conforméis con unas cuantas Aceptadas. Pedid que vayan a Tear una docena de Aes Sedai, o un par de docenas. Imaginaos lo que sería la Ciudadela de Tear con un par de docenas de Aes Sedai adentro.

Mallia volvió a estremecerse.

—Mandaré un hombre para que se lleve el cofre del dinero —anunció dignamente, y se fue con paso ceremonioso.

—Creo que no debiera haberle dicho eso —se arrepintió Mat, mirando con entrecejo fruncido la puerta que acababa de cerrarse.

—No veo por qué no —señaló Thom con mordacidad—. Después podrías tratar de convencer al capitán general de los Capas Blancas para que se casara con la Sede Amyrlin. —Frunció las cejas, semejantes a blancas orugas—. El Gran Señor Samon. Nunca he oído hablar del Gran Señor Samon.

—¿Qué tiene de raro? —aprovechó para devolverle el sarcasmo Mat—. Ni siquiera vos podéis saberlo todo en lo concerniente a los monarcas y nobles que existen, Thom. Debe de haber uno o dos en los que no habéis reparado.

—Conozco los nombres de los reyes y reinas, chico, y los de todos los Grandes Señores de Tear también. Cabe la posibilidad de que hayan promovido al cargo a un Señor de la Tierra, pero sin duda habría tenido noticias de la muerte del Gran Señor al que sustituía. Si te hubieras propuesto sacar de su camarote a algún desdichado viajero en lugar de ocupar la cabina del capitán, tendríamos una cama para cada uno, aunque fuera estrecha y dura. Ahora tengo que compartir contigo el lecho de Mallia. Espero que no ronques, muchacho. No soporto los ronquidos.

Mat hizo rechinar los dientes, recordando que los ronquidos de Thom eran tan insidiosos como una escofina limando madera nudosa.

El encargado de llevarse el cofre reforzado con hierro donde el capitán guardaba el dinero fue uno de los dos fornidos marineros —Sanor o Vasa—. Sin decir nada, se limitó a dedicarles someras reverencias y a torcer el gesto cuando creía que no lo miraban, y se marchó diligentemente.

Mat comenzaba a temer que la suerte que lo había acompañado durante toda la noche lo hubiera abandonado. Iba a tener que aguantar los ronquidos de Thom y, bien mirado, tal vez no fuera su buena estrella la que lo había hecho saltar a ese barco en concreto enseñando un documento firmado por la Sede Amyrlin y sellado con la

Llama de Tar Valon. Impulsivamente, sacó uno de los cilíndricos cubiletes, retiró la tapa y, poniéndolo boca abajo, depositó los dados sobre la mesa.

Los cinco dados mostraron la cara con un solo punto. Los Ojos del Oscuro, se llamaba en algunos juegos. En ellos era una mala tirada, y en otras un resultado que aseguraba la victoria. «¿Pero a cuál estoy jugando yo?» Recogió los dados y volvió a arrojarlos. Cinco unos. Una nueva tirada y, de nuevo, los Ojos del Oscuro le dirigieron un guiño.

—No me extraña que hayas tenido que marcharte con el primer barco que zarpaba —comentó en voz baja Thom— si has ganado todo ese oro utilizando estos dados. —Estaba quitándose la camisa. Tenía las rodillas nudosas y las piernas, la derecha algo encogida, parecían puros tendones y fibrosos músculos—. Chico, hasta una chiquilla de doce años te arrancaría el corazón si se enterara de que la estafabas usando esos dados.

—No son los dados —murmuró Mat—. Es la suerte. —«¿Suerte que emana de las Aes Sedai, o suerte del Oscuro?» Volvió a guardar los cubos.

—Supongo —dijo Thom, instalándose en la cama— que no vas a contarme cómo has conseguido todo ese oro.

—Lo he ganado. Esta noche. Jugando a los dados.

—Ajá. Y supongo que no vas a explicarme el origen de ese papel que enseñabas por ahí…, ¡he visto el sello, chico!, ni de todos esos discursos según los cuales eres un enviado de la Torre, ni tampoco por qué motivo las Aes Sedai le habían dado tu descripción al encargado de los muelles.

—Voy a llevarle a Morgase una carta de Elayne, Thom —respondió Mat con más paciencia de la que en realidad sentía—. Nynaeve me dio el papel y no sé de dónde lo sacó.

—Bueno, si no vas a decírmelo, me voy a dormir. ¿Apagarás las lámparas, si eres tan amable? —Thom se tumbó de lado y se colocó una almohada sobre la cabeza.

Tras apagar las lámparas y deslizarse en ropa interior bajo las mantas, Mat no logró conciliar el sueño, aun a pesar del mullido colchón de plumas con que se había regalado Mallia. No se había equivocado respecto a los ronquidos de Thom, que sonaban como si éste estuviera cortando leña con una sierra oxidada, y la almohada que tenía encima de la cabeza no amortiguaba en nada el ruido. Además, no podía interrumpir el hilo de sus pensamientos. ¿Cómo había llegado a poder de Nynaeve, Egwene y Elayne el documento de la Amyrlin? Debían de traerse entre manos algo con la propia Sede Amyrlin —alguna intriga, una de las maquinaciones propias de la Torre Blanca— pero, ahora que lo pensaba, también debían de estar ocultándole algo a la Amyrlin.

—«Llévale, por favor, esta carta a mi madre» —dijo quedamente con tono agudo y burlón—. ¡Qué idiota! La Amyrlin habría enviado a un Guardián para que entregara

a la reina la misiva de la heredera del trono. Me tenían tan cegado las ansias de abandonar la Torre a toda costa que ni me he dado cuenta. —El ronquido de Thom, semejante a un toque de trompeta, pareció expresar su acuerdo.

Pero sus reflexiones se centraron sobre todo en la suerte y en los ladrones.

Apenas tuvo conciencia del primer golpe contra la proa y tampoco prestó atención al roce de algo arrastrándose en cubierta y a los pasos de alguien calzado con botas. La embarcación producía constantemente ruidos, y debía de haber alguien en cubierta vigilando el curso del navío. Pero unos pasos sigilosos en el pasadizo al que daba su camarote incidieron en sus pensamientos poblados de ladrones, haciéndole aguzar el oído.

—Despertad —susurró a Thom, dándole un codazo en las costillas—. Hay alguien en el pasillo.

Saltó de inmediato de la cama, procurando que las planchas del suelo no crujieran bajo sus pies. Thom emitió un gruñido, hizo un chasquido con la lengua y reanudó sus ronquidos.

No había tiempo para ocuparse de Thom. Los pasos sonaban justo afuera. Mat tomó la barra, se apostó delante de la puerta y aguardó.

La puerta se abrió despacio, y la tenue luz de la luna que entraba por la escotilla que daba acceso a la escalera recortó débilmente la silueta de dos hombres encapuchados y arrancó destellos de las hojas de los cuchillos que empuñaban. Los dos intrusos, que evidentemente no habían previsto que alguien estuviera esperándolos, exhalaron una exclamación de sorpresa.

Mat descargó la barra justo debajo del esternón del primero. Al golpear, oyó la voz de su padre. «Es un golpe mortal, Mat. No lo utilices jamás a menos que de ello dependa tu vida.» Aquellos cuchillos amenazaban, sin embargo, su vida, pues en la cabina no había espacio suficiente para mover el bastón.

Su víctima aún se plegaba gimiendo sobre sí, tratando en vano de recobrar aliento, cuando Mat avanzó y hundió con estrépito la punta de la barra en la garganta de su compañero. Éste soltó el cuchillo para aferrarse el cuello y cayó sobre el otro. Ambos quedaron arañando el suelo con las botas, exhalando los últimos estertores.

Mat permaneció de pie, mirándolos. «Dos hombres. ¡No, diantre, tres! Nunca le había hecho daño a ningún ser humano y ahora en una noche he matado a tres hombres. ¡Luz!»

Entre el silencio reinante oyó unas botas que percutían en la cubierta. Los marineros iban todos descalzos.

Intentando no pensar en lo que hacía, Mat arrancó la capa de uno de los cadáveres y se tapó con ella para ocultar la pálida tela de su ropa interior. Se fue sin zapatos por el corredor, subió la escalera y se asomó con cautela por la escotilla.

La luz de la luna se reflejaba en las tensas velas, pero la noche aún cubría de

sombras la cubierta, y el único sonido perceptible era el roce del agua en el casco. Sólo se veía a un hombre junto al timón que tenía la capucha bajada para protegerse del frío. El desconocido se movió, y el cuero de las suelas arañó la madera del suelo.

Disimulando la barra bajo la capa, Mat salió al exterior.

—Está muerto —susurró con voz baja y carrasposa.

—Espero que haya chillado cuando le habéis cortado la garganta. —Mat reconoció la voz y el marcado acento extranjero de uno de los hombres que lo habían acechado en la boca de una de las callejas de Tar Valon—. Ese muchacho nos ha causado demasiados problemas. ¡Espera! ¿Quién eres?

Mat impulsó la barra con todas sus fuerzas. El grueso palo se aplastó contra la cabeza del rufián, produciendo un sonido similar al de un melón despachurrado al chocar contra el suelo.

El hombre cayó atravesado en el timón, impulsando la caña, y el barco dio un bandazo que hizo tambalear a Mat. Por el rabillo del ojo vio una figura surgiendo de las sombras al lado de la barandilla y el resplandor de un arma blanca, y supo que no tendría tiempo de hacer girar la barra. Otro objeto brillante surcó el aire y se hundió con un ruido sordo en la borrosa forma humana. Un hombre cayó tumbado casi a sus pies.

De abajo llegó un murmullo de voces, y el navío dio un nuevo bandazo provocado por el peso del muerto apoyado en el timón.

Thom llegó cojeando desde la escotilla, vestido con capa y calzoncillos, abriendo la contraventana de un candil.

—Has tenido suerte. Uno de esos tipos de abajo llevaba esta linterna. Podría haber incendiado el barco. —La luz iluminó la empuñadura de un cuchillo clavado en el pecho de un hombre cuyos fijos ojos tenían el sello de la muerte. Mat nunca lo había visto; estaba seguro de que habría recordado a alguien con tantas cicatrices en la cara. Thom apartó de un puntapié la daga que reposaba en la mano abierta del desconocido, luego se encorvó para recuperar su cuchillo y limpió la hoja en la capa del cadáver—. Mucha suerte, chico. Muchísima suerte.

Había una cuerda atada a la barandilla de popa. Thom se acercó y alumbró hacia abajo. Mat se reunió con él. En el otro extremo del cabo había una de las pequeñas barcas del Puerto del Sur, con el fanal apagado, entre cuyos remos había dos individuos más.

—¡Que el Gran Señor me lleve, es él! —exclamó uno de ellos. El otro se precipitó hacia la cuerda para deshacer el nudo atado a su embarcación.

—¿Quieres matar también a esos dos? —preguntó Thom con voz tan atronadora como si estuviera actuando.

—No, Thom —respondió quedamente Mat—. No.

Los ocupantes de la barca debían de haber oído la pregunta, pero no la respuesta,

puesto que desistieron en su intento de desatar la cuerda y saltaron al agua. Luego se escuchó cómo chapoteaban en el río tratando de ganar la orilla.

—Insensatos —murmuró Thom—. El cauce se estrecha un poco después de Tar Valon, pero aun así debe de tener más de medio kilómetro de ancho aquí. No conseguirán llegar a tierra.

—¡Por la Ciudadela! —gritó alguien saliendo a cubierta—. ¿Qué ocurre aquí? ¡Hay dos cadáveres en el pasillo! ¿Qué hace Vasa tumbado en el timón? ¡Nos va a hacer embarrancar! —Vestido sólo con los calzoncillos, Mallia corrió hacia el timón, apartó sin contemplaciones al muerto y enderezó el rumbo—. ¡Éste no es Vasa! Por mis barbas, ¿quiénes son todos estos hombres muertos?

A la cubierta iban llegando descalzos marineros y asustados pasajeros envueltos en capas y mantas. Escudándose con el cuerpo, Thom deslizó el cuchillo bajo la cuerda y la sesgó. La barca comenzó a rezagarse en la oscuridad.

—Bandidos de río, capitán —dijo—. El joven Mat y yo hemos salvado vuestro barco de su asalto. De no ser por nosotros, seguramente nos habrían pasado a cuchillo a todos. Tal vez deberíais reconsiderar la tarifa de vuestro pasaje.

—¡Bandidos! —exclamó Mallia—. ¡Los hay por montones en las proximidades de Cairhien, pero nunca he oído que causaran un incidente tan al norte!

—Los amedrentados viajeros se pusieron a murmurar sobre bandidos y cuchilladas.

Mat se dirigió con paso tieso a la escotilla.

—Es un tipo duro —oyó decir a Mallia tras él—. No me consta que Andor emplee a asesinos, pero por mis barbas que este joven tiene una extraordinaria sangre fría.

Mat bajó a trompicones la escalera, pasó por encima de los dos cadáveres del corredor y cerró con un portazo el camarote del capitán. Antes de llegar a la cama se puso a temblar como un azogado y hubo de hincarse de rodillas en el suelo. «Luz, ¿a qué estoy jugando? He de saber en qué juego participo si pretendo ganar. Luz, ¿qué juego es?»

Mientras tocaba quedamente con la flauta *Rosa de la mañana*, Rand contemplaba la hoguera sobre cuyas llamas asaba un conejo ensartado en un palo. La brisa nocturna hizo ondular el fuego; él apenas percibía el aroma del conejo, aunque por su mente cruzó el vago pensamiento de que habría de procurarse sal en el próximo pueblo o ciudad por el que pasara. *Rosa de la mañana* era una de las melodías que había interpretado en aquellas bodas.

«¿Cuántos días han transcurrido desde entonces? ¿Fueron tantas las bodas o solamente lo imaginé? ¿Todas las mujeres del pueblo decidieron casarse a la vez? ¿Cómo se llamaba? ¿Estaré enloqueciendo ya?»

El sudor le perlaba la frente, pero él siguió tocando de manera casi inaudible, con

la mirada perdida en el fuego. Moraine le había dicho que era ta'veren. Todo el mundo aseguraba que era ta'veren. Tal vez lo fuera realmente. Esa clase de personas… cambiaban el curso de los acontecimientos a su alrededor. Un *ta'veren* podría haber provocado todas esas bodas. Aquella hipótesis estaba relacionada, sin embargo, con algo que su pensamiento prefería rehuir.

«Dicen que soy el Dragón Renacido. Todos lo dicen. Lo dicen los vivos y los muertos. No por eso ha de ser cierto. Tuve que dejar que me proclamaran. Fue una cuestión de deber. No tenía alternativa, pero no por eso ha de ser verdad.»

No paraba de tocar una y otra vez esa canción. Le recordaba a Egwene. Antes pensaba que un día se casaría con ella. Pero desde entonces parecía haber pasado mucho tiempo y ya nada quedaba de sus proyectos. Ella se le había aparecido, no obstante, en sueños. «Puede que fuera ella. Su cara. Era su cara.»

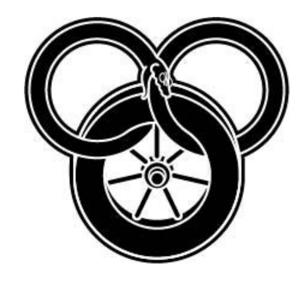
Pero por sus sueños habían desfilado muchos rostros conocidos: Tam, su madre, Mat y Perrin. No eran realmente ellos, por supuesto. Sólo sus caras, materializadas en Engendros de la Sombra. Eso era lo que él creía. Aun dormido, lo perseguían los Engendros de la Sombra. ¿Eran sólo sueños? Sabía que algunos de ellos eran reales y que otros no eran más que sueños o pesadillas donde se expresaban sus deseos y temores. ¿Pero cómo distinguirlos? Min lo había visitado en sueños una noche… y había tratado de clavarle un cuchillo en la espalda. Todavía le sorprendía el dolor que ello le había causado. Se había confiado y había permitido que se acercara a él. En compañía de Min, jamás había experimentado la necesidad de mantenerse en guardia, a pesar de lo que ella percibía al mirarlo. Estar con ella había sido un bálsamo para sus heridas.

«¡Y luego intentó matarme!» La música se agudizó en discordante chirrido, tras el cual volvió la calma. «No era ella sino un Engendro de la Sombra con su cara. De todos ellos, Min es la que menos me querría algún mal.» No sabía a ciencia cierta a qué se debía esa convicción, pero estaba seguro de no equivocarse.

Tantos rostros poblaban sus sueños… Selene había acudido, fría y misteriosa y tan deseable que sólo de pensar en ella notaba sequedad en la boca, y, tal como había hecho antes —hacía siglos, se le antojaba—, le había ofrecido gloria, pero ahora era la espada lo que le instaba a tomar. Y con la espada la obtendría a ella. *Callandor*. Esa arma siempre estaba presente en sus sueños. Siempre. Y rostros burlones. Manos, que introducían a empellones a Egwene, Nynaeve y Elayne en jaulas, que les tendían trampas, que las golpeaban. ¿Por qué había de provocarle más lágrimas la suerte de Elayne que la de sus dos compañeras?

Le daba vueltas la cabeza. Le dolía la cabeza tanto como el costado, y seguía tocando quedamente en la noche *Rosa de la mañana* con el rostro empapado en sudor, reacio a entregarse al sueño, por temor a soñar.

33



Entre los hilos del tejido

Desde la silla del caballo, Perrin miraba con estupor la lisa piedra medio oculta por las hierbas a un lado del camino. Aquella vía de tierra apelmazada, que en aquel tramo próximo al río Manetherendrelle y a la frontera con Lugard recibía ya el nombre de camino de Lugard, había estado antiguamente pavimentada, según les había informado Moraine dos días antes, y de trecho en trecho todavía se abrían camino hasta la superficie algunos trozos de piedras. Aquél en concreto tenía una marca muy extraña.

De haber sido posible que los perros dejaran huellas en la piedra, habría jurado que aquello era la pisada de un gran sabueso. A su alrededor no se advertía ningún rastro de perro, ni siquiera en la tierra más blanda de los márgenes, ni tampoco su olor. Su olfato sólo captaba el tenue vestigio dejado en el aire por algo quemado, casi idéntico al olor sulfuroso producido por el lanzamiento de fuegos de artificio. Más adelante, en la intersección del camino con el río, había un pueblo; tal vez los niños se habían escapado hasta allí para encender algunos cohetes sustraídos a los Iluminadores.

«Demasiado lejos para los niños.» Pero había visto granjas. Podrían haber sido chiquillos que habitaban los caseríos de los alrededores. «Sea lo que sea, no tiene nada que ver con esa marca. Los caballos no vuelan, y los perros no dejan sus huellas grabadas en la piedra. Estoy demasiado fatigado para hilar bien los pensamientos.»

Bostezando, hincó los talones en los flancos de su caballo pardo y éste emprendió el galope detrás de los demás. Moraine había impuesto una dura marcha desde que habían abandonado Jarra, y nadie esperaba a quien se detuviera aunque sólo fuera un momento. Cuando la Aes Sedai se fijaba un objetivo, era tan inflexible como el hierro forjado a martillo. Loial había desistido de leer a caballo seis días antes, después de que al levantar la mirada del libro se había encontrado un kilómetro rezagado de los demás, que ya se perdían de vista tras una colina.

Perrin aminoró el paso de *Brioso* al lado de la gran montura del Ogier, detrás de la yegua blanca de Moraine, y bostezó de nuevo. Lan se había adelantado a explorar

el terreno. Faltaba poco más de una hora para que el sol se pusiera bajo las copas de los árboles, pero el Guardián había dicho que antes del anochecer llegarían a un pueblo llamado Remen, situado a orillas del Manetherendrelle. Perrin abrigaba ciertos recelos respecto a lo que les aguardaba allí. Aunque no sabía qué sería, durante los días transcurridos desde su estancia en Jarra su aprensión había ido en aumento.

—No comprendo cómo no puedes dormir —le comentó Loial—. Cuando por fin nos permite hacer un alto para pasar la noche, estoy tan cansado que me dormiría de pie.

Perrin se limitó a sacudir la cabeza. ¿Cómo iba a explicarle a Loial que no se atrevía a entregarse a un sueño profundo, que incluso en la especie de duermevela que consentía en conciliar los sueños no paraban de turbarlo? Como aquel tan extraño en que había visto a Egwene y *Saltador*. «Bueno, no es raro que sueñe con ella. Luz, ¿cómo estará? A buen recaudo en la Torre, aprendiendo a ser una Aes Sedai. Verin cuidará de ella, y también de Mat.» Consideraba ocioso desear que alguien cuidara de Nynaeve; en su opinión quienes debían tomar precauciones eran las personas que se hallaran cerca de ella.

No quería pensar en *Saltador*. Por el momento lograba mantener fuera de su mente a los lobos vivos, aun al precio de sentirse manipulado y golpeado por el martilleo de un precipitado herrero; le horrorizaba la noción de que un lobo muerto estuviera filtrándose entre los muros que erigía. Abrió bien los ojos, resuelto a no dejar entrar ni siquiera a *Saltador*.

Las pesadillas no eran lo único que le quitaba el sueño. Habían encontrado otras señales del paso de Rand. Entre Jarra y el río Eldar no habían advertido ninguna, pero, después de cruzar el Eldar por un puente de piedra que se elevaba sobre una profunda quebrada, habían dejado atrás, reducido a cenizas, un pueblo llamado Sidon. No había quedado ni un edificio en pie. Entre las ruinas solamente permanecían erguidas algunas paredes de piedra y chimeneas.

Los tiznados lugareños contaban que una linterna volcada en un establo había provocado el incendio y que luego el fuego se había descontrolado y que una complicación tras otra les había impedido sofocarlo. La mitad de los cubos que habían encontrado estaban agujereados. Todas las paredes que ardían habían caído hacia afuera en lugar de hacia adentro, propagando el fuego a las casas contiguas. Las vigas en llamas de la posada habían ido a parar inexplicablemente al pozo principal de la plaza, con lo cual no habían podido sacar más agua de él, y las casas se habían desmoronado justo encima de los otros tres pozos. Incluso el viento parecía haber modificado varias veces de rumbo, dispersando las llamas en todas las direcciones.

No había tenido necesidad de preguntar a Moraine si la presencia de Rand había sido la causa de aquello; su semblante, frío como el hierro, había bastado como

respuesta. El Entramado tomaba forma en torno a Rand, y las leyes del azar se trastocaban.

Después de Sidon habían pasado por cuatro aldeas donde sólo el rastreo de Lan les indicó que Rand había proseguido camino. Rand iba a pie ahora. Habían encontrado su caballo no muy lejos de Jarra, muerto, con señales de mordeduras de lobos o de perros salvajes. En esa ocasión Perrin había estado a punto de establecer contacto con los lobos, en especial cuando Moraine había alzado la vista del animal y la había fijado en él. Por fortuna, Lan había hallado huellas de las botas de Rand, una de las cuales tenía una marca triangular en el tacón. A pie o a caballo, empero, se las componía para mantener la delantera sobre ellos.

En los cuatro pueblos posteriores a Sidon, la experiencia más excitante que todos recordaban era haber visto llegar a Loial y descubrir que era un Ogier de verdad. Estaban tan impresionados con él que apenas si repararon en los ojos de Perrin, y si lo hicieron… Bueno, si los Ogier eran reales, los hombres podían tener los ojos de todos los colores imaginables.

Después de esto llegaron, no obstante, a un lugar llamado Willar, y en él estaban de festejos. De la fuente de la plaza del pueblo volvía a manar agua, tras un año entero en que habían tenido que acarrearla desde un arroyo situado a más de un kilómetro después de que todos los esfuerzos por encontrar pozos hubieran sido infructuosos y la mitad de la población hubiera abandonado sus casas. Willar seguiría existiendo después de todo. En un solo día se habían sucedido tres poblaciones donde nada extraordinario había ocurrido y luego habían visitado Samaha, donde todos los pozos se habían secado a la vez la noche anterior y la gente mencionaba entre murmullos al Oscuro; después habían pasado por Tallan, donde el día anterior todas las viejas rencillas de los lugareños habían aflorado repentinamente, desbordándose como letrinas repletas, y habían tenido que producirse tres asesinatos para que todos recobraran la cordura; y finalmente Fyall, donde la perspectiva de cosecha se presentaba ese año más aciaga que nunca, pero, excavando cerca de su casa, el alcalde había encontrado varios sacos de cuero podrido llenos de oro y con ello había ahuyentado el fantasma del hambre. Ningún habitante de Fyall reconocía las gruesas monedas, con el rostro de una mujer en una cara y un águila en la otra; Moraine dijo que habían sido acuñadas en Manetheren.

Una noche, cuando estaban sentados en torno al fuego, Perrin se decidió a consultar a la Aes Sedai el sentido de todo aquello.

—Después de lo de Jarra, creía… Estaban todos tan contentos, con las bodas. Incluso los Capas Blancas quedaron simplemente en ridículo. Lo de Fyall tampoco me pareció mal, ya que era imposible que Rand hubiera intervenido en las malas perspectivas de la cosecha que ya se dejaban sentir antes de que él llegara, y ese oro ha sido providencial, pero lo demás… Ese pueblo arrasado por el fuego, y los pozos

secos de repente y… Eso es algo maligno, Moraine. No puedo creer que Rand sea malo. Es posible que el Entramado esté tomando forma a su alrededor, pero ¿cómo puede ser maligno el Entramado? Es una incongruencia, y todas las cosas deben tener un sentido. Si uno fabrica una herramienta que carece de aplicación, no hace más que desperdiciar el metal. El Entramado no produciría nada gratuito.

Lan le dirigió una irónica mirada y se adentró en la oscuridad para realizar una ronda en torno al campamento. Loial, ya tumbado bajo las mantas, alzó la cabeza para escuchar con las orejas enhiestas.

Moraine guardó silencio un momento, calentándose las manos. Al cabo tomó la palabra sin dejar de contemplar las llamas.

—El Creador es bueno, Perrin. El Padre de las Mentiras es malo. El Entramado de una Era, la propia Urdimbre de las Eras, no es ni una cosa ni otra. El Entramado es lo que es. La Rueda del Tiempo teje todas las vidas, todos los actos, incorporándolos al Entramado. La retícula que se compone de un solo color no es tal. Para el Entramado de una Era, el bien y el mal son la trama y la urdimbre.

Tres días más tarde, cabalgando en el crepúsculo, Perrin aún experimentaba la misma desazón que había sentido al escucharle pronunciar aquellas palabras. Él quería creer que el Entramado era bueno por principio. Quería creer que, cuando los hombres obraban mal, actuaban en contra del Entramado, tergiversando el curso de sus hilos. Para él el Entramado era la delicada y compleja creación de un maestro herrero. La idea de que con el acero de calidad se mezclara despreocupadamente latón y materiales aún peores lo dejaba helado.

—A mí me preocupa —murmuró quedamente—. Luz, me preocupa.

Moraine se volvió a mirarlo y él calló, preguntándose qué era lo que le importaba a la Aes Sedai al margen de Rand.

Unos minutos más tarde Lan regresó y situó su negro caballo de guerra junto a la yegua de Moraine.

—Remen se encuentra justo al otro lado de la colina —anunció—. Según parece, han tenido un par de días agitados.

—¿Rand? —inquirió Loial moviendo las orejas.

—No lo sé. Tal vez Moraine pueda comprobarlo cuando lo vea. —La Aes Sedai le dirigió una escrutadora mirada y, espoleando a su blanca montura, aligeró el paso.

Al coronar la colina, divisaron Remen junto al río. No había ningún puente para atravesar el Manetherendrelle, cuyo cauce alcanzaba una anchura superior a un kilómetro allí, pero se veían dos barcazas abarrotadas de gente, impulsadas por largos remos, y otra casi vacía que regresaba. Aparte de aquél, había tres embarcaderos más donde estaba atracada una docena de barcos mercantes, algunos de ellos de tres mástiles y otros de dos. Unos cuantos almacenes de piedra gris separaban los muelles de la población en sí, cuyos edificios parecían, asimismo, de piedra en su mayoría,

aunque con tejados de tejas que cubrían toda la gama de colores del amarillo al púrpura, y las calles estaban dispuestas concéntricamente en torno a la plaza principal.

Moraine se subió la capucha de la capa para ocultar su rostro antes de bajar la ladera.

Como de costumbre, la gente se quedó mirando con fascinación a Loial, pero en aquella ocasión Perrin escuchó la palabra «Ogier» entre los murmullos de asombro. Loial se mantenía más erguido en la silla de lo habitual, con las orejas enhiestas y un esbozo de sonrisa en la ancha boca. Hacía esfuerzos evidentes para disimular su complacencia, pero parecía tan encantado como un gato al que le rascaran la oreja.

Perrin no percibió en Remen nada que difiriera de los otros pueblos —estaba impregnada de aromas propios de las poblaciones y de olor a hombres, a los cuales se sumaban, como era natural, los efluvios del río— y ya estaba interrogándose acerca del sentido de las palabras de Lan cuando olió algo que le erizó el vello de la nuca. No bien lo había captado, se desvaneció como un pelo caído en las brasas. Pese a ello lo reconoció, pues era el mismo olor que había percibido en Jarra, que, al igual que ahora, se había esfumado de forma instantánea. No era un Degenerado ni un Nonacido —¡trolloc, demonios, y no un Degenerado! ¡Tampoco un Nonacido! ¡Un Myrddraal, un Fado, un Semihombre, cualquier cosa menos un Nonacido!—. No era un trolloc ni un Fado y el hedor que había dejado era, no obstante, igual de punzante y repugnante. Pero lo que despedía ese olor no dejaba un rastro permanente, al parecer.

Entraron en la plaza del pueblo. Uno de los grandes bloques de piedra del pavimento había sido arrancado justo en el medio para erigir una picota. En la tierra habían clavado una viga con un travesaño del cual pendía una jaula de hierro a unos tres metros de altura. En su interior, sentado con las rodillas dobladas, la única postura que le permitía el reducido espacio, había un hombre muy alto vestido con ropas grises y pardas al que arrojaban piedras tres niños. El enjaulado miraba al frente, sin inmutarse cada vez que una piedra entraba por los barrotes, pese a que por su rostro bajaba más de un reguero de sangre. Los lugareños que pasaban por allí no prestaban más atención a los chiquillos que a su víctima, aun cuando todos dirigían sin excepción la mirada a la jaula, las más de las veces con ademán de aprobación, y algunas con temor.

Moraine exhaló un sonido gutural que hubiera podido interpretarse como una señal de disgusto.

—Hay más —dijo Lan—. Ven. Ya he encargado habitaciones en la posada. Creo que te parecerá interesante.

Mientras cabalgaba tras ellos, Perrin mantuvo la cabeza girada para observar al hombre. Le recordaba a alguien y no sabía a quién.

—No deberían hacerlo. —La cavernosa voz de Loial rozaba la irritación de un gruñido—. Los niños, quiero decir. Los mayores deberían impedírselo.

—Sí —convino distraídamente Perrin. «¿Por qué me resulta familiar?»

En el letrero que presidía la puerta de la posada adonde los condujo Lan, en las proximidades del río, se leía La forja del viajero, lo cual interpretó Perrin como un buen augurio, aunque en el local no había nada que sugiriera una herrería salvo el hombre de delantal de cuero con un martillo pintado en él. El gran edificio de tres pisos, de tejado cárdeno y cuadrados bloques de piedra gris, con amplias ventanas y puertas adornadas con volutas, parecía albergar un próspero negocio. Los mozos de cuadra acudieron corriendo a hacerse cargo de los caballos, dedicándoles reverencias que acentuaron cuando Lan les lanzó unas monedas.

Una vez dentro, Perrin se quedó mirando con asombro a la gente. Le pareció que los hombres y mujeres que ocupaban las mesas lucían sus ropas de fiesta, en las que se apreciaban más bordados en las chaquetas y encajes en los vestidos, más cintas y pañuelos de colores de los que había visto en mucho tiempo. Los únicos que vestían con sencillez eran cuatro individuos juntos en una mesa, los únicos que no alzaron con expectación la mirada ni interrumpieron su conversación cuando entró la comitiva. Perrin alcanzó a distinguir algo de lo que decían, acerca de las ventajas como cargamento de los pimientos de hielo sobre las pieles y el efecto que podría haber causado en los precios de Saldaea la agitación reinante, y dedujo que eran capitanes de barcos mercantes. Los demás eran seguramente lugareños. Incluso las camareras parecían llevar sus atuendos de gala, cuyos bordados y encajes asomaban bajo los largos delantales.

En la cocina estaba preparándose gran cantidad de comida; hasta él llegaba el aroma a cordero, pollo y buey, así como a verdura. Y a un pastel de especias que por un momento le hizo olvidar la carne.

Salió a recibirlos con reverencias un gordo y calvo posadero de relucientes ojos castaños y lisa y sonrosada tez. De no haber acudido directamente a ellos, Perrin jamás habría adivinado que él era el dueño, pues, en lugar del acostumbrado delantal blanco, llevaba, al igual que todos sus clientes, una chaqueta de gruesa lana azul cubierta de bordados blancos y verdes que, sin duda, era la causante de su copioso sudor.

«¿Por qué van todos endomingados?», se preguntó Perrin.

—Ah, maese Andra —saludó a Lan el posadero—. Y un Ogier, tal como habéis dicho. No es que no os creyera, claro está, con todo lo que ha pasado y además tratándose de vuestra palabra. ¿Por qué no un Ogier? Ah, amigo Ogier, no podéis imaginar el placer que me produce teneros en mi casa. Una presencia que encaja y corona los acontecimientos. Ah, y la señora… —Sus ojos se posaron en la seda azul de su vestido y en la calidad de la lana de la capa, perceptible a pesar del polvo del

camino—. Perdonadme, lady, por favor. —Realizó una pronunciadísima reverencia —. Maese Andra no especificó vuestra condición, lady. No era mi intención ofenderos. Sed más bienvenida si cabe que el amigo Ogier, lady. Tened a bien no ofenderos por la distracción de Gainor Furlan.

—Desde luego que no. —Con voz calmada, Moraine aceptó el tratamiento que Furlan le había otorgado. No era, ni de lejos, la primera vez que la Aes Sedai ocultaba su verdadera identidad o condición, como tampoco constituía una novedad que Lan utilizara el nombre de Andra. Con la capucha todavía cubriendo sus suaves rasgos de Aes Sedai, la mujer retenía en torno a sí la capa con una mano como si tuviera frío, y no lo hacía con la mano en que llevaba el anillo con la Gran Serpiente—. Tengo entendido que han ocurrido sucesos extraordinarios en vuestro pueblo, posadero. Confío en que no se trate de algo inquietante para los viajeros.

—Ah, lady, hasta podría calificarse de extraño. Sólo vuestra radiante presencia honra con creces esta humilde casa, lady, y además viniendo en compañía de un Ogier, pero en Remen tenemos también cazadores; justo aquí mismo, en La forja del viajero. Cazadores del Cuerno de Valere, que partieron de Illiana en busca de aventuras. Y, en efecto, han hallado aventuras, lady, y aquí en Remen, o tan sólo algo más de un kilómetro río arriba, luchando, quién lo diría, con Aiel. ¿Os imagináis salvajes Aiel de rostro velado en Altara, lady?

Aiel. Ahora comprendía Perrin por qué le resultaba familiar el hombre enjaulado. En una ocasión había visto a un Aiel, uno de aquellos feroces, casi legendarios habitantes de la inhóspita tierra llamada el Yermo. Ese Aiel de ojos grises y pelo rojizo, más alto que la mayoría de la gente, se parecía mucho a Rand y, como el individuo de la jaula, iba vestido con tonos marrones y grises que se confundían fácilmente entre las rocas y la maleza y calzado con botas de flexible cuero atadas con cintas hasta la altura de la rodilla. Perrin volvió a escuchar con la mente las palabras de Min. «Un Aiel en una jaula. Un punto crucial en tu vida, o algo importante que ocurrirá.»

—¿Por qué habéis…? —Calló para carraspear y atenuar la ronquera de su voz—. ¿Cómo ha llegado a parar un Aiel a la jaula que cuelga en la plaza?

—Ah, joven señor, ésa es una historia que… —Furlan interrumpió la frase para observarlo de hito en hito, fijándose en su sencilla vestimenta de campesino, el largo arco que llevaba en la mano, el hacha y el carcaj que pendían de su cinturón. El gordo posadero se sobresaltó cuando llegó el turno de su escrutinio a la cara de Perrin, como si, con una dama y un Ogier presentes, acabara de reparar en los ojos amarillos de Perrin—. ¿Es un criado, maese Andra? —inquirió con cautela.

—Respondedle —fue cuanto contestó Lan.

—Ah. Ah, desde luego, maese Andra. Pero ahí llega alguien que puede explicároslo mejor que yo. El propio lord Orban en persona. Para escucharlo a él nos

habíamos reunido todos aquí.

Un joven de cabellos oscuros con una venda en las sienes y ataviado con una chaqueta roja y unos calzones con la pernera izquierda cortada de rodilla para abajo para no estorbar los vendajes que la cubrían bajaba por la escalera con la ayuda de unas muletas. La gente del pueblo se puso a murmurar como si viera algún prodigio. Los capitanes de barco continuaron charlando tranquilamente, centrados de pleno en el tema de las pieles.

Pese a afirmar que el joven de la chaqueta roja era el más indicado para contar la historia, Furlan no se hizo rogar.

—Lord Orban y lord Gann pelearon contra veinte salvajes Aiel sólo con diez criados. Ah, fue una lucha enconada y dura, en la que se recibieron heridas en ambos bandos. Seis buenos criados murieron y nadie salió ileso, en especial lord Orban y lord Gann, pero acabaron con todos los Aiel, salvo con los que se dieron a la fuga y el que hicieron prisionero. Es el que habéis visto en la plaza, donde no molestará más a la gente de la comarca con su barbarie, ni tampoco los muertos.

—¿Os han causado problemas los Aiel en la zona? —preguntó Moraine.

Perrin estaba igual de extrañado, y no menos consternado. Si la gente aún utilizaba la expresión «Aiel de rostro velado» para caracterizar a alguien violento, era como testimonio de la impresión que había dejado la Guerra de Aiel, pero de ella hacía ya veinte años y desde entonces los Aiel no habían vuelto a abandonar el Yermo. «Pero yo vi a uno a este lado de la Columna Vertebral del Mundo, y ahora ya he visto dos.»

—Ah. Ah, no, lady, no exactamente —repuso, rascándose la calva, el posadero—. Pero podéis estar segura de que los hubiéramos tenido, con veinte salvajes sueltos. Hombre, todo el mundo recuerda cómo mataron, arrasaron y quemaron cuanto encontraron de camino a Cairhien. De este mismo pueblo se sumaron hombres a los ejércitos que participaron en la batalla de las Murallas Resplandecientes, cuando las naciones se aliaron para expulsarlos. En ese tiempo yo padecía de una lesión en la espalda y no pude ir, pero me acuerdo muy bien, igual que todos. Cómo o por qué vinieron aquí, tan lejos de su tierra, no lo sé, pero lord Orban y lord Gann nos han librado de ellos. —Los endomingados parroquianos emitieron un murmullo de aprobación.

El propio Orban atravesó renqueando la sala, sin dar muestras de ver a nadie más que al posadero. Perrin notó olor a vino rancio aun antes de que se acercara.

—¿Dónde se ha metido esa vieja con sus hierbas, Furlan? —preguntó con rudeza Orban—. A Gann le duelen las heridas y a mí parece que me vaya a estallar la cabeza.

—Ah, la madre Leich volverá por la mañana, lord Orban —informó Furlan con una reverencia tan profunda que casi tocó el suelo con la cabeza—. Un parto, señor. Pero ha dicho que ha suturado y aplicado cataplasmas a vuestras heridas y a las de

lord Gann y que no había de qué preocuparse. Ah, lord Orban, estoy seguro de que vendrá a veros mañana a primera hora.

Orban murmuró algo para sí, inaudible para oídos menos aguzados que los de Perrin, quejándose de quedar relegado por una campesina «pariendo su camada» y de que le habían «cosido como un saco de comida». Desplazó su malhumorada y furibunda mirada y por primera vez pareció reparar en los recién llegados. A Perrin no le concedió más que una ojeada, lo cual no le sorprendió en lo más mínimo. Sus ojos se desorbitaron un poco al ver a Loial —«Ha visto otros Ogier», interpretó Perrin, «pero no esperaba encontrar uno aquí»—, se entornaron al fijarse en Lan —«Reconoce a un guerrero al primer vistazo, y no le agrada ver a uno»— y se iluminaron cuando se inclinó para atisbar bajo la capa de Moraine, a pesar de que no se hallaba lo bastante cerca como para verle la cara.

Perrin resolvió no abrigar sospechas en lo concerniente a la impresión que pudiera haberle causado la Aes Sedai e hizo votos porque Moraine y Lan adoptaran igual actitud. Un chisporroteo en los ojos del Guardián le indicó, sin embargo, que éste recelaba algo.

—¿Erais doce luchando contra veinte Aiel? —inquirió con voz inexpresiva Lan.

—Sí —respondió Orban, pestañeando e irguiéndose con fingida desenvoltura—. Cuando se va en busca del Cuerno de Valere, cabe esperar experiencias como ésta. No ha sido el primer obstáculo para Gann y para mí, ni tampoco el último que hallemos antes de encontrar el Cuerno. Si la Luz nos ilumina. —Por el tono empleado, quedaba claro que la Luz no podía dejar de ponerse de su parte—. No siempre hemos combatido contra Aiel, por supuesto, pero hay gente que constantemente se interpondría en el camino de los cazadores si pudiera. Gann y yo no nos arredramos fácilmente. —Los lugareños emitieron nuevos murmullos de adhesión, y Orban enderezó aún más la espalda.

—Habéis perdido seis hombres y tomado a uno prisionero. —En la voz de Lan era difícil inferir si lo consideraba un buen intercambio o todo lo contrario.

—Sí —corroboró Orban—, y dimos muerte al resto, exceptuando a los que se dieron a la fuga. Seguramente estarán escondiendo a sus muertos; he oído decir que lo hacen. Los Capas Blancas han salido a buscarlos, pero nunca los encontrarán.

—¿Hay Capas Blancas aquí? —inquirió Perrin con vivacidad.

Orban le dirigió una breve mirada y desdeñó contestarle a él.

—Los Capas Blancas siempre se entrometen donde no los llaman —explicó, dirigiéndose a Lan—. Son todos unos patanes incompetentes. Sí, batirán los alrededores durante días, pero dudo que encuentren algo más que sus propias sombras.

—Supongo que sí —convino Lan.

El vendado joven miró con entrecejo fruncido a Lan como si vacilara respecto al

sentido que había de atribuir a sus palabras y luego volvió a encararse al posadero.

—Vais a ir a buscar a esa vieja, ¿entendido? Tengo la cabeza a punto de estallar.

Tras dedicar una última mirada a Lan, se alejó cojeando y subió de uno en uno los escalones, seguido por los murmullos de admiración que despertaba un cazador del Cuerno que había abatido a varios Aiel.

—Éste es un pueblo donde ocurren muchas cosas. —La cavernosa voz de Loial atrajo todas las miradas. Salvo las de los marinos, que parecían hablar de cuerdas, por lo que Perrin alcanzaba a oír—. A donde quiera que voy, los humanos hacéis cosas, corréis apresurados, acelerando el curso de los acontecimientos. ¿Cómo podéis soportar tanto trajín?

—Ah, amigo Ogier —dijo Furlan—, el anhelo de excitación es propio de los humanos. Cuánto lamento no haber podido marchar con los ejércitos hasta las Murallas Resplandecientes. Y os diré más…

—Nuestras habitaciones. —Aun cuando no había alzado la voz, la intervención de Moraine interrumpió la charla del posadero con la contundencia de un afilado cuchillo—. Andra ha encargado habitaciones, ¿verdad?

—Ah, lady, disculpadme. Sí, maese Andra ha pedido habitaciones. Perdonadme, por favor. Es toda la excitación, que me tiene fuera de mí. Tened la bondad de perdonadme, lady. Por aquí, si sois tan amables. —Deshaciéndose en reverencias y disculpas y sin parar de hablar ni un instante, Furlan los condujo a la escalera.

Ya arriba, Perrin se detuvo para mirar atrás. Oía «lady» y «Ogier» entre murmullos y sentía todos los ojos centrados en ellos, pero tenía la sensación de notar un par de ellos en particular, alguien que no miraba a Moraine ni a Loial, sino a él.

No le costó localizarla, pues, aparte de que permanecía apartada de los demás, era la única mujer en la sala cuya indumentaria no adornaba ni el más breve pedazo de encaje. Su vestido gris oscuro, casi negro, de holgadas mangas y estrecha falda dividida para montar a caballo, sin ningún detalle de fantasía, era tan austero como la vestimenta de los capitanes de barco. Bajo el dobladillo asomaban unas botas de cuero blanco. Era joven, aproximadamente de su misma edad, y alta, con una melena negra que le llegaba a los hombros que enmarcaba un rostro con una prominente nariz, una generosa boca, pómulos pronunciados y oscuros ojos ligeramente achinados. No supo si atribuirle el calificativo de hermosa o no.

En cuanto dirigió la mirada hacia ella, se giró para hablar con una de las camareras y no volvió a dirigir la vista hacia la escalera, pero él tuvo la certeza de no haberse equivocado: había estado observándolo a él.

34



Una danza diferente

Concentrado como estaba en interrogarse sobre si la chica de pelo negro sabría qué significaba tener los ojos amarillos, Perrin no prestó oídos al ininterrumpido parloteo de Furlan. «Diantre, estaba mirándome a mí.» Entonces oyó las palabras «proclamando al Dragón en Ghealdan» y pensó que las orejas iban a aguzársele tanto como las de Loial.

—¿Hay otro falso Dragón, posadero? —preguntó Moraine, deteniéndose en seco en el umbral de la puerta de su habitación—. ¿En Ghealdan?

Aunque la capucha de la capa aún le tapaba la cara, su voz traicionaba una profunda consternación. Pese a estar pendiente de la respuesta del hombre, Perrin no pudo evitar fijar la mirada en ella; olía a algo muy próximo al miedo.

—Ah, lady, no tenéis de qué preocuparos. Nadie os importunará aquí, a cien leguas de Ghealdan, y menos teniendo cerca a maese Andra y a lord Orban y lord Gann. Caramba si…

—¡Respondedle! —lo conminó tajantemente Lan—. ¿Hay un falso Dragón en Ghealdan?

—Ah. Ah, no, maese Andra, no exactamente. He dicho que hay un hombre proclamando el advenimiento del Dragón en Ghealdan, tal como me contaron hace unos días. Anunciando su llegada, por así decirlo. Predicando las alabanzas de ese tipo que estaba en Tarabon, de quien se habló tanto. Aunque algunos aseguran que fue en Arad Doman y no en Tarabon. Muy lejos de aquí en todo caso. Verdad es que, en otras circunstancias, no se habría hablado de otra cosa, salvo quizá de las habladurías que corren acerca del regreso del ejército de Hawkwing… —Los fríos ojos de Lan podrían haber expresado la misma amenaza que el filo de un cuchillo, a juzgar por la manera como Furlan tragó saliva y se fregó las manos en la chaqueta—. Yo sólo sé lo que oigo, maese Andra. Dicen que ese individuo tiene una mirada que lo deja seco a uno y que proclama toda clase de insensateces, como que el Dragón viene a salvarnos, que todos hemos de seguirlo y que incluso las fieras lucharán al lado del Dragón. No sé si ya lo habrán arrestado. Es probable que sí, porque los

ghealdanos no iban a permitir tal clase de prédica durante mucho tiempo.

«Masema —pensó con asombro Perrin—. Es el condenado Masema.»

—Tenéis razón, posadero —convino Lan—. Sería raro que ese hombre causara problemas aquí. Una vez conocí a un tipo aficionado a hacer descabellados discursos. ¿Os acordáis de él, lady Alys? ¿De Masema?

—Masema —repitió Moraine, dando un respingo—. Sí, desde luego. Me había olvidado de él. —Recobró la firmeza en la voz—. La próxima vez que vea a Masema, sabrá lo que es bueno. —Cerró la puerta de su dormitorio con tal violencia que el ruido del golpe se propagó por todo el pasillo.

—¡Silencio! —gritó alguien al fondo—. ¡Tengo la cabeza a punto de estallar!

—Ah. —Furlan se frotó las manos hacia arriba y luego hacia abajo—. Ah. Disculpad que lo diga, maese Andra, pero lady Alys parece una mujer de mucho temperamento.

—Solamente con quienes la enojan —lo tranquilizó Lan—. Es más de temer su mordedura que sus ladridos.

—Ah. Ja, ja. Vuestras habitaciones están allí. Ah, amigo Ogier, cuando maese Andra me ha dicho que veníais, he hecho bajar del desván una antigua cama Ogier que llevaba más de trescientos años acumulando polvo. Ciertamente, es…

Como la roca de un río que ya no oye el rumor del agua, Perrin dejó que las palabras resbalaran sobre su conciencia. La joven de pelo negro lo tenía preocupado. Y también el Aiel enjaulado.

Lan no había hecho nada para disuadir al posadero de que él no era un criado y, en consecuencia, le habían reservado una reducida habitación trasera, en la que entró mecánicamente, aún absorto en sus pensamientos. Tomó la precaución de aflojar el arco, puesto que si lo mantenía constantemente tenso acabaría por dañar tanto el arco como la cuerda, lo apoyó en un rincón, descargó el fajo con la manta y las alforjas cerca del aguamanil y depositó la capa sobre ellos. Luego colgó los cinturones en que estaban prendidos el carcaj y el hacha en los clavos de la pared y estaba tentado de echarse en la cama cuando un gran bostezo le advirtió del riesgo en que incurriría. El lecho era estrecho y el colchón tenía muchos bultos y, aun así, aquélla le parecía la más seductora de las camas. Se sentó disciplinadamente en el taburete de tres patas y, siguiendo su natural tendencia a pensar con detenimiento las cosas, se puso a cavilar.

Al cabo de un rato Loial llamó a la puerta y asomó la cabeza. Las orejas del Ogier casi temblaban de excitación y su ancha sonrisa le llegaba de oreja a oreja.

—¡No vas a creerlo, Perrin! ¡Mi cama es de madera cantada! Debe de tener unos mil años, porque durante todo este milenio nadie ha cantado una pieza de tal tamaño. Yo mismo no me atrevería a intentarlo, y en estos tiempos soy uno de los que descuellan en ese talento. Bueno, a decir verdad, somos pocos los que disponemos de ese talento ahora. Pero estoy entre los mejores cantores de madera actuales.

—Qué interesante —dijo Perrin. «Un Aiel en una jaula. Eso es lo que dijo Min. ¿Por qué me observaba esa chica?»

—A mí me lo ha parecido. —Loial dejó traslucir cierta decepción porque Perrin no participara de su entusiasmo, pero éste sólo quería entregarse a sus reflexiones—. La cena está dispuesta abajo, Perrin. Han preparado los más exquisitos manjares por si los cazadores quieren algo, de modo que algo nos tocará a nosotros.

—Ve tú, Loial. Yo no tengo hambre.

Los aromas a carne asada que llegaban desde la cocina no cautivaron su atención. Apenas si se dio cuenta de que Loial se había ido.

Con las manos sobre las rodillas, bostezando de vez en cuando, trató de hallar respuesta a sus interrogantes. La situación era semejante a uno de aquellos rompecabezas que hacía maese Luhhan con piezas de metal que parecían inextricablemente soldadas. Pero, al igual que en las creaciones del herrero siempre había un truco para desencajar las arandelas y bolas de hierro, debía existir una explicación razonable para todo aquello.

La muchacha había estado mirándolo. El color de sus ojos podría haber sido la causa, pero eso no concordaba con la actitud que habían adoptado respecto a ellos el posadero y el resto de los presentes. Tenían un Ogier en quien fijarse, cazadores del Cuerno en la casa y una dama de visita, además de un Aiel enjaulado en la plaza. A su lado el color del iris de alguien era una fruslería, y más tratándose de un criado. «¿Entonces por qué estaba observándome precisamente a mí?»

Y el Aiel encerrado en la jaula. Lo que Min percibía era invariablemente importante. ¿Pero cómo? ¿Qué se suponía que debía hacer él? «Podría haber impedido que los niños siguieran apedreándolo. He debido hacerlo.» De nada le servía disculparse aduciendo que los mayores le habrían dicho que se ocupara de sus asuntos, que él era un forastero en Remen a quien no concernía en absoluto el Aiel. «He debido intentarlo.»

Como no encontrara respuestas, volvió a empezar por el principio y repasó pacientemente una y otra vez todos los detalles que le parecieron significativos. Su esfuerzo únicamente lo condujo a lamentarse por lo que había omitido hacer.

Al cabo de un rato cayó en la cuenta de que por fin había anochecido. Sólo la tenue luz de la luna que entraba por la única ventana amortiguaba la oscuridad de la habitación. Se acordó de la vela de sebo y el pedernal que había visto en la repisa de la estrecha chimenea, pero desechó encenderla. El brillo de la luna era suficiente para sus ojos. «He de hacer algo.»

Se ciñó el hacha y se paró, asombrado. Había sido un acto involuntario; llevar el arma se había convertido en algo tan natural para él como el simple hecho de respirar. Aunque le disgustaba admitir esa evidencia, mantuvo el cinturón sobre sus caderas y salió afuera.

La luz procedente de la escalera bañaba ligeramente el pasillo con un brillo casi deslumbrante por contraste con las tinieblas de su dormitorio. Desde la sala llegaban hasta él el sonido de las risas y las conversaciones y también el olor a comida de la cocina. Se encaminó a la parte delantera del edificio, llamó a la puerta de Moraine y entró. Luego se quedó parado, con el rostro encendido.

Moraine se tapó con la bata azul cielo que llevaba sobre los hombros.

—¿Deseas algo? —preguntó con frialdad.

Tenía un cepillo de plancha de plata en la mano y sus negros cabellos, que bajaban desparramados como oscuras olas por su cuello, relucían como si hubiera estado cepillándolos. Su habitación, con paneles de pulida madera en las paredes, lámparas con repujados de plata y un alegre fuego encendido en la amplia chimenea de ladrillos, era mucho más lujosa que la suya. En el aire flotaba un olor a jabón de rosas.

—Yo… pensaba que Lan estaba aquí —logró articular—. Como siempre estáis juntos, creía que…, que…

—¿Qué quieres, Perrin?

—¿Es esto obra de Rand? —preguntó tras aspirar profundamente—. Ya sé que Lan le ha seguido el rastro hasta aquí y que todo parece insólito: los cazadores, los Aiel… Pero, ¿ha sido él el causante?

—Yo diría que no. Lo sabré con más certeza cuando Lan me informe de lo que descubra esta noche. Con suerte, sus hallazgos nos ayudarán a efectuar la decisión que hemos de tomar.

—¿Una decisión?

—Rand podría haber cruzado el río y dirigirse a campo traviesa a Tear, o bien haber tomado un barco con destino a Illian con la intención de embarcar allí en otro que lo lleve hasta Tear. Aunque se da un rodeo de varias leguas, el viaje resulta más rápido por río.

—No creo que le demos alcance, Moraine. No sé cómo lo consigue, pero incluso a pie mantiene la delantera. Si Lan está en lo cierto, aún nos lleva medio día de ventaja.

—Estaría por sospechar que ha aprendido a viajar —admitió, frunciendo levemente el entrecejo, Moraine— de no ser porque en ese caso habría ido directamente a Tear. No, lleva la sangre de infatigables caminantes y corredores en las venas. De todos modos podríamos optar por proseguir por río. Si no puedo alcanzarlo, estaré en Tear pisándole los talones. O esperándolo.

Perrin se removió, inquieto, al percibir la fría promesa en su voz.

—En una ocasión me dijisteis que podíais detectar a los Amigos Siniestros; al menos a los que estaban totalmente corrompidos por la Sombra, y que Lan también poseía esa capacidad. ¿Habéis percibido algo así aquí?

La Aes Sedai emitió un sonoro resoplido y se volvió hacia un espejo de cuerpo entero con finos trabajos en plata engastados en las patas. Manteniendo la bata pegada al cuerpo con una mano, deslizó el cepillo por sus cabellos con la otra.

—Incluso entre los peores Amigos Siniestros son muy pocos los humanos que han llegado tan lejos, Perrin. —El cepillo se detuvo en el aire—. ¿Por qué lo preguntas?

—Abajo en la sala había una chica que me miraba fijamente. No estaba pendiente de vos y de Loial como todos los demás, sino de mí.

El cepillo volvió a entrar en movimiento, y una breve sonrisa curvó los labios de Moraine.

—A veces olvidas, Perrin, que eres un joven bien parecido. Algunas muchachas aprecian unos hombros con una buena musculatura. —Perrin exhaló un gruñido, moviendo con embarazo los pies—. ¿Hay algo más, Perrin?

—Eh… no.

Ella no podía aportarle ningún dato en lo concerniente a la visión que había tenido Min, salvo precisar lo que ya sabía: que se trataba de algo importante. Además, no quería decirle lo que Min había visto. Ni tan siquiera que Min hubiera visto algo.

De nuevo en el pasillo con la puerta ya cerrada, se apoyó un momento en la pared. «Luz, mira que irrumpir en su habitación de ese modo, estando ella…» Era una mujer hermosa. «Y seguramente lo bastante vieja para ser tu madre.» Se le ocurrió que Mat la habría invitado probablemente a bajar a la sala a bailar. «No, no lo habría hecho. Ni el propio Mat es tan alocado como para tratar de seducir a una Aes Sedai.» Moraine sabía bailar. Él mismo había bailado con ella en una ocasión. Y había estado tropezando con sus pies cada dos por tres. «Deja de pensar en ella como si fuera una chica de pueblo sólo porque la has visto… ¡Es una maldita Aes Sedai! Más vale que te preocupes por el Aiel.» Se estremeció y bajó la escalera.

El comedor de la posada estaba lleno a rebosar. Todas las sillas, taburetes y bancos estaban ocupados y aún había gente de pie. No vio a la muchacha de pelo negro, y nadie le prestó mayor atención cuando atravesó apresuradamente la sala.

Con la pierna vendada en el cojín de una silla y el pie correspondiente calzado con una pantufla, y una copa de plata que la camarera no paraba de llenar, Orban disfrutaba de una mesa exclusivamente para él.

—Bien sabíamos Gann y yo —decía a todos los congregados— cuán feroces guerreros son los Aiel, pero no había tiempo para vacilar. Desenvainé la espada, hinqué los talones en los flancos de León…

Perrin dio un respingo antes de caer en la cuenta de que lo que había querido decir era que su caballo se llamaba León. «No me habría extrañado oírle decir que cabalgaba a lomos de un león.» Se sintió algo avergonzado; el hecho de que no le

cayera bien ese cazador no daba pie a suponer que llevara tan lejos su fanfarronería. Se precipitó afuera sin volver la vista atrás.

En la calle la gente se apiñaba para mirar por las ventanas y escuchar tras las puertas el relato de Orban. Nadie dedicó más de una breve ojeada a Perrin, a pesar de que su salida provocó varias quejas entre los que hubieron de apartarse de la puerta para dejarlo pasar.

Todos los que habían salido esa noche debían de encontrarse en las proximidades de la posada, pues de camino a la plaza no vio a nadie. De vez en cuando se recortaba la silueta de una persona en una ventana, pero, por lo demás, las calles estaban solitarias. Tuvo, empero, la sensación de ser observado y miró con nerviosismo en torno a sí. No había nadie en la oscuridad salpicada de relucientes ventanas, que en la plaza se reducían a unas pocas en los pisos superiores.

El Aiel seguía preso en la jaula, a una altura a la que no alcanzaban sus brazos. Aunque parecía despierto, o al menos tenía la cabeza erguida, en ningún momento dirigió la mirada a Perrin. Las piedras que le habían tirado los niños estaban esparcidas bajo la jaula.

La jaula pendía de una gruesa cuerda atada a la anilla de uno de los maderos superiores y, acoplada en una pesada polea sujeta al travesaño, bajaba hasta apoyarse en un par de clavos del pie derecho a menos de un metro del suelo. El cabo sobrante componía una desordenada maraña al pie de la horca.

Perrin volvió a mirar en derredor, escrutando la oscura plaza, y, aunque todavía tenía la impresión de ser vigilado, tampoco vio nada. Aguzó el oído y no oyó más que el silencio. Percibió el olor a humo de chimenea y a comida procedentes de las casas, y a sudor humano y sangre coagulada emanado del Aiel. Su olfato no captó, sin embargo, ningún indicio de miedo en él.

«Hay que tener en cuenta su peso y el de la jaula», pensó en tanto se aproximaba. Ignoraba cuándo había decidido hacer aquello y ni siquiera si realmente lo había decidido, pero sabía que nada le impediría llevarlo a cabo.

Apuntalándose en el recio poste, haló de la cuerda e izó un poco la jaula para aflojarla. Por el modo como se agitó ésta dedujo que el hombre se había movido finalmente, pero tenía demasiada prisa para parar y comunicarle lo que se proponía. Los centímetros ganados le permitieron desenroscar la cuerda de los clavos. Todavía con la pierna afirmada en torno al poste; se apresuró a bajar palmo a palmo la jaula hasta el suelo.

El Aiel lo observaba en silencio. Perrin tampoco dijo nada. Al examinar de cerca la jaula, apretó la mandíbula. Siempre que se hacía algo, incluso algo tan odioso como aquello, debía hacerse a conciencia. La parte frontal de la jaula era una puerta articulada con toscos goznes forjados con evidente precipitación y cerrada por un buen candado de hierro prendido a una cadena tan mal trabajada como la jaula. Buscó

el eslabón en peores condiciones, encajó en él el pico de su hacha y, haciendo girar la muñeca, lo partió. En cuestión de segundos separó la cadena y abrió la puerta.

El Aiel continuó sentado allí, con la barbilla apoyada en las rodillas, mirándolo.

—¿Y bien? —susurró con voz ronca Perrin—. La he abierto, pero no pienso sacarte de ahí. —Paseó apresuradamente la mirada por la plaza, con la misma aprensión de que unos ojos vigilaban sus movimientos, y no vio nada.

—Eres fuerte, hombre de las tierras húmedas. —El Aiel sólo movió los hombros —. Fueron precisos tres hombres para subirme allá arriba. Y ahora tú me has bajado. ¿Por qué?

—No me gusta ver a una persona enjaulada —susurró Perrin, ansioso por irse. La caja estaba abierta, y aquellos ojos estaban espiando. Pero el Aiel seguía inmóvil. «Si haces algo, hazlo bien»—. ¿Vas a salir de ahí antes de que venga alguien?

El Aiel se agarró al barrote horizontal exterior, se impulsó hacia afuera y quedó medio colgado. En posición erguida, le habría sacado un palmo a Perrin. Fijó la mirada en los ojos de Perrin, que él sabía que debían brillar como el oro bruñido en la noche, pero no realizó ningún comentario al respecto.

—Llevo aquí adentro desde ayer, hombre de las tierras húmedas. —Su forma de hablar le recordó a la de Lan, no porque su voz o su acento fueran similares, sino por la misma imperturbable frialdad y calma que traslucía—. Habré de esperar un momento para que me respondan las piernas. Soy Gaul, del septiar Imran del Shaarad Aiel, hombre de las tierras húmedas. Soy un *Shae'en M'taal*, un Soldado de Piedra. Mi agua es tuya.

—Yo soy Perrin Aybara, de Dos Ríos, herrero de profesión. —El hombre ya se encontraba fuera de la jaula y, por lo tanto, él podía marcharse. Pero si alguien pasaba por allí antes de que Gaul se hallara en condiciones de caminar, acabaría en la jaula de nuevo o muerto, y, tanto en un caso como en otro, el trabajo de Perrin resultaría en vano—. De habérseme ocurrido, habría traído una botella o un pellejo de agua. ¿Por qué me llamas «hombre de las tierras húmedas»?

Gaul señaló en dirección al río; aun con su aguzada vista Perrin no pudo corroborar a la luz de la luna si era real la inquietud que por primera vez creyó percibir en el Aiel.

—Hace tres días, vi a una muchacha jugando en un gran estanque de agua. Tendría unos quince metros de ancho… y ella salió tranquilamente a la orilla. —Realizó un torpe gesto con la mano, imitando el movimiento de un nadador—. Una chica muy valiente. Confieso que me he acobardado al tener que cruzar estos… ríos. Nunca creí posible ver agua en exceso, pero entonces no sabía que pudiera haber tanta agua en el mundo como la que tenéis los hombres de las tierras húmedas.

Perrin lo escuchó con asombro. Una de las pocas cosas que sabía acerca del Yermo de Aiel era que era muy seco, pero no había imaginado que el agua fuera tan

escasa como para causar esa reacción en el impasible Aiel.

—Te encuentras muy lejos de tu tierra, Gaul. ¿Por qué estás aquí?

—Buscamos —respondió lentamente Gaul—. Buscamos a El que Viene con el Alba.

Perrin había oído antes ese nombre, en circunstancias que no dejaban margen de duda acerca de su significado. «Luz, todo acaba convergiendo en Rand. Estoy atado a él igual que un caballo repropio al que se empeñan en herrar.»

—Éste no es el sitio indicado, Gaul. Yo también voy tras él y sé que se dirige a Tear.

—¿Tear? —dijo, sorprendido, el Aiel—. ¿Por qué…? Bueno, tiene sentido. La Profecía augura que, cuando caiga la Ciudadela de Tear, abandonaremos por fin la Tierra de los Tres Pliegues. —Así era como llamaban los Aiel al Yermo—. En ella se afirma que sufriremos una transformación y recuperaremos lo que antaño fue nuestro y perdimos.

—Puede ser. Desconozco vuestras profecías, Gaul. ¿Te falta mucho para recuperarte? De un momento a otro puede venir alguien.

—Es demasiado tarde para huir —dijo Gaul.

—¡El salvaje ha escapado! —gritó una profunda voz.

A la plaza llegaron a la carrera, desenvainando espadas, una docena de hombres vestidos con capas blancas y cónicos yelmos que relucían bajo la luz de la luna: Hijos de la Luz.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo, Gaul levantó calmosamente una tela oscura que llevaba en el hombro y se envolvió con ella la cabeza. Luego se tapó la cara con un negro velo que sólo le dejaba al descubierto los ojos.

—¿Te gusta danzar, Perrin Aybara? —preguntó. Dicho lo cual se alejó como una centella de la jaula, saliendo directamente al encuentro de los Hijos de la Luz.

La sorpresa los dejó aturdidos sólo un instante, pero eso era, al parecer, cuanto necesitaba el Aiel. De un puntapié hizo saltar la espada del primero que llegó hasta él y, descargando el canto de la mano en su garganta con la eficacia de una daga, esquivó al soldado que caía. Tras romper con un sonoro chasquido el brazo de un segundo Capa Blanca, lo interpuso en el camino del tercero y propinó una patada en la cara al siguiente. Evolucionaba realmente como si bailara, yendo de uno a otro sin detenerse ni aminorar el ritmo, a pesar de que el individuo que había tropezado con su compañero se incorporaba ya y el del brazo roto había cambiado la espada de mano. Gaul danzaba grácilmente entre ellos.

Perrin hubo de superar pronto su estupor, pues no todos los Capas Blancas habían centrado la atención en el Aiel. Justo a tiempo, empuñó el mango del hacha con ambas manos para contener una estocada, la hizo oscilar… y a punto estuvo de gritar un lamento cuando la hoja en forma de media luna desgarró la garganta de su

atacante. Pero los Capas Blancas que siguieron al primero que había abatido no le dejaron tiempo para entregarse a lamentaciones. Execraba las terribles heridas que abría el hacha, la manera como atravesaba la malla para hundirse en la carne y partía los yelmos con la misma facilidad con que abría cráneos. Todo le resultaba odioso. Pero no quería morir.

El tiempo pareció comprimirse y prolongarse a la vez. Su cuerpo habría jurado que llevaba luchando horas. Con respiración jadeante, veía a los hombres moverse como si flotaran en gelatina. En el espacio de un instante se abalanzaban y caían derribados. El sudor le empapaba la cara y, sin embargo, tenía frío. Combatía para preservar la vida, y no tenía noción de si aquello había durado unos segundos o toda la noche.

Cuando al fin quedó inmóvil, jadeante y casi aturdido, mirando la docena de hombres de blanca capa tendidos sobre el pavimento de la plaza, la luna no parecía haberse movido en absoluto. Algunos de ellos gemían; otros yacían silenciosos e inertes. Gaul estaba de pie entre ellos, todavía con el rostro velado y sin ninguna arma en la mano. La mayoría de los Hijos de la Luz habían sido abatidos por su mano. Perrin lamentó, avergonzado, que no fueran todos. El olor a sangre y muerte era incisivo y amargo.

—No bailas mal la danza de las lanzas, Perrin Aybara.

—No comprendo cómo —murmuró, aquejado de vértigo, Perrin— han podido enfrentarse doce hombres a veinte de vosotros y ganar, incluso si dos de ellos eran cazadores.

—¿Es eso lo que dicen? —Gaul rió quedamente—. Sarien y yo llevábamos ya mucho tiempo en estas tierras y descuidamos la guardia, y, como el viento soplaba a favor suyo, no los vimos llegar. Topamos prácticamente con ellos. Sarien está muerto, y a mí me enjaularon como a un idiota, de modo que quizá ya hemos pagado nuestra imprudencia. Es tiempo de huir ahora, hombre de las tierras húmedas. Tear; lo recordaré. —Se bajó por fin el velo—. Que siempre encuentres agua y sombra donde cobijarte, Perrin Aybara. —Luego giró sobre sí y se perdió en la noche.

Cuando se disponía a echar a correr también, Perrin advirtió que tenía el hacha ensangrentada y limpió apresuradamente la curvada hoja con la capa de uno de los cadáveres. «Están muertos, válgame la Luz, y todavía no se ha ido toda la sangre.» Se colgó, acongojado, el arma en el cinturón y se alejó al trote.

Al dar el segundo paso la vio, una esbelta forma en el linde de la plaza vestida con oscuras y estrechas faldas. Cuando se volvió para marcharse, advirtió que eran faldas de amazona. La mujer retrocedió hasta la calle y desapareció.

Lan salió a su encuentro antes de que llegara al lugar donde la había visto. El Guardián advirtió la jaula vacía bajo la horca, los confusos bultos que reflejaban la luz de la luna, y dio un cabeceo como si estuviera a punto de estallar.

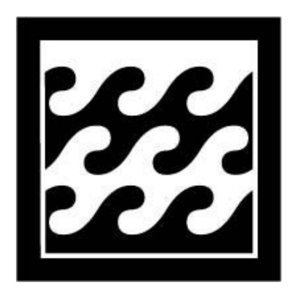
—¿Es esto obra tuya, herrero? —preguntó con voz tan tensa y dura como la llanta de una rueda—. ¡La Luz me consuma! ¿Hay alguien que pueda relacionarte con ello?

—Una muchacha —contestó Perrin—. Creo que me ha visto. ¡No quiero que le hagáis nada, Lan! Podrían haberlo visto muchas personas más. Hay luces en muchas ventanas.

El Guardián lo agarró por la manga de la chaqueta y lo empujó en dirección a la posada.

—He visto a una joven corriendo, pero he creído que… Da igual. Saca al Ogier de la cama y llévalo al establo. Después de lo ocurrido, hemos de llevar lo antes posible los caballos a los muelles. Sólo la Luz sabe si habrá un barco que zarpe esta noche o lo que habré de pagar por alquilar uno en caso contrario. ¡No hagas preguntas, herrero! ¡Haz lo que te he dicho! ¡Deprisa!

35



El halcón

Con sus largas zancadas, el Guardián dejó atrás a Perrin y, cuando éste se abrió paso entre el gentío reunido en las puertas de la posada, Lan ya subía por la escalera sin aparente premura. Perrin redujo el paso siguiendo su ejemplo. A sus espaldas sonaron los gruñidos y protestas de la gente ante la que intentaban colarse a empujones los de atrás.

—¿Otra vez? —decía Orban, sosteniendo en alto la copa de plata para que volvieran a llenársela—. Bueno, de acuerdo. Nos aguardaban emboscados junto al camino por el que viajábamos, algo que no esperaba yo a tan corta distancia de Remen. Salieron gritando de la espesa maleza y en un abrir y cerrar de ojos ya estaban entre nosotros, ensartando con sus lanzas a dos de mis mejores hombres y a uno de los de Gann. Sólo con verlos, supe que eran Aiel y…

Perrin se alejó escaleras arriba. «Bueno, ahora Orban los conoce realmente.»

Oyó voces procedentes de la habitación de Moraine. Como no quería oír lo que ella diría respecto a lo sucedido, apretó el paso y asomó la cabeza en el dormitorio de Loial.

La cama del Ogier era un bajo e imponente mueble, dos veces más larga y mucho más ancha que cualquiera de los lechos para humanos que Perrin había visto. Aun cuando la habitación era igual de grande y lujosa que la de Moraine, el mueble ocupaba buena parte de su superficie. Perrin recordó vagamente que Loial había dicho que era de madera cantada y en otra ocasión se habría detenido a admirar aquellas gráciles curvas gracias a las cuales la cama parecía haber crecido allí mismo. Los Ogier debían de haber pasado sin duda por Remen antiguamente, pues el posadero también había encontrado un sillón de madera de la talla de Loial y lo había llenado de cojines. El Ogier estaba cómodamente sentado sobre ellos en camisa y calzones, rascándose con aire distraído el tobillo con la uña del otro pie mientras escribía, apoyado en el brazo del asiento, en un gran libro encuadernado con tela.

—¡Nos vamos! —anunció.

Loial se sobresaltó y casi volcó el tintero y tiró el libro al suelo.

—¿Que nos vamos? Si acabamos de llegar —protestó.

—Sí, nos marchamos. Baja al establo lo más rápido posible. Y procura que nadie te vea. Me parece que hay una escalera al fondo que pasa junto a la cocina. —El olor a comida se había concentrado demasiado en ese sector del pasillo como para que no la hubiera.

El Ogier dirigió una pesarosa mirada a la cama y luego se dispuso a calzarse sus altas botas.

—¿Pero por qué?

—Los Capas Blancas —dijo Perrin—. Te lo contaré más tarde. —Salió al corredor antes de que Loial pudiera formular otra pregunta.

Él no había deshecho el equipaje. Una vez que se hubo colgado la aljaba en el cinturón, la capa, la manta y las alforjas al hombro y recogido el arco, no quedó señal alguna de su paso por allí. Ni una arruga en las mantas dobladas al pie de la cama ni una salpicadura de agua en la agrietada jofaina del aguamanil. Incluso la mecha de la vela de sebo estaba nueva, advirtió. «He debido prever que no me quedaría aquí. Últimamente parece que no dejo ninguna marca tras de mí.»

Tal como sospechaba, en la parte trasera del edificio había una estrecha escalera que conducía a una antesala contigua a la cocina. Se asomó con cautela a la puerta. En el asador había una pierna de cordero, un gran pedazo de buey, cinco pollos y una oca. Del caldero de sopa que colgaba encima del fuego de otra chimenea se elevaba un fragante aroma, pero no se veía ni un alma allí adentro. Agradeciendo las patrañas de Orban, salió presurosamente a la calle.

Las caballerizas ocupaban un edificio construido con la misma clase de piedra que la posada, con la diferencia de que en aquél únicamente estaban pulidos los bloques que rodeaban los grandes portales. Una linterna prendida a un poste irradiaba una luz mortecina. Brioso y las otras monturas estaban allí. Aspiró, reconfortado, el entrañable olor a heno y a caballos. Había sido el primero en llegar.

Sólo uno de los mozos de cuadra estaba de vigilancia, un individuo de rostro enjuto y cabellos lacios de color gris, vestido con una sucia camisa, que exigió saber quién era Perrin para ordenar que ensillaran cuatro caballos, quién era su amo, qué hacía cargado de bultos para partir intempestivamente a media noche, si maese Furlan sabía que quería escabullirse de ese modo, qué llevaba escondido en las alforjas y qué le pasaba en los ojos. ¿Acaso estaba enfermo?

Una moneda pasó volando detrás de Perrin, despidiendo un resplandor dorado bajo la luz del candil. El mozo la cogió con una mano y le hincó un diente.

—Ensíllalos —le indicó Lan con voz suave y a un tiempo tan dura como el hierro. El criado hizo una reverencia y se fue a preparar los caballos.

Moraine y Loial entraron oportunamente en el establo para hacerse cargo de las

riendas, y a continuación todos condujeron las monturas detrás de Lan, por una calle de detrás de las caballerizas que desembocaba en el río. El quedo repiqueteo de los cascos en el pavimento no atrajo más que a un escuálido perro que ladró un instante y salió a correr a su paso.

—Esto trae malos recuerdos, ¿verdad, Perrin? —comentó en voz baja Loial.

—No hables tan alto —susurró Perrin—. ¿Qué recuerdos?

—Hombre, es como en los viejos tiempos. —El Ogier se las había arreglado para amortiguar la voz, que ahora sonaba como un abejorro del tamaño de un perro en lugar del de un caballo—. Partir furtivamente de noche, acechados por enemigos, rodeados de una atmósfera de peligro y el escalofriante sabor de la aventura.

Perrin miró, ceñudo, a Loial por encima de la silla de *Brioso*, lo cual no le resultó difícil, dada la forma como sobresalía el torso del Ogier sobre la suya.

—¿Qué dices? ¡Me temo que te estás aficionando al peligro! ¡Es una locura, Loial!

—Sólo estoy grabando mentalmente el ambiente —adujo Loial, con actitud ceremoniosa, o tal vez a la defensiva—. Para mi libro. Debo incluirlo todo. Creo que está empezando a gustarme correr aventuras. Sí, desde luego que sí. —Sus orejas se agitaron con violencia un par de veces—. Si quiero escribir al respecto, debe gustarme.

Perrin meneó la cabeza.

En los muelles de piedra los transbordadores de forma de barcaza estaban amarrados para pasar la noche, silenciosos y oscuros, al igual que la mayoría de los barcos. Había, sin embargo, gente y linternas moviéndose en torno a una embarcación de dos mástiles, sobre cuya cubierta también se apreciaba agitación. Los aromas de la brea y la cuerda impregnaban el aire, mezclados con el olor a pescado, aunque en el almacén más cercano había algo que despedía un fuerte perfume a especias que pasaba casi inadvertido, relegado por los otros.

Lan localizó al capitán, un hombre delgado y bajito que inclinaba de manera peculiar la cabeza a un lado mientras escuchaba. Pronto acordaron un trato, y entonces se instalaron palos de carga y eslingas para subir los caballos a bordo. Perrin no los perdía de vista y les hablaba; las monturas no soportaban bien sucesos inusuales como verse colgados en el aire, pero sus murmullos parecieron apaciguar incluso al semental del Guardián.

Lan entregó oro al capitán, y plata a dos marineros que fueron corriendo descalzos a un almacén en busca de sacos de avena. Otros compañeros suyos encerraron los caballos entre los mástiles en una especie de pequeño corral cercado con cuerdas, sin parar de murmurar acerca de la porquería que habrían de limpiar. Aunque le pareció que no pretendían que nadie oyera sus quejas, Perrin captó sus palabras, que atribuyó a su falta de costumbre de tratar con caballos.

Al poco rato el *Ganso níveo* estaba listo para zarpar, apenas unos minutos después de la hora de partida que se había fijado el capitán, de nombre Jaim Adarra. Lan se llevó a Moraine abajo cuando soltaban las amarras, y Loial se fue bostezando tras ellos. Perrin se quedó junto a la barandilla, en la zona de proa, pese a que el Ogier le había contagiado los bostezos, preguntándose si el *Ganso níveo* sería capaz de dejar atrás a los lobos en su curso río abajo, de dejar a la zaga los sueños. Los tripulantes comenzaron a preparar los remos para alejar al bajel de los muelles.

Cuando ya se arrojaba el último cabo a tierra, una muchacha vestida con unas estrechas faldas divididas para montar a caballo surgió de las sombras proyectadas por dos almacenes con un hatillo en los brazos y una oscura capa ondeando tras ella. Saltó a cubierta justo cuando los remeros empezaban a impulsar la embarcación. Adarra abandonó presuroso su puesto junto al timón, pero la recién llegada depositó calmosamente su fardo en el suelo y dijo con tono decidido:

—Tomaré un pasaje río abajo… oh… digamos que hasta donde va él. —Dirigió la cabeza hacia Perrin sin mirarlo—. No tengo inconveniente en dormir en cubierta. El frío y la humedad no me incomodan.

Se sucedieron varios minutos de regateo. Luego la muchacha le dio tres marcos de plata, miró ceñuda las monedas de cobre que recibió de cambio, las guardó en la bolsa y fue a instalarse de pie al lado de Perrin.

Despedía una fragancia a hierbas, liviana, fresca y limpia. Aquellos oscuros ojos rasgados lo observaron sobre unos altos pómulos y luego se desviaron para mirar en dirección a la orilla. Tenía aproximadamente su misma edad, dedujo Perrin; no acabó de decidir si su nariz encajaba en su cara, o si la dominaba. «Eres un idiota, Perrin Aybara. ¿Qué te importa su aspecto?»

Ahora ya mediaban unos quince metros entre el barco y la orilla; los remos se hundían, abriendo blancos surcos en las negras aguas. Por un momento se planteó la posibilidad de arrojarla por la borda.

—Vaya —comentó ella al cabo de un momento—, nunca pensé que mis viajes me llevaran tan pronto de regreso a Illian. —Tenía la voz aguda, y una manera directa de hablar que no resultaba, sin embargo, desagradable—. Os dirigís a Illian, ¿verdad? —Perrin frunció los labios—. No pongas esa cara —dijo—. Entre tú y ese Aiel habéis montado un buen zafarrancho. El pueblo comenzaba justo a alborotarse cuando me he ido.

—¿No se lo has dicho? —preguntó con sorpresa.

—Los lugareños creen que el Aiel ha roto a dentelladas la cadena, o simplemente con las manos. Antes de marcharme aún no habían acabado de decidirlo. —Emitió un sonido sospechosamente similar a una risita—. Orban se ha mostrado aparatosamente disgustado porque sus heridas no le permitieran perseguir en persona al Aiel.

—Si vuelve a ver al Aiel —bufó Perrin—, se cagará encima. —Se aclaró la

garganta y murmuró—: Disculpa.

—No sé —dijo la chica, como si no hubiera percibido nada fuera de lo normal en su observación—. Lo vi en Jehannah este invierno. Luchó contra cuatro hombres a la vez, mató a dos y obligó a rendirse a los otros. Claro está que él inició la pelea, lo cual le aportaba cierta ventaja, pero ellos no eran unos ineptos. No se puso a combatir con hombres que no sabían defenderse. De todas formas, es un estúpido. Tiene unas ideas un tanto peculiares sobre el Gran Bosque Negro, el que algunos llaman el Bosque de las Sombras. ¿Has oído hablar de él?

La miró de reojo. Hablaba de combates y de muertos con la misma calma con que otra mujer hablaría de cocina. No había oído mencionar nunca el Gran Bosque Negro, pero el Bosque de las Sombras se encontraba precisamente al sur de Dos Ríos.

—¿Estás siguiéndome? En la posada me miraste fijamente. ¿Por qué? ¿Y por qué no le has dicho a nadie lo que has visto?

—Un Ogier —contestó la muchacha, contemplando el río— es obviamente un Ogier, y no ha sido difícil identificar la condición de los demás. Yo he conseguido ver mucho más de lo que había bajo la capucha de Lady Alys que Orban, y de su rostro se desprende que el tipo de cara pétrea es un Guardián. La Luz me fulmine si me muestro dispuesta a suscitar su enojo. ¿Siempre tiene ese aspecto, o es que ha comido una piedra para cenar? El caso es que sólo quedabas tú. No me gustan las cosas que no me puedo explicar.

Volvió a considerar la posibilidad de tirarla por la borda, esta vez en serio. Pero Remen ya no era más que una mancha de luz perdida en la oscuridad y no había modo de precisar a qué distancia se hallaban de la orilla.

La chica pareció interpretar su silencio como una invitación a seguir hablando.

—De modo que tenía una —miró en derredor y luego bajó la voz, aun cuando el marinero más próximo estuviera manejando un remo a tres metros de distancia— una Aes Sedai, un Guardián, un Ogier… y tú. Un campesino, a primera vista. —Alzó sus almendrados ojos para observar intensamente los suyos amarillos (él rehusó desviar la mirada) y sonrió—. Lo raro es que liberas a un Aiel enjaulado, mantienes una larga conversación con él y luego lo ayudas a hacer picadillo a una docena de Capas Blancas. He dado por supuesto que lo haces con regularidad; en todo caso ofrecías la imagen de alguien que no hace nada fuera de lo ordinario. He olido algo extraño en un grupo de viajeros como el vuestro, y las pistas extrañas son lo que buscan los cazadores.

Perrin pestañeó; había pronunciado las últimas palabras con énfasis.

—¿Un cazador? ¿Tú? Tú no puedes ser un cazador. Eres una chica.

Su sonrisa se volvió tan inocente que a punto estuvo de alejarse de ella. La muchacha retrocedió, efectuó un revuelo de dedos con ambas manos y, como por ensalmo, en ellas aparecieron dos cuchillos que empuñó tan hábilmente como lo

habría hecho el viejo Thom Merrilin. Uno de los remeros emitió un sonido ahogado y otros dos tropezaron; los remos se revolvieron y chocaron entre sí y el *Ganso níveo* dio un pequeño bandazo antes de que los gritos del capitán volvieran a poner orden en la tripulación. Para entonces, la muchacha de pelo negro ya había hecho desaparecer las armas.

—Unos dedos ágiles y una mente despierta llevan mucho más lejos que una fuerte musculatura y una espada. También sirve de ayuda una vista aguzada, y por fortuna yo cuento con todo ello.

—Y también con modestia —murmuró Perrin. Ella no pareció advertirlo.

—Presté juramento y recibí la bendición en la Gran Plaza de Tammaz, en Illian. Tal vez yo era la más joven, pero entre esa multitud, con tantas trompetas, tambores, címbalos y gritos, hasta un niño de seis años podría haber prestado el juramento y nadie se hubiera dado cuenta. Éramos más de mil, dos mil quizás, y todos con una idea respecto del lugar donde encontrar el Cuerno de Valere. Yo tengo la mía, que aún podría ser la acertada, pero ningún cazador puede permitirse pasar por alto una pista extraña, y nunca he visto una más rara que la que trazáis vosotros cuatro. ¿Adónde os dirigís? ¿A Illian? ¿A otro sitio?

—¿Cuál era tu idea? —inquirió—. Respecto al lugar donde se encuentra el Cuerno… —«A salvo en Tar Valon, espero, y quiera la Luz que no vuelva a verlo nunca»—. ¿Crees que está en Ghealdan?

Lo miró con entrecejo fruncido, y él tuvo la impresión de que no abandonaba un rastro una vez que lo había descubierto, pero él estaba dispuesto a presentarle tantos derroteros secundarios como ella quisiera recorrer.

—¿Has oído hablar alguna vez de Manetheren? —preguntó.

—Sí, he oído hablar —dijo con cautela Perrin, casi a punto de atragantarse.

—Todas las reinas de Manetheren fueron Aes Sedai, y el rey el Guardián vinculado a ella. No puedo imaginar un sitio como ése, pero eso es lo que dicen los libros. Era un reino extenso que ocupaba la mayor parte de Andor y Ghealdan y también regiones de otros países, pero la capital, la ciudad propiamente dicha, se hallaba en las Montañas de la Niebla. Allí es donde creo que está el Cuerno. A menos que vosotros cuatro me llevéis hasta él.

Sintió un acceso de indignación. Aquella chica estaba dándole lecciones como si él fuera un pueblerino ignorante.

—No encontrarás ni el Cuerno ni Manetheren. La ciudad fue destruida durante la Guerra de los Trollocs, cuando la última reina absorbió gran Poder para liquidar a los Señores del Espanto que habían matado a su marido. —Moraine le había dicho los nombres de los monarcas, pero no los recordaba.

—En Manetheren no, campesino —replicó con calma—, aunque un paraje como ése constituiría un buen sitio para esconder algo. Pero había otras naciones, otras

ciudades, en las Montañas de la Niebla, tan antiguas que ni siquiera las Aes Sedai se acuerdan de ellas. ¿Qué lugar mejor para ocultar el Cuerno que en una de esas ciudades olvidadas?

—Me han contado historias sobre algo escondido en las montañas. —¿Lo creería? Él nunca había sido bueno para contar mentiras—. Aunque no especificaban qué, se supone que es el mayor tesoro del mundo, de modo que quizá se trate del Cuerno. Pero las Montañas de la Niebla abarcan cientos de leguas. Si pretendes encontrarlo, no deberías desperdiciar el tiempo siguiéndonos a nosotros. Lo necesitarás para encontrar el Cuerno antes que Orban y Gann.

—Ya te he dicho que esos dos tienen la extraña noción de que el Cuerno está oculto en el Gran Bosque Negro. —Le sonrió. Su boca no se veía para nada grande cuando sonreía—. Y también te he dicho que un cazador debe seguir las pistas extrañas. Tenéis suerte de que Orban y Gann salieran heridos luchando contra todos esos Aiel, o de lo contrario posiblemente se hallarían asimismo a bordo. Yo al menos no me interpondré en vuestro camino ni intentaré tomar la iniciativa ni provocaré enfrentamientos con el Guardián.

—Somos simples viajeros que se dirigen a Illian, muchacha —gruñó con disgusto —. ¿Cómo te llamas? Si tengo que ir en este barco contigo durante varios días, no puedo seguir llamándote muchacha.

—Yo me llamo *Mandarb*. —Perrin no pudo reprimir la carcajada que afloró a su boca. Aquellos ojos rasgados lo observaron con ira—. Te enseñaré algo, campesino. —Su voz mantuvo a duras penas la calma—. En la Antigua Lengua, *Mandarb* significa «espada». ¡Es un nombre digno de un cazador del Cuerno!

Logró controlar la risa y apenas si resollaba al apuntar al corral de cuerdas situado entre los mástiles.

—¿Ves ese semental negro? Se llama *Mandarb*.

La ira se esfumó de sus ojos, y en sus mejillas aparecieron manchas de rubor.

—Oh. Me pusieron de nombre Zarina Bashere, pero Zarina no es un nombre adecuado para un cazador. En los relatos, los cazadores tienen nombres como Rogosh Ojo de Águila.

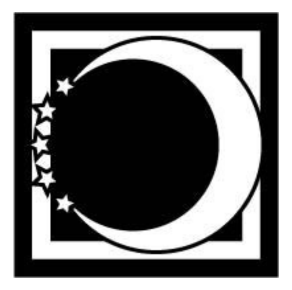
—Me gusta el nombre de Zarina —se apresuró a decir al verla tan alicaída—. Te va perfecto. —En sus ojos volvió a centellear la rabia, y por un instante pensó que estaba a punto de sacar de nuevo uno de sus cuchillos—. Es tarde, Zarina, y querría dormir un poco.

Le volvió la espalda para encaminarse a la escotilla que conducía abajo y sintió un hormigueo en la nuca. Los remeros seguían avanzando y retrocediendo sobre la cubierta, moviendo los remos. «Idiota. Una chica no me clavaría un cuchillo, y menos con toda esa gente mirando. ¿O sí lo haría?» Justo cuando llegaba a la escotilla, oyó que lo llamaba.

—¡Campesino! Quizás adopte el nombre de Faile. Mi padre solía llamarme así de pequeña. Significa «halcón».

Quedó envarado y a duras penas acertó a bajar el primer peldaño de la escalera. «Una coincidencia.» Bajó esforzadamente sin volverse a mirarla. «Tiene que serlo.» El pasillo estaba oscuro, pero la luz de la luna que se filtraba hasta él le bastó para hallar el camino. Alguien roncaba ruidosamente en uno de los camarotes. «¿Por qué tuviste que ver algo, Min?»

36



Hija de la noche

Advirtiendo que no tenía modo de saber qué camarote le correspondía, asomó la cabeza a varios de ellos. Estaban oscuros y en todos había dos hombres dormidos en los estrechos lechos adosados a ambos lados, en todos salvo en uno, en cuyo interior permanecía sentado Loial, garabateando sin apenas espacio entre las dos camas en su libro forrado de tela a la luz de una lámpara colgada. El Ogier quería conversar sobre lo acontecido ese día, pero Perrin, a quien crujían las mandíbulas por el esfuerzo realizado para sofocar los bostezos, pensaba que el barco debía de haber recorrido ya una distancia suficiente para que pudiera dormir sin temor a los sueños, pues, por más que lo intentaran, los lobos no podían mantener durante mucho tiempo la velocidad conseguida conjuntamente por los remos y la corriente.

Por fin encontró una cabina sin ventanas en la que no había nadie, detalle que satisfacía sus ansias de soledad. Deseaba estar solo. «Una pura coincidencia en el nombre», pensó al encender la linterna fijada en la pared. «De todas formas, su verdadero nombre es Zarina.» La muchacha de altos pómulos y oscuros ojos rasgados no era, sin embargo, su principal preocupación. Dejó el arco y sus demás pertenencias en una angosta cama, arrojó la capa sobre ellos y se sentó en la otra para quitarse las botas.

Elyas Machera había hallado la manera de vivir de acuerdo con lo que era, un hombre ligado a los lobos, sin por ello volverse loco. Retrospectivamente, Perrin tuvo la certeza de que hacía años que Elyas llevaba esa vida antes de que él lo conociera. «Él quiere ser así. En todo caso, lo acepta.» Aquélla no era la solución. Perrin no quería vivir de ese modo, no quería aceptarlo. «Pero, si uno tiene la barra adecuada para forjar un cuchillo, la acepta y hace un cuchillo, aunque en realidad quisiera fabricar un hacha de madera. ¡No! Mi vida es algo más valioso que un trozo de hierro al que se le da forma con el martillo.»

Con cautela, tanteó con la mente para captar a los lobos… y no halló nada. Percibió, sí, la tenue impresión de la presencia de lobos en una indistinta lejanía, pero

ésta se esfumó al instante. Por primera vez en mucho tiempo, estaba solo. Dichosamente solo.

Apagó de un soplo la luz y se acostó completamente, por primera vez desde hacía días. «¿Cómo demonios conseguirá instalarse Loial en una de estas camas?» Todas aquellas noches en que apenas había dormido se acumularon sobre él, y la extenuación le aflojó los músculos. Cayó en la cuenta de que había logrado apartar al Aiel de su pensamiento. Y a los Capas Blancas. «¡Condenada hacha! Ojalá no la hubiera visto nunca, maldita sea», fue su último pensamiento antes de quedar dormido.

Una espesa niebla gris lo rodeaba, densa hasta el punto de no permitirle ver sus propias botas al mirar abajo, y tan compacta en los lados que no distinguía nada a diez metros de distancia. Con toda seguridad no había nada más próximo. En ese radio podía acechar cualquier cosa. La niebla tenía algo anormal; no contenía humedad. Se llevó la mano al cinturón, buscando el consuelo de la certeza de poder defenderse, y dio un respingo. El hacha no estaba allí.

Algo se movió, formando un remolino en la tupida masa gris. Algo que se dirigía hacia él.

Se puso en tensión, ignorando si era preferible correr o quedarse quieto y luchar a cuerpo, sin saber si habría algo contra lo que luchar.

El ondulante surco abierto entre la niebla se materializó en forma de un lobo, cuyo enmarañado pelambre casi se confundía con la espesa neblina.

«¿*Saltador*?»

El animal titubeó y luego se detuvo a su lado. Era *Saltador*, no le cabía duda de ello, pero algo en su porte, en los amarillos ojos que se cruzaron brevemente con los suyos, le exigió silencio, tanto mental como físico. Aquellos ojos le pidieron, asimismo, que lo siguiera.

Posó una mano en el lomo del lobo, y, al hacerlo, éste se puso en camino. Dejó que *Saltador* lo condujera. Palpaba el revuelto y tupido pelo, sintiendo que era real.

La niebla se espesó hasta que únicamente la mano apoyada en *Saltador* fue indicio de que seguía allí, hasta que al mirar abajo no percibió ni siquiera su propio pecho. Sólo niebla gris. Por lo que veía, hubiera sido lo mismo que estuviera rodeado de lana recién esquilada. Entonces se le ocurrió que tampoco había oído nada. Ni siquiera el sonido de sus propios pasos. Movió los dedos de los pies y advirtió con alivio que aún notaba las botas con que iba calzado.

El omnipresente gris se oscureció, y entonces él y el lobo siguieron caminando entre una negrura absoluta. No veía su mano al tocarse la nariz, como tampoco podía verse la nariz. Probó a cerrar los ojos un momento, y no notó diferencia alguna. Seguía sin oír nada. Sentía el áspero tacto del pelambre del lomo de *Saltador* en la mano, pero no estaba seguro de poder notar lo que hollaban sus botas.

De improviso *Saltador* se paró, obligándolo a detenerse a su vez. Miró en torno a sí… y cerró con fuerza los ojos. Ahora sí percibió la diferencia. Y también sintió algo, una nauseabunda presión en el estómago. Abrió los ojos y miró hacia abajo.

Era imposible que lo que veía se hallara allí, a menos que él y *Saltador* estuvieran suspendidos en el aire. No percibía nada del animal ni de sí mismo, como si los dos carecieran de cuerpo —sólo de pensarlo, se le hacía un nudo en el estómago—, pero debajo de él, tan claramente como si estuviera iluminada por un millar de lámparas, se extendía una infinita serie de espejos, en apariencia colgada entre las tinieblas y, sin embargo, tan regular como si se irguiera en suelo firme. Los espejos se prolongaban hasta donde le alcanzaba la vista en todas direcciones, pero, justo bajo sus pies, había un espacio despejado. Y en su interior había gente. De pronto oyó sus voces tan distintamente como si se encontrara de pie entre ellos.

—Gran Señor —murmuró uno de los hombres—, ¿dónde está situado este lugar? —Miró una vez en derredor, se encogió al ver su imagen multiplicada hasta lo indecible y después mantuvo la vista al frente—. Yo estaba durmiendo en Tar Valon, Gran Señor. ¡Estoy dormido en Tar Valon! ¿Dónde nos encontramos? ¿Me he vuelto loco?

Algunos de los hombres que lo rodeaban llevaban lujosas capas profusamente bordadas; otros, prendas más sencillas, e incluso había algunos que iban desnudos o vestidos sólo con ropa interior.

—También yo duermo —casi gritó un individuo desnudo—. En Tear. ¡Recuerdo que me acosté con mi mujer!

—Y yo duermo en Illian —añadió con voz turbada un hombre ataviado de rojo y oro—. Sé que estoy dormido, pero no puede ser. Sé que estoy soñando, pero eso es imposible. ¿Dónde estamos, Gran Señor? ¿Habéis venido a mí?

El hombre moreno a quien se dirigían lucía un atuendo negro con encajes plateados en el cuello y los puños. De vez en cuando se llevaba una mano al pecho, como si le doliera. Aunque allí abajo todo estaba alumbrado por una luz surgida de la nada, aquel sujeto que se hallaba debajo de Perrin parecía envuelto en sombra. La oscuridad se ondulaba a su alrededor, acariciándolo.

—¡Silencio!

El individuo vestido de negro no alzó la voz, pero tampoco tuvo necesidad de hacerlo. Al pronunciar aquella única palabra, había levantado la cabeza; sus ojos y su boca eran orificios que se abrían a una rugiente fragua de ardientes llamaradas.

Perrin lo reconoció entonces: Ba'alzemon. Estaba mirando al mismísimo Ba'alzemon. El miedo se aferró a él como un garfio. Habría echado a correr de haber notado los pies.

Saltador se movió. Sintió el espeso pelo bajo la mano y lo apretó con fuerza. Algo real. Algo más real, confiaba, que lo que veía. Sabía, no obstante, que ambas

cosas eran reales.

Los hombres que se arracimaban abajo se arredraron.

—Se os han encomendado tareas —dijo Ba'alzemon—. Habéis llevado a cabo algunas de ellas, y en otras habéis fracasado. —De tanto en tanto sus ojos y su boca desaparecían nuevamente bajo las llamas y los espejos centelleaban reflejando el fuego—. Los que han sido designados para morir deben perecer. Los que defraudan al Gran Señor de la Oscuridad no tienen perdón. —El fuego brillaba en sus ojos, y la oscuridad giraba y se agitaba a su alrededor—. Tú. —Señaló con el dedo al hombre que había hablado de Tar Valon, un individuo vestido como un mercader, con ropas de sencilla hechura confeccionadas con telas de calidad. Los demás se apartaron de él como de un apestado, dejándolo solo con su miedo—. Tú permitiste que el muchacho escapara de Tar Valon.

El hombre se puso a gritar y comenzó a temblar como una lima golpeada contra un yunque. Su cuerpo pareció perder consistencia al tiempo que se debilitaban sus gritos.

—Todos estáis soñando —anunció Ba'alzemon—, pero lo que sucede en este sueño es real. —El desdichado que gritaba ya no era más que un fajo de niebla con forma de hombre, y sus alaridos sonaron distantes hasta que al cabo no quedó nada de él—. Me temo que nunca despertará. —Emitió una carcajada, y en su boca rugieron las llamas—. Los demás no volveréis a fallarme. ¡Marchaos! ¡Despertad y obedeced! —Los otros hombres desaparecieron.

Ba'alzemon permaneció solo un momento y después, de repente, había una mujer con él, toda vestida de blanco y plata.

Perrin quedó totalmente consternado. Jamás habría podido olvidar a una mujer tan hermosa. Era la que se le había presentado en sueños, incitándolo a buscar la gloria.

Tras ella apareció un lujoso trono plateado en el que tomó asiento, disponiendo con cuidado la falda sobre él.

—Hacéis libre uso de mis dominios —señaló.

—¿Vuestros dominios? —dijo Ba'alzemon—. ¿Pretendéis acaso que son vuestros? ¿Es que ya no servís al Gran Señor de la Oscuridad? —Las tinieblas que lo envolvían se espesaron un instante y parecieron hervir.

—Lo sirvo —se apresuró a responder la mujer—. He servido durante mucho tiempo al Señor del Crepúsculo. Durante largo tiempo he padecido cautiverio por ello, eternamente dormida sin soñar. Únicamente a los Hombres Grises y los Myrddraal les son negados los sueños. Hasta los trollocs pueden soñar. Los sueños siempre fueron míos; los utilicé y recorrí a mi antojo. Ahora me hallo libre de nuevo y voy a valerme de lo que es mío.

—Lo que es vuestro —repitió Ba'alzemon. La oscuridad que se movía en

remolino en torno a él pareció transmitir hilaridad—. Siempre os considerasteis más grande de lo que erais, Lanfear.

El nombre traspasó a Perrin como un cuchillo acabado de afilar. Uno de los Renegados lo había visitado en sueños. Moraine tenía razón: algunos estaban libres.

—Soy tan grande como soy —declaró de pie, desaparecido su trono, la mujer vestida de blanco—. ¿A qué se han reducido vuestros planes? ¡A más de tres mil años susurrando a los oídos y tirando de las cuerdas de marionetas instaladas en tronos igual que una Aes Sedai! —Su voz impregnó de desdén el nombre—. Tres mil años y, sin embargo, Lews Therin camina de nuevo por el mundo, y esas Aes Sedai lo tienen casi por completo dominado. ¿Podéis controlarlo vos? ¿Podéis incorporarlo a vuestras filas? ¡Él era mío antes incluso de que esa chica de pelo pajizo, esa Ilyena, lo viera, y volverá a serlo!

—¿Ahora actuáis por cuenta propia, Lanfear? —Aunque su voz era suave, en los ojos y boca de Ba'alzemon se agitaban continuamente las llamas—. ¿Habéis renunciado a los juramentos prestados al Gran Señor de la Oscuridad? —Por un instante las tinieblas taparon casi su imagen, y sólo el furioso fuego fue visible tras ellas—. No es tan fácil abandonarlos como los juramentos dedicados a la Luz de los que renegasteis, proclamando la identidad de vuestro nuevo amo en la misma Antecámara de los Siervos. Vuestro amo exige para siempre vuestra fidelidad, Lanfear. ¿Vais a servirlo o preferís una eternidad de dolor, de interminable agonía sin pausa?

—Lo sirvo. —Pese a sus palabras, permanecía erguida y desafiante—. Sirvo al Gran Señor de la Oscuridad y a ningún otro. ¡Para siempre!

La interminable serie de espejos fue desapareciendo como si unas negras olas se abatieran sobre ella, cada vez más próximas a su centro. La marea engulló a Ba'alzemon y Lanfear, y todo quedó negro.

Perrin notó que *Saltador* se movía y lo siguió con evidente satisfacción, guiado únicamente por el tacto del pelo en su mano. Hasta que ya estaba caminando, no advirtió que había recobrado la capacidad de movimiento. Trató en vano de descifrar lo que había presenciado. Ba'alzemon y Lanfear. La lengua se le pegó al paladar. Por algún motivo, Lanfear le daba más miedo que Ba'alzemon. Tal vez porque ella había formado parte de lo que había soñado allá en las montañas. «¡Luz! ¡Uno de los Renegados en mis sueños! ¡Luz!» Y, a menos que él hubiera malinterpretado la escena, había desafiado al Oscuro. Le habían dicho y enseñado que la Sombra no podía ganar ascendiente sobre uno si se le negaba tal poder; ¿pero cómo podía un Amigo Siniestro —¡no un Amigo Siniestro cualquiera, sino un Renegado!— retar a la Sombra? «Debo de estar loco, igual que el hermano de Simion. ¡Esos sueños me han llevado a la locura!»

Poco a poco la negrura cedió paso a la niebla, y ésta fue esparciéndose

gradualmente hasta que en compañía de *Saltador* salió de ella para hallarse en la herbosa ladera de una colina iluminada con la luz del día. Los pájaros se pusieron a cantar en un bosquecillo que crecía en la falda del cerro. Se volvió hacia atrás. Una ondulante llanura salpicada de pequeños bosques se extendía hasta el horizonte. No se veía rastros de niebla en ninguna parte. El gran lobo de pelo gris lo observaba inmóvil.

—¿Qué era eso? —inquirió, procurando transformar la pregunta en pensamientos comprensibles para el lobo—. ¿Por qué me lo has mostrado? ¿Qué era?

A sus pensamientos afluyeron emociones e imágenes a las que él puso palabras. *Lo que debes ver. Ten cuidado, Joven Toro. Este sitio es peligroso. Sé cauteloso como un cachorro cazando un puerco espín…* Lo último lo expresó como «pequeña espalda espinosa», pero su mente dio al animal el nombre que conocía como humano. *Eres demasiado joven, demasiado tierno.*

—¿Era real?

Todo es real, lo que se ve y lo que no. No parecía que *Saltador* estuviera dispuesto a dar otra explicación.

—*Saltador*, ¿cómo es posible que estés aquí? Yo vi cómo morías. ¡Sentí que morías!

Todos están aquí. Todos los hermanos y hermanas que son, todos los que fueron y todos los que serán. Aunque sabía que los lobos no sonreían, cuando menos no como lo hacían los humanos, por un instante Perrin creyó advertir una sonrisa en el hocico de *Saltador*. *Aquí, alzo el vuelo como las águilas.* El animal tomó impulso y se elevó en el aire. Su salto lo llevó cada vez más alto, hasta que se redujo a una mota en el cielo, y entonces le transmitió su último pensamiento. *Alzar el vuelo.*

Perrin se quedó mirándolo con la boca abierta. «Lo ha conseguido.» De pronto le escocieron los ojos, se aclaró la garganta y se frotó la nariz. «Dentro de poco me echaré a llorar como una chica.» Avergonzado, miró en derredor para comprobar que no lo hubiera visto nadie y, con ello, se transmutó su entorno.

Se encontraba de pie en un altozano, rodeado de imprecisas depresiones y ondulaciones sumidas en sombras, que parecieron confundirse excesivamente pronto con la lejanía. Rand se hallaba debajo de él. Rand, y un círculo de Myrddraal y hombres y mujeres en quienes no parecía reparar. A lo lejos aullaron unos perros, y. Perrin supo que estaban cazando algo. El olor a Myrddraal y el hedor a azufre quemado impregnaban el aire. A Perrin se le erizó el vello.

Los Myrddraal y los humanos fueron estrechando el círculo en torno a Rand, caminando como sonámbulos. Y entonces Rand comenzó a matarlos. De sus manos brotaron bolas de fuego que consumieron a dos. De sus puños salieron volando hacia otros unas barras de luz semejantes a acero candente. Y los supervivientes seguían andando lentamente, como si ninguno de ellos advirtiera lo que ocurría. Perecieron

uno a uno, hasta que no quedó nadie, y Rand se dejó caer de rodillas, jadeando. Perrin no acertó a precisar si lloraba o reía, pues parecía hacer ambas cosas a un tiempo.

Sobre las lomas aparecieron las figuras de otras personas que se acercaban, de otros Myrddraal, todos ellos con la atención fija en Rand.

—¡Rand! —lo llamó Perrin, haciendo bocina con las manos—. ¡Rand, vienen más!

Gruñendo, y con el rostro sudoroso, Rand alzó la vista hacia él.

—¡Rand, vienen…!

—¡Así te abrases! —aulló Rand.

La luz cegó los ojos de Perrin, y el dolor lo consumió todo.

Gimiendo, formó un ovillo en la angosta cama, sintiendo todavía el ardor de la luz tras los párpados. Le dolía el pecho. Acercó la mano a él e hizo una mueca de dolor al notar una quemadura bajo la camisa, una mancha del tamaño de una moneda de plata.

Poco a poco, forzó los agarrotados músculos hasta conseguir estirar las piernas y quedar tendido en el oscuro camarote. «Moraine. Esta vez debo contárselo a Moraine. Sólo tengo que esperar a que ceda el dolor.»

Pero, cuando el dolor se mitigó, la extenuación se adueñó de él y apenas le dio tiempo a pensar que debía levantarse antes de caer dormido.

Cuando volvió a abrir los ojos, se quedó mirando las vigas del techo. La luz que se filtraba por las rendijas de la puerta le indicó que ya había amanecido. Se llevó la mano al pecho para convencerse de que lo había imaginado, que lo había imaginado tan vívidamente que hasta había llegado a sentir la quemadura…

Sus dedos palparon la quemadura. «Entonces no han sido imaginaciones mías.» Conservaba vagos recuerdos de otros sueños que se disipaban enseguida. Eran sueños normales. Se sentía incluso como si hubiera dormido toda la noche. «Tampoco me vendrían mal unas horas más de sueño.» Aquello significaba, no obstante, que podía dormir. «Siempre que no haya lobos por los alrededores, en todo caso.»

Recordó haber tomado una decisión durante la breve vigilia que había sucedido al sueño en que había aparecido *Saltador*, y al cabo de un momento resolvió que había sido acertada.

Hubo de llamar a cinco puertas y soportar maldiciones en dos de ellas —los ocupantes de dos cabinas habían salido a cubierta— antes de encontrar a Moraine. Estaba completamente vestida, pero sentada con las piernas cruzadas en una de las estrechas camas, leyendo su libro de notas a la luz de la linterna. Advirtió que leía las primeras páginas, notas que debían de haber sido tomadas incluso antes de que fuera al Campo de Emond. El equipaje de Lan estaba ordenadamente colocado sobre el otro lecho.

—He tenido un sueño —dijo.

A continuación se lo contó todo, sin omitir nada. Hasta se levantó la camisa para enseñarle el pequeño círculo marcado en su pecho del que partían sinuosas líneas rojas. Anteriormente le había ocultado cosas y preveía que volvería a hacerlo, pero aquello podía ser demasiado importante para mantenerlo en secreto. El clavillo era la parte más pequeña de unas tijeras y la más fácil de realizar, pero, sin ella, las tijeras no cortaban la tela. Cuando hubo terminado, permaneció inmóvil esperando.

La mujer lo había observado inexpresivamente, pero aquellos oscuros ojos habían examinado cada palabra que brotaba de su boca, la habían sopesado, medido y acercado a la luz. Ahora seguía sentada de la misma manera, con la diferencia de que él era el objeto de su escrutinio, la pieza que sopesaba y acercaba a la luz.

—¿Y bien, es importante? —preguntó por fin—. Creo que es uno de esos sueños de lobos de los que me hablasteis… Estoy seguro de que lo era; ¡no puede ser de otro modo!, pero no por ello ha de ser real lo que he visto. Lo que ocurre es que vos dijisteis que algunos de los Renegados están libres, y él la ha llamado Lanfear y… ¿Es importante, o estoy aquí haciendo simplemente el ridículo?

—Existen mujeres —declaró lentamente la Aes Sedai— que no repararían en medios para amansarte si hubieran escuchado lo que yo acabo de oír. —Tuvo la sensación de que se le habían helado los pulmones; no podía respirar—. No estoy acusándote de que tengas potencial para encauzar —prosiguió, y el hielo se fundió dentro del joven— ni de que tengas posibilidades de aprender a hacerlo. El intento de amansarte no te causaría daño alguno, dejando de lado el rudo trato que te dispensaría el Ajah Rojo antes de advertir su error. Esa clase de hombres son tan raros que, incluso con todas sus ansias de persecución, las Rojas no han localizado más de tres en el transcurso de los últimos diez años. Cuando menos, antes del brote de la epidemia de falsos Dragones. Lo que trato de dejar bien claro es que no creo que vayas a comenzar de improviso a manejar el Poder. No tienes que temer nada a ese respecto.

—Muchas gracias por aclararlo —replicó con amargura—. ¡No teníais por qué infundirme tanto miedo sólo para poder decirme que no había necesidad de asustarme!

—Oh, sí tienes motivos para asustarte. O al menos para ser cauteloso, tal como te ha aconsejado el lobo. Las hermanas Rojas, o las de otro Ajah, podrían matarte antes de descubrir que no había nada que amansar en ti.

—¡Luz! ¡Así me consuma la Luz! —La observó con entrecejo fruncido—. Tratáis de llevarme por donde os conviene, Moraine, sin tener en cuenta que yo no soy un ternero y que no llevo ningún aro en la nariz. Ni al Ajah Rojo ni a ningún otro se les ocurriría amansarme a menos que haya algo real en lo que he soñado. ¿Significa eso que los Renegados han recobrado la libertad?

—Ya te había dicho antes que ello era posible. Algunos de ellos, como mínimo.

Tus… sueños no son de la clase que yo preveía, Perrin. Las Soñadoras han escrito acerca de los lobos, pero no era esto lo que esperaba.

—Bueno, yo pienso que era real. Creo que he visto algo que realmente ha ocurrido, algo que en principio no debía ver. —«Lo que debes ver»—. Me parece que, al menos, Lanfear está libre. ¿Qué vais a hacer?

—Voy a ir a Illian. Y después iré a Tear, procurando llegar allí antes que Rand. Hemos tenido que abandonar Remen con demasiada precipitación para que Lan averiguara si cruzó el río o siguió curso abajo. No obstante, seguramente lo sabremos antes de llegar a Illian. Si ha ido por aquí, advertiremos indicios de ello. —Posó la mirada en el libro como si deseara proseguir su lectura.

—¿Es eso cuanto vais a hacer? ¿Estando libre Lanfear, y la Luz sabe cuántos otros más?

—No me interrogues —advirtió con frialdad—. No sabes qué preguntas formular, y comprenderías menos de la mitad de las respuestas en caso de que te las diera, cosa que no pienso hacer.

Permaneció incómodo bajo su mirada hasta que resultó evidente que no iba a añadir nada más sobre el tema. El roce de la camisa sobre la quemadura le resultaba doloroso. No parecía una herida seria —¡desde luego no habiendo sido causada por un rayo!— pero su origen era otra cuestión.

—Eh… ¿Me curaréis esto?

—¿Ya no te inquieta que utilicen el Poder Único en tu persona, Perrin? No, no la curaré. No es grave, y te recordará la necesidad de obrar con cuidado. —Con cuidado de no presionarla, interpretó, tanto en lo concerniente a los sueños como a su divulgación—. Si no tienes nada más que consultarme, Perrin…

Se encaminó a la puerta y se paró de repente.

—Hay algo más. Si supierais que una mujer se llama Zarina, ¿pensarías que de ello se desprende algo respecto a su persona?

—¿Por qué demonios preguntas eso?

—Hay una muchacha —respondió torpemente—, una joven. La conocí anoche. Es uno de los pasajeros.

Dejaría que descubriera por sí misma que Zarina sabía que era una Aes Sedai. Y que al parecer creía que siguiéndolos llegaría hasta el Cuerno de Valere. No mantendría en secreto algo que considerara importante, pero, si Moraine podía mostrarse reservada, también podía hacerlo él.

—Zarina. Es un nombre saldaeano. Ninguna mujer pondría ese nombre a su hija a menos que esperara verla convertirse en una belleza. Y una rompecorazones. Una de esas que viven en palacios rodeadas de cojines, de criados y de pretendientes. —Sonrió, brevemente pero con gran regocijo—. Quizá tengas otro motivo para ser cauteloso, Perrin, si hay una Zarina como pasajera con nosotros.

—Así lo haré —le aseguró.

Al menos sabía por qué a Zarina le disgustaba su nombre: era poco adecuado para un cazador del Cuerno. «Siempre que no se haga llamar "halcón".»

Al llegar a cubierta, Lan se encontraba allí, revisando a *Mandarb*. Y Zarina estaba sentada en un rollo de cuerdas cerca de la barandilla, afilando uno de sus cuchillos y mirándolo. Las grandes velas triangulares estaban tensas y el *Ganso níveo* corría veloz río abajo.

Zarina lo siguió con la mirada cuando pasó a su lado para dirigirse a proa. El agua se rizaba a ambos lados como la tierra que se aparta al paso de un buen arado. Se puso a meditar sobre sueños y Aiel, sobre las percepciones de Min y sobre halcones. Le dolía el pecho. La vida nunca se le había presentado tan complicada como entonces.

Rand despertó fatigado, jadeante, y la capa que había utilizado a modo de manta cayó al incorporarse. Le dolía el costado; la vieja herida recibida en Falme le daba punzadas. La hoguera que había encendido había quedado reducida a brasas de las que se elevaban tan sólo algunas vacilantes llamas, suficientes, sin embargo, para ahuyentar las sombras. «Era Perrin. ¡Era él! Extrañamente, era él y no un sueño. ¡Por poco no lo he matado! ¡Luz, he de tener cuidado!»

Estremeciéndose, recogió un trozo de rama de roble y se dispuso a arrojarlo en las brasas. Aunque no abundaban los árboles en aquellas colinas murandianas, aún próximas al Manetherendrelle, había encontrado unas cuantas ramas caídas para el fuego, de leña lo bastante seca pero no podrida. Antes de que la leña tocara el fuego, se detuvo. Se acercaban diez o doce caballos a paso lento. «Debo ser prudente. No puedo cometer otra equivocación.»

Los caballos giraron hacia su mortecina hoguera, penetraron en el círculo de tenue luz y se pararon. Las sombras obstruían la visión de los jinetes, pero en su mayoría parecían hombres de rudos semblantes que llevaban yelmos redondos y largos jubones de cuero con toda la superficie cubierta de discos metálicos que semejaban escamas de pescado. Uno de los recién llegados era una mujer de pelo gris y expresión severa, ataviada con un vestido de tosca lana, aunque primorosamente tejida, y adornada con un alfiler de plata con forma de león. Una mercader, dedujo Rand, que había visto personas parecidas entre los que acudían a comprar tabaco y lana a Dos Ríos. Una mercader y sus guardias.

«Debo tener cuidado —pensó al tiempo que se levantaba—. Nada de errores.»

—Habéis elegido un buen paraje para acampar, joven —dijo la recién llegada—. Yo misma lo he utilizado con frecuencia de camino a Remen. Hay un pequeño manantial cerca. Confío en que no tendréis inconveniente en que lo comparta con vos… —Sus guardias estaban ya desmontando, abrochándose los cintos de las espadas y aflojando las cinchas de las sillas.

—En absoluto —respondió Rand.

«Con cuidado.» Se acercó dos pasos, saltó en el aire —El vilano flota en el remolino— y en sus manos afloró una espada con la marca de la garza con la que la decapitó sin darle tiempo siquiera a mostrar sorpresa en el semblante. «Ella era la más peligrosa.»

Tocó tierra cuando la cabeza de la mujer caía rodando por la grupa de su montura. Los guardias aprestaron gritando las espadas y prorrumpieron en alaridos al descubrir que su espada quemaba. Danzó entre ellos interpretando las figuras que Lan le había enseñado, sabiendo que podría haberlos matado a los diez con un arma ordinaria de acero, pero la que empuñaba entonces formaba parte de sí. Había sido tan sencillo, tan parecido a la práctica de las distintas figuras que, abatido el último adversario, ya se disponía a envainar la hoja realizando la serie de movimientos conocida como Pliegue del abanico cuando recordó que no tenía funda alguna y que, de haberla tenido, su espada la habría reducido a cenizas con sólo tocarla.

Dejó que desapareciera el arma y se volvió para examinar las monturas. Casi todas habían huido, aunque algunas no se hallaban lejos, y el alto caballo castrado de la mujer permanecía inmóvil con los ojos en blanco, relinchando con nerviosismo. El cuerpo decapitado, tendido en el suelo, no había soltado las riendas que mantenían al animal con la cabeza gacha.

Rand las despegó de sus manos y sólo se detuvo para recoger su escaso equipaje antes de montar. «Debo obrar con cautela —se recordó mientras observaba a los muertos—. Sin cometer ninguna equivocación.»

El Poder todavía lo henchía, el flujo del *Saidin* más dulce que la miel, más fétido que la carne descompuesta. De improviso encauzó, sin comprender realmente qué hacía ni de qué modo, con la sola impresión de que aquello era lo adecuado; y obtuvo efecto, al levantar los cadáveres. Los dispuso en una hilera frente a él, de hinojos, con la cara pegada al suelo. Cuando menos aquellos que aún conservaban la cara. De rodillas ante él.

—Si yo soy el Dragón Renacido —les dijo—, éste es el tratamiento que debéis dispensarme, ¿verdad?

Aunque le costaba hacerlo, cortó el contacto con el *Saidin*. «Si lo retengo en exceso, ¿cómo mantendré a raya la locura?» Rió amargamente. «¿O es ya tal vez demasiado tarde para ello?»

Miró con ojos entornados la fila. Tenía la certeza de que había sólo diez hombres, pero allí había postrados once, uno de ellos sin armadura de ninguna clase que aún empuñaba una daga.

—No elegiste la compañía adecuada —le dijo Rand.

Volvió grupas, espoleó la montura y se alejó a galope tendido en la noche. Aún le quedaba un largo camino hasta Tear, pero estaba decidido a llegar por la vía más

rápida, aunque tuviera que reventar caballos o robarlos. «Voy a poner fin a todo esto. A las provocaciones y al hostigamiento. ¡Acabaré con ellos!» *Callandor*. La espada lo llamaba.

37



Incendios en Cairhien

Egwene agradeció con una graciosa inclinación de cabeza la respetuosa reverencia del marinero que pasó descalzo junto a ella para ir a atirantar una cuerda que ya parecía tensa, posiblemente con objeto de modificar de forma imperceptible la disposición de las grandes velas cuadradas. Al volver presuroso al lugar donde se encontraba junto al timonel el mofletudo capitán, volvió a dedicarle una reverencia y ella inclinó de nuevo la cabeza antes de volver a centrar la atención en la boscosa orilla cairhienina, separada de la *Grulla azul* por menos de una milla de agua.

Ante sus ojos se deslizaba un pueblo, o lo que antaño había sido un pueblo. La mitad de las casas eran sólo montones calcinados de escombros con chimeneas que surgían desnudas entre las ruinas. En las otras viviendas, las puertas se bamboleaban con el viento, y en las calles rodaban pedazos de mobiliario, jirones de ropa y trozos de loza. El único ser vivo que deambulaba por la población era un famélico perro que, sin hacer caso del barco, siguió trotando hasta desaparecer tras las derruidas paredes de lo que tenía trazas de haber sido una posada. Trató de vencer la angustia que le producía tal panorama manteniendo la desapasionada serenidad que consideraba actitud propia de una Aes Sedai, pero su esfuerzo fue poco menos que inútil. Más allá de la aldea se elevaba un espeso penacho de humo. A cinco o seis kilómetros, calculó.

No era el primer penacho de humo que veía desde que el Erinin había comenzado a deslizarse a lo largo de la ribera de Cairhien, ni tampoco el primer pueblo quemado. En aquella ocasión, al menos, no había cadáveres a la vista. El capitán Ellisor debía de navegar a veces cerca de la orilla cairhienina debido a los bancos de arena, que, a decir de él, cambiaban de lugar en ese tramo del río; pero, por más que se habían aproximado a ella, no había visto nunca a una persona viva.

El barco dejó atrás el pueblo y la columna de humo, pero más adelante se advertía otro negro penacho, más alejado del cauce. El bosque iba perdiendo espesor y los fresnos, olmos y saúcos eran sustituidos paulatinamente por sauces, robles, chopos y

otras especies que no reconocía.

El viento le azotó la capa y ella la dejó ondear a sus espaldas, disfrutando de la pureza del aire, de la libertad de vestir de marrón en lugar de blanco, a pesar de que aquél no era su color predilecto. El vestido y la capa, no obstante, eran de lana de primera calidad, de buen corte y excelente confección.

Otro marinero pasó trotando, ofreciéndole la reverencia de rigor. Egwene lamentaba no poder descifrar el sentido de lo que estaban haciendo; le disgustaba sentirse como una ignorante. El hecho de llevar el anillo con la Gran Serpiente suponía recibir una gran cantidad de reverencias por parte de un capitán y una tripulación mayoritariamente originarios de Tar Valon.

Había ganado aquella discusión sostenida con Nynaeve, pese a la seguridad con que ésta había mantenido que ella era la única de las tres con edad suficiente para que la gente creyera que era una Aes Sedai. Pero Nynaeve se equivocaba. Egwene estaba dispuesta a reconocer que tanto ella como Elayne habían suscitado miradas de asombro al subir a bordo de la *Grulla azul* aquella tarde en el Puerto del Sur, y que el capitán Ellisor había arqueado tanto las cejas que éstas le habrían llegado a la raíz del pelo en caso de que lo hubiera tenido, pero sólo les había ofrecido sonrisas y parabienes.

—Es un honor, Aes Sedai. ¿Tres Aes Sedai viajando en mi barco? Un honor, ciertamente. Os prometo un rápido viaje hasta donde deseéis. Y ningún problema con los bandidos cairhieninos. Ya no atraco en aquella orilla del río. A menos que así lo deseéis, Aes Sedai. Los soldados andorianos ocupan algunas ciudades en la ribera cairhienina. Un honor, Aes Sedai.

Con el mismo arqueamiento de cejas había evidenciado igual desconcierto cuando habían pedido un solo camarote para las tres —ni siquiera Nynaeve quería pasar sola la noche de poder evitarlo—. Cada una de ellas podía disponer de una cabina individual sin ningún recargo, les dijo; no tenía otros pasajeros, su cargamento estaba listo y, si las Aes Sedai tenían asuntos urgentes que atender río abajo, no aguardaría ni siquiera una hora a que acudieran posibles viajeros. Ellas repitieron que les bastaría con un camarote.

Aunque en su cara se manifestaba el más absoluto estupor, Chin Ellisor, nacido y criado en Tar Valon, no era el tipo de persona que cuestionaba las peticiones de las Aes Sedai una vez que las habían manifestado claramente. Si dos de ellas parecían muy jóvenes, bueno, algunas Aes Sedai eran jóvenes.

Las abandonadas ruinas se perdieron de vista tras Egwene. La columna de humo fue acercándose y, tierra adentro, adivinó otra más. El bosque daba paso a bajas y herbosas colinas salpicadas de bosquecillos. Los árboles que florecían en primavera lucían sus encantos, diminutas florecillas blancas o rojas en arándanos y almezos. Un árbol de especie desconocida para ella estaba cubierto de redondas flores blancas que

abultaban más que sus dos manos juntas. De tanto en tanto, un rosal silvestre trepador originaba ringleras amarillas o blancas entre las ramas cargadas de verdes hojas y de rojizos retoños. El contraste con las cenizas y escombros era demasiado marcado como para que la visión fuera enteramente placentera.

Egwene deseó tener a su lado una Aes Sedai para poder formularle preguntas. Una en quien confiara. Rozó su bolsa con los dedos y apenas notó el tacto del retorcido anillo de piedra del *ter'angreal* que guardaba dentro.

Lo había probado todas las noches salvo dos desde su partida de Tar Valon, y en ninguna de ellas había funcionado igual. Siempre había accedido al *Tel'aran'rhiod*, pero lo único que había visto que pudiera servirles de algo era, una vez más, el Corazón de la Ciudadela, en todas las ocasiones sin la compañía de Silvia ni la ayuda de sus explicaciones. En todo caso, no había averiguado nada relacionado con el Ajah Negro.

Sus propios sueños, sin el *ter'angreal*, habían estado poblados de imágenes que parecían casi atisbos del Mundo No Visto. Rand empuñando una espada tan ardiente como el sol, hasta el punto de que apenas pudo percibirla como tal ni distinguir casi que se trataba de él. Rand amenazado de una docena de maneras distintas, a cual más irreal. En uno de los sueños se encontraba en un enorme tablero de damas cuyas piezas blancas y negras eran tan grandes como cantos rodados, y él esquivaba las monstruosas manos que las movían y que al parecer trataban de aplastarlo bajo ellas. Aquello podía tener algún significado. Probablemente lo tenía, pero, aparte del de que Rand estaba en peligro a causa de alguien o de varias personas, cosa que no ponía en duda, no había hallado más sentido. «Ahora no puedo ayudarlo. Tengo que cumplir con mi propio deber. Ni siquiera sé dónde está, exceptuando que seguramente se encuentra a quinientas leguas de aquí.»

Había soñado con Perrin acompañado por un lobo, luego por un halcón y después por un azor —que peleaba contra la primera rapaz—, con Perrin huyendo de algo terrible y con Perrin saltando voluntariamente sobre el borde de un acantilado diciendo: «Debo hacerlo. Debo aprender a volar antes de llegar abajo». Había soñado con un Aiel, y pensaba que ello guardaba asimismo relación con Perrin, pero no estaba segura. Había visto a Min en sueños, activando una trampa de acero pero saliendo inexplicablemente ilesa de ella sin siquiera haberla visto. También había soñado con Mat; con Mat rodeado de dados que giraban, lo cual no le pareció ningún misterio; con Mat perseguido por un hombre que no estaba allí —no acababa de comprenderlo; había un hombre siguiéndolo, tal vez más de uno, pero, inexplicablemente, no había nadie allí—; con Mat cabalgando con desesperación hacia algo invisible en la lejanía que había de alcanzar, y con Mat junto a una mujer que parecía lanzar fuegos de artificio. Una Iluminadora, supuso, por más descabellada que fuera la idea.

Había tenido tantos sueños que comenzaba a dudar de la existencia de todos ellos. Quizá su abundancia guardara relación con el hecho de utilizar el *ter'angreal* o simplemente llevarlo consigo. Tal vez estuviera aprendiendo al fin lo que era ser una Soñadora. Sueños frenéticos, sueños febriles. Hombres y mujeres saliendo de una jaula y jugando luego a coronas. Una mujer jugando con marionetas, y otro sueño en el que las cuerdas de las marionetas acababan en las manos de peleles de mayor tamaño cuyas cuerdas accionaban a su vez marionetas más grandes, y así sucesivamente hasta que las últimas cuerdas desaparecían en inabarcables alturas. Reyes moribundos, reinas sollozantes, despiadadas batallas. Capas Blancas arrasando Dos Ríos. Incluso había vuelto a soñar con los seanchan, y en más de una ocasión. A ellos los relegaba en un rincón oscuro, negándose a concederles un pensamiento. A su madre y su padre los veía todas las noches.

Cuando menos tenía la certeza del significado de aquello último, o así lo creía. «Significa que he partido a la busca del Ajah Negro e ignoro el sentido de mis sueños y la manera de lograr que el indisciplinado *ter'angreal* se comporte según debería y que estoy asustada y… Y que añoro el hogar.» Por un instante pensó lo delicioso que sería que su madre la mandara a la cama sabiendo que todo se habría resuelto a la mañana siguiente. «El inconveniente es que mi madre ya no puede solventarme los problemas y que mi padre no puede prometerme ahuyentar los monstruos y lograr que yo lo crea. Ahora debo hacerlo yo misma.»

Qué remoto había quedado aquel tiempo. No deseaba verdaderamente regresar a él, pero la ternura que lo había impregnado la invadía de nostalgia. Sería maravilloso volver a verlos a los dos, oír sus voces. «Llevo este anillo en el dedo y he elegido mi camino.»

Finalmente había permitido que Nynaeve y Elayne probaran a dormir una noche con el anillo de piedra —sorprendida por la reticencia experimentada por desprenderse de él— y al despertar ambas habían hablado de lo que sin duda era el *Tel'aran'rhiod*, pero ninguna de ellas había advertido más que un atisbo del Corazón de la Ciudadela, nada que fuera de utilidad.

La espesa columna de humo se encontraba ya a la altura de la *Grulla azul*, a unos ocho o diez kilómetros del río. La otra era sólo una mancha en el horizonte. Podría haber sido una nube, pero estaba segura de que no era así. En la orilla había algunos espesos bosquecillos de árboles entre los que crecía la hierba hasta el borde del agua, salvo en los puntos donde la tierra socavada se había venido abajo.

Elayne salió a cubierta y se reunió con ella en la barandilla. El viento azotaba su oscura capa, de resistente lana igual que la suya. Aquélla había sido la discusión que había ganado Nynaeve: sus ropas. Egwene había sostenido que las Aes Sedai siempre vestían con las mejores prendas, incluso cuando viajaban —ella tenía presentes las sedas que llevaba en el *Tel'aran'rhiod*—, pero Nynaeve había advertido que aun con

la cantidad de oro que la Amyrlin había dejado en la parte trasera de su armario en una abultada bolsa no tenían idea de cuánto costarían las cosas a medida que se alejaran de Tar Valon. Los criados aseguraban que Mat había dicho lo cierto con respecto a la guerra civil de Cairhien y a su repercusión sobre los precios. Para sorpresa de Egwene, Elayne había señalado que las hermanas Marrones vestían más a menudo con lana que con seda. Elayne estaba tan ansiosa por dejar atrás las cocinas, pensó Egwene, que se habría avenido a llevar harapos.

«¿Cómo le estará yendo a Mat? Seguro que está intentando jugarse a los dados con el capitán del barco en que viaje la cantidad para el pasaje.»

—Terrible —murmuró Elayne—. Es tan terrible…

—¿El qué? —inquirió Egwene, distraída. «Espero que no vaya enseñando con excesiva frecuencia ese papel que le dimos.»

Elayne le dirigió una mirada de asombro y luego frunció el entrecejo.

—¡Eso! —Apuntó hacia el distante humo—. ¿Cómo puedes dejar de advertirlo?

—Porque no quiero pensar en las penalidades que pasa la gente, porque no puedo hacer nada al respecto y porque debo llegar a Tear. Porque lo que perseguimos se encuentra en Tear. —Le sorprendió su propia vehemencia. «No puedo hacer nada al respecto. Y el Ajah Negro está en Tear.»

Cuanto más reflexionaba sobre ello, más crecía su certeza de que debían hallar el modo de entrar en el Corazón de la Ciudadela. Quizá nadie tenía permitido el acceso a excepción de los Grandes Señores de Tear, pero cada vez estaba más convencida de que la clave para descubrir y desbaratar la trampa del Ajah Negro residía en el Corazón de la Ciudadela.

—Lo sé, pero no por ello dejo de lamentar la suerte de los cairhieninos.

—Me han dado clases sobre el tema de las guerras que Andor ha librado con Cairhien —espetó secamente Egwene—. Bennae Sedai dice que vosotros y Cairhien habéis luchado con más frecuencia que cualquier otro par de naciones exceptuando Tear e Illian.

Elayne la miró de soslayo. Aún no se había acostumbrado a la negativa de Egwene a admitir que ella misma era andoriana. Al menos los trazos de los mapas afirmaban que Dos Ríos formaba parte de Andor, y Elayne creía en los mapas.

—Hemos sostenido guerras contra ellos, Egwene, pero, después del estado en que quedaron tras la Guerra de Aiel, Andor les ha vendido casi tanto grano como Tear. El comercio se ha interrumpido ahora. Estando en lucha entre sí todas las casas cairhieninas, ¿quién compraría el grano o se ocuparía de que lo distribuyeran al pueblo? Si los combates son tan encarnizados como hace suponer lo que hemos visto en la orilla… Bien. No se puede alimentar a un pueblo durante veinte años y no sentir nada por ellos cuando deben de estar pasando hambre.

—Un Hombre Gris —dijo Egwene, y Elayne se sobresaltó, tratando de mirar a un

tiempo en todas direcciones.

—¿Dónde? —preguntó, envuelta en la aureola del *Saidar*.

Egwene observó detenidamente en derredor, pero para cerciorarse de que nadie podía oírla. El capitán Ellisor seguía en la popa junto al hombre de torso desnudo que manejaba el timón. Otro hombre estaba encaramado a proa, escrutando las aguas que iban a surcar para descubrir señales de bancos de arena, y otros dos caminaban por cubierta, ajustando de vez en cuando una cuerda a las velas. El resto de la tripulación se hallaba abajo. Uno de los dos marineros se detuvo para comprobar las amarras del bote que yacía boca abajo sobre la cubierta; esperó a que se alejara para hablar.

—¡Idiota! —murmuró quedamente—. Hablo de mí, Elayne, y no de ti, de modo que no me mires así. —Prosiguió con la voz reducida a un susurro—. Un Hombre Gris va tras de Mat, Elayne. Ése ha de ser el significado del sueño, pero no se me había ocurrido. ¡Soy una estúpida!

—No seas tan dura contigo misma —susurró a su vez Elayne, desprendida ya del nimbo del *Saidar*—. Puede que signifique eso, pero yo no lo vi, ni tampoco Nynaeve. —Calló y agitó sus dorados rizos al menear la cabeza—. Pero no tiene sentido, Egwene. ¿Para qué iba a seguir un Hombre Gris a Mat? La carta que escribí a mi madre no contiene nada que pueda perjudicarnos.

—Ignoro el porqué. —Egwene frunció el entrecejo—. Debe haber un motivo. Estoy segura de que ése es el significado del sueño.

—Aunque estés en lo cierto, Egwene, no hay hada que puedas hacer al respecto.

—Lo sé —reconoció amargamente Egwene. Ni siquiera sabía si se encontraba delante de ellas o detrás, aunque sospechaba que se encontraba más lejos; Mat debía de haberse marchado sin tardanza—. De todas formas —murmuró para sí—, no sirve de nada. ¡Cuando por fin desentraño el sentido de uno de mis sueños, no sirve absolutamente de nada!

—Pero si conoces un significado —la animó Elayne—, quizás ahora puedas averiguar los otros. Si nos sentamos y los repasamos juntas de nuevo, tal vez…

La *Grulla azul* dio un estremecido bandazo que lanzó a Elayne al suelo y a Egwene encima de ella. Cuando Egwene se puso en pie, la orilla ya no se deslizaba a su lado. El barco se había detenido y la proa estaba algo elevada y la cubierta ladeada. Las velas se agitaban ruidosamente con el embate del viento.

Chin Ellisor se levantó y fue corriendo a proa, dejando que el timonel recobrara el equilibrio por sus propios medios.

—¡Ciego gusano de campo! —bramó dirigiéndose al hombre de la proa, que se aferraba a la barandilla para no caer—. ¡Cabruno destripaterrones! ¿No llevas bastante tiempo en el río para reconocer la forma como se riza el agua sobre un bajío? —Agarró al hombre por los hombros y lo bajó a cubierta, pero sólo para apartarlo y poder asomarse él mismo por la proa—. ¡Si has agujereado mi quilla, usaré tus tripas

para calafatearla!

Los otros marineros estaban poniéndose en pie y otros subían de abajo. Todos corrieron a arracimarse en torno al capitán.

Nynaeve apareció por la boca de la escalera que conducía a los camarotes de los pasajeros, todavía alisándose las faldas. Propinándose un violento tirón de trenza, miró ceñuda a los hombres concentrados en proa y luego se acercó con paso airado a Egwene y Elayne.

—Nos ha hecho embarrancar contra algo, ¿verdad? Después de tanto jactarse de que conocía el río igual que a su mujer. Seguramente la pobre no recibe ni una sonrisa de él.

Volvió a tirarse de la trenza y avanzó resuelta, abriéndose paso entre los marineros para llegar a donde se encontraba el capitán. Todos estaban absortos en las aguas de abajo.

No tenía sentido secundarla. «Nos sacará antes de aquí si nadie se entromete.» Nynaeve debía de estar diciéndole cómo había de hacer su trabajo. Elayne parecía compartir su opinión, a juzgar por la brusquedad con que sacudió la cabeza al ver que el capitán y la tripulación desviaban la atención de lo que quiera que hubiera bajo la proa para centrarla respetuosamente en Nynaeve.

En los hombres se percibió una clara agitación que fue en aumento. Por un momento se vieron las manos que el capitán sacudía en protesta por encima de la cabeza de los marineros, y luego Nynaeve se alejó de ellos —esta vez le abrieron paso, ofreciéndole reverencias— y Ellisor la siguió a toda prisa enjugándose la redonda cara con un gran pañuelo rojo. Su ansiosa voz se tornó audible a medida que se acercaban.

—… unos buenos veinticinco kilómetros hasta el próximo pueblo de la orilla andoriana, Aes Sedai, y como mínimo ocho o diez kilómetros siguiendo el curso del río hasta la ribera cairhienina. Es cierto que lo ocupan soldados andorianos, pero no mantienen ningún control en los kilómetros que nos separan de él. —Se secó la cara como si le chorreara el sudor.

—Un barco hundido —informó Nynaeve a las otras dos mujeres—. Obra de bandidos del río, a juicio del capitán. Se propone intentar despegarse de él con ayuda de remos, pero no parece considerarlo factible.

—Íbamos a gran velocidad al chocar, Aes Sedai. Quería ir rápido por vuestro interés. —Ellisor se frotó aún con más rudeza la cara. Tenía miedo de que las Aes Sedai le achacaran las culpas a él, advirtió Egwene—. Estamos clavados a él. Pero no creo que entre agua en la quilla, Aes Sedai. No hay necesidad de inquietarse. Pasará otro barco y con la ayuda de sus remos quedaremos sin duda libres. No es preciso que desembarquéis en la orilla, Aes Sedai. Lo juro, por la Luz.

—¿Pensabas abandonar el barco? —preguntó Egwene—. ¿Lo crees prudente?

—¡Desde luego que es…! —Nynaeve calló y la miró con entrecejo fruncido. Egwene le sostuvo la mirada igual de ceñuda. Nynaeve prosiguió con tono más calmado, aunque con cierta tensión—. El capitán dice que podría transcurrir una hora antes de que llegue otro barco. Uno que tenga los suficientes remos como para conseguir su propósito. O un día. O puede que dos. Me parece que no podemos permitirnos desperdiciar un día o dos esperando. Podemos estar en ese pueblo… ¿cómo lo habéis llamado, capitán? ¿Jurene?… Podemos llegar caminando a Jurene en dos horas o menos. Si el capitán Ellisor logra dejar libre su embarcación con tanta rapidez como espera, podemos volver a embarcar entonces. Asegura que parará para ver si estamos allí. Si continúa atascado, no obstante, podemos tomar un barco en Jurene. Puede que incluso encontremos uno que esté esperando. El capitán dice que los comerciantes se detienen allí, debido a la presencia de soldados andorianos. —Respiró hondo, pero la tensión creció en su voz—. ¿He explicado claramente los motivos de mi decisión? ¿Necesitáis más?

—A mí me han quedado claros —se apresuró a responder Elayne antes de que Egwene tomara la palabra—. Parece una buena idea. Tú también lo crees así, ¿verdad, Egwene?

—Supongo que sí —contestó Egwene con desgana.

—Pero, Aes Sedai —protestó Ellisor—, id al menos a la orilla andoriana. La guerra, Aes Sedai. Hay bandidos, rufianes, y los soldados no son mucho mejores. El propio orificio bajo nuestra proa demuestra la clase de hombres que son.

—No hemos visto ni un alma en la orilla de Cairhien —señaló Nynaeve— y, de todas formas, distamos mucho de estar indefensas, capitán. No pienso caminar durante veinticinco kilómetros cuando puedo recorrer solamente diez.

—Desde luego, Aes Sedai. —Ellisor sudaba de veras ahora—. No pretendía dar a entender… Por supuesto que no estáis indefensas, Aes Sedai. No era mi intención sugerirlo. —Se enjugó vigorosamente la cara, pero ésta siguió reluciente.

Nynaeve abrió la boca, miró a Egwene, y pareció cambiar de idea respecto a lo que iba a decir.

—Voy a buscar mis cosas abajo —anunció al aire que mediaba entre Egwene y Elayne y luego se dirigió a Ellisor—. Capitán, haced que preparen el bote.

El interpelado realizó una reverencia y se fue corriendo antes incluso de que ella se volviera hacia la escotilla. Nynaeve aún no había llegado abajo cuando ya gritaba a sus hombres que bajaran la barca por la borda.

—Si una de vosotras dice «a la derecha» —murmuró Elayne—, la otra dice «a la izquierda». Si no cambiáis de actitud, tal vez no lleguemos a Tear.

—Llegaremos a Tear —aseguró Egwene—. Y tanto más pronto cuanto Nynaeve se vaya dando cuenta de que ella ya no es la Zahorí. Todas somos… —no dijo Aceptadas, pues había demasiados marineros cerca— todas estamos en el mismo

nivel ahora. —Elayne suspiró.

El bote las había trasladado sin tardanza a la orilla, donde se hallaban ahora con bastones en la mano y su equipaje colgado en fardos de la espalda o en bolsas y hatillos, rodeadas de ondulados terrenos cubiertos de pastizales y sotos dispersos. Las colinas que se alzaban a varios kilómetros del río estaban, en cambio, pobladas de espesas arboledas. Los remos de la *Grulla azul* se hundían haciendo aflorar espuma, pero sin conseguir mover la embarcación. Egwene se volvió y echó a andar en dirección sur sin dirigir ni una ojeada atrás. Y antes de que Nynaeve pudiera tomar la iniciativa.

Cuando las demás le dieron alcance, Elayne le dedicó una mirada de desaprobación. Nynaeve caminaba con la vista al frente. Elayne contó a Nynaeve lo que Egwene había dicho sobre Mat y el Hombre Gris, pero ésta la escuchó en silencio y sólo comentó que habría de cuidar de sí mismo sin aminorar en ningún momento el paso. Al cabo de un rato, la heredera del trono renunció a intentar que sus dos amigas hablaran y siguieron andando en silencio.

Los tupidos bosquecillos de robles y sauces que crecían junto al cauce pronto taparon la *Grulla azul*. No pasaban por los sotos, pese a su reducida extensión, pues bajo la sombra de sus ramas podía acechar cualquier peligro. Entre ellos había diseminados algunos arbustos bajos, demasiado pequeños para que se ocultara en ellos un niño y mucho menos un bandido.

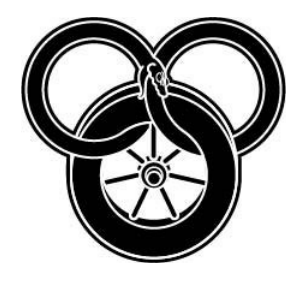
—Si veo bandidos —anunció Egwene—, pienso defenderme. Aquí no hay ninguna Amyrlin para vigilar lo que hago.

—En caso necesario —precisó Nynaeve, sin dirigirse a nadie en particular—, podemos ahuyentar a cualquier rufián del mismo modo que hicimos con los Capas Blancas. Si no existe otra alternativa.

—Preferiría que no hablarais de bandidos —observó Elayne—. Quisiera llegar a ese pueblo sin…

Detrás de un arbusto se alzó una figura de tonos marrones y grises y se plantó casi delante de ellas.

38



Doncellas Lanceras

Egwene abrazó el *Saidar* antes incluso de emitir el grito que se formó en su garganta, y vio la aureola que rodeaba también a Elayne. Por un instante se preguntó si Ellisor las habría oído gritar y mandaría ayuda; la *Grulla azul* no podía hallarse a más de un kilómetro de distancia. Después desechó toda idea referente a la necesidad de auxilio, entrecruzando ya flujos de Aire y de Fuego para formar relámpagos cuando apenas se habían apagado sus gritos.

Nynaeve se limitó a permanecer de pie con los brazos cruzados bajo el pecho y una expresión de firmeza en el rostro, pero Egwene no estaba segura de si ello se debía a que no estaba lo bastante enojada para establecer contacto con la Fuente Verdadera o a que ya se había percatado de lo que Egwene advertía ahora. La persona que tenían ante ellas era una mujer cuya edad no superaba la de Egwene, aunque era algo más alta que ella.

No cortó el contacto con el *Saidar*. Los hombres eran a veces suficientemente estúpidos como para creer que una mujer era un ser indefenso por el solo hecho de ser mujer; Egwene no albergaba tal noción. Advirtió vagamente que Elayne ya no estaba envuelta por el nimbo de Poder. Sin duda la heredera del trono aún sostenía erróneas creencias. «Ella nunca ha sido prisionera de los seanchan.»

Egwene no creía, no obstante, que hubiera muchos hombres tan insensatos como para considerar que la mujer que tenían delante no era peligrosa, aun cuando no tuviera nada en las manos y fuera, al parecer, desarmada. Ojos verdeazules y pelo rojizo corto salvo en el cerco del que brotaba la mata de pelo que conformaba una estrecha cola que le caía sobre los hombros; flexibles botas ajustadas con cintas hasta la rodilla y chaqueta y calzones con tonalidades similares a las de la tierra y las rocas; todo coincidía con la descripción que le habían hecho en una ocasión. Aquella mujer era una Aiel.

Al mirarla, Egwene sintió una súbita afinidad por ella que no acababa de comprender. «Parece como si fuera una prima de Rand, eso es.» Aquel sentimiento, casi el inspirado por un pariente, no mitigó, sin embargo, su curiosidad. «¿Qué

diablos hace aquí una Aiel? Nunca abandonan el Yermo; no han salido de él desde la Guerra de Aiel.» Aunque durante toda su vida había oído decir cuán peligrosos eran los Aiel —y esas Doncellas Lanceras no lo eran menos que los varones de las asociaciones guerreras— no experimentó miedo, sino más bien irritación por haberse asustado antes. Con el *Saidar* que la proveía de Poder Único, no tenía por qué temer a nadie. «Salvo a una hermana plenamente entrenada, tal vez —reconoció—. Pero sin duda no a una mujer, aunque sea una Aiel.»

—Soy Aviendha —se presentó la Aiel—, del septiar Agua Amarga del Taardad Aiel. —Su cara permaneció tan impasible e inexpresiva como su voz—. Soy Far Dareis Mai, una Doncella Lancera. —Calló un momento para observarlas—. Aunque no se percibe en vuestros semblantes, hemos visto los anillos. En vuestras tierras, tenéis mujeres muy parecidas a nuestras Sabias, las mujeres llamadas Aes Sedai. ¿Sois o no mujeres de la Torre Blanca?

Egwene sintió un momento de inquietud. «Ha hablado en plural.» Miró atentamente en derredor, pero no vio a nadie escondido en ningún arbusto en un radio de quince metros.

Si había otras, debían de estar ocultas en el siguiente bosquecillo, a doscientos metros de distancia, o en el que habían dejado medio kilómetro más atrás. Demasiado lejos para representar una amenaza. «A menos que tengan arcos.» En todo caso, deberían ser expertas tiradoras, pues en las competiciones que se celebraban en el Campo de Emond en Bel Tine y el Día Solar, sólo los mejores arqueros disparaban a un blanco situado más allá de doscientos metros.

De cualquier forma, se sentía más segura sabiéndose en condiciones de arrojar un rayo a cualquiera que intentara efectuar tal disparo.

—Somos mujeres de la Torre Blanca —respondió con calma Nynaeve, que evitaba ostentosamente buscar con la vista a otras posibles Aiel. Incluso Elayne miraba en todas direcciones—. ¿Qué queréis de nosotras?

Aviendha sonrió, y entonces Egwene advirtió la belleza que su feroz semblante había ocultado.

—Habláis igual que las Sabias: directa al grano. —Su sonrisa se disipó, pero su voz conservó la calma—. Una de nosotras está gravemente herida, agonizando tal vez. Las Sabias suelen curar a personas que morirían sin su atención, y tengo entendido que las Aes Sedai poseen dotes aun superiores a ellas. ¿La socorreréis?

Egwene casi sacudió la cabeza en su confusión. «¿Que una de ellas se está muriendo? ¡Tiene la misma parsimonia que si estuviera pidiéndonos una taza de harina de cebada!»

—La ayudaré en cuanto esté en mis manos —repuso Nynaeve—. No puedo prometer nada, Aviendha. Puede que muera pese a lo que yo haga.

—La muerte nos llega a todos —sentenció la Aiel—. Sólo nos queda elegir la

manera de afrontarla llegado el momento. Os llevaré hasta ella.

A menos de diez metros de ellas surgieron dos mujeres vestidas con prendas propias de los Aiel, una de un pequeño pliegue del terreno en el que Egwene no hubiera sospechado que pudiera esconderse un perro, y la otra de unas matas de hierba que ni siquiera le llegaban a la rodilla. Al levantarse se bajaron sus negros velos —lo cual le produjo un nuevo sobresalto, pues recordaba perfectamente que Elayne le había dicho que los Aiel sólo se tapaban la cara cuando había perspectivas de que fueran a matar a alguien— y dejaron apoyada sobre los hombros la tela con que se habían envuelto la cabeza. Una de ellas tenía el mismo tono rojizo de pelo que Aviendha y ojos grises, la otra ojos azul oscuro y cabellos tan luminosos como el fuego. Ninguna de las dos superaba en edad a Egwene ni a Elayne y ambas parecían dispuestas a utilizar las lanzas cortas que llevaban en la mano.

La joven de dorado pelo entregó sus armas a Aviendha: un largo cuchillo de gruesa hoja que se colgó de la cintura, un erizado carcaj también prendido al cinto, un oscuro arco curvado que tenía la luminosidad apagada del cuerno, con una funda para sujetárselo a la espalda, y cuatro lanzas cortas con largas puntas que tomó con la mano izquierda junto con un pequeño escudo redondo de cuero. Aviendha las llevaba con tanta naturalidad como una mujer del Campo de Emond habría llevado un pañuelo, y lo mismo ocurría con sus compañeras.

—Venid —indicó, encaminándose al bosquecillo junto al que habían pasado.

Egwene soltó finalmente el *Saidar*. Sospechaba que las tres Aiel eran capaces de atravesarla con aquellas lanzas antes de que ella pudiera hacer nada para impedirlo, si así se lo proponían, pero, pese a su actitud recelosa, no creía que fueran a hacerlo. «¿Y qué ocurrirá si Nynaeve no puede curar a su amiga? ¡Ojalá consultara antes de tomar decisiones que nos comprometen a todas!»

De camino a la arboleda, las Aiel escrutaban el terreno como si esperaran que los desiertos parajes que las rodeaban encubrieran enemigos tan hábiles en ocultarse como ellas. Aviendha iba a la cabeza, y Nynaeve ajustaba el paso al suyo.

—Soy Elayne de la casa Trakand —se presentó con desenvoltura la amiga de Egwene—, hija heredera de Morgase, reina de Andor.

Egwene dio un traspié. «Luz, ¿está loca? Hasta yo sé que Andor luchó contra ellos en la Guerra de Aiel. Hará veinte años de eso, pero la gente asegura que los Aiel no olvidan fácilmente el pasado.»

—Yo soy Bain —se limitó a decir, sin embargo, la Aiel de rojizo pelo que se hallaba más cerca de ella—, del septiar Roca Negra del Shaarad Aiel.

—Yo soy Chiad —añadió la más rubia y bajita que se encontraba al otro lado—, del septiar Río Pedregoso del Goshien Aiel.

Bain y Chiad lanzaron repetidas miradas a Egwene y, a pesar de lo inmutable de su expresión, ella tuvo la impresión de que consideraban que no estaba

comportándose como exigían los buenos modales.

—Soy Egwene al'Vere —les dijo y, como parecían esperar algo más, agregó—, hija de Marin al'Vere, del Campo de Emond, en Dos Ríos.

Aquello pareció satisfacerlas, en cierto modo, pero habría jurado que no lo comprendieron más de lo que ella entendía todo lo relativo a los septiar y a los clanes. «Debe de significar lazos familiares o algo por el estilo.»

—¿Sois hermanas primeras? —La pregunta de Bain pareció abarcar a las tres.

Egwene pensó que se refería a hermanas en el sentido en que se utilizaba el término entre las Aes Sedai y contestó que sí, al tiempo que Elayne respondía que no.

Chiad y Bain cruzaron una breve mirada en la que daban a entender que hablaban con mujeres que tal vez no estaban totalmente en sus cabales.

—Primera hermana —explicó Elayne a Egwene como si estuviera impartiéndole una clase— significa mujeres que tienen la misma madre. Segunda hermana significa que sus madres son hermanas. —Pasó a dirigirse a las Aiel—. Ninguna de las dos poseemos grandes conocimientos acerca de vuestro pueblo. Os pido disculpas por nuestra ignorancia. A veces considero a Egwene como una primera hermana, pero no tenemos ningún vínculo de sangre.

—¿Por qué no pronunciáis entonces las palabras delante de vuestras Sabias? preguntó Chiad—. Bain y yo nos hicimos primeras hermanas.

—¿Cómo puede alguien convertirse en primera hermana de alguien? —exclamó Egwene con estupor—. O bien se tiene la misma madre o no. No es mi intención ofenderos. Casi todo lo que sé acerca de las Doncellas Lanceras me lo ha contado Elayne. Sé que peleáis en batallas y que no os interesan los hombres, pero nada más.

Elayne asintió; la descripción que había hecho a Egwene de las Doncellas era algo así como un cruce entre Guardianes y el Ajah Rojo.

En los semblantes de las Aiel volvió a reflejarse la incertidumbre respecto al sano juicio de Egwene y Elayne.

—¿Que no nos interesan los hombres? —murmuró, desconcertada, Chiad.

—Lo que decís no dista de ser verdad —concedió con ademán reflexivo Bain— y, sin embargo, no le hace en absoluto honor. Cuando nos desposamos con la lanza, nos comprometemos a no mantener vínculo alguno con hombre ni con hijo. Algunas renuncian a la lanza, por un hombre o un hijo —su expresión mostraba que no comprendía tal actitud—, pero, una vez que se ha renunciado a ella, la lanza no se puede recuperar.

—O también si la eligen para ir a Rhuidean —añadió Chiad—. Una Sabia no puede estar desposada con la lanza.

Bain la miró como si hubiera anunciado que el cielo era azul o que las nubes producían la lluvia, pero en la mirada que dirigió a Egwene y Elayne se traslucía su sospecha de que tal vez ellas no sabían nada de todo aquello.

—Sí, es verdad. Aunque algunas tratan de rebelarse contra ello.

—Sí, lo hacen. —Chiad habló como si ella y Bain compartieran un secreto.

—Pero me he desviado del tema —continuó Bain—. Las Doncellas no bailan la danza de las espadas entre sí ni siquiera cuando lo hacen sus clanes respectivos, pero los Shaarad Aiel y los Goshien Aiel mantienen entre ambos rencillas hereditarias desde hace más de cien años, y por ello Chiad y yo sentimos que nuestro juramento de desposorio no era suficiente. Fuimos a pronunciar las palabras ante las Sabias de nuestros clanes, arriesgando yo mi vida en su territorio y ella la suya en el mío, para unirnos como primeras hermanas. Como corresponde a las primeras hermanas que son Doncellas, nos guardamos mutuamente la espalda, y ninguna permitirá que un hombre se acerque a ella sin estar presente la otra. Yo no diría que no nos interesan los hombres. —Chiad asintió y en sus labios asomó un indicio de sonrisa—. ¿Te he expuesto claramente la verdad, Egwene?

—Sí —dijo al cabo Egwene. Lanzó una ojeada a Elayne y vio en sus ojos azules la misma perplejidad que debían de expresar los suyos. «El Ajah Rojo, no. El Verde, tal vez. Un cruce entre Guardianes y Ajah Verde, y maldita sea si entiendo algo»—. Ahora lo comprendo bastante mejor, Bain. Gracias.

—Si las dos os profesáis el afecto de primeras hermanas —sugirió Chiad—, deberíais acudir a vuestras Sabias y pronunciar las palabras. Pero vosotras sois Sabias, aunque jóvenes. No sé cómo debería procederse en este caso.

Egwene no supo si echarse a reír o sonrojarse. En su mente se repetía la imagen de ella y Elayne compartiendo el mismo hombre. «No, eso es sólo para las primeras hermanas que son Doncellas de la Lanza, ¿no es así?» Elayne tenía las mejillas arreboladas, y Egwene tenía la seguridad de que estaba pensando en Rand. «Pero nosotras no lo compartimos, Elayne. Ninguna de las dos puede quedarse con él.»

—No creo que ello sea necesario, Chiad —declaró Elayne tras aclararse la garganta—. Egwene y yo ya nos protegemos mutuamente.

—¿Cómo es posible? —preguntó Chiad—. No estáis desposadas con la lanza. Y sois Sabias. ¿Quién alzaría una mano contra una Sabia? Me confundís. ¿Qué necesidad tenéis de que alguien os guarde la espalda?

La llegada al soto ahorró a Egwene tener que ingeniar una respuesta. Había otras dos Aiel bajo los árboles, en el corazón de la espesura, pero cerca del río. Jolien, del septiar Llano de Sal del Nakai Aiel, una mujer de ojos azules y pelo rojo dorado casi de la misma tonalidad que el de Elayne, cuidaba de Dailin, del mismo septiar y clan que Aviendha. El sudor empapaba los cabellos de Dailin, oscureciendo su rojizo pelo, y sólo abrió sus grises ojos una vez, cuando llegaron, y volvió a cerrarlos enseguida. Su camisa y su chaqueta estaban a su lado y las vendas que le envolvían el tronco estaban manchadas de rojo.

—Le han clavado una espada —dijo Aviendha—. Esos insensatos que los

traidores Asesinos del Árbol llaman soldados han pensado que éramos otra de las pandillas de bandidos que infestan esta tierra. Hemos tenido que matarlos para convencerlos de lo contrario, pero Dailin… ¿Podéis curarla, Aes Sedai?

Nynaeve se arrodilló junto a la mujer herida, destapó un poco los vendajes para ver lo que había debajo, y torció el gesto.

—¿La habéis movido desde que ha recibido la herida? Tiene la costra rota.

—Quería morir cerca del agua —adujo Aviendha.

Lanzó una ojeada hacia el río y se apresuró a desviar la vista. Egwene tuvo la sensación de que se había estremecido.

—¡Necias! —Nynaeve se puso a revolver en la bolsa donde guardaba las hierbas—. Podríais haberla matado trasladándola con una herida como ésta. ¡Quería morir cerca del agua! —exclamó con enojo—. El mero hecho de que vayáis armadas como hombres no significa que tengáis que pensar como ellos. —Sacó una larga copa de madera de la bolsa y la tendió a Chiad—. Llenadla. Necesito agua para mezclar esto y dárselo a beber.

Chiad y Bain fueron a la orilla del agua y regresaron juntas. Aunque sus rostros permanecieron inmutables, Egwene tuvo la impresión de que recelaban que del río brotara un lengüetazo que fuera a agarrarlas.

—Si no la hubiéramos traído aquí al… río, Aes Sedai —señaló Aviendha—, no os habríamos encontrado, y habría perecido de todas formas.

Nynaeve emitió un resoplido y se puso a espolvorear hierbas en la copa de agua, murmurando para sí.

—El eléboro blanco ayuda a renovar la sangre y la agrimonia estimula la cicatrización, y la milenrama, desde luego, y… —Su murmullo se convirtió en un inaudible susurro.

—Las Sabias utilizan hierbas, Aes Sedai —señaló Aviendha, frunciendo el entrecejo—, pero no sabía que las Aes Sedai las usaran.

—¡Yo uso lo que uso! —espetó Nynaeve, y volvió a concentrarse en la selección de los polvos sin parar de susurrar.

—En verdad habla como una Sabia —comentó en voz baja Chiad a Bain, la cual asintió con un cabeceo.

Dailin era la única Aiel que no empuñaba ninguna arma y las demás parecían preparadas para usarlas en un abrir y cerrar de ojos. «Sin duda Nynaeve no va a apaciguar a nadie —pensó Egwene—. Es conveniente inducirlas a hablar… de lo que sea. Nadie siente deseos de luchar si está conversando pacíficamente.»

—Nos os ofendáis —dijo con cautela—, pero he advertido que a todas os produce inquietud el río. No se vuelve violento a menos que haya tormenta. Podríais nadar en él si así lo desearais, aunque la corriente es bastante fuerte si uno se aleja de la orilla.

Elayne sacudió la cabeza, y las Aiel pusieron cara de estupor.

—Vi a un hombre… —recordó Aviendha— a un shienariano…, haciendo eso de nadar… una vez.

—No lo comprendo —confesó Egwene—. Sé que no existe mucha agua en el Yermo, pero decís pertenecer al septiar Río Pedregoso. Sin duda habréis nadado en el río Pedregoso, ¿verdad? —Elayne la miró como si estuviera loca.

—Nadar —dijo aprensivamente Jolien— ¿significa… meterse en el agua?, ¿en toda esa agua, sin nada donde sujetarse? —Se estremeció—. Aes Sedai, antes de atravesar la Pared del Dragón, nunca había visto un curso de agua que no pudiera cruzar de una zancada. En cuanto al río Pedregoso… algunos dicen que en un tiempo llevaba agua, pero es sólo una afirmación jactanciosa. Allí no hay más que piedras. Los documentos más antiguos conservados por las Sabias y el jefe del clan aseguran que en su lecho únicamente ha habido piedras desde el primer día en que nuestro septiar se desgajó del septiar Alta Llanura y reclamó esa tierra. ¡Nadar! —Crispó la mano en torno a las lanzas como si quisiera combatir la misma palabra. Chiad y Bain se alejaron un paso de la orilla del río.

Egwene suspiró y se ruborizó al cruzar la mirada con Elayne. «Bueno, yo no soy una heredera del trono para saber todo eso. Pero voy a aprender.» Cuando volvió a observar a las Aiel, advirtió que, lejos de tranquilizarlas, había agudizado su nerviosismo. «Si intentan algo, las paralizaré con Aire.» Aunque no tenía ni idea de si sería capaz de inmovilizar a cuatro personas a la vez, se abrió al *Saidar*, intercaló los flujos en el Aire y los mantuvo a punto. El Poder palpitaba en su interior, incitándola a utilizarlo. Le extrañó que Elayne no estuviera rodeada de la resplandeciente aureola. Elayne la miró y meneó la cabeza.

—Yo nunca causaría daño a una Aes Sedai —afirmó de improviso Aviendha—. Quiero que lo sepáis. Tanto si Dailin vive como si fallece, eso no cambiará. Jamás usaría esto —levantó unos centímetros una de las cortas lanzas— contra una mujer. Y vosotras sois Aes Sedai. —Egwene tuvo de repente la impresión de que la mujer estaba tratando de calmarlas a ellas.

—Lo sabía —dijo Elayne como si hablara a Aviendha, aunque sus ojos indicaron a Egwene que sus palabras iban dirigidas a ella—. Nadie conoce gran cosa acerca de vuestro pueblo, pero a mí me enseñaron que los Aiel nunca agreden a una mujer si no está… ¿cómo lo llamáis?… esposada con la lanza.

Bain consideraba, por lo visto, que Elayne tampoco acababa ahora de hacer justicia a la verdad.

—No es exactamente así, Elayne. Si una mujer no desposada viniera armada a mí, le propinaría una paliza que no olvidaría. Un hombre… Un hombre podría pensar que una mujer de vuestra tierra estaba desposada si llevara armas; no sé. Los hombres son extraños a veces.

—Desde luego —convino Elayne—. Pero, mientras nosotras no os ataquemos

con armas, vosotras no intentaréis hacernos daño. —Las cuatro Aiel dieron muestras de estupor y ella dirigió una significativa mirada a Egwene.

Egwene siguió, no obstante, unida al *Saidar*. El que a Elayne le hubieran enseñado algo no significaba que fuera cierto, incluso si las Aiel lo corroboraban. Y el *Saidar* le proporcionaba una maravillosa sensación de bienestar.

Nynaeve alzó la cabeza de Dailin y comenzó a verterle su pócima en la boca.

—Bebe —ordenó—. Ya sé que sabe fatal, pero bébetelo todo. —Dailin engulló, se atragantó, y volvió a tragar.

—Ni siquiera en ese caso, Aes Sedai —corrigió Aviendha a Elayne, sin quitar la mirada de Nynaeve y Dailin—. Se dice que en una ocasión, antes del Desmembramiento del Mundo, estuvimos al servicio de las Aes Sedai, aun cuando ninguna crónica especifique de qué modo. No estuvimos a la altura de ese servicio. Tal vez ése es el pecado que nos desterró a la Tierra de los Tres Pliegues, no estoy segura. Nadie sabe cuál fue el pecado, exceptuando quizás a las Sabias o los jefes de los clanes, y ellos no lo revelan. Existe la creencia de que, si volvemos a fallar a las Aes Sedai, nos destruirán.

—Bébetelo todo —murmuró Nynaeve—. ¡Espadas! ¡Espadas y músculos y ni un ápice de cerebro!

—Nosotras no vamos a destruiros —aseveró Elayne, y Aviendha asintió.

—Como digáis, Aes Sedai. Pero las viejas historias son muy específicas en este punto. Jamás debemos luchar contra las Aes Sedai. Si invocáis vuestros rayos y fuego compacto contra mí, bailaré con ellos, pero no os haré daño.

—Acuchillar a la gente —gruñó Nynaeve. Dejó la cabeza de Dailin en el suelo y le puso una mano en la frente. La Aiel había cerrado los ojos—. ¡Apuñalar a mujeres! —Aviendha, inquieta, volvió a fruncir el entrecejo, como sus compañeras.

—Fuego compacto —dijo Egwene—. Aviendha, ¿qué es el fuego compacto?

—¿No lo sabéis, Aes Sedai? En los antiguos relatos, las Aes Sedai lo usaban como arma. En ellos se describe como algo digno de temer, pero es todo cuanto sé. Se dice que hemos olvidado mucho de cuanto supimos en un tiempo.

—Tal vez la Torre Blanca ha olvidado mucho también —observó Egwene. «Sabía qué era en ese… sueño, o lo que quiera que fuese. Era tan real como el *Tel'aran'rhiod*. Apostaría con Mat a que sí.»

—¡Ningún derecho! —espetó Nynaeve—. ¡Nadie tiene derecho a desgarrar de este modo un cuerpo! ¡No es de ley!

—¿Está enfadada? —preguntó Aviendha con inquietud. Chiad, Bain y Jolien intercambiaron miradas de preocupación.

—Todo va bien —las tranquilizó Elayne.

—Estupendamente —agregó Egwene—. Está enfadándose, y eso es buena señal.

El brillo del *Saidar* rodeó de pronto a Nynaeve —Egwene se inclinó hacia ella,

procurando verla bien, y lo mismo hizo Elayne— y Dailin se incorporó gritando, con ojos desorbitados. Al cabo de un instante, Nynaeve volvió a apoyarla en el suelo y la aureola se disipó. Dailin cerró los ojos y quedó jadeando.

«Lo he visto —pensó Egwene—. Me…, me parece que sí.» No estaba segura de haber llegado a disociar los innumerables flujos y mucho menos la urdimbre que Nynaeve había formado con ellos. Lo que Nynaeve había hecho en el espacio de aquellos escasos segundos era equiparable a haber tejido cuatro alfombras a la vez con los ojos vendados.

Nynaeve enjugó el estómago de Dailin con los ensangrentados vendajes, limpiando la roja sangre reciente y las negras costras de sangre coagulada. No había herida, ni cicatriz; sólo lisa piel, mucho más pálida que el rostro de Dailin.

Nynaeve cogió con una mueca las sucias telas, se levantó y las arrojó al río.

—Acabad de limpiarla —indicó— y abrigadla. Tiene frío. Y tenedle comida a punto. Tendrá hambre. —Se arrodilló junto al agua para lavarse las manos.

39



Hebras en el Entramado

Jolien palpó con pulso tembloroso el lugar que había ocupado la herida de Dailin y, al notar la lisa piel, emitió una exclamación, como si no hubiera dado crédito a sus ojos.

Nynaeve se enderezó y se secó las manos con la capa. Egwene hubo de admitir que una lana de calidad servía mejor como toalla que la seda o el terciopelo.

—He dicho que la lavéis y le pongáis algo de ropa encima —espetó Nynaeve.

—Sí, Sabia —acató sin chistar Jolien, y ella, Chiad y Bain se apresuraron a obedecerla.

Aviendha soltó una risita, casi al borde de las lágrimas.

—Me han dicho que hay una Sabia en el septiar de la Aguja Dentada que es capaz de hacer esto, y una en el septiar de los Cuatro Agujeros, pero pensé que eran fanfarronadas. —Respiró hondo para recobrar la compostura—. Aes Sedai, estoy en deuda con vos. Mi agua es vuestra y la sombra de los dominios de mi septiar os acogerá. Dailin es mi segunda hermana. —Al ver la perpleja mirada de Nynaeve añadió—: Es hija de la hermana de mi madre. Un vínculo de sangre muy próximo, Aes Sedai. Mantengo con vos una deuda de sangre.

—Si tengo sangre que derramar —contestó secamente Nynaeve—, lo haré yo misma. Si deseáis compensarme, decidme si hay un barco en Jurene, el próximo pueblo que se encuentra yendo hacia el sur.

—¿El pueblo donde ondea el estandarte del León Blanco? —preguntó Aviendha —. Había un barco allí cuando lo exploré ayer. Las antiguas historias mencionan los barcos, pero me resultó extraño ver uno.

—Quiera la Luz que aún siga allí. —Nynaeve comenzó a guardar las papeletas con las hierbas en polvo—. He hecho lo que podía por la muchacha, Aviendha, y debemos marcharnos. Todo cuanto necesita ahora es comida y reposo. Y tratad de no dejar que nadie le clave una espada.

—Nada se puede hacer contra lo que ocurre, Aes Sedai —replicó la Aiel.

—Aviendha —inquirió Egwene—, ¿cómo cruzáis los ríos teniendo tanta

aprensión hacia ellos? Me consta que hay como mínimo un río casi tan caudaloso como el Erinin entre el Yermo y las tierras de Occidente.

—El Algueña —apuntó Elayne—. A menos que lo hayáis evitado dando un rodeo.

—Aquí tenéis muchos ríos, pero en algunos hay construcciones llamadas puentes para pasar a la otra orilla y otros pudimos vadearlos. En cuanto a los demás, Jolien recordó que la madera flota. —Dio una palmada al tronco de un chopo—. Estos troncos son grandes, pero flotan igual que una rama. Encontramos varios muertos y fabricamos un… barco…, un pequeño barco atando tres de ellos para cruzar el gran río. —Lo explicó como si no tuviera mayor mérito.

Egwene la observó con asombro. Si ella tuviera tanto miedo de algo como evidentemente lo tenían los Aiel de los ríos, ¿sería capaz de afrontarlo como lo hacían ellos? Tenía serias dudas al respecto. «¿Y el Ajah Negro? —le preguntó una vocecilla —. ¿Acaso ya no les tienes miedo?» «Eso es distinto —se dijo—. No es ningún acto de valentía. No tengo más alternativa que perseguirlas o quedarme paralizada como un conejo sobre el que se cierne un halcón.» Citó para sus adentros el viejo refrán: «Más vale ser martillo que clavo».

—Será mejor que nos pongamos en camino —recordó Nynaeve.

—Un momento —pidió Elayne—. Aviendha, ¿por qué habéis viajado hasta tan lejos, soportando tantas penurias?

—No hemos llegado lejos en absoluto —respondió Aviendha, sacudiendo la cabeza con disgusto—. Fuimos de las últimas en partir. Las Sabias me acorralaron como a un ternero rodeado de perros salvajes, arguyendo que tenía otras obligaciones que atender. —De repente sonrió, señalando a sus compañeras—. Éstas se quedaron para mofarse de mi desgracia, o así lo aseguran, pero no creo que las Sabias me hubieran permitido irme si no hubieran estado ellas para acompañarme.

—Buscamos a aquel cuya llegada auguran las profecías —declaró Bain, que sostenía a Dailin, dormida, para que Chiad pudiera ponerle una camisa de lino marrón —. El que Viene con el Alba.

—Él nos sacará de la Tierra de los Tres Pliegues —agregó Chiad—. Las profecías afirman que nació del vientre de una Far Dareis Mai.

—Me parecía que habíais dicho que las Doncellas Lanceras no podían tener hijos —señaló, desconcertada, Elayne—. Estoy segura de que así me lo enseñaron.

Bain y Chiad volvieron a intercambiar miradas, como si Elayne no anduviera desencaminada y, sin embargo, estuviera en un error.

—Si una Doncella da a luz a un hijo —explicó Aviendha—, lo entrega a las Sabias de su septiar y éstas lo transfieren a otra mujer de tal forma que nadie sepa quién es la madre. —Ella también empleaba el tono de quien estuviera explicando que una piedra es dura—. Todas las mujeres desean acoger en su hogar a esos niños

con la esperanza de que él pueda ser El que Viene con el Alba.

—O también puede renunciar a la lanza y casarse —puntualizó Chiad.

—A veces hay motivos por los que se debe renunciar a la lanza —añadió Bain.

—Lo que ocurre —continuó Aviendha, como si las otras dos no hubieran intervenido— es que ahora las Sabias aseguran que lo encontraremos aquí, al otro lado de la Pared del Dragón. «Sangre de nuestra sangre mezclada con la antigua sangre, criado por un antiguo linaje que no es el nuestro.» Yo no lo entiendo, pero las Sabias se expresaron claramente, sin dejar margen de duda. —Calló un momento y resultó evidente que elegía con cuidado lo siguiente que dijo—. Habéis hecho muchas preguntas, Aes Sedai. Yo querría formular una. Debéis comprender que nosotras indagamos la existencia de señales y portentos. ¿Por qué caminan tres Aes Sedai por una tierra donde la única mano que no empuña un cuchillo es la que el hambre ha debilitado hasta el punto de impedírselo? ¿Adónde os dirigís?

—A Tear —respondió vivazmente Nynaeve—, a no ser que nos quedemos aquí charlando hasta que el Corazón de la Ciudadela se derrumbe y no quede de él sino polvo.

Elayne comenzó a ajustarse las cuerdas de sus hatillos, dispuesta a echar a andar, y Egwene la imitó al cabo de un momento.

Las Aiel se miraban unas a otras y Jolien, que estaba abrochando la chaqueta de color gris amarronado de Dailin, se había quedado paralizada.

—¿A Tear? —dijo con tono cauteloso Aviendha—. Tres Aes Sedai recorriendo una tierra arrasada por la guerra de camino a Tear. Es bien extraño. ¿A qué vais a Tear, Aes Sedai?

Egwene lanzó una mirada a Nynaeve. «Luz, hace un momento reían y ahora están más tensas que al principio.»

—Perseguimos a unas mujeres malas —repuso con prudencia Nynaeve—. Amigos Siniestros.

—Seguidores de la Sombra. —Jolien torció la boca al pronunciar la palabra como si hubiera mordido una manzana podrida.

—Seguidores de la Sombra en Tear —dijo Bain.

—Y tres Aes Sedai buscando el Corazón de la Ciudadela —añadió Chiad como si completara la frase.

—No he dicho que fuéramos al Corazón de la Ciudadela —precisó secamente Nynaeve—. Sólo he dicho que no quería quedarme aquí hasta que se derrumbe. Egwene, Elayne, ¿estáis listas? —Se puso a andar sin aguardar respuesta y, a rítmicos golpes de bastón y largas zancadas, salió del bosquecillo en dirección sur.

Egwene y Elayne se despidieron apresuradamente de las mujeres antes de ir en pos de ella, y las cuatro Aiel que se sostenían en pie observaron cómo se marchaban.

—Casi me ha dado un vuelco el corazón cuando has anunciado tu identidad —

comentó Egwene cuando ya se habían alejado de los árboles—. ¿No temías que fueran a tratar de matarte o de hacerte prisionera? La Guerra de Aiel no se produjo hace tanto tiempo, y por más que digan que no agreden a las mujeres que no llevan lanzas, a mí me ha parecido que estaban dispuestas a utilizar las suyas contra cualquiera.

—Acabo de darme cuenta de lo poco que sé sobre los Aiel —reconoció pesarosamente Elayne—, pero me enseñaron que ellos no consideran la Guerra de Aiel como tal. Por la manera como se han comportado conmigo, creo que tal vez entre todo lo que aprendí eso se ajusta a la realidad. O quizá se deba a que piensan que soy una Aes Sedai.

—Sé que son extraños, Elayne, pero nadie puede considerar un período de tres años de batallas como algo que no es una guerra. Da igual la frecuencia con que luchan entre sí; una guerra es una guerra.

—Para ellos no. Es cierto que los Aiel atravesaron por millares la Columna Vertebral del Mundo, pero al parecer se consideraban a sí mismos como justicieros o verdugos que acudían a castigar al rey Laman de Cairhien por el crimen cometido al cortar el *Avendoraldera*. Para los Aiel no fue una guerra, sino una ejecución.

Según les había explicado Verin en una de las clases, el *Avendoraldera* había sido un retoño del propio Árbol de la Vida que habían llevado a Cairhien unos cuatrocientos años antes como una insólita ofrenda de paz por parte de los Aiel, concedida junto con el derecho a cruzar el Yermo, que hasta entonces sólo se dispensaba a los buhoneros, a los juglares y a los Tuatha'an. Gran parte de la riqueza de Cairhien se había forjado a raíz del comercio de marfil, perfumes, especias y en especial de seda, procedentes de los países situados más allá del Yermo. Ni siquiera Verin tenía idea de cómo había llegado un retoño del *Avendesora* a manos de los Aiel, puesto que en los antiguos libros se aseguraba que el Árbol de la Vida no daba semillas y, además, nadie sabía dónde se encontraba, si no se daba crédito a algunos relatos que eran a todas luces falsos. De lo que sí no había duda era de que el *Avendesora* no tenía ninguna conexión con los Aiel. Verin ignoraba asimismo por qué los Aiel habían dado a los cairhieninos el nombre de Compartidores del Agua y por qué razón insistían en que sobre sus carros ondeara un estandarte con la hoja trifoliada de *Avendesora*.

Egwene reconoció a regañadientes que era comprensible que hubieran iniciado una guerra —aun cuando ellos no la consideraran como tal— después de que el rey Laman talara su regalo para hacerse un trono como no había otro igual en el mundo. Había oído designar tal acto como el Pecado de Laman. De acuerdo con lo que les había enseñado Verin, con la guerra no sólo se había interrumpido el tráfico comercial con las tierras del otro lado del Yermo, sino que ahora los cairhieninos que se aventuraban a entrar en el Yermo desaparecían. Verin explicaba que muchos

decían que eran «vendidos como animales» en los países de allende del Yermo, pero ni tan sólo ella comprendía cómo se podía vender a un hombre o a una mujer.

—Egwene —dijo Elayne—, sabes quién debe ser El que Viene con el Alba, ¿verdad?

Egwene sacudió la cabeza contemplando la espalda de Nynaeve de la que todavía las separaba un buen trecho —«¿Es que se propone llevarnos a la carrera hasta Jurene?»— y luego se detuvo en seco.

—¿Te refieres a…?

—Eso creo —asintió Elayne—. No sé mucho acerca de las Profecías del Dragón, pero conozco algunos retazos. Uno de los que recuerdo es: «En las laderas del Monte del Dragón nacerá de una doncella no desposada con hombre alguno». Egwene, Rand tiene todo el aspecto de un Aiel. Bueno, también se parece a los retratos que he visto de Tigraine, pero ella desapareció antes de que él naciera y, de todas formas, no me parece que ella pudiera haber sido su madre. Creo que la madre de Rand fue una Doncella Lancera.

Egwene frunció el entrecejo en actitud reflexiva, repasando mentalmente cuanto sabía respecto al nacimiento de Rand. Tras la muerte de Kari al'Thor, lo había criado Tam al'Thor, pero, si lo que afirmaba Moraine era cierto, ellos no podían ser sus verdaderos padres. Nynaeve había dejado entrever en alguna ocasión que conocía algún secreto sobre el nacimiento de Rand. «¡Pero apuesto a que no se lo sacaría ni con tenazas!»

Dieron alcance a Nynaeve. Egwene mostraba una furibunda mirada, sumida en sus cavilaciones; Nynaeve miraba fijamente al frente en dirección a Jurene y el barco, y Elayne las observaba ceñuda a las dos, como a un par de chiquillas enfurruñadas en una disputa en que se decidiría quién se comía el pedazo del pastel más grande.

—Has actuado muy acertadamente, Nynaeve, en lo referente a la curación y a todo lo demás —la felicitó Elayne tras un rato de silenciosa marcha—. No creo que pusieran siquiera en duda que eras una Aes Sedai. Ni de que nosotras lo fuéramos, gracias a tu comportamiento.

—Has realizado un buen trabajo —se sumó un minuto después a sus alabanzas Egwene—. Ésta ha sido la primera vez que he observado realmente la realización de una curación. Formar relámpagos es, en comparación, tan sencillo como amasar un pastel.

—Gracias —murmuró Nynaeve con una sonrisa de asombro en la cara. Luego tiró ligeramente del pelo de Egwene, tal como lo hacía cuando ésta era una niña.

«Ya no soy una niña.» El momento de distensión se disipó tan velozmente como se había producido, y entre ellas volvió a instalarse el silencio. Elayne suspiraba ruidosamente de tanto en tanto.

Recorrieron rápidamente unos dos kilómetros, o tal vez más, a pesar de los rodeos

dados para evitar los bosquecillos que bordeaban el río. Nynaeve insistía en no acercarse a los árboles. Egwene consideraba una tontería pensar que hubiera más Aiel escondidos en los sotos, pero, como éstos no eran extensos, el hecho de esquivarlos apenas si alargaba su camino.

Elayne, que observaba, sin embargo, la espesura, fue la que gritó de repente:

—¡Cuidado!

Egwene alzó con sobresalto la cabeza; entre los árboles surgían hombres haciendo girar hondas sobre sus cabezas. Recurrió al *Saidar*, y algo le golpeó la cabeza, y la oscuridad lo absorbió todo.

Egwene notaba un balanceo, algo que se movía bajo ella. Su cabeza parecía un puro residuo de dolor. Intentó llevarse una mano a la sien, pero algo se hundió en su muñeca, impidiéndole moverla.

—… mejor que quedarnos tumbados todo el día esperando a que anochezca —dijo una bronca voz masculina—. ¿Quién sabe si llegaría otro barco? Y no me fío de ese bote. Hace agua.

—Más te vale que Adden crea que has visto esos anillos antes de tomar la decisión —manifestó otro hombre—. Él quiere cuantiosos cargamentos y no mujeres.

El interpelado murmuró un soez comentario acerca de lo que Adden podía hacer con su agrietada barca y con los cargamentos.

Egwene abrió los ojos, y una danza de manchas plateadas enturbió su visión; también temió que fuera a vomitar en el suelo que oscilaba bajo su cabeza. Estaba atada al lomo de un caballo, con las muñecas y los tobillos unidos con una cuerda que pasaba bajo el vientre del animal y el pelo colgando.

Todavía era de día. Estiró el cuello para mirar en derredor. Había tantos hombres vestidos con toscas ropas a su alrededor que no pudo averiguar si Nynaeve y Elayne habían sido capturadas también. Algunos de aquellos individuos llevaban componentes de armaduras —un yelmo abollado, un peto roído o un jubón recubierto de escamas metálicas— pero en su mayoría vestían chaquetas que no habían sido lavadas en meses, por no decir nunca. A juzgar por el olor, sus propietarios también llevaban meses sin lavarse. Todos iban armados con espadas, colgadas a la cintura o a la espalda.

La rabia se adueñó de ella, mezclada con temor al que, no obstante, superaba. «No pienso ser una prisionera. ¡No permitiré que me tengan atada!» Invocó el *Saidar*, y el dolor casi le hizo estallar la cabeza; a duras penas reprimió un gemido.

El caballo se detuvo unos instantes en los que se oyeron gritos y el crujido de oxidados goznes; después avanzó un poco y los hombres comenzaron a desmontar. Cuando se dispersaron, pudo entrever el lugar donde se hallaban: un recinto rodeado de una larga palizada construida sobre un gran promontorio redondeado de tierra con una pasarela donde montaban guardia, armados con arcos, unos hombres cuyas

cabezas sólo asomaban hasta la altura de los ojos sobre la irregular línea de troncos. Una casa baja del mismo material sobresalía entre el montículo de tierra y, aparte de algunos cobertizos de una sola vertiente, no se advertían más edificios. Había varias hogueras y entre ellas caballos atados y más hombres desaseados que, con los recién llegados, debían de sumar más de cien. Las cabras, cerdos y pollos enjaulados lanzaban chillidos, gruñidos y cloqueos que, junto con los roncos gritos y risotadas, formaban una algarabía que le atormentaba los oídos.

Localizó a Nynaeve y Elayne, atadas boca abajo sobre sus monturas al igual que ella. Ninguna de las dos parecía moverse en lo más mínimo; la punta de la trenza de Nynaeve se arrastraba en el suelo con los movimientos de su caballo. La esperanza de que una de ellas estuviera libre para ayudar a escapar a las demás se desvaneció. «Luz, no puedo soportar ser de nuevo una prisionera. Ya no.» Cautelosamente, trató de nuevo de encauzar el *Saidar*. Aunque el dolor, semejante al de una pedrada en la cabeza, no fue tan terrible esa vez, bastó para hacer trizas el vacío antes incluso de que pudiera imaginar una rosa.

—¡Una de ellas está despierta! —gritó con alarma alguien.

Egwene intentó adoptar flaccidez y ofrecer una apariencia inofensiva. «¿Cómo diablos podría aparecer amenazante atada como un saco de patatas? Diantre, he de ganar tiempo. ¡He de hacerlo!»

—No os haré daño —dijo al sujeto de rostro sudoroso que fue corriendo hacia ella.

Al menos intentó decírselo. No estaba segura de haber acabado de pronunciar esas palabras, cuando algo volvió a golpearle la cabeza y la oscuridad la envolvió con oleadas de náusea.

El siguiente despertar no fue tan desazonante. Aún le dolía la cabeza, aunque no tanto como antes, y sus pensamientos parecían girar vertiginosamente. «Al menos el estómago no… Luz, mejor será no pensar en eso.» Notó un sabor a vino agrio y a algo amargo en la boca. Yacía de espaldas, a oscuras, presumiblemente sobre la tierra desnuda, pero por las rendijas de la tosca pared penetraban franjas de luz sin duda procedente de una lámpara. La puerta tampoco tenía aspecto de encajar demasiado bien, pero parecía muy gruesa.

Se levantó ayudada de manos y pies y descubrió con sorpresa que no estaba atada. Salvo aquel muro de troncos sin descortezar, el resto tenía apariencia de ser de burda piedra. Con la luz que se filtraba por los entresijos vio a Nynaeve y Elayne tumbadas en el suelo. Había sangre en el rostro de la heredera del trono. El único movimiento perceptible en ellas era el vaivén de sus pechos al respirar. Egwene dudó entre probar a despertarlas enseguida y ver lo que había al otro lado de la pared. «Sólo una ojeada —se dijo—. Así sabré cómo nos custodian antes de despertarlas.»

Tal razonamiento no tenía otro objeto que enmascarar el temor de que no lograra

despertarlas. Al pegar el ojo a una de las rendijas próximas a la puerta, pensó en la sangre que manchaba la cara de Elayne y trató de recordar qué era exactamente lo que había hecho Nynaeve para sanar a Dailin.

La amplia habitación contigua, que seguramente ocupaba el resto del edificio, carecía de ventanas, pero estaba fuertemente iluminada por unas lámparas de oro y plata colgadas de los ganchos que sobresalían en las paredes y los troncos del elevado techo. No había chimenea. Sobre el suelo de tierra apisonada, se mezclaban mesas y sillas propias del mobiliario de las casas de campo con arcones cubiertos de dorados e incrustaciones de marfil. Junto a una alfombra con reproducciones de pavos se alzaba una enorme cama con dosel de barrocas columnas, provista con una pila de mugrientas mantas y edredones.

Había una docena de hombres sentados o de pie cuya mirada pendía de un corpulento individuo rubio que tal vez hubiera resultado bien parecido de haber tenido la cara más limpia. Con una mano en la empuñadura de la espada, éste hacía rodar con un dedo de la otra algo que no logró distinguir sobre una mesa de esbeltas patas y volutas de oro.

Cuando se abrió la puerta de afuera, dando paso a un desgarbado sujeto al que le faltaba la oreja izquierda, vio que era de noche.

—Aún no ha llegado —informó desabridamente. También le faltaban dos dedos de la mano izquierda—. No me gusta tener tratos con clientes de esa calaña.

El fornido individuo rubio siguió moviendo lo que había en la mesa sin prestarle mayor atención.

—Tres Aes Sedai —murmuró y luego se echó a reír—. Pagan buenas sumas por las Aes Sedai, si uno tiene los arrestos de tratar con el comprador apropiado. Si uno está dispuesto a arriesgarse a que le rajen el vientre en caso de tratar de venderle un cerdo en un saco. No es tan seguro como degollar a los marineros de un barco mercante, ¿eh, Coke? Ni tan fácil tampoco, ¿no te parece?

Entre los reunidos se produjo un patente nerviosismo y el interpelado, un corpulento individuo de inquietos ojos, se inclinó ansiosamente hacia adelante.

—Son Aes Sedai, Adden. —Egwene reconoció la voz; era el hombre que había pronunciado la grosera sugerencia—. Han de serlo, Adden. ¡Te digo que los anillos lo demuestran!

Adden tomó algo de la mesa, un pequeño círculo que desprendió un brillo dorado al darle la luz de las lámparas. Egwene emitió una exclamación y se palpó los dedos. «¡Me han quitado el anillo!»

—No me gusta —murmuró el desgarbado sujeto al que le faltaba la oreja—. Aes Sedai. Cualquiera de ellas podría matarnos a todos. ¡Así la Fortuna me hinque su aguijón! Eres un mentecato con piedras en la cabeza, Coke, y debería pincharte en la garganta. ¿Y si una de ellas despierta antes de que llegue él?

—Tardarán horas en despertarse —aseguró con voz ronca un hombre obeso y desdentado—. Mi abuela me enseñó esa poción que les he dado. Dormirán hasta el amanecer, y él vendrá mucho antes.

Egwene paladeó, notando el regusto del vino agrio y la amarga sustancia. «Fuera lo que fuese, tu abuela te mintió. ¡Debería haberte estrangulado en la cuna!» Antes de que llegara aquel misterioso personaje, aquel hombre que pensaba que podía comprar a las Aes Sedai —«¡Como un condenado seanchan!»— ya habría puesto en pie a Nynaeve y Elayne. Se arrastró hasta Nynaeve.

Todo indicaba que Nynaeve dormía y por ello comenzó zarandeándola. Para su sorpresa, su amiga abrió los ojos de par en par. —¿Qué…?

Le tapó la boca para hacerla callar.

—Estamos prisioneras —susurró—. Hay una docena de hombres al otro lado de la pared y más afuera. Son muchos. Nos han dado algún somnífero, pero no ha sido muy efectivo. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo —respondió ferozmente y en voz baja Nynaeve al tiempo que le apartaba la mano. Torció la boca haciendo una mueca y de repente exhaló una queda carcajada—. Raíz de pasionaria. Los tontos nos han dado raíz de pasionaria mezclada con vino. Vino casi convertido en vinagre, a juzgar por el sabor. Deprisa, ¿recuerdas algo de lo que te enseñé? ¿Para qué sirve la raíz de pasionaria?

—Disipa el dolor de cabeza facilitando el sueño —repuso Egwene con voz igualmente queda y casi con igual ferocidad, hasta que oyó lo que ella misma decía —. Produce cierta somnolencia, pero nada más. —El gordo no había escuchado bien lo que le había dicho su abuela—. Lo único que han conseguido es mitigar el dolor provocado por los golpes recibidos en la cabeza.

—Exactamente —convino Nynaeve—. Y, en cuanto hayamos despertado a Elayne, les daremos tan cumplidamente las gracias que no lo olvidarán nunca. —Se incorporó para ponerse en cuclillas junto a la muchacha de cabellos dorados.

—Me ha parecido ver más de un centenar de hombres afuera al llegar —susurró Egwene—. Estoy segura de que no te importará que utilice el Poder como un arma esta vez. Y, por lo visto, va a venir alguien a comprarnos. ¡Me propongo hacerle algo a ese tipo que le hará seguir la senda de la Luz hasta el día de su muerte! —Nynaeve seguía agazapada al lado de Elayne, pero ninguna de las dos se movía—. ¿Qué sucede?

—Está gravemente herida, Egwene. Creo que tiene el cráneo roto, y apenas respira. Egwene, está agonizando.

—¿No puedes hacer algo? —Egwene trató de recordar todos los flujos que Nynaeve había entrelazado para curar a la Aiel, pero su memoria sólo conservaba la tercera parte del proceso—. ¡Debes hacerlo!

—Me han quitado las hierbas —murmuró ardientemente Nynaeve, con voz

temblorosa—. ¡Sin las hierbas no puedo! —Egwene advirtió con asombro que a Nynaeve se le saltaban las lágrimas—. ¡Malditos sean todos, no puedo hacerlo sin…! —De improviso agarró a Elayne de los hombros como si pretendiera levantarla y zarandearla—. ¡Vamos, muchacha —dijo con voz ronca—, no te he traído hasta aquí para que murieras! ¡Debí dejarte fregando ollas! ¡Debí atarte dentro de un saco para que Mat te llevara con tu madre! ¡No permitiré que mueras estando conmigo! ¿Me oyes? ¡No lo permitiré! —El *Saidar* resplandeció de repente en torno a ella, y Elayne abrió desmesuradamente los ojos y la boca.

Egwene le tapó los labios con las manos para sofocar un posible grito y, al tocarla, los torbellinos de la curación de Nynaeve la atraparon como una paja a merced de un remolino. Se quedó helada hasta los huesos, y las carnes se le tensaron como si fueran a resquebrajarse; el mundo desapareció al tiempo que se sumía precipitadamente en un abismo, girando y volando.

Cuando por fin cesó aquella sensación, observó jadeante a Elayne, que le devolvió la mirada por encima de las manos que aún tenía pegadas a su boca. El dolor de cabeza había desaparecido por completo, seguramente como efecto tangencial de lo realizado por Nynaeve. El murmullo de voces procedente de la otra habitación no se había intensificado, prueba de que si Elayne, o ella, habían hecho algún ruido, Adden y sus acompañantes no lo habían advertido. Nynaeve estaba de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo, temblorosa y cabizbaja.

—¡Luz! —murmuró—. Hacerlo así… ha sido como… si me despellejara. ¡Oh, Luz! —Lanzó una mirada a Elayne—. ¿Cómo te encuentras? —Egwene apartó las manos.

—Cansada —respondió Elayne—. Y hambrienta. ¿Dónde estamos? Había unos hombres con hondas…

Egwene le refirió rápidamente lo ocurrido. El rostro de Elayne comenzó a ensombrecerse mucho antes de que hubiera concluido.

—Y ahora —añadió con voz férrea Nynaeve— vamos a enseñarles a esos palurdos a qué se exponen entrometiéndose en nuestro camino. —El *Saidar* brilló de nuevo a su alrededor.

Elayne se puso inciertamente en pie, pero rodeada también del nimbo. Egwene estableció contacto con la Fuente Verdadera casi con entusiasmo.

Cuando miraron por las rendijas para ver con qué habían de enfrentarse exactamente, había tres Myrddraal en la habitación.

Con sus negros atuendos de tiesa e inmóvil caída, se hallaban junto a la mesa y, con excepción de Adden, todos los presentes se habían alejado lo más posible, hasta pegar la espalda a la pared, donde permanecían con la vista fija en el suelo de tierra. Con la mesa de por medio, Adden sostenía aquellas miradas de cuencas vacías, pero el sudor formaba regueros en la mugre de su cara.

El Fado cogió uno de los anillos de la mesa, y entonces Egwene vio que era un círculo de oro mucho mayor que las sortijas con la Gran Serpiente.

Con la cara pegada a la grieta abierta entre dos troncos, Nynaeve emitió una queda exclamación y se palpó bajo el escote del vestido.

—Tres Aes Sedai —siseó con regocijo el Semihombre, con voz que sonó como un montón de hojas secas desintegrándose—, y una lleva esto. —El anillo golpeó pesadamente la madera cuando el Myrddraal lo dejó caer sobre la mesa.

—Son las que buscamos —afirmó con voz rasposa otro—. Seréis bien recompensado, humano.

—Hemos de tomarlos por sorpresa —indicó Nynaeve—. ¿Qué clase de candado cierra esta puerta?

Egwene localizó el candado en la parte exterior de la hoja, una masa de hierro prendida a una cadena tan gruesa como para contener a un toro enfurecido.

—Preparaos —dijo.

Formó una delgada hebra de Tierra, más fina que un cabello, con la esperanza de que los Semihombres no detectaran un encauzamiento tan tenue, y lo dirigió al interior de la cadena, a las mínimas partes integrantes de su materia.

Uno de los Myrddraal alzó la cabeza y otro adelantó el torso sobre la mesa en dirección a Adden.

—Siento un escozor, humano. ¿Estáis seguro de que duermen? —Adden tragó saliva y asintió mudamente.

El tercer Myrddraal se giró hacia la puerta tras la cual se agazapaban Egwene y las demás.

La cadena cayó al suelo, y el Myrddraal que miraba enseñó los dientes; en ese momento la puerta de afuera se abrió de golpe, y por ella entró la muerte velada de negro.

En la sala se produjo una algarabía de gritos y alaridos al tiempo que los hombres desenfundaban las espadas para contener las embestidas de las lanzas de los Aiel. Los Myrddraal también desenvainaron armas más negras que sus ropas para luchar, asimismo, por sus vidas. Egwene había visto en una ocasión seis gatos peleándose; el combate que acababa de iniciarse era cien veces más encarnizado y confuso. Al cabo de unos segundos, no obstante, se hizo el silencio. O algo próximo a él.

Todos los humanos que no tenían la cara tapada con un velo yacían muertos atravesados por una lanza; Adden estaba clavado en la pared. Había también dos Aiel abatidos entre el desorden de muebles volcados y cadáveres. Los tres Myrddraal formaban un círculo en el centro de la habitación, empuñando sus negras espadas. Uno se tocaba el costado como si estuviera herido, aunque por lo demás no daba ninguna muestra de ello. Otro tenía un largo corte en el pálido rostro del que no manaba sangre. A su alrededor giraban, agachados, los cinco Aiel aún vivos. Los

gritos y los sonidos del entrechocar de metal indicaban que había más Aiel luchando en la noche, pero allá adentro el ruido era más escaso.

A medida que giraban, los Aiel golpeaban con las lanzas sus pequeños escudos de cuero. *Bum-bum-BUM-bum… burn-bum-BUM-bum… bum-bum-BUM-bum*. Los Myrddraal daban vueltas con ellos con expresión de incerteza y patente inquietud por el hecho de que el miedo que atenazaba el corazón de todo humano que fuera objeto de su mirada no pareciera afectar a aquéllos.

—Baila conmigo, Hombre de la Sombra —gritó de improviso, con tono burlón, uno de los Aiel. Era la voz de alguien joven.

—Danza conmigo, Ser de Cuencas Vacías. —La invitación procedía de una mujer.

—Danza conmigo.

—Danza conmigo.

—Creo —decidió Nynaeve, enderezándose— que ha llegado el momento.

Abrió la puerta y las tres mujeres salieron envueltas con la aureola del *Saidar*.

Pareció que, para los Myrddraal, los Aiel hubieran dejado de existir, y para los Aiel, los Myrddraal. Los Aiel observaron a Egwene y a sus amigas por encima de sus velos como si no acabaran de creer lo que veían; oyó que una de las mujeres emitía una sonora exclamación. La mirada de los Myrddraal, que no controlaba ojo alguno, fue diferente. Egwene casi sintió la certidumbre de sus propias muertes en ella; los Semihombres reconocían cuando una mujer abrazaba la Fuente Verdadera con sólo verla. Estaba segura de experimentar un deseo de morir, de ofrendar su muerte a cambio de la suya, y un impulso aún más fuerte de arrancarse el alma y hacer de ella un juguete de la Sombra, y un ansia de…

Acababa de entrar en la sala y, sin embargo, tenía la impresión de que hacía horas que sostenía esa mirada.

—No pienso soportar esto por más tiempo —gruñó; y descargó un haz de Fuego.

Las llamas brotaron de los tres Myrddraal y se dispersaron en todas direcciones; sus chillidos sonaron como huesos astillados atascados en una máquina de picar carne. Había olvidado que no estaba sola, que Elayne y Nynaeve se hallaban con ella. Al tiempo que las llamas los consumían, el mismo aire pareció elevarlos de improviso y precipitarlos en una negra bola de fuego que luego fue reduciéndose. Mientras sus gritos se clavaban en el cerebro de Egwene, algo surgió de las manos de Nynaeve: una fina barra de luz blanca en comparación con la cual el sol de mediodía parecía oscuro, un bloque de fuego junto al cual era frío el metal candente, que conectaba sus manos con los Myrddraal. Entonces desaparecieron como si nunca hubieran existido. Nynaeve tuvo un sobresalto, y la aureola se disipó a su alrededor.

—¿Qué…, qué era eso? —preguntó Elayne.

—No lo sé. —Nynaeve sacudió la cabeza, igual de perpleja que Elayne—.

Estaba… tan furiosa y tenía tanto miedo por lo que se proponían… No sé qué era.

«Fuego compacto», pensó Egwene. Sin saber por qué, tenía la certeza de no equivocarse. Reacia a desprenderse del *Saidar*, se esforzó por separarse de él, por obligarlo a abandonarla. No acabó de decidir qué le había costado más. «¡Y no he visto en lo más mínimo cómo lo ha hecho!»

Los Aiel se descubrieron los rostros entonces. De manera algo precipitada, habría jurado Egwene; como si quisieran indicarle a ella y a sus dos compañeros que ya no estaban en son de guerra. De los tres varones Aiel, uno era un hombre algo mayor con abundantes canas en su pelo de tono rojizo oscuro. Eran altos aquellos Aiel y, tanto los jóvenes como los más viejos transmitían una sensación de calmosa seguridad en los ojos y poseían aquella peligrosa gracilidad de movimientos que Egwene asociaba con los Guardianes; la muerte cabalgaba sobre sus hombros, y ellos lo sabían y no tenían miedo. Una de las mujeres era Aviendha. Los gritos y alaridos iban remitiendo afuera.

Nynaeve se encaminó hacia los Aiel derribados.

—No es preciso, Aes Sedai —indicó el hombre de más edad—. Los Hombres de la Sombra los han tocado con su acero.

Nynaeve se inclinó de todos modos ante cada uno de ellos y les retiró los velos para cerrarles los párpados y buscarles el pulso en la garganta. Al levantarse junto al segundo, tenía la cara blanca. Era Dailin.

—¡La Luz os fulmine! ¡Así os fulmine! —No quedaba claro si se dirigía a Dailin, al hombre de pelo cano, a Aviendha, o a todos los Aiel—. ¡No la he curado para que pudiera morir de esta manera!

—La muerte nos llega tarde o temprano a todos —se dispuso a aducir Aviendha, pero, cuando Nynaeve se encaró a ella, guardó silencio.

Los Aiel intercambiaron miradas, como si tuvieran la aprensión de que Nynaeve fuera a hacerles lo mismo que a los Myrddraal. En sus ojos no había miedo; sólo conocimiento.

—El acero de los Hombres de la Sombra no hiere —declaró Aviendha—, mata.

El Aiel mayor la miró con un ligero asomo de sorpresa en los ojos. Egwene dedujo que, al igual que en Lan, aquel parpadeo representaba para aquel hombre el equivalente a una evidente muestra de asombro en otro.

—Saben poco respecto a ciertas cuestiones, Rhuarc —explicó Aviendha.

—Siento —se disculpó Elayne con cantarina voz— haber interrumpido vuestra… danza. Quizá no hemos debido interferir.

Tras un primer momento de sorpresa, Egwene comprendió qué se proponía. «Tranquilizarlos, y dar ocasión a que Nynaeve se apacigüe.»

—Llevabais las de ganar —dijo a su vez—. Tal vez os hemos ofendido con nuestra intromisión.

—Yo, por mi parte, Aes Sedai —replicó, riendo, el hombre de pelo gris, Rhuarc—, me he alegrado de… lo que sea que hayáis hecho. —Por un instante no pareció muy seguro de lo que afirmaba, pero enseguida recuperó su buen humor. Tenía una sonrisa abierta y firmeza en el cuadrado rostro; era atractivo, aunque algo viejo—. Podríamos haberlos liquidado, pero tres Hombres de la Sombra… Habrían matado a dos o tres más sin duda, tal vez a todos, y no puedo asegurar que los hubiéramos exterminado. Para los jóvenes, la muerte es un enemigo contra el que quieren medir sus fuerzas. Para los que ya hemos dejado atrás la juventud, es una vieja amiga, una vieja amante que, sin embargo, no anhelamos volver a ver pronto.

Nynaeve pareció relajarse con sus palabras, como si el hecho de conocer a un Aiel que no estuviera ansioso por morir la hubiera liberado de su tensión.

—Es mi obligación daros las gracias —dijo—, y así lo hago. Reconozco que me ha sorprendido veros. Aviendha, ¿esperabais encontrarnos aquí?

—Os he seguido —explicó sin empacho la Aiel—. Para ver qué hacíais. He visto cómo os apresaban, pero estaba demasiado lejos para ayudaros. Como sabía que me descubriríais si me acercaba más, permanecía a unos cien metros de distancia. Cuando he visto que os hallabais indefensas, era demasiado tarde para tratar de rescataros yo sola.

—Estoy convencida de que has hecho cuanto has podido —la tranquilizó, con voz desmayada, Egwene. «¿Estaba a tan sólo cien metros de nosotras? Luz, los bandidos no han visto nada.»

—Sabía dónde debía encontrarse Coram —continuó Aviendha, interpretando sus palabras como una invitación a proseguir—, y él sabía dónde estaban Dhael y Luaine, que a su vez sabían… —Calló un momento y miró ceñuda al Aiel de más edad—. No preveía encontrar a un jefe de clan, y mucho menos del mío, entre quienes han acudido. ¿Quién dirige el Taardad Aiel, Rhuarc, estando vos aquí?

—Los jefes de los septiares —respondió Rhuarc, encogiéndose de hombros para restar importancia a la cuestión— se turnarán en el mando, e intentarán descubrir si realmente desean ir a Rhuidean cuando yo muera. No habría venido si Amys, Bair, Melaine y Seana no me hubieran hostigado como gatos monteses a un rebeco. Los sueños señalaban que debía ir. Me preguntaron si de verdad quería morir gordo y viejo en una cama.

Aviendha rió como si hubiera contado un chiste graciosísimo.

—He oído decir que un hombre atrapado entre su mujer y una Sabia desea a menudo tener doce enemigos contra quienes luchar en lugar de con ellas. Un hombre atrapado entre una esposa y tres Sabias, siendo la esposa una Sabia también, debe plantearse hasta la posibilidad de dar muerte al Cegador de la Vista.

—Admito que consideré la idea. —Miró algo que había en el suelo; tres anillos con la Gran Serpiente, identificó Egwene, y una sortija más pesada de oro destinada

al dedo de un hombre—. Y sigo haciéndolo. Todas las cosas deben cambiar, pero yo no formaría parte de ese cambio si me quedara al margen de él. Tres Aes Sedai que viajan a Tear. —Los otros Aiel cambiaron miradas entre sí.

—Habéis hablado de sueños —observó Egwene—. ¿Conocen vuestras Sabias el significado de sus sueños?

—Algunas. Si os interesa saber algo más sobre el tema, deberíais hablar con ellas. Tal vez se lo digan a una Aes Sedai. A los hombres sólo nos comunican lo que indican los sueños que debemos hacer. —De improviso, se notó fatiga en su voz—. Y normalmente se trata de algo que omitiríamos, si estuviera en nuestras manos hacerlo.

Se encorvó para recoger el anillo de hombre, en el que volaba una grulla sobre una lanza y una corona. Egwene lo reconoció entonces. Lo había visto con frecuencia colgado del cuello de Nynaeve en un cordel de cuero. Nynaeve pisó las otras dos sortijas para quitárselo de la mano; tenía la cara ruborizada, de rabia y de otras muchas emociones que Egwene no supo identificar. Sin hacer nada para recuperarlo, Rhuarc siguió hablando con la misma voz cansina.

—Y una de ellas lleva un anillo del que oí hablar de niño. El anillo de los reyes malkieri. Lucharon con los shienarianos contra los Aiel en tiempos de mi padre. Eran buenos bailando la danza de las lanzas. Pero Malkier sucumbió a la Llaga. Dicen que solamente sobrevivió un infante rey, que corteja la muerte que arrasó su tierra como otros hombres cortejan a las mujeres hermosas. Es en verdad algo extraño, Aes Sedai. De todas las rarezas que preví ver cuando Melaine me hizo salir precipitadamente de casa y trasponer la Pared del Dragón, ninguna ha sido tan singular como ésta. Jamás creí que mis pies seguirían la senda que me marcáis.

—Yo no os marco ningún camino —replicó secamente Nynaeve—. Lo único que quiero es proseguir el mío. Esos hombres tenían caballos. Tomaremos tres y nos pondremos en marcha.

—¿De noche, Aes Sedai? —se extrañó Rhuarc—. ¿Es tan urgente vuestro viaje que recorreríais estas peligrosas tierras en la oscuridad?

—No —repuso, tras un momento de vacilación, Nynaeve—. Pero me propongo partir al alba —añadió con tono más firme.

Los Aiel trasladaron a los muertos fuera de la palizada, pero ni Egwene ni sus compañeras quisieron hacer uso de la sucia cama en que había dormido Adden. Recogieron sus anillos y se acostaron a la intemperie, abrigadas con sus capas y las mantas que les dieron los Aiel.

Cuando la aurora arreboló el cielo por levante, los Aiel las invitaron a un desayuno consistente en dura carne seca —que Egwene dudó al principio en comer, hasta que Aviendha le dijo que era de cabra—, un pan que costaba casi tanto de masticar como la correosa carne y queso azulado de agrio sabor, cuya dureza hizo murmurar a Elayne que los Aiel debían de practicar mascando piedras. La heredera

del trono dio cuenta, sin embargo, de una cantidad de comida equivalente a la que consumieron Egwene y Nynaeve juntas. Tras seleccionar los tres mejores caballos para ellas, los Aiel dejaron sueltos a los demás. Ellos no cabalgaban a menos que fuera imprescindible, explicó Aviendha, dando a entender que ella preferiría antes correr con los pies llagados. Los ejemplares que les reservaron eran altos y corpulentos como caballos de guerra, de altivo y ardiente porte. Un semental negro para Nynaeve, una yegua ruana para Elayne y una yegua gris para Egwene.

Decidió llamarla *Niebla*, con la esperanza de que un nombre agradable la volviera apacible, y, efectivamente, *Niebla* parecía trotar con ligereza cuando partieron en dirección sur, justo en el momento en que el sol trazaba un rojo cerco sobre el horizonte.

Todos los Aiel que habían salido con vida de la escaramuza las acompañaron a pie. Aparte de los que habían matado los Myrddraal habían perecido tres más. Ahora eran diecinueve en total. Andaban con paso largo junto a las monturas. Primero Egwene trató de imprimir una marcha lenta a *Niebla*, pero sólo provocó la hilaridad de los Aiel.

—Haría una carrera de quince kilómetros contigo —afirmó Aviendha—, y veríamos quién gana, tu caballo o yo.

—¡Y yo una de treinta kilómetros! —añadió, riendo, Rhuarc.

Egwene pensó que posiblemente hablaban en serio, y, cuando ella y sus amigas dejaron que los caballos adoptaran un paso más rápido, los Aiel no se rezagaron en lo más mínimo.

—Adiós, Aes Sedai —se despidió Rhuarc cuando divisaron los tejados de paja de Jurene—. Ojalá siempre encontréis agua y sombra. Puede que volvamos a vernos antes de que se produzca el cambio —señaló con tono algo solemne.

Mientras se desviaban hacia el sur, Aviendha, Chiad y Bain levantaron la mano a modo de despedida. No daba impresión de que aminoraran la marcha ahora que ya no iban junto a los caballos, sino más bien lo contrario. Egwene tuvo la sospecha de que pretendían mantener aquel ritmo hasta llegar a su destino.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó—. De que puede que volvamos a vernos antes del cambio. —Elayne sacudió la cabeza.

—No importa lo que haya querido decir —le restó importancia Nynaeve—. Aunque me alegro de que acudieran anoche, no me apena haberme separado de ellos. Confío en que haya un barco aquí.

Jurene era un pueblecito de casas bajas de madera sobre el que destacaba, prendido de una alta asta, el estandarte con el León Blanco de Andor. La aldea estaba controlada por cincuenta miembros de la Guardia Real vestidos con rojas chaquetas con largas chorreras blancas bajo relucientes petos. Los habían destacado allí, explicó su capitán, para proteger a los refugiados que querían huir a Andor, pero el número

de éstos disminuía día a día. Ahora la mayoría iban a pueblos situados más cerca de Aringill. Era una suerte que las tres mujeres hubieran llegado entonces, pues esperaba recibir de un momento a otro órdenes de volver con su compañía a Andor. Los pocos habitantes de Jurene se marcharían seguramente con ellos, dejando lo que quedaba de la población a merced de los bandidos y los soldados cairhieninos de las casas enfrentadas en el conflicto.

Elayne mantuvo la cara oculta bajo la capucha de su sencilla capa de lana, aunque no pareció que ninguno de los soldados asociara a la muchacha de pelo dorado rojizo con la heredera del trono de su país. Algunos le pidieron que se quedara; Egwene no supo si ello la había complacido o escandalizado. Ella por su parte respondía a quienes le formularon la misma solicitud que no tenía tiempo para dedicárselo a ellos. Fue un detalle agradable que se lo pidieran ya que, si bien no sentía para nada deseos de besar a aquellos individuos, era un placer que le recordaran que algunos hombres, al menos, la consideraban tan hermosa como Elayne. Nynaeve abofeteó a uno; Egwene barruntó que la había tomado por sorpresa porque, a pesar de la furia de su mirada, en el fondo no parecían haberle disgustado los agasajos.

No llevaban puestos los anillos. Nynaeve no había tenido que esforzarse para persuadirlas de que Tear no era precisamente el lugar donde les convenía que las identificaran como Aes Sedai, sobre todo estando el Ajah Negro allí. Egwene llevaba el suyo en la bolsa junto con el *ter'angreal* de piedra, la cual palpaba a menudo para comprobar que seguían allí. Nynaeve había colgado el suyo en la misma cuerda que mantenía sobre su pecho la pesada sortija de Lan.

Había una embarcación en Jurene, amarrada al solitario muelle lamido por el Erinin. Si bien no tenía trazas de ser el barco del que les había hablado Aviendha, era, en fin de cuentas, un barco. Egwene se desalentó al verlo. Dos veces más ancho que la *Grulla azul*, el *Rayo* contradecía su nombre con una escarpada proa tan redonda como la panza de su capitán.

Aquel honrado individuo guiñó el ojo a Nynaeve y se rascó la cabeza cuando ella le preguntó si su bajel era veloz.

—¿Veloz? Tengo las bodegas llenas de preciadas maderas de Shienar y de alfombras de Kandor. ¿Qué necesidad hay de correr con un cargamento como ése? Los precios no harán más que incrementarse. Sí, supongo que hay barcos más rápidos detrás de mí, pero no atracarán aquí. Yo no me habría detenido de no haber encontrado gusanos en la carne. Valiente idea, pensar que tendrían carne que vender en Cairhien. ¿La *Grulla azul*? Sí, he visto a Ellisor varado en algo esta mañana. No creo que salga pronto del atolladero. Eso es lo que acaba pasando con los barcos veloces.

Nynaeve pagó sus pasajes, y una cantidad doblada por los caballos, con tal expresión en la cara que ni Egwene ni Elayne le dirigieron la palabra hasta mucho

después de que el *Rayo* hubiera partido de Jurene.

40



Un acto de heroísmo

Acodado en la barandilla, Mat contemplaba la ciudad amurallada de Aringill, más próxima con cada golpe de los remos que dirigían la Gaviota gris hacia los largos muelles de vigas embreadas. Protegido por altos muros en los extremos, el puerto era un hormiguero de gente al que se sumaban las personas que bajaban de los barcos de distintos tamaños amarrados en él. Algunas empujaban carretillas o tiraban de trineos o carros de altas ruedas, cargados hasta los topes con muebles y arcones asegurados con cuerdas, pero la gran mayoría transportaba bultos al hombro, cuando no nada. No todo era ajetreo. Muchos hombres y mujeres se apiñaban inciertamente, y los niños se pegaban llorando a sus piernas. Los soldados de rojas chaquetas y relucientes petos trataban repetidamente de hacer que abandonaran los muelles y entraran en la ciudad, pero gran parte de ellos parecían demasiado asustados para moverse.

Mat se giró y se protegió los ojos del sol para mirar el río que dejaban atrás. A esa altura el Erinin soportaba un tráfico muy superior al que había observado al sur de Tar Valon, y hasta donde le alcanzaba la vista lo surcaban casi una docena de embarcaciones variopintas que iban desde un alargado bajel de afilada proa que remontaba veloz la corriente impulsado por dos velas triangulares hasta un ancho barco de chata proa y velas cuadradas, que navegaba lentamente a bastante distancia al norte.

Casi la mitad de los barcos no tenían, no obstante, conexión alguna con el comercio fluvial. Dos navíos de anchas planchas y solitarias cubiertas cruzaban el río en dirección a una población más pequeña situada en la orilla opuesta, al tiempo que otros tres de iguales características, pero con las cubiertas llenas a rebosar de gente, regresaban hacia Aringill. El sol poniente, cuyos rayos le bañaban aún la cabeza, iluminaba el estandarte que ondeaba en aquella otra ciudad. Aquella ribera era Cairhien, pero no tuvo necesidad de ver el pendón para saber que se trataba del León Blanco de Andor. Había escuchado suficientes conversaciones sobre el tema en los

escasos pueblos andorianos donde se había detenido brevemente la Gaviota gris.

Sacudió la cabeza. No le interesaba la política. «Siempre que no vuelvan a intentar decirme que soy un andoriano porque así consta en un mapa. Demonios, hasta puede que traten de obligarme a luchar en su condenado ejército, en caso de extenderse este conflicto. Sujeto a órdenes. ¡Luz!» Agitado por un estremecimiento, se volvió de nuevo hacia Aringill. Los marineros descalzos de la Gaviota gris estaban preparándose para arrojar cuerdas a los trabajadores del muelle.

El capitán lo miraba desde su posición junto al timón. Mallia no había renunciado a sus esfuerzos por congraciarse con él, ni a sus tentativas de averiguar la importancia de su misión. Mat le había enseñado finalmente la carta sellada, informándole de que la llevaba a la reina de parte de la heredera del trono. Un mensaje personal que dirigía una hija a su madre, nada más. Mallia, al parecer, sólo había prestado oídos a las palabras «reina Morgase».

Mat sonrió para sus adentros. El hondo bolsillo de su chaqueta contenía dos bolsas aún más abultadas que cuando había subido a bordo y tenía suficientes monedas sueltas como para llenar otras dos. Su suerte no había sido tan buena como en aquella primera y extraordinaria noche en que los dados y el devenir de las cosas parecían haber abandonado todo cauce de normalidad, pero había sido de todos modos satisfactoria. Después de la tercera noche, Mallia había desistido de darle muestras de amistad jugando, pero para entonces el cofre donde guardaba el dinero había bajado de peso. Y quedaría aún más ligero cuando dejara atrás Aringill, ya que Mallia precisaba reponer sus reservas de comida —Mat lanzó una ojeada a la multitud congregada en el puerto— a ser posible allí, a cualquier precio.

La sonrisa se disipó cuando sus pensamientos volvieron a centrarse en la carta. Con ayuda de una hoja de cuchillo calentada había conseguido despegar el sello con el lirio dorado. No había encontrado nada de interés: Elayne estudiaba aplicadamente y hacía progresos y estaba ansiosa por aprender. Era una hija obediente, y la Sede Amyrlin la había castigado por escaparse, ordenándole que nunca volviera a hablar de ese episodio, por lo cual su madre comprendería por qué no se extendía en explicaciones al respecto. Decía que la habían promovido al rango de Aceptada, ¿no era maravilloso, tan pronto?, y que ahora le confiaban obligaciones de mayor responsabilidad que la obligarían a abandonar Tar Valon por un corto período al servicio de la propia Amyrlin. Su madre no tenía de qué preocuparse.

Estaba muy bien que le dijera a Morgase que no se preocupara. Era a él a quien había metido en el atolladero. Aquella estúpida misiva debía de ser la razón por la que lo habían estado persiguiendo aquellos hombres, pero ni siquiera Thom había sido capaz de dilucidar el hilo de causas y efectos, por más que hubiera murmurado acerca de «cifras», «códigos» y «el Juego de las Casas».

Mat llevaba guardada a buen recaudo la carta en el forro de la chaqueta, con el

sello nuevamente pegado, dispuesto a apostar a que nadie la localizaría. Si alguien anhelaba tanto hacerse con ella como para asesinarlo, seguramente volverían a atentar contra su vida. «Prometí que la entregaría, Nynaeve, y lo haré, maldita sea, se interponga quien se interponga.» De todas formas, tenía unas cuantas cosas que decirles a esas tres fastidiosas jóvenes y no sería para regalarles precisamente los oídos. «Si es que vuelvo a verlas. Luz, nunca se me había ocurrido pensar en eso.»

Mientras los marineros lanzaban las cuerdas a tierra, Thom salió a cubierta, con las fundas de los instrumentos colgadas a la espalda y su hatillo en una mano. Aun impedido por la cojera, avanzó pavoneándose hacia la barandilla, haciendo ondear la capa para producir un revuelo en los multicolores parches y atusándose los largos bigotes blancos con aires de importancia.

—No hay nadie mirando, Thom —señaló Mat—. No creo que se percataran de la presencia de un juglar a menos que llevara algo de comida en las manos.

—¡Luz! —exclamó Thom, mirando los muelles—. ¡Había oído que la situación era mala, pero no pensé que hubiera llegado a este punto! Pobre gente. La mitad tiene aspecto de pasar hambre. Puede que nos cueste el contenido de una de tus bolsas alquilar una habitación para esta noche. Y el de la otra tomar una comida caliente, si es que pretendes sostener el mismo ritmo. Casi me daban náuseas de verte. Prueba a comer de ese modo delante de esos desdichados de ahí abajo y tal vez acabes con el cerebro al aire.

Mat sonrió por toda respuesta.

Mallia se acercó renqueando, tirándose de la barba, cuando ya la Gaviota gris maniobraba para fijarse en su amarradero. Los marineros colocaron la pasarela, y Sanor montó guardia en ella, con los musculosos brazos doblados sobre el pecho, en previsión de un intento de abordaje por parte de la multitud. Nadie dio muestras de querer hacerlo.

—De modo que me dejaréis aquí —dijo Mallia a Mat con sonrisa no tan espontánea como era habitual—. ¿Seguro que no hay nada que pueda hacer por vos? ¡Por todos los diablos, nunca he visto tal cantidad de chusma! Esos soldados deberían despejar los muelles, ¡con la espada, si es necesario!, para facilitar su comercio a los honrados negociantes. Tal vez Sanor pueda abriros camino entre esta escoria hasta vuestra posada.

«¿Para que así sepáis dónde me alojo? Pues no lo averiguaréis.»

—Había pensado comer antes de desembarcar, y organizar una partida de dados para pasar el rato. —Mallia palideció visiblemente—. Pero, bien pensado, prefiero pisar tierra firme durante mi próxima comida, de modo que nos despediremos de vos ahora, capitán. Ha sido un viaje encantador.

Mientras el alivio pugnaba con la consternación en el semblante del capitán, Mat recogió sus cosas y, utilizando la barra a modo de bastón, se encaminó a la pasarela

con Thom. Mallia los siguió hasta ella, murmurando lamentaciones por su partida en las que se alternaban la hipocresía y la sinceridad. Mat tenía la certeza de que deploraba perder la oportunidad de congraciarse con su Gran Señor Samon descubriendo los pormenores de un pacto entre Andor y Tar Valon.

—Sé que dista mucho de ser una persona loable —murmuró Thom cuando ya se abrían paso entre el gentío—, pero ¿por qué tienes que seguir burlándote de él? ¿No te has quedado satisfecho con haberte zampado hasta la última miga de la comida que preveía iba a durarle hasta Tear?

—Hace casi dos días que no la comía. —El hambre había cesado sin más una mañana. Se había sentido liberado de un peso, como si con ello se hubiera interrumpido todo ascendiente de Tar Valon sobre él—. He estado tirándolo casi todo por la borda, y con gran esfuerzo para cerciorarme de que nadie me viera. —Entre aquellos demacrados rostros, muchos de ellos infantiles, ya no le parecía algo divertido—. Mallia se merecía que me mofara de él. ¿Qué me decís de ese barco que vimos ayer? El que estaba varado en banco de arena o algo así. Hubiera podido pararse para ayudarlos, pero ni siquiera se acercó por más que gritaron. —Había una mujer de largo pelo negro más adelante que hubiera sido hermosa de no estar en los huesos, la cual fijaba la vista en la cara de todos los hombres con que se cruzaba como si buscara a alguien; un niño que le llegaba a la cintura y dos niñas más pequeñas se pegaban, llorosos, a ella—. Todo eso de bandidos que actúan en el río y celadas no eran más que patrañas. A mí no me pareció una trampa.

Thom esquivó un carro sobre cuya carga cubierta con una lona iba atada una jaula con dos cerdos que no paraban de chillar y casi tropezó con un trineo que arrastraban un hombre y una mujer.

—Y tú te apartas de tu camino para socorrer a la gente, ¿verdad? Es raro que no me hubiera percatado de ello.

—Ayudaré a quien me pague el servicio —afirmó Mat—. Sólo los estúpidos protagonistas de novelas hacen algo a cambio de nada.

Las dos niñas sollozaban con las caras enterradas en la falda de la madre y el chiquillo se esforzaba por reprimir las lágrimas. Los hundidos ojos de la mujer, secos pero preñados de llanto, se detuvieron un momento en Mat, observando su rostro, antes de desviarse. Impulsivamente sacó un puñado de monedas sueltas del bolsillo sin pararse a mirar qué eran y se lo depositó en la mano. La mujer emitió una exclamación de sorpresa, contempló perpleja el oro y la plata que reposaban en su palma, esbozó una sonrisa y abrió la boca, con lágrimas de gratitud en los ojos.

—Compradles algo de comer —se apresuró a decir Mat sin darle tiempo a hablar —. ¿Por qué me miráis así? —le dijo a Thom al advertir su mirada—. El dinero acude fácilmente con tal que encuentre a alguien aficionado a los dados.

Thom asintió lentamente, pero Mat dudó de que hubiera comprendido lo que

pretendía expresar. «Esos condenados niños llorando estaban exasperándome, eso es todo. Ahora el estúpido del juglar esperará que le dé una limosna a todas las matronas que encontremos. ¡Idiota!» Por espacio de un embarazoso momento, no supo si el insulto iba dirigido a Thom o a sí mismo.

Recuperó el autocontrol y evitó fijarse en cualquier rostro el tiempo suficiente para verlo realmente hasta encontrar el que quería, al pie de los muelles. El soldado de pelo entrecano y roja chaqueta y peto dorado que apremiaba a la gente para que pasara a la ciudad tenía el aspecto de un experimentado sargento. Con los ojos entornados para protegerlos del sol poniente, le recordó a Ino, aunque no fuera tuerto. Parecía casi tan cansado como las personas a las que urgía a circular.

—¡Vamos! —gritaba con voz ronca—. No podéis quedaros aquí. Adelante. Id a la ciudad.

—Perdonad, capitán —se dirigió a él, sonriente, Mat—, ¿podríais indicarme dónde puedo encontrar una posada decente? Y unas caballerizas donde tengan buenos caballos en venta. Nos queda un largo camino por delante mañana.

El soldado lo miró de hito en hito, examinó a Thom y a su capa de juglar y luego volvió a posar la vista sobre Mat.

—Capitán, ¿eh? Bien, muchacho, tendrás la mismísima suerte del Oscuro si encuentras un establo donde dormir. La mayoría de estos desgraciados duermen al raso. Y, si encuentras un caballo que no hayan sacrificado para cocinarlo, con toda probabilidad tendrás que pelearte con su propietario para obligarlo a que te lo venda.

—¡Comerse los caballos! —murmuró con disgusto Thom—. ¿De veras han empeorado tanto las cosas en esta orilla del río? ¿Acaso no manda víveres la reina?

—Ésta es la situación, juglar. —El soldado hizo ademán de escupir—. Están cruzando tan deprisa que los molinos no dan abasto para moler harina ni los carros a transportar comida de las granjas. Bueno, esto no va a durar mucho. Ha llegado la orden. Mañana ya no les permitiremos atravesar la frontera y, si lo intentan, los devolveremos a la otra ribera. —Miró ceñudo al gentío arracimado en el puerto como si ellos fueran los responsables de todo y después volvió a fijar la mirada en Mat sin mudar de expresión—. Estáis interrumpiendo el paso, viajeros. Circulad. —Alzó la voz para gritar a los que pululaban a su alrededor—. ¡Circulad! ¡No podéis quedaros aquí! ¡Circulad!

Mat y Thom se sumaron a la hilera de personas, carros y trineos que avanzaba hacia la muralla de la ciudad y entraron en Aringill.

Las calles principales estaban pavimentadas con piedras grises, detalle difícil de percibir estando tan abarrotadas de gente. La gran mayoría caminaba sin rumbo definido y los que habían perdido las energías se acurrucaban con desánimo en las aceras, los más afortunados con fardos donde guardaban sus pertenencias posados frente a ellos o alguna preciada posesión aferrada en los brazos. Mat vio tres hombres

asiendo relojes y más de una docena con copas o platos de plata. Las mujeres sostenían con frecuencia niños. Sonaba un confuso parloteo, un quedo e impreciso murmullo de preocupación. Caminaba ceñudo entre la multitud en busca del letrero de una posada. Los edificios eran variopintos, indistintamente de madera, ladrillo y piedra, con tejados de teja, pizarra y paja.

—Parece impropio de Morgase —comentó, medio para sí, al cabo de un rato Thom, con las espesas cejas abatidas como blancas flechas que le apuntaran la nariz.

—¿Qué es lo que parece impropio de ella? —inquirió distraídamente Mat.

—Prohibir que sigan cruzando. Hacer regresar a los refugiados. Siempre tuvo un genio endemoniado, pero también ha demostrado sobradas veces tener un corazón de oro para los pobres y los famélicos. —Sacudió la cabeza.

Mat vio entonces un letrero que rezaba «El Ribereño», ilustrado con un hombre descalzo y con el torso desnudo interpretando una giga, y se desvió hacia allí, ayudándose con el bastón para separarse de la riada humana.

—Bueno, ha tenido que ser ella. ¿Quién lo habría ordenado si no? Olvidaos de Morgase, Thom. Nos queda aún mucho camino hasta Caemlyn. Primero veamos cuánto oro se necesita para comprar una cama para esta noche.

La sala principal de El Ribereño estaba tan atestada de gente como la calle, y, cuando el posadero escuchó la petición de Mat, se echó a reír como un poseso.

—Tengo a cuatro personas durmiendo en una cama. Si mi propia madre viniera a mí, no podría ofrecerle ni una manta junto al fuego.

—Como habréis reparado —señaló Thom, imprimiendo resonancia a la voz—, soy juglar. Sin duda podréis prepararnos un par de jergones en un rincón a cambio de entretener a vuestros clientes con relatos, malabarismos, prestidigitación y lanzamiento de llamas por la boca.

El posadero volvió a echarse a reír en sus narices.

—No me has dado ocasión de preguntarle por el establo —gruñó Thom con su tono normal de voz mientras Mat tiraba de él hacia la calle—. Seguro que habría conseguido que nos dejara dormir al menos en el pajar.

—Ya he dormido en suficientes corrales y pajares desde que salí del Campo de Emond —arguyó Mat—, y también debajo de matorrales. Quiero una cama.

En las cuatro siguientes posadas que encontró, el posadero les dio, sin embargo, idéntica respuesta que el primero y poco faltó para que los dos últimos lo echaran a patadas cuando les propuso jugarse a los dados una cama. Y cuando el propietario de la quinta le aseguró que no podría ofrecer ni un jergón a la propia reina —en un establecimiento llamado precisamente La Gentil Reina— suspiró y se decidió a preguntar:

—¿Y qué hay de las caballerizas? Supongo que podemos fijar un precio por dormir en el pajar.

—Mi establo es para los caballos —contestó el posadero de redondeada cara—, aunque ya no queden muchos en la ciudad. —Había estado sacando brillo a una copa de plata que guardó en un armario apoyado en un gran arcón con cajones; ninguna copa era igual que la contigua. Justo donde concluía la puerta del armario, sobre el arcón, había un cubilete de cuero—. No pongo gente allí para que asusten a los animales o que se fuguen con ellos. Los que me pagan para alojar a sus caballos quieren que estén bien atendidos y, además, dos de ellos son míos. No tengo camas en las caballerizas para vosotros.

Mat observó pensativamente el cubilete. Sacó una corona de oro andoriana del bolsillo y la dejó sobre el baúl. La siguiente moneda fue un marco de plata de Tar Valon; la otra, una de oro, y la siguiente, una corona de oro teariana. El posadero miró el dinero y se relamió. Mat agregó dos marcos illianos de plata y otra corona de oro andoriana antes de clavar la mirada en el individuo de cara de luna. El posadero titubeó. Mat alargó la mano hacia las monedas. El posadero se le adelantó.

—Quizá siendo sólo dos no molestaréis demasiado a los caballos.

—Hablando de caballos —inquirió, sonriente, Mat—, ¿cuánto pedís por los dos vuestros? Con sillas y bridas, naturalmente.

—No pienso venderlos —aseguró el hombre, apretando contra el pecho la mano con que había cogido las monedas.

—El doble por los caballos, sillas y bridas —propuso Mat, tomando el cubilete y haciendo sonar los dados. Agitó el bolsillo de la chaqueta para que tintinearan las monedas y demostrar que disponía de dinero para cubrir la apuesta—. Yo tiro una vez y vos dos. Tendremos en cuenta el mejor resultado que obtengáis. —Sintió ganas de reír al advertir cómo la codicia iluminaba la redonda cara del posadero.

Al entrar en el establo, lo primero que hizo Mat fue buscar en la media docena de pesebres ocupados un par de caballos castrados pardos. Eran animales anodinos, pero eran suyos. Aunque no tenían el pelo almohazado como debieran, presentaban buen aspecto, sobre todo teniendo en cuenta que todos los mozos de cuadra habían abandonado el puesto. El posadero había tomado con desprecio su queja de que no podían seguir viviendo con el sueldo que les pagaba y consideraba, por lo visto, como un crimen que el único empleado que aún le quedaba hubiera tenido la desfachatez de decir que se iba a casa a acostarse porque estaba cansado de tener que realizar el trabajo de tres hombres.

—Cinco seises —murmuró tras él Thom. Las miradas que lanzaba a su alrededor no eran tan embelesadas como cabía esperar en él, que había sido el primero en sugerir buscar alojamiento en un establo. Las motas de polvo brillaban con la última luz del día que entraba por las grandes puertas, y las cuerdas utilizadas para levantar las balas de hierba colgaban como lianas de las poleas sujetas a las vigas del tejado. El altillo donde guardaban el heno estaba ya en penumbra—. Al sacar cuatro seises y

un cinco en la segunda tirada, ha creído que habías perdido irremisiblemente, y yo también. Últimamente no habías ganado en todos los lanzamientos.

—Gano con suficiente frecuencia. —Mat se sentía satisfecho por no triunfar en todas y cada una de las tiradas. Estaba muy bien que la suerte lo acompañara, pero el recuerdo de esa noche aún le producía escalofríos. Durante el instante en que había agitado aquel cubilete había tenido, no obstante, la casi absoluta certeza de cuál sería el resultado. Al arrojar la barra al altillo, un trueno retumbó en el cielo. Trepó por la escalera—. No ha sido una mala idea. Pensaba que os alegraría tener dónde resguardaros de la lluvia esta noche.

Casi todo el heno estaba comprimido en balas apiladas contra las paredes, pero había más que suficiente suelto para componer una cama bajo la capa. Thom asomó por la escalera cuando extraía dos barras de pan y un pedazo de queso verdusco de su hatillo. El posadero —que se llamaba Jeral Florry— se había desprendido de ellos por una suma que en tiempos más sosegados habría bastado para pagar uno de los caballos. Lo comieron mientras la lluvia repiqueteaba en el tejado, regándolo con agua de las cantimploras, puesto que Florry no les había querido vender vino a ningún precio, y, cuando terminaron, Thom encendió con un yesquero su larga pipa y se recostó a fumar tranquilamente.

Mat estaba tumbado de espaldas, con la mirada fija en el sombrío tejado, preguntándose si escamparía antes del amanecer. En caso de persistir, la lluvia supondría un impedimento para cumplir su propósito de librarse lo antes posible de aquella carta. Oyó un crujido de goznes y se asomó al borde del pajar.

En la penumbra distinguió a una esbelta mujer que soltaba los brazos de los varales del carro de grandes ruedas que acababa de arrastrar adentro y se quitaba la empapada capa, murmurando para sí al tiempo que sacudía el agua. Llevaba el pelo dispuesto en una multitud de pequeñas trenzas y su vestido de seda, presumiblemente de color verde pálido, tenía complicados bordados en el pecho. Había sido una prenda elegante en un tiempo, pero ahora estaba manchada y hecha jirones. Se masajeó la espalda con los nudillos, sin parar de hablar para sus adentros en voz baja, y se dirigió presurosa a las puertas del establo para mirar afuera. Con igual rapidez, cerró los grandes batientes, dejando la cuadra a oscuras. Abajo se oyó un roce, un tintineo y una especie de restallido, y de improviso se encendió una pequeña llama en una linterna que llevaba en la mano. La desconocida miró en derredor, localizó un gancho en una viga, colgó la linterna y se puso a rebuscar debajo de la lona que cubría el carro.

—Lo ha hecho muy deprisa —comentó en voz baja Thom—. Ha podido prender fuego al establo frotando de ese modo el eslabón y el pedernal a oscuras.

La mujer sacó la punta de una barra de pan y se puso a masticarla como si estuviera dura y el hambre le impidiera ponerle reparos.

—¿Queda un poco de queso? —susurró Mat. Thom negó con la cabeza.

La desconocida olisqueó el aire, y entonces Mat cayó en la cuenta de que probablemente había percibido el olor a tabaco de la pipa de Thom. Estaba a punto de levantarse y anunciar su presencia cuando una de las puertas del establo se abrió de nuevo.

La mujer se agachó, dispuesta a echar a correr, al tiempo que cuatro hombres entraban quitándose las mojadas capas, bajo las cuales vestían pálidas chaquetas de mangas ahuecadas con bordados en el pecho y calzones abombados también bordados. A pesar de sus artificiosos atuendos eran todos corpulentos y tenían expresiones feroces.

—Veo, Aludra —gritó uno que llevaba una chaqueta amarilla—, que no has corrido tan deprisa como pensabas, ¿eh? —Mat percibió un acento extraño en su habla.

—Tammuz —dijo la mujer como si profiriera una maldición—. No te bastó con ser el causante de que me expulsaran de la Corporación por tu metedura de pata, cabeza de chorlito, que ahora tienes que venir persiguiéndome también. —Tenía la misma forma peculiar de hablar que el hombre—. ¿Crees que me alegra verte?

—Eres una redomada necia, Aludra —replicó, riendo, el tal Tammuz—, cosa que por lo demás yo siempre supe. Si te hubieras limitado a marcharte, podrías haber llevado una larga vida en un lugar tranquilo. Pero no podías olvidar los secretos que alberga tu cabeza, ¿verdad? ¿Pensabas que no nos enteraríamos de que intentas ganarte la vida fabricando lo que sólo la Corporación tiene derecho a fabricar? —De pronto apareció un cuchillo en su mano—. Será un gran placer apuñalarte la garganta, Aludra.

Mat no tuvo conciencia de haberse incorporado hasta tener entre las manos una de las cuerdas que pendían del techo y haberse propulsado fuera del pajar. «¡Soy un maldito estúpido!»

Únicamente tuvo tiempo para formular aquel arrebatado pensamiento antes de precipitarse sobre los hombres, y derribarlos en cadena como bolos. La mano le resbaló en la cuerda y cayó dando tumbos sobre el suelo cubierto de paja, desparramando monedas de los bolsillos, hasta que lo paró un poste. Cuando se puso en pie, los cuatro intrusos se levantaban también. Y ahora todos iban armados con cuchillos. «¡Un ciego estúpido! ¡Un condenado tonto!»

—¡Mat!

Alzó la cabeza, y Thom le lanzó su barra. La pescó en el aire justo a tiempo para desarmar a Tammuz de un golpe y propinarle un fuerte estacazo en la cabeza. Tammuz se desplomó, pero los otros tres estaban justo detrás, y por espacio de un frenético momento Mat hubo de aplicarse a fondo haciendo molinetes con el bastón para mantener las hojas de los cuchillos alejadas de él, golpeando rodillas, tobillos y

costillas hasta poder asestarla directamente contra una cabeza. Cuando el último de sus adversarios cayó, los observó un instante y después miró airadamente a la mujer.

—¿Teníais que escoger este establo como escenario de vuestro asesinato?

—Os habría ayudado —repuso la desconocida, envainando una daga de fina hoja en la funda de su cinturón—, pero he temido que fuerais a confundirme con uno de estos grandes bufones si me acercaba a vos empuñando un arma. Y he elegido este establo porque afuera llueve y estoy mojada, y porque nadie vigilaba este lugar.

Era mayor de lo que había creído, al menos diez o veinte años más vieja que él, pero aún hermosa, con grandes ojos oscuros y una pequeña y carnosa boca que parecía a punto de hacer pucheros. «O de dar un beso.» Emitió una carcajada y se apoyó en la barra.

—Bien, lo hecho hecho está. Supongo que no era vuestra intención traernos complicaciones.

Aludra dirigió la mirada hacia Thom, que bajaba con torpeza del pajar a causa de la cojera. El juglar se había vuelto a poner la capa, fiel a su costumbre de no dejar que nadie lo viera sin ella, en especial la primera vez.

—Esto es como un cuento —se maravilló—. Un juglar y un joven héroe acaban de salvarme —miró con una mueca a los hombres tendidos en el suelo— ¡de estos hijos de perra!

—¿Por qué querían mataros? —preguntó Mat—. Ha dicho algo sobre los secretos.

—Los secretos —respondió por ella Thom casi con voz declamatoria— de la fabricación de fuegos de artificio, si mal no me equivoco. Sois una Iluminadora, ¿verdad? —Realizó una cortés reverencia imprimiendo un artificioso revuelo a su capa—. Soy Thom Merrilin, juglar de profesión, como ya habéis advertido. Y éste es Mat —añadió—, un joven con un don especial para meterse en problemas.

—Era una Iluminadora —precisó Aludra—, pero este gran cerdo de Tammuz echó a perder el espectáculo encargado por el rey de Cairhien y poco faltó para que destruyera nuestra sede allí. Pero como yo era la encargada, la Corporación descargó la responsabilidad en mí. Yo no propago los secretos de la Corporación —aseguró a la defensiva—, por más que diga Tammuz, pero no pienso morirme de hambre teniendo la posibilidad de elaborar artículos de pirotecnia. Puesto que ya no formo parte de la Corporación, no tengo por qué obedecer sus leyes.

—Galldrain —dijo Thom casi con igual rigidez en su tono—. Bien, ahora es un monarca muerto y ya no verá más fuegos de artificio.

—La Corporación —declaró con voz cansada la mujer— prácticamente me achaca a mí la culpa de esta guerra que asola Cairhien, como si esa noche de desastre hubiera sido la causa de la muerte de Galldrain. —Thom torció el gesto—. Creo que no podré quedarme más aquí —continuó—. Tammuz y estos otros bueyes no tardarán

en despertar. Quizás esta vez me acusen ante los soldados de haber robado lo que he fabricado. —Miró con ademán pensativo a Thom y a Mat y luego pareció llegar a una conclusión—. Os debo una recompensa, pero no tengo dinero. No obstante, poseo algo que quizá sea tan valioso como el oro o más. Veremos qué opináis.

Mat intercambió miradas con Thom al tiempo que la mujer se iba a rebuscar bajo la lona del carro. «Ayudaré a quien me pague el servicio.» Creyó advertir un aire especulativo en los azules ojos de Thom.

Aludra separó un fajo entre varios idénticos, un corto rollo de pesada tela de hule de un perímetro casi tan largo como el formado por sus brazos al abrazarlo. Luego lo depositó en la paja del suelo, desató las cuerdas que lo cerraban y lo desenrolló. De punta a punta, había cuatro hileras de bolsillos de distinto tamaño, ordenadas de menor a mayor, y en cada bolsillo sobresalía un cilindro de papel encerado del que asomaba una oscura cuerda.

—Fuegos de artificio —dijo Thom—. Lo sabía. Aludra, no debéis hacer esto. Podéis venderlo y sacar el dinero suficiente para vivir como mínimo diez días en una buena posada y comer abundantemente cada día. Bueno, en otro sitio que no sea Aringill.

Arrodillada junto a la larga tira de tela de hule, irguió altivamente la cabeza.

—Callad, viejo —indicó sin parecer grosera—. ¿No tengo derecho a demostrar mi gratitud? ¿Creéis que iba a daros esto si no tuviera más? Prestad atención.

Mat se agachó, fascinado, a su lado. Había visto fuegos artificiales dos veces en su vida. El Consejo del Pueblo había incurrido en un gran gasto haciéndolos traer al Campo de Emond por los buhoneros. A la edad de diez años, había intentado cortar uno para ver lo que había adentro, y había provocado un gran alboroto. Bran al'Vere, el alcalde, lo había abofeteado; Doral Barran, por aquel tiempo la Zahorí, le había propinado unos latigazos; y al llegar a casa su padre le había pegado con la correa. Durante todo un mes nadie le dirigió la palabra en el pueblo, salvo Rand y Perrin, y casi siempre que lo hacían era para insistir en regañarlo. Alargó la mano para tocar uno de los cilindros, y Aludra la apartó de un manotazo.

—¡He dicho que atiendas primero! Estos más pequeños producen una fuerte detonación, pero nada más. —Aquéllos tenían las dimensiones de su dedo meñique —. Estos otros, originan una detonación y una brillante luz. Los siguientes provocan la detonación, la luz y una multitud de chispas. Los últimos —ésos eran más gruesos que su pulgar— producen el mismo efecto, con la diferencia de que las chispas son multicolores. Casi como una flor de noche, pero no llegan tan arriba.

«¿Una flor de noche?», se extrañó Mat.

—Debes tener especial cuidado con éstos. Como ves, la mecha es muy larga. —Al ver su expresión embobada, agitó una de las oscuras cuerdas en dirección a él—. ¡Esto, esto!

—Donde se prende el fuego —murmuró—. Ya lo sé. —Thom carraspeó y se mesó los bigotes con un nudillo como si ocultara una sonrisa.

—Donde se prende el fuego —gruñó Aludra—. Sí. No se debe permanecer cerca en ninguno de los casos, pero, cuando enciendas la mecha de los mayores, has de echar a correr. ¿Me entiendes? —Enrolló con rapidez la larga tela—. Puedes venderlos si lo deseas, o lanzarlos. Recuerda que nunca debes ponerlos cerca del fuego, pues estallarían todos a la vez. Habiendo tantos juntos, bastaría tal vez para destruir una casa. —Su mano vaciló antes de volver a atar el cordel—. Hay, además, otra cuestión que seguramente no será nueva para ti. No cortes la cobertura de ninguno de ellos, como hacen algunos insensatos para ver lo que hay en su interior. A veces, cuando el contenido entra en contacto con el aire, hacen explosión sin necesidad de encenderlos. Podrías perder varios dedos, o incluso una mano.

—Estoy al corriente de ello —reconoció secamente Mat.

La mujer lo observó frunciendo el entrecejo, como si pusiera en duda que no fuera a probarlo, y al fin le tendió el fajo.

—Toma. Ahora debo irme, antes de que despierten estos hijos de perra. —Al mirar la puerta aún abierta y la lluvia que caía más allá del dintel, exhaló un suspiro —. Quizás encuentre otro sitio resguardado. Me parece que mañana iré hacia Lugard. Estos cerdos pensarán que voy a Caemlyn.

Lugard quedaba todavía más lejos que Caemlyn, y Mat recordó de improviso el duro trozo de pan. Había dicho que no tenía dinero, y los artículos de pirotecnia no se lo aportarían hasta que no encontrara a alguien en condiciones de poder comprarlos. En ningún momento había detenido la mirada en las monedas de oro y plata que se le habían caído de los bolsillos al aterrizar en el suelo, las cuales centelleaban entre la paja a la luz de la linterna. «Ah, Luz, no puedo dejar que se vaya con hambre, supongo.» Cogió todas las que tenía al alcance.

—Eh… Aludra. Tengo muchas como veis. He pensado que tal vez… —Le tendió el dinero—. Siempre puedo ganar más.

La mujer se detuvo a medio ponerse la capa y luego sonrió a Thom mientras acababa de colocársela sobre los hombros.

—Es joven todavía, ¿eh?

—Lo es —convino Thom—. Y no es, con mucho, tan malo como a él mismo le gustaría considerarse. A veces es todo lo contrario.

Mat les dirigió una airada mirada a los dos y bajó la mano.

Tras cargar los varales del carro, Aludra lo hizo girar y se encaminó hacia la puerta. Al pasar propinó un puntapié en las costillas a Tammuz y éste gruñó débilmente.

—Hay algo que me tiene intrigado, Aludra —declaró Thom—. ¿Cómo habéis encendido tan deprisa, a oscuras, esa linterna?

—¿Queréis que os revele todos mis secretos? —Replicó, deteniéndose en el umbral y sonriéndole por encima del hombro—. Estoy agradecida, pero no enamorada. Ese secreto no lo sabe ni la Corporación, puesto que es un descubrimiento exclusivamente mío. Os diré, empero, que cuando sepa hacerlas funcionar correctamente, sólo cuando yo desee que se enciendan, haré una fortuna con las varillas. —Tirando de los varales, se adentró con el carro en la lluvia, y la noche la engulló.

—¿Varillas? —se interrogó Mat, preguntándose, a un tiempo, si no estaría algo mal de la cabeza.

Tammuz volvió a gruñir.

—Será mejor que nosotros hagamos lo mismo, chico —aconsejó Thom—. La otra alternativa es matar a cuatro hombres y pasar tal vez los próximos días dando explicaciones a los guardias de la reina. Y, previsiblemente, nos darán prueba de su rencor. —Uno de los compañeros de Tammuz se movió como si estuviera recobrando el conocimiento y murmuró algo incomprensible.

Cuando hubieron recogido sus cosas y ensillado los caballos, Tammuz estaba apoyado en manos y rodillas, con la cabeza colgando, y los demás también se movían y gemían.

Ya a caballo, Mat contempló la lluvia que caía, con más violencia que nunca, fuera de la puerta.

—Un condenado héroe —dijo—. Thom, si doy señales de volver a comportarme heroicamente, me dais una patada.

—¿Y qué cambiarías de lo que has hecho?

Mat lo miró con gesto hosco y luego se subió la capucha y extendió la punta de la capa sobre el grueso rollo atado detrás del arzón trasero de la silla. Aun siendo de hule, no estaba de más protegerlo del agua.

—¡Dadme una patada, sin más! —Hincó los talones en los flancos del caballo y se precipitó al galope en la lluviosa noche.

41



El juramento de un cazador

Impulsado por los remos, el *Ganso níveo* se aproximaba con las velas enrolladas a los largos muelles de piedra de Illian, y Perrin permanecía cerca de la popa contemplando las numerosas zancudas que hundían las patas en las altas hierbas de las marismas que prácticamente rodeaban el gran puerto. Reconoció las pequeñas grullas blancas e identificó de forma aproximativa a sus más voluminosos congéneres azules, pero había un gran número de aves, unas de plumaje rojo o rosado, otras con chatos picos más anchos que los de un pato, que desconocía por completo. Una docena de especies diferentes de gaviotas se precipitaban y alzaban el vuelo sobre el puerto, y un pájaro negro de largo y afilado pico volaba a ras del agua trazando un surco en su superficie. En la amplia ensenada había fondeadas embarcaciones de dimensiones que triplicaban y cuadruplicaban la del *Ganso níveo*, a la espera de que les tocara el turno de amarrar en los muelles o de un cambio en la marea para poder hacerse a la mar al otro lado del largo rompeolas. Junto a las zonas pantanosas y las calas que mediaban entre ellas faenaban pequeños botes pesqueros, de cuyas redes, sujetas a largas estacas que sobresalían a ambos lados de las barcas, tiraban dos o tres pescadores.

El viento, que apenas mitigaba el calor, transportaba un fuerte aroma a sal. El sol ya bajaba hacia el horizonte, pero parecía que aún fuera mediodía. El aire era húmedo; aquél era el único atributo que acertaba a atribuirle: húmedo. A su olfato llegaba el olor a pescado fresco, a peces putrefactos y al cieno de los pantanos, y la acre pestilencia proveniente de la extensa curtiduría instalada en una pelada isla de las marismas.

El capitán Adarra murmuró quedamente algo tras él, el timón crujió, y el *Ganso níveo* modificó levemente el rumbo. Los descalzos remeros se movían como si no quisieran hacer ruido. Perrin sólo posaba brevísimos segundos la mirada en ellos.

En su lugar, concentró la atención en la tenería y se puso a observar a los hombres que raspaban las pieles extendidas sobre hileras de soportes de madera y a los que las sacaban, por medio de largos bastones, de grandes tinas hundidas. A veces las ponían

en carretillas y las llevaban al largo edificio bajo situado en un extremo de la explanada, de donde en ocasiones salían para volver a ser sumergidas en las tinas, a las que vertían nuevos líquidos contenidos en grandes cántaros de piedra. Seguramente producían más pieles allí en un día que en varios meses en el Campo de Emond, y, aparte de aquélla, divisaba otra curtiduría en una isla cercana.

No era que tuviera un interés particular en los barcos, los botes pesqueros o las tenerías, ni siquiera tampoco en las aves —pese a lo cual sentía curiosidad por saber qué deberían de pescar aquellas de color rojo pálido con sus achatados picos y se preguntaba si algunas de ellas serían comestibles—, pero cualquier cosa era preferible a mirar la escena que se desarrollaba tras él en la cubierta del *Ganso níveo*. El hacha que pendía de su cinto no le servía para defenderse de aquello. «Ni un muro de piedra podría protegerme de ello», pensó.

Moraine no se había mostrado ni complacida ni contrariada al descubrir que Zarina —«¡No pienso llamarla Faile, por más que insista ella! ¡No es un halcón!»— sabía que era una Aes Sedai, aunque tal vez se había disgustado un poco con él por no habérselo dicho. «Un poco. Me llamó necio, pero nada más.» A Moraine pareció tenerle sin cuidado que Zarina fuera un cazador del Cuerno. Cuando se había enterado, empero, de que la muchacha creía que ellos la conducirían hasta el Cuerno de Valere, y también, de paso, que él ya estaba al corriente y no se lo había comunicado —Zarina había sido demasiado explícita, en su opinión, al hablar de ambos temas con Moraine— su fría mirada azul había adoptado un matiz que le hizo sentir como si lo hubieran encerrado en un barril lleno de nieve en pleno invierno. Aun cuando no decía nada, la Aes Sedai lo miraba con demasiada frecuencia y con excesiva dureza para permitirle recobrar el sosiego.

Giró un instante la cabeza y se volvió apresuradamente para contemplar la costa. Zarina estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo cerca de los caballos atados entre los mástiles, con el equipaje y su oscura capa al lado, sus estrechas faldas pantalón cuidadosamente arregladas, simulando examinar los tejados y las torres de la ciudad. Moraine también observaba Illian, tendiendo la mirada justo por encima de los marineros que accionaban los remos, pero de tanto en tanto asestaba una acerada mirada a la joven por debajo de la honda capucha de su capa de fina lana gris. «¿Cómo puede soportarla puesta?» Él llevaba la chaqueta y el cuello de la camisa desabrochados.

Zarina correspondía con una sonrisa a cada una de las miradas de Moraine, pero, cada vez que ésta volvía la cabeza, tragaba saliva y se enjugaba la frente.

Perrin casi la admiraba por sonreír sosteniéndole la mirada, dado que él era incapaz de hacerlo. Nunca había visto a la Aes Sedai perdiendo realmente los estribos, pero en esos momentos estaba en un tris de desear que gritara, que rabiara, o hiciera cualquier cosa en lugar de mirarlo. «¡Luz, puede que tampoco cualquier

cosa!» Quizá sus miradas fueran soportables.

Lan, cuya capa de color cambiante seguía guardada en las alforjas que tenía a los pies, estaba sentado a cierta distancia de Moraine, en apariencia absorto en el examen de la hoja de su espada, pero sin esforzarse mucho en disimular la diversión que le provocaba aquella situación. En ocasiones sus labios parecían curvarse en algo muy próximo a una sonrisa. Perrin no estaba seguro; a veces pensaba que sólo era una sombra. Las sombras podían crear la ilusión de que un martillo sonreía. Las dos mujeres se creían a todas luces objeto de su burlona actitud, pero al Guardián no le importaban, al parecer, las ceñudas miradas que ambas le dirigían.

Unos días antes Perrin había oído que Moraine le preguntaba a Lan, con gélido tono, si veía algo digno de suscitar su risa.

—Nunca me reiría de vos, Moraine Sedai —había respondido con calma el Guardián—, pero, si verdaderamente tenéis intención de enviarme con Myrelle, debo acostumbrarme a sonreír. Me han dicho que Myrelle cuenta chistes a sus Guardianes. Los Gaidin han de celebrar las ocurrencias de la mujer a quien están vinculados; vos me habéis obsequiado a menudo con hilarantes ocurrencias, ¿no es cierto? Tal vez prefiráis, después de todo, que me quede con vos.

Ella le había asestado una mirada que habría clavado al mástil a cualquier otro hombre, pero el Guardián no había siquiera pestañeado. Al lado de Lan el acero parecía hojalata.

La tripulación había optado por realizar su trabajo en absoluto silencio cuando Moraine o Zarina estaban juntas en cubierta. El capitán Adarra mantenía la cabeza ladeada y daba impresión de estar escuchando algo que en realidad no quería oír. Impartía las órdenes en susurros, en lugar de los gritos que emitía al principio. Ahora todos sabían que Moraine era una Aes Sedai y a nadie se le escapaba que estaba molesta. Perrin se había dejado involucrar en una discusión a gritos con Zarina, en el curso de la cual uno de ellos, ignoraba cuál, había pronunciado las palabras «Aes Sedai». A aquellas alturas toda la tripulación estaba al corriente. «¡Condenada mujer!» No estaba seguro de si se refería a Moraine o a Zarina. «Si ella es un halcón, ¿quién se supone que será el azor? ¿Voy a quedar atrapado entre dos mujeres como ella? ¡Luz! ¡No! ¡Ella no es un halcón y no tengo por qué darle más vueltas!» Lo único de bueno que tenía todo aquello era que, preocupados como estaban por el enojo de la Aes Sedai, ninguno de los marineros había reparado en sus ojos.

Por el momento no se veía a Loial por ningún lado. El Ogier permanecía en su sofocante camarote siempre que Moraine y Zarina coincidían arriba… trabajando en sus notas, según decía. Sólo salía a cubierta por la noche, a fumar su pipa. Perrin no comprendía cómo aguantaba el calor; incluso Moraine y Zarina eran preferibles al ahogo de las cabinas de abajo.

Suspiró y mantuvo la vista fija en Illian. La ciudad a la que se acercaba el barco

era extensa, tanto como Cairhien o Caemlyn, las únicas grandes urbes que él había visitado, erigida sobre una inmensa marisma que se prolongaba durante kilómetros como una llanura de ondulante hierba. No tenía murallas, pero parecía componerse enteramente de torres y palacios. Los edificios eran todos de pálida piedra, salvo algunos enlucidos con yeso blanco, que abarcaban, sin embargo, múltiples gamas blancas, grises, rojizas e incluso tenues matices de verde. Los tejados relucían bajo el sol con un centenar de tonalidades distintas. En los largos muelles, junto a los que se alineaban incontables barcos cuyo tamaño empequeñecía por lo general el del *Ganso níveo*, reinaba un gran bullicio con las tareas de carga y descarga. En uno de los extremos de la ciudad había astilleros donde se guardaban embarcaciones en todos los estadios de construcción, desde esqueletos de gruesas costillas de madera hasta barcos a los que sólo les faltaba unos retoques para poder deslizarse por las aguas.

Tal vez Illian fuera lo bastante populosa como para mantener a raya a los lobos, que, sin duda, no irían a cazar en aquellas marismas. El *Ganso níveo* había corrido más que los lobos que venían siguiéndolo desde las montañas. Ahora probaba con cautela a establecer contacto con ellos y no sentía nada, sólo una paradójica sensación de vacío, habida cuenta de que eso era precisamente lo que él deseaba. Había sido dueño de sus sueños —en general— desde aquella primera noche. Moraine le había preguntado por ellos con frío tono, y él le había respondido la verdad. En dos ocasiones se había encontrado sumergido en aquella peculiar especie de sueño de lobos y en ambas había aparecido *Saltador*, incitándolo a huir y previniéndolo de que todavía era demasiado joven, demasiado tierno. Desconocía las conclusiones que Moraine había extraído de ello, puesto que lo único que le había dicho era que más le valía tener cuidado.

—Perfecto —gruñó.

Casi se había acostumbrado a que *Saltador* estuviera muerto y a la vez vivo, cuando menos en ese mundo onírico. A su espalda oyó que el capitán Adarra arrastraba las botas en el suelo y murmuraba algo, asombrado de que alguien hubiera hablado en voz alta.

Mientras en tierra todavía amarraban las cuerdas que habían arrojado desde el barco a los pilones de los muelles, el delgado capitán pasó a la acción, susurrando ferozmente a sus marineros. Hizo instalar el palo de carga en el desembarcadero casi con la misma rapidez con que se preparó la pasarela. El negro caballo de guerra de Lan estuvo a punto de romper, piafando, el palo de carga, y se requirió dos de ellos para descargar la enorme y peluda montura de Loial.

—Un honor —susurró con una reverencia Adarra a Moraine mientras ésta entraba en la ancha pasarela apoyada en el muelle—. Ha sido un honor haberos servido, Aes Sedai. —La mujer bajó con paso altivo sin mirarlo, con la cara oculta en la amplia capucha.

Loial no dio señales de vida hasta que todos, incluidos los caballos, hubieron desembarcado. El Ogier recorrió con paso pesado la pasarela tratando de abrocharse la larga chaqueta con los brazos ocupados con sus grandes alforjas, la manta enrollada y la capa.

—No me había percatado de que habíamos llegado —explicó sin resuello—. Estaba releyendo mis… —Se interrumpió al posar la mirada en Moraine. Aunque la Aes Sedai parecía absorta observando cómo Lan ensillaba a *Aldieb*, el Ogier agitó las orejas como un gato inquieto.

«Sus notas —adivinó Perrin—. Uno de estos días tendré que ver qué es lo que cuenta de todo esto.» Sintió un cosquilleo en la nuca y ya había dado un salto cuando tuvo conciencia del fresco aroma a hierbas que percibía mezclado con el olor a especias, a brea y la pestilencia del puerto.

—Si consigo tal reacción con sólo rozarte con los dedos, campesino —dijo Zarina, sonriendo y haciendo revolotear los dedos—, ¿hasta dónde saltarías si…?

Estaba cansándose de interrogarse sobre el sentido de las miradas de aquellos oscuros ojos rasgados. «Puede que sea bonita, pero me mira como lo haría yo con una herramienta que nunca he visto, tratando de dilucidar cómo está fabricada y a qué uso está destinada.»

—Zarina. —La voz de Moraine sonaba glacial pero imperturbable.

—Me llamo Faile —contestó con firmeza Zarina y, por un momento, su prominente nariz le confirió la apariencia de un halcón.

—Zarina —repitió resueltamente Moraine—, aquí se bifurcan nuestros caminos. Tu Cacería será más productiva, y más segura, en otra senda.

—No estoy de acuerdo —disintió con igual decisión Zarina—. Un cazador debe seguir el rastro que percibe, y ninguno pasaría por alto el que vosotros cuatro dejáis. Y me llamo Faile. —Estropeó un poco el efecto conseguido tragando saliva, pero no pestañeó lo más mínimo al sostener la mirada a Moraine.

—¿Estás segura? —inquirió Moraine con suavidad—. ¿Estás segura de que no cambiarás de parecer…, Halcón?

—No. No hay nada que podáis hacer vos o vuestro Guardián de pétreo semblante para detenerme. —Zarina titubeó y luego agregó lentamente, como si hubiera optado por sincerarse del todo—. Al menos, nada de lo que hagáis lo conseguirá. Poseo alguna información acerca de las Aes Sedai y sé, por ejemplo, que, a pesar de lo que se dice en los relatos, hay ciertas cosas que no haríais. Y no creo que semblante pétreo vaya a hacerme lo que debería hacer para obligarme a renunciar.

—¿Es tanta tu certidumbre como para correr el riesgo? —Lan habló con calma, sin alterar la expresión, pero Zarina volvió a tragar saliva.

—No es preciso amenazarla, Lan —observó Perrin, asombrado por la violenta mirada que dirigió al Guardián.

Moraine les ordenó mudamente silencio a ambos.

—Crees saber qué hará o dejará de hacer una Aes Sedai, ¿eh? —Había hablado con mayor suavidad que antes. Su sonrisa era inquietante—. Esto es lo que deberás hacer, si quieres venir con nosotros. —Lan pestañeó asombrado; las dos mujeres se midieron con la mirada, como halcón y ratón, pero Zarina no era precisamente el ave de presa entonces—. Jurarás por tu juramento de cazador obrar como yo diga, obedecerme, y no separarte de nosotros. Una vez que sepas más de lo debido acerca de nuestras actividades, no permitiré que caigas en manos inoportunas. Que te quede bien claro, muchacha. Jurarás comportarte como uno de nosotros y no hacer nada que ponga en peligro nuestros objetivos. No harás preguntas respecto al lugar adonde nos dirigimos ni por qué: te conformarás con lo que yo decida explicarte. Te comprometerás bajo juramento a hacer todo esto, o te quedarás en Illian. Y no saldrás de esta marisma hasta que yo vuelva a soltarte, aunque tengas que permanecer aquí el resto de tu vida. Esto lo juro yo.

Zarina volvió atribulada la cabeza y sólo miró de soslayo a Moraine.

—¿Podré acompañaros si lo juro? —La Aes Sedai asintió—. Seré uno de los vuestros, igual que Loial o semblante pétreo, pero no puedo hacer preguntas. ¿Les está permitido a ellos? —Moraine mostró un asomo de impaciencia en el rostro, y Zarina irguió los hombros y la cabeza—. Muy bien, pues. Lo juro, por el juramento que presté como cazador. Si falto a uno de ellos, habré violado los dos. ¡Lo juro!

—Está decidido —zanjó Moraine, tocando la frente de la joven; Zarina se estremeció—. Puesto que tú la trajiste a nosotros, Perrin, queda bajo tu responsabilidad.

—¡Mi responsabilidad! —exclamó Perrin.

—¡Nadie es responsable de mis actos sino yo! —casi gritó Zarina.

—Al parecer has encontrado el halcón de Min, *ta'veren* —continuó serenamente la Aes Sedai, como si ellos no hubieran abierto la boca—. El Entramado teje, por lo visto, un futuro para ti. He intentado disuadirla, pero parece que se encaramará sobre tu hombro haga lo que haga yo. Recuerda, sin embargo, esto: de verme obligada a ello, cortaré de un tajo tu hilo del Entramado. Y, si la muchacha pone en peligro lo que debemos hacer, compartirás su suerte.

—¡Yo no le pedí que viniera! —protestó Perrin. Moraine montó calmosamente a lomos de *Aldieb* y se arregló la capa sobre la silla—. ¡Yo no pedí nada que tenga que ver con ella! —Loial encogió los hombros y movió mudamente la boca, sin duda para prevenirlo del riesgo que corría si enfurecía a una Aes Sedai.

—¿Eres ta'veren? —inquirió Zarina, incrédula. Recorrió con la mirada sus toscas ropas de campesino y se detuvo en sus amarillos ojos—. Bueno, puede que sí. Seas lo que seas, te amenaza sin más reparo que a mí. ¿Quién es Min? ¿Qué quiere decir con eso de que me encaramaré sobre tu hombro? —Endureció la expresión—. Si intentas

hacerte responsable de mí, te arrancaré las orejas. ¿Me oyes?

Con una mueca de disgusto, Perrin deslizó el arco bajo las cinchas de la silla en el flanco de *Brioso* y montó. Repropia tras los días pasados en el barco, la parda cabalgadura dio muestras de estar a la altura de su nombre hasta que Perrin la calmó sujetando con firmeza las riendas y palmeándole el cuello.

—Nada de lo dicho merece una respuesta —gruñó.

«¡Min tuvo que contárselo! ¡Maldita seas, Min! ¡Malditas seas, Moraine! ¡Y Zarina también!» No recordaba que en ninguna circunstancia Rand o Mat se hubieran visto baqueteados por las mujeres. Tampoco le había ocurrido a él mientras estuvo en el Campo de Emond. Nynaeve había sido la única. Y la señora Luhhan, desde luego, que en todas partes menos en la herrería controlaba con mano de hierro tanto a él como a maese Luhhan. Egwene era algo dominante asimismo, sobre todo con Rand. La señora al'Vere, la madre de Egwene, sonreía continuamente, pero siempre parecía salirse al final con la suya. Y las componentes del Círculo de Mujeres miraban a todos los hombres por encima del hombro.

Maldiciendo para sí, se inclinó y agarró a Zarina del brazo; ésta dio un chillido y poco le faltó para que se le cayera la bolsa cuando la subió a pulso a la silla. Aquellas faldas divididas que llevaba iban bien para sentarse a horcajadas.

—Moraine tendrá que comprarte un caballo —murmuró—. No puedes ir todo el camino a pie.

—Eres fuerte, herrero —señaló, frotándose el brazo, Zarina—, pero yo no soy un trozo de hierro. —Se acomodó y situó su bolsa y la capa entre ambos—. Puedo comprarme mi propio caballo en caso necesario. ¿Todo el camino hasta dónde?

Lan ya cabalgaba por los muelles en dirección a la ciudad, seguido de Moraine y Loial. El Ogier volvió la mirada hacia Perrin.

—Nada de preguntas, ¿recuerdas? Y me llamo Perrin, Zarina. No «hombretón» o «herrero» o cualquier otro nombre que se te ocurra. Perrin. Perrin Aybara.

—Y yo Faile, pelo greñoso.

Comprimiendo las mandíbulas, espoleó a *Brioso*, y Zarina hubo de abrazársele a la cintura para no caer por la grupa de la parda montura. Le pareció que se reía.

42



Aligerar el Tejón

Las risas de Zarina, o lo que fuera, pronto quedaron sumergidas en el bullicio de la ciudad, el mismo que Perrin recordaba haber oído en Caemlyn y Cairhien. Los sonidos presentaban una cadencia y un tono distintos aquí, pero en el fondo eran iguales. Botas, ruedas y cascos rozando el tosco e irregular pavimento de tierra, chirridos de ejes de carros y carretas, música, cantos y risas procedentes de posadas y tabernas. Voces. Un murmullo de voces como si hubiera metido la cabeza en una colmena gigante. Una gran ciudad llena de vida.

Proveniente de una calle lateral, oyó el golpeteo de un martillo sobre un yunque y giró inconscientemente los hombros. Añoraba el martillo y las tenazas en sus manos, el metal candente centelleando moldeado por sus golpes. Los sonidos de la herrería se perdieron, sofocados por el traqueteo de vehículos y el parloteo de los tenderos y los viandantes. Bajo los olores a personas y caballerías, a comida frita y horneada y el centenar de perfumes que había identificado como propios de las ciudades advertía los efluvios de las marismas, el aroma a sal y a agua.

Tras la sorpresa inicial que le produjo el primer puente que hallaron en la población, un bajo arco de piedra tendido sobre un curso de agua de unos veinticinco metros de ancho, y tras haber pasado por otros dos similares, cayó en la cuenta de que Illian estaba entrecruzada por igual número de canales que de calles y que el transporte se realizaba tanto por medio de barcazas como de carros. Entre el gentío de las calles se abrían paso, serpenteantes, las sillas de manos y, con menor frecuencia, los lacados carruajes de algún rico mercader o noble, con el timbre o el emblema de su casa pintado en las puertas. Eran muchos los hombres que llevaban unas peculiares barbas sin bigote y las mujeres parecían tener predilección por los sombreros de ala ancha y los pañuelos anudados al cuello.

En cierto momento atravesaron una gran plaza rodeada de colosales columnas de mármol blanco de más de veinticinco metros de altura y tres de grosor que sólo soportaban una guirnalda de ramas de olivo esculpida encima de cada una de ellas. A

ambos lados de la explanada se alzaban dos enormes palacios blancos totalmente rodeados de pilares, espaciosos balcones, esbeltas torres y tejados púrpura. A primera vista eran exactamente iguales, pero a poco Perrin advirtió que uno de ellos, cuyas torres quedaban como mucho un metro más bajas, estaba construido a una escala casi imperceptiblemente más reducida.

—El palacio del rey —anunció Zarina a su espalda— y la Gran Sede del Consejo. Dicen que el primer rey de Illian promulgó que el Consejo de los Nueve podía tener el palacio que quisiera, a condición de que no erigieran uno de mayores dimensiones que el suyo. De modo que el Consejo copió exactamente el palacio del rey, pero medio metro más pequeño en cada uno de los tramos. Así han funcionado las cosas en Illian desde entonces. El rey y el Consejo de los Nueve rivalizan entre sí, y la Corporación lucha contra ambos, y, mientras se concentran en sus disputas, el pueblo vive a su gusto, sin nadie que lo vigile demasiado. No es un mal tipo de vida, si uno debe permanecer ligado a una ciudad. Supongo que también te interesará saber, herrero, que ésta es la Plaza de Tammuz, donde yo presté juramento como cazador. Creo que acabaré enseñándote tantas cosas que nadie se fijará en la paja prendida en tu pelo.

Perrin se mordió la lengua y resolvió no volver a contemplar nada con tanto embeleso.

Nadie pareció tomar a Loial como algo fuera de lo común. Unas cuantas personas demoraron la mirada en él y algunos niños los siguieron un rato, pero todo indicaba que los Ogier no eran desconocidos en Illian. Ninguno de los ciudadanos parecía reparar tampoco en el calor.

Por una vez, Loial no dio muestras de complacencia por la naturalidad con que la gente aceptaba su presencia. Las largas cejas le llegaban a las mejillas y tenía las orejas abatidas, aunque Perrin no estaba seguro de si ello no se debía simplemente al bochorno reinante. Él mismo tenía la camisa pegada a la piel a causa del sudor y la humedad del aire.

—¿Temes encontrar otros Ogier aquí, Loial? —preguntó.

Notó que Zarina se agitaba tras él y maldijo su falta de precaución. Se había propuesto dejarle entrever la menor cantidad de información posible, menor incluso de la que Moraine tenía, al parecer, intención de revelarle. De ese modo tal vez se cansara y decidiera irse. «Si Moraine se lo permite ahora. Diantre, no quiero ningún condenado halcón encaramado a mis hombros, ni aunque sea bonita.»

—Nuestros picapedreros vienen aquí —asintió Loial con un susurro normal, impropio de un Ogier, que apenas resultó audible para Perrin—. Del *stedding* Shangtai, me refiero. Fueron albañiles de nuestro *stedding* quienes construyeron una parte de Illian: el palacio de la Corporación, la Gran Sede del Consejo y algunos otros, y por eso siempre nos mandan a buscar cuando se necesita repararlos. Perrin, si

hay Ogier aquí, me obligarán a regresar al stedding. Debí haberlo previsto. Este lugar me produce desasosiego, Perrin. —Agitó las orejas con nerviosismo.

Perrin acercó a *Brioso* para darle una palmada en el hombro, para lo cual hubo de estirar bien el brazo. Consciente de que Zarina iba montada en la grupa, pensó bien lo que iba a decir.

—Loial, no creo que Moraine permitiera que te llevaran con ellos. Llevas mucho tiempo con nosotros, y parece que quiere que sigas acompañándonos. No dejará que te lleven, Loial.

«¿Por qué no? —se preguntó de repente—. A mí me retiene porque piensa que quizá soy importante para Rand y tal vez para prevenir que cuente lo que sé. Es posible que ésa sea la razón por la que quiere que continúe con nosotros.»

—Desde luego que no lo permitiría —convino con voz algo más animada Loial, irguiendo las orejas—. Soy muy útil, en fin de cuentas. Puede que necesite volver a viajar por los Atajos y no podría hacerlo sin mí. —Zarina volvió a revolverse detrás de Perrin, y éste sacudió la cabeza tratando de llamar la atención de Loial. Pero el Ogier no estaba mirando. Parecía que acababa de tomar conciencia de lo que había dicho y había doblado un poco las puntas de las orejas—. Espero que no sea por eso, Perrin. —Paseó la mirada en derredor y volvió a abatir por completo las orejas—. No me gusta este sitio, Perrin.

Moraine pegó su montura a la de Lan y habló en voz baja, pero Perrin logró percibir sus palabras.

—Flota algo maligno en esta ciudad. —El Guardián asintió con la cabeza.

Perrin notó un hormigueo entre los hombros. La Aes Sedai había hablado con tono lúgubre. «Primero Loial, y ahora ella. ¿Qué es lo que yo no veo?» El sol brillaba en los relucientes tejados y arrancaba reflejos en las paredes de pálida piedra. Aquellos edificios daban la impresión de ser frescos en su interior. Eran limpios y luminosos, y lo mismo podía decirse de la gente. La gente…

Al principio no advirtió nada anormal. Hombres y mujeres acudiendo a sus quehaceres, con paso decidido pero más lento de lo que había observado en poblaciones más al norte, cosa que atribuyó al calor y al esplendente sol. Entonces se fijó en un aprendiz de panadero que bajaba por una calle con una gran bandeja de pan recién cocido en la cabeza y una desagradable mueca en la cara; casi enseñaba los dientes. Una mujer examinaba unas coloridas telas frente a la tienda de un tejedor como si estuviera a punto de morder al hombre que las sostenía para que las mirara. Un malabarista instalado en una esquina comprimía las mandíbulas y miraba con odio a los transeúntes que arrojaban monedas al sombrero que tenía delante. No todo el mundo daba esa impresión, pero le pareció que al menos una de cada cinco personas tenía una expresión de ira y de odio. Y no creía que tuvieran siquiera conciencia de ello.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zarina—. Estás tenso. Es como si estuvieras agarrando una piedra.

—Hay algo malo en el ambiente —respondió—. Ignoro qué, pero algo no funciona como debiera. —Loial asintió con tristeza y murmuró algo acerca del procedimiento que utilizarían para obligarlo a regresar.

Los edificios circundantes comenzaron a cambiar a medida que atravesaban Illian. La clara piedra aparecía ahora a menudo sin pulir y las torres y palacios eran reemplazados por posadas y almacenes. Muchos de los hombres que deambulaban por las calles, y algunas de las mujeres, caminaban con un curioso contoneo y todos iban descalzos, detalle éste que él asociaba con los marineros. El olor acre a cieno imperaba sobre los de brea y cáñamo y sobre el aroma a madera, en el que se distinguía el de la recién cortada y la curada. El olor de los canales se había vuelto más pestilente. «Orinales —distinguió, arrugando la nariz—. Orinales y retretes.» Sintió náuseas.

—El Puente de las Flores —anunció Lan cuando cruzaron uno de los tantos puentes. Aspiró a fondo—. Y ahora nos encontramos en el Barrio Perfumado. Los illianos son un pueblo poético.

Zarina sofocó una carcajada en la espalda de Perrin.

Como si de improviso se hubiera impacientado con la lentitud del tráfico de Illian, el Guardián los guió con paso rápido por las calles hasta una posada de dos pisos, de tosca piedra veteada de verde y tejado del mismo color. La luz menguaba con el atardecer y el sol poniente ofrecía una tenue tregua, aun cuando el calor siguiera siendo intenso. Los mozos sentados delante del establecimiento acudieron a hacerse cargo de sus caballos. Un moreno chiquillo de unos diez años preguntó a Loial si era un Ogier y cuando éste asintió dijo «Ya me lo parecía» con aire satisfecho. Se llevó la voluminosa montura de Loial, lanzando y recogiendo en el aire la moneda que éste le había dado.

Perrin observó un momento el letrero de la posada antes de entrar. Un tejón con rayas blancas bailaba sobre las patas traseras con un hombre que llevaba algo parecido a una pala de plata. «Aligerar el Tejón», rezaba. «Será alguna novela que no he leído.»

En la sala principal había serrín en el suelo y el humo de tabaco impregnaba el aire. También olía a vino, a pescado cocido y un dulzón perfume floral. Las desnudas vigas del techo, rudamente cortadas, estaban oscurecidas por el paso del tiempo. A esa hora de la tarde, los clientes, hombres sencillamente vestidos, algunos descalzos, ocupaban tan sólo una cuarta parte de la capacidad de la sala. Todos estaban arracimados en torno a una mesa en la que una guapa muchacha de ojos oscuros, la que llevaba el perfume, cantaba acompañada de un instrumento de doce cuerdas y bailaba encima de una mesa haciendo ondular la falda. Su holgada blusa blanca tenía

un escote extremadamente abierto. Perrin identificó la melodía, *La danzarina*, pero la letra que cantaba la joven no era la misma que él conocía.

Una chica lugareña se vino a la ciudad, a ver qué había.
Con un guiño y la sonrisa que tenía
enamoró a un joven, o a tres sería.
Con tan finos tobillos y piel de cerería
conquistó a un capitán, la arpía.
Con un suspiro y riendo, niña mía,
se fue, libre, que mundo ancho había.

Inició otra estrofa y, cuando Perrin cayó en la cuenta de su sentido, se le acaloró la cara. Pensaba que nada podía escandalizarlo después de haber visto bailar a las gitanas, pero ellas solamente insinuaban ciertas cosas, mientras que aquella muchacha las cantaba sin tapujos.

Zarina movía, sonriente, la cabeza al compás de la música. Su sonrisa se ensanchó al mirarlo.

—Vaya, campesino, no creo que haya conocido nunca a un hombre de tu edad que todavía se ponga colorado.

La miró con rabia y a duras penas se contuvo para no decirle algo que habría sido una estupidez. «Esta condenada mujer me ataca los nervios. ¡Luz, apuesto a que piensa que nunca he besado a una chica!» Intentó no escuchar el resto de la canción. Si no podía disipar el sonrojo de su cara, era seguro que Zarina aprovecharía para mofarse de él otra vez.

La propietaria, una voluminosa y obesa mujer con un grueso moño en la nuca que olía a jabón, había mostrado cierto estupor en el momento en que habían entrado, pero pronto se había recobrado y había acudido, solícita, hacia Moraine.

—Señora Mari —la saludó—, no pensaba veros aquí hoy. —Vaciló, mirando a Perrin y Zarina y lanzó una ojeada a Loial que no fue, empero, tan escrutadora como la dirigida a ellos. En realidad se le había iluminado la mirada al ver al Ogier, pero su atención se centraba realmente en la «señora Mari»—. ¿No han llegado a buen puerto mis palomas? —inquirió, bajando la voz. A Lan parecía aceptarlo como parte integrante de Moraine.

—Estoy convencida de que sí, Nieda —aseguró Moraine—. Aunque he estado ausente, estoy segura de que Adine ha anotado todo cuanto habéis informado. —Desvió los ojos hacia la muchacha que cantaba en la mesa sin dar muestras de desaprobación ni de complacencia en el semblante—. El Tejón era mucho más tranquilo la última vez que estuve aquí.

—Sí, señora Mari, así es. Pero parece que esos brutos aún no se han recuperado del invierno. No había tenido ni una pelea en el Tejón durante diez años, hasta finales

del invierno pasado. —Señaló con la cabeza el único hombre que no estaba sentado cerca de la cantante, un individuo aun más fornido que Perrin que, plantado de brazos cruzados al lado de la pared, seguía el compás de la música con el pie—. Incluso Bili tenía dificultades para sofocarlas, de manera que empleé a la chica para que les quitara la ofuscación de las mentes. Es de un pueblo de Altara. —Ladeó la cabeza para escuchar—. Tiene una bonita voz, pero yo cantaba mejor, y bailaba mejor también, cuando tenía su edad.

Perrin quedó perplejo ante la noción de que aquella oronda matrona pudiera brincar encima de una mesa, cantando esa canción, a la que prestó de nuevo oídos: «No llevaré ropa ninguna. Ninguna…», hasta que Zarina le dio un fuerte codazo en las costillas. Soltó un gruñido.

—Te prepararé una mezcla de miel y azufre para esa garganta, chico —se ofreció Nieda—. No querrás pillar un resfriado antes de que se caldee el tiempo, teniendo a una muchacha tan hermosa colgada del brazo.

Moraine lo acusó con la mirada de interferir en su conversación.

—Es extraño que hayáis permitido peleas en vuestro establecimiento —comentó —. Recuerdo bien cómo vuestro sobrino las atajaba. ¿Ha sucedido algo que volviera más irritable a la gente?

—Tal vez —respondió Nieda tras meditar un instante—. Es difícil de decir. Los señoritingos jóvenes siempre bajan a los muelles en busca de las juergas y las mozas que no se les permite disfrutar en los barrios donde el aire huele más limpio. Quizás ahora vienen más a menudo, desde que empezó a recrudecerse el invierno. Quizás. Y a otros les dio por regañar con más frecuencia entre sí, también. Ha sido un duro invierno, y eso agria tanto el temperamento de los hombres como de las mujeres. Toda esa lluvia y ese frío… Si hasta encontré hielo en mi jofaina una mañana. No fue tan duro como el invierno anterior, por supuesto, pero ése fue un invierno como no se dan dos en mil años. Poco me faltó para creer esas patrañas que cuentan los viajeros de que cae agua helada del cielo. —Emitió una risita, extraña en una mujer tan gruesa, para demostrar el poco crédito que daba a tal idea.

«¿No cree que exista la nieve?», pensó con asombro Perrin. Bien mirado, no era tan descabellado si tenía en cuenta que consideraba frío el tiempo que hacía entonces.

Moraine inclinó pensativamente la cabeza y la capucha le ocultó el rostro.

La muchacha de la mesa inició una nueva estrofa, y Perrin no pudo sustraerse a la tentación de escucharla. Aunque nunca había oído hablar de una mujer que hiciera cosas remotamente parecidas a las que enunciaba en su canto, suscitó su interés. Advirtió que Zarina lo miraba y trató de simular que no escuchaba.

—¿Qué ha ocurrido de particular en Illian en los últimos tiempos? —preguntó al cabo Moraine.

—Supongo que puede considerarse algo fuera de lo común la ascensión de lord

Brend al Consejo de los Nueve —repuso Nieda—. Así la Fortuna me pinche con su aguijón, no recuerdo haber oído jamás su nombre antes del invierno, pero llegó a la ciudad, procedente de algún sitio cercano a la frontera con Murandy, según se rumorea, y al cabo de una semana ya lo habían aceptado en el Consejo. Dicen que es un buen hombre, y el más poderoso de los Nueve, que todos acatan su liderazgo, aunque sea el más nuevo y el menos conocido, pero yo a veces tengo sueños extraños en los que aparece él.

Moraine había abierto la boca —para decirle a Nieda que su pregunta se refería a los últimos días, imaginó Perrin— pero titubeó un segundo y en su lugar inquirió:

—¿Qué clase de extraños sueños, Nieda?

—Oh, tonterías, señora Mari. Sólo tonterías. ¿De veras queréis que os lo cuente? Sueños en los que veo a lord Brend caminando en sitios extraños, en puentes colgantes. Son bien brumosos esos sueños, pero casi cada noche se repiten. ¿Habéis oído nunca algo semejante? ¡Sandeces, la Fortuna me clave su aguijón! De todas formas, es muy raro porque Bili dice que sueña lo mismo que yo. Seguramente oye cómo son los míos y los copia. Bili no es una persona muy inteligente, a veces.

—Tal vez seáis injusta con él —murmuró Moraine.

Perrin dirigió la mirada a su oscura capucha. Su voz se notaba alterada, incluso más que en la ocasión en que había creído que había surgido otro falso Dragón en Ghealdan. Él no percibía el olor del miedo, pero… Moraine estaba asustada, lo cual era mucho más terrorífico que verla enojada. Podía imaginarla enfadada, pero no alcanzaba a concebir la idea de que algo la amedrentara.

—Estoy divagando —se reprochó Nieda, golpeándose el moño—. Como si mis extravagantes sueños fueran importantes. —Volvió a lanzar una risita, más breve esta vez, dando a entender que aquello no era tan estrafalario como creer en la nieve—. Parecéis cansada, señora Mari. Os acompañaré a vuestras habitaciones. Y después os serviré una buena cena con pescado fresco.

—Habitaciones —dijo Moraine—. Sí. Tomaremos habitaciones. La comida puede esperar. Barcos. Nieda, ¿qué barcos parten para Tear? A primera hora de la mañana. Hay algo que debe hacerse esta noche. —Lan la miró ceñudo.

—¿Para Tear, señora Mari? —Nieda se echó a reír—. Ninguno hace el recorrido hasta Tear. Los Nueve prohibieron hace un mes que cualquier barco navegara hasta Tear, ni que viniera aquí ninguno de Tear, aunque no creo que los Marinos se atengan a lo ordenado. Pero no hay ninguna embarcación de los Marinos en el puerto. Es bien raro. El mandato de los Nueve, quiero decir, y el silencio del rey al respecto, cuando siempre hace oír su voz si dan siquiera un paso sin que él se ponga a caminar primero. O quizá no sea exactamente eso. Todo el mundo habla de una guerra con Tear, pero los marineros y los carreteros que llevan provisiones al ejército dicen que los soldados tienen puestas sus miras en el norte, en Murandy.

—Las sendas de la Sombra son enrevesadas —sentenció, tensa, Moraine—. Haremos lo que debemos. Las habitaciones, Nieda. Y después tomaremos la cena.

El dormitorio de Perrin era mucho más acogedor de lo que había esperado a raíz del aspecto que presentaba el resto del Tejón. La cama era amplia y el colchón, mullido. La puerta estaba hecha con tablillas inclinadas, y, cuando abrió las ventanas, la brisa entró trayéndole los olores del puerto. Y también algo de los canales, pero resultaba cuando menos refrescante. Colgó la capa en un clavo junto al hacha y la aljaba y apoyó el arco en un rincón. Lo demás lo dejó en las alforjas, previendo que la noche sería tal vez agitada.

Si Moraine había dejado traslucir temor antes, éste no había sido nada en comparación con la sensación que le había producido al decir que algo debía hacerse esa noche. Entonces, por un instante, el olor a miedo había emanado de ella como de una mujer que anunciara que iba a introducir la mano en un nido de avispas y aplastarlas sin guantes siquiera. «¿Qué demonios se propone? Si Moraine está asustada, yo debería estar aterrorizado.»

No lo estaba, advirtió; ni aterrorizado ni atemorizado siquiera. Se sentía… excitado. Dispuesto, casi ansioso, porque algo ocurriera. Determinado. Reconocía aquellos sentimientos. Eran los mismos que experimentaban los lobos justo antes de pelear. «¡Condenación, más me valdría tener miedo!»

Cuando volvió a la sala, únicamente había bajado Loial. Nieda les había preparado una amplia mesa, con sillas de respaldo de cuero en lugar de bancos, y hasta había encontrado una de dimensiones acordes a las de un Ogier. La muchacha cantaba al otro lado de la estancia una canción que hablaba de un rico mercader que acababa de perder de manera un tanto estrafalaria su tiro de caballos y por algún motivo había decidido tirar él mismo de su carruaje. Los hombres que escuchaban a su alrededor estallaron en risas. En las ventanas la oscuridad avanzaba más deprisa de lo que había previsto, y en el aire se percibía un olor que auguraba lluvia.

—Esta posada tiene una habitación para Ogier —anunció Loial cuando Perrin tomó asiento—. En todas las posadas illianas tienen una, por lo visto, con la esperanza de atraer clientes Ogier cuando vienen los albañiles. Nieda asegura que es síntoma de buena suerte tener un Ogier bajo el propio techo. No creo que consigan muchos, porque los picapedreros siempre se alojan juntos cuando salen a trabajar al Exterior. Los humanos son muy atolondrados, y los Mayores temen que en un arrebato de genio alguien nos ataque. —Miró a los parroquianos que rodeaban a la cantante como si recelara de ellos, con orejas nuevamente gachas.

El rico mercader estaba perdiendo ahora su carruaje, lo cual provocaba grandes risotadas entre el público.

—¿Has averiguado si hay algún Ogier del *stedding* Shangtai en Illian?

—Los había, pero Nieda ha dicho que se marcharon durante el invierno, sin haber

concluido el trabajo. No lo comprendo. Los albañiles no habrían dejado las obras por acabar a no ser que no les pagaran, y Nieda sostiene que no fue ése el caso. Una mañana habían desaparecido simplemente, aunque alguien los vio caminando de noche por el camino de Maredo. Perrin, no me gusta esta ciudad. No sé por qué, pero me produce… inquietud.

—Los Ogier —observó Moraine— son perceptivos para ciertas cosas.

Todavía tenía la cara tapada, aunque esta vez con una capa de lino azul oscuro que al parecer Nieda había enviado a alguien a comprar. El olor a miedo se había disipado en ella, pero su voz sonaba sometida a un férreo control. Lan le sostuvo la silla con preocupación patente en el semblante.

Zarina fue la última en bajar, retocándose con los dedos el pelo recién lavado. El aroma a hierbas era más intenso a su alrededor. Fijó la vista en el plato de pescado que Nieda había traído a la mesa y murmuró entre dientes:

—Detesto el pescado.

La corpulenta mujer había traído toda la comida en un carrito con estantes, que tenía restos de polvo, como si lo hubieran rescatado precipitadamente del desván en honor de Moraine. La vajilla era, asimismo, de porcelana de los Marinos, aunque desportillada.

—Come —indicó Moraine, mirando directamente a Zarina—. Recuerda que cualquier comida puede ser la última. Elegiste viajar con nosotros y en consecuencia comerás pescado esta noche. Mañana puede que mueras.

A Perrin no le eran familiares los redondeados peces blancos con rayas rojas, pero su olor le resultó agradable. Se sirvió un par de ellos y luego sonrió a Zarina con la boca llena. Su sabor, ligeramente sazonado, era también agradable. «Cómete tu repugnante pescado, halcón», la urgió mudamente, advirtiendo, por su expresión, que Zarina le habría arrancado los ojos con gusto.

—¿Queréis que haga parar a la cantante, señora Mari? —inquirió Nieda mientras depositaba en la mesa escudillas con guisantes y una especie de gachas amarillas—. Para que podáis comer con tranquilidad…

Moraine mantuvo la mirada fija en el plato y no dio señales de haberla oído.

Lan prestó oído a la canción —el mercader había perdido, sucesivamente, el carruaje, la capa, las botas, su oro y el resto de la ropa y ahora forcejeaba con un cerdo, intentando derribarlo para comérselo para cenar— y sacudió la cabeza.

—No nos molestará. —Pareció a punto de sonreír, antes de posar la mirada en Moraine. Entonces la preocupación volvió a asentarse en su semblante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zarina, que aún no había probado el pescado—. Sé que algo va mal. No había visto tanta expresión en vuestra cara, semblante pétreo, desde que os conozco.

—¡Nada de preguntas! —espetó Moraine—. ¡Sabrás sólo lo que yo te diga!

—¿Y qué vais a decirme? —inquirió Zarina.

—Cómete el pescado —contestó, sonriendo, la Aes Sedai.

La cena se desarrolló en un silencio casi completo, sólo turbado por las canciones que sonaban en el otro extremo de la sala. Había una sobre un rico potentado cuya esposa e hijas ponían en ridículo una y otra vez sin hacer siquiera mella en sus aires de autosuficiencia, otra que hablaba de una joven que decidía dar un paseo sin ropa y una que relataba las desventuras de un herrero que acababa herrándose a sí mismo en lugar de al caballo. Zarina casi se atragantó riendo al escuchar esta última, se distrajo lo bastante como para llevarse un bocado de pescado a la boca y de repente puso una mueca como si estuviera paladeando barro.

«No voy a reírme de ella —resolvió Perrin—. Le enseñaré modales por más risible que sea su comportamiento.»

—Están exquisitos, ¿verdad?

Zarina le dirigió una amarga mirada y Moraine lo miró con mala cara por interrumpir sus reflexiones, y ésa fue toda la conversación.

Nieda estaba retirando los platos y distribuyendo un surtido de quesos en la mesa cuando un hedor a malevolencia erizó el vello de la nuca de Perrin. Era un olor a algo que no debería existir y que ya había percibido antes en dos ocasiones. Miró inquieto en derredor.

La muchacha seguía cantando para el puñado de espectadores, varios hombres atravesaban la sala procedentes de la puerta y Bili continuaba apoyado en la pared moviendo el pie al ritmo de la música. Nieda se toqueteó el moño, observó brevemente la estancia y se volvió para llevarse el carrito.

Volvió la mirada hacia sus compañeros. Como de costumbre, Loial había sacado un libro del bolsillo de la chaqueta y parecía haber olvidado dónde se encontraba. Zarina, que hacía girar distraídamente una bola de queso, los miraba alternativamente, con disimulo, a él y a Moraine. Eran, no obstante, Lan y Moraine las personas que en realidad le interesaban. Ellos podían detectar a un Myrddraal, un trolloc o cualquier Engendro de la Sombra en un radio de unos centenares de metros, pero la Aes Sedai tenía la mirada perdida y el Guardián cortaba un pedazo de amarillento queso con la vista pendiente de ella. Sin embargo, el olor a maldad flotaba allí, igual que en Jarra y en Remen, y esta vez era persistente. Parecía emanar de algo que se hallaba en la sala.

Volvió a examinar la estancia: Bili junto a la pared, varios hombres caminando, la chica cantando en la mesa, los hombres que reían sentados en torno a ella. «¿Hombres caminando?» Los observó con más detenimiento. Seis individuos de rostro anodino que se dirigían al sitio donde estaba sentado él. De rostros muy anodinos. Se disponía a volver a inspeccionar a los clientes que escuchaban a la muchacha cuando de improviso tuvo la certeza de que la pestilencia procedía de

aquellos seis hombres. En un abrir y cerrar de ojos empuñaron dagas en las manos, como si se hubieran percatado de que los había visto.

—¡Llevan cuchillos! —rugió, arrojándoles la bandeja de quesos.

La confusión se adueñó de la sala. Los hombres gritaban, la cantante chillaba, Nieda llamaba a Bili; todo sucedía a un tiempo. Lan se levantó de un salto, de la mano de Moraine brotó una bola de fuego, Loial levantó la silla a modo de garrote y Zarina se hizo a un lado, maldiciendo. Ella también empuñaba un cuchillo, pero Perrin estaba demasiado ocupado para reparar en detalle en lo que hacían los demás. Daba la impresión de que aquellos tipos iban directos a él, y su hacha estaba colgada de un clavo en su habitación.

Agarró una silla, le arrancó una gruesa pata que se prolongaba hasta el respaldo y, lanzando el resto del asiento a los hombres, se dispuso a defenderse con la larga e improvisada cachiporra. Trataban de llegar hasta él con sus armas al desnudo, como si Lan y los otros fueran meros obstáculos en su camino. Entre aquel amasijo de cuerpos sólo consiguió contener las cuchilladas, pues sus golpes amenazaban con herir tanto a Lan, Loial y Zarina como a sus seis atacantes. Vio de soslayo que Moraine se apartaba con expresión contrariada; entre aquella barahúnda no podía hacer nada sin poner en peligro a sus amigos. Ninguno de los intrusos le dedicó siquiera una mirada; no se interponía entre ellos y Perrin.

Jadeante, logró golpear en la cabeza a uno de los individuos con tal violencia que oyó el crujido de los huesos, y de pronto cayó en la cuenta de que todos estaban en el suelo. Se le antojaba que había transcurrido un cuarto de hora o más, pero vio que Bili interrumpía su carrera, moviendo con aspaviento las manos al ver a los seis muertos. Bili no había tenido tiempo de sumarse a la refriega.

Con una expresión más lúgubre de lo habitual, Lan comenzó a registrar minuciosamente los cadáveres, si bien con una celeridad que delataba su aversión. Loial, que todavía tenía la silla en alto, dio un respingo y la bajó con una sonrisa de embarazo. Moraine observaba a Perrin, igual que Zarina, que arrancaba su cuchillo del pecho de uno de los muertos. Aquel hedor a maldad había desaparecido, como si hubiera muerto con ellos.

—Hombres Grises —dijo quedamente la Aes Sedai—, e iban tras de ti.

—¿Hombres Grises? —Nieda soltó una sonora y a la vez nerviosa carcajada—. Vaya, sólo os falta decir que creéis en ogros y cocos y en Buscadores, y en el Viejo Siniestro corriendo con los perros negros en la Cacería Salvaje.

Algunos de los hombres que escuchaban las canciones se echaron a reír también, si bien las miradas que dirigían a Moraine eran tan aprensivas como las dedicadas a los cadáveres. La cantante miraba, asimismo, a Moraine, con ojos desorbitados. Perrin recordó aquella única bola de fuego, antes de que todo se volviera demasiado confuso. Uno de los Hombres Grises tenía un aspecto algo chamuscado y desprendía

un nauseabundo olor a quemado.

—Un hombre puede seguir la senda de la Sombra —declaró con calma la Aes Sedai, volviéndose hacia la gorda posadera— sin ser un Engendro de ella.

—Oh, sí, Amigos Siniestros. —Nieda apoyó las manos en sus generosas caderas y observó ceñuda los cadáveres. Lan, que había finalizado su registro, lanzó una mirada a Moraine y sacudió la cabeza como si verdaderamente no hubiera esperado encontrar nada—. Lo más probable es que fueran ladrones, aunque no sé de ningún caso en que tuvieran la osadía de entrar directamente en una posada. Hasta ahora no había tenido ningún muerto en el Tejón. ¡Bili! Llévate esto, tíralo al canal, y cambia el serrín. Por la puerta trasera, ¿eh? No quiero que la Guardia venga a husmear al Tejón.

Bili asintió, ansioso por ser útil tras lo ocurrido sin su intervención. Agarró por el cinturón a un muerto en cada mano y se los llevó hacia la cocina.

—Aes Sedai —dijo la artista de oscuros ojos—, no pretendía ofenderos con mis vulgares cancioncillas. —Se tapaba el generoso escote con las manos—. Puedo cantar otras si lo deseáis.

—Canta lo que quieras, muchacha —le respondió Moraine—. La Torre Blanca no está tan aislada del mundo como al parecer creéis, y he escuchado canciones más soeces que las tuyas.

Con todo, no parecía complacerle el hecho de que todos supieran ahora que era una Aes Sedai. Miró a Lan, se ajustó la capa de lino y se encaminó a la puerta.

El Guardián se fue presuroso a cortarle el paso y los dos se pusieron a hablar en voz baja delante de la puerta, pero Perrin oyó tan claro lo que decían como si hubieran susurrado justo a su lado.

—¿Vas a irte sin mí? —dijo Lan—. Me comprometí a mantenerte sana y salva, Moraine, cuando me vinculé a ti.

—Siempre has sabido que existen peligros contra los que nada puedes hacer, mi Gaidin. Debo ir sola.

—Moraine…

—Obedéceme, Lan —lo interrumpió—. Si fracaso, lo sabrás, y estarás compelido a regresar a la Torre Blanca. No cambiaría eso ni aunque tuviera tiempo. No quiero que perezcas en un vano intento de vengar mi muerte. Llévate a Perrin contigo. La Sombra me ha dado a conocer, si bien de manera imprecisa, su importancia en el Entramado. He sido una necia. Rand es un *ta'veren* tan poderoso que pasé por alto el sentido que pueda tener la existencia de otros dos próximos a él. Con Perrin y Mat, la Amyrlin podrá influir tal vez en el curso de los acontecimientos. Estando Rand fuera de control, así habrá de ser. Explícale lo ocurrido, mi Gaidin.

—Hablas como si ya hubieras muerto —observó rudamente Lan.

—La Rueda gira según sus designios, y la Sombra oscurece el mundo. Sigue mis

indicaciones, Lan, como juraste hacer. —Dicho esto, salió.

43



Hermanos en la sombra

La muchacha de ojos oscuros volvió a subirse a la mesa y se puso a cantar de nuevo con voz insegura. La melodía se correspondía con la que Perrin conocía por el título de *El gallo de la señora Aynora*, y, aunque la letra era distinta una vez más, comprobó, decepcionado, y azorado por ello, que realmente narraba las peripecias de un gallo. Ni la misma señora Luhhan habría hallado nada censurable en ella. «Luz, estoy volviéndome igual de malicioso que Mat.»

Ninguno de los espectadores se quejó; aunque algunos parecían algo contrariados, era evidente que estaban tan ansiosos por no suscitar la desaprobación de Moraine como la cantante. Nadie quería ofender a una Aes Sedai, ni siquiera estando ausente. Bili regresó a la sala y cargó otros dos Hombres Grises; algunos de los parroquianos ojearon los cadáveres y sacudieron la cabeza. Uno de ellos escupió en el suelo. Lan se acercó a Perrin.

—¿Cómo los has reconocido, herrero? —preguntó quedamente—. Su malignidad no es tan marcada como para que podamos percibirla yo o Moraine. Los Hombres Grises han pasado inadvertidos una criba de cientos de guardias, y entre ellos había Guardianes.

Consciente de que Zarina tenía la mirada pendiente de él, Perrin trató de hablar aún más bajo que Lan.

—Los…, los he olido. Había percibido anteriormente su olor, en Jarra y en Remen, pero siempre desaparecía. En ambas ocasiones, se habían marchado antes de nuestra llegada.

No estaba seguro de si Zarina lo había oído o no. En todo caso ella había hecho lo posible por escuchar con disimulo.

—Entonces debían de seguir a Rand. Y ahora a ti, herrero. —El Guardián no dio muestra alguna de sorpresa. Elevó la voz a su tono normal—. Voy a dar una mirada afuera, herrero. Puede que tus ojos capten algo que pase inadvertido a los míos. —Perrin asintió; el hecho de que solicitara ayuda daba una idea del alcance de su preocupación—. Ogier, vosotros también tenéis una vista más aguzada de lo común.

—Oh, ah —exclamó Loial—. Bueno, supongo que también podría echar una ojeada. —Sus grandes ojos redondos enfocaron de soslayo a los dos Hombres Grises tendidos en el suelo—. Yo diría que no hay ninguno más allá afuera. ¿No os parece?

—¿Qué es lo que buscamos, semblante pétreo? —inquirió Zarina.

Lan se quedó mirándola un momento y luego meneó la cabeza como si hubiera desistido de decir algo.

—Lo que podamos encontrar, muchacha. Lo sabré cuando lo vea.

Perrin pensó en subir a buscar su hacha, pero el Guardián se dirigía ya a la puerta y no llevaba su espada. «Prácticamente no la necesita —pensó, malhumorado, Perrin—. Es casi tan peligroso sin ella que con ella.» Salió manteniendo en la mano la pata de la silla y vio con alivio que Zarina seguía empuñando el cuchillo.

En el cielo viajaban espesos nubarrones. Las calles, oscuras como en la hora tardía del crepúsculo, estaban solitarias, sin duda por la inminencia de la lluvia. El hombre que cruzaba corriendo un puente fue la única persona que vio Perrin. Una alfombra volaba azotada por el viento y otra, enganchada bajo la punta de uno de los bloques de piedra adosados a la posada, se agitaba imitando el sonido de un aleteo. Los truenos se sucedían con estruendo.

Perrin arrugó la nariz. El viento transportaba un olor a fuegos de artificio. «No, exactamente.» Era un olor como de azufre quemado. Casi.

—Eres verdaderamente fuerte, hombretón —apreció Zarina, dando un golpecito con la hoja de su cuchillo a la pata de silla que él asía—. Has despedazado esa silla como si fuera de papel.

Perrin emitió un gruñido y, al advertir que había enderezado el cuerpo, bajó deliberadamente los hombros. «¡Qué chica más estúpida!» Zarina rió en voz baja y de improviso no supo si erguir la espalda o conservar la posición adoptada. «¡Idiota!» Esa vez el insulto iba dirigido a sí mismo. «Se supone que debes estar buscando algo. ¿Qué?» No vio nada salvo la calle ni olió otra cosa que aroma a azufre quemado. Y el perfume de Zarina, naturalmente.

A juzgar por su ademán, Loial también se interrogaba sobre lo que debía mirar. Se rascó una de las copetudas orejas, miró hacia un lado de la calle, luego hacia el otro, y se rascó la otra oreja. Después alzó la mirada en dirección al tejado de la posada.

Lan apareció por la boca del callejón contiguo a la posada y se alejó por la calle, escrutando las sombras que bordeaban los edificios.

—Quizás ha pasado por alto algo —murmuró Perrin, aun cuando le pareciera harto improbable aquel supuesto, y se volvió hacia el callejón.

«Se espera de mí que mire y así lo haré. Quizás haya dejado de advertir algo.»

Lan se había detenido un poco más allá, con la vista clavada en las piedras del pavimento que tenía frente a sí. Luego volvió rápidamente sobre sus pasos, pero escudriñando la calle ante él como si siguiera algo. Fuera cual fuese, el rastro

conducía a uno de los grises bloques situados casi al lado de la puerta de la posada, junto al que se detuvo mirando su cara superior.

Desistiendo de adentrarse en el callejón, que en primer lugar apestaba igual que los canales de esa zona de Illian, Perrin se acercó a Lan. De inmediato vio qué era lo que miraba el Guardián. En la piedra había impresas dos pisadas, como si un enorme sabueso hubiera apoyado sus patas delanteras en ella. El olor parecido al del azufre quemado era más intenso allí. «Los perros no dejan huellas en la piedra. ¡Luz, es imposible!» Distinguió, asimismo, el rastro que había seguido Lan. El perro había venido trotando por la calle hasta el bloque de piedra y luego se había marchado por el mismo camino, dejando la marca de sus pisadas en la piedra como si hubiera sido un campo labrado. «¡No es posible!»

—Un Sabueso del Oscuro —dijo Lan. Zarina exhaló una exclamación, y Loial gimió quedamente… para tratarse de un Ogier—. Los Sabuesos del Oscuro no dejan huellas en la tierra, herrero, ni siquiera en el fango, pero la piedra es otra cuestión. No se ha visto un Sabueso del Oscuro al sur de las Montañas Funestas desde la Guerra de los Trollocs. Yo diría que éste iba a la caza de algo. Y, ahora que lo ha localizado, ha ido a comunicarlo a su amo.

«¿Yo? —pensó Perrin—. ¿Hombres Grises y Sabuesos del Oscuro persiguiéndome? ¡Esto es una locura!»

—¿Estáis diciéndome que Nieda tenía razón? —preguntó con voz vacilante Zarina—. ¿Que el Viejo Siniestro está corriendo realmente con la Cacería Salvaje? ¡Luz! Siempre pensé que eran simples patrañas.

—No seas tan necia, muchacha —contestó Lan con brusquedad—. Si el Oscuro estuviera libre, a estas horas estaríamos más que muertos. —Desvió la mirada hacia la calle, por donde se perdían las huellas—. Pero los Sabuesos del Oscuro son reales. Casi tan peligrosos como los Myrddraal y más difíciles de matar.

—Ahora sacáis a colación a los Buscadores —murmuró Zarina—. Hombres Grises, Buscadores, Sabuesos del Oscuro… Más vale que me conduzcas hasta el Cuerno de Valere, campesino. ¿Qué otras sorpresas me deparáis?

—Nada de preguntas —le recordó Lan—. Todavía sabes lo suficientemente poco como para que Moraine te dispense de tu juramento, si prometes no seguirnos. Yo mismo te tomaré la promesa y podrás irte al instante. Darías muestras de buen juicio haciéndolo.

—No me vais a alejar asustándome, semblante pétreo —replicó Zarina—. No me asusto así como así. —A pesar de sus palabras, en su voz se traslucía temor, y también lo transpiraba su cuerpo.

—Tengo una pregunta que hacer —señaló Perrin—, y quiero una respuesta. No habéis percibido la proximidad del Sabueso del Oscuro, Lan, ni vos ni Moraine. ¿Por qué?

—La respuesta a eso, herrero —respondió lúgubremente el Guardián tras un momento de silencio—, supera posiblemente lo que tú, yo o cualquiera de nosotros desearía saber. Espero que la respuesta no suponga la muerte para todos. Dormid el rato que podáis. Dudo que acabemos de pasar la noche en Illian y preveo que nos aguarda, por desgracia, una dura cabalgata.

—¿Qué vais a hacer? —inquirió Perrin.

—Voy a ir en pos de Moraine. Para decirle lo del Sabueso del Oscuro. No puede enojarse porque la siga, puesto que ella ignoraría su presencia hasta que se le hubiera abalanzado a la garganta.

Las primeras gotas de lluvia salpicaban el pavimento cuando volvieron adentro. Bili se había llevado a todos los Hombres Grises y barría el serrín manchado de sangre. La chica de ojos oscuros cantaba una triste canción sobre un muchacho que abandonaba a su amada, una pieza que sin duda habría hecho las delicias de la señora Luhhan.

Lan subió corriendo la escalera y, para cuando Perrin llegó al segundo piso, el Guardián ya bajaba, abrochándose el cinto de la espada y con la capa de color cambiante colgada del brazo como si le tuviera sin cuidado que alguien la viera.

—Si lleva eso puesto en una ciudad… —El enredado pelo de Loial casi rozó el techo al sacudir la cabeza—. No sé si podré dormir, pero lo intentaré. Los sueños serán menos desasosegantes que la vigilia.

«No siempre, Loial», disintió para sus adentros Perrin mientras el Ogier se alejaba por el pasillo.

Zarina daba la impresión de querer quedarse con él, pero él la mandó a su habitación y le dio con la puerta entablillada en las narices. Observó con renuencia su propia cama al desvestirse.

—Debo averiguarlo —suspiró, y se echó en ella.

La lluvia tamborileaba afuera, acompañada por retumbos de truenos. Aunque la brisa traía hasta el lecho el frescor del ambiente de tormenta, no creyó necesario utilizar las mantas plegadas al pie de la cama. Lo último que pensó antes de conciliar el sueño fue que había olvidado de nuevo encender una vela, a pesar de que la habitación estaba a oscuras. «Una imprudencia. Debo tener cuidado. Los descuidos malogran el trabajo.»

Los sueños acudieron en tropel. Sabuesos del Oscuro persiguiéndolo; no los veía, pero oía sus aullidos. Fados y Hombres Grises. Un hombre alto y esbelto, vestido con una chaqueta lujosamente bordada y botas con remates dorados, arremetía contra ellos una y otra vez; la mayor parte del tiempo esgrimía algo parecido a una espada, resplandeciente como el sol, y reía triunfalmente. En ocasiones aquel individuo aparecía sentado en un trono, y los reyes y reinas se postraban ante él. Aquellos sueños resultaban extraños, como si no fueran los suyos propios.

Después las imágenes cambiaron y supo que se hallaba en el sueño de lobos que buscaba. Aquella vez no se había producido en contra de sus deseos.

Se encontraba en la achatada cima de una elevada espiral de piedra y el viento le agitaba los cabellos, transportando un millar de aromas secos y un tenue indicio de agua, inasequible en la lejanía a su mirada. Por un instante creyó que había adoptado la forma de un lobo y se palpó el cuerpo para cerciorarse de que lo que veía se trataba realmente de él. Llevaba su propia chaqueta, calzones y botas, y el arco y la aljaba colgados al costado. No había, sin embargo, rastro del hacha.

—¡*Saltador*! *Saltador*, ¿dónde estás? —El lobo no hizo acto de presencia.

Estaba rodeado de escarpadas montañas, y de otras altas agujas separadas por áridas llanuras, lomas dispersas y de algunas extensas mesetas cortadas en picado. La vegetación no era exuberante. Resistentes hierbas de poca altura, retorcidos arbustos espinosos y otros tipos de plantas que parecían tener espinas incluso en sus carnosas hojas, algunos árboles atrofiados, deformados por el viento. Los lobos podían hallar, no obstante, caza en ese terreno.

Mientras contemplaba aquel desolado paisaje, se formó de improviso un círculo de oscuridad en una parte de las montañas. No distinguía si ésta se hallaba delante de su cara o lejos, pero tenía la sensación de ver, a su través, lo que había más allá: Mat, agitando un cubilete de dados. Su contrincante lo miraba con ojos de fuego. Mat no parecía ver al hombre, pero Perrin sabía quién era.

—¡Mat! —gritó—. ¡Es Ba'alzemon! ¡Luz, Mat, estás jugando con Ba'alzemon!

Mat tiró los dados, y éstos giraron; la visión se esfumó y el retazo de tinieblas volvió a ser nuevamente tierra de resecas montañas.

—¡*Saltador*!

Perrin se volvió lentamente, mirando en todas direcciones. Dirigió la vista incluso al cielo —«Ahora sabe volar»— donde las nubes prometían una lluvia que el suelo que se extendía mucho más abajo de la cúspide de la aguja absorbería con avidez.

—¡*Saltador*!

Entre las nubes se formó otra esfera de oscuridad, un agujero abierto a otro lugar. Egwene, Nynaeve y Elayne observaban una gran jaula metálica con una puerta levantada que sostenía un grueso resorte. Entraron adentro y las tres alargaron la mano para descorrer el pestillo. La puerta bajó de golpe tras ellas. Una mujer con el pelo distribuido en multitud de trenzas se rió de ellas, y otra toda vestida de blanco se rió, a su vez, de ella. El orificio se cerró en el cielo y sólo quedaron las nubes.

—*Saltador*, ¿dónde estás? —llamó—. ¡Te necesito! ¡*Saltador*!

De repente el lobo gris se plantó a su lado, aterrizando en la cima de la espiral como si hubiera saltado desde un lugar más elevado.

Es peligroso. Ya te avisé, Joven Toro. Demasiado joven. Demasiado tierno aún.

—Necesito conocimientos, *Saltador*. Dijiste que había cosas que debía ver. Es

necesario que vea más, que sepa más. —Titubeó, acordándose de Mat, de Egwene, Nynaeve y Elayne—. Las extrañas escenas que presencio aquí, ¿son reales?

Saltador tardó en responder, como si aquello fuera tan simple que él no veía la necesidad ni la manera de contestar. Pero al fin dio su explicación.

Lo que es real no es real. Lo que no es real es real. El cuerpo es un sueño, y los sueños tienen cuerpo.

—Eso carece de sentido para mí, *Saltador*. No lo comprendo. —El lobo lo miró como si hubiera dicho que no entendía que el agua fuera mojada—. Dijiste que debía ver algo, y me mostraste a Ba'alzemon y Lanfear.

Colmillo del Corazón. Cazadora lunar.

—¿Por qué me los enseñaste, *Saltador*? ¿Por qué debía verlos?

La Última Cacería está próxima. Su mensaje estaba impregnado de tristeza y fatalidad. *Ineludiblemente se producirá.*

—¡No entiendo! ¿La Última Cacería? ¿Qué Última Cacería? *Saltador*, esta noche han venido unos Hombres Grises con intención de matarme.

¿Los Muertos Vivientes te persiguen?

—¡Sí! ¡Hombres Grises! ¡Iban tras de mí! ¡Y había un Sabueso del Oscuro justo fuera de la posada! Quiero saber por qué me persiguen.

¡Hermanos en la Sombra! Saltador se agazapó, mirando a ambos lados casi como si previera un ataque. *Hace mucho que no veíamos Hermanos en la Sombra. Debes irte, Joven Toro. ¡Corres grave peligro! ¡Huye de los Hermanos en la Sombra!*

—¿Por qué me acosan, *Saltador*? Tú lo sabes. ¡Sé que lo sabes!

Huye, Joven Toro. Saltador tomó impulso y con sus patas delanteras golpeó el pecho de Perrin, empujándolo hacia el precipicio. *Huye de los Hermanos en la Sombra.*

El viento silbaba en sus oídos mientras caía. *Saltador* y el borde de la cúspide iban empequeñeciéndose arriba.

—¿Por qué, *Saltador*? —gritó—. ¡Debo saberlo!

La Última Cacería se aproxima.

Iba a estrellarse, estaba seguro. El suelo estaba cada vez más cerca, y se tensó con la aprensión del impacto que…

Despertó, con la vista fija en la vacilante llama de la vela que ardía en la mesilla contigua a la cama. Por la ventana entraba la luz de los relámpagos, seguidos del retumbar de los truenos.

—¿Qué querría decir con lo de la Última Cacería? —murmuró. «Yo no he encendido ninguna vela.»

—Hablas solo. Y te revuelves dormido.

Dio un salto, maldiciéndose por no haber percibido el perfume a hierbas en el ambiente. Zarina estaba sentada en un taburete en el linde de la zona iluminada,

acodada en las rodillas, con la barbilla apoyada en la mano, observándolo.

—Eres *ta'veren* —dijo como si iniciara una enumeración—. Semblante pétreo piensa que esos curiosos ojos tuyos son capaces de ver más que los suyos. Varios Hombres Grises intentan matarte. Viajas con una Aes Sedai, un Guardián y un Ogier. Liberas a un Aiel enjaulado y liquidas a varios Capas Blancas. ¿Quién eres, campesino? ¿El Dragón Renacido? —Su voz daba a entender que aquélla era la respuesta más ridícula que podía ocurrírsele, pero, aun así, se movía inquieta en su asiento—. Seas quien seas, hombretón —añadió—, no te sentaría mal un poco más de pelo en el pecho.

Se volvió, exhalando imprecaciones, y se tapó hasta el cuello con una manta. «Luz, me hace saltar igual que una rana sobre una piedra ardiente.» Zarina tenía la cara a oscuras y sólo podía verla claramente cuando los relámpagos arrojaban su cruda luz por las ventanas, recortando su prominente nariz y elevados pómulos. De repente recordó que Min le había aconsejado que huyera de una hermosa mujer. En cuanto había reconocido a Lanfear en aquel sueño de lobos, había pensado que Min se refería a ella, pues no creía posible que hubiera una mujer más bella que Lanfear, pero ella era sólo alguien que había visto en sueños. Zarina estaba sentada allí mirándolo con aquellos oscuros ojos almendrados, reflexionando, ponderando.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Qué quieres? ¿Quién eres?

—Soy Faile, campesino —contestó con una carcajada ella, echando la cabeza hacia atrás—, una cazadora del Cuerno. ¿Quién crees que soy, la mujer de tus sueños? ¿Por qué te has sobresaltado así? Cualquiera diría que te he pinchado.

Antes de que hallara las palabras para responderle, la puerta se abrió de golpe y Moraine apareció en el umbral, con una lúgubre palidez de muerta.

—Tus sueños de lobos son tan certeros como los de una Soñadora, Perrin. Los Renegados están libres, y uno de ellos gobierna Illian.

44



Persecuciones

Perrin saltó de la cama y comenzó a vestirse, sin importarle si Zarina miraba o no. Tenía muy claro lo que él iba a hacer, pero de todos modos consultó a Moraine.

—¿Nos vamos?

—A menos que quieras profundizar tu contacto con Sammael —repuso secamente ésta.

Un trueno bramó en el cielo como para dar realce a su frase. La Aes Sedai apenas había dedicado una ojeada a Zarina.

Mientras se remetía el faldón de la camisa en los pantalones, echó de menos no llevar puestas la chaqueta y la capa. La mención concreta del nombre del Renegado parecía haber enfriado la atmósfera de la habitación. «No teníamos bastante con Ba'alzemon que ahora andan sueltos también los Renegados. Luz, ¿tiene siquiera sentido ahora que encontremos a Rand? ¿Será demasiado tarde?» De todas formas siguió vistiéndose. La otra opción era sucumbir al desaliento, y la gente de Dos Ríos no se daba por vencida así como así.

—¿Sammael? —dijo débilmente Zarina—. ¿Uno de los Renegados gobierna…? ¡Luz!

—¿Todavía deseas acompañarnos? —inquirió con suavidad Moraine—. En las presentes condiciones no te obligaría a permanecer aquí, pero te daré una última oportunidad de jurar que tomarás un camino distinto del mío.

Zarina titubeó y Perrin se quedó inmóvil a medio ponerse la chaqueta. Nadie elegiría sin duda ir con personas que habían provocado la ira de uno de los Renegados. Y menos ahora que ya sabía algo acerca de los peligros a que se enfrentaban. «A no ser que tenga una buena razón para ello.» Definitivamente, cualquiera que acabara de oír que uno de los Renegados estaba libre debería estar corriendo ya en busca de un barco de los Marinos con intención de comprar un pasaje para ir al otro lado del Yermo de Aiel, en lugar de estar sentado reflexionando.

—No —rechazó al cabo Zarina, y él comenzó a relajarse—. No, no juraré tomar otro camino. Tanto si me conducís al Cuerno de Valere como si no, ni siquiera el que lo encuentre vivirá una hazaña como ésta. Estoy convencida de que esta gesta se perpetuará a lo largo de varias eras, Aes Sedai, y yo seré partícipe de ella.

—¡No! —espetó Perrin—. Éste no es un motivo suficiente. ¿Qué quieres?

—No tengo tiempo para riñas —los interrumpió Moraine—. Lord Brend se enterará de un momento a otro de que uno de sus Sabuesos ha muerto. Tened por seguro que deducirá que hay un Guardián tras ello y vendrá en busca de la Aes Sedai del Gaidin. ¿Pensáis quedaros aquí hasta que descubra dónde estamos? ¡Moveos, chiquillos insensatos! ¡Moveos! —Se esfumó por el pasillo sin darles tiempo a abrir la boca.

Zarina no se hizo de rogar y se fue corriendo a su habitación sin llevarse la vela. Perrin recogió apresuradamente sus cosas y se precipitó hacia la escalera trasera abrochándose el cinto del hacha. Allí se encontró con Loial, que intentaba introducir un libro de tapas de madera en las alforjas al tiempo que se ponía la capa. Perrin lo ayudó con la capa mientras bajaban a toda prisa, y Zarina les dio alcance antes de que salieran por la puerta.

Perrin encogió los hombros para protegerse de la lluvia y se dirigió corriendo al establo por el patio, oscurecido a causa de la tormenta, sin perder tiempo en subirse la capucha. «Debe de tener un buen motivo. ¡Sólo una loca consideraría una razón de fundamento el ser copartícipe de una gesta!» Antes de llegar a las caballerizas, ya tenía el pelo empapado y los rizos le caían, aplastados, en la frente.

Moraine estaba adentro, con una capa de hule perlada de gotas de lluvia, y Nieda sostenía una linterna para alumbrar a Lan, que acababa de ensillar los caballos. Había uno de más, un caballo castrado bayo con un hocico aún más imponente que la nariz de Zarina.

—Enviaré palomas todos los días —prometía la gruesa posadera—. Nadie sospechará de mí. ¡La Fortuna me valga! Si hasta los Capas Blancas tienen un elevado concepto de mí.

—¡Escuchadme bien, mujer! —espetó Moraine—. No estoy hablando de un Capa Blanca ni de un Amigo Siniestro. Vais a abandonar esta ciudad y llevaros con vos a toda persona a quien estiméis. Me habéis obedecido durante doce años. ¡Obedecedme ahora! —Nieda asintió con desgana, y Moraine emitió un gruñido de exasperación.

—El bayo es para ti, muchacha —comunicó Lan a Zarina—. Sube. Si no sabes montar, aprenderás sobre la marcha.

Apoyando una mano en la alta perilla, la joven se instaló con ligereza en la silla.

—Ahora que me acuerdo, semblante pétreo, fui una vez a caballo. —Se volvió para atar su bolsa detrás.

—¿A qué os referíais, Moraine? —preguntó Perrin al tiempo que arrojaba su

alforja a lomos de *Brioso*—. Habéis dicho que averiguaría dónde estoy. Lo sabe. ¡Los Hombres Grises! —Nieda soltó una risita, y él se preguntó con irritación hasta qué punto estaba informada o creía en las cosas que aseguraba no creer.

—Sammael no mandó a los Hombres Grises. —Moraine montó con una fría y erguida precisión, casi como si no tuviera prisa alguna—. El Sabueso del Oscuro era, sin embargo, suyo. Creo que siguió mi rastro. Él no habría enviado a los dos. Alguien te persigue, pero me parece que Sammael ignora incluso tu existencia.

Perrin se quedó parado mirándola con un pie en el estribo, pero ella consideró más urgente acariciar el arqueado cuello de su yegua que responder a los interrogantes planteados en su rostro.

—Tanto mejor que yo haya ido tras de ti —dijo Lan.

—Ojalá fueras una mujer, Gaidin —bufó la Aes Sedai—. ¡Así podría enviarte a la Torre como novicia para que aprendieras a obedecer! —Él enarcó una ceja, tocó la empuñadura de su espada y luego subió a caballo. Moraine suspiró—. Quizás haya sido mejor que desobedecieras mi orden. A veces es preferible. Además, no creo que ni Sheriam y Siuan Sanche juntas fueran capaces de inculcarte la virtud de la obediencia.

—No comprendo —reconoció Perrin. «Por lo visto repito mucho esto últimamente y ya estoy harto. Quiero una respuesta comprensible.» Subió a caballo para que Moraine no siguiera mirándolo desde arriba; ya tenía bastante ventaja sobre él sin añadir aquello—. Si no fue él el que mandó a los Hombres Grises, ¿quién fue? Si un Myrddraal u otro Renegado… —Calló para tragar saliva. «¡OTRO Renegado! ¡Luz!»—. Si lo envió alguien más, ¿por qué no se lo dijeron? Todos son Amigos Siniestros, ¿no es así? ¿Y por qué yo, Moraine? ¿Por qué yo? ¡Rand es el maldito Dragón Renacido!

Hasta que no oyó las exclamaciones de Zarina y Nieda, no advirtió el alcance de lo que había dicho. La mirada de Moraine parecía desollarlo con tanta eficacia como la más acerada hoja. «Maldita lengua. ¿Cuándo dejaré de pararme a pensar antes de hablar?» Tuvo la impresión de que aquello había ocurrido la primera vez que había sentido los ojos de Zarina clavados en él. Ahora estaba mirándolo, boquiabierta.

—A partir de ahora estás inextricablemente unida a nosotros —comunicó Moraine a la muchacha—. No tienes posibilidad de echarte atrás. Nunca. —Parecía que Zarina quería decir algo y no se atrevía, pero la Aes Sedai ya había dejado de prestarle atención—. Nieda, huid esta noche. ¡Sin perder ni un minuto! Y refrenad la lengua aún más de lo que lo habéis hecho en todos estos años. Hay quien os la cortaría por lo que pudierais decir, antes de que yo os encontrara. —La dureza de su tono no dejaba dudas respecto a la naturaleza del encuentro, y Nieda asintió vigorosamente con la cabeza como si hubiera tomado en cuenta todas las posibilidades.

»En cuanto a ti, Perrin. —La blanca yegua se aproximó, y él no pudo evitar echar atrás la espalda con aprensión—. Hay muchos hilos intercalados en el Entramado, y algunos son tan negros como la propia Sombra. Vigila que uno de ellos no te estrangule. —Sus talones rozaron los flancos de *Aldieb* y la yegua se alejó velozmente bajo la lluvia, seguida de cerca por *Mandarb*.

«Condenada Moraine —rumió Perrin, partiendo tras ellos—. A veces no sé de qué lado estáis.» Lanzó una mirada a Zarina, que cabalgaba junto a él como si hubiera nacido montada en una silla. «¿Y de qué lado estás tú?»

La lluvia, que mantenía la gente a resguardo en sus casas, impedía testigos visibles de su paso, pero también entorpecía el avance de sus monturas sobre el irregular pavimento de piedra. Cuando llegaron a la ruta de Maredo, un ancho camino de tierra apisonada que atravesaba en dirección norte las marismas, el aguacero había comenzado a amainar y, aunque los truenos todavía retumbaban, los relámpagos caían lejos de ellos, probablemente en el mar.

Perrin consideró una circunstancia afortunada que la lluvia hubiera durado el tiempo necesario para encubrir su partida y que ante ellos se presentara una noche clara propicia para cabalgar. Así lo expresó al Guardián, pero éste sacudió en desacuerdo la cabeza.

—Los Sabuesos del Oscuro prefieren las noches estrelladas, herrero, y detestan la lluvia. Una buena tormenta puede llegar a mantenerlos completamente a raya.

Como si la hubiera invitado con sus palabras, la lluvia se redujo a una fina llovizna. Perrin oyó que Loial gemía tras él.

Las marismas se interrumpían a unos tres kilómetros de la ciudad, pero el camino se prolongaba, desviándose ligeramente hacia el este. El crepúsculo ensombrecido por las nubes cedió paso a la noche y la lluvia siguió cayendo mansamente. Los cascos de los caballos levantaban salpicaduras en los charcos. La luna se asomaba de vez en cuando por entre las nubes. A su alrededor el terreno empezó a puntearse de colinas bajas y se acrecentó la densidad de los árboles. Perrin previó encontrar más adelante un bosque, cosa que no supo decidir si les sería favorable o perjudicial, puesto que si, por una parte, la espesura podía servirles para esconderse, también facilitaría a sus perseguidores llegar a ellos sin ser vistos.

A lo lejos sonó tras ellos un tenue aullido. Por un momento pensó que era un lobo y, para su sorpresa, ya intentaba establecer contacto con él antes de atajar conscientemente la comunicación. El grito se repitió de nuevo, y entonces supo que no era el de un lobo. Como un eco se oyeron, a varios kilómetros de distancia, unos horripilantes gemidos, augurios de sangre y de muerte, del reino de una pesadilla. Lan y Moraine aminoraron inopinadamente el paso y la Aes Sedai se puso a estudiar los cerros circundantes.

—Están muy lejos —observó—. No nos alcanzarán si continuamos a esta marcha.

—¿Los Sabuesos del Oscuro? —murmuró Zarina—. ¿Son Sabuesos del Oscuro? ¿Estáis segura de que es la Cacería Salvaje, Aes Sedai?

—Lo es —respondió Moraine—. Lo es.

—Nunca se corre más que los Sabuesos del Oscuro, herrero —afirmó Lan—, ni con el más veloz de los caballos. Al final siempre se debe enfrentar uno a ellos y derrotarlos, o, de lo contrario, lo abatirán.

—Podría haberme quedado en el *stedding* —se lamentó Loial—. Mi madre me habría obligado a casarme, pero no habría sido una mala vida. Largas horas de lectura. No tenía por qué venir al Exterior.

—Allí —dijo Moraine, señalando un elevado montículo sin árboles a cierta distancia a su derecha. Perrin tampoco advirtió ningún árbol en un radio de doscientos metros—. Debemos verlos venir para tener alguna posibilidad contra ellos.

Los espantosos aullidos de los Sabuesos del Oscuro sonaron de nuevo, más cercanos, y sin embargo todavía lejos.

Lan aligeró un poco el paso de *Mandarb* ahora que Moraine había elegido el lugar. En la subida, las herraduras de los caballos resonaron sobre las piedras medio enterradas lavadas por la llovizna. Perrin juzgó que tenían demasiados cantos esquinados para ser naturales. En la cima desmontaron alrededor de algo semejante a un canto rodado aplanado. La luna apareció por una rendija entre las nubes, y entonces vio una cara de piedra roída por la intemperie de casi dos metros de longitud. Una cara de mujer, seguramente, dedujo Perrin por su cabello. Con la lluvia, daba la impresión de que lloraba.

Moraine desmontó y tendió la mirada en la dirección de donde provenían los aullidos. Era una encapuchada figura en sombras en cuya capa de hule perlada de agua se reflejaba la luz de la luna.

Loial llevó el caballo junto a la escultura y luego se inclinó para palparla.

—Creo que era una Ogier —dictaminó al fin—. Pero esto no es un antiguo stedding, porque yo lo notaría. Todos nosotros lo notaríamos. Y estaríamos a resguardo de los Engendros de la Sombra.

—¿Qué estáis mirando? —Zarina miró con ojos entornados la roca—. ¿Qué es? ¿Quién era?

—Muchas naciones han surgido y se han perdido desde el Desmembramiento —dijo Moraine sin volverse—. Algunas sólo han dejado nombres en amarillentas páginas o líneas en un descolorido mapa. ¿Dejaremos nosotros siquiera eso?

Los sangrientos aullidos volvieron a sonar aún más cerca. Perrin intentó calcular el ritmo de su marcha y llegó a la conclusión de que el Guardián había estado en lo cierto; los caballos no hubieran podido superar su velocidad. No tendrían que esperar mucho rato.

—Ogier —indicó Lan—, vos y la muchacha sostened las riendas de los caballos. —Zarina protestó, pero él no le hizo el menor caso—. Tus cuchillos no servirían de mucho aquí, muchacha. —Desenvainó la espada y la hoja destelló con los rayos de luna—. Incluso esto no es más que un recurso extremo. Por el sonido, deben de ser diez y no uno. Vuestra función es evitar que los caballos salgan corriendo al percibir el olor de los Sabuesos del Oscuro. Ni el propio *Mandarb* lo tolera bien.

Si la espada del Guardián no era un arma eficaz, tampoco lo sería el hacha. Perrin sintió algo próximo al alivio al hacerse tal reflexión, pues no le apetecía usarla ni aun contra Engendros de la Sombra. Sacó el arco de debajo de la cincha de *Brioso*.

—Quizás esto sirva de algo.

—Inténtalo si quieres, herrero —dijo Lan—. Tardan en morir. Quizá mates alguno.

Perrin extrajo una cuerda de arco de repuesto del bolsillo, tratando de protegerla de la mansa lluvia, pues la fina capa de cera de abeja que la recubría no la protegía efectivamente contra la humedad prolongada. Con el arco inclinado entre las piernas, lo dobló sin esfuerzo y fijó los aros de la cuerda en los ganchos de la madera. Cuando levantó la espalda, ya se veían los Sabuesos del Oscuro.

Corrían como caballos al galope y, cuando posó la mirada en ellos, cobraron velocidad. No eran más que diez voluminosas formas que surcaban la noche, recorriendo como flechas la distancia que separaba los escasos árboles, y, con todo, extrajo una flecha de ancha punta de la aljaba y la aprestó. Había distado mucho de ser el mejor arquero del Campo de Emond, pero, entre los jóvenes, sólo Rand lo había superado.

«Dispararé a doscientos cincuenta metros», decidió. «¡Insensato! A duras penas le darías a un blanco inmóvil a esa distancia. Pero si espero, con la rapidez con que avanzan… Sólo tengo que imaginar que ese bulto es un perro grande.» Se instaló al lado de Moraine, puso el arco en alto, acercó la flecha de ganso a la oreja, y disparó. Tuvo la certeza de que el proyectil había acertado a la sombra más próxima, pero la única reacción fue un gruñido. «No va a dar resultado. ¡Se acercan demasiado deprisa!» Ya estaba preparando otra flecha. «¿Por qué no hacéis nada, Moraine?» Veía sus ojos, relucientes como la plata, sus dientes brillantes como acero bruñido. Negros como la misma noche y tan grandes como pequeños ponis, se dirigían hacia él velozmente ahora en silencio, con ansias asesinas. El viento trajo un olor similar al azufre quemado; las monturas, incluido el caballo de guerra de Lan, se pusieron a relinchar despavoridas. «¡Maldita sea, Aes Sedai, haced algo!» Volvió a tirar, y el Sabueso más adelantado dio un traspié y prosiguió su avance. «¡Pueden morir!» Disparó una vez más, y entonces el Sabueso se tambaleó, se irguió de nuevo y después cayó, pero en ese mismo instante la desesperación se adueñó de él. Mientras abatía a uno, los otros nueve habían cubierto ya dos tercios de la distancia que los

separaba de ellos y parecían correr aún más rápido, como sombras proyectadas en el suelo. «Otra flecha. Queda tal vez tiempo para otra, y luego será el hacha. ¡Maldita sea, Aes Sedai!» Lanzó un nuevo proyectil.

—Ahora —dijo Moraine al tiempo que su flecha salía disparada.

Entre sus manos, el aire se incendió y partió como un rayo en dirección a los Sabuesos, iluminando la noche. Los caballos chillaron y se encabritaron.

Perrin se escudó los ojos con el brazo para protegerlos de la deslumbrante luz y del calor, equiparable al de una forja abierta en su cara; en la oscuridad se hizo súbitamente el mediodía e, igual de improviso, desapareció. Cuando se destapó los ojos, las chispas bailaban ante ellos junto a la reminiscencia de la imagen de aquella franja de fuego. En el lugar que habían ocupado los Sabuesos del Oscuro no quedaba más que la tierra lamida por la llovizna, y las únicas sombras que se movían eran las de las nubes que pasaban frente a la luna.

«Pensaba que les arrojaría fuego, o un rayo, pero esto…»

—¿Qué era eso? —preguntó con voz ronca.

Moraine tendía de nuevo la mirada hacia Illian, como si pudiera ver algo entre todos aquellos kilómetros de oscuridad prolongada.

—Tal vez no lo ha visto —dijo, casi para sí—. Está lejos, y, si no estaba observando, quizá no lo haya percibido.

—¿Quién? —inquirió con voz temblorosa Zarina—. ¿Sammael? Habéis dicho que estaba en Illian. ¿Cómo podría ver algo desde allí? ¿Qué habéis hecho?

—Algo prohibido —respondió fríamente Moraine—. Prohibido por votos casi tan vinculantes como los Tres Juramentos. —Tomó las riendas de *Aldieb* de manos de la muchacha y le dio unas palmadas en el cuello para tranquilizarla—. Algo que no se había utilizado por espacio de casi dos mil años. Algo que podría acarrearme la neutralización por el mero hecho de conocerlo.

—Quizá… —La voz de Loial sonó como un quedo bramido—. Quizá deberíamos irnos… Podría haber más.

—Creo que no —opinó la Aes Sedai, montando—. No soltaría dos manadas a la vez, aun en caso de que las tuviera, porque se pelearían entre sí en lugar de atacar a su presa. Si nosotros fuéramos su principal objetivo, habría venido él en persona. Nosotros éramos… una molestia, diría —su calmado tono dejaba claro que no le complacía ser considerada con tanta ligereza—, y tal vez una pieza extra que podía añadir a su morral, con tal que no le causáramos demasiado esfuerzo. De todas formas, es mejor no permanecer cerca de él más de lo imprescindible.

—¿Rand? —preguntó Perrin y casi sintió cómo Zarina se inclinaba hacia adelante para escuchar—. Si nosotros no somos el objeto principal de su persecución, ¿lo es Rand?

—Tal vez —respondió Moraine—. O puede que sea Mat. Recuerda que él

también es *ta'veren* y que fue él quien hizo sonar el Cuerno de Valere.

Zarina sofocó un grito.

—¿Que lo hizo sonar? ¿Alguien lo ha encontrado ya?

Sin hacerle el menor caso, la Aes Sedai clavó fijamente la mirada en los ojos de Perrin, que brillaban como oro bruñido en la oscuridad.

—Una vez más los acontecimientos se me adelantan. No me gusta esto. Y a ti tampoco debería gustarte. Si los acontecimientos me superan, podrían muy bien dejarte en el camino a ti, y al resto del mundo contigo.

—Nos quedan muchas leguas hasta Tear —señaló Lan, ya a caballo—. La sugerencia del Ogier es acertada.

Al cabo de un momento Moraine irguió la espalda y tocó las costillas de la yegua con los talones. Para cuando Perrin hubo soltado la cuerda del arco y tomado las riendas de *Brioso*, que sostenía Loial, ya se encontraba en mitad de la ladera del montículo. «¡Condenada Moraine! ¡Encontraré las respuestas en algún sitio!»

Recostado sobre un tronco caído, aún con la humedad calada en los huesos pese a que las lluvias habían cesado tres días antes, Mat disfrutaba del calor de la fogata, aunque en ese preciso momento apenas si reparaba en sus ondulantes llamas. Examinó con aire pensativo el pequeño cilindro encerado que tenía en la mano. Thom, concentrado en afinar su arpa, refunfuñaba entre dientes acerca de la lluvia y la humedad, sin mirar para nada a Mat. Los grillos cantaban en el oscuro bosquecillo que los rodeaba. Sorprendidos por el crepúsculo entre dos poblaciones, habían elegido aquel soto alejado del camino. Las dos noches anteriores habían tratado de ofrecer una suma de dinero a cambio de una habitación, y en ambas ocasiones un granjero les había azuzado los perros.

Mat desenfundó su cuchillo y vaciló un momento. «Es cuestión de suerte. Dijo que sólo explotaba a veces. Suerte.» Con todo el cuidado posible, rajó longitudinalmente el tubo. Era un tubo y, tal como había previsto, de papel —allá en el pueblo había encontrado pedazos de papel en el suelo después de los espectáculos de fuegos artificiales—, de varias capas de papel, pero en su interior no había más que algo parecido a tierra, o quizás a pequeños guijarros de color gris oscuro mezclados con polvo. Lo removió sobre la palma de la mano con un dedo. «¿Cómo demonios pueden explotar los guijarros?»

—¡La Luz me consuma! —tronó Thom, introduciendo el arpa en su funda como si quisiera protegerla contra lo que Mat tenía en la mano—. ¿Es que pretendes matarnos a los dos? ¿No has oído nunca que esas sustancias hacen explosión con una violencia diez veces superior en contacto con el aire que con el fuego? Los fuegos de artificio son lo más parecido a los portentos producidos por una Aes Sedai, chico.

—Puede que sí —admitió Mat—, pero Aludra no tenía aspecto de Aes Sedai. Yo también pensaba eso del reloj de maese al'Vere, que era una prodigiosa obra de Aes

Sedai, pero, cuando abrí la caja por detrás, vi que estaba lleno de piezas metálicas. —Se removió inquieto al evocar el recuerdo. La señora al'Vere fue la primera en atraparlo esa vez, y tras ella llegaron la Zahorí, su padre y el alcalde, y ninguno de ellos creyó que sólo pretendiera mirar. «Podría haber retrasado la hora y todo el mundo la habría seguido»—. Creo que Perrin podría fabricar uno si viera todas esa ruedecillas y muelles y no sé qué más.

—Te sorprendería saber, chico —observó secamente Thom— que incluso un mal fabricante de relojes es un hombre considerablemente rico, y se lo tienen bien ganado. ¡Pero un reloj no le estalla a nadie en la cara!

—Esto tampoco ha estallado. Bueno, ahora ya no sirve.

Arrojó el puñado de papel y diminutos guijarros al fuego al tiempo que Thom exhalaba un chillido; se produjeron chispas y pequeños fogonazos, y el aire se impregnó de un olor a humo acre.

—Estás tratando de matarnos. —La temblorosa voz de Thom iba cobrando intensidad y agudeza a medida que hablaba—. ¡Si decido que tengo ganas de morir, iré al palacio real al llegar a Caemlyn y le daré un pellizco a Morgase! —Sus largos bigotes se agitaban—. ¡No vuelvas a hacerlo!

—¡Si no ha explotado! —dijo Mat, observando el fuego. Tomó el rollo de hule que tenía al otro lado del tronco y extrajo un cohete del tamaño superior contiguo—. ¿Por qué no habrá habido detonación?

—¡Me tiene sin cuidado por qué no ha habido detonación! ¡No vuelvas a hacerlo!

Mat lo miró y se echó a reír.

—Parad de temblar, Thom. No hay de qué temer. Ahora ya sé qué hay adentro. Cuando menos sé qué aspecto tiene, pero… No lo digáis. No voy a abrir ninguno más. De todas formas, es más divertido lanzarlos.

—Yo no tengo miedo, mugriento porquero —manifestó Thom con artificiosa dignidad—. Tiemblo de rabia porque estoy viajando con un patán descerebrado que podría acabar matándonos a los dos porque es incapaz de pensar más allá de su propia…

—¡Eh, los del fuego!

Mat cruzó miradas de sorpresa con Thom mientras se acercaban los caballos. Era demasiado tarde para que las personas honradas cabalgaran por los caminos. Sin embargo, los guardias de la reina mantenían libres de maleantes las rutas a esa distancia de Caemlyn, y los cuatro jinetes que se aproximaron al fuego no tenían aspecto de rufianes. Uno de ellos era una hermosa mujer de ojos azules aderezada con un collar de oro y ataviada con un vestido de seda gris y una capa de terciopelo de holgada capucha. Los hombres, vestidos todos con largas capas, parecían sus criados. Los hombres desmontaron. Uno de ellos le sostuvo las riendas y otro el estribo y luego se dirigió al fuego, sonriendo a Mat mientras se quitaba los guantes.

—Lamentablemente nos ha sorprendido la noche en pleno campo —dijo—, y por ello me veo obligada a importunaros preguntándoos las señas de alguna posada, si es que conocéis alguna.

Mat sonrió y se dispuso a levantarse. Aún estaba encorvado cuando oyó que uno de los hombres murmuraba algo y advirtió que otro sacaba una ballesta de debajo de la capa, cargada con una saeta.

—¡Mátalo, idiota! —gritó la dama.

Mat arrojó el cohete a las llamas y se abalanzó hacia su barra. Se originó una explosión y un fogonazo de luz.

—¡Aes Sedai! —exclamó uno de los individuos.

—¡Fuegos de artificio, tonto! —lo disuadió la mujer.

Cuando se puso en pie con el bastón en la mano, Mat vio la saeta de ballesta clavada en el tronco, casi en el punto exacto donde había estado sentado, y al sujeto que la había disparado cayendo con la empuñadura de uno de los cuchillos de Thom en medio del pecho.

Fue todo cuanto tuvo tiempo de ver, pues los otros dos desconocidos se abalanzaron contra él, desenvainando espadas. Uno de ellos cayó de repente de rodillas y, soltando la espada, se desmoronó de bruces agarrándose el cuchillo hundido en su espalda. Su compañero no vio cómo caía; evidentemente esperaba actuar en conjunto con él, dividiendo la atención de su adversario, cuando asestó una estocada hacia el tronco de Mat. Casi con desdén, Mat le golpeó la muñeca con el extremo de la barra y envió la espada por los aires, y luego le descargó la otra punta en la frente. El individuo puso los ojos en blanco y se vino abajo.

Mat vio de soslayo que la mujer caminaba hacia él y le apuntó con un dedo a guisa de cuchillo.

—¡Lleváis lujosas ropas para ser una ladrona, señora! Sentaos hasta que haya decidido qué haré con vos o si no…

La mujer miró con igual sorpresa que Mat el cuchillo que de improviso brotó de su garganta, el pistilo de una flor roja de sangre. Dio un paso adelante como para sostenerla en su caída, sabiendo que era inútil. La larga capa se desplegó sobre ella, cubriéndola por completo, a excepción de la cara y la empuñadura del cuchillo de Thom.

—Demonios —murmuró Mat—. ¡Sois un bellaco, Thom Merrilin! ¡Una mujer! Luz, podríamos haberla atado y entregado mañana a los guardias de la reina en Caemlyn. Luz, podría haberla dejado marcharse incluso. No robaría a nadie sin esos tres, y el único que queda vivo tardará días en tenerse en pie y meses en poder empuñar una espada. ¡Demonios, Thom, no había necesidad de matarla!

El juglar se acercó cojeando a la mujer y apartó la capa con el pie. La daga, de hoja tan ancha como el pulgar de Mat y una longitud de dos manos, le había caído de

la mano.

—¿Preferirías que hubiera esperado a que te la clavara en las costillas, chico? —Recuperó su propio cuchillo y lo limpió con la capa de la muerta.

Mat advirtió que estaba canturreando. Llevaba una máscara que le ocultaba la cara y paró en seco. Se inclinó y tapó el rostro de la desconocida con la capucha de su capa.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —propuso—. No quiero tener que dar explicaciones si por azar pasara una patrulla de guardias por aquí.

—¿Yendo vestida así? —dijo Thom—. ¡Seguro que no haría falta! Deben de haber asaltado el carruaje de la esposa de un mercader o de alguna aristócrata. —Suavizó el tono—. Si vamos a irnos, chico, debes ensillar tu caballo.

Mat dio un respingo y apartó los ojos del cadáver de la mujer.

—Sí, ¿verdad? —No volvió a mirarla.

En lo referente a los hombres no experimentaba tales remordimientos. En su opinión, cualquier varón que decidiera robar y matar tenía bien merecido lo que le sucediera cuando perdía la partida. No fijó la mirada en ellos, pero tampoco la desvió si topaba con uno de los maleantes. Fue después de haber ensillado su montura y atado su equipaje en la grupa, mientras cubría con tierra el fuego, cuando sus ojos se posaron en el hombre que había disparado la ballesta. Había algo familiar en sus rasgos, en la manera como el humeante fuego proyectaba sombras en ellos. «La suerte —se dijo—. Siempre la suerte.»

—El ballestero era un buen nadador, Thom —señaló al montar a caballo.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —El juglar ya estaba a caballo también y su atención se concentraba más en la buena instalación de las fundas de sus instrumentos detrás de la silla que en los muertos—. ¿Cómo ibas a saber tú si sabía nadar siquiera?

—Llegó a tierra desde una pequeña barca situada en mitad del cauce del Erinin en plena noche. Supongo que eso agotó toda su buena fortuna.

Volvió a comprobar las ataduras del rollo de fuegos artificiales. «Si ese idiota creyó que uno de ésos era un prodigio de Aes Sedai, ¿qué habría pensado si hubieran estallado todos?»

—¿Estás seguro, chico? Las posibilidades de que sea el mismo hombre… Caramba, ni siquiera tú apostarías por ello.

—Estoy seguro, Thom. —«Elayne, cuando te ponga las manos encima, te retorceré el pescuezo. Y a Egwene y a Nynaeve, también»—. Igual de seguro de que pienso quitarme esta maldita carta de las manos una hora después de llegar a Caemlyn.

—Te digo que no hay nada en esa carta, chico. Yo jugaba al Da'es Daemar cuando era aún más joven que tú y soy capaz de reconocer un código o una cifra aunque ignore su significado.

—Bueno, yo nunca he participado en ese Gran Juego vuestro, Thom, vuestro condenado Juego de las Casas, pero sé cuándo me persigue alguien, y no me seguirían con tanto ahínco ni tan lejos por el dinero que llevo en los bolsillos, porque no valdría la pena a menos que tuviera un baúl lleno de oro. Tiene que ser la carta. —«Diablos, las chicas bonitas siempre me traen complicaciones»—. ¿Os han quedado ganas de dormir después de esto?

—Con la imperturbabilidad de un inocente bebé. Pero si quieres cabalgar, cabalgaré.

El rostro de una hermosa mujer flotaba en la mente de Mat, con una daga clavada en la garganta. «No habéis tenido suerte, bella mujer.»

—¡Entonces en marcha! —dijo con furia.

45



Caemlyn

Pese a los vagos recuerdos que guardaba de Caemlyn, cuando llegaron a sus afueras poco después del amanecer, Mat tuvo la impresión de no haber estado nunca allí. Desde las primeras luces del día, el camino había estado frecuentado, y ahora se hallaban rodeados de jinetes, caravanas de carros de mercancías y de transeúntes que se dirigían en fila a la gran ciudad.

Construida sobre colinas, era sin lugar a dudas tan grande como Tar Valon, y fuera de sus imponentes murallas —unos muros de quince metros de altura de piedra grisácea veteada de blanco y plata que resplandecían bajo el sol, salpicados de altas torres redondas en las que ondeaba, en blanco sobre fondo rojo, el estandarte del León de Andor—, fuera de aquellas murallas era como si hubiera crecido una gran ciudad circundante, con paredes de ladrillo rojo, piedra gris y yeso blanco, posadas intercaladas con casas de tres o cuatro plantas tan lujosas que seguramente pertenecían a ricos comerciantes, tiendas con artículos expuestos en mesas debajo de toldos apiñados al lado de grandes almacenes sin ventanas. A ambos lados del camino, bajo tejadillos de tejas rojas y púrpura, tenía lugar un animado mercadeo; los hombres y mujeres pregonaban ya sus mercancías y regateaban a voz en grito, y a la algarabía se sumaban las voces de los terneros, corderos, cabras y cerdos encerrados en corrales y las ocas, pollos y patos enjaulados. Le parecía recordar que había encontrado demasiado ruidosa a Caemlyn durante su estancia anterior; ahora sus sonidos eran como el latido de un corazón que bombeaba riqueza.

El camino conducía a unas puertas arqueadas de seis metros de altura que vigilaban los guardias de la reina, vestidos con sus habituales chaquetas rojas y sus resplandecientes petos, los cuales no repararon especialmente en Thom ni en él, ni siquiera en la barra que llevaba inclinada en la silla frente a él; al parecer, lo único que les interesaba era que no se interrumpiera el tráfico. Así entraron en Caemlyn. En su interior se alzaban esbeltas torres aun más elevadas que las que bordeaban las murallas y las cúpulas; blancas y doradas, brillaban por encima de las calles

rebosantes de gente. Justo después de las puertas el camino se bifurcaba en dos calles paralelas, separadas por un ancho parterre con hierba y árboles. Los cerros de la ciudad incrementaban escalonadamente su altura en dirección a un pico, rodeado por otra muralla, de color blanco tan rutilante como la de Tar Valon, sobre la que despuntaban más cúpulas y torres. Aquélla era la Ciudad Interior, recordó Mat, y encima de aquellas colinas más elevadas se hallaba el palacio real.

—No tiene sentido esperar —dijo a Thom—. Llevaré directamente la carta. —Observó las sillas de manos y los carruajes que se abrían paso entre el gentío, las tiendas que exhibían mercancías—. Un hombre podría ganar una buena cantidad de oro en esta ciudad, Thom, si encuentra compañeros de juego, con dados o con cartas.

No era tan hábil con las cartas como con los dados, pero de todas formas éstas sólo eran de uso frecuente entre los nobles y los ricos. «Ahora bien, ése es el tipo de personas con las que me conviene jugar.»

Thom bostezó y se embozó con su capa de juglar como si fuera una manta.

—Hemos cabalgado toda la noche, chico. Vayamos a comer primero al menos. En La Bendición de la Reina cocinan bien. —Volvió a bostezar—. Y también tienen buenas camas.

—La recuerdo —afirmó tras un instante Mat. En cierto sentido, era verdad. El posadero, maese Gill, era un hombre gordo de pelo gris. Moraine se había reunido con Rand y con él allí, cuando creía que se habían librado finalmente de ella. «Ahora está en otra parte, jugando con Rand. Ya no tengo nada que ver con ella»—. Nos encontraremos allí, Thom. He dicho que me quitaría esta carta de las manos una hora después de llegar y pienso cumplirlo. Id vos delante.

Thom asintió y volvió grupas.

—No vayas a perderte, muchacho —le gritó entre un nuevo bostezo—. Es una ciudad muy grande, Caemlyn.

«Y también rica.» Mat espoleó su montura y se alejó por la abarrotada calle. «¡Perderme! Sé cómo encontrar el camino.» La enfermedad parecía haber borrado parcialmente los recuerdos. Podía mirar, por ejemplo, una posada cuyo piso superior sobresalía en todo su perímetro sobre la planta baja y su letrero crujiendo balanceado por la brisa, y recordar haberlo visto antes y, sin embargo, no reconocer ningún otro edificio visible desde el mismo lugar. Un centenar de metros de calle podían aflorar inopinadamente a su memoria, mientras que los trechos anteriores y posteriores seguían siendo tan misteriosos como los dados que aún estaban dentro del cubilete.

Aun con tales lagunas en la memoria tenía la certeza de no haber estado nunca en la Ciudad Interior ni en el palacio real —«¡No habría podido olvidarlo!»—, lo cual no suponía ningún problema, pues no tenía necesidad de recordar el camino. Las calles de la Ciudad Nueva —recordó de repente aquel nombre que designaba la parte de Caemlyn que contaba con menos de dos mil años de antigüedad— estaban

caprichosamente distribuidas, pero las avenidas principales desembocaban todas en la Ciudad Interior. Los guardias de las puertas no se molestaban en parar a nadie.

En el interior de aquellos muros blancos había edificios que apenas habrían desentonado en Tar Valon. Remontando colinas, en los recodos de las curvadas calles se advertían de improviso delgadas torres, cuyas paredes embaldosadas refulgían con cientos de colores distintos bajo la luz del sol, o vistas panorámicas de toda la ciudad que abarcaban, asimismo, las ondulantes llanuras y bosques aledaños a ella. En realidad no importaba qué calle tomara allí, puesto que todas ascendían en espiral hacia el lugar que buscaba: el palacio real de Andor.

Al cabo de poco ya estaba cruzando la inmensa plaza ovalada que se extendía ante el palacio, cabalgando en dirección a sus altas puertas doradas. El palacio de purísima piedra blanca de Andor se hallaba ciertamente en condiciones de rivalizar con las maravillas de Tar Valon, respaldado por sus esbeltas agujas y doradas cúpulas resplandecientes, sus elevados balcones y sus fachadas profusamente trabajadas. La hoja de oro de una de aquellas cúpulas habría bastado para mantenerlo con un lujoso tren de vida durante un año.

La explanada estaba casi solitaria, como si estuviera reservada para las grandes ocasiones. Delante de la puerta había una docena de guardias, todos con los arcos inclinados exactamente en el mismo ángulo sobre los relucientes petos y las caras ocultas bajo los barrotes de acero de sus bruñidos yelmos. Un rechoncho oficial, con la roja capa echada hacia atrás para dejar al descubierto el nudo de trenza dorada que llevaba prendido al hombro, se paseaba frente a la hilera de hombres, observándolos uno por uno como si pretendiera descubrir en ellos alguna mota de polvo o de óxido.

—Buenos días tengáis, capitán —saludó sonriente Mat, tirando de las riendas.

El oficial se volvió y lo miró por las rendijas de la visera con hundidos ojos saltones, como un gordo ratón enjaulado. Era mayor de lo que había pensado —en todo caso lo bastante como para tener un rango superior al que ostentaba— y obeso, más bien que corpulento.

—¿Qué quieres, granjero? —preguntó sin contemplaciones.

Mat respiró hondo. «No te precipites. Impresiona a este idiota para que no te tenga esperando todo el día. No quiero tener que sacar precipitadamente el documento de la Amyrlin para impedir que me eche de un puntapié.»

—Vengo de Tar Valon, de la Torre Blanca, y traigo una carta de…

—¿Que vienes de Tar Valon, granjero? —La voluminosa panza del oficial se agitó con la risa, pero después sus carcajadas se interrumpieron bruscamente al tiempo que le asestaba una furibunda mirada—. ¡No queremos cartas de Tar Valon, granuja, suponiendo que traigas una! Nuestra buena reina, la Luz la ilumine, no recibirá mensajes de la Torre Blanca hasta que le hayan restituido a la heredera del trono. Que yo sepa, los mensajeros de la Torre no llevan chaqueta y calzones de

campesino. Está claro que eres un pilluelo que piensa ganar unas cuantas monedas viniendo aquí con la pretensión de entregar una carta, ¡pero tendrás suerte de no acabar dando con los huesos en una celda de la cárcel! ¡Si vienes de Tar Valon, vuelve a decirle a la Torre que devuelvan a la heredera del trono antes de que vayamos a buscarla nosotros! ¡Si eres un tramposo que va en busca de dinero, quítate de mi vista antes de que ordene que te azoten hasta dejarte medio muerto! ¡En todo caso, largo de aquí, patán!

—La carta es de ella —se apresuró a declarar Mat, que había tratado de filtrar una palabra desde el inicio de la perorata del oficial—. Es de…

—¿No te he dicho que te vayas, rufián? —bramó el gordo, cuyo rostro estaba poniéndose casi tan rojo como su chaqueta—. ¡Largo de mi vista, rata de alcantarilla! ¡Si no te has marchado cuando acabe de contar diez, te arrestaré por ensuciar la plaza con tu presencia! ¡Uno! ¡Dos!

—¿Sabéis contar hasta diez, gordo inmundo? —espetó Mat—. Os digo que Elayne envía…

—¡Guardias! —El oficial tenía la cara púrpura ahora—. ¡Prended a este hombre con cargo de Amigo Siniestro!

Mat titubeó un momento, con la confianza de que nadie podía tomar en serio tal acusación, pero los guardias, una docena de hombres acorazados con petos y yelmos, se abalanzaron hacia él y optó por espolear el caballo y partir al galope seguido por los gritos de su obeso superior. Aunque no era un ejemplar de carrera, el caballo castrado no tuvo dificultad en tomar distancia frente a los hombres a pie. La gente se apartaba de su camino por las sinuosas calles, amenazándolo con el puño y gritándole tantos insultos como había proferido contra él el oficial.

«Estúpido —pensó, refiriéndose al gordo oficial. Y luego agregó otra imprecación dirigida a sí mismo—. Lo que tenía que hacer era pronunciar su condenado nombre en primer lugar. "Elayne, la heredera del trono de Andor, envía esta carta a su madre, la reina Morgase." Luz, ¿quién iba a pensar que habrían adoptado esta actitud respecto a Tar Valon?» Por lo que recordaba de su última estancia allí, los guardias dispensaban a las Aes Sedai y la Torre Blanca un respeto casi igual al que profesaban por Morgase. «Elayne podría haberme prevenido, maldita sea —pensó con furia y, a regañadientes, reconoció—: Yo también podría haberle preguntado a ella.»

Antes de llegar a las arqueadas puertas que daban paso a la Ciudad Nueva, redujo el paso. Era improbable que los guardias del palacio lo persiguieran todavía y no era conveniente atraer la atención de los de la puerta pasando al galope ante ellos, pero lo cierto fue que no se fijaron en ningún momento en él.

Mientras pasaba bajo el amplio arco, esbozó una sonrisa y a punto estuvo de volver sobre sus pasos. De improviso había recordado algo y había concebido una idea que lo atraía mucho más que la perspectiva de atravesar las puertas de palacio,

una opción que le hubiera parecido preferible incluso si el rechoncho oficial no hubiera estado vigilándolas.

Se perdió dos veces tratando de localizar La Bendición de la Reina, pero al final encontró el letrero con un hombre arrodillado ante una mujer de pelo rojo dorado tocada con una corona de rosas de oro que apoyaba la mano en su cabeza. Era un amplio edificio de tres pisos con altas ventanas aun en la planta situada debajo del tejado. Dio un rodeo hasta el establo, donde un individuo de rostro caballuno, vestido con una chaqueta de cuero que a duras penas sería más dura que su piel, tomó las riendas de su montura. Creyó recordar a aquel tipo. «Sí, Ramey.»

—Ha pasado mucho tiempo, Ramey. —Mat le lanzó un marco de plata—. Os acordáis de mí, ¿verdad?

—No sé si… —comenzó a decir Ramey; entonces percibió el brillo de la plata donde esperaba ver cobre, tosió y su breve inclinación de cabeza se convirtió en algo que combinaba un gesto de indicación de despiste y una desmañada reverencia—. Vaya, claro que sí, joven señor. Perdonadme. Era un olvido pasajero. No tengo buena cabeza para las personas. Para los caballos, sí. Conozco bien a los caballos. Un buen ejemplar, joven señor. Me ocuparé de él, podéis estar tranquilo. —Habló de corrido, sin dar margen a que Mat dijera una palabra, y luego se llevó el animal al establo para no tener que hallarse en situación de recordar el nombre de Mat.

Con una agria mueca, Mat se colocó el grueso fajo de fuegos artificiales bajo el brazo y cargó a hombros el resto de su equipaje. «Ese tipo no me habría distinguido entre mil.» Junto a la puerta de la cocina había sentado sobre una barrica un corpulento y musculoso sujeto que acariciaba suavemente la oreja de un gato blanco y negro acurrucado en su rodilla. El hombre observó a Mat con ojos entornados, en particular a la barra que llevaba colgada, sin parar de rascar al animal. Mat creyó recordarlo, pero no le vino a la memoria su nombre. Cruzó la puerta sin decir nada y el hombre también guardó silencio. «No tenía por qué recordarme. Seguramente viene cada día alguna maldita Aes Sedai en busca de alguien.»

En la cocina, dos ayudantes de cocina y tres criadas se afanaban entre hornillos y asadores bajo la dirección de una gorda mujer con moño y una larga cuchara de madera en la mano que utilizaba para señalar lo que quería que hicieran. Mat no tuvo dudas acerca de quién era. «Coline, y vaya nombre para una mujer tan voluminosa, pero todo el mundo la llamaba "cocinera".»

—Ved, cocinera —anunció—, estoy de vuelta, y aún no ha pasado un año desde que me fui.

—Me acuerdo de ti —dijo tras mirarlo un momento. Él sonrió—. Estabas con ese joven príncipe, ¿verdad? —prosiguió—. Aquel que se parecía tanto a Tigraine, la Luz ilumine su recuerdo. Eres su criado, ¿no es cierto? ¿Va a regresar, pues, el joven príncipe?

—No —contestó concisamente. «¡Un príncipe! ¡Luz!»—. No creo que vuelva por aquí, y me parece que a vos no os gustaría que viniera. —La cocinera protestó, deshaciéndose en elogios acerca de lo cortés y atractivo que era el joven príncipe, pero él se negó a proseguir con el tema. «Diantre, ¿existe alguna mujer que no se derrita por Rand con sólo mencionar su condenado nombre? Seguramente se pondría a chillar si supiera lo que está haciendo ahora»—. ¿Está maese Gill por aquí? ¿Y Thom Merrilin?

—En la biblioteca —respondió, tensando el cuerpo, la cocinera—. Dile a Basel Gill cuando lo veas que te he dicho que hay que limpiar esos desagües. Hoy mismo, fíjate bien. —Reparó en una de las ayudantes de cocina que preparaba un asado de buey y se encaminó pesadamente hacia ella—. No tanto, hija. Vas a endulzar excesivamente la carne si le pones demasiado licor. —Parecía haberse olvidado de Mat.

Éste sacudió la cabeza y fue en busca de la biblioteca cuya existencia no recordaba. Tampoco recordaba que Coline estuviera casada con maese Gill, pero ésta se había expresado exactamente de la misma forma como mandaría una esposa instrucciones a su marido. Una bonita camarera de grandes ojos le indicó entre risitas el pasillo contiguo a la sala principal.

Al entrar en la biblioteca, se paró y paseó la mirada por sus paredes. Debía de haber más de trescientos volúmenes en las estanterías, y encima de las mesas había más; en toda su vida no había visto tantos libros reunidos en un sitio. Advirtió una copia encuadernada en cuero de Los viajes de Jain el Galopador sobre una mesilla próxima a la puerta. Siempre había querido leer aquella novela, de la que continuamente le hablaban Rand y Perrin, pero, por lo visto, nunca encontraba ocasión para leer lo que se había propuesto.

Basel Gill, con su sonrosado rostro, y Thom Merrilin estaban sentados, cara a cara, frente a un tablero de damas, enviando al aire finas espirales de humo de tabaco con las pipas que tenían entre los dientes. En la mesa, junto a un cubilete de madera, un gato los miraba jugar con la cola enroscada sobre los pies. Como no se veía por ningún sitio la capa del juglar, Mat dedujo que éste ya había tomado una habitación.

—Has acabado antes de lo que esperaba, chico —señaló Thom. Se atusó uno de sus largos bigotes blancos, pensando la siguiente jugada—. Basel, ¿te acuerdas de Mat Cauthon?

—Sí —respondió el gordo posadero con la mirada fija en el tablero—. Estabas enfermo la última vez que te alojaste aquí. Confío en que estés mejor, muchacho.

—Estoy mejor —aseguró Mat—. ¿Eso es todo cuanto recordáis? ¿Que estaba enfermo?

Maese Gill pestañeó al ver dónde había colocado su pieza Thom y se quitó la pipa de la boca.

—Teniendo en cuenta con quién te marchaste, chico, y tal como están las cosas ahora, quizá sea preferible que no recuerde más que eso.

—Las Aes Sedai ya no están tan bien consideradas, ¿no es cierto? —Mat depositó sus cosas en un sillón, apoyando la barra en el respaldo, y se instaló en otro dejando colgar una pierna por encima del brazo—. Los guardias de palacio hablaban como si la Torre Blanca hubiera secuestrado a Elayne.

Thom lanzó una inquieta ojeada al rollo de fuegos de artificio, miró su humeante pipa, y murmuró entre dientes antes de volver a concentrarse en el tablero.

—Tampoco es eso —puntualizó Gill—, pero toda la ciudad sabe que desapareció de la Torre. Aunque Thom asegura que ha vuelto, aquí no ha llegado esa noticia. Puede que Morgase lo sepa, pero todo el mundo, hasta los mozos de cuadra, andan con mucho tiento para que no los decapite. Lord Gaebril la ha contenido para que no mandara a nadie al patíbulo, pero yo diría que tiene ganas de hacerlo. Y lo que ciertamente no ha aplacado es su ira contra Tar Valon, más bien todo lo contrario.

—Morgase tiene un nuevo consejero —explicó con tono seco Thom—. Como a Gareth Bryne le disgustaba ese hombre, lo han obligado a retirarse a sus posesiones en el campo para contemplar el crecimiento de la lana de sus ovejas. Basel, ¿vas a mover o no?

—Un momento, Thom. Un momento. No quiero cometer errores. —Gill apretó la pipa con los dientes y, dando fuertes chupadas, se puso a mirar, ceñudo, el tablero.

—De modo que la reina tiene un consejero a quien no inspira simpatía Tar Valon —infirió Mat—. Bien, eso explica la reacción de los guardias cuando he dicho que venía de allí.

—Si les has dicho eso —señaló Gill—, tienes suerte de haber escapado sin que te rompieran los huesos. Al menos si has hablado con alguno de los nuevos. Gaebril ha sustituido la mitad de los guardias de Caemlyn por hombres de su propia elección, lo cual no es un logro despreciable teniendo en cuenta el poco tiempo que lleva aquí. Algunos afirman que tal vez Morgase se case con él. —Se dispuso a mover una pieza y luego la devolvió a su casilla original, sacudiendo la cabeza—. Los tiempos cambian. Las personas cambian. Demasiados cambios para mí. Será que me estoy haciendo viejo.

—Parece que te has propuesto que envejezcamos los dos antes de que coloques esa ficha —murmuró Thom. El gato se estiró y cruzó la mesa para que le acariciara la espalda—. Por más que te pases todo el día charlando, no encontrarás la jugada idónea. ¿Por qué no admites simplemente tu derrota, Basel?

—Yo nunca me doy por derrotado —declaró resueltamente Gill—. Todavía puedo ganarte, Thom. —Movió una pieza blanca—. Ya verás. —Thom emitió un resoplido.

En opinión de Mat, Gill disponía de escasas posibilidades de salir vencedor.

—Tendré que evitar a los guardias y entregar directamente la carta de Elayne en

las manos de Morgase. «En especial si todos son como ese estúpido gordo. Luz, ¿les habrá dicho que soy un Amigo Siniestro?»

—¿No la has entregado? —se extrañó Thom—. Creía que estabas ansioso por librarte de ella.

—¿Tienes una carta de la heredera del trono? —exclamó Gill—. ¿Por qué no me lo has dicho, Thom?

—Lo siento, Basel —murmuró el juglar. Miró a Mat bajo sus espesas cejas y se atusó los bigotes—. Dado que el chico piensa que alguien pretende asesinarlo a causa de ella, he decidido dejar que él dijera lo que le interesaba. Por lo visto, ya le tiene sin cuidado tal cuestión.

—¿Qué tipo de carta? —preguntó Gill—. ¿Va a volver a casa? ¿Y lord Gawyn? Ojalá sea así. He llegado hasta a oír rumores acerca de una guerra con Tar Valon, como si alguien fuera tan estúpido como para declarar la guerra a las Aes Sedai. Si queréis que os lo diga, no es más que otra descabellada habladuría, como ésa de que las Aes Sedai están apoyando a un falso Dragón en algún lugar de Occidente y que utilizan el Poder como arma. Y no es que yo vea que eso induciría precisamente a declararles la guerra, sino todo lo contrario.

—¿Estáis casado con Coline? —preguntó Mat.

—¡La Luz me proteja de ello! —contestó, sobresaltado, maese Gill—. Cualquiera diría, tal como están las cosas, que la posada es suya. ¡Si fuera mi mujer…! ¿Qué tiene eso que ver con la carta de la heredera del trono?

—Nada —admitió Mat—, pero como os habíais enzarzado en otras cuestiones, he pensado que os habíais olvidado de vuestras propias preguntas. —Gill emitió un sonido estrangulado, y Thom soltó una carcajada. Mat se apresuró a continuar sin dar tiempo a hablar al posadero—. La carta está sellada y Elayne no me confió lo que decía. —Thom lo miraba de soslayo tirándose del mostacho. «¿Cree que voy a reconocer que la he abierto?»—. Pero me parece que no va a volver a casa. Quiere ser una Aes Sedai, si queréis que os lo diga. —Les refirió los detalles de su primera tentativa de entregar la carta, suavizando ciertas asperezas de las que no tenía por qué ponerlos al corriente.

—Los nuevos hombres —dedujo Gill—. La descripción del oficial se ajusta, al menos, a ellos. Apuesto a que lo es. En su gran mayoría, no son mejores que los bandidos, salvo los que tienen ambiciones políticas. Espera hasta esta tarde, chico, a que cambien los guardias de la puerta. Pronuncia directamente el nombre de la heredera del trono y, por si acaso el nuevo vigilante es uno de los hombres de Gaebril, agacha un poco la cabeza. Con una actitud sumisa no tendrás problemas.

—Que me aspen si lo hago. No voy a lamerle los pies a nadie. Ni siquiera a la misma Morgase. Esta vez, no me acercaré a ningún guardia.

«Bien pensado, prefiero no saber qué embustes ha propagado sobre mí ese tipo.»

Los dos hombres se quedaron mirándolo como si se hubiera vuelto loco.

—¿Cómo demonios —dijo Gill— vas a entrar en el palacio real sin que te den entrada los guardias? —Se le desorbitaron los ojos como si se acordara de algo—. Luz, no pretenderás… ¡Chico, necesitarías la propia suerte del Oscuro para salir con vida!

—¿De qué estás hablando ahora, Basel? Mat, ¿qué locura te propones hacer?

—La suerte está conmigo, maese Gill —lo tranquilizó Mat—. Vos tenedme la cena preparada para cuando vuelva.

Al levantarse, cogió el cubilete y arrojó los dados al lado del tablero para comprobar su buena fortuna. El gato bajó de un salto y se puso a bufar con el lomo arqueado. Los cinco dados quedaron inmóviles, todos con la cara con un punto boca arriba. «Los Ojos del Oscuro.»

—Ésa es la mejor tirada o la peor —señaló Gill—. Depende del juego en el que se obtenga. Chico, me parece que quieres participar en un juego peligroso. ¿Por qué no te llevas ese cubilete a la sala y pierdes unas cuantas monedas de cobre? Tienes pinta de ser aficionado al juego. Yo me ocuparé de que la carta llegue a palacio.

—Coline quiere que limpiéis los desagües —le informó Mat, y se volvió hacia Thom mientras el posadero aún pestañeaba y murmuraba para sí—. No parece que haya gran diferencia entre que me claven una flecha tratando de hacer llegar la carta a Morgase o un cuchillo en la espalda mientras espero. Son seis contra seis. Tenedme la comida a punto, Thom. —Arrojó un marco de oro en la mesa delante de Gill—. Haced que lleven mis cosas a una habitación, posadero. Si se precisa más dinero, ya os lo daré. Tened cuidado con ese rollo; asusta sobremanera a Thom.

—Siempre me había parecido que ese chico era un tunante —oyó al salir que decía Gill a Thom—. ¿De dónde ha sacado ese oro?

«Siempre gano, de ahí sale el oro —pensó lúgubremente—. Sólo tengo que ganar otra vez, y habré cumplido de una vez por todas con Elayne, y se acabó para mí toda conexión con la Torre Blanca. Sólo una vez más.»

46



Un mensaje de la Sombra

Mientras enfilaba sus pasos de regreso a la Ciudad Interior, Mat ya no estaba tan seguro de que su plan fuera a dar resultado. Si lo que le habían dicho era cierto, funcionaría, pero sus dudas se centraban en la veracidad de aquella información. Evitando cruzar la plaza ovalada, fue rodeando los muros exteriores del gran conjunto arquitectónico pasando por calles que seguían las curvas de los contornos de las colinas. Las doradas cúpulas del palacio relucían, burlonamente fuera de alcance. Casi había dado la vuelta completa y se hallaba de nuevo cerca de la plaza, cuando la vio: una escarpada pendiente cubierta de flores, que mediaba desde la calle hasta una blanca pared de tosca piedra. Sobre el remate asomaban varias frondosas ramas de árboles, y a corta distancia se advertían las copas de otros que crecían, sin duda, en un jardín del palacio real.

«Una pared que imita un acantilado —pensó—, y un jardín al otro lado. Puede que Rand dijera la verdad.»

Miró con disimulo a ambos lados, cerciorándose de que no había nadie. Debería apresurarse, pues las curvas le impedían ver a lo lejos; en cualquier momento podía llegar alguien. Trepó a gatas la cuesta, sin tomar precauciones para no aplastar las flores blancas y rosa. La rugosa piedra de la pared proporcionaba gran cantidad de asideros, salientes y agujeros donde apoyar las botas.

«Una negligencia por su parte facilitar así la escalada», se dijo. Por un momento el ascenso lo devolvió a Dos Ríos y se sumió en la evocación de la excursión que habían realizado con Rand y Perrin hasta más allá de las Colinas de Arena, en las estribaciones de las Montañas de la Niebla. De vuelta al Campo de Emond, habían sido objeto de las iras de todo el pueblo —particularmente él, ya que todos daban por supuesto que él había sido el instigador de la escapada—. El castigo no había enturbiado, empero, el placentero recuerdo de aquellos tres días que habían pasado escalando paredes y riscos, durmiendo a la intemperie, comiendo huevos robados en los nidos, urogallos de alas grises cazados con una flecha o una piedra disparada con

una honda y conejos atrapados con trampas, sin parar de reír y bromear acerca de los tontos que creían que aquellas montañas eran de mal agüero y sobre la posibilidad de encontrar un tesoro. De aquella expedición había llevado a casa una extraña piedra que tenía impreso el esqueleto de un pez de considerable tamaño, una larga pluma blanca de la cola de un águila ratera y un trozo de piedra blanca tan grande como su mano que daba la impresión de ser una oreja esculpida. Él pensaba que parecía una oreja, aun cuando Rand y Perrin fueran de opinión contraria, y Tam al'Thor había dicho que podía serlo.

Los dedos le resbalaron en una profunda estría, perdió el equilibrio y se le fueron los pies. Desesperadamente, logró asirse a la parte superior de la pared y subió a pulso a ella. Permaneció tendido allí un momento, recobrando aliento. Aunque no estaba a una altura excesiva, podría haberse roto el cráneo de haber caído. «Estúpido, distraerme de ese modo. A punto estuve de romperme la crisma en esos acantilados por la misma razón. Eso pasó hace mucho tiempo.» De todas formas, su madre habría tirado seguramente aquellos objetos. Dirigiendo una última mirada a uno y otro lado para comprobar que nadie lo había visto, saltó adentro del recinto de palacio.

Era un gran jardín, con avenidas enlosadas cubiertas con cenadores de parras entre macizos de césped y árboles. Había flores por doquier, blancos botones orlando los perales y salpicaduras blancas y rosa en las copas de los manzanos. Rosas de todos los colores, brillantes narcisos amarillos, glorias de Emond púrpuras, y muchas otras que no conocía. Había algunas plantas de las que dudó si no eran artificiales. Una tenía unas estrafalarias flores escarlata y dorado que casi parecían pájaros y otra sólo se diferenciaba de un girasol por el desmesurado diámetro, de más de medio metro, de sus flores y la impresionante altura de sus tallos, altos como un Ogier.

Oyó un crujido de botas en las losas y se agachó detrás de un arbusto situado junto a la pared al tiempo que pasaban dos guardias con largas chorreras blancas sobre los petos. No habían lanzado ni una mirada en la dirección donde se encontraba, de lo cual se felicitó sonriente. «Suerte. Con un poco de suerte, no me verán hasta que entregue la maldita carta a Morgase.»

Se deslizó por el jardín igual que una sombra, como si acechara conejos, quedando petrificado al lado de un matorral o pegado al tronco de un árbol cuando oía pasos. Otras dos parejas de soldados recorrieron las avenidas, la segunda de ellas tan cerca de él que hubiera podido tocarlos con sólo dar dos pasos. Mientras se alejaban entre los setos y los árboles, cogió una flor de frágiles pétalos rojos y se la puso sonriendo en el pelo. Aquello era más divertido que robar pasteles de manzana los días anteriores a la fiesta solar, y más fácil. Las mujeres siempre mantenían una férrea vigilancia sobre sus pasteles, mientras que aquellos estúpidos militares no despegaban los ojos de las losas del suelo.

No tardó en llegar junto a la blanca pared del palacio propiamente dicho, y se

deslizó a lo largo de ella oculto tras una hilera de rosales trepadores agarrados a una celosía. Había un gran número de ventanas arqueadas justo encima de su cabeza, pero previó que sería más complicado explicar su intromisión por una ventana que por una puerta. Aparecieron dos soldados más y se quedó inmóvil, calculando que pasarían a tres pasos de distancia de él. Por la ventana que había arriba llegaban las voces de dos hombres, emitidas en el volumen justo que le permitía distinguir las palabras.

—… de camino a Tear, Gran Amo —decía uno con tono asustado y obsequioso.

—Que desbaraten sus planes, si pueden. —Aquella voz era más fuerte y profunda, propia de un hombre acostumbrado a mandar—. Le estará bien merecido si tres chicas inexpertas son capaces de hacer fracasar sus propósitos. Siempre fue un necio, y continúa siéndolo. ¿Se sabe algo del muchacho? Él es quien puede destruirnos a todos.

—No, Gran Amo. Ha desaparecido. Pero, Gran Amo, una de las muchachas es la hija de Morgase.

Mat estuvo a punto de girarse antes de volver a hacerse cargo de la situación. Los soldados, cada vez más cerca de él, no parecían haber percibido su súbito movimiento entre la espesura de los tallos de los rosales. «¡Moveos, idiotas! ¡Idos y dejadme ver quién es este individuo!» Se había perdido parte de la conversación.

—… se ha mostrado demasiado impaciente desde que recobró la libertad —criticaba la profunda voz—. Aún no ha aprendido que los mejores planes tardan en madurar. Quiere comerse el mundo en un día, y apoderarse de *Callandor* además. ¡El Gran Señor lo condene! Cabe la posibilidad de que haga prisionera a la muchacha e intente utilizarla, cosa que podría ser perjudicial para mis propios planes.

—Como vos digáis, Gran Amo. ¿Debo ordenar que se la lleven de Tear?

—No. Si se enterara, ese necio lo interpretaría como un acto de enemistad contra él. ¿Y quién puede saber lo que ha decidido vigilar aparte de la espada? Encargaos de que muera discretamente, Comar. Que su muerte no atraiga la menor atención. —Su risa cavernosa sonó rica en matices—. Esas ignorantes mujeres de la Torre tendrán serias dificultades para hacer que vuelva a la vida después de esta desaparición. Bien mirado, eso jugará también a nuestro favor. Cumplid con presteza esta orden. Rápidamente, sin dar tiempo a que la atrape él.

Los dos soldados estaban casi a su lado; Mat maldijo la lentitud de su paso.

—Gran Amo —observó con incertidumbre el otro desconocido—, tal vez no sea tan sencillo. Sabemos que se dirige a Tear, pero el barco en el que viajaba fue localizado en Aringill, y para entonces las tres lo habían abandonado ya. Ignoramos si ha tomado otra embarcación o si prosigue a caballo. Y tal vez cueste encontrarla una vez que se halle en Tear, Gran Amo. Puede que si vos…

—¿Es que ahora no hay más que ineptos en el mundo? —exclamó ásperamente la autoritaria voz—. ¿Creéis que podría trasladarme a Tear sin que él se enterara? Por el

momento, no quiero enfrentarme a él. Traedme la cabeza de la muchacha, Comar. ¡Traedme las tres cabezas, o de lo contrario rogaréis para que yo os arranque la vuestra!

—Sí, Gran Amo. Se hará como decís. Sí. Sí.

Los guardias pasaron junto a él, sin desviar la vista del frente, y Mat sólo aguardó a verles las espaldas para saltar y agarrarse a la gruesa piedra del alféizar y auparse a una altura que le permitiera mirar por la ventana.

Apenas si reparó en la alfombra tarabonesa de flecos del suelo, por la que alguien habría pagado una abultada bolsa de plata. Una de las grandes puertas esculpidas estaba cerrándose. Un hombre alto, ancho de hombros y con una amplia caja torácica que tensaba la verde seda de su chaqueta bordada con hebras de plata miraba fijamente la puerta con oscuros ojos azules. Su negra barba casi rasurada tenía una franja blanca en la barbilla. Considerado en su totalidad, ofrecía el aspecto de un hombre duro, habituado al mando.

—Sí, Gran Amo —dijo de repente, y Mat casi se soltó del alféizar. Pensaba que aquél era el individuo de voz profunda, pero la que acababa de oír era la que sonaba acobardada. Ahora no tenía ese matiz de humildad, pero era la misma—. Se hará como vos decís, Gran Amo —repitió con amargura—. Yo mismo decapitaré a esas tres jovencitas, ¡En cuanto las encuentre! —Salió con paso firme por la puerta, y Mat volvió al suelo.

Permaneció un momento acurrucado detrás de la rosaleda. Había alguien en palacio que quería ver muerta a Elayne y que, de paso, había sentenciado también a Egwene y Nynaeve. «¿Qué diablos estarán haciendo, de camino a Tear?» Tenían que ser ellas.

Sacó la carta de la heredera del trono del forro de la chaqueta y la miró con entrecejo fruncido. Tal vez, con ella en la mano, Morgase lo creería. Describiría a uno de los hombres. En todo caso, ya no le quedaba tiempo para seguir escondiéndose. Aquel corpulento individuo podría partir hacia Tear antes incluso de que él encontrara a Morgase e, hiciera lo que hiciera ésta, no habría entonces garantía de poder detenerlo.

Haciendo acopio de aire, Mat se coló entre dos de las celosías a las que se encaramaban los rosales, a costa de algunos pinchazos y enganchadas, y se puso a caminar por la avenida de losas tras los soldados. Sosteniendo la carta de Elayne ante él de modo que el sello con el lirio dorado fuera visible, repasó mentalmente lo que se proponía decir. Cuando pretendía ocultarse, los guardias surgían por todas partes como setas después de la lluvia, pero ahora recorrió una buena parte del jardín sin ver siquiera uno. Pasó frente a varias puertas. Pese a ser consciente del riesgo en que incurriría penetrando en el palacio sin permiso, estaba planteándose seriamente entrar por una de ellas cuando ésta se abrió y de ella salió un joven oficial sin yelmo que

llevaba un nudo dorado en el hombro.

El hombre llevó de inmediato la mano a la empuñadura de la espada y, para cuando Mat le hubo mostrado la carta, ya había desenfundado parte de su hoja.

—Elayne, la heredera del trono, envía esta carta a su madre, la reina Morgase, capitán. —Asía el sobre de forma que el sello con el lirio quedara en lugar prominente.

El oficial miró rápidamente a uno y otro lado con sus oscuros ojos, como para comprobar si había más gente.

—¿Cómo has entrado en este jardín? —No desenvainó más la espada, pero tampoco la enfundó—. Elber está en las puertas de afuera. Aunque es un idiota, no habría permitido que nadie se paseara a su antojo por el palacio.

—¿Un gordo con ojos de ratón? —Mat maldijo su precipitación al hablar, pero el oficial asintió con la cabeza; esbozó también una sonrisa, aun cuando ello no afectó a su actitud vigilante y recelosa—. Se ha enfadado al enterarse de que venía de Tar Valon y no me ha dado siquiera ocasión de enseñar la carta ni de mencionar el nombre de la heredera del trono. Como me ha amenazado con arrestarme si no me iba, he escalado la pared. Prometí que entregaría esto a Morgase en persona, capitán. Lo prometí, y yo siempre cumplo mis promesas. ¿Veis el sello?

—Otra vez ese maldito muro del jardín —murmuró el oficial—. Deberían triplicar su altura. —Fijó la mirada en Mat—. Teniente de la guardia, no capitán. Soy el teniente de guardia Tallanvor. Reconozco el sello de la heredera del trono. —La hoja de su espada volvió a quedar finalmente cubierta por la vaina. Tendió una mano, la izquierda—. Dame la carta y yo se la llevaré a la reina. Después de acompañarte afuera. No todo el mundo te trataría tan bien si te encontrara vagando por aquí.

—Prometí ponerla yo mismo en sus manos —adujo Mat. «Luz, nunca pensé que podrían impedirme que se la diera»—. Se lo prometí a la heredera del trono.

Mat apenas había advertido que Tallanvor había movido la mano cuando ya la espada del oficial le tocaba el cuello.

—Te llevaré a presencia de la reina, campesino —acordó quedamente Tallanvor —. Pero has de saber que te cortaré la cabeza sin darte tiempo a pestañear si se te ocurriera tan sólo hacerle daño.

Mat esbozó la mejor de sus sonrisas, sintiendo la afilada hoja en la piel del cuello.

—Soy un buen andoriano —aseveró— y un fiel súbdito de la reina, que la Luz ilumine. Hombre, si hubiera estado aquí en invierno, habría seguido seguramente a lord Gaebril.

Tallanvor lo miró con expresión tensa y por fin retiró la espada. Mat tragó saliva y contuvo el impulso de tocarse la garganta para ver si tenía algún corte.

—Quítate la flor del pelo —indicó Tallanvor mientras enfundaba el arma—. ¿Crees que has venido aquí a cortejar a alguien?

Mat siguió su consejo y se puso a caminar tras el oficial. «¡Mira que ponerme una flor en el pelo! Ahora debo dejar de cometer estupideces.»

No era exactamente que siguiera a Tallanvor, pues éste no le quitaba ojo de encima aun cuando fuera delante. En realidad formaban una extraña procesión, con el oficial a la cabeza y a la vez a un lado, medio girado por si acaso Mat intentaba algo. Mat por su parte trataba de adoptar una apariencia tan inocente como un bebé chapoteando en una bañera.

Los coloridos tapices de las paredes habrían supuesto una buena cantidad de plata a sus tejedores, y también las alfombras que cubrían las blancas baldosas del suelo, incluso allí en los pasillos. Había oro y plata por doquier, platos, tazones y tazas, sobre arcones y en vitrinas de madera pulida, tan delicados como las piezas que había visto en la Torre. Había un continuo trasiego de criados vestidos con libreas rojas con el León Blanco de Andor bordado en el pecho y blanco encaje en el cuello y los puños. Se descubrió preguntándose si Morgase jugaría a los dados. «Vaya idea. Las reinas no se juegan nada a los dados. Pero apuesto a que cuando le entregue esta carta y le diga que alguien de palacio pretende matar a Elayne, me dará una pesada bolsa de dinero.» Fantaseó un momento acerca de la posibilidad de obtener un título nobiliario, diciéndose que no era descabellado que el hombre que descubriera una conspiración de asesinato contra la heredera del trono recibiera una recompensa de ese tipo.

Tallanvor lo condujo por tantos corredores y a través de tantos patios que empezaba a dudar si sería capaz de encontrar la salida por sí solo cuando de improviso entraron en un patio en el que no sólo había criados; estaba rodeado de una columnata, y en el centro había un estanque redondo con peces blancos y amarillos que nadaban bajo las carnosas hojas y las blancas flores flotantes de los lirios de agua. Varios hombres con abigarradas chaquetas bordadas en oro y plata y mujeres con amplios vestidos aún más profusamente adornados hacían deferente compañía a una mujer de pelo dorado rojizo que, sentada en el borde del estanque, tocaba con la punta de los dedos el agua, mirando tristemente a los peces que se acercaban a ellos con la esperanza de recibir comida. En el tercer dedo de la mano izquierda llevaba un anillo con la forma de la Gran Serpiente. A su lado había un hombre moreno de elevada estatura vestido con una chaqueta cuya seda roja casi ocultaban por completo las hojas y volutas incrustadas en ella, pero fue la mujer quien retuvo la atención de Mat.

No tuvo necesidad de reparar en la guirnalda de delicadas rosas de oro que la coronaba, ni en la roja estola que pendía sobre su vestido blanco con rayas rojas longitudinales en las que se repetían, bordados, los Leones de Andor, para saber que se hallaba ante Morgase, por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Cabeza Insigne de la casa Trakand. Tenía el rostro y la

belleza de Elayne, pero era lo que Elayne sería en la plenitud de su madurez. Las otras mujeres quedaban en segundo plano, difuminadas por su sola presencia.

«Bailaría una giga con ella, y también le daría un beso a la luz de la luna, tenga los años que tenga.» Volvió a tomar conciencia de la realidad. «¡Recuerda bien quién es!»

Tallanvor flexionó una rodilla y apoyó un puño en las blancas losas del suelo. —Mi reina, he acompañado hasta aquí a un mensajero que trae una carta de lady Elayne.

Mat observó la postura del oficial y después se contentó con realizar una profunda reverencia.

—De la heredera del trono… eh… mi reina.

Tendió la carta hacia adelante, de modo que quedara visible la dorada cera del sello. «En cuanto la haya leído y sepa que Elayne está bien, se lo diré.» Morgase clavó sus oscuros ojos azules en él. «¡Luz! En cuanto se le haya pasado el mal humor.»

—¿Traéis una carta de la granuja de mi hija? —Aunque su tono era frío, presagiaba un arrebato de cólera—. ¡Eso debe de representar que sigue viva al menos! ¿Dónde está?

—En Tar Valon, mi reina —consiguió articular. «Luz, cómo me gustaría ver un duelo de miradas entre ella y la Amyrlin.» Bien pensado decidió que preferiría no presenciarlo—. Al menos estaba allí cuando yo me fui.

Morgase efectuó un impaciente gesto, y Tallanvor se levantó para tomar la misiva de manos de Mat y entregársela a ella. Miró, ceñuda, un instante el precinto en relieve de lirio y luego lo rompió con un seco movimiento de muñecas. Mientras leía, murmuraba para sí, sacudiendo la cabeza a cada línea.

—Veremos si mantiene su palabra… —Su expresión se animó de repente—. Gaebril, la han ascendido a Aceptada. Lleva menos de un año en la Torre y ya la han promovido. —La sonrisa se esfumó tan de improviso como había aparecido y sus labios se fruncieron—. Cuando le ponga las manos encima a esa descarriada muchacha, deseará volver a ser una novicia.

«Luz —se alarmó Mat—, ¿no habrá nada que la ponga de buen humor?» Aunque estaba resuelto a revelar lo que había escuchado, lo angustiaba tener que hacerlo cuando ella parecía tan airada como para mandar a alguien al patíbulo.

—Mi reina, por azar he oído…

—Silencio, muchacho —indicó tranquilamente el individuo moreno de la chaqueta con incrustaciones de oro. Era un hombre de buen ver, casi tan atractivo como Galad y con una apariencia casi igual de juvenil, a pesar de las canas que entreveraban sus sienes, pero en mayor escala, de una estatura superior a la de Rand y un torso tan desarrollado como el de Perrin—. Escucharemos lo que tienes que

decirnos dentro de un momento. —Alargó la mano y le quitó a Morgase la carta de la mano. Ella clavó una airada mirada en él, y Mat percibió un inminente empeoramiento de su genio, pero el hombre posó una fuerte mano en su hombro, sin apartar los ojos de lo que leía, disipando la furia de Morgase—. Al parecer ha vuelto a abandonar la Torre —dijo—. Al servicio de la Sede Amyrlin. Esa mujer ha vuelto a propasarse, Morgase.

A Mat no le costó esfuerzo mantener la boca cerrada. «Suerte.» Tenía la lengua pegada al paladar. «A veces no sé si es bueno o malo.» Aquel hombre era el de la voz profunda que había oído antes, el «Gran Amo» que quería la cabeza de Elayne. «Ella lo ha llamado Gaebril. ¿Su consejero quiere asesinar a Elayne? ¡Luz!» Y Morgase levantaba embelesada la vista hacia él como un perro acariciado por su amo.

Gaebril clavó unos ojos casi negros en Mat. Tenía una mirada vigorosa en la que se advertía sabiduría.

—¿Qué puedes decirnos de esto, muchacho?

—Nada… eh…, mi señor. —Mat carraspeó; era peor padecer el escrutinio de aquel hombre que el de la Amyrlin—. Fui a Tar Valon a ver a mi hermana. Es una novicia. Elsa Grinwell, se llama. Yo soy Thom Grinwell, mi señor. Lady Elayne se enteró de que tenía intención de visitar Caemlyn de regreso a casa… Soy de Comfrey, mi señor, un pueblecito situado al norte de Baerlon; nunca había visto una población mayor que Baerlon antes de ir a Tar Valon… y me dio… lady Elayne, me refiero… esa carta para que la trajera.

Le pareció que Morgase lo había mirado fijamente al decir que era de la zona del norte de Baerlon, pero sabía que había un pueblo llamado Comfrey allí, porque recordaba haberlo oído mencionar.

—¿Sabes adónde iba a ir Elayne, muchacho? —preguntó Gaebril tras asentir con la cabeza—. ¿O a qué se debía su viaje? Di la verdad y no tendrás nada que temer. Miente y serás sometido a interrogatorio.

—Mi señor —respondió Mat con expresión de preocupación que no hubo de fingir—, sólo vi a la heredera del trono una vez. Me dio la carta… ¡y un marco de oro!… y me dijo que la llevara a la reina. Sólo sé que ponía en ella lo que he oído ahora.

Gaebril adoptó un ademán reflexivo, y Mat no pudo distinguir en su sombrío rostro si había creído algo de lo que había dicho o no.

—No, Gaebril —dijo de improviso Morgase—. Ya son demasiados los que han padecido interrogatorios. He visto la necesidad de ello que vos me habéis hecho comprender, pero no en este caso. No tratándose de un muchacho que ha traído una carta cuyo contenido desconoce.

—Se hará como ordene mi reina —acató el hombre moreno.

Había utilizado un tono respetuoso, pero le rozó la mejilla de un modo que le hizo

subir los colores a la cara y abrir los labios como si esperara recibir un beso.

—Dime, Thom Grinwell —inquirió Morgase tras inspirar entrecortadamente—, ¿tenía buen aspecto mi hija cuando la viste?

—Sí, mi reina. Sonreía, reía, tenía un hablar descarado… quiero decir…

Morgase rió quedamente al advertir su embarazo.

—No temas, joven. Elayne se muestra descarada, más a menudo de lo conveniente. Me alegra que esté bien. —Aquellos ojos azules lo observaron con atención—. A un joven que sale de su pueblo suele costarle volver a él. Me parece que viajarás hasta tierras más lejanas antes de retornar a Comfrey. Puede que incluso regreses a Tar Valon. Si lo haces, y ves a mi hija, dile que la gente se arrepiente casi siempre de lo que dicen en los arrebatos de ira. No la sacaré prematuramente de la Torre Blanca. Dile que con frecuencia recuerdo el tiempo que pasé allí y que añoro las tranquilas conversaciones sostenidas con Sheriam en su estudio. Dile que he dicho esto, Thom Grinwell.

—Sí, mi reina. —Mat se encogió de hombros, azorado—. Pero… eh… no tengo intención de volver a Tar Valon. Una vez en la vida es suficiente. Mi padre me necesita para ayudar en el trabajo de la granja y, estando yo fuera, mis hermanas tienen que ordeñar las vacas.

Gaebril se echó a reír, divertido.

—¿Estás ansioso por ordeñar vacas, chico? Quizá deberías ver un poco de mundo antes de que cambie. ¡Toma! —Sacó una bolsa y se la tiró; Mat notó las monedas a través de la gamuza al recogerla—. Si Elayne puede darte un marco de oro por llevar su carta, yo te daré diez por traerla a su destino. Conoce mundo antes de volver con tus vacas.

—Sí, mi señor. —Mat levantó la bolsa y esbozó una débil sonrisa—. Gracias, mi señor.

El hombre ya lo había despedido con un gesto y se había girado hacia Morgase con los puños apoyados en las caderas.

—Creo que ha llegado el momento, Morgase, de abrir esa llaga purulenta instalada en la frontera de Andor. Por vuestro matrimonio con Taringail Damodred, tenéis derecho a ocupar el Trono del Sol. La guardia real puede apoyar esa aspiración con fundadas bases. Tal vez yo pueda incluso ayudarlos, en cierta insignificante manera. Escuchadme.

Tallanvor tocó a Mat en el brazo y ambos retrocedieron, ofreciendo reverencias que Mat no creyó que nadie advirtiera. Gaebril seguía hablando, y todos los señores y damas estaban pendientes de sus palabras. Morgase fruncía el entrecejo al escuchar, pero asentía con tanta vehemencia como los demás.

47



Una carrera contra la Sombra

Tallanvor condujo rápidamente a Mat desde el patio con el estanque de peces a otro, de grandes dimensiones, situado en la parte delantera del palacio al cual daban acceso las altas puertas doradas que resplandecían entonces bajo un sol próximo al mediodía. Impelido por un angustiante apremio, un ansia de ganar tiempo, Mat hubo de esforzarse por mantener el mismo paso que el oficial. Si echaba a correr, alguien podría extrañarse, y no era absolutamente seguro que la realidad coincidiera con la apariencia en lo que respectaba a la conversación sostenida con la reina y su consejero. Tal vez Gaebril no sospechara que él conocía sus planes. «Tal vez.» Conteniendo su prisa, caminó como si tuviera todo el tiempo del mundo —«Como un simple patán de pueblo que se queda deslumbrado con las alfombras y el oro. Como un pobre destripaterrones a quien jamás se le ocurriría que alguien pudiera apuñalarlo por la espalda»— hasta que Tallanvor lo hizo pasar por la poterna de una de las puertas y salió tras él.

El obeso oficial con ojos de ratón, que seguía allí con los guardias, volvió a ponerse rojo al ver a Mat.

—Ha entregado una carta de la heredera del trono a la reina —informó Tallanvor sin darle tiempo a abrir la boca—. Puedes estar contento, Elber, de que ni Morgase ni Gaebril sepan que has intentado impedir que llegase hasta ellos. Lord Gaebril estaba sumamente interesado en la misiva de la dama.

El rostro de Elber adoptó entonces una tonalidad tan blanca como la del cuello de su camisa. Después lanzó una enojada mirada a Mat y se puso a andar apresuradamente frente a la hilera de guardias, escrutando con sus saltones ojos tras sus viseras como si quisiera determinar si alguno de ellos había advertido su temor.

—Gracias —dijo Mat sinceramente a Tallanvor. Había olvidado por completo al gordo jefe de la guardia hasta que volvió a mirarlo a la cara—. Quedad con la Luz, Tallanvor.

Comenzó a atravesar la ovalada plaza, tratando de no caminar demasiado deprisa,

y vio con sorpresa que Tallanvor lo seguía. «Luz, ¿será un hombre de Gaebril, o de Morgase?» Ya empezaba a sentir un hormigueo en la espalda, la aprensión de una puñalada —«¡Él lo ignora, diantre! ¡Gaebril no sospecha que lo sé!»—, cuando el joven oficial se decidió a hablar.

—¿Pasaste mucho tiempo en Tar Valon?, ¿en la Torre Blanca? ¿El tiempo suficiente para enterarte de algo?

—Sólo estuve tres días —respondió con cautela Mat. Habría abreviado el tiempo, habría negado incluso haber estado en Tar Valon si ello hubiera sido compatible con el hecho de entregar la carta, pero intuyó que el hombre no creería que hubiera realizado un viaje tan largo para ver a su hermana y se hubiera marchado el mismo día. «¿Qué diablos querrá?»—. Sólo me enteré de lo que vi. Nada de importancia. No me guiaron por las dependencias ni me dieron explicaciones. Sólo fui para ver a Elsa.

—Debes de haber oído algo. ¿Quién es Sheriam? ¿Tiene algún significado hablar con ella en su estudio?

Mat sacudió vigorosamente la cabeza para disimular la expresión de alivio de su cara.

—No sé quién es —contestó sin mentir. Tal vez había oído mencionar su nombre a Egwene o a Nynaeve. ¿Una Aes Sedai, tal vez?—. ¿Por qué habría de tener algún significado especial?

—No lo sé —reconoció en voz baja Tallanvor—. Son muchas las cosas que ignoro. A veces pienso que la reina intenta decir algo… —Dirigió una acerada mirada a Mat—. ¿Eres un fiel súbdito andoriano, Thom Grinwell?

—Por supuesto que sí. —«Luz, si voy repitiéndolo con más frecuencia, puede que acabe creyéndolo»—. ¿Y vos? ¿Servís lealmente a Morgase y Gaebril?

—Yo sirvo a Morgase, Thom Grinwell —declaró Tallanvor asestándole una dura mirada—. La serviría hasta el punto de entregar la vida por ella. ¡Adiós! —Se giró y se fue en dirección al palacio con una mano crispada sobre la empuñadura de la espada.

—Apuesto esto —murmuró para sí Mat, mirándolo y sacudiendo la bolsa de gamuza de Gaebril— a que Gaebril asegura lo mismo.

Fueran cuales fuesen los juegos que se traían entre manos en palacio, él no tenía interés en participar en ellos. Y era su propósito cerciorarse de que Egwene y las demás no entraran a formar parte de aquellas argucias. «¡Insensatas mujeres! ¡Ahora tengo que salvarles el pellejo en vez de cuidar del mío!» No echó a correr hasta que las calles lo taparon ante cualquiera que mirara desde palacio.

Cuando entró precipitadamente en La Bendición de la Reina, apenas se habían producido cambios en la biblioteca. Thom y el posadero seguían sentados frente al tablero, concentrados en un juego distinto, según vio por las posiciones de las piezas, pero con perspectivas de victoria igualmente malas para Gill, y el gato volvía a estar

encima de la mesa, lavándose con la lengua. Junto al animal había una bandeja con sus pipas apagadas y los restos de una comida para dos, y su equipaje había desaparecido de la silla. Cada uno de ellos tenía una copa de vino al lado.

—Voy a marcharme, maese Gill —anunció—. Podéis quedaros con la moneda y restar el precio de una comida. Me quedaré el tiempo suficiente para comer, pero luego me pondré en camino hacia Tear.

—¿A qué viene tanta prisa, chico? —Thom daba más la impresión de observar al gato que al tablero—. Si acabamos de llegar.

—¿Has entregado entonces la carta de lady Elayne? —inquirió ansiosamente el posadero—. Y has salido bien parado, por lo que veo. ¿De veras has trepado por ese muro igual que lo hizo el otro joven? No, eso da igual. ¿Ha apaciguado la carta a Morgase? ¿Aún tenemos que seguir andando de puntillas?

—Supongo que sí la ha apaciguado —respondió Mat—. Creo que sí. —Dudó un instante, haciendo rebotar en la mano la bolsa de Gaebril, que produjo un tintineo metálico. No había mirado adentro para comprobar si contenía realmente diez marcos de oro, aunque, por el peso, ésa debía de ser la suma—. Maese Gill, ¿qué podéis decirme acerca de Gaebril? Aparte del hecho de que no le gustan las Aes Sedai. ¿Dijisteis que llevaba poco tiempo en Caemlyn?

—¿Para qué quieres saber detalles sobre él? —preguntó Thom—. Basel, ¿vas a mover de una vez? —El posadero suspiró y colocó una pieza negra, ante lo cual el juglar sacudió la cabeza.

—Bueno, chico —contestó Gill—, no hay mucho que contar. Vino del oeste durante el verano, de algún sitio de tu región, creo. Quizá fuera Dos Ríos. He oído mencionar las montañas.

—No tenemos aristócratas en Dos Ríos —observó Mat—. Tal vez los haya en la zona de Baerlon. No lo sé.

—Es posible, chico. Yo ni siquiera había oído hablar anteriormente de él, pero tampoco estoy al corriente de las actividades de la nobleza rural. Vino mientras Morgase estaba todavía en Tar Valon y la mitad de la ciudad temía que la Torre fuera a hacerla desaparecer a ella también. La otra mitad no deseaba su regreso. Volvieron a producirse disturbios, con igual violencia que a finales del año pasado.

—Me tiene sin cuidado la política, maese Gill. Únicamente quiero información sobre Gaebril. —Thom lo miró frunciendo el entrecejo y se puso a limpiar la cánula de la pipa con una paja.

—Es precisamente de él de quien hablo, hijo —precisó Gill—. Durante los disturbios, se erigió en líder de la facción que apoyaba a Morgase. Según tengo entendido, salió herido en los enfrentamientos… y, para cuando ella regresó, ya los había sofocado por completo. Aun cuando Gareth Bryne no aprobaba los métodos, muy duros a veces, utilizados por Gaebril, Morgase quedó tan complacida por hallar

restablecido el orden que lo nombró para el puesto que solía ocupar Elaida.

El posadero calló y Mat aguardó a que continuara, pero no lo hizo. Thom llenó la pipa de tabaco y fue a encender una astilla en una lamparilla que ardía para tal propósito encima de la repisa de la chimenea.

—¿Qué más? —inquirió Mat—. Ese hombre debe de tener algún motivo para actuar así. Si se casa con Morgase, ¿será rey al morir ésta? ¿Si Elayne estuviera muerta también, quiero decir?

Thom se atragantó al encender la pipa, y Gill se echó a reír.

—Andor tiene una reina, muchacho, siempre una reina. Si Morgase y Elayne murieran, ¡no lo quiera la Luz!, la mujer de parentesco más próximo a Morgase accedería al trono. Al menos, en esta ocasión está claro sobre quién recaería el relevo: sobre una prima suya, lady Dyelin, no como en la Sucesión, después de la desaparición de Tigraine. Entonces hubo de pasar un año hasta que Morgase ascendió al Trono del León. Dyelin podría mantener a Gaebril como consejero, o casarse con él para fortalecer la dinastía, aunque probablemente no lo haría a menos que Morgase hubiera tenido un hijo de él, pero incluso entonces no pasaría de ser príncipe consorte. Gracias a la Luz, Morgase es joven aún. Y Elayne goza de buena salud. ¡Luz! En la carta no decía que estuviera enferma, ¿verdad?

—Está bien. —«Por ahora al menos»—. ¿No hay nada más que podáis decirme de él? Tengo la impresión de que no os gusta. ¿Por qué?

El posadero frunció el entrecejo en ademán pensativo y se rascó la barbilla.

—Supongo que no me haría gracia que se casara con Morgase, pero no sé realmente por qué. Dicen que es un buen nombre y todos los nobles lo tienen en gran estima, pero no me gustan la mayoría de los hombres que ha incorporado a la Guardia. Han cambiado demasiadas cosas desde que llegó, pero no puedo achacárselas todas a él. Hay simplemente demasiadas personas murmurando en los rincones desde su llegada. Cualquiera diría que somos todos cairhieninos, que antes de esta guerra civil se pasaban todo el tiempo conspirando y tratando de sacar provecho de las situaciones. Desde que llegó tengo continuamente pesadillas, y no soy el único. Es una buena tontería, preocuparse por los sueños. Sin duda se debe a la inquietud por Elayne y lo que Morgase se propone hacer al respecto de la Torre Blanca, y por la gente que se comporta como cairhieninos. No sé bien. ¿Por qué haces todas esas preguntas acerca de lord Gaebril?

—Porque quiere matar a Elayne —repuso Mat—, y a Egwene y a Nynaeve con ella.

A su entender, no había nada de utilidad en todo lo que le había contado Gill. «Diantre, no tengo por qué saber la razón por la que las quiere muertas. Sólo tengo que impedirlo.» Los dos hombres estaban mirándolo. Como si se hubiera vuelto loco de nuevo.

—¿No estarás recayendo de aquella enfermedad que tuviste? —señaló suspicazmente Gill—. Recuerdo que la última vez no mirabas con buen ojo a nadie. Tiene que ser eso, o que piensas gastarnos una broma. Tienes cara de bromista. ¡Si es eso, es de muy mal gusto!

—No es ninguna broma —aseguró Mat torciendo el gesto—. Oí cómo ordenaba a un hombre llamado Comar que le cortara la cabeza a Elayne. Y a Egwene y a Nynaeve, de paso. Era un individuo corpulento, con una franja blanca en la barba.

—Sí, ése parece lord Comar —reconoció Gill—. Era un buen soldado, pero dicen que dejó la Guardia por una cuestión de dados trucados. Nadie se atrevería a mencionarlo delante de él; Comar era uno de los mejores espadachines de la Guardia. Hablabas en serio, ¿verdad?

—Creo que sí, Basel —contestó por él Thom—. Me temo mucho que sí.

—¡La Luz nos proteja! ¿Qué ha dicho Morgase? Se lo has contado, ¿no es así? ¡La Luz te fulmine, la habrás prevenido!

—Por supuesto que sí —respondió amargamente Mat—. ¡Con Gaebril plantado justo al lado y ella mirándolo como un perrito faldero transido de amor! Le he dicho: «Aunque no soy más que un simple pueblerino que acaba de saltar el muro de vuestro jardín hace media hora, gracias al azar ya sé que vuestro consejero de confianza, aquí presente, el mismo del cual estáis a todas luces enamorada, se propone asesinar a vuestra hija». ¡Luz, señor, me habría hecho cortar la cabeza a mí!

—Es posible. —Thom observó las líneas de los dibujos grabados en la taza de su pipa y se atusó el bigote—. Siempre ha tenido unos accesos de genio tan repentinos como los relámpagos, y aún más peligrosos.

—Tú lo sabes mejor que nadie, Thom —comentó distraídamente Gill, que, con la vista perdida, se pasaba las manos por el canoso pelo—. Tiene que haber algo que yo pueda hacer. No he empuñado una espada desde la Guerra de Aiel, pero…, bueno, carecería de sentido acabar muerto para no conseguir nada. ¡Pero debo hacer algo!

—Los rumores. —Thom se frotaba de lado la nariz, en apariencia absorto en la contemplación del tablero, hablando para sí—. Nadie es capaz de impedir que los rumores lleguen a oídos de Morgase, y, si éstos son insistentes, comenzará a dudar. Los rumores son la voz del pueblo, y la voz del pueblo expresa a menudo la verdad. Morgase lo sabe. No existe ningún hombre vivo al que secundaría en el Juego en contra de ella. Enamorada o no, una vez que Morgase comience a examinar más atentamente a Gaebril, éste no podría ocultarle ni sus cicatrices de la infancia. Y, si ella se entera de que pretende hacer daño a Elayne… —colocó una pieza en el tablero, en una posición a primera vista extravagante, pero que, como vio Mat, acabaría por cerrar el paso a las fichas de Gill en tres movimientos—, lord Gaebril tendrá un lujosísimo funeral.

—Tú y tu Juego de las Casas —murmuró Gill—. Con todo, podría dar resultado.

—El rostro se le iluminó con una súbita sonrisa—. Sé incluso a quién decírselo para iniciar la rueda. No tengo más que mencionar a Gilda que lo soñé, y al cabo de tres días habrá contado a la mitad de criadas de la Ciudad Nueva que es un hecho verídico. Es la mayor chismosa a la que ha insuflado jamás vida el Creador.

—Asegúrate de que no puedan seguir la pista de las habladurías hasta ti, Basel.

—No hay nada que temer, Thom. Hace una semana un hombre me explicó una de mis pesadillas como si la hubiera escuchado de labios de alguien a quien se lo había contado otra persona. Seguramente Gilda había escuchado cómo se lo contaba a Coline, pero cuando le pregunté al hombre me dio una retahíla de nombres que podía seguirse hasta el otro extremo de la ciudad, sin llegar, claro, al origen. Hasta fui allí y localicé al último hombre, sólo por curiosidad, para ver por cuántas bocas había pasado, y él pretendía que lo había soñado él mismo. No hay de qué preocuparse, Thom.

Consciente de que los rumores no socorrerían a Egwene y a las otras, a Mat le tenía sin cuidado lo que hicieran con ellos. Había algo, no obstante, que lo tenía desconcertado.

—Thom, parece que os tomáis con mucha calma todo esto. Pensaba que Morgase era el gran amor de vuestra vida.

—Mat —respondió Thom, volviendo a centrar la mirada en la taza de la pipa—, una mujer muy sabia me dijo una vez que el tiempo lo aliviaba todo. Yo no le creí, pero tenía razón.

—Queréis decir que ya no amáis a Morgase.

—Chico, han pasado quince años desde que salí de Caemlyn a tan sólo un paso de distancia del hacha del verdugo, con la tinta de la firma de Morgase aún húmeda en la sentencia. Sentado aquí escuchando parlotear a Basel —Gill protestó, y Thom alzó la voz—, parlotear, digo, sobre Morgase y Gaebril, acerca de la posibilidad de que se casen, me he dado cuenta de que la pasión se difuminó hace mucho. Oh, supongo que todavía le tengo cariño, que incluso la amo tal vez un poco, pero ya no se trata de una gran pasión.

—Y yo que casi esperaba que salierais corriendo hacia palacio para avisarle. —Emitió una carcajada y vio con sorpresa que Thom se unía a sus risas.

—No soy tan insensato como para eso, muchacho. Cualquier idiota sabe que los hombres y las mujeres piensan a veces de forma distinta, pero la mayor diferencia es ésta: los hombres olvidan, pero nunca perdonan; las mujeres perdonan, pero nunca olvidan. Puede que Morgase me besara la mejilla, me ofreciera una copa de vino y me confesara lo mucho que me ha echado de menos. Y luego podría igualmente dejar que los guardias me encarcelaran y me entregaran al verdugo. No. Morgase es una de las mujeres más capacitadas que he conocido, lo cual no es poca cosa. Casi compadeceré a Gaebril cuando se entere de lo que está tramando. ¿A Tear, has dicho?

¿Cabe la posibilidad de que esperes a partir mañana? No me vendría mal dormir una noche.

—Quiero estar lo más lejos posible en dirección a Tear antes del anochecer. —Mat pestañeó—. ¿Vais a venir conmigo? Pensaba que queríais quedaros aquí.

—¿No acabas de oírme decir que he decidido que no me decapiten? Tear se me antoja un lugar más seguro para mí que Caemlyn, y así, de improviso, me parece una buena alternativa. Además, me caen bien esas chicas. —En su mano apareció un cuchillo que desapareció de forma igual de repentina—. No me gustaría que les ocurriera nada. Ahora bien, si deseas llegar rápidamente a Tear, te conviene ir a Aringill. Un barco veloz nos dejará tres días antes en Tear que cualquier caballo, aun si cabalgáramos hasta reventarlos. Y no lo digo sólo porque ya tenga en las nalgas grabada la forma de la silla.

—Será Aringill, pues. Siempre que sea rápido.

—Bien —dijo Gill—, supongo que si te marchas, chico, será mejor que vaya a hacer que te sirvan esa comida. —Se levantó y se encaminó a la puerta.

—Guardadme esto, maese Gill —pidió Mat, lanzándole la bolsa de gamuza.

—¿Qué es esto, muchacho? ¿Dinero?

—Una apuesta. Aunque Gaebril no lo sabe, él y yo tenemos una apuesta pendiente. —El gato bajó de un salto cuando Mat tomó el cubilete de madera y arrojó los dados encima de la mesa. Cinco seises—. Y yo siempre gano.

48



En el mismo oficio

El *Rayo* se aproximaba a los muelles de Tear, situados en la orilla occidental del río Erinin pero, aun estando en cubierta, Egwene no vio nada de la ciudad. Apoyada con la cabeza gacha en la barandilla, contemplaba las aguas del Erinin surcadas por la voluminosa quilla del barco y las arrugadas líneas que trazaban en su superficie los vaivenes del remo más cercano. Aquella visión le producía mareos, pero sabía que si erguía la cabeza se sentiría aún peor. Mirando a tierra sólo conseguiría percibir de forma más marcada el lento bamboleo del *Rayo*.

El bajel había avanzado con el mismo tortuoso balanceo desde que había salido de Jurene. Le daba igual la estabilidad con que había navegado anteriormente ya que, en su fuero interno, deseaba que el *Rayo* se hubiera hundido antes de llegar a Jurene. Se arrepentía de no haber obligado a detenerse al capitán en Aringill para poder encontrar otra embarcación. Deseaba no haber puesto jamás los pies en un barco. Se lamentaba de muchas cosas, en su mayor parte con el solo propósito de distraer la mente de su situación.

Accionado por los remos, el barco no se mecía ahora tan violentamente como bajo el impulso de las velas, pero aquello se había prolongado un número excesivo de días como para que el cambio supusiera una gran diferencia para ella. Su estómago parecía tan agitado como la leche en una jarra de loza. Respiró hondo y trató de ahuyentar aquella imagen.

Apenas habían planificado nada a bordo del *Rayo*. No solían transcurrir diez minutos sin que Nynaeve vomitara y, al verla, Egwene acababa inevitablemente devolviendo toda la comida que había logrado ingerir. El calor creciente a medida que descendían hacia el sur no había mejorado precisamente su estado. Nynaeve se encontraba abajo entonces, sin duda con una palangana bajo la cara que sostendría Elayne.

«¡Oh, Luz, no! ¡No pienses en eso! Verdes campos. Prados. Luz, los prados no se mueven así. Colibríes. ¡No, colibríes no! Alondras. El canto de las alondras.»

—¿Señora Joslyn? ¡Señora Joslyn!

Tardó un momento en reconocer el nombre falso que había dado al capitán Canin, y también la voz de éste. Alzó lentamente la cabeza y centró la mirada en su alargada cara.

—Estamos atracando, señora Joslyn. No habéis parado de repetir cuántas ganas teníais de bajar a tierra. Bueno, ya estamos aquí. —No disimulaba las ansias de librarse de sus tres pasajeras, dos de las cuales apenas hacían más que devolver, como decía él, y gemir toda la noche.

Los descalzos marineros de torsos desnudos arrojaban cuerdas a los trabajadores del muelle, vestidos con largos chalecos de cuero en lugar de las camisas al uso. Los remos ya habían sido retirados del agua, con excepción de un par de ellos con los que impedían que el barco chocara bruscamente contra el malecón que se adentraba en el cauce. Las lisas piedras del pavimento del puerto estaban mojadas; en el aire se respiraba el vestigio de una lluvia caída hacía poco, la cual había aliviado un tanto el bochorno de la atmósfera. El balanceo se había interrumpido hacía poco, advirtió, pero su estómago aún lo recordaba. El sol se ponía hacia el horizonte. Intentó no pensar en la cena.

—Muy bien, capitán —dijo con toda la dignidad que fue capaz de reunir.

«No hablaría en ese tono si llevara puesto el anillo, ni aunque vomitara encima de sus botas.» Se estremeció al imaginarlo.

La sortija con la Gran Serpiente y el retorcido aro del *ter'angreal* pendían ahora de un cordel de cuero que llevaba atado al cuello. Notaba en la piel el frescor del círculo de piedra, tan marcado que casi contrarrestaba el efecto de la húmeda calidez del aire, pero, aparte de ello, había comprobado que, cuanto más utilizaba el *ter'angreal*, mayor era su deseo de tocarlo, sin ninguna bolsa ni tela interpuesta.

El *Tel'aran'rhiod* todavía no le había revelado nada que fuera de utilidad inmediata. En ocasiones había visto atisbos de Rand, Mat o Perrin, al igual que en los sueños sin el *ter'angreal*, pero nada de lo soñado tenía sentido: los seanchan, que ella ahuyentaba siempre del pensamiento; pesadillas en las que un Capa Blanca ponía a maese Luhhan en medio de una enorme trampa dentada como cebo. ¿Por qué llevaría Perrin un halcón en el hombro y por qué era importante que eligiera entre el hacha que llevaba en los últimos tiempos y un martillo de herrero? ¿Qué significaba que Mat jugara a los dados con el Oscuro?, ¿por qué repetía constantemente «¡Ya voy!» y por qué tenía ella en sueños la impresión de que se lo gritaba a ella? Y Rand… Había ido avanzando furtivamente entre una completa oscuridad en dirección a *Callandor*, mientras a su alrededor caminaban seis hombres y cinco mujeres, algunos persiguiéndolo y otros sin prestarle atención, unos tratando de guiarlo hacia la reluciente espada de cristal y otros intentando impedir que llegara hasta ella, comportándose como si no supieran dónde estaba o como si sólo lo vieran durante

breves instantes. Uno de los hombres tenía ojos de fuego y anhelaba la muerte de Rand con una desesperación que casi alcanzaba a paladear ella. Creía reconocerlo: Ba'alzemon. ¿Pero quiénes eran los demás? Rand, de nuevo en aquella seca y polvorienta estancia, con aquellas pequeñas criaturas instalándose en su piel. Rand luchando contra una horda de seanchan. Rand enfrentándose a ella y a las mujeres que estaban con ella, una de las cuales era seanchan. Todo era demasiado confuso. Debía dejar de pensar en Rand y los otros y concentrarse en lo que la aguardaba. «¿Qué está tramando el Ajah Negro? ¿Por qué no sueño nada respecto a ellas? Luz, ¿por qué no puedo aprender a hacer que funcione como yo quiero?»

—Ordenad que bajen los caballos, capitán —indicó a Canin—. Avisaré a la señora Maryim y a la señora Caryla. —Maryim era Nynaeve y Caryla, Elayne.

—He mandado un marinero a informarles, señora Joslyn. Y vuestros animales estarán en el muelle en cuanto mis hombres acaben de montar un palo de carga.

Irradiaba satisfacción por librarse de ellas. Se planteó decirle que no tenía por qué apresurarse, pero desechó de inmediato tal idea pues, aun cuando el *Rayo* hubiera dejado de balancearse, ansiaba tener sin tardanza tierra firme bajo los pies. Con todo, se paró para dar unas palmadas al hocico de Niebla y dejar que la yegua gris le husmeara la palma de la mano y dar a entender así a Canin que no tenía gran prisa.

Nynaeve y Elayne asomaron por la escalera de los camarotes, cargadas con sus hatillos y alforjas. Elayne prácticamente sostenía a Nynaeve. Cuando vio que Egwene estaba mirando, se apartó de la heredera del trono y caminó sin sostén alguno hasta la angosta pasarela que los marineros estaban tendiendo hasta el muelle. Dos de ellos acudieron a sujetar a Niebla con una ancha lona bajo el vientre, y Egwene se fue apresuradamente abajo a recoger su equipaje. Cuando volvió, su yegua ya estaba en tierra y el caballo ruano de Elayne se hallaba suspendido en el aire.

Por espacio de un momento, tras haber desembarcado, únicamente experimentó alivio. Había acabado el ininterrumpido balanceo. Después comenzó a observar la ciudad para llegar a la cual habían pasado tantas penalidades…

Había muchos almacenes junto al puerto y un gran número de barcos de todas las dimensiones, amarrados a los muelles o anclados en el río. Se apresuró a desviar la vista de las embarcaciones. Tear estaba construida sobre una llanura, sin apenas protuberancia alguna. Por las fangosas y sucias calles que se abrían entre los almacenes, se veían casas, posadas y tabernas de madera y de piedra cuyos tejados, indistintamente de pizarra o de tejas, tenían acabados curiosamente puntiagudos. Más lejos, se erguía una alta pared de piedra gris oscuro y, tras ella, las puntas de las torres rodeadas de elevados balcones y los palacios de blancas cúpulas. Éstas no eran totalmente redondeadas y los remates de las torres parecían acabar en punta, como algunos de los tejados situados fuera de la muralla. Considerada en su totalidad, Tear era tan grande como Caemlyn o Tar Valon y, aunque no tan bella, era de todas formas

una de las mayores ciudades del orbe. Pese a su extensión, sólo la Ciudadela de Tear atraía su mirada.

Había oído hablar de ella en los relatos y sabía que era la mayor fortaleza del mundo y también la más antigua, la primera erigida desde el Desmembramiento del Mundo y, sin embargo, nada la había preparado para lo que se alzaba entonces ante sus ojos. Al principio pensó que era una enorme colina de piedra gris o una pequeña montaña pelada que ocupaba cientos de kilómetros cuadrados, desde el Erinin hasta el interior de la ciudad pasando por su muralla. Aun después de ver el gran estandarte que ondeaba en su más alta cúspide —tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado; un estandarte situado a unos trescientos metros sobre el nivel del río y lo bastante grande, empero, para ser visto claramente a esa altura—, incluso después de distinguir los contornos de sus almenas y torres, le costaba creer que la Ciudadela de Tear fuera un edificio construido desde su base y no una montaña esculpida.

—Creada con el Poder —murmuró Elayne, contemplando, asimismo, la Ciudadela—. Flujos de Tierra entrelazados para extraer la piedra del suelo, Aire para traerla desde todos los rincones del mundo y Tierra y Fuego para construirla de una sola pieza, sin junturas ni argamasa. Atuan Sedai dice que la Torre no podría hacerlo en nuestros días. Es curioso, teniendo en cuenta la animadversión que ahora profesan los Grandes Señores por el Poder.

—Creo —advirtió quedamente Nynaeve, observando a los estibadores que circulaban en torno a ellas— que, teniendo en cuenta lo anterior, no deberíamos mencionar ciertas cosas en voz alta.

Elayne pareció debatirse entre la indignación —había hablado en voz muy baja— y el asentimiento; para el gusto de Egwene, la heredera del trono daba demasiado a menudo y con excesiva presteza la razón a Nynaeve. «Sólo cuando la tiene», reconoció a regañadientes para sus adentros. En esa ciudad someterían a vigilancia a toda mujer que llevara el anillo o que estuviera de algún modo relacionada con Tar Valon. Los descalzos trabajadores del muelle, vestidos con sus peculiares chalecos de cuero, no les prestaban ninguna atención en sus idas y venidas, transportando balas y cajones a la espalda o en carretillas. En el aire flotaba un fuerte olor a pescado, seguramente proveniente de los tres muelles contiguos en los que se apiñaban docenas de pequeños botes pesqueros, iguales a los reproducidos en el cuadro del estudio de la Amyrlin. Allí, hombres de torso desnudo y mujeres descalzas descargaban cestos de pescado, montículos de tonos plateados, broncíneos y verdes y de otros colores que ella nunca hubiera sospechado que tuvieran los peces, como rojo intenso, azul oscuro y brillante amarillo, algunos con rayas o manchas blancas o de otros colores.

—Tiene razón, Caryla —admitió en voz baja dirigiéndose sólo a Elayne—.

Recuerda por qué eres Caryla.

No quería que Nynaeve la escuchara. La expresión de ésta permaneció inmutable al oírla, pero Egwene percibió la satisfacción que irradiaba, igual que una estufa el calor.

En ese momento estaban bajando el negro semental de Nynaeve; los marineros ya habían desembarcado sus arreos y los habían dejado sin más encima de las mojadas piedras del pavimento. Nynaeve clavó la mirada en los caballos, abrió la boca, sin duda para decirles que ensillaran sus monturas, adivinó Egwene, y volvió a cerrarla con un rictus, como si le hubiera costado un esfuerzo hacerlo. Luego se propinó un violento tirón de trenza. Aún no habían acabado de retirar la sujeción de su cabalgadura cuando ya le ponía la manta de rayas negras sobre el lomo, previa a la colocación de la silla. Ni siquiera dirigió una mirada a sus dos compañeras.

Egwene preveía que para su estómago el movimiento del caballo se asemejaría demasiado al del *Rayo*, pero la visión de las fangosas calles acabó de convencerla de la necesidad de cabalgar. Aunque llevaba unos zapatos resistentes, no le apetecía tener que limpiarles el barro después, ni tampoco caminar levantándose la falda. Ensilló rápidamente a Niebla y, montando de inmediato, se arregló la falda sin concederse tiempo para considerar con menos pesimismo los posibles inconvenientes del fango. En aquella ocasión había recaído en Elayne la tarea de cortar y coser todos sus vestidos, dividiendo las faldas para cabalgar cómodamente a horcajadas.

Nynaeve palideció por un momento cuando, al montar, el semental se puso a retozar. Con semblante tenso, mantuvo férreamente el control de sí y de las riendas y a los pocos minutos ya lo había dominado. Cuando hubieron pasado la zona de los almacenes, se hallaba de nuevo en condiciones de hablar.

—Hemos de localizar a Liandrin y a las demás sin que se enteren de que estamos buscándolas. Seguro que prevén nuestra llegada, la nuestra o la de alguien más, pero preferiría que no supieran que estamos aquí hasta que sea demasiado tarde para ellas. —Aspiró profundamente—. Confieso que todavía no he trazado ningún plan de acción para conseguirlo. ¿Tenéis alguna propuesta vosotras?

—Un husmeador —dijo Elayne sin vacilar. Nynaeve la miró frunciendo el entrecejo.

—¿Te refieres a alguien como Hurin? —inquirió Egwene—. Pero Hurin trabajaba para su rey. ¿No estarán los husmeadores de aquí al servicio de los Grandes Señores?

Elayne asintió y por unos instantes Egwene envidió la fortaleza del estómago de la heredera de la corona de Andor.

—Sí, seguramente. De todos modos, los husmeadores no son como la guardia de la reina o los Defensores de la Ciudadela de Tear. Están al servicio de los gobernantes, pero la gente que ha sufrido un robo les paga a veces para que recuperen sus pertenencias. Y en ocasiones también aceptan dinero por localizar a alguien. Al

menos, así funciona en Caemlyn, y no creo que Tear sea diferente en eso.

—Entonces nos instalaremos en una posada —decidió Egwene— y pediremos al posadero que nos busque un husmeador.

—En una posada no —declinó Nynaeve con la misma firmeza con que guiaba el semental negro sin perder en ningún momento el control de sus pasos. Después moderó ligeramente el tono—. Liandrin, cuando menos, nos conoce y hemos de suponer que las otras también. Estarán vigilando las posadas, esperando a quien quiera que haya seguido la pista que ellas dejaron a propósito. Quiero hacerles saltar su trampa en la cara, pero no estando nosotras dentro. No nos alojaremos en una posada.

Egwene rehusó darle la satisfacción de preguntar.

—¿Dónde dormiremos si no? —inquirió en su lugar Elayne—. Si diera a conocer mi identidad, y lograra convencer a alguien de ella, vestida de esta forma y sin escolta, seríamos bien recibidas en la mayoría de las casas nobles y probablemente también en la Ciudadela, dadas las buenas relaciones reinantes entre Caemlyn y Tear, pero no habría forma de mantenerlo en secreto. Toda la ciudad sabría de mi presencia antes de que se haga de noche. No se me ocurre otro sitio aparte de una posada, Nynaeve. A no ser que quieras hospedarte en una granja, pero desde el campo será imposible encontrarlas.

—Lo sabré cuando lo vea —declaró Nynaeve, lanzando una mirada a Egwene—. Dejadme observar.

Elayne miró con estupor a Nynaeve y luego a Egwene.

—No es preciso cortarse las orejas porque te disgusten los pendientes que llevas —murmuró.

Egwene centró obstinadamente la atención en la calle por la que pasaban. «¡Que me aspen si le dejo entrever que estoy intrigada!»

Las calles no estaban tan transitadas como las de Tar Valon, posiblemente a causa del barro. Los carros y carretas circulaban balanceándose, por lo general tirados por bueyes de gran cornamenta, junto a los cuales caminaban los carreteros con una larga aguijada de blanca madera segmentada. No se veía ningún carruaje ni silla de manos en esa zona. El olor a pescado impregnaba el aire también allí, y eran muchos los hombres que cargaban grandes cestos de pescado a la espalda. Las tiendas no parecían prósperas; ninguna exhibía mercancías afuera, y Egwene no veía entrar a casi nadie en ellas. Tenían letreros colgados —con la aguja y la pieza de tela los sastres, el cuchillo y las tijeras los cuchilleros, el telar los tejedores…— pero en la mayoría de ellos la pintura estaba desconchada. Las escasas posadas se anunciaban con rótulos que presentaban un estado igualmente ruinoso, y no daban la impresión de albergar muchos huéspedes. Muchas de las casitas apiñadas entre las posadas y comercios tenían boquetes en los tejados. Aquel barrio de Tear era pobre. Y, a juzgar

por sus caras, no abundaba en él la gente que se afanaba por seguir luchando contra la adversidad. Se movían, trabajaban, pero casi todos habían sucumbido al desaliento. Fueron muy pocas las personas que dedicaron siquiera una mirada a las tres mujeres que iban a caballo en un lugar donde todo el mundo se trasladaba a pie.

Los hombres vestían calzones abombachados, por lo común atados en los tobillos, y sólo unos cuantos llevaban chaquetas, unas largas prendas oscuras ceñidas en los brazos y pechos y acampanadas debajo de la cintura. Había más hombres calzados con zapatos que con botas, pero la mayor parte andaban descalzos sobre el fango. Una buena cantidad de ellos iban con el torso desnudo y se sujetaban los calzones con una ancha faja, a veces coloreada y las más de las veces simplemente sucia. Algunos iban tocados con grandes sombreros cónicos de paja y, los menos, con gorras de paño ladeadas a un costado de la cara. Los vestidos de las mujeres eran de cuello alto que acababa justo debajo de la barbilla, con dobladillos que les rozaban el tobillo. Eran muchas las que llevaban cortos mandiles de colores pálidos, dos o tres superpuestos en algunos casos, más pequeños los de arriba, y la gran mayoría lucía el mismo sombrero de paja que los hombres, pero teñido a juego con los delantales.

Fue observando a una mujer como descubrió el método que tenían para resguardarse del barro los que iban calzados con zapatos. La mujer llevaba unas pequeñas plataformas de madera atadas a las suelas, que la levantaban un palmo del fango, y caminaba como si tuviera los pies firmemente plantados en el suelo. Después de ello, Egwene vio a otras personas que usaban las plataformas, varones y mujeres indistintamente. Algunas mujeres iban descalzas, pero no tantas como los hombres.

Estaba preguntándose en qué tienda venderían aquellas plataformas cuando de repente Nynaeve se desvió por un callejón que se abría entre una larga y estrecha casa de dos pisos y el establecimiento de un alfarero. Egwene cambió una mirada de extrañeza con Elayne, y las dos fueron tras ella. Aunque ignoraba adónde se dirigía y por qué motivo, por lo cual pensaba pedirle explicaciones más tarde, Egwene tampoco quería que se separaran.

El callejón desembocó de improviso en un pequeño patio trasero de una casa, limitado por los edificios contiguos. Nynaeve ya había desmontado y atado las riendas en una higuera, en un punto donde el semental no pudiera llegar hasta las verduras que crecían en un pequeño huerto que ocupaba la mitad del patio. Una hilera de losas formaba un camino que conducía a la puerta de atrás. Nynaeve se encaminó a ella y llamó.

—¿Qué sucede? —preguntó Egwene pese a sus propósitos—. ¿Por qué nos paramos aquí?

—¿No has visto las hierbas en las ventanas de delante? —Nynaeve volvió a llamar.

—¿Hierbas? —se extrañó Elayne.

—Una Zahorí —le explicó Egwene al tiempo que bajaba de lomos de Niebla y la ataba al lado del negro semental. «Gaidin no es un nombre apropiado para un caballo. ¿Acaso cree que no sé en referencia a quién se lo ha puesto?»—. Nynaeve ha encontrado una Zahorí, o una Buscadora, o como sea que las llamen aquí.

Una mujer abrió la puerta, sólo una rendija, para mirar recelosamente. Al principio Egwene pensó que era gorda, pero, cuando acabó de abrir la puerta, advirtió que, aunque sin duda era robusta, su manera de moverse delataba una buena musculatura. Parecía tan fuerte como la señora Luhhan, y algunos de los habitantes del Campo de Emond aseguraban que Alsbet Luhhan era casi tan forzuda como su marido. Ello no era cierto, pero tampoco se alejaba de la verdad.

—¿En qué puedo serviros? —preguntó la mujer con un acento como el de la Amyrlin. Tenía el pelo gris dispuesto en tupidos rizos que le caían a ambos lados de la cabeza y sus tres delantales, cada uno de ellos ligeramente más oscuro que el de abajo, eran de una tonalidad verde que incluso en el de arriba conservaba un matiz pálido—. ¿Cuál de vosotras me necesita?

—Yo —respondió Nynaeve—. Necesito algo para las náuseas. Y posiblemente también una de mis compañeras. Suponiendo, claro está, que hayamos llamado a la puerta adecuada.

—No sois tearianas —observó la mujer—. Debí suponerlo por vuestra ropa antes de que hablarais. Soy la madre Guenna. También me llaman Sabia, pero soy lo bastante vieja como para no considerarme capaz de curar todos los males. Entrad y os daré un remedio para el estómago.

Era una pulcra cocina, no muy grande, con cazuelas de cobre colgadas de la pared y hierbas secas y embutidos del techo. Varios elevados armarios de madera clara tenían las puertas esculpidas en forma de largos y esbeltos tallos. La mesa estaba casi blanca de tanto fregarla y los respaldos de las sillas estaban adornados con grabados de flores. Encima de la estufa hervía una olla de sopa, de pescado, a juzgar por su olor, y una hervidora con pitorro comenzaba a desprender vapor. No había fuego en la chimenea, detalle del cual se felicitó Egwene, pues ya la estufa mantenía más que caldeado el ambiente, pese a que la madre Guenna no diera señales de tener el más mínimo calor. En la repisa se alineaban los platos, y había más apilados en estantes a ambos lados. El suelo parecía recién barrido.

La madre Guenna cerró la puerta tras ellas.

—¿De qué me haréis la tisana? —preguntó Nynaeve mientras aquélla atravesaba la cocina en dirección al armario—. ¿De achicoria, o de serpol?

—De cualquiera de las dos si las tuviera. —La madre Guenna tomó una jarra de barro de los estantes—. Como no he tenido tiempo de recolectar últimamente, os administraré una infusión de raíz de imperatoria.

—No la conozco bien —admitió Nynaeve.

—Da los mismos resultados que la achicoria, pero tiene un gusto amargo que no agrada a todo el mundo. —La corpulenta mujer puso las hojas secas en una tetera azul y la llevó junto al fuego para añadirle el agua caliente—. ¿Sois del oficio? Sentaos. —Señaló la mesa con una mano con la que asía dos tazas glaseadas de azul que había cogido de la repisa—. Sentaos y charlaremos. ¿Cuál de vosotras tiene también desarreglado el estómago?

—Yo estoy bien —declaró despreocupadamente Egwene, tomando asiento—. ¿Estás tú mareada, Caryla? —La heredera del trono sacudió la cabeza con un pequeño indicio de exasperación.

—Da igual. —La teariana de pelo gris sirvió una copa del oscuro líquido a Nynaeve y luego se sentó frente a ella—. He preparado para dos, pero la tisana de imperatoria se conserva aún más que el pescado salado. También surte más efecto cuanto más reposada está, pero entonces es más amarga. Es un dilema entre la necesidad de poner en orden el estómago o castigarse el paladar. Bebed, muchacha. —Al cabo de un momento llenó la otra copa y tomó un sorbo—. ¿Lo veis? No os hará daño.

Nynaeve se llevó la suya a los labios y emitió una queda exclamación de desagrado al probarla. Cuando volvió a poner el recipiente en la mesa, no obstante, tenía una expresión plácida.

—Sí, es un poco amarga. Decidme, madre Guenna, ¿habremos de soportar mucho tiempo más esta lluvia y este barro?

La Zahorí frunció el entrecejo y las miró con disgusto a cada una hasta posar la vista en Nynaeve.

—No soy una Detectora de Vientos como las que tienen los Marinos, muchacha —dijo en voz baja—. Si pudiera prever el tiempo, antes me pondría pirañas vivas dentro del vestido que admitirlo. Los Defensores consideran ese tipo de cosas como algo propio de Aes Sedai. Y ahora decidme, ¿sois del oficio o no? Yo diría que llegáis de un largo viaje. ¿Qué va bien para mitigar el cansancio? —inquirió de improviso.

—Infusión de vellorita —repuso con calma Nynaeve—, o baños de serpol. Puestos a hacer preguntas, ¿qué hacéis para facilitar un parto?

—Aplicar toallas tibias, mujer —bufó la madre Guenna—, y administrar tal vez un poco de toronjil en casos especialmente difíciles. Una mujer no necesita más que eso, y una mano amiga. ¿No se os ocurre una pregunta que no pudiera responder cualquier campesina? ¿Qué recetáis para dolencias de corazón? De las que pueden causar la muerte.

—Cebolla albarrana y majuelo —contestó vivazmente Nynaeve—. ¿Cómo tratáis a una mujer con pinchazos en el vientre que escupe sangre?

Se enfrascaron en una especie de examen mutuo, intercambiando preguntas y respuestas a una velocidad de vértigo. En ocasiones se demoraban unos instantes en

cierta cuestión, cuando una mencionaba una planta que la otra conocía con otro nombre, pero volvían a reemprender rápidamente el hilo, argumentando acerca de los méritos de las tinturas en comparación con las infusiones, de los ungüentos con las cataplasmas, y sobre los casos en que uno era mejor que otro. Poco a poco, el acelerado interrogatorio fue derivando hacia las hierbas y raíces que una conocía y la otra no, con el mero propósito de ahondar en sus conocimientos. Egwene comenzó a irritarse escuchándolas.

—Después de administrarle escorodonia —explicaba la madre Guenna—, le envolvéis el brazo o la pierna rota con toallas empapadas en agua donde habéis hervido consuelda… sólo la de flor violeta, ¿eh?… —Nynaeve asintió impacientemente con la cabeza— y lo más caliente posible. Una parte de consuelda por diez de agua, no más diluida. Cambiad las toallas en cuanto dejen de humear y repetid la operación durante todo un día. El hueso se soldará dos veces más deprisa que si le hubierais dado sólo escorodonia, y con doble resistencia.

—Lo tendré en cuenta —prometió Nynaeve—. Habéis mencionado el uso de la raíz de la lengua de carnero para el dolor de ojos. No había oído nunca…

—Maryim —las interrumpió Egwene, sin poder resistirlo más—, ¿de veras crees que volverás a necesitar saber todo eso? ¿Acaso has olvidado que ya no eres una Zahorí?

—Yo no he olvidado nada —contestó ávidamente Nynaeve—. Recuerdo que en un tiempo tú estabas tan ansiosa por aprender cosas nuevas como yo.

—Madre Guenna —inquirió Elayne con afabilidad—, ¿qué remedio aplicáis a dos mujeres que no paran de pelearse?

La mujer frunció los labios y fijó la mirada en la mesa.

—Normalmente, tanto a hombres como mujeres, les recomiendo mantenerse alejados uno de otro. Eso es lo más efectivo, y lo más fácil.

—¿Normalmente? —dijo Elayne—. ¿Y si por algún motivo no pueden estar separadas? Si son hermanas, por ejemplo.

—Tengo un procedimiento para refrenar las hostilidades —respondió al cabo de unos instantes la robusta teariana—. No es algo a lo que animo a probar a la gente, pero algunos acuden a mí para que los ayude en eso. —Egwene creyó percibir el asomo de una sonrisa en las comisuras de sus labios—. Les cobro un marco de plata a cada una y dos a los hombres, porque los hombres causan más alboroto. Hay personas que están dispuestas a comprar cualquier cosa, con tal de que tenga un elevado precio.

—¿Pero cuál es la cura? —insistió Elayne.

—Les digo que tienen que traer al otro aquí a la vez, la persona con la que discuten. Ambos esperan que yo pacifique al otro. —Egwene, que escuchaba involuntariamente, advirtió que Nynaeve también estaba pendiente de las palabras de

la mujer—. Una vez que me han pagado —continuó la madre Guenna, doblando un fornido brazo—, los llevo afuera y les sumerjo la cabeza en el barril de agua de lluvia hasta que acepten dejar de pelear.

Elayne prorrumpió en carcajadas.

—Me parece que yo habría hecho algo por el estilo —comentó con tono mucho más alegre Nynaeve. Egwene hizo votos porque la expresión de su cara no fuera como la de Nynaeve.

—No me sorprendería nada. —La madre Guenna sonreía sin disimulo ya—. La próxima vez que tengo noticias de que han discutido, les digo que les proporcionaré gratis el tratamiento, pero que será en el río. Es asombroso el buen resultado de la cura, en especial en los hombres. Y también es asombroso cómo ha contribuido ésta a mi buena reputación. Como es comprensible, ninguna de las personas que trato con este procedimiento explica a nadie en qué consiste, de tal modo que cada varios meses tengo un nuevo paciente por esta cuestión. Si uno ha sido lo bastante estúpido como para comer morralla fangosa, no va por ahí contándoselo a la gente. Supongo que a ninguna de vosotras le apetece gastarse un marco de plata.

—Me parece que no —corroboró Egwene, antes de lanzar una furibunda mirada a Nynaeve cuando ésta se echó a reír a carcajadas.

—Estupendo —se congratuló la mujer—. Las personas a quienes curo de enemistades declaradas tienen tendencia a evitarme como a las algas pegajosas que se enganchan a las redes, y es un placer para mí disfrutar de vuestra compañía. La mayoría de los que acuden a mí actualmente quieren algo para ahuyentar las pesadillas, y se vuelven desabridos cuando confieso que no hay nada que yo pueda hacer. —Torció el gesto por un momento, frotándose las sienes—. Es agradable ver tres caras que no reflejan el desaliento de alguien a quien le da igual seguir vivo que tirarse al mar. Si os quedáis una temporada en Tear, debéis venir a visitarme. ¿La muchacha os ha llamado Maryim? Yo soy Ailhuin. La próxima vez tomaremos un buen té traído por los Marinos en lugar de esta amarga poción. Luz, cómo me repugna el sabor de la imperatoria; los peces que viven en el fango tienen mejor gusto. Por cierto, si aún no os vais, prepararé una infusión de té negro de Tremalking. Falta poco para la cena. Sólo tengo pan, sopa y queso, pero me complacería que me acompañarais.

—Sería muy amable de vuestra parte, Ailhuin —agradeció Nynaeve—. De hecho…, Ailhuin, si tenéis una habitación libre, me gustaría alquilárosla para alojarnos las tres.

La robusta mujer las miró una a una sin decir nada. Después se levantó, guardó el jarro de tisana de imperatoria en el armario y cogió una tetera roja y un saquito de hierbas de otro. No volvió a abrir la boca hasta haber preparado el té de Tremalking, colocado cuatro tazas limpias, un tazón de miel y cucharas de peltre en la mesa y

haber tomado asiento.

—Tengo tres dormitorios vacíos arriba ahora que mis hijas se han casado todas. Mi marido, la Luz lo ilumine, se perdió en el transcurso de una tormenta en los Dedos del Dragón hará veinte años. No es preciso hablar de alquiler, si decido dejaros ocupar las habitaciones. Si así lo decido, Maryim. —Volvió a observarlas mientras removía la miel de la infusión.

—¿De qué dependerá vuestra decisión? —inquirió Nynaeve.

Ailhuin continuó removiendo, como si se hubiera olvidado de beber.

—Tres jóvenes que montan caballos de raza. Yo no sé gran cosa de caballos, pero para mí que los vuestros son tan buenos como los que utilizan los nobles. Vos, Maryim, conocéis suficientemente el oficio como para haber colgado ya un manojo de hierbas en vuestra ventana o elegir el lugar donde hacerlo. No sé de ningún caso en que una mujer practique nuestra profesión muy lejos de su lugar de origen, pero por vuestro acento, estáis muy lejos de casa. —Dedicó una breve mirada a Elayne—. En pocos países se da esa tonalidad de pelo. De Andor, debéis de ser, por la forma de hablar. Los necios de los hombres siempre hablan de conquistar a una chica rubia andoriana. Lo que deseo saber es ¿por qué? ¿Huís de algo? ¿O vais en pos de algo? Lo cierto es que no tenéis aspecto de maleantes, y nunca he oído que tres mujeres persiguieran juntas a un hombre. Decidme, pues, la razón de vuestro viaje y, si me satisface, os cederé las habitaciones. Si queréis pagar algo, comprad un poco de carne de vez en cuando. La carne escasea desde que se interrumpió el comercio con Cairhien. Pero primero contestad a mi pregunta, Maryim.

—Vamos en pos de algo, Ailhuin —respondió Nynaeve—. O más bien de alguien. —Egwene se esforzó por mantener la calma con la confianza de lograr una representación tan lograda como la de Elayne, que tomaba sorbos de té como si estuviera escuchando una conversación sobre vestidos. De todas formas, Egwene no creía que los oscuros ojos de Ailhuin Guenna se perdieran ningún detalle—. Robaron algunos objetos, Ailhuin —prosiguió Nynaeve—. De mi madre. Y asesinaron a varias personas. Hemos venido aquí para que se haga justicia.

—Santa Luz —se escandalizó la corpulenta Zahorí—, ¿es que no tenéis hombres en la familia? Por lo general los hombres no valen para gran cosa, aparte de para cargar pesos y estorbar… y para dar besos y cuestiones por el estilo… pero, si hay que librar una batalla o capturar a un ladrón, que lo hagan ellos. Andor es un país tan civilizado como Tear. No sois Aiel.

—No había nadie más a quien recurrir —adujo Nynaeve—. Quienes podrían haber venido en nuestro lugar fueron asesinados.

«Las tres Aes Sedai muertas —pensó Egwene—. Ésas no podían ser del Ajah Negro. Pero, si no las hubieran matado, la Amyrlin no habría podido confiar en ellas. Procura mantenerse dentro de los límites impuestos por los Tres malditos Juramentos,

pero casi los está rozando.»

—Aaah —exclamó con tristeza Ailhuin—. ¿Mataron a vuestros hombres? ¿Hermanos o maridos o padres? —Nynaeve se ruborizó, y la mujer interpretó erróneamente la emoción que causaba aquel sonrojo—. No, no hace falta que me lo digáis, hija. No conviene hurgar en las heridas. Dejadlas reposar adentro hasta que se disipe el dolor. Vamos, vamos, tranquila. —Egwene hubo de reprimir un gruñido de disgusto.

—Tengo la obligación de preveniros —dijo Nynaeve con voz tensa y las mejillas todavía coloradas—. Esos ladrones asesinos son Amigos Siniestros. Son mujeres, pero tan peligrosas como cualquier experto espadachín, Ailhuin. Ése es el motivo por el que no nos hemos dirigido a una posada. Es posible que sospechen que las seguimos y que vigilen para averiguar nuestro paradero.

Ailhuin exhaló un bufido, restándole importancia.

—De las cuatro personas más peligrosas que conozco, dos son mujeres que lo máximo que llevan encima es un cuchillo, y sólo uno de los dos hombres sabe manejar la espada. Por lo que respecta a los Amigos Siniestros… Maryim, cuando seáis tan vieja como yo, sabréis que los falsos Dragones son temibles, los cazones son temibles, los tiburones son temibles, y también las tormentas repentinas que vienen del sur; pero los Amigos Siniestros son unos mentecatos. Repugnantes mentecatos, pero mentecatos. El Oscuro está preso en el lugar donde lo puso el Creador, y ningún Buscador ni pez colmillo de los que asustan a los niños lo sacará de allí. Los necios únicamente me dan miedo cuando están al mando de la barca en que viajo. Supongo que no tendréis ninguna prueba que presentar a los Defensores de la Ciudadela… ¿Sería sólo vuestra palabra contra la suya?

«¿Qué será un "Buscador"? —se preguntó Egwene—. ¿Y un pez colmillo?»

—Tendremos las pruebas cuando las encontremos —afirmó Nynaeve—. Tendrán en su poder lo que se llevaron, y nosotras podemos describir cada una de las piezas. Son antigüedades, de escaso valor salvo para nosotras y nuestros amigos.

—Os sorprendería ver el precio que pueden tener las antigüedades —declaró secamente Ailhuin—. El viejo Leuese Mulan atrapó en sus redes tres cuencos y una taza de piedra del corazón el año pasado, allá abajo en los Dedos del Dragón. Ahora, en vez de pescar con una barquita, es propietario de un barco mercante. El pobre estúpido ni siquiera sabía qué había pescado hasta que yo se lo dije. Seguramente debe de haber más en el sitio de donde los sacó, pero Leuese no se acordaba ni del lugar exacto. No sé cómo consiguió cazar algún pez entre sus redes. La mitad de los botes pesqueros de Tear pasaron varios meses allá abajo, dragando en busca de *cuendillar*, en vez de platijas y meros, y algunos iban acompañados de aristócratas que les indicaban dónde echar las redes. Ése es el valor que pueden alcanzar las antigüedades, si son lo bastante viejas. Cambiando de tema, he llegado a la

conclusión de que necesitáis el apoyo de un hombre, y yo conozco a la persona indicada.

—¿Quién? —inquirió con vivo interés Nynaeve—. Si habéis pensado en un noble, en uno de los Grandes Señores, recordad que no tendremos pruebas hasta no haberlas encontrado.

Ailhuin rió hasta quedarse sin resuello.

—Muchacha, ningún habitante del Maule conoce a un Gran Señor ni a ningún aristócrata. La morralla no se codea con los peces de colores. Os voy a traer al hombre peligroso que conozco y que no es un espadachín, el más peligroso de los dos, a decir verdad. Juilin Sandar es un husmeador. El mejor de todos. No sé si será igual en Andor, pero aquí un husmeador trabaja tanto para el vulgo como para los nobles y los mercaderes, y además cobra menos. Juilin las encontrará, siempre que ello sea posible, claro, y os traerá lo robado sin que tengáis que acercaros a esos Amigos Siniestros.

Nynaeve aceptó como si no acabara de estar convencida, y Ailhuin se ató aquellas plataformas a los zapatos —zuecos, las llamaba ella— y se marchó. Egwene miró por una de las ventanas de la cocina cómo se alejaba por el callejón y torcía en la esquina.

—Has aprendido a ser una Aes Sedai, Maryim —dijo, volviéndose—. Manipulas a la gente con tanta habilidad como Moraine. —Nynaeve se quedó blanca como el papel.

Elayne se aproximó decididamente a Egwene y le dio una bofetada. Egwene estaba tan estupefacta que no pronunció palabra alguna.

—Te excedes demasiado —la reprendió con dureza la rubia muchacha—. Demasiado. ¡Debemos vivir juntas, o de lo contrario acabaremos muertas las tres! ¿Le has dicho tú tu verdadero nombre a Ailhuin? Nynaeve le ha revelado cuanto ha podido, que buscamos a unos Amigos Siniestros, y ya supone bastante riesgo confesar que uno tiene aunque sea la más remota relación con Amigos Siniestros. La ha prevenido de que eran peligrosas, de que eran unas asesinas. ¿Preferirías que le hubiera dicho que eran del Ajah Negro? ¿En Tear? ¿Arriesgarías todo, sin tener la certidumbre de que Ailhuin guardaría el secreto?

Egwene se frotó la mejilla. Elayne le había pegado con fuerza.

—No tiene por qué gustarme.

—Lo sé —suspiró Elayne—. A mí tampoco. Pero debemos aceptar la necesidad.

Egwene se volvió de espaldas y miró los caballos atados en el patio. «Sé que no hay más remedio. Pero no me gusta.»

49



Una tormenta en Tear

Egwene regresó finalmente a la mesa. En su fuero interno reconocía que tal vez Elayne estaba en lo cierto, que se había propasado, pero no quiso presentar disculpas, y las tres permanecieron en silencio.

Al volver, Ailhuin iba acompañada de un hombre, un individuo delgado de mediana edad que parecía esculpido en madera renegrida. Juilin Sandar se quitó los zuecos junto a la puerta y colgó el cónico sombrero de paja en una percha. Bajo su chaqueta marrón, de su cintura pendía una maza muy parecida a la que usaba Hurin, y en la mano llevaba una vara igual de alta que él, aunque apenas más gruesa que su dedo pulgar, de la misma madera clara segmentada que utilizaban los carreteros para azuzar a los bueyes. Llevaba el pelo corto, aplastado en la cabeza, y sus vivos ojos oscuros parecían advertir y registrar cada detalle de la habitación… y de todas las personas que se encontraban en ella. Egwene habría apostado algo a que había examinado dos veces a Nynaeve y otras tantas a ella. La ausencia de reacción por parte de Nynaeve era señal patente de que ella también lo había notado.

Ailhuin lo invitó a tomar asiento en la mesa, donde se arremangó la chaqueta, saludó con la cabeza a cada de una de ellas y apoyó su bastón en el hombro, guardando un absoluto mutismo hasta que la canosa teariana hubo preparado nuevamente té y todos hubieron comenzado a tomarlo.

—La madre Guenna me ha hablado de vuestro problema —dijo en voz baja al tiempo que depositaba su taza en la mesa—. Os ayudaré si puedo, pero los Grandes Señores me llamarán seguramente pronto para atender sus asuntos.

—Juilin —bufó la recia mujer—, ¿desde cuándo regateas como un tendero que pretende cobrar el lino a precio de seda? No me vas a hacer creer que sabes por antelación cuándo te solicitarán los Grandes Señores.

—No son fingimientos —afirmó, sonriendo, Sandar—. Sé muy bien cuándo he visto hombres por los tejados de noche. Se escabullen como agujas en los juncos, pero he visto el movimiento aunque sólo sea con el rabillo del ojo. Pese a que nadie

ha denunciado todavía ningún robo, hay ladrones dentro de las murallas, tan cierto como que estamos aquí. Veréis cómo no transcurrirá más de una semana antes de que me reclamen de la Ciudadela porque una banda de rateros ha irrumpido en varias casas de mercaderes o incluso en las casas solariegas de los nobles. Los Defensores son buenos para mantener el orden en las calles, pero cuando se ha de seguir la pista de un ladrón recurren a un husmeador, y a mí antes que a nadie. No lo digo para subir el precio, sino para preveniros de que lo que vaya a hacer por estas hermosas mujeres deberé hacerlo sin tardanza.

—Creo que dice la verdad —admitió con desgana Ailhuin—. Os dirá que la luna es verde y el agua blanca si piensa que con ello conseguirá un beso, pero respecto a otras cuestiones miente menos que la mayoría de los hombres. Puede que sea el hombre más honrado nacido en el Maule.

Elayne se tapó la boca, y Egwene aplicó toda su voluntad para no reír. Nynaeve siguió imperturbable, dando sólo muestras de impaciencia. Sandar se volvió con una mueca hacia la mujer y luego hizo como si no la hubiera oído.

—Reconozco que siento curiosidad por esas ladronas —confesó, sonriendo a Nynaeve—. He conocido mujeres que se dedicaban a ese oficio, y bandas de ladrones, pero no sabía de ningún caso de pandillas de ladronas. Y le debo algunos favores a la madre Guenna. —Su mirada pareció observar de nuevo con todo pormenor a Nynaeve.

—¿Cuánto cobráis? —inquirió con aspereza ésta.

—Por recuperar lo robado —repuso vivazmente el hombre—, la décima parte de su valor. Por localizar a alguien, un marco de plata por persona. Como la madre Guenna dice que los objetos que se llevaron tienen más bien un valor afectivo para vosotras, estoy dispuesto a no cobraros nada por ellos. —Volvió a sonreír, descubriendo una blanquísima dentadura—. Si no fuera porque la hermandad lo vería con malos ojos, no os haría pagar nada, pero os haré un buen precio. No más de un par de monedas de cobre.

—Conozco a un husmeador —le dijo Elayne—. De Shienar. Un hombre muy respetuoso. Él lleva una espada además de la maza. ¿Por qué no la lleváis vos?

Sandar dejó traslucir cierto estupor y luego enojo por haberse sorprendido. No había percibido su insinuación, o bien había optado por hacer caso omiso de ella.

—Vosotras no sois tearianas. Me han contado cosas sobre Shienar, señora, historias de trollocs y fervientes afirmaciones de que allí todos los hombres son guerreros. —Su sonrisa dejaba bien claro que consideraba todo aquello como cuentos para niños.

—Son informaciones verídicas —aseguró Egwene—. O cuando menos distan poco de la realidad. Yo he estado en Shienar.

El husmeador la miró, pestañeando, y luego prosiguió.

—Yo no soy un aristócrata ni un rico mercader, ni siquiera un soldado. Los Defensores no importunan a los extranjeros que llevan espadas… con tal que no permanezcan mucho aquí, claro está…, pero a mí me encarcelarían en las mazmorras de la Ciudadela. Existen leyes que respetar, señora. —Recorrió inconscientemente con la mano la vara—. Con todo, suelo salir bien parado sin espada. —Volvió a dirigir su sonrisa a Nynaeve—. Ahora, si sois tan amable de hacerme una descripción de lo robado…

Calló cuando Nynaeve puso su portamonedas sobre el borde de la mesa y sacó trece marcos de plata. A Egwene le pareció que había elegido los de menos peso; casi todos eran tearianos y sólo uno, andoriano. La Amyrlin les había dado una buena cantidad de oro, pero no duraría eternamente. Nynaeve miró pensativamente el portamonedas antes de tensar las cuerdas y volver a guardarlo en su bolsa.

—Son trece las mujeres que debéis buscar, maese Sandar. Recibiréis una cantidad igual de plata cuando las hayáis encontrado. Nosotras nos encargaremos de recuperar nuestras pertenencias.

—Yo mismo lo haré por menos dinero —declinó—. Y no es preciso que me paguéis más de la cuenta. Ése es mi precio, y podéis estar seguras de que no me dejaré sobornar.

—No hay de qué temer a ese respecto —confirmó Ailhuin—. Ya os he dicho que es honrado. Sólo tenéis que desconfiar de él si os dice que os quiere. —Sandar le asestó una furibunda mirada.

—Yo soy quien paga, maese Sandar —declaró con resolución Nynaeve—, y, por tanto, elijo lo que compro. ¿Os limitaréis a localizar a esas mujeres? —Aguardó hasta que él asintió, reacio, con la cabeza, para continuar—. Puede que estén juntas o puede que no. La primera es tarabonesa, un poco más alta que yo, de ojos oscuros y pelo claro de color miel que lleva peinado con una multitud de pequeñas trenzas al estilo tarabonés. Algunos hombres la encontrarían guapa, aunque ella no lo tomaría como un cumplido. Tiene una expresión de malhumorado resentimiento. La segunda es kandoresa. Es morena, con una larga melena y una mecha blanca sobre la oreja izquierda y…

No especificó nombre alguno, y Sandar tampoco los preguntó. Los nombres era algo que podía cambiarse muy fácilmente. No había vuelto a sonreír desde que Nynaeve inició su exposición. El husmeador escuchó atentamente la descripción de las trece mujeres y, cuando su amiga hubo concluido, Egwene tuvo la certeza de que habría podido volver a repetirla palabra por palabra.

—Posiblemente la madre Guenna os lo ha dicho —finalizó Nynaeve—, pero yo lo reiteraré. Esas mujeres son más peligrosas de lo que alcanzáis a imaginar. Que yo sepa, son doce las personas a las que han asesinado, y no me sorprendería que la suya no fuera más que una gota de la sangre con que se han manchado las manos. —

Sandar y Ailhuin pestañearon al oírlo—. Si descubren que hacéis indagaciones sobre ellas, moriréis. Si os capturan, os obligarán a revelar nuestro paradero y la madre Guenna probablemente morirá con nosotras. —La Zahorí puso cara de incredulidad —. ¡Creedme! —Nynaeve exigió conformidad con la mirada—. ¡Creedme, o volveré a quedarme con la plata y contrataré a otro que tenga más sentido común!

—Cuando era joven —dijo, con voz seria, Sandar—, una ladrona me clavó un cuchillo en las costillas porque no pensé que una linda muchacha fuera lo bastante rápida para acuchillar a un hombre. Ya no cometo tales equivocaciones. Obraré como si esas mujeres fueran, de la primera a la última, Aes Sedai, y del Ajah Negro. —Egwene casi se atragantó, y él le dirigió una pesarosa sonrisa mientras introducía las monedas en su propia bolsa y la guardaba debajo de la faja—. No era mi intención asustaros, señora. No hay Aes Sedai en Tear. Tal vez tarde unos días, a menos que estén juntas. Será sencillo localizar a trece mujeres juntas; más difícil, si están separadas. En un caso u otro, las encontraré. Y no las pondré sobre aviso hasta informaros de dónde están.

—Espero que no peque de confiado —comentó Elayne cuando ya se había ido por la puerta trasera tras ponerse el sombrero de paja y los zuecos—. Ailhuin, he oído lo que ha dicho pero… ¿comprende que son realmente peligrosas?

—No es ningún estúpido, salvo cuando se interponen unos preciosos ojos o unos tobillos bien torneados —aseguró la mujer de cabello gris—, lo cual es, por otra parte, un defecto común en los hombres. Es el mejor husmeador de Tear. No os preocupéis. Encontrará a esos Amigos Siniestros.

—Volverá a llover esta noche. —Nynaeve se estremeció, a pesar del caldeado ambiente de la habitación—. Presiento que habrá tormenta. —Ailhuin sacudió la cabeza y se fue a servir la sopa de pescado para la cena.

Después de cenar y recoger la mesa, Nynaeve y Ailhuin se pusieron a hablar de hierbas y de curas. Elayne se distrajo bordando una franja de florecillas azules y blancas que ya tenía empezada en la capa y después se sumió en la lectura de una copia de *Los ensayos de Willim de Mariaches* que tenía Ailhuin en su pequeña estantería de libros. Egwene intentó leer, pero ni los ensayos ni *Los viajes de Jain el Galopador* ni los divertidos cuentos de Aleria Elffin consiguieron retener durante más de unas cuantas páginas su interés. Tocó el *ter'angreal* de piedra por entre la tela del vestido. «¿Dónde están? ¿Qué buscan en la Ciudadela? ¿Qué es lo que quieren si nadie salvo el Dragón…, nadie salvo Rand… puede tocar *Callandor*? ¿Qué es? ¿Qué?»

Cuando se hizo noche cerrada, Ailhuin las condujo a cada una a un dormitorio del segundo piso, pero, después de que ella se hubo acostado, las tres se reunieron en el de Egwene, iluminado con una sola lámpara. Egwene ya se había desvestido y el cordel colgaba de su cuello con los dos anillos. La rayada piedra era mucho más

pesada que el oro. Habían hecho lo mismo cada noche desde que habían abandonado Tar Valor, con la sola excepción de la noche pasada con los Aiel.

—Despertadme dentro de una hora —indicó.

—¿Tan poco rato esta vez? —se extrañó Elayne.

—¿Estás inquieta? —preguntó Nynaeve—. Quizás estés utilizándolo con excesiva frecuencia.

—Todavía estaríamos en Tar Valon fregando ollas con la aprensión de descubrir a una hermana Negra o de perecer a manos de un Hombre Gris si no lo hubiera hecho —contestó bruscamente Egwene. «Luz, Elayne tiene razón. Me estoy comportando como una chiquilla rencorosa.» Respiró hondo—. Puede que esté algo inquieta. Quizá se deba a lo cerca que nos encontramos del Corazón de la Ciudadela, de *Callandor*. Tan cerca de la trampa cuya naturaleza ignoramos.

—Ten cuidado —aconsejó Elayne.

—Ten mucho cuidado, Egwene, por favor —pidió, en voz más baja, Nynaeve, dándose breves tirones de trenza.

Cuando Egwene se echó en la cama y sus dos compañeras se instalaron en taburetes a ambos lados de ella, sonó un retumbar de truenos. Tardó un poco en conciliar el sueño.

Como siempre al principio, se halló en las onduladas colinas rodeada de flores, mariposas y pájaros, bajo un sol primaveral y acariciada por una suave brisa. Aquella vez llevaba un vestido de seda verde, con pájaros dorados bordados en el pecho, y unos escarpines de terciopelo del mismo color. El *ter'angreal* parecía tan liviano que habría salido volando si el peso del anillo con la Gran Serpiente no se lo hubiera impedido.

A costa de errores había aprendido algo de las normas que regían en el *Tel'aran'rhiod*, pues aun aquel Mundo de Sueños tenía sus propias pautas, por más singulares que fueran, de las cuales no conocía, sin duda, ni la décima parte, y un método para dirigirse a donde deseaba. Cerró los ojos y disipó todo pensamiento de la mente igual como haría para abrazar el *Saidar*. No era tan sencillo, porque la imagen de un capullo de rosa se insinuaba sin cesar y ella sentía continuamente la llamada de la Fuente Verdadera y se desvivía por tender el puente hacia ella, pero debía llenar el vacío con algo distinto. Imaginó el Corazón de la Ciudadela, tal como lo había visto en aquellos sueños, lo plasmó perfectamente, con todo detalle, en la vacuidad formada en su cerebro: las descomunales columnas de piedra roja pulida; las gastadas baldosas del suelo; la espada de cristal, intocable, girando lentamente con la empuñadura abajo, suspendida en el aire. Cuando le resultó tan real que tuvo la certidumbre de poder alargar la mano y tocarla, abrió los ojos, y se encontró allí, en el Corazón de la Ciudadela. O cuando menos en el Corazón de la Ciudadela tal como existía en el *Tel'aran'rhiod*.

Allí estaban las columnas, y *Callandor*. Y en torno a la reluciente espada, casi tan tenues e insustanciales como sombras, estaban sentadas con las piernas cruzadas trece mujeres, contemplando *Callandor*. Liandrin volvió su cabeza cubierta de trenzas de color de miel y miró directamente a Egwene con sus grandes y oscuros ojos, y curvó su boca en una sonrisa.

Egwene se incorporó, jadeante, en la cama tan deprisa que a punto estuvo de caerse.

—¿Qué pasa? —preguntó Elayne—. ¿Qué ha ocurrido? Pareces asustada.

—Si acabas de cerrar los ojos —observó quedamente Nynaeve—. Es la primera vez que despiertas por ti misma, sin que te llamáramos. Ha sucedido algo, ¿verdad? —Se tiró violentamente de la trenza—. ¿Estás bien?

«¿Cómo he vuelto? —se preguntó Egwene—. Luz, ni siquiera sé qué he hecho.» Era consciente de que simplemente procuraba posponer lo que tenía que decir. Desabrochando el cordel que le rodeaba el cuello, sostuvo el anillo con la Gran Serpiente y el aro retorcido del *ter'angreal* en la palma de la mano.

—Nos están esperando —dijo por fin. No era preciso especificar quiénes—. Y me parece que saben que estamos en Tear.

Afuera, la tormenta se desató sobre la ciudad.

La lluvia repiqueteaba arriba en la cubierta mientras Mat mantenía fija la mirada en el tablero de la mesa frente a Thom, pero no conseguía concentrarse en la partida, ni siquiera habiendo apostado un marco de plata andoriano. Se oía fragor de truenos y en los ojos de buey relampagueaban los rayos. Cuatro lámparas iluminaban la cabina del capitán del *Vencejo*. «Este condenado barco será tan lustroso como el pájaro, pero de todas formas va demasiado lento.» El bajel dio una pequeña sacudida y luego otra; parecía que se movía de manera diferente. «¡Más le vale no hacernos embarrancar en el maldito fango! ¡Si no va todo lo veloz que se puede ir con esta bañera ambulante, le haré tragar el oro que le di!» La preocupación le había impedido dormir bien desde que habían salido de Caemlyn. El sueño atrasado lo hizo bostezar al colocar una ficha blanca en la intersección de dos líneas; en tres jugadas capturaría casi una quinta parte de las piezas de Thom.

—Podrías ser un buen jugador, chico —observó Thom con la pipa entre los dientes, moviendo a su vez—, si aplicaras más atención. —Su tabaco olía a hojas y frutos secos.

Mat alargó la mano para tomar una ficha del montón que tenía al lado, luego pestañeó y renunció a ello. En tres jugadas, las fichas de Thom acorralarían una tercera parte de las suyas. No lo había previsto y ahora no veía escapatoria.

—¿Perdéis alguna vez jugando? ¿Habéis perdido aunque sólo sea una partida?

—Hace mucho tiempo que no sufro una derrota —reconoció Thom, atusándose el bigote—. Morgase solía ganarme cada dos por tres. Se dice que los buenos

comandantes militares y los expertos en las intrigas del Juego de las Casas tienen una especial habilidad para los juegos de fichas. Ella constituye un claro ejemplo, y no me cabe duda de que sería capaz de dirigir con éxito una batalla.

—¿No querríais jugar a los dados un rato? Es mucho más rápido.

—Prefiero tener una oportunidad clara de ganar en lugar de una entre nueve o diez —contestó secamente el juglar de blanco cabello.

Mat se puso en pie de un salto cuando la puerta se abrió de golpe dando paso al capitán Derne. El marino de angulosas facciones sacudió el agua de la capa que le cubría los hombros, murmurando maldiciones para sí.

—Que la Luz me abrase los huesos si sé por qué os permití contratar el *Vencejo*. No habéis parado de exigir más velocidad ni en la más negra de las noches ni lloviendo a mares. Más velocidad. ¡Constantemente más velocidad, maldita sea! ¡A estas alturas ya habríamos podido embarrancar cien veces en un condenado bajío!

—Porque queríais el dinero —replicó ásperamente Mat—. Asegurasteis que este montón de viejos tablones era veloz, Derne. ¿Cuándo llegaremos a Tear?

—Estamos soltando amarras en el muelle —respondió el capitán con una tensa sonrisa—. ¡Que se me lleven todos los demonios si vuelvo a transportar algo que tenga capacidad de habla! ¿Dónde está el resto del oro?

Mat fue corriendo a asomarse a una de las pequeñas ventanas. Con la cruda luz de los intermitentes relámpagos vio un mojado puerto. Entonces extrajo una segunda bolsa de oro del bolsillo y la lanzó a Derne. «¡Dónde se ha visto un marino que no juega a los dados!»

—Ya era hora —gruñó. «Quiera la Luz que no sea demasiado tarde.»

Se colgó de un hombro el hatillo de cuero donde había guardado sus mudas de ropa y del otro el rollo de fuegos de artificio al que había atado una cuerda. La capa lo tapaba todo pero se abría un poco por delante. Mejor que se mojara él y no los cohetes. Él podía secarse y quedar como nuevo; una prueba realizada con un cubo le había demostrado que no ocurría lo mismo con los artículos de pirotecnia. «Supongo que el padre de Rand tenía razón.» Mat siempre había pensado que el Consejo del Pueblo se negaba a lanzarlos cuando llovía simplemente porque resultaban más vistosos en noches despejadas.

—¿Todavía no vas a venderlos?

Thom estaba poniéndose la capa de juglar. Con ella cubrió las fundas de cuero de su arpa y flauta, pero el hatillo con la ropa y las mantas se lo colgó en la espalda por encima de la prenda de parches multicolores.

—No lo haré hasta que no haya descubierto cómo funcionan, Thom. Pensad, además, qué divertido será cuando los haga estallar todos en el cielo.

—Con tal que no prendas todas las mechas a la vez, chico —señaló, estremecido, el juglar—. Con tal que no los arrojes en la chimenea a la hora de la cena. No me

extrañaría de ti, habiendo sido testigo de la imprudencia con que los has manipulado. Tuviste suerte de que el capitán no nos echara del barco hace dos días.

—Bajo ningún concepto habría hecho tal cosa. —Mat se echó a reír—. Todavía estaba pendiente la entrega de ese portamonedas. ¿Eh, Derne?

Derne hacía saltar la bolsa de oro en la mano.

—Ahora que me habéis dado el dinero y que no tenéis posibilidad de recuperarlo, os haré una pregunta que no había osado formular. ¿A cuento de qué venía tanta demanda de rapidez?

—Una apuesta, Derne. —Bostezando, Mat recogió su barra, dispuesto a marcharse—. Una apuesta.

—¡Una apuesta! —Derne fijó la mirada en la pesada bolsa. La otra, de idéntico valor, estaba cerrada con llave en el arcón que le servía de caja fuerte—. ¡Debe de haber un condenado reino en juego!

—Algo aún más valioso —precisó Mat.

La lluvia que caía a raudales le impedía distinguir la pasarela salvo cuando los relámpagos iluminaban la ciudad, y el estruendo del aguacero apenas le permitía escuchar sus propios pensamientos. Había visto, sin embargo, luz en las ventanas de una calle cercana y había inferido que allí habría posadas. El capitán no había salido a cubierta para despedirlos, y ninguno de los marineros se había quedado tampoco a la intemperie. Mat y Thom se encaminaron solos hacia el muelle.

Mat profirió varios juramentos cuando se le hundieron las botas en el fango de la calle, pero, como no había forma de remediarlo, siguió caminando lo más rápidamente posible en aquel barrizal en el que se le pegaba a cada paso la punta del bastón. Aun con la lluvia, en el aire flotaba un olor a pescado rancio.

—Buscaremos una posada —dijo bien alto para que Thom lo oyera— y luego saldremos a realizar pesquisas.

—¿Con este tiempo? —gritó Thom, a quien parecía preocuparle más mantener tapados sus instrumentos que la cara por la que le chorreaba el agua.

—Es posible que Comar partiera antes de Caemlyn que nosotros. Si cabalgaba en un buen caballo en lugar de los jamelgos que utilizamos nosotros, podría haber embarcado en Aringill con una ventaja de un día, y no sé hasta qué punto recuperamos tiempo con ese idiota de Derne.

—Ha sido un viaje veloz —admitió Thom—. El *Vencejo* es digno de su nombre.

—Sea como sea, Thom, tanto si llueve como si no, tengo que localizarlo antes de que él encuentre a Egwene, Nynaeve y Elayne.

—Unas cuantas horas no cambiarán la situación, chico. Hay cientos de posadas en una ciudad como Tear y seguramente habrá otras tantas en extramuros, muchas de ellas tan pequeñas que no tendrán más de una docena de habitaciones que ofrecer y tan insignificantes que podrías pasar delante de ellas sin percatarte de su existencia.

—El juglar se subió más la capucha, murmurando para sí—. Nos llevará semanas buscar en todas, pero Comar tardará el mismo tiempo. No será ninguna insensatez pasar la noche a resguardo de la lluvia. Puedes apostar el dinero que te queda a que Comar no saldrá a mojarse.

Mat sacudió la cabeza. «Una insignificante posada con una docena de habitaciones.» Antes de salir del Campo de Emond, el edificio más grande que había visto era la Posada del Manantial. Dudaba mucho que Bran al'Vere dispusiera de más de una docena de habitaciones para huéspedes. Egwene vivía con sus padres y sus hermanas en la parte delantera del segundo piso. «Diantre, a veces pienso que ninguno de nosotros debería haber abandonado el Campo de Emond.» A Rand no le habría quedado, empero, más remedio que hacerlo, y Egwene habría muerto seguramente de no haber ido a Tar Valon. «Ahora podría acabar muerta precisamente por haber ido.» Por su parte, no creía que pudiera adaptarse de nuevo a la vida del campo, habida cuenta de que sería imposible jugar a los dados con las vacas y los corderos. Perrin tenía, sin embargo, oportunidad de regresar. «Vuelve a casa, Perrin —lo incitó inconscientemente con el pensamiento—. Vuelve mientras puedes.» De inmediato volvió a su natural escepticismo. «¡Qué imbécil! ¿Qué interés tendría en volver?» Pensó en una cama, pero ahuyentó tan tentadora imagen. «Todavía no.»

Un relámpago de tres dentados haces bañó con su cruda luz una estrecha casa en cuyas ventanas le pareció advertir colgados unos manojos de hierbas y una tienda con los postigos cerrados. Los cuencos y platos pintados en el letrero la identificaban como un establecimiento de alfarería. Bostezando, se encogió para proteger la espalda de la lluvia y procuró despegar con mayor rapidez las botas del pegajoso fango.

—Creo que podemos olvidarnos de esta zona de la ciudad, Thom —gritó—. ¿Imagináis a Nynaeve o a Egwene, por no decir a Elayne, eligiendo alojarse en un lugar con tanto barro y esta pestilencia a pescado? A las mujeres les gustan las cosas limpias y ordenadas, Thom, y que huelan bien.

—Puede que sí —murmuró Thom y luego tosió—. Te sorprendería ver lo que son capaces de soportar las mujeres. Pero es posible.

Agarrándose la capa para mantener tapado el fajo con los cohetes de pirotecnia, Mat apretó el paso.

—Vamos, Thom. Quiero encontrar a Comar o a las muchachas esta noche; o a él o a ellas.

Thom siguió cojeando tras él y tosiendo de vez en cuando.

Atravesaron las amplias puertas de la ciudad, que nadie vigilaba bajo el aguacero, y Mat sintió con alivio las losas del pavimento bajo sus pies. Y a menos de cincuenta metros había una posada cuyas ventanas derramaban luz en la calle y cuya música se esparcía en la noche. El mismo Thom recorrió velozmente el último metro bajo la

lluvia a pesar de su cojera.

La Media Luna tenía un propietario cuya obesa figura ajustaba perfectamente su larga chaqueta azul tanto de cintura para arriba como para abajo, a diferencia de la acampanada holgura de los faldones de la prenda similar de la mayoría de los clientes sentados en las mesas. Mat calculó que en los abombachados calzones ceñidos a los tobillos del posadero habrían podido embutirse, uno en cada pernera, dos hombres normales. Las camareras llevaban oscuros vestidos de cuello alto y cortos delantales blancos. Había un individuo tocando el dulcimer entre las dos chimeneas de piedra, al cual observó con ojos de experto Thom antes de sacudir desaprobadoramente la cabeza.

El voluminoso propietario, Cavan Lopar, les adjudicó encantado habitaciones. Aunque miró con mala cara el fango prendido a sus botas, la plata del bolsillo de Mat, que ya no rebosaba oro, y la capa de coloridos parches de Thom le suavizaron la expresión. Cuando Thom ofreció dar una representación por un reducido precio algunas noches, a Lopar se le agitó de placer la doble papada. No sabía nada de un alto sujeto con una franja blanca en la barba, ni tampoco de las tres mujeres que le describió Mat. Éste dejó todo su equipaje salvo la capa y la barra en su dormitorio, sin apenas mirar para ver si había una cama, rehusando dejarse tentar por el sueño, y luego dio precipitadamente cuenta de un aromático plato de pescado guisado y se fue a la calle. Vio con sorpresa que Thom salía tras él.

—Pensaba que queríais quedaros al cobijo de la lluvia, Thom.

El juglar dio una palmada a la funda de la flauta que aún llevaba bajo la capa. El resto de sus pertenencias las había dejado en la habitación.

—La gente habla con los juglares, chico. Puede que averigüe algo que no te dirían a ti. Me disgustaría tanto como a ti que algo malo les ocurriera a esas muchachas.

Había otra posada a cien metros, en la acera de enfrente, y otra más a doscientos metros, y muchas otras a lo largo de su camino. Mat entraba en todas y permanecía el rato suficiente para que Thom hiciera revolotear su capa y recitara un relato para dejarse después invitar a una copa de vino mientras él preguntaba por un hombre alto con una franja de pelo blanco en una barba bastante corta y tres mujeres jóvenes. Ganó algunas monedas a los dados, pero no averiguó nada, ni tampoco Thom. Observaba con alivio que el juglar sólo tomaba unos pocos sorbos de vino en cada establecimiento, pues, aunque Thom se había abstenido prácticamente de beber en el barco, no estaba seguro de que no fuera a recaer en el vicio de la bebida una vez que llegaran a Tear. Habían visitado ya más de veinte posadas y Mat sentía que se le cerraban los párpados. La lluvia había cedido un poco, pero seguían cayendo persistentes goterones, acompañados de un frío viento. El cielo tenía el oscuro color plomizo que precedía al alba.

—Chico —murmuró Thom—, si no volvemos a La Media Luna, me voy a quedar

dormido aquí mismo. —Paró para toser—. ¿Te das cuenta de que has pasado de largo por tres posadas? Luz, estoy tan cansado que no puedo ni pensar. ¿Sigues algún plan predeterminado del que no me has hablado?

Mat miró con ojos nublados a un alto individuo cubierto con una capa que doblaba con paso presuroso una esquina. «Luz, yo sí que estoy cansado. Rand se encuentra a quinientas leguas de aquí, jugando a ser el maldito Dragón.»

—¿Cómo? ¿Tres posadas? —Se hallaban casi enfrente de otra. La Copa de Oro, según rezaba el letrero que crujía balanceado por el viento. Aunque sin duda se trataba de una copa y no de un cubilete de dados, decidió probar suerte allí de todos modos—. Una más, Thom. Si no los encontramos aquí, iremos a acostarnos. —Aun cuando la perspectiva de tumbarse en una cama le resultaba más atractiva que una partida de dados con cien marcos de oro en juego, hizo un esfuerzo de voluntad y entró.

Todavía no había dado dos pasos en la sala principal cuando lo vio. Aquel alto individuo llevaba una chaqueta verde con rayas azules en las abombadas mangas, pero era Comar, con su negra barba corta surcada por una franja blanca en la barbilla. Estaba sentado en una de las sillas de bajo respaldo, en una mesa del otro extremo de la habitación, agitando un cubilete de cuero y sonriendo al hombre que tenía delante. Éste vestía una larga chaqueta y holgados pantalones, y no sonreía. Miraba fijamente las monedas que había encima de la mesa como si lamentara haberlas sacado de la bolsa. Comar tenía a su lado otro cubilete de dados. Comar puso boca abajo el recipiente de cuero y comenzó a reír casi antes de que los dados hubieran parado de girar.

—¿El siguiente? —preguntó en voz alta, añadiendo lo ganado al considerable montón de plata que tenía delante. Introdujo los dados en el cubilete y los hizo sonar —. Alguien habrá que quiera probar suerte. —Aunque no parecía que hubiera nadie dispuesto a jugar con él, siguió moviendo el cubilete y riendo.

No fue difícil identificar al posadero, pese a que, por lo visto, en Tear no llevaban delantales. Su chaqueta tenía el mismo tono azul oscuro que las de los demás posaderos con los que había hablado Mat. Era un hombre gordo, si bien su volumen apenas superaba la mitad del de Lopar y su papada presentaba únicamente la mitad de pliegues que la de aquél, que ocupaba solo una mesa, aplicado en sacar vigorosamente brillo a una jarra de peltre mientras lanzaba furibundas miradas hacia Comar, aunque con la precaución de desviar la vista cuando éste miraba. Algunos de los clientes lanzaban también airadas miradas de soslayo al hombre de la barba. Pero no cuando él miraba.

Mat reprimió su primer impulso, que era abalanzarse sobre Comar, golpearle la cabeza con la barra y exigir que le dijera dónde estaban Egwene y las demás. Aquélla era una situación extraña. Comar era el primer hombre que había visto con una

espada al cinto, pero el modo como lo observaban los presentes obedecía a algo más que el temor a un espadachín. Incluso la camarera que le sirvió a Comar una copa de vino —y recibió un pellizco en compensación por la molestia— rió con nerviosismo al acercarse a él.

«Considera todas las posibilidades —se instó prudentemente a sí mismo Mat—. La mitad de las complicaciones que me sobrevienen son debidas a la precipitación. Debo pensar.» La fatiga parecía haberle rellenado la cabeza de lana. Hizo una seña a Thom, y los dos se dirigieron a la mesa del posadero, el cual los observó con suspicacia cuando tomaron asiento a su lado.

—¿Quién es el hombre con la raya blanca en la barba? —inquirió Mat.

—No sois de aquí, ¿eh? —dedujo el posadero—. Él también es extranjero. Aunque no lo había visto hasta esta noche, sé quién es. Un forastero que ha venido aquí y que ha labrado una fortuna comerciando. Un mercader lo bastante rico para llevar espada. Ése no es motivo para que nos trate así.

—Si no lo habíais visto antes —razonó Mat—, ¿cómo sabéis que es un mercader?

—Por su chaqueta, hombre —contestó el posadero, mirándolo como si fuera idiota—, y por su espada. No puede ser un señor ni un soldado si no es de aquí, de modo que tiene que ser un rico mercader. —Sacudió la cabeza, asombrado por la estupidez de los extranjeros—. Vienen a nuestras casas, a mirarnos con arrogancia y a acariciar a las chicas en nuestras mismas narices, pero él no tiene derecho a hacer lo que hace. Si yo voy al Maule, no juego para exprimirles unas monedas a los pescadores, y si voy a Tavar, no me planteo ganarles a los campesinos el fruto de sus cosechas. —Se puso a frotar con más violencia la jarra—. Menuda suerte tiene ese hombre. Así habrá hecho fortuna.

—¿Siempre gana? —Bostezando, Mat se planteó qué efecto tendría enfrentarse a otro hombre que tenía a la suerte de su lado.

—A veces pierde —murmuró el posadero—, cuando hay unos pocos peniques de plata en juego. A veces. Pero si hay un marco de plata… Por lo menos en doce ocasiones lo he visto ganar a las coronas con tres coronas y dos rosas. Y unas seis veces con tres seises y dos cincos en juego de numeración máxima. Al Tres, no tira más que seises, y tres seises y un cinco a la Gama. Si tiene una suerte así, la Luz lo ilumine y mejor para él, pero que se valga de ella con otros mercaderes, como es debido. ¿Cómo puede ser alguien tan afortunado?

—Dados trucados —dijo Thom y luego tosió—. Cuando quiere tener la certeza de ganar, utiliza dados que siempre paran en la misma cara. Es lo suficientemente listo como para no haber elegido la de más valor, pues la gente siempre acaba recelando si se tira varias veces el rey —enarcó una ceja en dirección a Mat— o la puntuación que es prácticamente imposible superar, pero no puede evitar que se repita siempre la misma combinación.

—He oído hablar de esos trucos —dijo lentamente el posadero—. Los illianos los usan, tengo entendido. —Entonces meneó la cabeza—. Pero los dos jugadores utilizan el mismo cubilete y los mismos dados. No puede ser.

—Traedme dos cubiletes —pidió Thom— y dos juegos de dados. Da igual que sean coronas o puntos, con tal de que sean iguales.

El posadero puso mala cara, pero se fue, llevándose prudentemente la jarra de peltre, y regresó con dos cubiletes de cuero. Thom arrojó los cinco cubos de hueso de uno de ellos en la mesa frente a Mat. Ya fueran con puntos o símbolos, todos los dados que Mat había visto eran de hueso o de madera. Aquéllos tenían puntos. Recogió uno y miró frunciendo el entrecejo a Thom.

—¿Se espera de mí que me percate de algo?

Thom vació los dados del otro cubilete en su mano y luego, con una velocidad que casi hacía imposible seguir el proceso, volvió a introducirlos en el recipiente, el cual puso boca abajo en la mesa sin que cayera ningún dado. Luego mantuvo la mano encima del cubilete.

—Haz una marca en cada uno de ellos, muchacho. Algo pequeño, pero que reconozcas después.

Mat cambió miradas de estupor con el posadero y luego los dos clavaron la vista en el cubilete volcado bajo la mano de Thom. Preveía que Thom se proponía realizar algún juego de ilusionismo —los juglares siempre realizaban cosas prodigiosas, como sacar fuego por la boca o hacer aparecer pañuelos de seda— pero no veía cómo podría hacer algo Thom si él lo observaba de cerca. Desenfundó el cuchillo y efectuó una pequeña muesca en cada dado, en la cara de seis.

—Ya está —dijo, depositándolos en la mesa—. Enseñadme el truco.

Thom los recogió y volvió a dejarlos en la mesa a varios centímetros de distancia.

—Mira a ver si ves las marcas, chico.

Mat frunció el entrecejo. Thom aún tenía la mano encima del fondo del cubilete de cuero; no la había movido ni tampoco había pasado cerca de éste con los dados que él le había entregado. Recogió los dados… y pestañeó con asombro. No tenían ni un arañazo. El posadero emitió una exclamación. Thom abrió la mano libre, mostrando cinco dados.

—Los marcados están aquí. Esto es lo que hace Comar. Es un truco de niños, simple, aunque no habría creído que tuviera unos dedos tan ligeros.

—Me parece que, en fin de cuentas, no tengo interés en jugar a los dados con vos —declaró Mat. El posadero seguía con la mirada fija en los dados, pero no parecía haber hallado ninguna solución—. Llamad a la guardia, o como se llame aquí —le aconsejó Mat—. Hacedlo arrestar.

«No matará a nadie encerrado en una celda. ¿Pero y si ya están muertas?» Trató de no prestar atención a tal pensamiento, pero éste persistía, incisivo. «¡Entonces me

aseguraré de verlos muertos a él y a Gaebril, cueste lo cueste! ¡Pero no lo están, demonios! ¡No pueden estarlo!»

—¿Yo? —El posadero sacudía la cabeza—. ¿Denunciar yo ante los Defensores a un mercader? Ni siquiera le examinarían los dados. Con sólo decir él una palabra, me pondrían a trabajar encadenado en los dragados de los canales de los Dedos del Dragón. Podría atravesarme sin más con la espada, y los Defensores dirían que lo tenía bien merecido. Tal vez se marche dentro de un rato.

—¿Será suficiente si lo pongo en evidencia? —inquirió, esbozando una mueca, Mat—. ¿Llamaréis entonces a la guardia o a los Defensores o a quien sea?

—Sois un extranjero y no lo entendéis. Aunque sea forastero, es un hombre rico, importante.

—Esperad aquí —dijo Mat a Thom—. No pienso dejar que les eche el guante a Egwene y a las otras, sea a costa de lo que sea. —Bostezó y corrió atrás la silla.

—Aguarda, chico —lo llamó Thom en voz baja pero insistente, levantándose—. ¡Condenado chiquillo, no sabes los problemas que te estás buscando!

Mat le indicó con un gesto que permaneciera allí y se alejó en dirección a Comar. Como nadie más había respondido a su desafío, miró con interés a Mat cuando éste apoyó su barra en el borde de la mesa y tomó asiento. Entonces observó la chaqueta de Mat y sonrió con desprecio.

—¿Quieres apostar unas monedas de cobre, campesino? Yo no pierdo el tiempo con… —Calló de repente cuando Mat puso una corona de oro andoriana en la mesa y lo miró bostezando, sin molestarse en taparse la boca—. No hablas mucho, granjero, aunque podrías pulir tus modales, pero el oro habla por sí mismo y no requiere cortesías. —Agitó el cubilete de cuero y arrojó los dados. Ya reía entre dientes antes de que éstos se detuvieran, con tres coronas y dos rosas boca arriba—. No superarás esto, campesino. ¿Tal vez tengas más oro escondido en esos harapos que desees perder? ¿De dónde lo sacaste? ¿Robando a tu amo?

Alargó la mano hacia los dados, pero Mat se le adelantó. Comar le dirigió una airada mirada, pero le cedió el cubilete. Si ambas tiradas obtenían el mismo valor, seguirían tirando hasta que uno de ellos ganara. Mat sonreía al hacer sonar los dados. Se había propuesto no dejarle ocasión para cambiarlos. Si los dos conseguían idéntico resultado tres o cuatro veces seguidas, exactamente las mismas en cada ocasión, incluso los Defensores prestarían oídos. Todos los presentes en la sala lo verían y tendrían que confirmar su denuncia.

Arrojó los dados a la mesa y éstos rebotaron de manera peculiar. Notó… algo… que se movía. Era como si su suerte se hubiera desbocado. Tenía la sensación de que la habitación se retorcía a su alrededor, tirando con hilos invisibles de los dados. Sintió deseos de mirar a la puerta, pero mantuvo la vista fija en los dados. Éstos se pararon: cinco coronas. Parecía que a Comar iban a saltársele los ojos de las órbitas.

—Habéis perdido —dijo Mat con suavidad. Si su buena fortuna decidía tan marcadamente la situación a su favor, tal vez había llegado el momento de ponerla a prueba. Una vocecilla le aconsejó pensar, pero estaba demasiado cansado para prestarle atención—. Creo que vuestra suerte está a punto de agotarse, Comar. Si habéis causado algún daño a esas jóvenes, ya se habrá extinguido del todo.

—Ni siquiera las he encontrado… —replicó Comar, sin despegar la vista de los dados, y luego levantó la cabeza con brusquedad. Tenía el rostro totalmente pálido—. ¿Cómo sabes mi nombre?

Todavía no las había encontrado. «Fortuna, dulce fortuna, sigue a mi lado.»

—Regresad a Caemlyn, Comar, y decidle a Gaebril que no habéis conseguido localizarlas. Decidle que han muerto. Decidle lo que sea, pero abandonad Tear esta noche. Si vuelvo a veros, os mataré.

—¿Quién eres? —preguntó con actitud vacilante el alto individuo—. ¿Quién…? —En un abrir y cerrar de ojos desenfundó la espada y se puso en pie.

Mat volcó la mesa de un empellón y la empujó hacia él, a la vez que tendía la mano hacia la barra. Había olvidado la imponente estatura de Comar. El barbudo traidor volvió a empujar la mesa hacia Mat, y éste cayó sentado, asiendo débilmente el bastón. Comar apartó la mesa y lo apuntó con la espada. Mat propulsó los pies contra su estómago para contener su embestida e hizo girar torpemente la barra, con la fuerza suficiente, empero, para desviar el arma. Pero el choque le hizo resbalar el bastón de los dedos y hubo de aferrar la muñeca de Comar, con la hoja de la espada a un palmo de su cara. Con un gruñido, dio una voltereta hacia atrás, tomando impulso con las piernas, y Comar saltó por encima de Mat con ojos desorbitados para aterrizar de cara contra una mesa. Mat buscó frenéticamente la vara, pero, cuando la encontró, Comar aún no se había movido.

El alto individuo tenía las caderas y las piernas encima de la mesa y el resto del cuerpo colgando, con la cabeza en el suelo. Los hombres que habían ocupado la mesa se habían levantado y, ubicados a una prudencial distancia, se retorcían las manos y se miraban con nerviosismo. Un quedo murmullo de preocupación recorría la sala, un sonido que no era precisamente el que Mat esperaba.

Comar tenía la espada al alcance de la mano. Pero no se movió. Sí miró, en cambio, a Mat cuando éste la apartó de un puntapié y dobló una rodilla a su lado. «¡Luz! ¡Creo que se ha roto la columna!»

—Ya os he advertido que debíais marcharos. Vuestra suerte se ha agotado.

—Necio —musitó el alto individuo—. ¿Piensas… que yo… era el único… que las persigue? No vivirán… más de… —Miró a Mat, con la boca abierta, pero no dijo nada más. Nunca volvería a hablar.

Mat sostuvo la vidriosa mirada, tratando de infundir aliento al muerto para escuchar más palabras de su boca. «¿Quién más, maldición? ¿Dónde están? Mi

suerte. Maldita sea, ¿adónde ha ido a parar mi suerte?» Tomó conciencia de que el posadero le tiraba con violencia del brazo.

—Debéis iros antes de que vengan los Defensores. Les enseñaré los dados. Les diré que era un extranjero, pero un hombre alto de pelo rojizo y ojos grises. Nadie padecerá las consecuencias porque se trata de un hombre con el que soñé anoche, no una persona real. Nadie declarará lo contrario. Él se ha embolsado dinero de todos los presentes con sus dados. ¡Pero debéis marcharos ahora mismo! —Todos los clientes miraban con estudiada actitud hacia otro lado.

Mat dejó que lo apartara del cadáver y lo empujara afuera. Thom, que lo aguardaba bajo la lluvia, lo tomó del brazo y echó a andar presurosamente calle abajo, arrastrando a Mat. Éste iba dando trompicones tras él con la capucha bajada; la lluvia le empapaba los cabellos y le bajaba en regueros por la cara y el cuello, pero él no lo advertía. El juglar miraba continuamente por encima del hombro, escrutando el terreno que dejaban atrás.

—¿Es que estás dormido, chico? No lo parecías allá adentro. Vamos, muchacho. Los Defensores arrestarán a todo extranjero que encuentren en las calles inmediatas, pese a la descripción que les dé el posadero.

—Es la suerte —murmuró Mat—, tal como imaginaba. Los dados. La fortuna es más generosa conmigo cuando las cosas se producen… por azar. Como con los dados. No soy muy bueno con las cartas, ni tampoco con las damas. Hay demasiada estrategia. Tiene que ser algo en que no haya premeditación. Lo prueba incluso el hecho de haber encontrado a Comar. Había dejado de visitar todas las posadas que me salían al paso y he entrado en ésa por casualidad. Thom, si he de localizar a Egwene y a las demás, debo buscarlas sin un plan preconcebido.

—¿Qué tonterías dices? Ese hombre está muerto. Si ya las ha matado… bueno, tú las has vengado. Si no, las has salvado. Y ahora, ¿vas a caminar más deprisa de una vez? Los Defensores no tardarán en llegar, y no tienen tantos miramientos como los guardias de la reina.

Mat zafó el brazo y siguió andando con paso incierto, arrastrando la barra.

—Ha reconocido, sin querer, que aún no las había localizado. Pero ha dicho que él no era el único. Thom, creo que no mentía. Yo estaba mirándolo a los ojos, y decía la verdad. Debo encontrarlas de todas formas, Thom. Y ahora ni siquiera sé quién las persigue. Tengo que encontrarlas.

Sofocando un gran bostezo con el puño, Thom subió la capucha de Mat.

—Esta noche no, muchacho. Necesito dormir, y tú también.

«Estoy empapado. Me chorrea el pelo.» Su cerebro parecía una masa informe. A causa de la falta de sueño, advirtió al cabo de un momento. Y entonces cayó en la cuenta de su cansancio, aunque para ello tuviera que forzar el pensamiento.

—De acuerdo, Thom. Pero reemprenderé la búsqueda en cuanto amanezca.

Thom asintió y tosió, y continuaron hasta La Media Luna bajo el aguacero.

El alba tardó poco en llegar, pero Mat cumplió su promesa y partió en compañía de Thom a recorrer todas y cada una de las posadas que había dentro de las murallas de Tear. Mat avanzaba de manera errabunda, dejándose llevar por su propio antojo o el capricho del desvío de una calle, sin buscar las posadas, y decidiendo a cara o cruz si entraba o no en ellas. Durante tres días y tres noches indagó de esta forma, y durante tres días y tres noches llovió sin tregua, en ocasiones tempestuosamente y en otras mansamente, pero siempre de forma incesante.

La tos de Thom empeoró de tal modo que hubo de dejar de tocar la flauta y recitar historias, y, en cuanto al arpa, no estaba dispuesto a sacarla a la intemperie con ese tiempo; no obstante, insistió en seguir acompañándolo, y los hombres continuaron hablando con él, porque era un juglar. La suerte de Mat con los dados parecía haber mejorado incluso desde que había iniciado aquel vagabundeo voluntario, aunque nunca permanecía en una posada o taberna el tiempo suficiente para ganar más de unas cuantas monedas. Ninguno de ellos escuchó nada de interés. Rumores acerca de una inminente guerra con Illian. Rumores sobre una posible invasión de Mayene. Rumores sobre una probable invasión de Andor, sobre la interrupción del comercio por parte de los Marinos, sobre el regreso de la tumba de los ejércitos de Artur Hawkwing. Rumores que aseguraban la pronta llegada del Dragón. Los hombres con los que jugaba Mat se mostraban tan pesimistas en lo concerniente a un rumor como a otro; tenía la impresión de que ellos mismos ansiaban escuchar los más tenebrosos rumores para dar buenas dosis de crédito a todos ellos. No oyó, sin embargo, ni un susurro que pudiera ponerlo sobre la pista del paradero de Egwene y sus amigas. Ni un solo posadero había visto a tres mujeres que se ajustaran a las señas que él les daba.

Comenzó a tener pesadillas, sin duda a causa de la preocupación. Egwene, Nynaeve y Elayne, y un individuo de corto cabello blanco, vestido con una chaqueta de abombadas mangas a rayas como la de Comar, que reía y tejía una red en torno a ellas. Lo curioso era que a veces la red que urdía estaba destinada a Moraine, y en ocasiones tenía en la mano, no una red, sino una espada de cristal, que relucía como el sol en cuanto él la tocaba. En otros sueños era Rand quien empuñaba la espada. Extrañamente, soñaba muy a menudo con Rand.

Mat estaba convencido de que se debía a la falta de sueño y a las comidas desordenadas que sólo tomaba cuando se acordaba de ello, pero no pensaba disminuir el ritmo de su búsqueda. Tenía una apuesta que ganar, se decía, y estaba decidido a salir vencedor aunque eso le costara la vida.

50



El martillo

El sol caldeaba con fuerza la tarde cuando el transbordador atracó en Tear; el vapor se elevaba de los numerosos charcos de agua acumulada en las losas del muelle, y Perrin notaba un grado de humedad en el ambiente casi tan alto como en Illian. En el aire flotaban olores a brea, a madera y a cuerda —atribuibles sin duda a los astilleros que bordeaban el río hacia el sur—, a especias, a hierro y a cebada, a perfumes y vinos y a un centenar de aromas distintos que no logró individualizar, en su mayoría provenientes de los almacenes contiguos al puerto. Cuando el viento dejó de soplar un momento del lado norte, captó también el olor a pescado, que pronto volvió a ser imperceptible una vez que hubo mudado de dirección. No olía a nada susceptible de ser cazado. Su mente tanteó en busca de lobos en un impulso involuntario que enseguida atajó al tomar conciencia de él. Últimamente lo hacía con excesiva frecuencia. No había establecido contacto con ningún lobo, naturalmente, pues era imposible que los hubiera en una ciudad como aquélla. Lo único que lamentaba era la sensación de… soledad que tal ausencia le producía.

En cuanto dispusieron la rampa para bajar de la barcaza, condujo a *Brioso* hacia el muelle en pos de Moraine y Lan. La descomunal silueta de la Ciudadela de Tear se recortaba a su izquierda, tan sombría que más bien parecía una montaña a pesar del gran estandarte que la coronaba. No quería mirar la fortaleza, pero era prácticamente imposible observar la ciudad sin verla. «¿Estará aquí todavía? Luz, si ha intentado entrar allí, podría estar ya muerto.» Y entonces todo habría sido en vano.

—¿Qué se supone que debemos encontrar aquí? —interrogó tras él Zarina, que no había parado de hacer preguntas; la única precaución que había tomado era no formularlas delante de la Aes Sedai o el Guardián—. Illian nos deparó Hombres Grises y la Cacería Salvaje. ¿Qué cosa tan importante hay en Tear para…, para que alguien se tome tantas molestias por impedirnos llegar a ella?

Perrin miró en derredor; no parecía que la hubiera oído ninguno de los estibadores que se hallaban cerca. De lo contrario, estaba seguro de que hubiera olido el miedo. Contuvo la ruda observación que tenía en la punta de la lengua, consciente de que

ella era más rápida y más hiriente en los duelos verbales.

—Por tu tono se deduce que estás ansiosa por verlo —comentó con su voz cavernosa Loial—. Por lo visto crees que será tan sencillo como lo fue en Illian, Faile.

—¿Sencillo? —murmuró Zarina—. ¡Sencillo! Loial, estuvieron a punto de matarnos dos veces en una noche. Lo ocurrido en Illian proporcionaría por sí solo material suficiente para un poema épico. ¿Qué te hace pensar que fue sencillo?

Perrin esbozó una mueca. Lamentaba que Loial hubiera optado por llamar a Zarina por el nombre que ella había elegido, puesto que ello le recordaba constantemente que Moraine creía que ella era el halcón de Min, cosa que tampoco le servía para acallar sus interrogantes respecto a si ella era también la hermosa mujer contra la cual lo había prevenido Min. «Al menos no he topado con el azor. ¡Ni con un Tuatha'an con una espada! ¡Es de lo más estrafalario que he oído, tanto como si me dijeran que yo soy un mercader de lana!»

—Deja de hacer preguntas, Zarina —señaló mientras montaba a lomos de *Brioso* —. Sabrás la razón por la que estamos aquí cuando Moraine decida explicártelo. —Trató de no posar la mirada en la Ciudadela.

—Me parece que tú ignoras el motivo, herrero —replicó la joven, mirándolo con sus oscuros ojos rasgados—. Creo que por eso no me lo dices: porque no lo sabes. Reconócelo, campesino.

Exhalando un quedo suspiro, se alejó por el muelle en pos de Moraine y Lan. Zarina no hostigaba de forma tan mortificante a Loial cuando el Ogier se negaba a contestar sus preguntas. Seguramente se proponía intimidarlo para obligarlo a utilizar ese nombre, pero se equivocaba. No pensaba hacerlo.

Moraine había atado la capa de hule detrás de la silla, encima del fajo de inocua apariencia que contenía el estandarte del Dragón y, pese al calor, se había puesto la capa de lino azul que había comprado en Illian, y llevaba la cara tapada casi por completo con su honda y amplia capucha. Su anillo con la Gran Serpiente pendía de un cordel en su cuello. Tear, había aducido, no prohibía la presencia de Aes Sedai; sólo el encauzamiento. Pero los Defensores de la Ciudadela mantenían una estrecha vigilancia sobre toda mujer que llevaba la sortija, y no le convenía que nadie controlara sus pasos en aquella visita a Tear.

Lan había guardado su capa de color cambiante en su alforja dos días antes, cuando había resultado evidente que quienquiera que había enviado a los Sabuesos del Oscuro —«Sammael», pensó Perrin a su pesar, estremeciéndose— no había persistido en su persecución. El Guardián no había realizado ninguna concesión al calor de Illian y tampoco hizo ninguna al bochorno reinante en Tear. Llevaba la capa verde grisáceo completamente abotonada.

Perrin iba con la chaqueta medio desabotonada y el cuello de la camisa

desabrochado. El clima de Tear era tal vez algo más fresco que el de Illian, pero de todas formas hacía tanto calor como en verano en Dos Ríos y, además, la humedad del aire intensificaba la sensación de sofoco. Su hacha colgaba de la alta perilla de la silla del caballo, a mano por si tenía necesidad de usarla, pero no en contacto con su cuerpo, lo cual le producía un profundo bienestar.

Le sorprendió ver tanto barro en las primeras calles por las que pasaron, dado que, de acuerdo con su experiencia, sólo los pueblos y los pequeños burgos carecían de pavimento, y Tear era una de las mayores ciudades del continente. A los transeúntes, no obstante, no parecía importarles el fango, pese a que muchos de ellos iban descalzos. Una mujer que caminaba sobre unas plataformas de madera retuvo un instante su atención y le hizo preguntarse por qué no las llevaría todo el mundo. Aquellos holgados calzones que vestían los hombres debían de ser más frescos que los pantalones ceñidos que utilizaba él, pero estaba convencido de que se sentiría ridículo si probaba a ponérselos. Se imaginó llevando esos calzones y uno de aquellos sombreros redondos de paja y se echó a reír quedamente.

—¿Qué es lo que te hace gracia, Perrin? —inquirió Loial, que tenía las orejas tan gachas que sus puntas quedaban ocultas por el cabello y miraba con expresión preocupada a la gente de la calle—. Estas personas parecen… derrotadas, Perrin. No tenían esta actitud la última vez que estuve aquí. Ni siquiera el pueblo que permitió que talaran su arboleda merece caer en un abatimiento como éste.

Perrin comenzó a observar los rostros en lugar de mirarlo todo a la vez y comprobó que Loial estaba en lo cierto. Eran demasiados los semblantes que habían perdido algo: esperanza, tal vez; curiosidad. Apenas si dedicaban una ojeada a su comitiva, salvo para no entorpecer el paso de las monturas. El Ogier, montado en un animal tan grande como un caballo de tiro, no atraía más miradas que Lan o Perrin.

Traspusieron las puertas de la ciudad, sometidos al sombrío escrutinio de soldados acorazados con petos sobre rojas chaquetas de anchas mangas ribeteadas de blanco en los puños y redondos yelmos con alas en los bordes rematados en una cresta. Sus pantalones, ceñidos a diferencia de lo habitual entre los varones tearianos, estaban remetidos en botas de caña alta. Los soldados torcieron el gesto al ver la espada de Lan e hicieron ademán de empuñar la suya, y dirigieron aceradas miradas al hacha y el arco de Perrin, pero, a pesar de lo adusto de su semblante y la dureza de sus miradas, en sus rostros se percibía también la derrota, como si ya no hubiera nada para lo que mereciera la pena esforzarse. Tras los altos muros grises, las calles estaban empedradas con grandes losas.

Los edificios del recinto amurallado eran de mayores dimensiones, si bien su estilo de construcción no presentaba diferencias con respecto a los de afuera. A Perrin le resultaban un tanto extraños los tejados, en especial los acabados en punta, pero había visto tantas clases de tejados desde que había salido de su pueblo que lo único

que despertó su curiosidad fue la clase de clavos que utilizarían para fijar las tejas. En algunas regiones, nadie sujetaba las tejas con clavos.

Los palacios y grandes edificaciones se erguían al lado de otros más pequeños y corrientes, emplazados, al parecer, sin ajustarse a ningún plan urbanístico; una estructura con torres y cúpulas casi cuadradas, enteramente rodeada por amplias calles, podía tener tiendas, posadas y casas enfrente. Una enorme mansión con columnas cuadradas de mármol ante una fachada de tres metros de lado y cincuenta escalones que daban acceso a unas puertas de bronce de casi diez metros de altura estaba flanqueada por una panadería y una sastrería.

En esa zona había más hombres ataviados con chaquetas y pantalones similares a los de los soldados, aunque de colores más vivos y sin armadura, y algunos llevaban incluso espada. Nadie iba descalzo, ni siquiera los que llevaban calzones abombachados. Entre las mujeres abundaban los vestidos largos con escotes bajos que dejaban los hombros al desnudo y a veces buena parte del pecho, confeccionados probablemente con seda. Los Marinos realizaban un activo comercio de seda con Tear. Por las calles circulaba igual número de sillas de manos y carruajes tirados por caballos que de carros y carretas con yuntas de bueyes. Eran, sin embargo, demasiadas las caras que expresaban igual desaliento que en extramuros.

La posada elegida por Lan, La Estrella, tenía un taller de tejidos a un lado y una herrería en el otro, separados de ella por angostos callejones. La herrería era de piedra gris, y la casa de tejidos y la posada, de madera, pese a tener esta última cuatro pisos y también buhardas en el tejado. El estrépito de los telares competía con el ruido de los martillazos de la herrería. Entregaron los caballos a los mozos de cuadra y entraron en la posada. De la cocina llegaban olores a pescado, a pasteles y posiblemente a estofado, y aroma a asado de cordero. Los clientes reunidos en la sala principal vestían ceñidas chaquetas y anchos calzones; era lógica la ausencia de coloridas chaquetas con mangas ahuecadas y escotados vestidos de brillante seda, atuendos que Perrin intuía como propios de aristócratas y gente acaudalada, puesto que era impensable que los ricos se acomodaran en un lugar tan ruidoso. Quizá fuera ése el motivo por el que Lan lo había escogido.

—¿Cómo vamos a dormir con este jaleo? —murmuró Zarina.

—Nada de preguntas, ¿eh? —le recordó él, sonriendo, y por un momento pensó que la joven iba a sacarle la lengua.

El posadero, un sujeto de cara redondeada, casi calvo, que vestía una chaqueta azul oscuro y pantalones holgados, se inclinó ante ellos con las manos entrelazadas sobre su prominente vientre. Su rostro tenía la misma expresión de fatigada resignación.

—La Luz os ilumine, señora, sed bienvenida —suspiró—. La Luz os acompañe, señor. Sed bienvenido. —Tuvo un ligero sobresalto al reparar en los amarillos ojos de

Perrin y luego saludó con ademán cansado a Loial—. La Luz brille en vuestro camino, amigo Ogier. Bienvenido. Hace un año o más que no he visto a ningún Ogier en Tear. Venían para realizar alguno que otro trabajo en la Ciudadela. Se alojaban allí, en la fortaleza, desde luego, pero los vi en la calle un día. —Paró de hablar, emitiendo un suspiro, al parecer sin energías para reunir las dosis de curiosidad suficientes para preguntar por qué había llegado otro Ogier a Tear.

El calvo propietario, Jurah Haret de nombre, los acompañó personalmente a sus habitaciones. Por lo visto, el vestido de seda de Moraine y el hecho de que se cubriera el rostro, sumado al duro semblante de Lan y a su espada, los habían erigido, a sus ojos, en una dama y su guardaespaldas, y por tanto merecedores de un trato especial. A Perrin lo tomó, naturalmente, por una especie de criado, a Zarina no supo qué condición atribuirle, cosa que irritó visiblemente a la joven, y Loial era, en fin de cuentas, un Ogier. Llamó a un par de hombres para que juntaran camas para Loial y ofreció a Moraine un comedor privado para sus comidas si así lo deseaba. La Aes Sedai aceptó de buen grado.

Se mantuvieron juntos durante todo el recorrido realizado en reducida procesión por los pasillos del piso de arriba hasta que Haret efectuó una reverencia y se fue dando suspiros, dejándolos en el lugar inicial, delante de la habitación de Moraine. Las paredes eran de yeso y Loial rozaba con la cabeza el techo.

—Un tipo odioso —murmuró Zarina, sacudiéndose furiosamente con ambas manos el polvo prendido a las faldas—. Me parece que me ha confundido con una criada, Aes Sedai. ¡No pienso permitirlo!

—Controla esa lengua —la aconsejó Lan en voz baja—. Si pronuncias ese nombre y alguien te oye, lo vas a lamentar, muchacha.

Zarina hizo ademán de replicar, pero sus glaciales ojos azules la conminaron a callar, si bien no pacificaron la ferocidad de su mirada. Moraine hacía caso omiso de la escena. Con la mirada perdida, sacudía los cabos de la capa en las manos casi como si las azotara, sin saber qué hacía, en opinión de Perrin.

—¿Cómo vamos a encontrar a Rand? —preguntó, pero ella no pareció oírlo—. Moraine…

—Quedaos cerca de la posada —indicó al cabo de un momento—. Tear puede ser una ciudad peligrosa para quienes desconocen sus costumbres. El Entramado podría desgarrarse aquí. —Esto último lo dijo en voz baja, como para sí—. Lan, vayamos a ver qué descubrimos sin llamar la atención —añadió con voz más recia—. ¡Los demás, no os alejéis de la posada!

—«No os alejéis de la posada» —la imitó burlonamente Zarina cuando la Aes Sedai y el Guardián hubieron desaparecido escalera abajo, aunque con la precaución de hacerlo quedamente para que no la oyeran—. Ese Rand… es el que tú llamaste el… —Si en aquella ocasión tenía aspecto de halcón, era un halcón francamente

inquieto—. Y estamos en Tear, en la ciudad que alberga el Corazón de la Ciudadela… Y las Profecías auguran… La Luz me abrase, ta'veren, ¿es éste un relato en el que quiero participar?

—No es ningún relato, Zarina. —Por un instante Perrin sintió el mismo desaliento que había advertido en el posadero—. La Rueda teje en el Entramado los hilos de nuestras vidas. Tú elegiste imbricar el tuyo con el nuestro y ahora es demasiado tarde para separarlos.

—¡Luz! —gruñó—. ¡Ahora hablas como ella!

La dejó en el pasillo con Loial y fue a llevar el equipaje a su habitación, un dormitorio con una cama baja, cómoda pero pequeña, del tipo que la gente de ciudad parecía considerar adecuada para un criado, un aguamanil, un taburete, y unos cuantos clavos en el cuarteado yeso de la pared. Cuando salió, los dos se habían ido. El tintineo del martillo sobre el yunque lo atrajo.

Eran tantas las peculiaridades de Tear que fue un alivio entrar en la herrería. La planta inferior estaba enteramente ocupada por una espaciosa habitación en cuyo extremo dos largas puertas abiertas daban a un patio para herrar caballos y bueyes. Los martillos se alineaban en sus soportes, las tenazas, de distintas clases y tamaños, colgaban en las viguetas de las paredes, los cuchillos, soportes y demás herramientas para herrar estaban pulcramente ordenados encima de bancos de madera junto con escoplos, ganchos y todos los complementos necesarios en una herrería. Había varios cajones con barras de hierro y acero de diverso grosor. Sobre el suelo de tierra apisonada había cinco muelas de afilar de diferente aspereza, seis yunques y tres forjas de paredes de piedra con sus fuelles, de las cuales sólo una contenía carbón ardiendo. A su lado descansaban las barricas para templar el metal.

El herrero golpeaba con el martillo un hierro candente que sostenía con unas pesadas tenazas. Llevaba calzones abombados y tenía los ojos azul claro, pero el largo chaleco de cuero que le cubría el pecho desnudo y el delantal apenas si diferían de los que utilizaba maese Luhhan allá en el Campo de Emond, y sus musculosos brazos y hombros delataban un prolongado trabajo de años moldeando el metal. Su pelo oscuro tenía casi la misma cantidad de canas que Perrin recordaba de maese Luhhan. En la pared había colgados más chalecos y delantales, posible indicio de que el hombre tenía aprendices que, en todo caso, estaban ausentes entonces. El fuego de la forja olía a hogar. El hierro caliente olía a hogar.

El herrero se giró para volver a poner la pieza que estaba trabajando en las brasas, y Perrin se aproximó para avivarlas con el fuelle. El hombre lo miró sin decir nada. Perrin accionó lentamente el fuelle, arriba y abajo, con lentos y regulares movimientos, manteniendo el grado de calor conveniente. El herrero reanudó su martilleo sobre el hierro, en la redondeada punta del yunque en esa ocasión. Perrin pensó que tal vez estuviera haciendo un raspador de barriles. El martillo resonaba con

sus rápidos y contundentes golpes.

—¿Aprendiz? —dijo sin desperdiciar palabras el hombre, con la vista fija en lo que hacía.

—Sí —respondió con igual simplicidad Perrin.

El herrero siguió trabajando un rato. Era un raspador de barricas, para limpiar las paredes interiores de los barriles de madera. De vez en cuando miraba a Perrin con aire pensativo. Luego dejó un momento el martillo, cogió un corto pedazo de metal cuadrado, lo tendió a Perrin y, tomando de nuevo el martillo, reanudó su tarea.

—A ver qué consigues hacer con esto —dijo.

Sin pensarlo dos veces, Perrin se dirigió a un yunque situado al otro lado de la forja y golpeó ligeramente la pieza recibida en su borde. Ésta produjo un agradable sonido. El acero no había estado en el horno el tiempo suficiente para absorber mucho carbono del carbón. Lo introdujo entre las brasas en casi toda su longitud, probó el agua de los dos barriles de líquido similar para ver cuál estaba salada —el tercero contenía aceite— y después se quitó la chaqueta y la camisa y escogió un chaleco de cuero de talla acorde con su torso. Aunque la mayoría de los tearianos no eran tan recios como él, encontró uno que le iba relativamente bien. La elección del delantal no presentó dificultad.

Al girarse, vio al herrero, con la cabeza todavía inclinada sobre la herramienta que fabricaba, asintiendo y sonriendo para sí. El hecho de que supiera moverse por una herrería no suponía, sin embargo, que fuera un hábil herrero. Eso estaba aún por demostrar.

Cuando regresó junto al yunque con dos martillos, unas tenazas planas de largo mango y una cortadera de aguzado arco, la barra de acero había adquirido un tono rojo oscuro salvo en el reducido espacio que había dejado fuera del carbón. Avivó el fuego con el fuelle, observando cómo se aclaraba el color del metal, hasta que se puso amarillo, casi blanco. Entonces lo retiró con las tenazas, lo dejó encima del yunque y tomó el más pesado de los dos martillos. Tenía unos cinco kilos, calculó, y un mango más largo de lo que el común de la gente, profanos en la manipulación del metal, creía necesario. Lo agarró por el mango; el metal caliente despedía chispas a veces, y él había visto las cicatrices que había causado la imprudencia en las manos del herrero de Roundhill.

No quería hacer nada complicado o lujoso, sino todo lo contrario. Comenzó redondeando las puntas de la barra y después aplanó y ensanchó la parte central a golpes de martillo, dejándola casi tan gruesa como era antes en su extremo, pero con una longitud de más de un palmo. De vez en cuando volvía a meterla en las brasas, para mantener el mismo tono amarillo pálido, y al cabo de un rato cambió el martillo por el otro más ligero, de casi la mitad de peso. Afinó el trozo contiguo a la hoja del medio y luego lo dobló sobre la punta del yunque para darle una forma curvada. Más

tarde, podría ajustársele un mango de madera. Acopló la cortadera en el orificio del yunque y encima puso el candente metal. Un golpe seco de martillo cortó la herramienta que había fabricado. O casi. Sería un cuchillo para biselar, para alisar y nivelar las duelas de los barriles después de montarlas, entre otras cosas. Cuando hubiera terminado. La raspadora que forjaba el otro hombre le había sugerido la idea.

Una vez cortada la pieza, sumergió el candente metal en la barrica de agua salada. El agua sin sal proporcionaba una templanza apropiada para los utensilios más duros, mientras que el aceite daba el punto de elasticidad adecuado a los cuchillos de calidad. Y también a las espadas, le habían dicho, pero él nunca había participado en el proceso de fabricación de esas armas.

Una vez que se hubo enfriado el metal, adoptando una apagada tonalidad gris, lo sacó del agua y lo llevó a la afiladora. Accionando lentamente los pedales, afinó la hoja y luego volvió a calentarla con cuidado. En aquella ocasión el metal tomó un color más oscuro, primero como el de la paja y después, broncíneo. Cuando la tonalidad bronce comenzó a ascender en oleadas por la hoja, la retiró para que se enfriara. Ahora podía aguzarse el filo que tendría definitivamente. Una nueva inmersión destruiría el temple que acababa de conseguir.

—Un trabajo realizado con precisión —alabó el herrero—, sin desperdiciar ni un solo movimiento. ¿Buscas trabajo? Mis aprendices acaban de dejar el puesto los tres, los muy inútiles, y tengo mucha labor acumulada.

—No sé cuánto tiempo permaneceré en Tear —respondió Perrin, sacudiendo la cabeza—. Me gustaría trabajar un poco más, si no os importa. Han transcurrido muchos meses desde la última vez que lo hice, y añoro la herrería. Tal vez podría realizar algunas de las tareas que habríais delegado en vuestros aprendices.

—Tú eres, con mucho, mejor que esos patanes —aseguró el herrero, tras soltar un sonoro bufido—, que no hacían más que merodear por aquí mirando y murmurando acerca de sus pesadillas. Como si los demás no tuviéramos pesadillas a veces. Sí, puedes trabajar aquí todo el tiempo que lo desees. Luz, tengo encargadas doce planas y tres azuelas de tonelero, y el carpintero de esta calle necesita un escoplo y… Demasiadas cosas para enumerarlas todas. Empieza con las planas y ya veremos hasta dónde llegamos antes de que anochezca.

Perrin se absorbió en el trabajo, olvidando pasajeramente todo cuanto no guardara relación con el calor del metal, el tintineo del martillo y el olor de la forja, pero llegó el momento en que al alzar la vista vio al herrero —Dermid Ajala, había dicho que se llamaba— quitándose el chaleco y advirtió que el patio trasero estaba oscuro. La luz provenía exclusivamente de la forja y de un par de lámparas. Y Zarina estaba sentada en un yunque junto a una de las forjas sin encender, observándolo.

—De modo que eres realmente un herrero, herrero —dijo.

—De pies a cabeza, señora —corroboró Ajala—. Aprendiz, dice él, pero el

trabajo que ha realizado hoy ha sido de primera. Tiene buen tiento y regularidad en el pulso.

Perrin movió los pies, azorado por las alabanzas, y el herrero le sonrió. Zarina los miró, sin comprender nada.

Perrin fue a cambiarse de ropa, pero, cuando se hubo quitado el chaleco y el delantal, tomó de pronto conciencia de que Zarina tenía los ojos clavados en su espalda. Era como si estuviera tocándolo; por un momento, su perfume a hierbas le pareció abrumador. Se puso apresuradamente la camisa, la remetió de cualquier modo en los pantalones y se colocó con dos tirones la chaqueta. Cuando se volvió, Zarina esbozaba una de aquellas tenues e inquietantes sonrisas que invariablemente lo ponían nervioso.

—¿A esto piensas dedicarte entonces? —preguntó—. ¿Has recorrido tan largo camino para volver a ser un herrero?

Ajala se paró a medio cerrar las puertas del patio para escuchar. Perrin recogió el pesado martillo que había utilizado, con una pieza de metal de cinco kilos y un mango tan largo como su antebrazo, y sintió satisfacción por tenerlo en las manos. Era agradable. El herrero había lanzado una somera mirada a sus ojos y no había pestañeado siquiera; para él lo importante era el trabajo, la capacidad de dominar el metal, y no el color de los ojos.

—No —repuso con tristeza—. Algún día, espero. Pero todavía no. —Se dispuso a colgar el martillo en la pared.

—Quédatelo. —Ajala carraspeó—. No suelo desprenderme de herramientas de calidad, pero… Lo que has hecho hoy vale sobradamente el precio de ese martillo, y quizá te sirva de ayuda cuando llegue ese «día». Si he visto alguna vez alguien nacido para empuñar un martillo de herrero, ese hombre eres tú. Tómalo y consérvalo contigo.

—Gracias —dijo Perrin, cerrando los dedos alrededor del mango, embargado por una sensación de bienestar—. No encuentro palabras para expresar lo que significa para mí.

—Recuerda simplemente ese «día». Recuérdalo.

Cuando se iban, Zarina alzó la mirada hacia él y dijo:

—¿Tienes idea de lo extraños que son los hombres, herrero? No. Ya lo sabía. —Se fue corriendo, dejándolo con el martillo en una mano y rascándose la cabeza con la otra.

Ninguno de los ocupantes de la sala reparó en él, un hombre con ojos dorados que llevaba un martillo de herrero. Subió a su habitación y por una vez se acordó de encender la vela de sebo. Su aljaba y su hacha seguían colgados del mismo clavo en la pared. Sopesó el hacha con una mano y el martillo en la otra. Considerando estrictamente la cantidad de metal, el arma, con su hoja en forma de media luna y el

grueso diente de contrapeso, era dos o tres kilos más ligera que la herramienta, pero a él se le antojaba diez veces más pesada. Devolvió el hacha a su sitio y depositó debajo, en el suelo, el martillo, apoyando el mango en la pared. El asidero del hacha y el del martillo, dos piezas de madera de igual grosor, se rozaban casi. Dos objetos de metal, casi del mismo peso. Durante largo rato permaneció sentado en el taburete, contemplándolos. Todavía tenía la vista fija en ellos cuando Lan asomó la cabeza por la puerta.

—Ven, herrero. Tenemos asuntos que tratar.

—Soy un herrero —declaró Perrin, y el Guardián frunció el entrecejo.

—No me vengas con desvaríos ahora, herrero. Si eres incapaz de seguir cargando con tu peso, podrías hacernos rodar a todos montaña abajo.

—Sostendré mi carga —gruñó Perrin—. Haré lo que debe hacerse. ¿Qué queréis?

—Que vengas, herrero. ¿No me has oído? Vamos, campesino.

Aquel apelativo que le dedicaba con tanta frecuencia Zarina lo hizo levantarse entonces con furia, pero Lan ya se marchaba. Perrin salió rápidamente al pasillo y lo siguió hacia la parte delantera de la posada, con la intención de decirle que ya estaba cansado de que lo llamaran «herrero» y «campesino», que su nombre era Perrin Aybara. El Guardián entró en el comedor privado de la posada que daba a la calle.

—Escuchadme, Guardián, yo…

—Eres tú quien debe escuchar, Perrin —indicó Moraine—. Calla y escucha. —Tenía el semblante apacible, pero en sus ojos se traslucía la misma ferocidad que en su tono.

Perrin no se había dado cuenta de que hubiera nadie más en la habitación aparte de él mismo y el Guardián, que se había acodado en la repisa de la chimenea. Moraine estaba sentada junto a la mesa del centro, una sencilla pieza de mobiliario de roble negro. Ninguna de las otras sillas de alto respaldo labrado estaban ocupadas. Zarina se encontraba apoyada en la pared de enfrente de Lan, con gesto adusto, y Loial había optado por tomar asiento en el suelo dado que ninguna de las sillas se acomodaba a su tamaño.

—Me alegra que hayas decidido sumarte a nosotros, campesino —señaló sarcásticamente Zarina—. Moraine no ha querido decir nada hasta que llegaras. Sólo ha estado mirándonos como si estuviera cavilando cuál de nosotros morirá primero, yo…

—Silencio —le ordenó sin miramientos Moraine—. Uno de los Renegados está en Tear. El Gran Señor Samon es Be'lal.

Perrin se estremeció. Loial cerró con fuerza los ojos y emitió un gemido.

—Podría haberme quedado en el stedding. Seguramente habría llevado una vida feliz, casado, con quienquiera que hubiera elegido mi madre. Es una buena mujer, mi madre, y no me habría prometido a una arpía. —Las orejas parecían habérsele

enterrado completamente bajo sus enmarañados cabellos.

—Puedes regresar al *stedding* Shangtai —manifestó Moraine—. Vete si lo deseas. No haré nada para impedírtelo.

—¿Puedo irme? —preguntó Loial, abriendo un ojo.

—Si quieres —confirmó la mujer.

—Oh. —Abrió el otro ojo y se rascó la mejilla con sus romos dedos del tamaño de salchichas—. Supongo…, supongo que… si me dais a escoger… me quedaré con todos vosotros. He tomado muchas notas, pero no las suficientes para terminar mi libro, y no me gustaría dejar a Perrin y a Rand…

—Bien, Loial —lo interrumpió con frío tono Moraine—. Me satisface que te quedes. Me vendrá bien utilizar los conocimientos que puedas aportar. ¡Pero hasta que todo acabe, no tengo tiempo para escuchar tus quejas!

—Supongo —aventuró Zarina con voz temblorosa— que no hay posibilidad de que yo me marche. —Miró a Moraine y se estremeció—. Ya me parecía. Herrero, si salgo con vida de ésta, me las pagarás.

Perrin se quedó mirándola con estupor. «¡Yo! ¿La idiota piensa que es por mi culpa? ¿Acaso le pedí yo que viniera?» Abrió la boca, advirtió la acerada mirada de Moraine y se apresuró a cerrarla.

—¿Está buscando a Rand? —preguntó al cabo de un momento—. ¿Para detenerlo o para matarlo?

—Creo que no —respondió la Aes Sedai en voz baja, pero dura como el acero—. Intuyo que se propone dejar que Rand entre en el Corazón de la Ciudadela y tome *Callandor* para después arrebatársela. Me temo que tiene intención de matar al Dragón Renacido con la misma arma que debe anunciar su advenimiento.

—¿Vamos a huir de nuevo? —inquirió Zarina—, ¿como en Illian? Nunca pensé en escapar, pero nunca había imaginado tampoco que iba a encontrarme con Renegados cuando presté juramento de cazador.

—Esta vez —contestó Moraine— no huiremos. No osamos hacerlo. Los mundos y el tiempo dependen de Rand, del Dragón Renacido. Esta vez presentaremos combate.

—Moraine —observó Perrin con inquietud, tomando asiento—, estáis diciendo sin tapujos un buen número de cosas respecto a las cuales nos prohibisteis pensar siquiera en voz alta. Habréis dispuesto salvaguardas en esta habitación para que no nos oigan, ¿verdad? —Cuando la mujer negó con la cabeza, crispó con tal fuerza la mano en el borde de la mesa que la madera de roble crujió.

—No estamos hablando de Myrddraal, Perrin. Ignoramos a ciencia cierta la fuerza de los Renegados y sólo sabemos que Ishamael y Lanfear eran los más poderosos, pero el menos capacitado de ellos puede detectar cualquier protección que yo prepare con el Poder desde una distancia de más de un kilómetro. Y hacernos

trizas a todos en cuestión de segundos. Probablemente sin moverse del sitio.

—Estáis admitiendo que puede reduciros a cenizas —murmuró Perrin—. ¡Luz! ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo podemos luchar contra él?

—Ni siquiera los Renegados son inmunes al fuego compacto —señaló. Perrin se preguntó si sería el procedimiento que había empleado contra los Sabuesos del Oscuro y volvió a experimentar la misma inquietud que había sentido entonces por lo que había visto y lo que había dicho la Aes Sedai—. He aprendido bastante a lo largo de este año, Perrin. Soy… más peligrosa que cuando fui al Campo de Emond. Poseo los medios para destruir a Be'lal si consigo acercarme lo bastante a él. Pero, si él me ve antes, puede acabar con todos nosotros sin darme oportunidad para reaccionar. —Desplazó su atención a Loial—. ¿Qué puedes decirme acerca de Be'lal?

Perrin parpadeó, confundido. «¿Loial?»

—¿Por qué le preguntáis a él? —se inmiscuyó intempestivamente Zarina—. ¡Primero le decís al herrero que pretendéis que combatamos a un Renegado… que tiene la capacidad para matarnos a todos en un santiamén! ¿Y ahora pedís a Loial que os informe sobre él? —Loial murmuró con insistencia el nombre que ella había escogido, «¡Faile! ¡Faile!», pero ella continuó, incontenible—. Creía que las Aes Sedai lo sabían todo. ¡Luz, yo como mínimo tengo el buen sentido de no afirmar que me enfrentaré a alguien sin saber todo lo posible sobre esa persona! Vos… —La severa mirada de Moraine la instó a callar.

—Los Ogier —explicó, imperturbable, la Aes Sedai— conservan recuerdos de tiempos muy antiguos, muchacha. Se han sucedido más de cien generaciones de humanos desde el Desmembramiento mientras que para los Ogier, en cambio, sólo han discurrido menos de treinta. Sus relatos y escritos aún contienen mucha información que nosotros ignoramos. Ahora dime, Loial, ¿qué sabes de Be'lal? Y sucintamente, para variar. Quiero tus conocimientos, no una perorata.

Loial se aclaró la garganta, produciendo un sonido muy similar al que haría una pila de troncos al desmoronarse.

—Be'lal. —Sus orejas se irguieron entre el pelo, agitándose como alas de colibríes, y luego se abatieron de nuevo—. No sé qué habrá en los libros respecto a él de lo que vos no tengáis conocimiento. Es un personaje que sólo se menciona a tenor del levantamiento de la Antecámara de los Siervos acaecido justo antes de que Lews Therin Verdugo de la Humanidad y los Cien Compañeros lo encarcelaran con el Oscuro. Jalanda hijo de Aried nieto de Coiam escribió que lo llamaban el Envidioso, que renegó de la Luz porque tenía celos de Lews Therin, y que también envidiaba a Ishamael y Lanfear. En *Un estudio de la Guerra de la Sombra*, Moilin hija de Hamada nieta de Juendan se refería a Be'lal con el nombre de Tejedor de Redes, pero ignoro el porqué. Mencionaba que había ganado una partida de damas jugando con Lews Therin y que continuamente se vanagloriaba de ello. Procuro ser breve —se

excusó, lanzando una mirada a Moraine—. No sé nada importante sobre él. Varios escritores afirman que Be'lal y Sammael eran abanderados de la lucha contra el Oscuro antes de cambiar de filas y que ambos eran hábiles espadachines. Eso es todo cuanto sé. Puede que se hable de él en otros libros, en otras historias, pero no en los que yo he leído. Be'lal no aparece con frecuencia en la literatura y en los ensayos. Siento no poder aportar nada de interés.

—Tal vez lo has hecho —disintió Moraine—. No sabía nada de ese nombre, el Tejedor de Redes. Ni que envidiaba tanto al Dragón como a sus compañeros del bando de la Sombra. Ello fortalece mi creencia de que quiere *Callandor* para él. Ése debe de ser el motivo por el que ha decidido convertirse en Gran Señor de Tear. Y el Tejedor de Redes…, un apodo para un intrigante, un paciente y astuto planificador. Has respondido bien a mis expectativas, Loial. —Las comisuras de la ancha boca del Ogier se curvaron hacia arriba, esbozando una sonrisa de complacencia, y después volvieron a abatirse.

—Yo no finjo no tener miedo —confesó de improviso Zarina—. Sólo los insensatos tomarían a la ligera a los Renegados. Pero juré que sería una de los vuestros, y así será. Es cuanto tenía que decir.

Perrin sacudió la cabeza. «Debe de estar loca. ¡Lo que desearía yo no formar parte de este grupo! ¡Lo que daría por estar de nuevo en casa trabajando en la forja de maese Luhhan!»

—Si está dentro de la Ciudadela —dijo en voz alta—, si está aguardando allí a Rand, debemos entrar para llegar hasta él. ¿Cómo lo lograremos? Todo el mundo dice que nadie tiene acceso a la Ciudadela sin el permiso de los Grandes Señores y, se mire como se mire, no veo ninguna forma de hacerlo si no es por las puertas.

—Tú no vas a entrar —declaró Lan—. Sólo entraremos Moraine y yo. Cuantos más vayamos, mayor será la dificultad. Sea cual sea la vía de entrada que encontremos, seguro que no será sencillo ni siquiera para dos.

—Gaidin —comenzó a protestar con voz firme Moraine, pero el Guardián la atajó con tono igual de decidido.

—Vamos a ir juntos, Moraine. Esta vez no pienso quedarme al margen. —Al cabo de un momento, la mujer asintió y Perrin creyó advertir que Lan se relajaba—. Los demás haréis bien en ir a dormir —prosiguió el Guardián—. Yo tengo que salir para examinar la Ciudadela. —Hizo una pausa—. Hay una cuestión que vuestras noticias me habían hecho olvidar, Moraine. Un detalle insignificante cuyo sentido no alcanzo a descifrar. Hay Aiel en Tear.

—¡Aiel! —exclamó Loial—. ¡Imposible! Toda la ciudad entraría en un estado de pánico si un Aiel traspusiera sus puertas.

—No he dicho que caminaran por las calles, Ogier. Los tejados y las chimeneas de la ciudad constituyen para ellos un terreno tan propicio para ocultarse como el

Yermo. He visto ni más ni menos que tres, aunque al parecer nadie más en Tear se ha percatado de su presencia. Si yo he visto tres, podéis estar seguros de que hay como mínimo el doble.

—Yo no extraigo ningún sentido de ello —admitió Moraine—. Perrin, ¿por qué frunces de ese modo el entrecejo?

No se había dado cuenta de que fruncía el entrecejo.

—Estaba pensando en ese Aiel que encontramos en Remen. Dijo que, cuando se rinda la Ciudadela, los Aiel abandonarán la Tierra de los Tres Pliegues. Se refería al Yermo, ¿verdad? Afirmó que era una profecía.

—He leído todas y cada una de las palabras contenidas en las Profecías del Dragón —dijo quedamente Moraine—, en todas las traducciones, y no hay ninguna mención sobre los Aiel. Nosotros caminamos a ciegas mientras Be'lal teje sus redes, y la Rueda teje el Entramado a nuestro alrededor. ¿Pero son los Aiel hebras utilizadas por la Rueda, o por Be'lal? Lan, debes localizar rápidamente la manera de infiltrarnos en la Ciudadela.

—Como ordenes, Aes Sedai —respondió éste, con tono más afectivo que ceremonioso.

Desapareció por la puerta, y Moraine posó vagamente la mirada en la mesa, sumida en reflexiones. Zarina se acercó a Perrin con la cabeza ladeada.

—¿Y qué vas a hacer tú, herrero? Por lo visto pretenden que nos quedemos de brazos cruzados mientras ellos van en busca de aventuras. No me quejo, la verdad.

Perrin puso en duda tal aseveración.

—Primero —le contestó—, comeré algo y después voy a pensar en un martillo. «Y a tratar de determinar qué clase de sentimientos me inspiras, Halcón.»

51



Cebo para la red

Por el rabillo del ojo, Nynaeve creyó atisbar bajo el sol a un hombre muy alto de pelo rojizo, cubierto con una amplia capa marrón, un buen trecho más allá, pero al volverse para mirar bajo la ancha ala del sombrero de paja azul que le había prestado Ailhuin, un carro tirado por una yunta de bueyes se había interpuesto entre ellos y, cuando éste se alejó pesadamente, el hombre ya había desaparecido. Estaba casi segura de haber visto la funda de una flauta colgada de su hombro, y su vestimenta no era, a todas luces, teariana. «No es posible que fuera Rand. El hecho de que sueñe constantemente con él no significa que vaya a venir aquí desde el llano de Almoth.»

Uno de los descalzos individuos que pasaban presurosamente a su lado, con las combadas colas de una docena de grandes peces asomando del cesto que llevaba a la espalda, tropezó de improviso y, en su caída, lanzó por los aires la carga de plateadas escamas. Aterrizó apoyado en manos y rodillas en el fango, mirando, aturdido, los pescados que habían salido del cesto. Los alargados y lustrosos animales estaban completamente tiesos y, clavados de cabeza en el fango, formaban un perfecto e insólito círculo que despertó incluso asombro en más de un transeúnte. El hombre se levantó lentamente, sin prestar atención al barro que le manchaba la ropa y, tras descolgarse el cesto, se puso a recoger el pescado, sacudiendo la cabeza y murmurando para sí.

Nynaeve pestañeó, pero lo que en aquellos momentos ocupaba su interés era el truhán de vacuno rostro encarado hacia ella en la puerta de su tienda tras el cual colgaban sanguinolentos trozos de carne. Se propinó un tirón de trenza y lo taladró con la mirada.

—Muy bien —aceptó, malhumorada—. Me lo quedaré, pero, si esto es lo que cobra por una pieza tan pequeña, ésta será la última vez que le compro algo.

El carnicero sonrió plácidamente al recoger las monedas y luego envolvió el grasiento pedazo de cordero en una tela que ella había sacado de la cesta que llevaba

colgada del brazo. Le asestó una airada mirada al depositarla en él, pero el tendero ni se inmutó.

Dio media vuelta para irse… y por poco no cayó. Todavía no se había habituado a esos zuecos que se pegaban continuamente en el fango; para ella era un misterio la soltura con la que andaban con ellos los tearianos. Hizo votos porque el sol que lucía entonces secara pronto el suelo, si bien con escepticismo, pues tenía el presentimiento de que el barro era poco menos que permanente en el Maule.

Caminando con cautela y murmurando entre dientes, tomó el camino de regreso hacia la casa de Ailhuin. Los precios de los alimentos eran escandalosos, la calidad invariablemente baja, y a nadie parecía importarle, ni a los compradores ni a los vendedores. Experimentó cierto alivio al cruzarse con una mujer que gritaba a un tendero, agitando en cada mano una machacada fruta de color amarillo rojizo que, como le ocurría con muchas de las verduras y frutas que había en Tear, Nynaeve desconocía, y reclamando a los viandantes que se acercaran a ver los desperdicios que vendía aquel sujeto, pero éste la miraba simplemente con fastidio, sin siquiera molestarse en contradecirla.

Elayne le había explicado que las ratas se comían los cereales en los graneros porque no había nadie en Cairhien que pudiera comprarlos, así como las razones de la supremacía adquirida por Cairhien en el comercio de cereales desde la Guerra de Aiel. Todo ello excusaba en parte los precios, pero no había justificación posible para la actitud que todos adoptaban, como si estuvieran dispuestos a sucumbir al hambre sin hacer nada. Ella había visto cómo el granizo había malogrado las cosechas de alimentos en Dos Ríos, cómo las langostas lo habían arrasado todo, cómo morían los corderos atacados por una plaga y se marchitaba el tabaco bajo el azote de un hongo, y cómo cuando los mercaderes venían desde Baerlon no había nada en absoluto que vender. Recordaba una racha que duró dos años, durante los cuales sólo tenían sopa de nabos y cebada vieja que llevarse a la boca, y los cazadores se daban por satisfechos cuando lograban traer a casa un raquítico conejo, pero los habitantes de Dos Ríos sacaban fuerzas de flaqueza en la adversidad y volvían a aplicarse en el trabajo. Esa gente había pasado sólo un mal año, y su pesquería y el comercio de otros productos parecía floreciente. La irritaba el espectáculo de su dejadez. El problema era que sabía que debía tener un poco de paciencia con ellos. Eran un pueblo extraño con un estilo de vida particular, y ciertas cosas que ella consideraba humillantes eran para ellos algo completamente natural, incluso para Ailhuin y Sandar. Debería procurar armarse de paciencia.

«Si he de tenerla con ellos, ¿por qué no con Egwene?» Desechó la idea. Aquella chiquilla se comportaba de manera incalificable, replicando de malos modos a las propuestas más evidentes y poniendo continuamente pegas a los más razonables planes. Incluso cuando no había margen de duda respecto a lo que debían hacer,

Egwene quería que la convenciera. Nynaeve no estaba acostumbrada a tener que persuadir a la gente, y menos a una persona a quien había cambiado los pañales. El hecho de que únicamente se llevaran siete años no modificaba en nada su ascendiente.

«Son todas estas pesadillas —razonó—. No consigo descifrar su sentido, y ahora Elayne también las padece, y tampoco sé qué significa eso, y Sandar no dice nada salvo que aún está buscando, y estoy tan frustrada que… ¡lo mandaría todo a paseo!» Se tiró tan fuerte de la trenza que le dolió el cuero cabelludo. Al menos había logrado convencer a Egwene para que no volviera a utilizar el *ter'angreal* y para que lo guardara dentro de la bolsa en lugar de llevarlo en contacto con la piel. Si el Ajah Negro se hallaba en el *Tel'aran'rhiod*… Prefirió no tomar en cuenta tal posibilidad. «¡Las encontraremos!»

—Las voy a machacar —murmuró—. ¡Intentar venderme como un cordero! ¡Perseguirme como a un animal! ¡Esta vez yo soy el cazador y no el conejo! ¡Esa Moraine! Si no hubiera ido al Campo de Emond, podría haberle enseñado lo necesario a Egwene. Y a Rand… Podría…, podría haber hecho algo por él.

Sabía que no era cierto y ello la enfureció aún más. Odiaba a Moraine casi tanto como aborrecía a Liandrin y el Ajah Negro, tal vez tanto como detestaba a los seanchan.

Dobló una esquina, y Juilin Sandar hubo de apartarse de un salto para evitar chocar con ella. Aun habituado como estaba a los zuecos, sólo su vara lo salvó de caer de bruces en el fango. Se había enterado de que aquella pálida madera segmentada se llamaba bambú, y era mucho más resistente de lo que a simple vista parecía.

—Señora… eh… señora Maryim —dijo, recobrando el equilibrio, Sandar—, estaba… buscándoos. —Le dirigió una intranquila sonrisa—. ¿Estáis enfadada? ¿Por qué me miráis con esa cara?

—No era por vos, maese Sandar —le aseguró, suavizando la expresión—. Es que el carnicero… Da igual. ¿Por qué queríais verme? —Contuvo el aliento—. ¿Las habéis localizado?

—Sí —respondió el hombre, mirando en derredor como si sospechara que los transeúntes fueran a escuchar la conversación—. Sí, debéis venir conmigo. Las otras están esperando. Las otras, y también la madre Guenna.

—¿Por qué estáis tan nervioso? ¿No habréis dejado que descubrieran vuestro interés? —inquirió—. ¿Qué es lo que os ha asustado?

—¡No! No, señora. No…, no me he delatado. —Volvió a lanzar rápidas miradas a su alrededor y se aproximó, reduciendo la voz a un ansioso susurro—. ¡Esas mujeres que buscáis se alojan en la Ciudadela! ¡Como huéspedes de un Gran Señor! ¡El Gran Señor Samon! ¿Por qué las tachasteis de ladronas? ¡El Gran Señor Samon! —casi

chilló. Tenía el rostro sudoroso.

«¡Dentro de la Ciudadela! ¡Con un Gran Señor! Luz, ¿cómo haremos ahora para llegar hasta ellas?» Atajó, no sin esfuerzo, su impaciencia.

—Calmaos —dijo con tono apaciguador—. No os inquietéis, maese Sandar. Podemos explicaros todo. —«Espero que así sea. Luz, si va a la Ciudadela a contarle a ese Gran Señor que estamos siguiéndoles la pista…»—. Acompañadme a casa de la madre Guenna. Joslyn, Caryla y yo aclararemos todas vuestras dudas, creedme. Vamos.

El husmeador asintió con gesto crispado y se puso a andar a su lado, ajustando el paso a la velocidad que ella conseguía calzada con los zuecos, aunque en realidad daba la impresión de querer echar a correr.

Al llegar a la vivienda de la Sabia, Nynaeve dio un rodeo hacia la parte trasera, pues, por lo que había visto, nadie, ni siquiera la madre Guenna, utilizaba la puerta principal.

Los caballos permanecían atados a una cerca, bien lejos de los higos recién formados de Ailhuin así como de las verduras, y las sillas y las bridas estaban guardadas adentro. Por una vez no se detuvo a acariciar el cuello de Gaidin y decirle que era un buen chico, mucho más juicioso que su tocayo. Sandar se paró a limpiarse el barro de los zuecos con la punta del bastón, pero ella se apresuró a entrar.

Ailhuin Guenna estaba sentada en una de sus sillas de alto respaldo, apartada de la mesa, con los brazos pegados al cuerpo. Tenía los ojos desorbitados de rabia y miedo, y forcejeaba furiosamente sin mover ni un solo músculo. Nynaeve no tuvo necesidad de percibir la sutil urdimbre de Aire para averiguar lo sucedido. «¡Luz, nos han encontrado! ¡Maldito seas, Sandar!»

La ira se adueñó de ella, desmoronó los muros que normalmente la contenían para no apelar al Poder, y, mientras el cesto caía de sus manos, era la flor blanca de un espino negro que se abría para abrazar el *Saidar*, se abría… Fue como si topara con otro muro, una pared de cristal transparente; sentía la Fuente Verdadera, pero la pared lo obstruía todo salvo el anhelo de henchirse de Poder Único.

La cesta chocó contra el suelo y, al rebotar, se abrió la puerta tras ella y Liandrin entró, seguida de una mujer morena con una mecha blanca sobre la oreja izquierda. Llevaban largos vestidos de seda de vivos colores escotados en los hombros, y el *Saidar* formaba una aureola en torno a ellas.

Liandrin se alisó el rojo vestido y sonrió con su boquita de piñón. Estaba divirtiéndose, a juzgar por la expresión de su cara de muñeca.

—Lo ves, ¿verdad, espontánea? —la provocó—, que no tienes…

Nynaeve le dio un violento puñetazo en la cara. «Luz, tengo que escapar.» Golpeó tan fuerte a Rianna que ésta cayó sentada con un gruñido. «Deben de haber apresado a las demás, pero, si consigo salir por la puerta, si consigo alejarme lo bastante para

que no puedan escudarme contra el Poder, podré hacer algo.» Dio un empellón a Liandrin para apartarla de la puerta. «Sólo tengo que zafarme de su escudo y…»

Sobre ella cayeron golpes de todas partes, como de puños y palos. Ni Liandrin, de cuya boca ahora severa bajaba un hilillo de sangre, ni Rianna, con el pelo tan en desorden como su vestido verde, movieron una mano. Nynaeve percibía los flujos de aire que se entrelazaban a su alrededor de igual forma que sentía los golpes. Seguía intentando con denuedo llegar a la puerta, pero entonces se dio cuenta de que estaba de rodillas, y los invisibles puñetazos y palos seguían aporreándole la espalda, el estómago, la cabeza, las caderas, los hombros, el pecho, las piernas. Se tumbó, gimiendo, y se ovilló, tratando de protegerse. «Oh, Luz, lo he intentado. ¡Egwene! ¡Elayne! ¡Lo he intentado! ¡No pienso gritar! ¡Condenadas brujas, no gritaré ni aunque me matéis!»

Los golpes cesaron, pero Nynaeve no paró de temblar. Estaba magullada y dolorida de pies a cabeza.

Liandrin se agachó junto a ella y se abrazó las rodillas produciendo un roce de seda. Se había limpiado la sangre de la boca. Sus oscuros ojos expresaban dureza, y en su semblante no había rastro de hilaridad.

—Tal vez seas demasiado estúpida para reconocer cuándo te han derrotado, espontánea. Te has resistido casi tan salvajemente como la otra imbécil de tu amiga, esa Egwene. Por poco no pierde la cabeza. Todas debéis aprender a someteros. Aprenderéis a resignaros.

Nynaeve se estremeció y volvió a probar a entrar en contacto con el *Saidar*, no tanto porque tuviera esperanzas de lograrlo, como para hacer algo. Venciendo el aturdidor dolor, alargó la mano… y chocó contra el invisible escudo. Liandrin tenía de nuevo un brillo alegre en los ojos, el siniestro regocijo de un niño malo que arranca las alas a una mosca.

—Ésta al menos no va a servirnos de nada —manifestó Rianna, situándose al lado de Ailhuin—. Le provocaré un paro cardíaco. —A Ailhuin casi le saltaron los ojos de las órbitas.

—¡No! —Las cortas trenzas de color de miel de Liandrin se agitaron al volver bruscamente la cabeza—. Siempre te precipitas matando a la gente, y los muertos sólo pueden ser de utilidad para el Gran Señor de la Oscuridad. —Sonrió a la mujer atada con incorpóreas cuerdas a la silla—. Habéis visto a los soldados que nos han acompañado, anciana, y sabéis quién nos aguarda en la Ciudadela. La ira del Gran Señor Samon caerá sobre vos si habláis de lo ocurrido hoy en vuestra casa. Si calláis, viviréis, puede que para volver a prestarle un servicio algún día. Si habláis, serviréis al Gran Señor de la Oscuridad desde el más allá. ¿Qué preferís?

Ailhuin, que de improviso recobró la capacidad para mover la cabeza, sacudió los grises rizos y abrió la boca.

—Guar… guardaré silencio —prometió con desaliento; después dirigió una contrita y avergonzada mirada a Nynaeve—. ¿De qué servirá que hable? Un Gran Señor podría sentenciarme a muerte sólo con enarcar una ceja. ¿Qué podría hacer por vosotras? ¿Qué?

—No os preocupéis —la tranquilizó Nynaeve. «¿A quién se lo contaría? Acabaría irremisiblemente muerta»—. Sé que nos ayudaríais si pudierais.

Rianna echó la cabeza atrás y se puso a reír. Ailhuin se hundió pesadamente, liberada de ataduras, y permaneció en la silla, con la vista fija en las manos que apoyaba en el regazo.

Entre las dos, Liandrin y Rianna levantaron a Nynaeve y la empujaron hacia la salida.

—Como nos causes algún problema —le advirtió con dureza la morena Aes Sedai —, haré que tú misma te despellejes y bailes con los huesos al desnudo.

Nynaeve habría reído de haber podido. «¿Cómo podía causar problema alguno?» Le habían cortado el acceso a la Fuente Verdadera y estaba tan dolorida que apenas se sostenía en pie. Cualquier cosa que intentara, sería tan sencillo de atajar para ellas como la rabieta de un niño. «¡Pero las magulladuras curarán, la Luz os fulmine, y cometeréis un descuido u otro! Y llegado ese momento…»

Había más personas delante de la fachada de la casa. Dos altos soldados vestidos con los redondos yelmos, relucientes petos y chaquetas de mangas abombadas propios de los militares de Tear, que aguardaban con rostros sudorosos y ojos inquietos que dejaban traslucir un temor tan grande como el que sentía ella. Amico Nagoyin estaba allí, esbelta y hermosa con su largo cuello y pálida piel, con aspecto tan inocente como el de una niña recogiendo flores. Joiya Byir tenía un semblante amistoso a pesar de la lisura de las mejillas y la plácida expresión de las mujeres que llevaban tiempo trabajando con el Poder, casi la cara de una abuela en su afable apariencia, aun cuando la edad no le hubiera encanecido el negro pelo como tampoco le había arrugado la tez. Sus grises ojos se parecían más a los de la madrastra de los cuentos, la que asesinaba a los hijos de la primera esposa de su marido. Las dos mujeres brillaban con el nimbo del Poder.

Entre las dos hermanas Negras se encontraba Elayne, con un ojo morado, la mejilla hinchada, el labio partido y la manga del vestido desgarrada.

—Lo siento, Nynaeve —se disculpó sin articular, como si le doliera la mandíbula —. No las hemos visto hasta que ya era demasiado tarde.

Egwene yacía hecha un ovillo en el suelo, con la cara abotargada y llena de cardenales, casi irreconocible. Cuando Nynaeve llegó con su escolta, uno de los soldados la cargó a hombros y allí quedó colgando, tan fláccidamente como un saco de cebada medio lleno.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó airadamente Nynaeve—. ¡Maldita sea,

qué…! —Algo intangible le golpeó la boca con tanta violencia que por un instante perdió la visión.

—Vamos, vamos —dijo Joiya Byir con una sonrisa que contradecía la expresión de sus ojos—. No permitiré exigencias ni malos modales. —Su tono era, asimismo, el de una abuela—. Hablarás cuando se te indique.

—Ya te he dicho que la chica ha ofrecido una acérrima resistencia, ¿no? —señaló Liandrin—. Que te sirva de lección a ti. Si tratas de obstaculizar nuestra labor, no recibirás un trato más considerado.

Aunque ardía en deseos de hacer algo por Egwene, Nynaeve dejó que la sacaran a la calle. Los obligó a empujarla, una forma insignificante de oponerse a ellos, de negarse a cooperar, pero la única de que disponía en ese momento.

Había poca gente en la enfangada calle, como si todo el mundo hubiera tomado la precaución de evitarla, y los pocos viandantes caminaban casi furtivamente por el otro lado, sin lanzar ni una mirada al reluciente carruaje lacado de negro ni al tiro de seis caballos blancos con largos penachos blancos en las bridas. Un cochero vestido como los soldados, pero sin armadura ni espada, ocupaba el pescante y otro abrió la puerta cuando salieron de la casa. Antes de que lo hiciera, Nynaeve vio el sello pintado en ella. Un puño con un guantelete de plata que aferraba un haz de encrespados relámpagos.

Dedujo que sería la enseña del Gran Señor Samon —«Un Amigo Siniestro, sin duda, si tiene tratos con el Ajah Negro. ¡La luz lo fulmine!»— pero su atención se desvió hacia el hombre que cayó de hinojos en el fango al verla aparecer.

—Condenado Sandar, ¿por qué…? —Dio un brinco al notar un estacazo en la espalda.

—Mostrarás el debido respeto, hija —la reprendió Joiya Byir, sonriendo y haciendo revolotear un dedo—. Si no, puede que te quedes sin lengua.

Liandrin se echó a reír y, agarrando el negro pelo de Sandar, tiró de su cabeza hacia atrás. El hombre la miró con los ojos de un fiel sabueso… o de un perrillo que temía recibir un puntapié.

—No juzgues con demasiada dureza a este hombre. —Consiguió incluso que la palabra «hombre» sonara como «perro»—. Tuvimos que… persuadirlo… para que se pusiera a nuestro servicio. Pero yo soy muy persuasiva, ¿verdad? —Volvió a prorrumpir en carcajadas.

—Tuve que hacerlo, señora Maryim —se excusó ante Nynaeve Sandar, dirigiéndole una confusa mirada—. No… tenía más remedio.

Liandrin le retorció el cabello, y él volvió a posar en ella la misma mirada con ansiosos ojos de sabueso.

«¡Luz! —se horrorizó Nynaeve—. ¿Qué le habrán hecho? ¿Qué nos harán a nosotras?»

A ella y a Elayne las cargaron sin contemplaciones en el carruaje y a Egwene la dejaron inconsciente, con la cabeza colgando, entre las dos. Liandrin y Rianna tomaron asiento, todavía rodeadas por la aureola del *Saidar*. Nynaeve no tuvo interés por averiguar en ese momento adónde habían ido las demás. Quería tocar a Egwene, aliviar sus heridas, pero no podía mover ni un músculo por debajo del cuello salvo para retorcerse. Los flujos de aire las inmovilizaban igual que si estuvieran envueltas con varias capas de mantas bien prietas. La carroza se puso en marcha, traqueteando en el barro a pesar de sus elásticos muelles.

—Si le habéis hecho daño… —«Luz, está bien claro que se lo han hecho. ¿Por qué no digo lo que pienso?» Pero le costaba tanto poner palabras a aquella noción como levantar una mano—. Si la habéis matado, no descansaré hasta haberos cazado a todas como a perros salvajes.

Rianna le dirigió una furibunda mirada, pero Liandrin se limitó a emitir un resoplido.

—No seas tan estúpida, espontánea. Nos interesa que estéis vivas. El cebo muerto no atrae a la presa.

«¿Cebo? ¿Para qué? ¿Para quien?»

—¡Vos sois la estúpida, Liandrin! ¿Acaso creéis que estamos aquí solas? ¿Sólo tres mujeres que ni siquiera han alcanzado la condición de Aes Sedai? Somos ciertamente un cebo, Liandrin. Y vosotras habéis caído directas en la trampa como un goloso urogallo.

—¡No se lo digas! —la advirtió con viveza Elayne. Nynaeve tardó un segundo en caer en la cuenta de que estaba apoyando su mentira—. Si te dejas llevar por la ira, revelarás cosas que no deben saber. Deben llevarnos adentro de la Ciudadela. Deben…

—¡Silencio! —espetó Nynaeve—. ¡Eres tú la que se va de la lengua!

Elayne consiguió poner cara de vergüenza bajo las magulladuras. «A ver qué conclusiones sacan de esto», se felicitó Nynaeve. Liandrin, no obstante, volvió a sonreír.

—Cuando hayáis acabado de cumplir la función de cebo, nos lo contaréis todo. Estaréis ansiosas por hacerlo. Dicen que seréis muy poderosas un día, pero yo me cercioraré de que siempre me obedezcáis a mí, antes incluso de que el Gran Amo Be'lal forje planes para vosotras. Va a hacer venir a varios Myrddraal. Trece, exactamente. —De aquella boca de rosa brotó una carcajada al pronunciar las últimas palabras.

Nynaeve sintió un nudo en el estómago. ¡Uno de los Renegados! Quedó aturdida a causa de la consternación. «El Oscuro y todos los Renegados están recluidos en Shayol Ghul, donde los confinó el Creador en el momento de la Creación.» El catecismo no le aportó alivio alguno, ya que sabía demasiado bien que muchas de sus

aseveraciones eran falsas. Entonces cayó en la cuenta de las implicaciones del resto de lo dicho por Liandrin. Trece Myrddraal. Y trece hermanas del Ajah Negro. Oyó los alaridos de Elayne antes de advertir que ella también gritaba, forcejeando inútilmente entre aquellas invisibles ataduras de Aire. Era imposible determinar qué sofocaba a qué, si sus gritos de desesperación o las carcajadas de Rianna y Liandrin.

52



En busca de un remedio

Abatido en el taburete de la habitación del juglar, Mat hizo una mueca al oír toser de nuevo a Thom. «¿Cómo vamos a seguir buscando si está tan condenadamente enfermo que no se tiene en pie?» Enseguida se arrepintió de haberlo pensado. Thom se había volcado en las indagaciones con tanta energía como él, deambulando día y noche por la calle, cuando seguramente se sabía aquejado por la dolencia. Mat había estado tan absorto en las pesquisas que apenas había prestado atención a la tos de Thom, que no había mejorado el paso de la constante lluvia al bochornoso calor.

—Vamos, Thom —dijo—. Lopar me ha informado de que hay una Sabia cerca. Así es como llaman aquí a una Zahorí: una Sabia. Seguro que a Nynaeve le haría gracia.

—No necesito… que me hagan tragar… ningún repulsivo… brebaje…, chico. —Thom se tapó la boca con el puño en un vano intento de sofocar la seca tos—. Ve tú a buscar. Déjame solo… unas cuantas horas… en la cama… y luego iré contigo. —Su trabajoso resuello le hizo doblar el cuerpo hasta casi tocar las rodillas con la cabeza.

—¿De modo que yo debo hacer todo el trabajo mientras vos os solazáis? —bromeó Mat—. ¿Cómo voy a averiguar algo sin vos? Vos sois el que más información reúne. —Aquello no era del todo cierto; los hombres hablaban con tanta locuacidad jugando a los dados como invitando a una copa a un juglar, y con menos reparos que con un juglar que tosía tanto como para despertar en ellos aprensión por un posible contagio. Estaba comenzando a temer, empero, que la tos de Thom no iba a desaparecer por sí sola. «Si se me muere el viejo chivo, ¿con quién jugaré a las damas?», se dijo despiadadamente—. Sea como sea, esa maldita tos vuestra no me deja dormir ni estando en la habitación de al lado.

Haciendo caso omiso de las protestas del anciano juglar, lo obligó a ponerse en pie y vio con sorpresa que prácticamente tenía que sostenerlo. A pesar del pegajoso

calor, Thom insistió en ponerse la capa de parches multicolores. Aunque él llevaba la chaqueta completamente desabotonada y el cuello de la camisa desabrochado, dejó que el viejo chivo fuera como quisiera. Ninguno de los ocupantes de la sala de abajo alzó siquiera la mirada cuando llevó afuera a Thom, medio cargándolo, al bochornoso calor de la tarde.

El posadero le había dado unas señas claras, pero, cuando llegaron a las puertas y tuvieron frente a ellos el barrizal del Maule, Mat casi estuvo a punto de volver sobre sí para preguntar la dirección de otra Sabia, razonando que debía de haber más de una en una ciudad tan grande como aquélla. La ruidosa respiración de Thom lo hizo decidirse. Torciendo el gesto, Mat echó a andar por el fango, con el juglar apoyado en el hombro.

Por la ruta que le habían indicado, presentía que debían de haber pasado junto a la vivienda de la Sabia al subir del muelle la primera noche, y, al ver la alta y estrecha casa con manojos de hierbas colgados de la ventana, justo al lado del comercio de un alfarero, la recordó perfectamente. Lopar había mencionado que se entraba por la puerta trasera, pero él ya estaba harto de tanto barro.

«Y de la peste a pescado», añadió para sus adentros, mirando con mala cara a los hombres descalzos que caminaban chapoteando con los cestos a la espalda. También había huellas de caballos en la calle, que comenzaban a borrar las pisadas de personas y bueyes. De caballos enganchados a un carro, o tal vez a un carruaje. En todo Tear no había visto sino bueyes tirando de carros o carretas, lo cual se debía sin duda al orgullo que sentían los nobles y mercaderes por sus ejemplares de pura raza, que por nada permitían destinar al trabajo, pero tampoco había visto ninguna carroza fuera del recinto amurallado.

Apartando del pensamiento las huellas de caballos y ruedas, llevó a Thom a la puerta principal y llamó. Al cabo de un poco volvió a llamar y, como no respondían, insistió de nuevo.

Estaba ya por renunciar y emprender camino de regreso a La Media Luna a pesar de la espasmódica agitación del pecho de Thom cuando oyó un arrastrar de pies adentro.

La puerta se abrió un resquicio por el que asomó una recia mujer de pelo gris.

—¿Qué queréis? —preguntó con voz fatigada.

Mat esbozó su más agraciada sonrisa. «Luz, ya me estoy cansando de toda esta gente que habla como si no hubiera esperanza.»

—¿Madre Guenna? Me llamo Mat Cauthon. Cavan Lopar me ha dicho que quizá podríais remediar la tos de mi amigo. Os pagaré bien.

La mujer los observó un momento, hizo ademán de escuchar la jadeante respiración de Thom y luego suspiró.

—Supongo que, al menos eso, está a mi alcance. Pasad. —Abrió la puerta de par

en par y se dirigió a la parte posterior de la casa antes de que Mat se hubiera movido.

—Yo no… necesito esto —arguyó entrecortadamente el juglar—. Las malditas pócimas… siempre saben… ¡a boñiga!

—A callar, Thom.

La corpulenta mujer los condujo hasta la cocina y allí rebuscó en uno de los armarios y sacó varios botes de cerámica y paquetes de hierbas sin parar de murmurar para sí.

Mat tomó asiento en una de las sillas de alto respaldo y lanzó una ojeada por la ventana que le quedaba más cerca. Había tres magníficos caballos atados en el patio; le sorprendió que la Sabia tuviera más de uno, o siquiera uno, a decir verdad, puesto que no había visto en Tear montar a nadie salvo a los nobles y los ricos, y aquellos animales tenían aspecto de haber costado una buena cantidad de plata. «Otra vez pensando en caballos. ¿Y a mí qué me importan ahora los caballos?»

La madre Guenna preparó una concentrada infusión de rancio olor que forzó a engullir a Thom, agarrándole la nariz cuando éste quiso protestar. Por la manera como sostenía la cabeza del juglar en el pliegue del codo de un brazo mientras le vertía el negro líquido en la boca venciendo su resistencia, Mat dedujo que tenía menos grasa en el cuerpo de lo que había juzgado a primera vista.

Cuando apartó la taza, Thom tosió y se frotó la boca con igual vigor.

—¡Puafff! ¡Mujer, no sé… si os proponéis… ahogarme… o matarme… con ese repugnante sabor! ¡Deberíais… ser un maldito… herrero!

—Tomaréis la misma tisana dos veces al día hasta que se haya ido la tos —recetó con firmeza—. Y os daré un ungüento con el que os untaréis cada noche el pecho. —Plantada frente al juglar con los brazos en jarras, en su voz se percibía menos cansancio que antes—. Esa pomada tiene un olor tan desagradable como mal gusto tiene la infusión, pero os frotaréis con ella… ¡meticulosamente!, ¡o de lo contrario os llevaré a rastras arriba como a una flacucha carpa atrapada en una red encima de esa capa que lleváis! Nunca había tenido por paciente a un juglar y no permitiré que el primero que acude a mí se muera a fuerza de toser.

Thom le dirigió una airada mirada y se atusó tosiendo los bigotes, pero no pareció tomar la amenaza a la ligera. Al menos no replicó nada, pese a sus mal disimuladas ganas de arrojarle las hierbas y el ungüento a la cara.

Cuanto más oía hablar Mat a la madre Guenna, más le recordaba a la Amyrlin. La agria expresión de Thom y la impertérrita mirada de ella lo hizo decidirse a intervenir antes de que el juglar se negara a tomar las medicinas y de que ella se empecinara en forzarlo a ello.

—Conocí a una mujer que hablaba igual que vos —dijo—. De peces y redes y cosas por el estilo. También tenía el mismo acento. Debe de ser teariana también.

—Tal vez. —La mujer de pelo gris volvió a adoptar una apariencia de vencida y

clavó la mirada en el suelo—. Yo también conocí a unas chicas que hablaban como tú. Dos de ellas, en todo caso. —Suspiró profundamente.

Mat sintió un picor en la nuca. «No puede ser tanta mi buena suerte.» No habría apostado, sin embargo, ni un ochavo por la posibilidad de que hubiera precisamente en Tear otras dos mujeres con acento de Dos Ríos.

—¿Tres chicas?, ¿jóvenes?, ¿que se llaman Egwene, Nynaeve y Elayne? Esa última tiene un cabello dorado como el sol y ojos azules.

—No me dieron esos nombres —se decidió a contestar la mujer tras observarlo con entrecejo fruncido—, pero ya sospechaba que no eran los verdaderos. Pensé que tendrían sus motivos para no hacerlo. Una de ellas era una linda muchacha con brillantes ojos azules y melena rojiza dorada. —Describió a Nynaeve con la trenza que le llegaba a la cintura y a Egwene con sus grandes ojos oscuros y pronta sonrisa. Tres hermosas mujeres tan distintas entre sí como era posible—. Veo que son las mismas que tú conoces —concluyó—. Lo siento, muchacho.

—¿Por qué habríais de lamentarlo? ¡Llevo días tratando de encontrarlas! —«¡Luz, pasé de largo por esta casa la primera noche! ¡Justo delante de ellas! Quería buscar al azar y ¿qué podía ser más fortuito que el lugar donde atraca un barco en una lluviosa noche y en el que uno repara simplemente a la luz de un relámpago? ¡Qué idiota soy! ¡Qué idiota!»—. Decidme dónde están, madre Guenna.

La mujer fijó la mirada en la estufa sobre la que humeaba su hervidera y movió los labios, pero sin llegar a decir nada.

—¿Dónde están? —insistió Mat—. Corren peligro si no las localizo.

—No lo entiendes —dijo quedamente—. Eres un extranjero. Los Grandes Señores…

—Me tiene sin cuidado cualquier… —Mat pestañeó y miró a Thom. Parecía que éste tenía expresión de preocupación, pero, como tosía tan violentamente, no logró verlo bien—. ¿Qué tienen que ver los Grandes Señores con mis amigas?

—Es que no lo…

—¡No me digáis que no lo comprendo! ¡Os pagaré por la información!

—¡Yo no acepto dinero por…! —replicó con dureza la madre Guenna—. Me pides que te hable de algo que se me ha prohibido contar. ¿Sabes lo que me ocurrirá si lo hago y tú mencionas mi nombre? Perderé la lengua, para empezar. Después me mutilarán otras partes del cuerpo hasta que los Grandes Señores hagan colgar lo que quede de mí para que pase gritando las horas que me queden de vida para escarmiento de los desobedientes. ¡Y mi muerte no servirá de nada para socorrer a esas jóvenes!

—Os prometo que no revelaré a nadie vuestro nombre. Lo juro. —«¡Y cumpliré esta promesa, anciana, con tal que me digáis de una vez dónde están!»—. ¡Por favor! Están en peligro.

La mujer lo observó largo rato y, antes de que pusiera fin a su escrutinio, Mat tuvo la impresión de que conocía hasta el último detalle de su persona.

—Ya que lo has jurado, te lo diré. Me… gustaban esas chicas. Pero tú no podrás hacer nada. Llegas demasiado tarde, Mat Cauthon. Con un retraso de casi tres horas. Las han llevado a la Ciudadela. El Gran Señor Samon las mandó buscar. —Sacudió la cabeza con estupor y preocupación—. Envió a… mujeres que…, que encauzan el Poder. Personalmente no tengo nada que objetar en contra de las Aes Sedai, pero eso viola la ley; la ley dictada por los Grandes Señores. Si ellos mismos infringen todas las demás, deberían respetar al menos ésa. ¿Por qué un Gran Señor iba a mandar Aes Sedai a hacer sus recados? ¿Para qué quiere a esas muchachas?

—¿Aes Sedai? —Mat casi se echó a reír—. Madre Guenna, me habíais puesto el corazón en un puño. Si han venido Aes Sedai a buscarlas, no hay de qué preocuparse. Ellas mismas van en camino de ser Aes Sedai también. No es que a mí me agrade la idea, pero eso es lo que… —Su sonrisa se desvaneció al ver el vigor con que la Zahorí agitaba la cabeza.

—Muchacho, esas chicas han peleado como cazones pescados con una red. Tanto si ellas quieren ser Aes Sedai como si no, las que se las han llevado las han tratado como residuos de sentina. Los amigos no provocan magulladuras como las que han recibido.

Mat notó que se le crispaba la cara. ¿Que las Aes Sedai les habían hecho daño? ¿Qué sucedía? «La maldita Ciudadela. ¡A su lado, entrar en el palacio de Caemlyn es como dar un paseo por el patio de un corral! ¡Condenado de mí! ¡Estuve delante bajo la lluvia y miré esta casa! ¡Soy un necio cegado por la Luz!»

—Si te rompes la mano —observó la madre Guenna—, te la entablillaré y te aplicaré una cataplasma, ¡pero, si me estropeas la pared, te arrancaré la piel como a un lenguado!

Mat pestañeó y se miró los rasguños de los nudillos. No recordaba siquiera haber aporreado la pared. La gruesa mujer le tomó con firmeza la mano, pero los dedos con que la palpó eran sorprendentemente suaves.

—No te has roto nada —gruñó al cabo de un momento. Le examinó el rostro con benevolente mirada—. Parece que te importan mucho. Una de ellas al menos, supongo. Lo siento, Mat Cauthon.

—No tenéis por qué —le aseguró—. Ahora al menos sé dónde se encuentran. Todo cuanto he de hacer es sacarlas de allí. —Extrajo del bolsillo las dos últimas monedas de oro andorianas que le quedaban y se las puso en la mano—. Por los medicamentos de Thom y por darme noticias de ellas. —Impulsivamente, le dio un beso en la mejilla y sonrió—. Y esto es por mí.

La mujer se tocó, desconcertada, la mejilla, sin saber si mirarlo a él o al dinero.

—Sacarlas, dices. Así de simple. Sacarlas de la Ciudadela. —De improviso le dio

un pinchazo en las costillas con un dedo tan duro como una estaca—. Me recuerdas a mi marido, Mat Cauthon. Era un cabezota que se iba riendo a navegar en las fauces de una tempestad. Casi estoy por pensar que lo lograrás. —Entonces se fijó, al parecer por primera vez, en sus botas rebozadas de fango—. Tardé seis meses en enseñarle a no entrar con las botas llenas de fango en mi casa. Si rescatas a esas chicas, sea cual sea en la que tienes puestas tus miras, le costará ponerte en vereda.

—Vos sois la única mujer que podría conseguirlo. —La halagó con una sonrisa que se ensanchó cuando ella le correspondió con una airada mirada. «Sacarlas. Sólo tengo que hacer eso. Sacarlas de la Ciudadela de esta maldita Tear.» Thom volvió a toser. «Él no va a ir a la Ciudadela en ese estado. ¿Pero cómo voy a impedírselo?»—. Madre Guenna, ¿puedo dejar a mi amigo aquí? Creo que está demasiado enfermo para volver a la posada.

—¿Cómo? —vociferó Thom. Trató de levantarse de la silla, tosiendo con tal violencia que casi no podía hablar—. ¡No pienso… hacer tal cosa, chico! ¿Te crees que… entrar en la Ciudadela… será como… escabullirte en la cocina de tu madre? ¿Crees que… llegarías siquiera… a las puertas… sin mí? —Se aferró al respaldo de la silla, sin acabar de ponerse en pie a causa de la tos y la resollante respiración.

La mujer le puso una mano en el hombro y lo hizo sentarse de nuevo con la misma facilidad que si fuera un niño. El juglar le dirigió una sorprendida mirada.

—Yo cuidaré de él, Mat Cauthon —prometió.

—¡No! —gritó Thom—. ¡No puedes… hacerme esto! No puedes… dejarme… con esta vieja… —Únicamente la mano apoyada en su hombro impidió que se plegara.

—Ha sido un placer conoceros, Thom —aseguró sonriendo Mat al juglar de blanco cabello.

Cuando salía apresuradamente a la calle, se extrañó de haber dicho aquello. «No va a morirse. Esa mujer lo mantendrá vivo aunque tenga que sacarlo a rastras, pataleando y chillando, de la tumba por los bigotes. Sí, ¿pero quién me preservará la vida a mí?»

Delante de él, la Ciudadela de Tear se erguía sobre la ciudad, la inexpugnable fortaleza asediada un centenar de veces, ante la cual habían fracasado un centenar de ejércitos. Y él tenía que entrar en ella. Y sacar a tres mujeres. De algún modo.

Con una carcajada que incluso llamó la atención de los taciturnos viandantes, emprendió regreso a La Media Luna, sin inmutarse por el barro ni el húmedo calor. Sentía cómo los dados caían rodando dentro de su cabeza.

53



Energía entrelazada

Perrin se encogió de hombros mientras volvía a pie a La Estrella rodeado por la penumbra del crepúsculo. Un agradable cansancio le relajaba los brazos y la espalda; junto con las piezas normales elaboradas en una herrería, maese Ajala había puesto a su cargo la realización de una gran pieza ornamentada, llena de caprichosas curvas y volutas, destinada a la puerta de la nueva mansión solariega de un aristócrata. Había disfrutado creando algo tan bonito.

—Pensé que le iban a saltar los ojos de las órbitas, herrero, cuando le has dicho que no ibas a hacer eso si era para un Gran Señor.

Miró de soslayo a Zarina, que caminaba junto a él con el rostro velado por las sombras. Aun para sus ojos, las sombras producían su efecto, si bien menos marcado que en otra persona. Resaltaban sus elevados pómulos y suavizaban la prominente curva de su nariz. Aun cuando Moraine y Lan insistieron en que debía permanecer cerca de la posada, habría preferido que ella hallara otra ocupación que no fuera observar cómo trabajaba. Inexplicablemente, había notado la creciente torpeza que se adueñaba de él cuando advertía sus rasgados ojos fijos en él. En más de una ocasión había perdido el control del martillo hasta el punto de atraer las extrañadas miradas de maese Ajala. Las chicas siempre lo habían aturdido, en especial cuando le sonreían, pero Zarina no tenía necesidad de sonreír. Bastaba con que lo mirara. Volvió a preguntarse si era la hermosa mujer contra la que lo había prevenido Min. «Mejor que sea el halcón.» Aquel pensamiento lo sorprendió tanto que dio un traspié.

—No quería que nada de lo que hago caiga en manos de uno de los Renegados. —Sus ojos despidieron un brillo dorado al mirarla—. Si era para un Gran Señor, ¿cómo puedo saber adónde iría a parar? —La joven se estremeció—. No era mi intención asustarte, Fai…, Zarina.

La muchacha esbozó una amplia sonrisa, pensando sin duda que él no podía verla.

—Acabarás cediendo, granjero. ¿Has pensado en dejarte barba alguna vez?

«¡Ya es bastante penoso que no pare de burlarse de mí para que encima no la entienda siquiera la mitad del tiempo!»

Al llegar delante de la puerta de la posada, se encontraron con Moraine y Lan, que venían por el otro lado. Moraine llevaba la capa de lino con el rostro oculto bajo la ancha y profunda capucha. La luz de las ventanas de la sala principal formaba amarillos charcos en el pavimento. Circulaban dos o tres carruajes y había unas doce personas en las proximidades, regresando con paso presuroso a casa a cenar, pero las sombras ocupaban gran parte de la calle. La tienda del tejedor estaba cerrada a cal y canto. El silencio era ensordecedor.

—Rand está en Tear. —La fría voz de la Aes Sedai surgió como de una caverna del fondo de su capucha.

—¿Estáis segura? —inquirió Perrin—. No me he enterado de que ocurra nada raro. Ni bodas ni pozos que se sequen.

Vio que Zarina fruncía, confundida, el entrecejo. Moraine no había sido pródiga en explicaciones con ella, y él tampoco. Había sido más difícil atajar la locuacidad de Loial.

—¿No escuchas los rumores que corren, herrero? —dijo el Guardián—. En los últimos días se han producido tantas bodas como en los seis meses previos. Y tantos asesinatos como en todo un año. Hoy se ha caído una niña del balcón de una torre, a cien metros de distancia del suelo, y se ha levantado y ha ido corriendo hacia su madre sin una magulladura. La Principal de Mayene, «huésped» de la Ciudadela desde antes de comienzos del invierno, ha anunciado hoy que se someterá a la voluntad de los Grandes Señores, después de afirmar ayer que antes preferiría ver arder a Mayene y a todos sus barcos a que un aristócrata rural teariano pusiera los pies en la ciudad. No habían acabado de decidirse a torturarla, y esa joven mujer tiene una voluntad de hierro, de modo que no vas a decirme que no ha sido producto de la proximidad de Rand. Herrero, de los sótanos a los tejados, Tear hierve como un caldero sobre el fuego.

—No tenía necesidad de conocer todas las circunstancias —aseveró Moraine—. Perrin, ¿has soñado con Rand esta noche?

—Sí —reconoció—. Estaba en el Corazón de la Ciudadela, empuñando esa espada —notó que Zarina se agitaba a su lado—, pero he estado tan preocupado por eso que no es de extrañar que lo vea en sueños. He tenido pesadillas toda la noche.

—¿Un hombre alto? —preguntó Zarina—, ¿con pelo rojizo y ojos grises?, ¿asiendo algo que brilla tanto que hiere los ojos?, ¿en un sitio que está lleno de grandes columnas rojas? Herrero, dime que no es el mismo sueño.

—Ya veis —corroboró Moraine—. He escuchado este sueño relatado por cientos de bocas distintas hoy. Todos hablan de pesadillas, debidas por lo visto a que Be'lal no se molesta en parapetar sus sueños, pero ésa es la más repetida. —De improviso emitió una risa, semejante al fresco y grave tañido de unas campanillas—. La gente dice que es el Dragón Renacido. Dicen que está por llegar. Lo susurran a escondidas

en los rincones, pero lo dicen.

—¿Y qué vamos a hacer con Be'lal? —inquirió Perrin.

—Yo me encargaré de él esta noche —respondió con la dureza del acero Moraine. Perrin no percibió olor a miedo en ella.

—Nosotros nos encargaremos de él esta noche —corrigió Lan.

—Sí, mi Gaidin. Nos ocuparemos de él.

—¿Y qué hacemos nosotros? ¿Aguardar aquí sentados? El tiempo que tuve que pasar esperando en las montañas fue bastante para durar toda mi vida, Moraine.

—Tú y Loial… y Zarina… iréis a Tar Valon —le comunicó—. Hasta que esto acabe. Será el lugar más seguro para vosotros.

—¿Dónde está el Ogier? —preguntó Lan—. Quiero que los tres os pongáis en camino hacia el norte lo antes posible.

—Arriba, supongo —repuso Perrin—. En su habitación, o tal vez en el comedor. Hay luz en las ventanas de arriba. Trabaja continuamente en esas notas. Tendrá mucho que contar en ellas sobre nuestra huida.

Lo sorprendió la amargura de su voz. «Luz, estúpido, ¿quieres enfrentarte a uno de los Renegados? No. No, pero estoy cansado de huir. Recuerdo una vez en que no escapamos. Recuerdo haber presentado cara, y fue más satisfactorio. Aun cuando pensara que iba a morir, era mejor.»

—Iré a buscarlo —anunció Zarina—. No me avergüenza admitir que será un placer para mí eludir este combate. Sólo los hombres y los necios luchan cuando debieran huir. Pero no es preciso que lo repita dos veces. —Se alejó con paso vivo, produciendo un roce con sus estrechas faldas divididas al entrar en la posada.

Perrin paseó la mirada por la sala principal mientras se dirigían tras ella a las escaleras. Había menos clientes de lo que había previsto. Algunos estaban solos, con la mirada perdida, pero dos o tres compartían mesa hablando en temerosos susurros que sus oídos a duras penas percibían. Con todo, logró distinguir tres veces la palabra «Dragón».

Al llegar al remate de las escaleras, oyó otro quedo sonido, un golpe como si algo hubiera caído en el comedor privado. Miró en esa dirección desde el pasillo.

—¿Zarina? —No hubo respuesta. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca y caminó hacia allí—. ¿Zarina? —Abrió la puerta—. ¡Faile!

Estaba tumbada en el suelo cerca de la mesa. Cuando se disponía a correr hacia ella, el autoritario grito de Moraine lo contuvo.

—¡Deténte, insensato! ¡Deténte, por tu vida! —Se acercó lentamente por el corredor, girando la cabeza como si escuchara o buscara algo. Lan la siguió con la mano en la espada… y una expresión que delataba su impotencia, su certidumbre de que de nada serviría el acero. La Aes Sedai llegó a la altura de la puerta y se paró—. Retrocede, Perrin. ¡Atrás!

Presa de angustia, miró a Zarina. A Faile. Yacía allí como muerta. Finalmente dio un paso atrás, dejando la puerta abierta, y se quedó a una distancia desde donde poder verla. Parecía que no tenía hálito de vida. No veía que se le moviera el pecho. Sentía ganas de gritar. Abrió y cerró una mano, la que había usado para abrir la puerta. Sentía un intenso hormigueo, como si se hubiera golpeado el codo.

—¿No vais a hacer nada, Moraine? Si no, voy a ir a socorrerla.

—Quédate donde estás o no irás a ninguna parte —replicó con calma la mujer—. ¿Qué es eso que tiene junto a la mano derecha? Como si lo hubiera soltado al caer. No lo distingo bien.

Perrin la miró ceñudo y luego observó la estancia.

—Un erizo. Parece un erizo de madera. ¡Moraine, decidme qué ocurre! ¿Qué ha sucedido? ¡Respondedme!

—Un erizo —murmuró—. Un erizo. Silencio, Perrin. Debo pensar. He notado cómo se accionaba. Percibo los residuos de los flujos entrelazados para disponerla. Energía, pura Energía y nada más. ¡No existe casi nada que emplee puros flujos de Energía! ¿Por qué me hace pensar en la Energía ese erizo?

—¿Habéis notado cómo se accionaba, Moraine? ¿Qué han dispuesto? ¿Una trampa?

—Sí, una trampa —corroboró, con su glacial serenidad enturbiada por la irritación—. Una trampa dirigida a mí. Yo habría sido la primera en entrar si Zarina no se hubiera adelantado. Lan y yo habríamos ido allí para hacer planes y aguardar la cena. Ahora no esperaré ya la cena. Manténte callado si deseas ayudar a la muchacha. ¡Lan! ¡Tráeme al posadero! —El Guardián se fue escalera abajo.

Moraine se puso a recorrer el pasillo y de tanto en tanto se paraba a observar el comedor desde las profundidades de su capucha. Perrin no advertía señales de que Zarina estuviera con vida. Su pecho estaba inmóvil. Trató de escuchar los latidos de su corazón, algo imposible incluso para su oído.

Cuando Lan regresó, empujando al atemorizado Jurah Haret por el obeso cogote, la Aes Sedai se encaró al calvo posadero.

—Prometisteis mantener esta habitación exclusivamente a mi disposición, maese Haret. —Su voz era tan dura, tan precisa, como un afilado cuchillo—. Y que no dejarías que ni las criadas entraran a limpiar si yo no estaba presente. ¿A quién habéis franqueado acceso a ella, maese Haret? ¡Contestad!

—S… sólo a las d… dos damas, señora —respondió Haret, agitándose como un flan—. Q… querían dejaros un regalo de sorpresa. Lo juro, señora. M… me lo en… enseñaron. Un pequeño e… erizo… D… decían que os sorprendería.

—Me ha sorprendido, posadero —confirmó quedamente—. ¡Marchaos! Y, si decís una palabra de esto, aunque sea en sueños, derribaré esta posada y no quedarán de ella ni los cimientos.

—S… sí, señora —musitó—. ¡Lo juro! ¡Lo juro!

—¡Marchaos!

Tanta era su prisa, que el posadero dio con las rodillas en el suelo y bajó produciendo un ruido que indicaba que no fue ésa la única caída.

—Sabe que estoy aquí —dijo Moraine al Guardián— y ha encontrado a alguien del Ajah Negro para que preparara esta trampa. No obstante, tal vez piense que me ha atrapado. Ha sido una pequeña emanación de Poder, pero quizás esté dotado para haberla percibido.

—Entonces no sospechará de nuestra llegada —se felicitó Lan, con un asomo de sonrisa en los labios.

Perrin los miraba enseñando los dientes.

—¿Y qué le pasará a ella? —preguntó con rabia—. ¿Qué le han hecho, Moraine? ¿Está viva? ¡No veo que respire!

—Está viva —aseguró Moraine—. No puedo acercarme lo suficiente para estar en condiciones de afirmar algo más, pero está viva. Está… dormida, en cierto modo. Sumida en un sueño tan profundo como el estado de hibernación de un oso. Su corazón late tan lentamente que entre latido y latido se suceden los minutos. Y lo mismo ocurre con su respiración. Duerme. —Aun bajo la capucha, él notó sus ojos clavados en él—. Me temo que ya no está aquí, Perrin, que ha abandonado su cuerpo.

—¿A qué os referís? ¡Luz! ¿No querréis decir que le han… arrebatado el alma? ¡Como a los Hombres Grises! —Moraine negó con la cabeza, y él exhaló el aliento contenido. Le dolía el pecho como si no hubiera aspirado desde las últimas palabras pronunciadas por ella—. ¿Dónde se encuentra entonces, Moraine?

—No lo sé —reconoció—. Tengo una sospecha, pero no lo sé a ciencia cierta.

—¡Una sospecha, un indicio, cualquier cosa! ¿Dónde está, maldita sea? —Lan se movió al advertir la rudeza de su tono, pero él sabía que trataría de doblegar al Guardián como una pieza de hierro sobre una cortadera si éste intentaba detenerlo—. ¿Dónde?

—Es muy poco lo que sé, Perrin. —La voz de Moraine era como una fría música carente de emotividad—. He rescatado del recuerdo lo poco que conozco que relaciona un erizo de madera con la Energía. Esa escultura es un *ter'angreal* que estudió por última vez Corianin Nedeal, la última Soñadora que ha tenido la Torre. El talento llamado Sueño es algo insuflado por la Energía, Perrin. No es un campo que yo haya investigado, dado que no estoy dotada en esa materia. Creo que Zarina ha quedado apresada dentro de un sueño, tal vez incluso en el Mundo de los Sueños, el *Tel'aran'rhiod*. Toda su esencia se halla en el interior de ese sueño. Las Soñadoras sólo proyectan una parte de sí. Si Zarina no regresa pronto, su cuerpo perecerá. Puede que siga viviendo en el sueño. No lo sé.

—Son demasiadas las cosas que ignoráis —murmuró Perrin. Miró hacia la

habitación y lo asaltaron deseos de llorar. Zarina parecía tan pequeña, tumbada allí, tan indefensa… «Faile. Juro que únicamente volveré a llamarte Faile»—. ¿Por qué no hacéis nada?

—La trampa se ha puesto en funcionamiento, pero es de una clase que todavía atrapará a todo aquel que entre en esa habitación. No llegaría a su lado porque antes caería en ella. Y esta noche tengo qué hacer.

—¡La Luz os confunda, Aes Sedai, a vos y a vuestras obras! Ese Mundo de Sueños, ¿es como los sueños de lobos? Dijisteis que esas Soñadoras veían a veces lobos.

—Te he dicho cuanto puedo —señaló con brusquedad—. Es hora de que os vayáis. Lan y yo debemos dirigirnos a la Ciudadela. No hay tiempo que perder.

—No. —Lo dijo quedamente pero, cuando Moraine se dispuso a replicar, alzó la voz—. ¡No! ¡No pienso dejarla!

—Muy bien, Perrin —aceptó la Aes Sedai tras inhalar profundamente, con un tono como el hielo, gélido, liso e imperturbable—. Quédate si quieres. Puede que sobrevivas a esta noche. ¡Lan!

La Aes Sedai y el Guardián se encaminaron a sus habitaciones y volvieron al cabo de un momento, él con la capa de color cambiante puesta, y desaparecieron por las escaleras sin volver a dirigirle la palabra.

Miró por la puerta abierta a Faile. «He de hacer algo. Si es como los sueños de lobos…»

—Perrin —lo llamó la cavernosa voz de Loial—, ¿qué es eso que le ha ocurrido a Faile? —El Ogier se acercó en mangas de camisa, con los dedos manchados de tinta y una pluma en la mano—. Lan me ha dicho que debía marcharme y luego ha añadido que Faile había caído en una trampa o algo así. ¿A qué se refería?

Perrin le refirió distraídamente lo sucedido. «Podría dar resultado. Podría darlo. ¡Tengo que probarlo!» Le sorprendió escuchar un gruñido de labios de Loial.

—¡No! ¡Perrin, no es justo! Faile era tan libre… ¡No hay derecho a aprisionarla así!

Perrin observó el rostro de Loial y de repente recordó los antiguos relatos que aseguraban que los Ogier eran implacables enemigos. Las orejas de Loial habían caído a ambos lados de su cabeza y su ancha cara tenía una expresión tan dura como un yunque.

—Loial, voy a intentar ayudar a Faile. Pero yo no podré defenderme entretanto. ¿Me guardarás la espalda?

Loial puso en alto aquellas manazas que tan amorosamente trataban a los libros y cerró los gruesos dedos como si fuera a aplastar una piedra.

—Nadie pasará de aquí mientras viva, Perrin. Ni un Myrddraal ni el propio Oscuro. —Lo dijo como una simple exposición de hechos.

Perrin asintió y volvió a mirar por la puerta. «Tiene que funcionar. ¡Me da igual que Min me advirtiera contra ella o no!» Con un gruñido, saltó hacia Faile con la mano tendida. Creyó haberle tocado el tobillo antes de perder la noción de su entorno.

Aunque ignoraba si ese sueño desencadenado por la trampa transcurría o no en el *Tel'aran'rhiod* Perrin tuvo la certeza de hallarse en un sueño de lobos. Estaba rodeado de herbosas y suaves colinas y bosquecillos dispersos. Había ciervos paciendo en el linde de los árboles y una manada de veloces animales, una especie de venados con rayas marrones, pero con largos cuernos rectos, saltando sobre la hierba. El olor que acarreaba el viento le informó de que eran comestibles, y otros aromas le indicaron que había otras buenas piezas de caza a su alrededor. Aquél era el sueño de los lobos.

Advirtió que llevaba el largo chaleco de cuero de los herreros, con los brazos al desnudo. Y notó un peso al costado. Tocó el cinturón del hacha, pero no era el hacha lo que pendía de él. Recorrió con los dedos el contorno de la pieza metálica del pesado martillo de herrero y sintió que ésa era la herramienta adecuada para él.

Saltador se plantó frente a él.

Vuelves otra vez, como un insensato. El mensaje se transmitía con la imagen de un cachorro que introducía el hocico en un tronco hueco para lamer la miel sin reparar en las abejas que le picaban la cara y los ojos. *El peligro es mayor que nunca, Joven Toro. Los sueños están poblados de malignidad. Los hermanos y hermanas evitan las montañas de piedra que apilan las dos piernas y casi temen soñar unos con otros. ¡Debes irte!*

—No —contestó Perrin—. Faile está en algún sitio aquí, atrapada. Tengo que encontrarla, *Saltador*. ¡Es preciso!

Notó una modificación en su cuerpo y, al bajar la mirada, vio sus patas cubiertas de rizado pelo, sus anchas garras. Era un lobo aún mayor que *Saltador*.

¡Tu presencia es demasiado fuerte aquí! Cada pensamiento comunicado transmitía estupor. *¡Morirás, Joven Toro!*

Si no libero al halcón, no me importa, hermano.

Entonces iremos juntos de caza, hermano.

Con los hocicos encarados al viento, los dos lobos se alejaron corriendo por la pradera en busca del halcón.

54



En la Ciudadela

Los tejados de Tear no eran sitio apropiado para una persona sensata, y menos de noche, caviló Mat mientras escrutaba las sombras a la luz de la luna. Mediaban poco más de cuarenta metros de calle o de alargada plaza entre la Ciudadela y el edificio de tres plantas sobre el que se hallaba. «¿Pero cuándo he tenido yo sensatez? Las únicas personas juiciosas que he conocido eran tan aburridas que sólo de verlas me entraba sueño.» Desde que había anochecido venía recorriendo la calle o explanada que rodeaba la Ciudadela en todo su perímetro salvo en el lado del río, donde el Erinin discurría al pie de la fortaleza, sólo interrumpida por la muralla de la ciudad. Dicha muralla se encontraba a tan sólo dos casas a su derecha y, por el momento, sus adarves parecían el mejor camino a seguir para alcanzar la Ciudadela, aunque la perspectiva no despertara precisamente entusiasmo en él.

Recogiendo su barra y una pequeña caja de hojalata con asas de alambre, se desplazó con cautela hasta una chimenea de ladrillo algo más próxima a la muralla. El rollo con los fuegos de artificio, o más bien lo que había sido el rollo de fuegos de artificio antes de que él lo manipulara en su habitación, se balanceó en su espalda. Ahora era un bulto informe en el que había guardado, prieto y en desorden, todo el material, pero aun así resultaba demasiado grande para cargar con él a oscuras por los tejados. Hacía un rato, un resbalón provocado por su peso había desprendido una teja del alero. El ruido había despertado al hombre que dormía abajo, el cual se había puesto a vociferar «¡Al ladrón!», y él había tenido que huir a toda prisa. Volvió a colocarse bien el hatillo sin prestarle más atención y se agazapó detrás de la chimenea. Al cabo de un momento depositó en el tejado la caja de latón, cuya asa se recalentaba cada vez más.

Sintió un grado mayor de seguridad, aunque no de entusiasmo, al observar la Ciudadela desde las sombras. La muralla de la ciudad, de apenas un metro de ancho, reforzada con grandes contrafuertes de piedra envueltos en tinieblas, no era, con diferencia, tan recia como las que había visto en otras urbes, en Caemlyn o en Tar

Valon. Un metro era un espacio más que suficiente para caminar, desde luego, si no se tenía en cuenta que un tropiezo supondría caer desde una altura de casi veinte metros. En la oscuridad, contra el duro pavimento. «Pero algunas de esas malditas casas están adosadas a ella, y no será difícil trepar hasta arriba. ¡Y va directamente a la condenada Ciudadela!»

Ello era cierto, en efecto, si bien no especialmente esperanzador. Las paredes de la fortaleza parecían acantilados. Volvió a mirarlas una vez más y se dijo que sería capaz de escalarlas. «Por supuesto que sí. Son simplemente como esos peñascos de las Montañas de la Niebla.» Eran casi cien metros de muro ininterrumpido hasta las almenas. Supuso que debía de haber aspilleras más abajo, pero no logró atisbarlas a oscuras. De todas formas, no podría entrar por una aspillera. «Cien malditos metros, puede que más. Demonios, ni siquiera Rand probaría a subir.» Aquélla era, no obstante, la única forma de acceso que había encontrado. Todas las puertas que había visto estaban cerradas a cal y canto y parecían tan recias como para contener a una manada de búfalos, por no mencionar a la docena aproximada de soldados que custodiaban hasta la última de ellas, acorazados con yelmos y petos y armados con espadas.

De repente pestañeó y escudriñó la pared de la Ciudadela. Algún loco, sólo perceptible como una sombra que se movía a la luz de la luna, trepaba por ella y ya había llegado a la mitad, a más de sesenta metros del suelo. «Un loco, ¿eh? Bueno, pues yo estoy tan chalado como él, porque también voy a subir. Condenación, seguramente provocará la alarma allá adentro y hará que me atrapen.» Ya no veía al escalador. «¿Quién diablos debe de ser? ¿Qué más da quién sea? Caramba, vaya endiablada manera de ganar una apuesta. ¡Voy a exigir que me den un beso todas, incluso Nynaeve!»

Se movió para observar el muro con la intención de elegir el mejor lugar donde iniciar el ascenso, cuando de improviso notó el frío del acero en el cuello. Lo apartó de sí instintivamente y con un golpe de barra hizo caer a su atacante. Otra persona lo derribó a él y lo postró casi encima del hombre que había abatido. Rodó hacia un costado y se puso en pie de un salto; maldijo para sus adentros al ver que había perdido el hatillo con los artículos de pirotecnia —«¡Si cae a la calle, los estrangularé!»—, e hizo girar en molinete el bastón; notó cómo éste chocaba contra alguien, y la segunda vez oyó gruñidos. Después notó dos hojas de acero apuntadas a su garganta.

Se quedó inmóvil, con los brazos separados del cuerpo. Las mates puntas de unas cortas lanzas que apenas reflejaban la tenue luz de la luna se le clavaban en la piel, casi a punto de hacer brotar sangre. Levantó la mirada para ver las caras de quienes las empuñaban, pero éstos llevaban la cabeza envuelta y de sus rostros, envueltos en negros velos, sólo eran perceptibles los ojos, que lo observaban fijamente. «¡Maldita

sea, tenía que topar con ladrones de verdad! ¿Qué ha sido de mi buena fortuna?» Esbozó una amplia sonrisa, enseñando bien los dientes para que los vieran bajo la luz de la luna.

—No tengo intención de interferir en vuestro trabajo y, si me dejáis seguir mi camino, yo os dejaré proseguir el vuestro sin decir nada a nadie. —Los encapuchados no se movieron un ápice, ni tampoco sus lanzas—. A mí tampoco me conviene llamar la atención. Os prometo que no os delataré.

Permanecieron como estatuas, mirándolo. «Demonios, no tengo tiempo para desperdiciarlo así. Es hora de arrojar los dados.» Por espacio de un escalofriante momento tuvo la impresión de que las palabras que había formulado mentalmente habían sonado extrañas. Aferró la barra, caída a su lado…, y a punto estuvo de gritar cuando alguien le pisó con fuerza la muñeca.

Giró los ojos para averiguar quién. «Qué estúpido soy, me había olvidado del individuo encima del que he caído.» Entonces vio otra sombra que se movía detrás del hombre que lo tenía paralizado con el pie en la muñeca y concluyó que, después de todo, tal vez no había sido tan desafortunado que no hubiera conseguido poner en uso el bastón.

La bota apoyada en su brazo era de piel flexible, atada con cintas hasta la rodilla, lo cual despertó un eco en su memoria. Algo relacionado con un hombre que habían encontrado en las montañas. Examinó de arriba abajo la tenebrosa figura, tratando de distinguir la forma y el color de su ropa, que parecía ser una pura sombra, con tonos que se confundían tan bien en la oscuridad que resultaban indistinguibles; alcanzó a vislumbrar un cuchillo de larga hoja en su cintura y luego posó la vista en el oscuro velo que le cubría la cara. Una cara velada de negro. Velada de negro.

«¡Aiel! ¡Qué demonios están haciendo aquí unos Aiel!» Sintió que se le encogía el estómago al recordar que le habían contado que los Aiel se tapaban la cara para matar.

—Sí —confirmó una voz masculina—, somos Aiel.

Mat dio un respingo al caer en la cuenta de que había hablado en voz alta.

—Danzas bien enfrentado por sorpresa —lo felicitó una voz de mujer. Le pareció que era ella quien le pisaba la muñeca—. Quizás otro día tenga tiempo para bailar contigo como mandan los cánones.

Se disponía a sonreír, razonando que si quería bailar no iban a matarlo, pero entonces frunció el entrecejo. Creía recordar que a veces los Aiel daban otro significado a esa palabra.

Las lanzas se apartaron, y unas manos lo pusieron en pie. Él se zafó y se cepilló como si se encontrara en la sala de una posada en lugar de en un oscuro tejado en compañía de cuatro Aiel. Siempre era bueno demostrar a los demás que uno tenía templados los nervios. Los Aiel llevaban aljabas en el cinto además de cuchillos y

más lanzas cortas en la espalda junto con arcos cuyas largas puntas asomaban por encima de sus hombros. Oyó que canturreaba Estoy en el fondo del pozo y paró en seco.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la voz masculina. Con los velos, Mat no estaba seguro de quién había hablado; la voz correspondía a un hombre de más edad, confiado, habituado a dar órdenes. Le pareció distinguir, al menos, a la mujer; era la única que no lo superaba en altura, por una diferencia de escasos centímetros. Los demás le sacaban más de un palmo. «Malditos Aiel», pensó—. Llevamos un buen rato vigilándote —continuó el Aiel—, viendo cómo observabas la Ciudadela. La has examinado por todos los lados. ¿Por qué?

—Lo mismo podría preguntaros yo —replicó otra voz. Mat fue el único que se sobresaltó al ver salir de las sombras a un individuo vestido con bombachos que iba, al parecer, descalzo para asegurar mejor los pies en las tejas—. Esperaba encontrar ladrones y no Aiel —prosiguió el recién llegado—, pero no penséis que vuestra superioridad me asusta. —Una fina vara tan larga como él produjo un zumbido al girar a gran velocidad—. Me llamo Juilin Sandar y soy un husmeador, y exijo saber por qué estáis en los tejados observando la Ciudadela.

Mat sacudió con asombro la cabeza. «¿Cuánta gente hay en los tejados esta noche?» Sólo faltaba que se presentara Thom y se pusiera a tocar el arpa, o alguien preguntando las señas de una posada. «¡Un condenado husmeador!» No entendía por qué se habían quedado parados los Aiel.

—Acecháis con mucho sigilo para ser de la ciudad —alabó la voz del hombre mayor—. ¿Pero por qué nos seguís? Nosotros no hemos robado nada. ¿Por qué habéis mirado vos mismo tantas veces la Ciudadela esta noche?

Aun a la luz de la luna resultó patente la sorpresa del tal Sandar. Dio un respingo, abrió la boca… y volvió a cerrarla cuando cuatro Aiel más aparecieron en la penumbra a sus espaldas. Con un suspiro, se apoyó en su fino bastón.

—Por lo visto yo mismo estoy atrapado —murmuró—. Parece que yo debo responder a vuestras preguntas. —Lanzó una ojeada a la Ciudadela y luego meneó la cabeza—. Hoy… he hecho algo que… me perturba. —Daba casi la impresión de que estuviera hablando para sí, tratando de clarificar sus sentimientos—. Una parte de mí me dice que he hecho lo correcto, que debía obedecer. En todo caso así lo he considerado en su momento. Pero una vocecilla me acusa de haber… traicionado algo. Estoy convencido de que esa voz se equivoca, y apenas es audible, pero no cesa de formularme reproches. —Calló, sacudiendo de nuevo la cabeza.

Uno de los Aiel asintió mudamente y habló con la voz del hombre maduro.

—Yo soy Rhuarc, del septiar Nueve Valles del Taardad Aiel, y en un tiempo fui Aethan Dor, un Escudo Rojo. En ciertas ocasiones los Escudos Rojos cumplen las mismas funciones que los husmeadores. Lo digo para que comprendáis que sé en qué

consiste vuestro trabajo y la clase de hombre que debéis de ser. No quiero causaros ningún daño, Juilin Sandar de los husmeadores, ni a vos ni al pueblo de vuestra ciudad, pero no consentiré que deis el grito de alarma. Si guardáis silencio, viviréis; si no, moriréis.

—No queréis causar daño a la ciudad —dijo lentamente Sandar—. ¿Por qué estáis entonces aquí?

—La Ciudadela. —El tono de Rhuarc dejaba bien a las claras que aquello era todo cuanto iba a contestar.

—Casi estoy por desear —murmuró Sandar al cabo de un momento, asintiendo con la cabeza— que tuvierais poder para causar estragos en la Ciudadela, Rhuarc. No os delataré.

Rhuarc volvió su velado rostro hacia Mat.

—¿Y tú, jovencito de nombre desconocido? ¿Me dirás ahora por qué observabas con tanta atención la Ciudadela?

—Sólo quería dar un paseo a la luz de la luna —respondió con tono jocoso Mat. La mujer volvió a ponerle la punta de la lanza en la garganta, y él procuró no tragar saliva. «Bueno, quizá pueda revelarles algo.» No debía demostrarles que estaba impresionado; si uno lo hacía, perdía toda ventaja que pudiera tener. Con sumo cuidado, alejó de sí el acero y le pareció que la Aiel emitía una queda carcajada—. Unas amigas mías se encuentran en la Ciudadela —dijo, tratando de adoptar un tono desenfadado—, como prisioneras. Me propongo liberarlas.

—¿Tú solo, joven sin nombre? —inquirió Rhuarc.

—Bueno, como por lo visto no hay nadie más… —contestó ásperamente Mat—. A menos que queráis ayudarme. Vos mismo parecéis interesado en la Ciudadela. Si vais a entrar, podríamos hacerlo juntos. Se mire como se mire, es una jugada arriesgada, pero yo tengo una buena racha de suerte. —«Por lo menos hasta el momento. Me he topado con Aiel velados de negro y no me han degollado; no puede pedirse más. Diantre, no estaría mal contar con unos cuantos Aiel para entrar»—. Podría iros peor si apostarais por otro.

—No hemos venido hasta aquí a rescatar prisioneros, jugador —manifestó Rhuarc.

—Es la hora, Rhuarc. —Mat no logró descifrar cuál de los Aiel había hablado, pero Rhuarc asintió.

—Sí, Gaul. —Miró alternativamente a Mat y a Sandar—. No deis el grito de alarma. —Se giró y, no bien hubo dados dos pasos, la noche lo engulló.

Mat tuvo un sobresalto. Los otros Aiel se habían marchado también, dejándolo solo con el husmeador. «A no ser que hayan dejado a alguien para vigilarnos. Diantre, no tendría modo de comprobarlo si ése fuera el caso.»

—Espero que no os propongáis tratar de detenerme tampoco a mí —dijo a Sandar

mientras se colgaba el hatillo con los fuegos de artificio y recogía su barra—. Voy a ir allá adentro, tanto si os interponéis como si no. —Se acercó a la chimenea para recoger la caja de hojalata cuya asa estaba ya caliente.

—Esas amigas vuestras —inquirió Sandar—, ¿son tres mujeres?

Mat lo miró con ojos entornados, lamentando la falta de luz que le impedía verle claramente la cara. Había notado algo peculiar en su voz.

—¿Qué sabéis de ellas?

—Sé que están dentro de la Ciudadela. Y conozco una puertecilla cerca del río por la que se permite entrar a un husmeador que lleve un prisionero para que lo encierren en las celdas. Las celdas donde deben estar ellas. Si confías en mí, jugador, podemos utilizar esa vía de entrada. Lo que suceda después depende de la suerte. Quizá tu buena fortuna nos permita volver a salir con vida.

—Siempre he sido afortunado —concedió Mat.

«¿Pondré a prueba mi suerte fiándome de él?» No le gustaba la idea de representar el papel de prisionero, ya que le parecía muy fácil convertir la ficción en realidad. Con todo, el riesgo no era superior al de emprender la escalada de un muro de cien metros a oscuras.

Dirigió la mirada a la muralla y quedó estupefacto. En los adarves corrían numerosas sombras. De Aiel, a no dudarlo. Debían de ser más de cien. Los perdió de vista, pero al cabo de un instante volvió a distinguirlos trepando por la pared cortada en picado de la Ciudadela de Tear. Otra razón para no decidirse por esa alternativa. Aquel otro individuo debía de haber conseguido entrar sin provocar la alarma, pero un centenar de Aiel por lo menos sería como hacer repicar campanas. Ello podría jugar, empero, a su favor. Si provocaban un alboroto arriba, dentro de la Ciudadela, cabía la posibilidad de que los vigilantes de la cárcel no prestaran mayor atención a un husmeador que llevaba a un ladrón. «Yo también podría contribuir a aumentar la confusión, ya que he trabajado tanto rato en ello.»

—De acuerdo, husmeador. Pero no decidáis en el último minuto que soy un prisionero de verdad. Nos dirigiremos a esa puerta en cuanto haya revuelto un poco el hormiguero. —Creyó percibir perplejidad en el semblante de Sandar, pero no estaba dispuesto a especificar qué había querido decir.

Sandar lo siguió por los tejados, saltando con igual facilidad que él de uno a otro. El último de ellos era sólo un poco más bajo que el adarve y estaba pegado a él, por lo que era simplemente cuestión de auparse con los brazos.

—¿Qué vas a hacer? —susurró Sandar.

—Esperadme aquí.

Con la caja de latón colgando de su asa de alambre y sosteniendo horizontalmente la barra delante de él, Mat aspiró hondo y se encaminó hacia la Ciudadela. Procuró no pensar en la larga distancia que lo separaba del empedrado de la calle. «¡Luz, este

maldito pasillo tiene casi un metro de ancho! ¡Podría pasar dormido y con los ojos tapados!» Un metro, a oscuras, y más de quince metros hasta el pavimento. También trató de ahuyentar la idea de que Sandar se hubiera marchado cuando estuviera de vuelta. Estaba prácticamente decidido a hacerse pasar por un ladrón atrapado por él, pero había demasiadas probabilidades de que cuando regresara al tejado se encontrara con que Sandar se había ido, tal vez a buscar más hombres para hacerlo realmente prisionero. «No pienses en ello. Limítate a realizar lo que te has propuesto primero. Al menos veré por fin cómo funciona.»

Tal como había supuesto, había una aspillera en la pared de la Ciudadela justo al final del adarve, una honda y angosta abertura en embudo que dejaba a un arquero el espacio suficiente para disparar. Si la Ciudadela estuviera sometida a ataque, los soldados intentarían impedir desde adentro el acceso por esa ruta. La ranura estaba oscura y no parecía que hubiera nadie vigilando, posibilidad en la que prefirió también no pensar.

Rápidamente dejó la caja en el suelo, apoyó el bastón en la pared y descargó el hatillo que llevaba a la espalda. Con igual celeridad lo encajó en la ranura, hundiéndolo lo más posible en el muro para que el ruido se propagara hacia adentro. Destapó una punta de la engrasada tela, dejando al descubierto los cohetes anudados entre sí. Tras reflexionar un rato, en la habitación de la posada, había cortado los más largos hasta dejarlos a la medida de los más cortos y había utilizado los trozos para juntarlos todos. Según sus previsiones estallarían a la vez, lo cual provocaría un estampido y un fogonazo capaz de amedrentar a todo aquel que no estuviera completamente sordo.

La tapa de la caja estaba tan caliente que hubo de soplarse dos veces los dedos para poder abrirla y dejar respirar las oscuras brasas que reposaban en su interior sobre una capa de arena. Lamentó no poder utilizar el truco de que se había servido Aludra para encender tan fácilmente aquella linterna. Empleó el asa de alambre a modo de tenazas y unos cuantos soplidos avivaron el fuego del carbón. Luego lo puso en contacto con la hilera de cohetes, dejó caer las tenazas y las brasas cuando éstos comenzaron a arder, agarró presurosamente la barra y retrocedió a la carrera por el adarve.

«Es una locura —se reprochó—. Me da igual el estallido que provoque. ¡Podría romperme la crisma haciendo…!»

El estruendo que se produjo tras él no era equiparable a nada de lo que había oído en su vida; un monstruoso puño le golpeó la espalda, dejándolo sin resuello antes de aterrizar, colgado de la barriga sobre una almena, asiendo débilmente el bastón que oscilaba en el borde. Permaneció un momento así, tratando de recuperar el normal funcionamiento de los pulmones, intentando no pensar en que por fuerza debía de haber consumido todas sus reservas de suerte esa vez al no caer por la pared. En sus

oídos resonaba un estrépito como el tañido conjunto de todas las campanas de Tar Valon.

Se incorporó con cuidado y volvió la mirada hacia la Ciudadela. Alrededor de la aspillera flotaba una nube de polvo y tras ella el impreciso contorno de la ventana parecía distinto. Mayor. No comprendía cómo ni por qué, pero se veía más grande.

Se tomó un momento para reflexionar. En un extremo de la muralla Sandar estaría aguardándolo tal vez para llevarlo a la Ciudadela como un fingido prisionero… o quizás estaba de vuelta con varios soldados. En el otro extremo, podía haber una forma de entrar sin incurrir en el peligro de que Sandar lo traicionara. Volvió sobre sus pasos, sin preocuparse ya de la oscuridad ni de una posible caída.

La aspillera era más ancha. Casi todas las piedras menos las más voluminosas habían desaparecido de sus contornos, dejando una tosca brecha como si alguien las hubiera golpeado durante horas con una almádena. Un boquete que facilitaba el paso a un hombre. «¿Cómo demonios?» No había tiempo para interrogantes.

Se coló por la aserrada abertura, tosiendo a causa del acre humo, saltó al suelo, y había dado una docena de pasos cuando aparecieron como mínimo diez defensores de la Ciudadela, gritando confundidos. La mayoría iba en camisa y ninguno llevaba yelmo ni peto. Algunos tenían linternas. Otros empuñaban espadas desenvainadas.

«¡Idiota! —se recriminó—. ¡Esto era lo que te proponías conseguir en un principio haciendo estallar los malditos cohetes! ¡Insensato cegado por la Luz!»

No tenía tiempo para retroceder hasta la muralla. Haciendo girar la barra, arremetió contra los soldados cuando apenas lo habían visto aún, castigando cabezas, espaldas, rodillas… sabiendo que eran demasiados para enfrentarse solo a ellos, consciente de que aquella alocada jugada les había costado a Egwene y a sus amigas la única posibilidad que pudiera quedarles.

De improviso Sandar se plantó a su lado, visible a la luz de las linternas que soltaban los hombres para desenfundar las espadas, volteando su fina vara aun más velozmente que Mat. Atrapados por sorpresa entre los dos, los soldados cayeron como bolos de boliche.

Sandar observó los cuerpos derribados, sacudiendo la cabeza.

—¡Defensores de la Ciudadela! ¡He atacado a los Defensores! ¡Me van a decapitar por…! ¿Qué ha sido eso que has hecho, jugador? Ese atronador chispazo que ha abierto una brecha en la piedra. ¿Has echo caer un relámpago? —Luego dijo en un susurro—: ¿Me he unido a un hombre que encauza el Poder?

—Fuegos de artificio —respondió Mat. Aunque en sus oídos aún resonaba el fragor de la explosión, percibió el repiqueteo de botas corriendo sobre la piedra—. ¡Las celdas! ¡Mostradme el camino a la cárcel antes de que lleguen!

—¡Por aquí! —indicó Sandar, recobrando el aplomo. Se precipitó por un pasillo lateral—. ¡Aprisa! ¡Nos matarán si nos encuentran!

Arriba, los gongs comenzaron a dar la alarma y a ellos se sumaron otros por toda la fortaleza.

«Ya voy —pensó Mat mientras corría tras el husmeador—. ¡Os liberaré o moriré en el intento! ¡Lo prometo!»

El estrepitoso sonido de los gongs vibraba por toda la Ciudadela, pero Rand no les prestó más atención que al estruendo, semejante a un trueno amortiguado, que se había producido antes en la parte baja. Le dolía el costado; la vieja herida le ardía y parecía a punto casi de desgarrarlo por la ardua escalada del muro del fortín. Tampoco hacía caso del dolor. En su rostro se había congelado una torcida sonrisa, una sonrisa de anhelo y de pavor que no habría podido disipar de sus labios de haberlo deseado. Se hallaba ya cerca del objeto de sus sueños: *Callandor*.

«Acabaré de una vez con esto. De una forma u otra, quedará atrás. Ya no más sueños, ni trampas, ni acosos, ni persecuciones. ¡Pondré fin a todo!»

Riendo para sus adentros, siguió caminando presuroso por los oscuros corredores de la Ciudadela de Tear.

Egwene se tocó la cara e hizo una mueca de dolor. Tenía un sabor amargo en la boca y estaba sedienta. «¿Rand? ¿Qué pasa? ¿Por qué soñaba de nuevo con Mat, mezclando escenas en las que aparecía Rand, gritando que venía? ¿Qué era?»

Abrió los ojos, fijó la mirada en las grises paredes de piedra, en la humeante antorcha que proyectaba vacilantes sombras, y exhaló un grito al recordarlo todo.

—¡No! ¡No me encadenarán otra vez! ¡No volveré a llevar un collar! ¡No!

Nynaeve y Elayne acudieron a su lado, con excesivas marcas de preocupación y miedo en los magullados rostros para hacer creíbles sus intentos de apaciguarla. El mero hecho de que estuvieran allí bastó, no obstante, para callar sus gritos. No estaba sola. Era una prisionera, pero no estaba sola, ni atada con una correa.

Trató de incorporarse, y ellas la ayudaron. No lo habría conseguido por sí sola; le dolían todos los músculos del cuerpo. Le vinieron a la memoria cada uno de los invisibles golpes recibidos en el febril estado que se había adueñado de ella al darse cuenta de… «No voy a perder tiempo recordándolo. He de pensar en la manera de escapar.» Se corrió hacia atrás para apoyarse en una pared. El dolor rivalizaba con la fatiga; la resistencia que había opuesto le había consumido las fuerzas, y las contusiones parecían agotarla aún más.

En la celda no había nada salvo ellas tres y la antorcha. Nada cubría el frío y duro suelo. La puerta de toscas planchas, astillada como si incontables dedos la hubieran arañado fútilmente, era la única interrupción en los muros. En la piedra habían garabateado mensajes, casi siempre con mano trémula. «La Luz se apiade de mí y permita que muera», decía uno. Lo ahuyentó de la mente.

—¿Seguimos escudadas? —murmuró.

Le resultaba doloroso incluso hablar. Cuando Elayne asentía, cayó en la cuenta de

lo innecesario de la pregunta. La hinchada mejilla de la rubia joven, su labio partido y el morado en el ojo eran muestras evidentes de la respuesta, aun sin tener en cuenta su propio estado. Si Nynaeve hubiera podido establecer contacto con la Fuente Verdadera, estarían sin duda curadas.

—Lo he intentado —adujo con desesperación Nynaeve—. Lo he intentado una y otra vez. —Se dio un violento tirón de trenza y la rabia afloró en ella a pesar de la desesperanza y el miedo reflejados en su voz—. Una de ellas está sentada afuera. Amico, esa chica de cara lechosa, si no la han relevado desde que nos encerraron aquí. Supongo que basta con una para mantener el escudo una vez que se ha entrelazado. —Emitió una amarga carcajada—. Con tanto trabajo que les costó apresarnos, cualquiera diría que carecemos de importancia. Han pasado horas desde que cerraron esa puerta y no ha venido nadie a hacer preguntas, ni a mirar, ni siquiera a traer agua. Quizá pretenden dejarnos morir de sed.

—Cebo. —Elayne tenía la voz temblorosa pese a sus infructuosos esfuerzos por disimular el temor—. Liandrin dijo que somos un cebo.

—¿Cebo para qué? —preguntó con voz entrecortada Nynaeve—. ¿Para quién? ¡Si soy un cebo, me gustaría colarme en sus gargantas hasta que se atragantaran!

—Rand. —Egwene calló un instante para tragar saliva, ansiando tomar aunque sólo fuera una gota de agua—. He soñado con Rand y *Callandor*. Me parece que viene hacia aquí. —«¿Pero por qué he soñado con Mat? ¿Y Perrin? Era un lobo, pero estoy segura de que era él»—. No os dejéis embargar por el temor —dijo, tratando de imprimir confianza a la voz—. Escaparemos de algún modo de sus garras. Si conseguimos vencer a los seanchan, también lograremos zafarnos de Liandrin.

Nynaeve y Elayne se miraron.

—Liandrin dijo que están en camino trece Myrddraal, Egwene —le comunicó Nynaeve.

Involuntariamente posó la mirada en el mensaje grabado en la pared de piedra: «La Luz se apiade de mí y permita que muera». Apretó con fuerza los puños y sus mandíbulas se agarrotaron por el esfuerzo de no gritar aquellas palabras. «Mejor morir. ¡Es preferible la muerte a ser entregada a la Sombra, obligada a servir al Oscuro!»

Tuvo conciencia de la mano que apretaba la bolsa sujeta a su cinturón. Notaba la forma de los dos anillos que había adentro, la pequeña sortija con la Gran Serpiente y el retorcido aro de piedra.

—No me han quitado el *ter'angreal* —comentó con extrañeza.

Lo sacó, y el círculo de un solo borde, formado por rayas moteadas de color, quedó reposando pesadamente en la palma de su mano.

—Ni siquiera nos han concedido el grado de importancia para registrarnos —suspiró Elayne—. Egwene, ¿estás segura de que Rand viene hacia aquí? Preferiría

huir por mis propios medios en lugar de esperar por si aparece, pero, si hay alguien capaz de vencer a Liandrin y a sus compañeras, esa persona tiene que ser él. El Dragón Renacido empuñará *Callandor*. Él debe poder derrotarlas.

—No si lo arrastramos a una jaula en nuestra caída —murmuró Nynaeve—. No si le han preparado una trampa que no perciba. ¿Por qué miras tan fijamente ese anillo, Egwene? De nada va a servirnos ahora el *Tel'aran'rhiod*. A no ser que sueñes con una vía de escapatoria.

—Tal vez sea factible —apuntó—. En el *Tel'aran'rhiod* podría encauzar y el escudo interpuesto no me impedirá hacerlo. Sólo necesito dormir, sin necesidad de canalizar. Y con lo cansada que estoy no me costará conciliar el sueño.

Elayne frunció el entrecejo e hizo una mueca de dolor cuando ello le avivó las molestias de las magulladuras.

—Estoy dispuesta a probarlo todo, pero ¿cómo vas a encauzar aunque sea en sueños si te han cortado el acceso a la Fuente Verdadera? Y en caso de que pudieras, ¿qué beneficio sacaríamos de ello?

—No lo sé, Elayne. El que me hayan escudado aquí no significa que tenga neutralizada la capacidad en el Mundo de los Sueños. Al menos vale la pena intentarlo.

—Tal vez —concedió con tono preocupado Nynaeve—. Yo también estoy dispuesta a agotar todas las posibilidades, pero la última vez que utilizaste ese anillo viste a Liandrin y a las otras. Y dijiste que ellas te vieron. ¿Y si se encuentran de nuevo allí?

—Eso espero —aseguró ferozmente Egwene—. Eso espero.

Cerró los ojos, aferrando el *ter'angreal*. Elayne le acarició el pelo y le murmuró quedamente al oído. Nynaeve comenzó a tararear aquella nana sin letra tantas veces escuchada en su infancia y, por una vez, no la irritó en lo más mínimo. Los suaves sonidos y el contacto de sus manos propiciaron que se entregara, rendida, al sueño.

En aquella ocasión iba vestida con seda azul, un detalle en el que apenas reparó. Una dulce brisa le acarició la ilesa cara y produjo un revuelo de mariposas sobre las florecillas silvestres. La sed y el dolor habían cesado. Se abrió al abrazo del *Saidar*, y el Poder Único la colmó. Incluso el sentimiento de triunfo experimentado por el éxito fue insignificante comparado a la marea de Poder que la embargó.

Venció su renuencia a desprenderse de él, cerró los ojos y llenó el vacío con una perfecta imagen del Corazón de la Ciudadela. Aquél era el único lugar de la fortaleza que podía imaginar fielmente aparte de su celda, que, por otra parte, sería poco menos que imposible distinguir de los demás cubículos idénticos en que se dividía la cárcel. Al abrir los ojos, se encontraba allí. Pero no estaba sola.

La figura de Joiya Byir se erguía delante de *Callandor*, tan insustancial que el palpitante brillo de la espada se percibía a su trasluz. El arma de cristal ya no relucía

gracias a la luz refractada, sino que resplandecía con impulsos intermitentes, como si la luz de su interior se cubriera y descubriera alternativamente. La hermana Negra tuvo un sobresalto de sorpresa y se volvió hacia Egwene.

—¿Cómo es posible? ¡Te hemos escudado! ¡Ya no puedes soñar!

Aún no había pronunciado la primera palabra cuando Egwene volvió a llamar al *Saidar*, enlazó los complicados flujos de Energía tal como recordaba que habían sido aplicados contra ella y cortó el contacto de Joiya Byir con la Fuente. A la Amiga Siniestra se le desorbitaron los ojos, esos crueles ojos tan incongruentes en su hermoso y amable semblante, pero ya Egwene entretejía Aire. Por más nebulosa que fuera su forma, la mujer quedó apresada en él. Egwene no hubo de esforzarse por mantener entreveradas las ataduras. Se acercó a Joiya Byir y vio el sudor que le resbalaba por la frente.

—¡Tienes un *ter'angreal*! —El miedo era patente en su rostro, pero su voz porfiaba por ocultarlo—. Tiene que ser eso. Un *ter'angreal* que no hemos descubierto y que no requiere encauzamiento. ¿Crees que va a servirte de algo, muchacha? Hagas lo que hagas aquí, no tendrá ningún efecto en el mundo real. ¡El *Tel'aran'rhiod* es un sueño! Cuando despierte, yo misma te quitaré el *ter'angreal*. Ten cuidado con lo que haces, no vayas a darme motivos de enfado que duren cuando acuda a tu celda.

—¿Estáis segura de que vais a despertar, Amiga Siniestra? —preguntó, sonriéndole, Egwene—. Si vuestro *ter'angreal* funciona sólo encauzando, ¿por qué no habéis despertado cuando os he escudado? Tal vez no podáis despertar mientras sigáis escudada aquí. —Su sonrisa se disipó; el esfuerzo de sonreír a aquella pérfida Aes Sedai era insoportable—. En una ocasión una mujer me enseñó la cicatriz de una herida recibida en el *Tel'aran'rhiod*, Amiga Siniestra. Lo que sucede aquí continúa siendo real en la vigilia.

El sudor bajaba ahora por toda la lisa cara de edad atemporal de la hermana Negra. Egwene se preguntó si preveía una muerte inminente y casi lamentó no ser lo bastante cruel para matarla. Los inmateriales golpes e implacables puñetazos que había recibido provenían de esa mujer, y no había dado más motivo que persistir en su intento de zafarse de ellos, en su decisión de no dejarse vencer.

—La persona capaz de dar tamaña paliza —dijo— no debería poner objeciones a una leve. —Entrelazó rápidamente otro flujo de Aire; los oscuros ojos de Joiya Byir se abrieron de incredulidad ante el primer golpe descargado en su cadera. Egwene descubrió la manera de fijar el tejido para no tener que mantenerlo—. Os acordaréis de esto, y lo sentiréis en vuestra carne, al despertar. Cuando os permita despertar. Recordad esto también. ¡Si intentáis siquiera volver a pegarme, os devolveré aquí y os dejaré cautiva para el resto de vuestros días!

La hermana Negra la miró con odio, pero en sus ojos asomaba un indicio de lágrimas.

Egwene sintió vergüenza por un momento. No por el castigo que había infligido a Joiya, el cual tenía perfectamente merecido, ya no por su propio apaleamiento, sino por las muertes causadas en la Torre. Se arrepentía de haber desperdiciado tiempo disfrutando de su propia venganza mientras Nynaeve y Elayne permanecían en una celda con sólo un resquicio de esperanza en una posible salvación que había de venir de ella.

Desconectó el flujo de las tramas creadas casi sin darse cuenta y luego dedicó un instante a estudiar lo que había realizado: tres tejidos diferentes, y no sólo no le había costado mantenerlos todos a la vez, sino que había hecho algo para que se sustentaran por sí solos. Algo que grabó en su memoria, previendo su utilidad.

Al cabo de un momento, deshizo uno de ellos, y la Amiga Siniestra se puso a sollozar tanto a causa del alivio como del dolor.

—Yo no soy como vos —dijo Egwene—. Es la segunda vez que hago una cosa así, y no me gusta. Tendré que aprender a degollar a la gente para no tener que repetirlo. —Por la cara que puso la hermana Negra, infirió que creía que Egwene se proponía comenzar a practicar con ella.

Emitiendo una exclamación de repugnancia, Egwene la dejó allí de pie, inmovilizada y escudada, y se alejó por el bosque de pulidas columnas de piedra roja. Tenía que haber alguna ruta que condujera a las mazmorras.

El pasillo quedó en silencio cuando las mandíbulas de Joven Toro quebraron el último grito de agonía al cerrarse en la garganta del dos-piernas. La sangre le dejó un sabor amargo en la lengua.

Sabía que se hallaba en la Ciudadela de Tear, aunque no de dónde procedía tal certidumbre. Los dos-piernas tendidos a su alrededor, uno de los cuales daba los últimos estertores bajo las dentelladas de *Saltador*, habían despedido el rancio olor a miedo al luchar, y también a confusión. Seguramente ignoraban dónde se encontraban —de lo que no cabía duda era de que eran ajenos al sueño de lobos— pero alguien debía de haberlos mandado allí para impedirle el acceso a aquella elevada puerta del fondo que tenía una cerradura de hierro. Para custodiarla, al menos. Les había desconcertado ver lobos y, a su entender, igual estupor les había causado su propia presencia allí.

Se enjugó la boca y luego clavó la mirada en sus manos sin acabar de comprender. Volvía a ser un hombre. Era Perrin, de nuevo en su cuerpo, con el chaleco de herrero y el pesado martillo prendido en la cintura.

Debemos apresurarnos, Joven Toro. Hay algo maligno en las proximidades.

Perrin descolgó el martillo del cinto y se encaminó a la puerta.

—Faile debe estar aquí.

Un golpe seco hizo añicos la cerradura y un puntapié abrió la puerta. En la

habitación sólo había un largo bloque de piedra en el centro. Faile yacía sobre él como dormida, con el negro cabello desparramado en abanico y el cuerpo tan envuelto en cadenas que tardó un momento en advertir que se hallaba desnuda. Cada una de las cadenas estaba sujeta a la piedra por medio de un recio candado.

No tuvo conciencia de haberse acercado a ella hasta que le tocó la cara, rozándole un pómulo con un dedo.

La joven abrió los ojos y le sonrió.

—Soñaba una y otra vez que vendrías, herrero.

—Te liberaré enseguida, Faile. —Alzó el martillo e hizo trizas uno de los candados, como si fuera de madera.

—Estaba segura de ello, Perrin.

No bien hubo pronunciado su nombre, desapareció. Las cadenas cayeron con estrépito sobre la piedra donde había reposado ella.

—¡No! —gritó—. ¡La había encontrado!

El sueño no es como el mundo material, Joven Toro. Aquí la misma cacería puede tener distintas conclusiones.

No se volvió a mirar a *Saltador*. Sabía que enseñaba los dientes en inaudible gruñido. Alzó de nuevo el martillo y lo descargó con todas sus fuerzas contra las cadenas con las que había estado atada Faile. El bloque de piedra se partió en dos, y la propia Ciudadela resonó como una campana.

—Entonces seguiremos buscando —gruñó.

Martillo en mano, Perrin salió de la habitación con *Saltador* a su lado. La Ciudadela era un sitio habitado por hombres, y le constaba que los hombres eran cazadores mucho más crueles que los lobos.

Por el pasillo llegó el vibrante sonido de alarma de los gongs proveniente de arriba, el cual no acabó de sofocar el ruido del entrechocar de metal ni los gritos de los hombres que luchaban a no mucha distancia de ellos. Los Aiel y los Defensores, infirió Mat. En el corredor se sucedían altas lámparas de oro de cuatro brazos y las paredes de pulida piedra estaban cubiertas con tapices de seda con escenas de guerra. Había incluso alfombras de seda en el suelo, de color rojo oscuro sobre fondo azul marino, tejidas con los intrincados diseños tearianos. Por una vez, Mat estaba demasiado ocupado para calcular el precio de todo ello.

«Este tipo es muy bueno», pensó al tiempo que lograba contener una estocada dirigida hacia él, pero el golpe que preveía asestar en la cabeza de su contrincante con la otra punta de la barra hubo de transformarse en una nueva maniobra para detener su veloz arma. «¿Será uno de esos malditos Grandes Señores?» Casi consiguió darle con el bastón en la rodilla, pero su oponente retrocedió con celeridad y puso el arma en guardia.

El individuo de ojos azules llevaba ciertamente la chaqueta de abombadas

mangas, amarilla con franjas bordadas en oro, pero sin abrochar y con el faldón de la camisa medio salido del pantalón, e iba descalzo. Su corto pelo negro estaba desgreñado, como el de un hombre que acabara de levantarse de la cama, pero no luchaba como tal. Cinco minutos antes había salido como una flecha de una de las grandes y ornamentadas puertas que daban a ese pasillo con una espada desenfundada en las manos, y Mat aún se felicitaba de que hubiera aparecido ante ellos y no a sus espaldas. Si bien no era el primer hombre ataviado de esa guisa con el que se había enfrentado Mat, no cabía duda de que era el más diestro.

—¿Podéis adelantarnos, husmeador? —preguntó Mat, poniendo cuidado en no desviar los ojos del hombre que lo aguardaba con el arma presta para atacar.

—No —respondió Sandar desde atrás—. Si te mueves para dejarme pasar, te quedarás sin espacio para maniobrar ese remo que llamas barra y él te ensartará como a un mandí.

«¿Como a qué?»

—Pues pensad algo, teariano. Este indeseable me ataca los nervios.

—Tendrás el honor —declaró con desdén el hombre de la chaqueta bordada en oro, dignándose hablar por primera vez— de morir a manos del Gran Señor Darlin, campesino, si condesciendo en ello. Me parece, empero, que optaré por hacer que os cuelguen de los tobillos a los dos y observaré cómo os arrancan la piel a tiras…

—No creo que fuera a gustarme —replicó Mat.

El Gran Señor enrojeció de indignación por verse interrumpido, pero Mat no le dio tiempo para expresar ningún airado comentario. Dibujando un imaginario lazo doble con la barra, tanta era la velocidad con que hacía girar sus dos extremos, arremetió contra Darlin, el cual a duras penas logró esquivarlo. La ventaja era pasajera. Mat era consciente de que no podría mantener mucho rato aquello y, si lo acompañaba la suerte, volverían a enzarzarse en un intercambio de ataques y contraataques. Si lo acompañaba la suerte. Aquella vez, sin embargo, no tenía intención de dejar el desenlace en manos del azar. En cuanto el Gran Señor se tomó un momento de respiro para adoptar una postura defensiva, Mat alteró de improviso el curso de su mano y la punta del bastón, que Darlin esperaba ver descargar en su cabeza, le golpeó, en cambio, las piernas y lo derribó. La punta cayó entonces sobre su cabeza con un seco crujido, y el aristócrata puso los ojos en blanco.

Mat se apoyó jadeante en la barra observando el inconsciente cuerpo del Gran Señor. «¡Diantre, si tengo que luchar con uno o dos más como éste, voy a caer rendido de fatiga! ¡En los cuentos no dicen que es tan pesado ser un héroe! Nynaeve siempre se las arregló para hacerme trabajar.»

Sandar se paró a su lado, observando al Gran Señor.

—No parece tan poderoso tumbado ahí —señaló con asombro—. Yo ya no lo veo como un gran personaje.

Mat dio un respingo y miró hacia el fondo del corredor, que acababa de cruzar corriendo un hombre para escabullirse por un pasillo lateral. «¡Demonios, si no supiera que es una locura, juraría que era Rand!»

—Sandar, ¿crees que…? —se dispuso a consultarlo, poniéndose la barra al hombro, y calló en seco cuando ésta chocó contra algo.

Al girarse se halló frente a otro Gran Señor medio vestido, cuya espada había caído al suelo, con las piernas temblorosas y las dos manos en la cabeza donde el bastón de Mat le había abierto el cráneo. Mat se apresuró a darle en el estómago con la punta de la barra para que bajara las manos y luego le aporreó la cabeza. El señor cayó hecho un ovillo sobre su espada.

—La suerte, Sandar —murmuró—. Es imposible vencer a la suerte. Y ahora, ¿por qué no vamos a ese maldito pasadizo privado por el que bajan los Grandes Señores a las celdas?

Sandar había insistido en la existencia de dicha escalera, que les evitaría tener que dar un rodeo por la mayor parte de la Ciudadela. Mat consideraba con cierta aprensión la idea de que hubiera hombres tan ansiosos de ver prisioneros sometidos a interrogatorios como para hacerse construir una vía de acceso directo a la cárcel desde sus aposentos.

—Da gracias a tu suerte —dijo Sandar con nerviosismo—. De lo contrario éste nos habría matado sin previo aviso a los dos. La puerta está por aquí. ¿Vienes? ¿O prefieres esperar a que aparezca otro Gran Señor?

—Id delante. —Mat dio una zancada sobre el inconsciente aristócrata—. No soy ningún condenado héroe.

Siguió al trote al husmeador, el cual se asomaba a todas las puertas que cruzaban, murmurando que no podía estar lejos.

55



Lo escrito en las Profecías

Rand entró lentamente en la sala, caminando entre las grandes columnas de roja piedra pulida que recordaba haber visto en sueños. El silencio reinaba en las sombras y, sin embargo, algo lo llamaba. Y más allá centelleaba algo, una luz momentánea que hacía retroceder las tinieblas, un faro. Dio unos pasos bajo la monumental cúpula y vio lo que buscaba: *Callandor*, suspendida con la empuñadura abajo, esperando que en ella se cerrara la mano del Dragón Renacido. A medida que giraba, hacía palidecer la escasa iluminación que había y, de tanto en tanto, se encendía como imbuida de luz propia. Lo llamaba, lo aguardaba a él.

«Si es que soy el Dragón Renacido. Si no soy simplemente un hombre medio loco que carga la maldición de ser capaz de encauzar, una marioneta que baila accionada por Moraine y la Torre Blanca.»

—Tomadla, Lews Therin. Tomadla, Verdugo de la Humanidad.

Giró en dirección a la voz. El alto individuo de corto pelo blanco que salió de las sombras entre las columnas le era familiar. Rand no tenía idea de quién era ese hombre vestido con roja chaqueta de seda con negras rayas en las ahuecadas mangas y negros pantalones remetidos en unas botas profusamente adornadas con plata. No lo conocía, pero lo había visto en sus sueños.

—Las enjaulasteis —dijo—. A Egwene, Nynaeve y Elayne. En mis sueños. Las poníais una y otra vez en una jaula y las heríais.

—Ellas no son nada —contestó el hombre con despreciativo ademán—. Tal vez serán algo un día, cuando hayan sido entrenadas, pero no ahora. Confieso que me sorprendió que os importaran tanto como para serme útiles. Pero siempre fuisteis un insensato, dispuesto a anteponer vuestro corazón al poder. Os habéis precipitado en venir, Lews Therin. Ahora debéis hacer aquello para lo que aún no estáis preparado o, de lo contrario, moriréis. Pereceréis, sabiendo que habéis dejado en mis manos esas mujeres que tanto os interesan. —Parecía expectante—. Me propongo utilizarlas de forma más prolongada, Verdugo de la Humanidad. Me servirán a mí y a mis ambiciones. Y ello les causará más dolor del que hayan experimentado hasta el momento.

Detrás de Rand, *Callandor* destelló, irradiando un cálido latido que notó en la espalda.

—¿Quién sois?

—No me recordáis, ¿verdad? —El sujeto de pelo blanco se echó a reír de improviso—. Yo tampoco os recuerdo, ataviado de esta forma. Un chaval de campo con una flauta colgada del hombro. ¿Dijo Ishamael la verdad? Él se servía de mentiras si ello le procuraba una ventaja de un centímetro o de un segundo. ¿No os acordáis de nada, Lews Therin?

—¡Vuestro nombre! —exigió Rand—. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Llamadme Be'lal. —El Renegado torció el gesto al no advertir reacción en Rand—. ¡Tomadla! —espetó, dirigiendo una mano hacia la espada que giraba detrás de Rand—. En un tiempo cabalgamos juntos hacia la guerra, y por ello os doy una oportunidad. Una sola oportunidad, pero que os da opción a salvaros, a salvar a esas tres mujeres que quiero convertir en mis esclavas. Coged la espada, campesino. Tal vez os baste para preservar la vida.

—¿Creéis que me amedrento tan fácilmente, Renegado? —se burló Rand—. El mismo Ba'alzemon viene persiguiéndome desde hace mucho. ¿Pensáis que me arredraré ahora ante vos? ¿Que me humillaré ante un Renegado cuando he negado todo ascendiente al Oscuro en su propia cara?

—¿Así consideras las cosas? —dijo quedamente Be'lal—. En verdad es grande tu ignorancia. —En sus manos se materializó súbitamente una espada, un arma de negro fuego—. ¡Tomadla! ¡Tomad *Callandor*! Durante los tres mil años que ha durado mi cautiverio, ha estado aguardándoos aquí. Uno de los más poderosos *sa'angreal* que jamás se han creado. ¡Cogedla, y defendeos si podéis!

Avanzó hacia Rand como para hacerlo retroceder hacia *Callandor*, pero éste alzó las manos y, henchido de *Saidin*, sintió el dulce fluir del Poder, la nauseabunda vileza de la infección. Un segundo después empuñaba una espada formada por rojas llamas, una espada con la marca de la garza impresa en su ardiente hoja. Adoptó las posturas que Lan le había enseñado hasta pasar de una a otra como en una danza. *Partir la seda. El agua desbordada en la pendiente. Viento y lluvia.* La hoja de negro fuego chocaba con la de rojas llamas produciendo una lluvia de centellas, el estrépito del metal candente despedazándose.

Rand volvió despacio a una actitud defensiva, tratando de no dejar entrever su súbita incertidumbre. En la negra hoja había también una garza, un ave tan oscura que casi resultaba invisible. En una ocasión había luchado con un hombre que tenía la marca de la garza en la espada y había estado a punto de perder la vida. Sabía que él no tenía ganado el derecho al trofeo de poseer la marca de un maestro espadachín; ésta se encontraba en el arma que su padre le había dado, y, cuando imaginaba una espada en sus manos, pensaba en esa espada. Una vez había abrazado la muerte, tal

como le había recomendado el Guardián, pero no tenía duda de que aquella vez su muerte sería definitiva. Be'lal era mucho más diestro que él con la espada. Más fuerte, más rápido, un verdadero maestro.

El Renegado reía, alborozado, trazando veloces floreos con la hoja a ambos lados de él, y el negro fuego rugía como si el paso por el aire le proporcionara mayor velocidad.

—Erais mejor espadachín antes, Lews Therin —observó con tono de mofa—. ¿Recordáis cuándo comenzamos a practicar ese ocioso deporte llamado de espadas y aprendimos a matar con él, como afirmaban los libros que hacían antaño los hombres? ¿Os acordáis aunque sólo sea de una de aquellas desesperadas batallas, de una siquiera de aquellas absolutas derrotas? Desde luego que no. No recordáis nada. Esta vez no habéis aprendido bastante. Esta vez, Lews Therin, os daré muerte yo. —Su actitud burlona iba acentuándose—. Puede que si cogierais *Callandor* lograríais quizá prolongar un poco vuestra vida. Un poco más.

Se adelantó lentamente, casi como para proporcionar a Rand el tiempo necesario para seguir su consejo, para volverse y correr hacia *Callandor*, la Espada que no Puede Tocarse, para cogerla. Pero a Rand todavía lo embargaban las dudas. Sólo el Dragón Renacido podía tocar *Callandor*. Había permitido que lo proclamaran como tal por un centenar de razones que no parecían dejarle alternativa en ese momento. ¿Pero era él realmente el Dragón Renacido? Si se precipitaba para tocar de verdad *Callandor*, en estado de vigilia, ¿chocaría su mano contra un invisible muro mientras Be'lal lo atacaba por la espalda?

Se enfrentó al Renegado con la espada que conocía, el arma de fuego forjada con el *Saidin*. Y hubo de retroceder. *La hoja caída* dio respuesta a *La seda rociada. El gato danza en la pared* contrarrestó *El jabalí baja corriendo la montaña. El río socava la orilla* casi le supuso perder la cabeza, y lo obligó a echarse a un lado sin ningún donaire con la negra llama rozándole el pelo y a recobrar el equilibrio para hacer frente a *La piedra rodando por la montaña*. De forma metódica y deliberada, Be'lal lo iba acorralando en una espiral que paso a paso lo acercaba a *Callandor*.

Entre las columnas resonaron gritos, alaridos y entrechocar de acero, pero Rand apenas lo escuchó. Él y Be'lal ya no se hallaban solos en el Corazón de la Ciudadela. Unos hombres acorazados con petos y yelmos de ancha ala luchaban con espadas contra borrosas formas que se precipitaban entre los pilares con cortas lanzas en ristre. Algunos de los soldados se pusieron en formación y una lluvia de flechas provenientes de la penumbra les acertó en la garganta y en la cara, desbaratando la hilera que acababan de formar. Rand casi no se percató del combate, ni siquiera cuando los hombres cayeron muertos a pocos pasos de él. Su propia lucha era demasiado desesperada y requería toda su concentración. Por el costado comenzó a manarle un tibio reguero. La antigua herida volvía a abrirse.

De improviso tropezó con un cadáver que no había visto y cayó de espaldas sobre la funda de la flauta y el suelo de piedra. Be'lal puso en alto su hoja de negro fuego, gruñendo.

—¡Cogedla! ¡Coged *Callandor* y defendeos! ¡Tomadla u os mataré! ¡Si no la tomáis, acabaré con vos!

—¡No!

Incluso Be'lal se sobresaltó ante el autoritario tono de aquella voz de mujer. El Renegado retrocedió fuera del alcance de la espada de Rand y volvió la cabeza hacia Moraine, que acudía con paso decidido entre la batalla, con la mirada fija en él, sin prestar atención a los gritos de agonía que sonaban a su alrededor.

—Pensaba que habíamos puesto fin a vuestra intromisión, mujer. Da igual. No sois más que una molestia, una insidiosa mosca, una hormiga roja. Os encarcelaré con las otras y os enseñaré a servir a la Sombra con vuestros insignificantes poderes. —Remató sus palabras con una desdeñosa carcajada y alzó la mano libre.

Moraine, que no había aminorado el paso mientras hablaba, se encontraba a unos veinte metros de él cuando el Renegado movió la mano y ella levantó, asimismo, la diestra y la siniestra.

En el rostro del Renegado se manifestó un instante la sorpresa y aún tuvo tiempo de chillar «¡No!». Después, de las manos de la Aes Sedai brotó una barra de blanco fuego más abrasadora que el sol, una ardiente franja que dispersó todas las sombras y ante la cual Be'lal se transformó en una masa de incandescentes motas que se agitaron en la luz por espacio de un segundo, de partículas que se consumieron antes de que se hubiera apagado el eco de su grito.

—Tenía razón respecto a una cosa —declaró Moraine, tan serena e impasible como si se hallara en medio de un prado—. Debes tomar *Callandor*. Él pretendía matarte para robártela, pero te pertenece por derecho propio. Sería mucho mejor que hubieras profundizado en el conocimiento antes de empuñarla. Sin embargo, ha llegado el momento y no queda tiempo para aprender. Tómala, Rand.

En torno a ella se curvaron unos látigos de negros relámpagos que la levantaron y luego la arrojaron al suelo, sobre el que se deslizó como un fláccido saco hasta chocar contra una de las columnas.

Rand alzó la vista para descubrir el origen de los rayos. Había una sombra más compacta allá arriba, cerca de los capiteles; una negrura a cuyo lado parecía luz de mediodía la oscuridad restante, y, desde ella, dos ojos de fuego le devolvieron la mirada.

Lentamente la sombra descendió y adoptó la forma de Ba'alzemon, vestido de un negro más profundo que el azabache, igual que un Myrddraal. Pese a ello, su ropa no era tan tenebrosa como la sombra prendida a él. Flotaba en el aire, a tres metros del suelo, observando a Rand con mirada tan feroz como sus ojos.

—Dos veces en esta vida te he ofrecido la posibilidad de servirme vivo. —Las llamas surgían de su boca al hablar y cada palabra crepitaba como una hoguera—. Por dos veces la has rechazado y me has herido. Ahora te someterás al Señor de la Tumba tras la muerte. Muere, Lews Therin Verdugo de la Humanidad. Muere, Rand al'Thor. ¡Ha llegado tu hora! ¡Yo te arrebataré el alma!

Mientras Ba'alzemon alargaba la mano, Rand se lanzó desesperadamente hacia *Callandor*, que seguía reluciendo y centelleando suspendida. No sabía si la alcanzaría, ni si podría tocarla, pero estaba convencido de que era su única oportunidad.

El golpe de Ba'alzemon lo acertó al saltar y se introdujo en su interior, aplastando y desgarrando, arrancando algo, tratando de llevarse una parte de él. Rand se puso a gritar. Sintió como si se desinflara como un saco vacío, como si lo volvieran del revés. Casi agradeció el dolor del costado, de la herida recibida en Falme, puesto que él le recordaba que estaba vivo. Su mano se cerró convulsivamente… en torno a la empuñadura de *Callandor*.

El Poder Único lo inundó. Circulando en un torrente de inimaginable caudal, el *Saidin* fluía hacia la espada. La hoja de cristal resplandeció aún con más intensidad que el fuego de Moraine. Era imposible mirarla, imposible ver que era una espada. Sólo la percibía como ardiente luz que sostenía con el puño. Luchó contra la crecida, forcejeó con la implacable marea que amenazaba con llevárselo, con trasladar en su corriente la esencia de su persona a la espada. Por espacio de un instante que se prolongó un siglo permaneció en suspenso, tambaleante, al borde de la anulación, como un grano de arena que arrastra consigo el embravecido oleaje. Con lentitud infinita recobró el equilibrio y, aun así, fue como si se hallara descalzo sobre el filo de una cuchilla encima de un interminable abismo. Algo le decía que aquella precaria situación era lo mejor que le cabía esperar. Para encauzar tal cantidad de Poder, debía danzar sobre esa arista como lo había hecho con las figuras del arte de la espada.

Se volvió de cara a Ba'alzemon. El desgarro interior había cesado en cuanto su mano había tocado *Callandor*. Sólo había transcurrido un instante que a él se le había antojado, empero, una eternidad.

—¡No me quitaréis el alma! —gritó—. ¡En esta ocasión, pienso acabar con esto de una vez por todas! ¡Lo voy a dar por concluido ahora mismo!

Ba'alzemon huyó. Desapareció el hombre y la sombra.

Rand se quedó mirando un momento. Había tenido la sensación de algo que se plegaba al partir Ba'alzemon. Había percibido algo que se torcía, como si Ba'alzemon hubiera de algún modo doblado la realidad. Haciendo caso omiso de los hombres que tenían la vista fija en él y de Moraine abatida en la base de la columna, Rand alargó la mano, empuñando *Callandor*, y burló las leyes de la materia para abrir una puerta a otra dimensión. No sabía adónde daba, sólo que Ba'alzemon había ido allí.

—Ahora soy yo el perseguidor —dijo, franqueándola.

La piedra se agitó bajo los pies de Egwene. La Ciudadela se estremecía, vibraba. Recuperó la estabilidad y se paró a escuchar. No advirtió más sonido ni temblor. Fuera lo que fuese lo que lo había causado, había cesado ya. Siguió presurosa hasta llegar a una puerta de barrotes de hierro con una cerradura tan grande como su cabeza interpuesta en su camino. Encauzó Tierra y, al empujarla, la cerradura se partió en dos.

Atravesó velozmente la habitación adonde daba, procurando no mirar los objetos colgados en las paredes, entre los más inocuos de los cuales se contaban látigos y tenazas. Ligeramente estremecida abrió otra puerta de hierro más pequeña y entró en un pasillo flanqueado de toscas puertas de madera y de espaciadas antorchas de junco sujetas en aros de hierro, sintiendo casi tanto alivio por dejar atrás aquella cámara de torturas como por haber encontrado lo que buscaba. «¿Qué celda será?»

No le costó abrir las puertas de madera. Algunas no estaban cerradas con llave y las cerraduras de las demás no duraron más que la otra, mucho más resistente, que había inutilizado antes. Todos los calabozos estaban, no obstante, vacíos. «Por supuesto. Nadie se soñaría a sí mismo en este lugar. Cualquier prisionero que lograra acceder al *Tel'aran'rhiod* soñaría un entorno más agradable.»

Por un momento experimentó algo cercano a la desesperación. Deseaba creer que el hecho de localizar la celda exacta modificaría la situación, pero sería poco más que imposible encontrarla entre aquel dédalo de interminables corredores.

De improviso percibió un atisbo de movimiento justo delante de ella, una forma incluso más insustancial de la de Joiya Byir. Tenía, sin embargo, la certeza de que correspondía al cuerpo de una mujer. Una mujer sentada en un banco al lado de la puerta de uno de los calabozos. La imagen se materializó de nuevo y volvió a desaparecer. Aquel esbelto cuello y el pálido rostro de inocente aspecto con los párpados aleteando vencidos por el sopor eran inconfundibles. Amico Nagoyin estaba sucumbiendo al sueño, soñando en sus obligaciones de centinela. Y al parecer toqueteando, soñolienta, uno de los *ter'angreal* robados; algo comprensible para Egwene, para quien había supuesto un gran esfuerzo dejar de usar, aunque sólo fuera por unos días, el que Verin le había entregado.

Sabía que era posible cortar el contacto de una mujer con la Fuente Verdadera aun cuando ésta ya hubiera abrazado el *Saidar*, pero debía de ser mucho más difícil desgajar un entramado que suspender el flujo antes de que se hubiera iniciado. Dispuso el entrelazamiento y lo preparó, fortaleciendo mucho más esa vez las hebras de Energía para formar un tejido más denso y pesado con un filo tan cortante como el de un cuchillo.

Cuando la vacilante figura de la Amiga Siniestra apareció una vez más, Egwene

atacó con los fluidos de Aire y Energía. Por espacio de un instante algo pareció resistirse a la trama de Energía. Entonces ella la presionó con todas sus fuerzas y finalmente quedó encajada.

Amico Nagoyin emitió un tenue grito, apenas audible, tan leve como su propia presencia, casi una sombra de lo que ella había sido. Las ataduras formadas con el Aire la retuvieron, no obstante, impidiéndole volver a desaparecer. El terror desfiguró el bello rostro de la Amiga Siniestra; parecía balbucear algo, pero sus gritos eran susurros demasiado quedos para que Egwene la entendiera.

Tras afianzar la ligazón de Poder en torno a la hermana Negra, Egwene desplazó su atención a la puerta del calabozo y, llena de impaciencia, canalizó Tierra a la cerradura. Ésta cayó desprendiendo una nubecilla de negro orín que se disolvió por completo antes de tocar el suelo. Abrió la puerta y advirtió sin sorpresa que sólo había en ella una antorcha de junco encendida.

«Pero Amico está inmovilizada y la puerta está abierta.»

Pensó un momento qué haría a continuación y luego se evadió del sueño…

… y despertó con la renovada conciencia de todas sus magulladuras, dolores y sed, de la pared de la celda en la que apoyaba la espalda, mirando fijamente la puerta cerrada a cal y canto. «Claro. Lo que ocurre a los seres vivos allí sigue siendo real al despertar. Las modificaciones efectuadas en la piedra, el hierro o la madera no tienen efecto en el mundo de la vigilia.»

Nynaeve y Elayne seguían de rodillas a su lado.

—La que está allá afuera —informó Nynaeve— ha gritado hace un momento, pero no ha sucedido nada más. ¿Has encontrado alguna escapatoria?

—En principio sí —respondió Egwene—. Ayúdame a levantarme y desbarataremos la cerradura. Amico no se interpondrá. Era ella quien ha gritado.

—Yo he estado intentando abrazar el *Saidar* desde que te has ido —señaló Elayne sacudiendo la cabeza—. Ahora es diferente, pero sigo neutralizada.

Egwene vació su interior, se transformó en el capullo de rosa que se abría al *Saidar* y topó nuevamente con el invisible muro. Ahora estaba tembloroso y había momentos en que casi creía notar la Fuente Verdadera comenzando a llenarla de Poder. El escudo cobraba y perdía existencia a una velocidad demasiado vertiginosa para permitirle detectarla, y su efecto era el mismo que si hubiera sido enteramente sólido. Fijó la mirada en sus dos compañeras.

—La he atado. La he escudado. Ella es un ser vivo y no un pedazo de hierro inanimado. Debe seguir acorazada.

—Algo ha cambiado en el escudo que nos rodea —reconoció Elayne—, pero Amico continúa manteniéndolo.

—Tendré que volver a probarlo —decidió Egwene, desplomando la cabeza contra la pared.

—¿Te quedan suficientes fuerzas? —Elayne puso cara de preocupación—. Para serte franca, pareces aún más débil que antes. El anterior intento te ha restado energías, Egwene.

—Tengo las suficientes en el Mundo de los Sueños.

Se sentía más cansada, más endeble, pero no veía otra alternativa. Así lo expuso a sus amigas, las cuales hubieron de convenir con ella a pesar de sus reticencias.

—¿Podrás volver a dormirte tan pronto? —inquirió al cabo Nynaeve.

—Cántame una nana —pidió Egwene, esbozando una sonrisa—. Como cuando era una niña, por favor.

Reteniendo la mano de Nynaeve en una mano y apretando con la otra el anillo de piedra, cerró los ojos y trató de conciliar el sueño acunada por la melodía tarareada.

La gran puerta enrejada estaba abierta y en la sala no había indicios de vida, pero Mat entró con cautela. Sandar aún estaba en el pasillo, vigilando a diestro y siniestro, con la alarmista certidumbre de que de un momento a otro aparecería un Gran Señor o tal vez un centenar de Defensores.

La habitación estaba solitaria, aunque hacía poco rato de ello a juzgar por los manjares abandonados a medio consumir en la mesa. Sus ocupantes debían de haber salido precipitadamente, sin duda a causa de los combates librados en los pisos de arriba. Los objetos colgados en la pared lo hicieron felicitarse por su ausencia. Látigos de distintos tamaños y largadas, diferente grosor y diferente número de ramificaciones; tenazas, pinzas, abrazaderas y grilletes; artefactos que parecían botas de metal, guanteletes y yelmos, con grandes tornillos en las junturas previsiblemente para apretarlos; artilugios que no acertó a imaginar siquiera para qué servían. Si hubiera encontrado a los hombres que utilizaban todo aquello, seguramente se habría cerciorado de que estuvieran bien muertos antes de alejarse.

—¡Sandar! —musitó—. ¿Pensáis quedaros ahí toda la noche?

Sin esperar una respuesta, se dirigió apresuradamente a la puerta interior, de barrotes como la otra pero más pequeña, y traspuso el umbral.

A ambos lados del corredor, iluminado con las mismas antorchas de junco que la estancia que acababa de dejar atrás, había puertas de tosca madera. Unos quince metros más allá, junto a una de las puertas, había una mujer sentada en un banco, reclinada en la pared en una postura curiosamente rígida. La desconocida volvió lentamente la cabeza hacia él al oír el ruido de sus pasos. Era una joven muy bonita. Le extrañó que sólo moviera la cabeza y también su soñolencia.

¿Sería una prisionera? «¿Afuera en el pasillo? Pero nadie con un rostro tan angelical podría ser una de las personas que emplean los instrumentos que había en esas paredes.» Parecía casi dormida, con los ojos entornados. Y el sufrimiento que expresaba aquella hermosa cara la señalaba como víctima de tormento y no como torturadora.

—¡Deténte! —gritó tras él Sandar—. ¡Es una Aes Sedai! ¡Una de las que se llevaron a las mujeres que buscas!

Mat quedó paralizado, mirando fijamente a la mujer. Recordó a Moraine arrojando bolas de fuego y se preguntó si él sería capaz de contener uno de esos proyectiles con su barra, si su suerte llegaría al punto de permitirle zafarse del ataque de una Aes Sedai.

—Ayudadme —imploró con voz débil. Sus ojos estaban cargados de somnolencia, pero suplicaba como alguien plenamente despierto—. Ayudadme, os lo ruego.

Mat pestañeó. Todavía no había movido ni un músculo por debajo del cuello. Se acercó cautamente, haciendo señas a Sandar para que dejara de rezongar repitiendo que era una Aes Sedai. La mujer movió la cabeza, animándolo a avanzar. Nada más.

De su cinturón pendía una gran llave de hierro. Mat titubeó un momento. Sandar aseguraba que era una Aes Sedai. «¿Por qué no se mueve?» Tragó saliva y le quitó la llave con tanto cuidado como si intentara sacar un pedazo de carne de las fauces de un lobo. La mujer dirigió la mirada a la puerta que tenía junto a ella y emitió un sonido como el de un gato que acaba de ver que un enorme perro entra en la habitación y sabe que no tiene escapatoria.

No entendía nada, pero, mientras no tratara de impedirle abrir esa puerta, lo tenía sin cuidado la razón por la que permanecía allí inmóvil como un espantapájaros. Por otra parte, se planteó si habría algo allí adentro merecedor de espanto. «Si es una de las que apresaron a Egwene y a las demás, es lógico que esté custodiándolas.» La mujer tenía lágrimas en los ojos. «Lo raro es que se comporta como si hubiera un mismísimo Semihombre.» Sólo había, de cualquier forma, un modo de averiguarlo. Apoyando la barra en la pared, hizo girar la llave en la cerradura y abrió de golpe la puerta, dispuesto a echar a correr en caso necesario.

Nynaeve y Elayne estaban arrodilladas en el suelo y entre ellas se hallaba, aparentemente dormida, Egwene. Exhaló una exclamación al ver la hinchada cara de Egwene y atribuyó su postración a otra causa distinta del sueño. Las otras dos jóvenes se volvieron hacia él y lo miraron con indescriptible sorpresa pintada en el rostro, y casi igual cantidad de contusiones que Egwene.

—Matrim Cauthon —dijo con tono desconcertado Nynaeve—, ¿qué diablos estás haciendo aquí?

—He venido a rescataros, maldita sea —contestó—. Que me aspen si esperaba el mismo recibimiento que si hubiera venido a robar un pastel. Si quieres, me responderás tú por qué tienes una pinta como si hubieras estado peleando con osos últimamente. Si Egwene no puede andar, la llevaré yo. Hay Aiel por toda la Ciudadela, o por casi toda, y o bien están matando a los condenados Defensores o los condenados Defensores están matándolos a ellos, pero, sea cual sea el caso, será

mejor que salgamos de aquí mientras podamos. ¡Si es que podemos!

—Vigila a no decir más palabrotas —lo reconvino Nynaeve, y Elayne le dirigió una de esas miradas de desaprobación en las que tan diestras son las mujeres.

Ninguna de ellas, sin embargo, le prestaba plenamente atención. Se pusieron a zarandear a Egwene como si no estuviera cubierta de más magulladuras de las que había visto él en toda su vida. Egwene pestañeó y emitió un gruñido.

—¿Por qué me habéis despertado? Debo comprenderlo. Si pierdo el control de sus ataduras, despertará y no volveré a atraparla. Pero si no lo hago, no podrá dormirse completamente y… —Sus ojos se posaron, desorbitados, en él—. Matrim Cauthon, ¿qué diablos estás haciendo aquí?

—Explícaselo tú —indicó a Nynaeve—. Yo estoy demasiado ocupado rescatándoos como para cuidar mi vocabul… —Las tres fijaban al fondo, más allá de él, miradas tan encarnizadas como si lamentaran no tener cuchillos en las manos.

Se giró y no vio más que a Juilin Sandar, que tenía una mueca como si se hubiera tragado entera una ciruela podrida.

—Tienen motivos —dijo a Mat—. Yo… las traicioné. Pero tuve que hacerlo. —Aquello último iba destinado a las mujeres—. La que lleva todas esas trenzas de color de miel me habló y… no tuve otro remedio. —Las tres mantuvieron la vista clavada en él durante un largo momento.

—Liandrin se vale de viles artimañas, maese Sandar —admitió por fin Nynaeve—. Quizá no seáis enteramente responsable de lo ocurrido. Más tarde distribuiremos las culpas.

—Si todo ha quedado claro —las apuró Mat—, ¿podemos irnos de una vez? —Para él estaba tan poco claro como el barro, pero no le interesaba descifrarlo, sino marcharse de inmediato.

Las tres mujeres salieron cojeando tras él al corredor y se detuvieron en torno a la Aes Sedai del banco. Ésta puso los ojos en blanco, lanzando un gemido.

—Por favor. Volveré a la senda de la Luz. Juraré obedeceros a vosotras. Con la Vara Juratoria en las manos. Os lo ruego, no…

Mat se sobresaltó al ver que Nynaeve retrocedía de improviso y le asestaba un violento puñetazo que la tiró del banco. La mujer quedó tendida, con los ojos completamente cerrados por fin, pero incluso en el suelo, de costado, conservaba exactamente la misma postura que sentada.

—Se ha desbaratado —anunció animadamente Elayne.

Egwene rebuscó en el bolsillo de la mujer desmayada y transfirió al suyo algo que Mat no alcanzó a distinguir.

—Sí. Es magnífico. Se ha producido una transformación en ella cuando la has golpeado, Nynaeve. No sé bien qué es, pero lo he notado.

—Yo también —corroboró Elayne.

—Me gustaría transformarla de pies a cabeza —declaró Nynaeve con ferocidad.

Tomó la cabeza de Egwene entre las manos, y ésta se puso, jadeante, de puntillas. Cuando Nynaeve retiró las manos para aplicarlas sobre Elayne, Egwene estaba libre de contusiones y morados. Los de Elayne se difuminaron con igual rapidez.

—¡Rayos y truenos! —gruñó Mat—. ¡Habráse visto pegar a una mujer que no hacía nada! ¡No creo que pudiera siquiera moverse!

Las tres se encararon a él, y él emitió un grito estrangulado con la impresión de que el aire que lo rodeaba se había convertido en espesa gelatina. Se elevó en el aire hasta que sus botas quedaron colgando a un metro del suelo. «¡Oh, maldita sea, el Poder! ¡Hace un momento temía que la Aes Sedai fuera a utilizarlo contra mí y ahora van y lo hacen estas condenadas mujeres que he venido a rescatar! ¡Por todos los demonios!»

—No entiendes absolutamente nada, Matrim Cauthon —lo reprendió Egwene.

—Hasta que lo comprendas —agregó, con tono aún más severo, Nynaeve—, te sugiero que guardes tus opiniones para ti solo.

Elayne se contentó con asestarle una airada mirada que le recordó a su madre cuando se iba a cortar una vara para castigarlo.

Sin proponérselo, les dirigió la misma sonrisa que tantas veces había impulsado a su madre a azotarlo. «¡Diantre, si pueden hacer esto, no veo cómo ha podido encerrarlas nadie en esta celda!»

—Lo que sí entiendo es que os he librado de un sitio del que vosotras no conseguíais salir, y vosotras demostráis tanta gratitud como un maldito habitante del Embarcadero de Taren aquejado además de dolor de muelas.

—Tienes razón —concedió Nynaeve. Sus botas chocaron súbitamente en el suelo con tanta violencia que le castañetearon los dientes. Con todo, había recobrado la capacidad de movimientos—. Por más que me duela reconocerlo, Mat, tienes razón.

Reprimió la tentación de responderle con algún sarcasmo, reconociendo la disculpa tácita en su voz.

—¿Podemos irnos ya? Sandar cree que, aprovechando los combates, podremos haceros salir por una puertecilla que hay cerca del río.

—Yo no voy a marcharme todavía, Mat —afirmó Nynaeve.

—Yo me propongo encontrar a Liandrin y despellejarla —anunció tan fieramente Egwene como si se lo propusiera en serio.

—Yo sólo quiero —agregó Elayne— aporrear a Joiya Byir hasta que chille, pero me conformaré con cualquiera de ellas.

—¿Acaso estáis sordas? —gruñó—. Allá arriba se está librando una batalla. He venido a rescataros y pienso hacerlo. —Egwene le dio una palmada en la mejilla al pasar a su lado y lo mismo hizo Elayne. Nynaeve se limitó a emitir un resoplido. Miró boquiabierto cómo se alejaban—. ¿Por qué no habéis dicho nada? —reprochó al

husmeador.

—Ya he visto lo que has ganado tú hablando —adujo simplemente Sandar—. No soy ningún necio.

—¡Pues yo no voy a quedarme en medio de una batalla! —gritó a las mujeres, que estaban desapareciendo por la pequeña puerta de barrotes—. Me marcho, ¿lo oís? —Ni siquiera volvieron la cabeza. «¡Probablemente van en busca de la muerte! ¡Alguien les clavará una espada mientras estén distraídas!» Apretando las mandíbulas, se colocó la barra al hombro y se puso en marcha tras ellas—. ¿Vais a quedaros ahí plantado? —llamó al husmeador—. ¡No me he tomado tantas molestias para dejar que mueran ahora!

Sandar le dio alcance en la sala de los instrumentos de tortura. Las tres mujeres se habían ido ya, pero Mat tenía la sensación de que no sería difícil localizarlas. «¡Bastará con encontrar hombres flotando en el aire! ¡Condenadas mujeres!» Apretó el paso y prosiguió al trote.

Perrin recorría con furia los pasadizos de la Ciudadela, en busca de un indicio del paradero de Faile. La había liberado dos veces más, una sacándola de una jaula de hierro, muy similar a aquella donde habían encerrado al Aiel en Remen, y otra abriendo un cofre de acero con un halcón en relieve en un costado. En ambas ocasiones ella se había disipado tras pronunciar su nombre. *Saltador* trotaba a su lado, olisqueando el aire. Por más aguzado que fuera el olfato de Perrin, el lobo percibía mejor los olores; había sido *Saltador* quien había hallado la pista del cofre.

Perrin empezaba a desesperar de poder rescatarla realmente. Tenía la impresión de que había pasado mucho rato sin localizar su rastro. Los corredores de la Ciudadela, donde ardían las lámparas y se exhibían tapices y armas en las paredes, estaban solitarios y nada se movía a excepción de él mismo y *Saltador*. «Aunque me ha parecido que ése era Rand.» Había advertido tan sólo un atisbo de un hombre que corría como si persiguiera a alguien. «No podía ser él. No es posible, pero creo que lo era.»

Saltador avivó de repente el paso, encaminándose a otra elevada puerta de doble hoja, en aquel caso revestida de bronce. Perrin intentó ajustarse a su marcha, tropezó y cayó de hinojos, extendiendo una mano para no desplomarse de bruces. La flojedad se había apoderado de él como si se le hubieran licuado los músculos. Aun después de recobrarse, sus fuerzas no eran las mismas de antes y le costó ponerse en pie. *Saltador* se giró hacia él.

Tu presencia es demasiado íntegra aquí, Joven Toro. La carne se debilita. No pones suficiente empeño en aferrarte a ella. Pronto la carne y el sueño perecerán a la vez.

—Búscala —replicó Perrin—. Es cuanto te pido: que encuentres a Faile.

Los amarillos ojos del lobo buscaron los de Perrin, tan amarillos como los suyos. Luego el animal se volvió y se dirigió a las puertas. *Al otro lado, Joven Toro.*

Perrin empujó, y las hojas no se movieron. No advertía dispositivo para abrirlas, ni picaporte ni pasador. En el metal había grabados diminutos dibujos, tan finos que sus ojos tardaron en reparar en ellos. Eran halcones, miles de minúsculas rapaces.

«Tiene que estar aquí. No creo que yo dure mucho más.» Gritando, golpeó el bronce con el martillo, y éste resonó como un monumental gong. Dio un nuevo martillazo, que provocó una resonancia aún más estruendosa, y, al tercero, las puertas de bronce se hicieron añicos como si fueran de vidrio.

Adentro, a ochenta metros de la entrada, un círculo de luz rodeaba a un halcón encaramado a una percha. El resto de la vasta estancia estaba sumido en la oscuridad, y en él sonaba el quedo susurro de cientos de alas.

Dio un paso adelante, y un halcón descendió en las tinieblas, arañándole a su paso la cara con las garras. Se protegió los ojos con el brazo y, soportando en él el azote de las rapaces, se encaminó tambaleante a la percha. Pese a la continua arremetida de las aves, que lo golpeaban y le desgarraban la piel, siguió pesadamente, chorreando sangre por los brazos y los hombros, escudándose los ojos, que mantenía fijos en el halcón posado en la alcándora. Había perdido el martillo; no sabía dónde, pero estaba convencido de que, si retrocedía a buscarlo, perecería antes de encontrarlo.

Al llegar junto a la percha, cayó de rodillas bajo el hostigamiento de las hirientes zarpas. Alzó la vista hacia el halcón posado en el soporte, y éste fijó, sin pestañear, los oscuros ojos en él. Tenía la pata atada a una cadena sujeta a la percha mediante un diminuto candado con forma de erizo. Tomó la cadena con ambas manos, sin prestar atención a las otras rapaces que componían un auténtico torbellino de cortantes garras a su alrededor, y la partió con las últimas fuerzas que le quedaban. El dolor y los halcones lo sumieron en la oscuridad.

Abrió los ojos y recobró conciencia de su atormentado cuerpo, de la quemazón en la cara, brazos y hombros que parecían haber sido acuchillados mil veces. No importaba. Faile estaba arrodillada a su lado, con preocupación patente en sus oscuros ojos rasgados, enjugándole el rostro con un paño ya empapado con su sangre.

—Mi pobre Perrin —dijo quedamente—. Mi pobre herrero. Estás tan malherido…

Volvió la cabeza con esfuerzo que avivó su dolor. Se encontraban en el comedor privado de La Estrella, y junto a una pata de la mesa había un erizo de madera, partido en dos.

—Faile —susurró—. Mi halcón.

Rand seguía en el Corazón de la Ciudadela, pero su entorno había cambiado. No había hombres combatiendo, ni cadáveres, nadie en absoluto salvo él. De improviso

se expandió por toda la fortaleza el sonido de un gran gong. Éste sonó de nuevo y hasta las propias piedras resonaron bajo sus pies. La tercera vez, el vibrante ruido se interrumpió súbitamente, como si el gong se hubiera hecho pedazos, y todo quedó en silencio.

«¿Dónde estoy? —se preguntó—. Y lo que es más importante, ¿dónde está Ba'alzemon?»

A modo de respuesta, en las sombras del bosque de columnas brotó un encendido proyectil similar al que había originado Moraine, que avanzaba directamente hacia su pecho. Su muñeca modificó instintivamente la posición de la espada; como por puro instinto también hizo fluir el *Saidin* hacia *Callandor* hasta crear un torrente de Poder que avivó el brillo del arma con un ardor superior incluso al de la flecha lanzada contra él. Su precario equilibrio entre existencia y destrucción vaciló. Aquel embravecido caudal amenazaba con consumirlo.

La barra de luz chocó con la hoja de *Callandor*… y se bifurcó en su filo en dos lenguas que pasaron a su lado. Notó que la chaqueta se chamuscaba con su proximidad y percibió, asimismo, el olor de la lana que comenzaba a quemarse. Tras él, las dos púas de fuego compacto, de líquida luz, prosiguieron el curso trazado, atravesando las enormes columnas de piedra y, a su paso, las ardientes barras desintegraron la materia y los fustes quedaron segados al instante. Las columnas del Corazón de la Ciudadela se vinieron estrepitosamente abajo, en medio de una lluvia de polvo y fragmentos de piedra. Lo que entraba en contacto con la luz, en cambio, dejaba simplemente de existir.

En las tinieblas sonó un gruñido de rabia, y el abrasador rayo de calor blanco se desvaneció.

Rand movió *Callandor* como si la descargara contra algo que tenía delante. La blanca luz que desdibujaba la hoja se prolongó y cortó limpiamente, como si fuera seda, la caña de roja piedra detrás de la cual se había producido el gruñido. La sesgada columna tembló; una parte del fuste se desprendió del techo y se hizo pedazos. Cuando cesó el estruendo, oyó el sonido del roce de unas botas en el suelo. Era alguien que corría.

Con *Callandor* aprestada, Rand se precipitó en pos de Ba'alzemon.

El elevado dintel de la salida del Corazón se desmoronó al llegar a él, y la totalidad de la pared se vino abajo desprendiendo nubes de polvo y roca que habrían podido enterrarlo, pero él dirigió el Poder hacia la materia y ésta se redujo a simples motas flotantes. Continuó corriendo, sin tomarse el tiempo para reflexionar sobre la naturaleza de lo que había hecho. Se afanó tras los pasos de Ba'alzemon que resonaban, cada vez más lejanos, en los corredores de la Fortaleza.

De la nada surgieron como por ensalmo cientos de Myrddraal y trollocs, enormes y bestiales criaturas de rostros crispados por el ansia de matar. Atestaron el pasillo

delante y detrás de él, esgrimiendo, sedientos de su sangre, espantosas espadas de acero negro que imitaban la forma de una guadaña. Sin saber cómo, los convirtió en vapor que se separó ante él… y desaparecieron. El aire se impregnó en torno a él de asfixiante hollín que le tapaba la nariz, impidiéndole respirar, pero él lo purificó de nuevo, transformándolo en fresca neblina. Del suelo, de las paredes y del techo brotaron violentos surtidores de llamas que redujeron a cenizas tapices y alfombras, mesas y cofres, a gotas de ardiente oro líquido los ornamentos y las lámparas; él aplastó las hogueras, barnizando de rojo la piedra.

Las piedras se difuminaron a su alrededor, convertidas casi en borrosos velos; la Ciudadela perdía consistencia. La realidad vacilaba; notaba cómo ésta se desintegraba, cómo se desintegraba él mismo. Lo estaban echando del mundo palpable, lo arrojaban a otro sitio donde nada existía. *Callandor* ardía en sus manos como un sol, hasta el punto de hacerle temer que se fundiera. También tuvo la aprensión de derretirse él mismo a causa de las oleadas de Poder Único que afloraban a su través y convergían en el río que de algún modo logró canalizar para tapar la brecha que se había abierto a su alrededor y mantenerse a recaudo en el lado de la existencia. La Ciudadela recuperó solidez.

No tenía noción de qué era lo que realizaba. El Poder Único lo embargaba hasta el punto de no reconocerse a sí mismo, hasta el extremo de barrer casi su esencia y no dejar más que un vestigio de ella. Su frágil estabilidad se balanceaba. A ambos lados permanecía el insondable abismo, el peligro de quedar arrasado por el Poder que fluía de él a la espada. Sólo en la danza en el aguzado filo residía, aunque inestable, la seguridad. *Callandor* brillaba tanto que parecía que llevaba en su mano el sol. Vagamente, vacilante como la llama de una vela en medio de una tormenta, anidaba la certeza de que, empuñando *Callandor*, nada le era imposible. Podía hacer cualquier cosa.

Corrió por interminables pasadizos, bailando en el tajo, persiguiendo a aquel que quería matarlo, aquel a quien él debía dar muerte. Esa vez no podía haber otro final. ¡Esa vez uno de los dos debía morir! Era evidente que Ba'alzemon lo sabía. Huía sin detenerse, permaneciendo siempre fuera del alcance de su vista, y únicamente el sonido de sus pasos orientaba a Rand, pero aun en su apresuramiento volvía aquella Ciudadela de Tear que no era tal en contra de Rand, y éste reaccionaba con actos instintivos, tentando de forma intuitiva la suerte. Truncaba sus ataques y corría por aquel filo de navaja en perfecto equilibrio con el Poder, la herramienta y el arma que lo consumiría totalmente si perdía pie.

Un agua negra y turbia como la del fondo del mar inundó los pasillos, impidiéndole respirar. De modo inconsciente, la transformó de nuevo en aire y prosiguió su carrera, y de pronto éste se volvió tan pesado que parecía que cada centímetro de su cuerpo sostenía una montaña. Estrujado desde todos lados, en el

instante previo a ser aplastado seleccionó ramales de la marea de Poder que manaba a su través —sin saber cómo, cuáles ni por qué, pues todo se sucedía con demasiada rapidez para dar cabida al pensamiento— y la presión cedió. Perseguía a Ba'alzemon, y el propio aire se transmutó de repente en sólida roca que lo aprisionaba, después en lava y luego en irrespirable atmósfera. Bajo sus pies el suelo lo absorbió como si cada gramo hubiera multiplicado por cien su peso y a continuación se volvió más liviano que una pluma y, al dar un paso, quedó girando sin nada que lo soportara. Unas invisibles fauces se abrieron para arrancarle la mente del cuerpo, para arrebatarle el alma. Una a una, desbarataba las celadas y seguía corriendo; sin saber cómo, devolvía a su originaria condición lo que Ba'alzemon trastocaba para destruirlo. Tenía la vaga conciencia de que de algún modo había restablecido el curso natural de las cosas, las había forzado a recuperarlo con su propia danza ejecutada en la increíble angostura que mediaba entre la existencia y la anulación, pero era una sensación distante. Toda su atención se centraba en el acoso, en la caza, en la muerte que debía ponerle fin.

Y de improviso se halló nuevamente en el Corazón de la Ciudadela, tras atravesar el boquete cercado de escombros que había sido una pared. Algunas de las columnas pendían como dientes rotos ahora. Y Ba'alzemon retrocedía frente a él, con los ojos ardientes, envuelto en sombras. De él partían unos hilos negros semejantes a alambres de acero que se perdían hasta inimaginables alturas y distancias surcando la oscuridad concentrada a su alrededor.

—¡Tú no serás mi perdición! —gritó Ba'alzemon, lanzando llamaradas por la boca. Su chillido resonó entre las columnas—. ¡Es imposible derrotarme! ¡Ayudadme!

Una parte de las tinieblas que lo circundaban derivó hacia sus manos, y formó una bola tan negra que pareció absorber incluso la luz de *Callandor*. En las llamas de sus ojos destelló una expresión de triunfo.

—¡Os destruiré! —tronó Rand. *Callandor* giraba en sus manos. Su resplandor dispersó la oscuridad y cortó las negras cuerdas de acero que irradiaban de Ba'alzemon, y éste se convulsionó. Como si se hubiera duplicado, pareció menguar y crecer al mismo tiempo—. ¡Estáis perdido! —Rand hundió la reluciente hoja en el pecho de Ba'alzemon.

Ba'alzemon exhaló un alarido, y el fuego llameó violentamente en su cara.

—¡Insensato! —aulló—. ¡Nadie puede vencer al Gran Señor de la Oscuridad!

Rand extrajo la espada del cuerpo de Ba'alzemon cuando éste se desmoronaba y las tinieblas se disipaban en torno a él.

Y de repente se encontró en otro Corazón de la Ciudadela, rodeado de columnas todavía íntegras, de gritos de batalla y agonía, de combatientes con rostros velados que luchaban contra soldados con petos y yelmos. Moraine continuaba abatida en la base de una columna de piedra roja. Y a sus pies yacía de espaldas el cadáver de un

hombre con una profunda quemadura en el pecho. Habría sido un atractivo individuo de mediana edad, con la salvedad de que en lugar de ojos y boca tenía sólo unos hoyos por los que se elevaban hilillos de humo negro.

«Lo he conseguido —pensó—. ¡He matado a Ba'alzemon, he matado a Shai'tan! ¡He ganado la Última Batalla! ¡Luz, SOY el Dragón Renacido! El dispersador de las naciones, el Desmembrador del Mundo. ¡No! ¡Yo pondré fin al dislocamiento, a la guerra! ¡Los haré concluir!»

Puso *Callandor* en alto, y de su hoja brotaron plateados rayos que se remontaron en dirección a la gran cúpula del techo.

—¡Deteneos! —gritó. La lucha cesó y los combatientes lo miraron con asombro bajo los negros velos y las alas de los redondos yelmos—. ¡Soy Rand al'Thor! —declaró con voz que resonó por toda la sala—. ¡Soy el Dragón Renacido! —*Callandor* resplandecía en su puño.

Uno a uno, los hombres de caras tapadas y los tocados con yelmo se hincaron de rodillas ante él, gritando:

—¡El Dragón ha Renacido! ¡El Dragón ha Renacido!

56



El pueblo del Dragón

En toda la ciudad de Tear la gente despertó al alba, hablando de lo que habían soñado, del Dragón luchando contra Ba'alzemon en el Corazón de la Ciudadela, y, cuando posaron los ojos en la monumental Ciudadela, advirtieron un estandarte ondeando en su cúspide. Sobre un fondo blanco se agitaba la sinuosa forma de una gran serpiente de escamas doradas y carmesíes, pero con una melena leonina de oro y cuatro patas rematadas con cinco garras doradas. De la fortaleza acudieron, aturdidos y asustados, los testigos de lo ocurrido esa noche para explicar en susurros lo que habían presenciado, y hombres y mujeres salieron en tropel a las calles, sollozando al tiempo que proclamaban el cumplimiento de la Profecía.

—¡El Dragón! —gritaban—. ¡Al'Thor! ¡El Dragón! ¡Al'Thor!

Observando la multitud por una aspillera de uno de los muros de la Ciudadela, Mat sacudía la cabeza al oír el coro de voces que se elevaba en oleadas de ella. «Bueno, tal vez lo sea.» Todavía le costaba hacerse a la idea de que Rand estuviera realmente allí.

Todos los ocupantes de la Ciudadela parecían estar de acuerdo con la muchedumbre de abajo o, cuando menos, no los contradecían. Había visto sólo una vez a Rand desde la noche anterior, caminando por un pasillo empuñando *Callandor*, rodeado de una docena de Aiel con rostros velados y seguido de una nube de tearianos, un puñado de Defensores de la Ciudadela y la gran mayoría de los pocos Grandes Señores que seguían con vida. Daba la impresión de que los Grandes Señores consideraban que Rand iba a necesitarlos para ayudarlo a gobernar el mundo; los Aiel, no obstante, mantenían a todo el mundo a raya con fieras miradas y lanzas si hacía falta. No cabía duda de que ellos creían que Rand era el Dragón, si bien lo llamaban El que Viene con el Alba. Había casi doscientos Aiel en el baluarte. Habían perdido una tercera parte de sus fuerzas en los enfrentamientos, pero habían matado o capturado un número diez veces superior de Defensores.

Al girarse, fijó por azar la mirada en Rhuarc. En una esquina de la habitación había un alto soporte lujosamente adornado que sostenía una rueda de pálida madera

con oscuras vetas entre cuyos dientes colgaban unos estantes dispuestos de tal forma que permanecieran siempre planos aunque girara la rueda. En cada uno de ellos había un gran libro con tapas de oro y rutilantes gemas incrustadas. El Aiel tenía uno abierto y leía. Alguna especie de ensayo, aventuró Mat. «¿Quién hubiera pensado que un Aiel leyera libros? ¿Quién habría sospechado que un Aiel supiera siquiera leer?»

Rhuarc lanzó una ojeada en dirección a él con sus glaciales ojos azules e imperturbable ademán, y Mat se apresuró a desviar la vista para que no le adivinara el pensamiento. «¡Al menos no lleva la cara tapada, gracias a la Luz! Diantre, la tal Aviendha por poco no me corta la cabeza cuando le he preguntado si sabía ejecutar alguna danza con lanzas.» Bain y Chiad presentaban otro problema. Eran indiscutiblemente bonitas y su actitud era más amistosa, pero no conseguía hablar con una de ellas sin que estuviera presente la otra. Daba la impresión de que los varones Aiel se divertían mucho viendo sus esfuerzos por entrevistarse con una de ellas a solas y lo mismo podía decirse de Bain y Chiad. «¡Las mujeres son todas raras, pero al lado de las Aiel las demás parecen normales!»

La gran mesa que ocupaba el centro de la estancia, cubierta de recargados adornos dorados en los bordes y las gruesas patas, era el lugar en torno al cual se reunían los Grandes Señores. Moraine ocupaba uno de los sillones, ostentosos como tronos, con la Media Luna de Tear en los descomunales respaldos taraceados con oro, cornalina y nácar. Egwene, Nynaeve y Elayne estaban sentadas a su lado.

—Aún no acabo de creer que Perrin esté en Tear —decía Nynaeve—. ¿Estáis segura de que se encuentra bien?

Mat sacudió la cabeza. Era de prever que Perrin, una persona más valerosa de lo que aconsejaba la prudencia, se hubiera hallado en la Ciudadela la noche anterior.

—Estaba bien la última vez que lo vi —respondió serenamente Moraine—. Ahora no lo sé. Su… compañera se halla en grave peligro y es posible que él se haya prestado a compartir su situación.

—¿Su compañera? —inquirió vivazmente Egwene—. ¿Qué…? ¿Quién es la compañera de Perrin?

—¿Qué clase de peligro? —preguntó Nynaeve.

—Nada que os deba concernir a vosotras —contestó con calma la Aes Sedai—. Yo iré dentro de un momento a ver qué puedo hacer por ella. El único motivo por el que me he demorado es para enseñaros esto, que he encontrado entre los *ter'angreal* y otros objetos relacionados con el Poder que los Grandes Señores han ido reuniendo con los años.

Sacó algo de la bolsa y lo depositó en la mesa frente a ella. Era un disco del tamaño de la mano de un hombre, aparentemente formado por dos lágrimas ensambladas, una negra como la brea y la otra blanca como la nieve.

Mat creyó recordar haber visto otros similares, antiguos como ése, pero con la

diferencia de que aquéllos estaban rotos. Tres, había visto en total, todos hechos pedazos, lo cual era un contrasentido teniendo en cuenta que eran de *cuendillar*, una sustancia irrompible aun por medio del Poder Único.

—Uno de los siete sellos que Lews Therin Verdugo de la Humanidad y los Cien Compañeros pusieron en la prisión del Oscuro al volver a cerrarla —identificó Elayne, confirmando con un cabeceo la fidelidad de su memoria.

—Para ser exactos —puntualizó Moraine—, un foco para uno de los sellos. Pero, esencialmente, es correcto lo que has dicho. Durante el Desmembramiento del Mundo fueron dispersados y escondidos por razones de seguridad y no fue hasta la Guerra de los Trollocs cuando se perdieron definitivamente. —Emitió un resoplido —. Comienzo a hablar como Verin.

—Supongo que era lógico encontrarlo aquí —señaló Egwene—. Rand se ha enfrentado dos veces a Ba'alzemon, y en ambas ocasiones ha aparecido uno de los sellos.

—Y esta vez entero —observó Nynaeve—. Por primera vez, el sello está íntegro. Como si importara ahora.

—¿Creéis que no importa? —La voz de Moraine era inquietante en su impasibilidad, y las tres mujeres la miraron con preocupación.

Mat puso cara de fastidio. No paraban de hablar de fruslerías. No le hacía ninguna gracia hallarse a menos de cinco metros de ese disco ahora que sabía lo que era, por más valioso que fuera el *cuendillar*, pero…

—Con permiso… —dijo.

Las cuatro se volvieron airadamente hacia él como si estuviera interrumpiendo algo de vital interés. «¡Qué demonios! ¿Las saco de un calabozo, les salvo la vida media docena de veces durante la noche, y me miran con la misma dureza que la maldita Aes Sedai? Cualquiera hubiera dicho, también entonces, que estaba metiendo la nariz en casa ajena en lugar de impedir que algún Defensor le clavara la espada a una de ellas.»

—¿No os molesta si os hago una pregunta? —solicitó amablemente en voz alta—. Habéis estado todo el rato hablando de esas… eh… cuestiones de Aes Sedai, y nadie se ha dignado decirme nada.

—Mat… —dijo a modo de aviso Nynaeve, tirándose de la trenza.

—¿Qué es lo que deseas saber? —inquirió, en cambio, Moraine con apenas un indicio de impaciencia en su calmada voz.

—Quiero saber cómo encaja todo esto. —Se proponía mantener un tono apacible, pero iba acalorándose a medida que hablaba—. ¡La Ciudadela de Tear ha sido tomada! Las Profecías afirmaban que ello no ocurriría hasta la llegada del Pueblo del Dragón. ¿Significa eso que nosotros somos el condenado Pueblo del Dragón? ¿Vosotras, yo, Lan y un puñado de malditos Aiel? —Había visto al Guardián en el

transcurso de la noche y no parecía que entre los Aiel y él se hubiera entablado ningún asomo de rivalidad respecto a quién era más temible. Rhuarc irguió la espalda para mirarlo y él se apresuró a agregar—: Eh, disculpad, Rhuarc, ha sido un lapsus.

—Puede que sí —respondió al cabo de unos instantes Moraine—. Yo vine para evitar que Be'lal matara a Rand y no esperaba ver la toma de la Ciudadela de Tear. Puede que lo seamos. Las Profecías se cumplen según debe ser y no de acuerdo con nuestras previsiones.

Mat se estremeció ante la mención de Be'lal. Había oído ese nombre la noche anterior y no le sonaba mejor con la luz del día. De haber sabido que uno de los Renegados andaba suelto, precisamente dentro de la Ciudadela, jamás se habría acercado a ese lugar. Dirigió una breve mirada a Egwene, Nynaeve y Elayne. «Bueno, habría entrado de todas formas, ¡pero con el sigilo de un ratón en vez de ir aporreando gente a diestro y siniestro!» Sandar se había ido a toda prisa de la Ciudadela al clarear el día. A llevarle la noticia a la madre Guenna, había asegurado él, pero Mat sospechaba que era simplemente para huir de las miradas de las tres mujeres, que daban la impresión de no haber decidido aún qué hacer con él.

—Cuando un hombre desea convertirse en jefe de un clan —dijo Rhuarc—, debe ir a Rhuidean, en las tierras del Jenn Aiel, el clan que no es como los demás. —Hablaba lentamente y fruncía a menudo el entrecejo con la mirada clavada en la alfombra de seda de rojos flecos, como si tratara de explicar algo que en realidad no quería revelar—. Las mujeres que desean convertirse en Sabias realizan asimismo ese viaje, pero su marca, si es que la reciben, permanece en secreto entre ellas. Los varones que son elegidos en Rhuidean, los que sobreviven, regresan con una señal en el brazo. Ésta.

Se arremangó las mangas de la chaqueta y la camisa y mostró el antebrazo izquierdo, mucho menos atezado que sus manos y cara. Grabada en la piel como si formara parte de ella, con doble contorno, se erguía la misma criatura dorada y carmesí que se ondulaba en el estandarte que presidía la Ciudadela. El Aiel dejó caer la manga suspirando.

—Es un nombre que sólo se pronuncia en las reuniones de jefes de clan y Sabias. Nosotros somos… —Carraspeó, incapaz de articularlo allí.

—Los Aiel son el Pueblo del Dragón —concluyó por él Moraine con tono suave en el que se traslucía, no obstante, el mayor grado de desconcierto que Mat había advertido en ella—. No lo sabía.

—Entonces todo ha terminado —se felicitó Mat—, tal como auguraban las Profecías. Cada cual puede seguir su camino sin preocuparse de nada. «¡La Amyrlin ya no me necesitará para hacer sonar ese maldito Cuerno!»

—¿Cómo puedes decir eso? —se escandalizó Egwene—. ¿No comprendes que los Renegados están libres?

—Por no mencionar el Ajah Negro —agregó con ferocidad Nynaeve—. Únicamente hemos apresado a Amico y Joiya. Once han escapado… ¡me gustaría saber cómo!… y sólo la Luz sabe cuántas otras hay que no tenemos identificadas.

—Sí —confirmó Elayne con igual dureza—. ¡Puede que no esté ansiosa por habérmelas con un Renegado, pero me encantaría arrancarle el pellejo a Liandrin!

—Sí, claro —convino, para apaciguarlas, Mat—. Desde luego. —«¿Se han vuelto locas? ¿Quieren perseguir al Ajah Negro y a los Renegados?»—. Me refería sólo a que ya ha pasado lo peor. El Pueblo del Dragón ha tomado la Ciudadela, Rand tiene *Callandor* y Shai'tan ha muerto. —Moraine le asestó una mirada tan violenta que por un momento creyó que la Ciudadela se tambaleaba.

—¡Retén esa lengua, necio! —espetó con voz tan acerada como un cuchillo—. ¿Quieres atraer la atención del Oscuro llamándolo por su nombre?

—¡Pero si está muerto! —protestó Mat—. Rand lo mató. ¡Yo vi el cadáver! —«Y vaya una peste que despedía. No había visto nada que se descompusiera tan deprisa.»

—Viste «el cadáver» —replicó Moraine torciendo la boca—. El cadáver de un hombre, no del Oscuro, Mat.

Miró a Egwene y a sus amigas, que parecían tan confundidas como él. Rhuarc daba la impresión de pensar en una batalla que creía haber ganado y que acababa de enterarse de que aún no había sido librada.

—¿Quién era entonces? —preguntó Mat—. Moraine, tengo lagunas en la memoria por las que podría navegar un barco, pero recuerdo el Ba'alzemon que me visitaba en sueños. ¡Lo recuerdo perfectamente! ¡Diantre, no veo cómo podría olvidarlo nunca! Y lo reconocí en lo que quedaba de su cara.

—Reconociste a Ba'alzemon —admitió Moraine—. O más bien al hombre que se llamaba a sí mismo Ba'alzemon. Pero el Oscuro está vivo, preso en Shayol Ghul, y la Sombra sigue proyectándose sobre el Entramado.

—La Luz nos ilumine y nos proteja —murmuró débilmente Elayne—. Pensaba…, pensaba que los Renegados eran lo peor de que cabía preocuparnos ahora.

—¿Estáis segura, Moraine? —inquirió Nynaeve—. Rand estaba convencido…, está convencido… de haber dado muerte al Oscuro. De vuestras palabras se desprende que Ba'alzemon no era el Oscuro. ¡No lo entiendo! ¿De dónde proviene vuestra certeza? Y, si no era el Oscuro, ¿quién era?

—Mi certeza proviene de una razón muy simple, Nynaeve. Por más acelerada que haya sido su descomposición, ése era el cadáver de un hombre. ¿Creéis que si el Oscuro pereciera dejaría un cuerpo humano tras de sí? El hombre que Rand mató era un hombre. Puede que fuera el primero de los Renegados en recobrar la libertad, o tal vez que nunca la perdiera del todo. Es posible que nunca lleguemos a saber cuál de ellos habría sido.

—Quizá…, quizá yo sepa quién era. —Egwene calló con expresión de

incertidumbre—. Al menos, tengo una pista. Verin me enseñó una página de un antiguo libro en la que se hacía mención conjunta de Ba'alzemon e Ishamael. Era casi Cántico Alto y poco menos que incomprensible, pero recuerdo algo acerca de «un nombre oculto tras un nombre». Puede que Ba'alzemon fuera Ishamael.

—Tal vez —concedió Moraine—, tal vez fuera Ishamael. Aunque lo fuera, como mínimo nueve de los trece siguen con vida. Lanfear, Sammael, Ravhin… ¡Puaaf! Lo más importante no es siquiera saber que algunos de esos nueve están libres. —Apoyó una mano en el disco blanco y negro que reposaba en la mesa—. Tres de los sellos están rotos. Sólo cuatro resisten. Únicamente esos cuatro sellos se interponen entre el Oscuro y el mundo y es posible que aun estando íntegros llegue a extender su mano sobre el mundo. Fuera batalla o escaramuza, el combate que hemos ganado aquí dista mucho de ser el último.

Mat observó cómo los semblantes de Egwene, Nynaeve y Elayne iban cobrando determinación y sacudió la cabeza. «¡Condenadas mujeres! Están dispuestas a continuar con esto, a ir a la caza del Ajah Negro, a enfrentarse con los Renegados y con el mismísimo Oscuro. Pues que no piensen que yo voy a volver a sacarlas del apuro. ¡Que no me esperen esta vez!»

Mientras trataba de elegir las palabras, una de las grandes hojas de la puerta se abrió, dando paso a una joven de majestuoso porte que llevaba una diadema con un halcón de oro en posición de vuelo en la frente. El negro pelo le caía sobre los hombros dejados al desnudo por el amplio escote de un vestido de la más delicada seda roja, junto con una considerable parte de un busto que Mat calificó de admirable. Estudió durante un momento con interés a Rhuarc con grandes y oscuros ojos y luego posó una fría e imperiosa mirada en las mujeres reunidas en torno a la mesa. A Mat no lo consideró, al parecer, digno de atención.

—No estoy habituada a llevar mensajes a nadie —anunció, mostrando un pergamino doblado con una esbelta mano.

—¿Y quién sois vos, hija? —preguntó Moraine.

La joven irguió aún más la espalda, cosa que Mat habría considerado imposible.

—Soy Berelain, Principal de Mayene. —Arrojó con altivo ademán el pergamino a la mesa frente a Moraine y se giró hacia la puerta.

—Un momento, hija —reclamó Moraine, desplegando el pergamino—. ¿Quién os lo ha entregado? ¿Y por qué lo habéis traído si es algo tan ajeno a vuestros hábitos?

—No…, no lo sé. —Berelain permaneció de cara a la puerta; su voz traslucía desconcierto—. Era… impresionante. —Se estremeció y pareció recobrar el elevado concepto de sí misma. Examinó un instante a Rhuarc con una media sonrisa—. ¿Sois el dirigente de esos Aiel? Los combates han turbado mi sueño. Tal vez os invite a cenar conmigo un día de éstos. —Miró por encima del hombro a Moraine—. Me han informado de que el Dragón Renacido ha tomado la Ciudadela. Comunicad al señor

Dragón que la Principal de Mayene cenará con él esta noche. —Abandonó la estancia con paso majestuoso, como si encabezara una procesión.

—Me gustaría verla de novicia en la Torre —dijeron casi simultáneamente Egwene y Elayne, antes de intercambiar una sonrisa de inquietud.

—Escuchad esto —dijo Moraine—. «Lews Therin fue mío, es mío y será siempre mío. Os lo dejo a vuestro cargo para que me lo guardéis hasta mi llegada.» Firmado «Lanfear». —La Aes Sedai fijó su glacial mirada en Mat—. ¿Y creías que todo había terminado? Tú eres ta'veren, Mat, un hilo crucial en el Entramado, y la persona que sopló en el Cuerno de Valere. Nada ha acabado todavía en lo que a ti respecta.

Todos lo miraron. Nynaeve con tristeza, Egwene como si no lo hubiera visto nunca, Elayne como si esperara que fuera a convertirse en alguien distinto. Había cierto respeto en los ojos de Rhuarc, aunque, bien pensado, Mat habría preferido prescindir de él.

—Bueno, sí —acordó. «¡Maldición!»—. Comprendo. —«¿Cuánto tardará Thom en hallarse en condiciones de viajar? Es hora de largarse. Quizá Perrin nos acompañe»—. Podéis contar conmigo.

Afuera los gritos se repetían, incesantes.

—¡El Dragón! ¡Al'Thor! ¡El Dragón! ¡Al'Thor! ¡El Dragón! ¡Al'Thor! ¡El Dragón!

Y estaba escrito que ninguna mano salvo la suya empuñara la Espada guardada en la Ciudadela, pero él la tomó, como fuego en su mano, y su gloria quemó el mundo. Ése fue el inicio. Así nosotros cantamos su Renacimiento. Así proclamamos el comienzo.

De *Do'in Toldara te*, Canciones de la Última Era,
Noveno libro: «La leyenda del Dragón»,
compuesto por Boanne,
Maestra de Canto de Taralan, Cuarta Era.

GLOSARIO



Aclaración sobre las fechas de este glosario

Desde el Desmembramiento del Mundo se ha venido recurriendo a tres sistemas generalizados de registro de fechas. El primero fijaba los años transcurridos Después del Desmembramiento (DD). Dado el caos casi completo que reinó durante el Desmembramiento y en los años inmediatamente posteriores, este calendario, que fue adoptado un centenar de años después, tomó como punto de partida un tiempo arbitrariamente asignado. Muchos anales resultaron destruidos durante la Guerra de los Trollocs, de tal modo que, al concluir ésta, se abrió una discusión respecto al año en que se hallaban en el antiguo sistema. Se estableció entonces un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en que los años se señalarían como Año Libre (AL). Tras la destrucción, mortandad y desintegración causadas por la Guerra de los Cien Años, se concibió un tercer calendario, el de la Nueva Era (NE), que todavía sigue vigente.

Aceptadas, las: Jóvenes que se hallan en fase de formación para convertirse en Aes Sedai y que han accedido a cierto grado de poder y superado determinadas pruebas. Las novicias tardan normalmente de cinco a diez años para ascender a la condición de Aceptadas. Las Aceptadas no están tan sujetas a las reglas como las novicias y tienen la posibilidad de elegir, si bien de forma restringida, las áreas en que prefieren centrar sus estudios. Una Aceptada tiene derecho a llevar un anillo con la Gran Serpiente, pero únicamente en el tercer dedo de la mano izquierda. Cuando es promovida al rango de Aes Sedai, escoge su Ajah, accede al privilegio de vestir el chal y puede ponerse el anillo en cualquier dedo o no llevarlo, según dicten las circunstancias.

Aes Sedai: Poseedoras del Poder Único. Desde la Época de Locura, todos los Aes Sedai supervivientes son mujeres. Con frecuencia inspiradoras de desconfianza, temor e incluso odio entre la gente, muchos les achacan la responsabilidad del Desmembramiento del Mundo y les critican su entrometimiento en los asuntos de las naciones. Aun así, pocos son los gobernantes que no disponen de un consejero Aes Sedai, incluso en las tierras en donde tal relación debe mantenerse en secreto. Tras

encauzar repetidamente el Poder Único durante varios años, las Aes Sedai adquieren un aspecto físico especial que se caracteriza por la indefinición de la edad en sus rasgos, de modo que, por ejemplo, una Aes Sedai que podría ser abuela no aparenta señal alguna de vejez, salvo tal vez algunas canas. (Véanse Ajah; Sede Amyrlin y Época de Locura)

Aiel: El pueblo del Yermo de Aiel. Duros y luchadores, se cubren los rostros antes de matar, lo cual ha dado origen al dicho «actuar como un Aiel de rostro velado» para describir a alguien que se comporta de manera violenta. Terribles guerreros, ya sea armados o con las manos desnudas, nunca tocan una espada. Sus flautistas los acompañan en las batallas con música de danzas, y los Aiel llaman a la batalla «la danza» o «la danza de las lanzas». (Véanse también asociaciones guerreras Aiel y Yermo de Aiel)

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; cada Aes Sedai, con la sola excepción de la Sede Amyrlin, pertenece a un Ajah concreto. Éstos se designan por colores: Azul, Rojo, Blanco, Verde, Marrón, Amarillo y Gris. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto al uso del Poder Único y los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que pretenden utilizar el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a la profundización en el conocimiento, en tanto que el Ajah Blanco, que se abstiene en la medida de lo posible del contacto con el mundo y el saber práctico directamente relacionado con él, se concentra en las cuestiones filosóficas y la búsqueda de la verdad. El Ajah Verde (llamado el Ajah de Batalla durante la Guerra de los Trollocs) se mantiene en pie de guerra, listo para enfrentarse a los Señores del Espanto cuando llegue el Tarmon Gai'don. Corren rumores sobre la existencia de un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro.

Alanna Mosvani: Una Aes Sedai del Ajah Verde.

al'Meara, Nynaeve: Una mujer que había sido Zahorí del Campo de Emond, pueblo situado en Dos Ríos, en el reino de Andor, y que ahora es una de las Aceptadas.

al'Thor, Rand: Un joven del Campo de Emond que es ta'veren. Antes fue pastor de ovejas. Ahora se ha proclamado como el Dragón Renacido.

al'Vere, Egwene: Una joven del Campo de Emond. Actualmente se está formando para acceder a la condición de Aes Sedai.

Amalasan, Guaire: véase Guerra del Segundo Dragón.

Amansar: La acción, realizada por Aes Sedai, de neutralizar la fuerza de un varón capaz de encauzar el Poder Único. Ello es necesario debido a que todo hombre que aprenda a encauzarlo enloquecerá a causa de la infección que afecta al *Saidin* y probablemente producirá horribles daños utilizando el Poder después de haber perdido el juicio. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente

Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que a menudo acarrea tal clase de tratamiento. (Véanse Poder Único, el y neutralización)

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar gran poder y recibir recompensas, incluida la inmortalidad, cuando aquél sea liberado de su prisión.

Anaiya: Una Aes Sedai del Ajah Azul.

angreal: Un objeto que permite a quienes son capaces de encauzar el Poder Único el manejo de una cantidad de éste superior a la que podrían utilizar sin salir malparados. Vestigios de la Era de Leyenda, cuyo método de elaboración se desconoce. (Véanse también sa'angreal y ter'angreal)

Antecámara de los Siervos: En la Era de Leyenda, la gran sala de reuniones de los Aes Sedai.

Antigua Lengua: La lengua que se hablaba durante la Era de Leyenda. Las personas nobles y cultivadas deben, en principio, haber aprendido a hablarla, pero la mayoría sólo conocen algunas palabras.

Artur Hawkwing: Véase Hawkwing, Artur.

Asesinos del Árbol: Nombre con que designan los Aiel a los cairhieninos, siempre pronunciándolo con horror y repulsión extremos.

asociaciones guerreras Aiel: Los guerreros Aiel están incorporados sin excepción a una de las asociaciones guerreras, tales como los Soldados de Piedra (Shae'en M'taal), los Escudos Rojos (Aethan Dor) o las Doncellas Lanceras (Far Dareis Mai). Cada agrupación tiene sus propias costumbres y, en ocasiones, cometidos específicos. Por ejemplo, los Escudos Rojos hacen las veces de policía. Los Soldados de Piedra suelen prestar juramento de no retirarse nunca una vez que se ha iniciado una batalla y para cumplirlo están dispuestos a luchar hasta que no quede ninguno de ellos con vida. Los clanes de los Aiel —entre los que se cuentan los Goshien, Reyn, Shaarad y Taardad Aiel— luchan con frecuencia entre sí, pero los miembros de una misma asociación no se enfrentan jamás, aun cuando lo hagan sus clanes. De este modo, siempre hay vías de contacto amistosas entre los clanes, incluso cuando se encuentran en estado de guerra declarada. (Véanse Aiel; Yermo de Aiel y Far Dareis Mai)

Atha'an Miere: Véase Marinos, los.

Avendesora: En la Antigua Lengua, el Árbol de la Vida, mencionado en innumerables historias y leyendas.

Avendoraldera: Un árbol que creció en la ciudad de Cairhien a partir de un retoño de Avendesora. Los Aiel regalaron dicho retoño a la ciudad en el 566 NE, a pesar del hecho de que ningún documento demuestra relación alguna entre los Aiel y Avendesora. (Véase Guerra de Aiel)

Aviendha: Una mujer del septiar Agua Amarga de los Taardad Aiel; una Far Dareis Mai o Doncella Lancera.

Aybara, Perrin: Un joven del Campo de Emond, antaño aprendiz de herrero.

Ba'alzemon: En el idioma trolloc, «Corazón de la Oscuridad». Existe la creencia de que éste es el nombre que dan los trollocs al Oscuro. (Véanse Oscuro y trollocs)

Bashere, Zarina: Una joven de Saldaea que participa en la Cacería del Cuerno. Desea ser llamada Faile, que, en la Antigua Lengua, significa «halcón».

Be'lal: Uno de los Renegados.

Bel Tine: Festividad primaveral que celebra el final del invierno, el incipiente crecimiento de las cosechas y el nacimiento de los primeros corderos.

biteme: Un pequeño, casi invisible insecto de peligrosa picadura.

Bornhald, Dain: Oficial de los Hijos de la Luz, hijo del Capitán Geofram Bornhald, que falleció en Falme, en la Punta de Toman.

Byar, Jaret: Un oficial de los Hijos de la Luz.

Cacería Salvaje: Son muchos los que sostienen que el Oscuro (que a menudo recibe el nombre de Siniestro o Viejo Siniestro en Tear, Illian, Murandy, Altara y Ghealdan) sale por la noche a cazar almas con los «perros negros» o Sabuesos del Oscuro. A ello se lo denomina la Cacería Salvaje. La lluvia puede impedir que los Sabuesos del Oscuro salgan de noche, pero, una vez que han encontrado el rastro de su víctima, se ha de luchar contra ellos y derrotarlos o de lo contrario ésta morirá irremediablemente. Existe la creencia de que el simple hecho de ver pasar la Cacería Salvaje acarrea una muerte inminente, ya sea para el observador o para alguna persona próxima a éste.

Caemlyn: La capital de Andor.

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. La ciudad fue quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel, al igual que muchas otras poblaciones. El subsiguiente abandono de las zonas de cultivo próximas a la Columna Vertebral del Mundo obligó a la importación de grandes cantidades de cereales. El asesinato del rey Galldrain (998 NE) ha provocado una guerra civil entre las casas nobles que se disputan el Trono del Sol, la interrupción de los envíos de cereales y la hambruna. La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado elevándose sobre un fondo azul cielo.

Callandor: La Espada que no es una Espada, La Espada que no Puede Tocarse. Una espada de cristal guardada en la Ciudadela de Tear, en la sala llamada el Corazón de la Ciudadela. Ninguna mano puede tocarla salvo la del Dragón Renacido. De acuerdo con las Profecías del Dragón, uno de los signos principales del Renacimiento del Dragón y la proximidad del Tarmon Gai'don será que el Dragón Renacido haya empuñado *Callandor*.

Cantor de Árboles: Un Ogier que posee la habilidad para entonar el llamado

«canto al árbol», con el que los cura, contribuye a su crecimiento o floración o elabora objetos a partir de su madera sin dañarlos. Dichos objetos se denominan «madera cantada» y son muy apreciados. Quedan muy pocos Ogier Cantores de Árboles; al parecer esa clase de talento está extinguiéndose.

Capas Blancas: Véase Hijos de la Luz.

Cauthon, Mat: Un joven del Campo de Emond, en Dos Ríos. Su nombre completo es Matrim Cauthon.

Ciclo Karaethon, el: Véase Dragón, Profecías del

Cien Compañeros, los: Los cien varones Aes Sedai, seleccionados entre los más poderosos de la Era de Leyenda, que, encabezados por Lews Therin Telamon, libraron el combate final de la Guerra de la Sombra y sellaron de nuevo la prisión del Oscuro. El contraataque del Oscuro contaminó el *Saidin* y, a consecuencia de ello, los Cien Compañeros enloquecieron e iniciaron el Desmembramiento del Mundo. (Véanse Época de Locura; Desmembramiento del Mundo; Fuente Verdadera y Poder Único.)

Cinco Poderes, los: El Poder Único tiene varias vías y cada persona encauza más fácilmente algunas que otras. Dichas vías de utilización reciben su nombre según el tipo de efectos que pueden producir —Tierra, Aire (a veces llamado Viento), Fuego, Agua y Energía— y se denominan conjuntamente los Cinco Poderes. Todos los poseedores del Poder Único dispondrán de un mayor grado de fuerza con uno o quizá dos de ellos y un potencial menor con los restantes. Algunos elegidos pueden obtener prodigiosos resultados con tres, pero desde la Era de Leyenda nadie ha tenido un poder equivalente con los cinco. Incluso entonces ése era un fenómeno extremadamente raro. El grado de efectividad varía considerablemente entre los individuos, de manera que algunos que encauzan el Poder son mucho más poderosos que otros. Para realizar ciertos actos con el Poder Único se precisa dominar uno o varios de los Cinco Poderes. Por ejemplo, la generación o control del fuego requiere Fuego, la modificación del tiempo meteorológico, Aire y Agua, mientras que para la curación se necesita poner en juego el Agua, el Aire y la Energía. El dominio de la Energía se ha manifestado igualmente en hombres y mujeres, pero la habilidad extrema en el manejo de la Tierra y el Fuego suele darse en los varones, en tanto que el Agua y el Aire son con frecuencia vías que encauzan mejor las mujeres. Ha habido excepciones a esta regla, pero tan raras que la Tierra y el Fuego pasaron a ser considerados como Poderes masculinos y el Aire y el Agua, femeninos. Generalmente, no se atribuye mayor fuerza a ninguna de las diferentes habilidades, si bien existe un dicho entre las Aes Sedai que reza: «No existe roca cuya dureza no puedan vencer el viento y el agua, ni fuego tan vigoroso que el agua y el viento no sean capaces de apagar». Debe tenerse en cuenta que tal afirmación comenzó a difundirse mucho después de que hubiera perecido el último varón Aes Sedai.

Cualquier refrán equivalente entre los varones Aes Sedai se perdió en el olvido hace mucho tiempo.

Ciudadela de Tear: Una gran fortaleza situada en la ciudad de Tear, que se cree que fue erigida poco después del Desmembramiento del Mundo utilizando el Poder Único. Ha sido asediada y atacada incontables veces, pero nunca ha sido tomada. La Ciudadela se menciona en dos ocasiones en las Profecías del Dragón. En un pasaje se afirma que la Ciudadela no se rendirá nunca hasta que llegue el Pueblo del Dragón. En otro, se dice que la Ciudadela no sucumbirá hasta que la mano del Dragón empuñe la Espada que no Puede Tocarse, *Callandor*. Algunos consideran que en dichas Profecías se halla el origen de la antipatía que profesan los Grandes Señores por el Poder Único, y de la ley teariana que prohíbe encauzar. A pesar de esta antipatía, la Ciudadela contiene una colección de angreal y ter'angreal que rivaliza con la de la Torre Blanca y que, a decir de algunos, fue reunida para tratar de disminuir el relumbre de la posesión de *Callandor*.

Columna Vertebral del Mundo: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales.

Consejo de los Nueve: En Illian, un consejo de nueve Señores que supuestamente actúan como consejeros del rey, pero que históricamente vienen enfrentándose a él para hacerse con el poder. Tanto el rey como los Nueve disputan a menudo con la Corporación.

Corazón de la Ciudadela: Véase *Callandor*.

Corporación, la: Una delegación illiana de mercaderes y patrones de barco elegidos por los miembros de ambos gremios, en teoría destinada a aconsejar al rey y a los Grandes Señores, pero tradicionalmente en pugna con ellos por la consecución de parcelas de poder.

Crónicas, Guardiana de las: Aes Sedai que ostenta la máxima autoridad después de la Sede Amyrlin, para la cual trabaja como secretaria. Es elegida vitaliciamente por la Antecámara de la Torre y a menudo pertenece al mismo Ajah que la Amyrlin. (Véanse Sede Amyrlin y Ajah.)

cuendillar: Véase piedra del corazón.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra.

Da'es Daemar: El Gran Juego, también conocido como el Juego de las Casas. Nombre dado a las intrigas, conspiraciones y manipulaciones urdidas por las casas nobles para conseguir ventajas. En él se da gran valor a la sutileza y a la simulación, al aparentar apuntar a un objetivo cuando en realidad se dedican las energías a otro y a obtener resultados con el menor esfuerzo aparente.

Damodred, lord Galadedrid: Hermanastro de Elayne y Gawyn. Su insignia es una espada de plata alada, con la punta hacia abajo.

Desmembramiento del Mundo, el: Durante la Época de Locura, los varones Aes Sedai, capaces de valerse del Poder Único hasta un grado ahora desconocido, modificaron en su enajenamiento la faz de la tierra. Provocaron grandes terremotos, arrasaron cordilleras de montañas, hicieron surgir nuevas cumbres, elevaron tierra firme en terrenos ocupados por mares y anegaron con océanos las tierras habitadas. Muchas partes del mundo quedaron completamente despobladas, y los supervivientes se vieron diseminados como polvo azotado por el viento. Esta destrucción es recordada en relatos, leyendas y en la historia como el Desmembramiento del Mundo. (Véanse Época de Locura y Cien Compañeros, los.)

Día Solar: Una festividad de verano, celebrada en múltiples regiones del mundo.

Dragón, el: Nombre con que se conocía a Lews Therin Telamon durante la Guerra de la Sombra. Poseído por la misma locura que aquejó a todos los varones Aes Sedai, Lews Therin mató a todas las personas de su familia y a todos sus seres queridos, con lo que se ganó el nombre de Verdugo de la Humanidad. (Véanse Dragón Renacido y Dragón, Profecías del.)

Dragón, falso: De vez en cuando surgen hombres que pretenden ser el Dragón Renacido y, en ocasiones, alguno de ellos llega a reunir un número de seguidores que requiere la intervención de un ejército para reducirlos. Algunos han provocado guerras en las que se han visto involucradas muchas naciones. A lo largo de los siglos, la mayoría han sido hombres incapaces de encauzar el Poder Único, pero unos cuantos lo han logrado. Todos, no obstante, han desaparecido o han sido capturados o ejecutados sin que se cumpliera ninguna de las profecías relativas al Renacimiento del Dragón. A estos hombres se los llama falsos Dragones. Entre quienes fueron capaces de encauzar el Poder, los más poderosos fueron Raolin Perdición del Oscuro (335-336 DD), Yurian Arco Pétreo (hacia 1300-1308 DD), Davian (AL 351), Guaire Amalasan (AL 939-943) y Logain (997 NE). (Véase Dragón Renacido.)

Dragón, Profecías del: Apenas conocidas y escasamente mencionadas, las Profecías, expuestas en el Ciclo Karaethon, predicen que el Oscuro volverá a liberarse para extender su mano sobre el mundo, y que Lews Therin Telamon, el Dragón, responsable del Desmembramiento del Mundo, volverá a nacer para librar el Tarmon Gai'don, la Última Batalla contra la Sombra. (Véase Dragón, el.)

Dragón Renacido: Según las profecías y leyendas, el Dragón volverá a nacer en la hora en que la humanidad se halle en la más acuciante necesidad de salvar el mundo. La gente no desea que ello ocurra, debido a que las profecías auguran que el Dragón Renacido producirá un nuevo Desmembramiento del Mundo y a que el nombre de Lews Therin Telamon, el Dragón, es capaz de estremecer a cualquiera, incluso más de tres mil años después de su muerte. (Véanse Dragón, el; Dragón, falso y Dragón,

Profecías del.)

Elaida: Aes Sedai del Ajah Rojo que en otra época actuó como consejera de la reina Morgase de Andor. A veces realiza predicciones.

Elayne de la casa Trakand: Hija de la reina Morgase y heredera del trono de Andor. Se está formando para acceder a la condición de Aes Sedai. Su emblema es un lirio dorado.

encauzar: Controlar el flujo del Poder Único. (Véase Poder Único.)

Entramado de una Era: La Rueda del Tiempo teje los hilos de las vidas humanas formando el Entramado de una Era, con frecuencia denominado simplemente el Entramado, el cual compone la sustancia de la realidad de dicha Era. (Véase ta'veren.)

Época de Locura: Los años transcurridos después de que el contraataque del Oscuro contaminara la mitad masculina de la Fuente Verdadera, cuando los varones Aes Sedai enloquecieron y desmembraron el mundo. Se desconoce la duración exacta de este período, aun cuando existe la creencia de que se prolongó casi un siglo. Únicamente finalizó por completo con la muerte del último varón Aes Sedai. (Véanse Cien Compañeros; Fuente Verdadera y Poder Único)

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación. (Véanse Rueda del Tiempo; Desmembramiento del Mundo y Guerra de la Sombra.)

Escudos Rojos: Véase asociaciones guerreras Aiel.

espontánea: Una mujer que ha aprendido a encauzar el Poder Único por sus propios medios y ha sobrevivido a la crisis que sólo una de cada cuatro superan. Dichas mujeres suelen erigir barreras con el fin de no conocer racionalmente lo que hacen, pero, si llegan a desprenderse de tal actitud defensiva, las espontáneas llegan a situarse entre las más poderosas encauzadoras. Este término se utiliza a menudo con sentido despectivo.

Far Dareis Mai: Literalmente, «Doncellas Lanceras». Una de las numerosas asociaciones guerreras de los Aiel, la cual, a diferencia de las demás, únicamente admite mujeres como miembros. A una Doncella no le es permitido casarse y permanecer en la sociedad, ni luchar teniendo un hijo a su cuidado. Los hijos de las Doncellas son entregados a otra mujer para que se encargue de su crianza, de tal modo que nadie sepa quién fue la madre del pequeño. («No puedes pertenecer a un hombre, ni tener hombre ni hijo. La lanza es tu amante, tu hijo y tu vida.») Estos niños son considerados como un preciado bien, pues las profecías predicen que un hijo de una Doncella reunirá los clanes y traerá de nuevo a los Aiel la grandeza que conocieron durante la Era de Leyenda. (Véanse Aiel y asociaciones guerreras Aiel.)

Fortaleza de la Luz: La gran fortaleza de los Hijos de la Luz, ubicada en Amador,

capital de Amadicia. Amadicia tiene un rey, pero en realidad son los Hijos quienes gobiernan el país. (Véase Hijos de la Luz.)

Fuente Verdadera: La fuerza vital del universo que hace girar la Rueda del Tiempo. Está dividida en una mitad masculina (*Saidin*) y una mitad femenina (*Saidar*), las cuales interactúan colaborando y enfrentándose a un tiempo. Únicamente un hombre puede absorber el *Saidin*, únicamente una mujer puede absorber el *Saidar*. Desde el inicio de la Época de Locura, el *Saidin* permanece contaminado a causa del contacto del Oscuro. (Véase Poder Único.)

Gaidin: Literalmente, «Hermano para Batallas». Un título utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase Guardián.)

Galad: Véase Damodred, lord Galadedrid.

Gaul: Un Aiel del septiar Imran de los Shaarad, un Shae'en M'taal, un Soldado de Piedra.

Gawyn de la Casa Trakand: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne, que será Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne ascienda al trono. Su emblema es un jabalí blanco.

Gran Cacería del Cuerno, la: Un ciclo de historias que narra la legendaria búsqueda del Cuerno de Valere, llevada a cabo entre los años transcurridos desde el fin de la Guerra de los Trollocs y el inicio de la Guerra de los Cien Años. Llevaría muchos días relatar la totalidad del ciclo. (Véase Cuerno de Valere)

Gran Juego, el: Véase Da'es Daemar.

Gran Llaga, la: Una región, situada en los confines del norte, totalmente corrompida por el Oscuro. Guarida de trollocs, Myrddraal y otras criaturas del Oscuro.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Grandes Señores de Tear: El consejo de los Grandes Señores gobierna la nación de Tear, que no tiene soberano. No se compone de un número fijo de miembros y a lo largo de los años su composición ha variado desde veinte componentes a tan sólo seis. No confundir con los Señores de la Tierra, aristócratas tearianos de menor categoría.

Gran Serpiente: Símbolo del tiempo y la eternidad cuyos orígenes se remontan a una época anterior a la Era de Leyenda, que representa a una serpiente mordiéndose la cola. Las mujeres que acceden al grado de Aceptadas entre las Aes Sedai reciben un anillo moldeado con la forma de la Gran Serpiente.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia.

Mientras permanezca con vida la Aes Sedai a quien está vinculado el Guardián, éste tendrá conciencia de ello por más lejos que se encuentre y, cuando aquélla muera, conocerá el momento y el modo en que ha muerto. El vínculo no le indica, sin embargo, a qué distancia se halla ni en qué dirección. Mientras que la mayoría de Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajah Rojo rechaza el nexo con cualquier Guardián y el Ajah Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a establecer la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. (Véase Aes Sedai)

Guerra de Aiel: (976-978 NE) Cuando el rey Laman de Cairhien cortó el *Avendoraldera*, varios clanes de Aiel atravesaron la Columna Vertebral del Mundo, y saquearon y quemaron la capital de Cairhien así como muchas otras ciudades y pueblos. El conflicto se propagó hasta Andor y Tear. Oficialmente se sostiene que los Aiel fueron finalmente derrotados en la Batalla de las Murallas Resplandecientes, delante de Tar Valon, pero, de hecho, el rey Laman pereció en dicha batalla y, habiendo cumplido su objetivo, los Aiel volvieron a cruzar la Columna Vertebral del Mundo. (Véase *Avendoraldera* y Cairhien)

Guerra de la Sombra: También conocida como Guerra del Poder; puso fin a la Era de Leyenda. Comenzó poco tiempo después de que se efectuara un intento de liberar al Oscuro, y pronto se vieron involucradas en ella todas las naciones. En un mundo donde incluso el recuerdo de la guerra había caído en el olvido, se redescubrieron todos y cada uno de los rostros de la guerra, a menudo desfigurados por la mano del Oscuro que se cernía sobre el mundo. La guerra se concluyó volviendo a sellar las puertas de la prisión del Oscuro. (Véanse Cien Compañeros, los y Dragón, el)

Guerra de los Cien Años: Una serie de guerras sucesivas entre alianzas de naciones constantemente modificadas, precipitada por la muerte de Artur Hawkwing y las luchas por acceder al mando de su imperio que ésta acarreó. Duró del AL 994 al AL 1117. Esta contienda dejó despobladas extensas zonas de las naciones situadas entre el Océano Aricio y el Yermo de Aiel y entre el Mar de las Tormentas y la Gran Llaga. La destrucción tuvo tal alcance que apenas se conservan algunos documentos dispersos sobre la época. El imperio de Artur Hawkwing se dislocó, dando lugar a la actual distribución de naciones. (Véase Hawkwing, Artur)

Guerra de los Trollocs: Una serie de guerras, iniciadas hacia el 1000 DD, que se prolongaron durante más de tres siglos, a lo largo de los cuales los trollocs arrasaron el mundo. Finalmente los trollocs fueron abatidos u obligados a refugiarse en la Gran Llaga, pero algunas naciones dejaron de existir, mientras que otras quedaron casi despobladas. Toda la información que resta sobre aquel período es fragmentaria.

Guerra del Poder: Véase Guerra de la Sombra.

Guerra del Segundo Dragón: La contienda librada (AL 939-943) contra el falso Dragón Guaire Amalasan. En el transcurso de esa guerra un joven rey llamado Artur Paendrag Tanreall, posteriormente conocido como Artur Hawkwing, alcanzó una posición preponderante sobre el resto de los soberanos.

Hawkwing, Artur: Rey legendario (reinó entre AL 943-994) que unió todas las tierras situadas al oeste de la Columna Vertebral del Mundo, así como algunos países que se extendían más allá del Yermo de Aiel. Llegó incluso a enviar ejércitos al otro lado del Océano Aricio (AL 992) pero se perdió todo contacto con éstos a su muerte, que desencadenó la Guerra de los Cien Años. Su emblema era un halcón dorado volando. (Véase Guerra de los Cien Años.)

heredera del trono: La hija mayor de la reina de Andor, la cual sucede en el trono a su madre. Si la reina no tiene ninguna hija, la corona pasa a la mujer de parentesco más próximo a ella.

Hija de la Noche: Véase Lanfear.

Hijos de la Luz: Una asociación que mantiene estrictas creencias ascéticas, consagrada a la persecución de la derrota del Oscuro y la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothair Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que ellos son los únicos que se hallan en posesión de la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes y amigos, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco.

Hombre Gris: Alguien que ha entregado voluntariamente su alma para convertirse en un asesino al servicio de la Sombra. Los Hombres Grises tienen un aspecto tan anodino que con frecuencia nadie suele reparar en su presencia. La gran mayoría de los Hombres Grises son, como su nombre indica, varones, pero un reducido número de ellos son mujeres.

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre.

Iluminadores, Corporación de: Una organización que mantiene el secreto del proceso de fabricación de materiales de fuegos de artificio. El nombre de la Corporación proviene de los grandes espectáculos, llamados Iluminaciones, que proporcionan a los gobernantes y en ocasiones a los grandes señores. También vende cohetes de menor lucimiento para uso de otros ciudadanos, pero con severas advertencias respecto a las desastrosas consecuencias que pueden derivarse del intento de conocer lo que hay en su interior. La sede de la Corporación se halla en Tanchico, la capital de Tarabon. También se había establecido una sede en Cairhien,

pero ya no se encuentra en activo.

interrogadores, los: Una orden de los Hijos de la Luz. Su cometido es descubrir la verdad en controversia y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, utilizan habitualmente la tortura como método de interrogatorio; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. Los interrogadores se autodenominan la Mano de la Luz, la Mano que arranca la verdad, y en ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. El dirigente de los interrogadores es el Inquisidor Supremo, el cual forma parte del Consejo de Ungidos. Su enseña es una vara de pastor de color rojo sangre.

Ishamael: En la Antigua Lengua, «Traidor de la Esperanza», uno de los Renegados. Nombre dado al líder de los Aes Sedai que se sumaron a las huestes del Oscuro a lo largo de la Guerra de la Sombra. Se dice que incluso llegó a olvidar su verdadero nombre. (Véase Renegados.)

Juego de las Casas, el: Véase Da'es Daemar.

juglar: Un narrador de historias, músico, malabarista, acróbata y animador errante. Conocidos por sus singulares capas de parches multicolores, actúan normalmente en los pueblos y ciudades pequeñas.

Juramentos, los Tres: Los juramentos que presta una Aceptada al ascender a la condición de Aes Sedai. Se pronuncian asiendo la Vara Juratoria, un ter'angreal se compromete a cumplir las promesas, que son: 1) No decir nunca algo que no sea cierto. 2) No fabricar ningún arma con la que un hombre pueda matar a otro. 3) No utilizar nunca el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra o, como último recurso, en defensa de la propia vida, la del propio Guardián o de otra Aes Sedai. Antiguamente no se exigían estos juramentos, pero los diversos acontecimientos que se produjeron antes y después del Desmembramiento impusieron su necesidad. El segundo juramento fue el primero en adoptarse, como reacción a la Guerra de los Poderes. Aunque se mantiene al pie de la letra, el primero suele ser eludido por medio de una cuidadosa selección de las palabras. Existe la creencia de que los dos últimos son inviolables.

Laman: Rey de Cairhien, de la casa Damodred, que perdió el trono durante la Guerra de Aiel. (Véanse Guerra de Aiel y *Avendoraldera*.)

Lan, al'Lan Mandragoran: Un Guardián, vinculado a Moraine. Rey no coronado de Malkier, Dai Shan y el último señor superviviente malkieri. (Véanse Guardián; Moraine y Malkier)

Lanfear: En la Antigua Lengua, «Hija de la Noche». Una de las Renegadas, tal vez la más poderosa después de Ishamael. A diferencia de los demás Renegados, fue ella quien eligió este nombre. Se dice que estuvo enamorada de Lews Therin

Telamon y que profesaba un profundo odio por su esposa, Ilyena. (Véanse Renegados y Dragón, el.)

Leane: Una Aes Sedai del Ajah Azul, Guardiana de las Crónicas. (Véanse Ajah y Crónicas, Guardiana de las)

legua: Unidad de longitud equivalente a 5,5 Km.

Lews Therin Telamon, Verdugo de la Humanidad: Véase Dragón, el.

Liandrin: Una Aes Sedai de Tarabon que pertenecía al Ajah Rojo. Se desconoce si forma parte del Ajah Negro.

Loial, hijo de Arent, nieto de Halan: Un Ogier del *stedding* Shangtai.

Luz, Hijos de la: Véase Hijos de la Luz.

Llaga, la: Véase Gran Llaga, la.

Llama de Tar Valon: Símbolo de Tar Valon, de la Sede Amyrlin y de los Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte más delgada hacia arriba.

madera cantada: Véase Cantor de Árboles.

Malkier: Una nación que formaba antaño parte de las Tierras Fronterizas, ahora consumida por la Llaga. La enseña de Malkier era una grulla dorada volando.

Manetheren: Una de las diez naciones aliadas en el Segundo Pacto y también la capital de dicha nación. Tanto la ciudad como el reino fueron completamente arrasados durante la Guerra de los Trollocs.

Marinos, los: Su denominación más correcta es los Atha'an Miere, el pueblo del mar. Habitantes de las islas del Océano Aricio y del Mar de las Tormentas, viven poco tiempo en dichas islas, pasando la mayor parte de sus vidas en sus barcos. Gran parte del comercio marítimo lo realizan los bajeles de los Marinos.

Masema: Un soldado shienariano que odia a los Aiel.

Mayene: Ciudad-estado del Mar de las Tormentas cuya riqueza e independencia deriva de su conocimiento de los emplazamientos de los bancos de peces clavo, los cuales rivalizan en importancia económica con los olivares de Tear, Illian y Tarabon. De los peces clavo y las aceitunas se extrae la casi totalidad del aceite consumido por las lámparas. La dirigente actual de Mayene es Berelain, la Principal de Mayene. Los gobernantes de Mayene afirman ser descendientes de Artur Hawkwing. El emblema de Mayene es un halcón dorado en posición de vuelo.

Merrilin, Thom: Un juglar que, en su juventud, fue amante de la reina Morgase.

Min: Una joven que posee la capacidad de leer señales relacionadas con las personas en las aureolas que a veces percibe en torno a ellas.

Moraine: Una Aes Sedai del Ajah Azul. Del linaje de la casa Damodred, aunque no en la línea sucesoria del trono, se crió en el Palacio Real de Cairhien.

Morgase: Por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Sede Suprema de la casa Trakand. Su emblema consta de tres llaves

doradas. La enseña de la casa Trakand es una piedra angular de plata.

Myrddraal: Criaturas del Oscuro, bajo cuyo mando se encuentran los trollocs. Deformes descendientes de los trollocs en los que la materia humana utilizada para crear a los trollocs ha regresado a la superficie, pero infectada por la malignidad que generó a los trollocs. Físicamente son como los hombres, exceptuando el hecho de que no tienen ojos, aun cuando dispongan de la agudeza visual de un águila, tanto de día como de noche. Gozan de ciertos poderes emanados del Oscuro, entre los que se cuenta la capacidad de paralizar de terror con la mirada y la posibilidad de esfumarse en los lugares que se hallan a oscuras. Uno de sus pocos puntos débiles de que se tiene conocimiento es su temor al agua corriente. En diferentes países se los conoce con muchos nombres, entre ellos: Semihombres, Seres de Cuencas Vacías, Hombres de la Sombra, Acechantes, Perseguidores y Fados.

Nedeal, Corianin: Véase Talentos.

neutralización: La acción, realizada por Aes Sedai, mediante la cual se corta el acceso al Poder Único de una mujer capaz de encauzarlo. La mujer que ha sido neutralizada detecta la Fuente Verdadera, pero no puede establecer contacto con ella. Son tan escasos los casos de neutralización que las novicias deben aprender los nombres de todas las mujeres que la han padecido y los delitos por los que recibieron tal castigo.

Niall, Pedron: Capitán general de los Hijos de la Luz. (Véase Hijos de la Luz.)

Ogier: 1) Una raza no humana, caracterizada por una gran estatura (tres metros de altura media en los varones adultos), anchas narices casi hocicudas y largas orejas copetudas. Viven en áreas llamadas *steddings*. Su alejamiento de estos *steddings* después del Desmembramiento del Mundo (en una época que los Ogier denominan el Exilio) tuvo como consecuencia lo que se conoce con el nombre de Añoranza; un Ogier que permanece demasiado tiempo fuera del stedding, enferma y muere. Mundialmente reconocidos como los fabulosos picapedreros y albañiles que construyeron las grandes ciudades humanas después del Desmembramiento, consideran el trabajo de la piedra simplemente como algo aprendido durante el Exilio, una actividad mucho menos relevante que el cuidado de los árboles del *stedding* y especialmente de los descomunales Grandes Árboles. Salvo para trabajar la piedra, raramente abandonan los *steddings* y suelen mantener escaso contacto con los hombres. Los humanos apenas conocen detalles acerca de ellos y son muchos los que creen que los Ogier son sólo seres de leyenda. Aunque se los tiene por un pueblo pacífico y les cuesta llegar a enfurecerse, algunas narraciones antiguas afirman que lucharon junto a los humanos en la Guerra de los Trollocs y los describen como implacables enemigos. Valoran sobremanera el conocimiento, y sus libros e historias contienen a menudo información que la humanidad ha perdido ya. 2) Cualquier individuo perteneciente a dicha raza no humana. (Véanse Desmembramiento del

Mundo; *stedding* y Cantor de Árboles.)

Ordeith: En la Antigua Lengua, «Ajenjo». Nombre adoptado por un hombre que actúa como consejero del capitán general de los Hijos de la Luz.

Oscuro: El nombre más comúnmente utilizado en todos los países para mencionar a Shai'tan. El origen del mal, la antítesis del Creador. Encarcelado por el Creador en el momento de la Creación en una prisión en Shayol Ghul. El intento de liberarlo de ella desencadenó la Guerra de la Sombra, la contaminación del *Saidin*, el Desmembramiento del Mundo y el fin de la Era de Leyenda.

Oscuro, nombrar al: El hecho de pronunciar el verdadero nombre del Oscuro (Shai'tan) atrae su atención, lo que acarrea inevitablemente desgracias y mala suerte. Por ese motivo, se utilizan innumerables eufemismos, entre los que se encuentran el Oscuro, Padre de las Mentiras, Cegador de la Vista, Señor de la Tumba, Pastor de la Noche, Ponzoña del Corazón, Colmillo del Corazón, Viejo Siniestro, Arrasador de la Hierba y Marchitador de las Hojas. Los Amigos Siniestros lo llaman Gran Señor de la Oscuridad. Con frecuencia se aplica la expresión «nombrar al Oscuro» a las personas que parecen abrir sus puertas al infortunio.

Perseguidores: Véase Myrddraal.

piedra del corazón: Una sustancia indestructible creada durante la Era de Leyenda. Absorbe cualquier fuerza que intente romperla, incrementando así su dureza. También se la conoce como *cuendillar*.

Poderes, los Cinco: Véase Cinco Poderes, los.

Poder Único, el: El poder que se obtiene de la Fuente Verdadera. La gran mayoría de la gente está completamente incapacitada para aprender a encauzarlo. Un reducido número de personas pueden llegar a hacerlo recibiendo enseñanzas de expertos y algunas, las menos, disponen de una capacidad innata para entrar en contacto con la Fuente Verdadera y encauzar el Poder involuntariamente, sin siquiera ser conscientes a veces de ello. Esta disposición innata suele manifestarse al final de la adolescencia o en el inicio de la edad adulta. Si nadie les enseña a controlar el Poder o no aprenden por sí solos a hacerlo (lo cual es extremadamente difícil y únicamente llega a conseguirlo uno de cada cuatro), están destinados a una muerte segura. Desde la Época de Locura, ningún varón ha sido capaz de encauzar el Poder sin acabar enloqueciendo de un modo espantoso, aun cuando hubiera logrado un cierto control, para luego morir a causa de una devastadora enfermedad que hace que quienes la padecen se descompongan vivos…, una enfermedad producida, al igual que la locura, por la contaminación del Oscuro en el *Saidin*. Para una mujer, la muerte que sobreviene como consecuencia de la incapacidad de controlar el Poder no es tan terrible, aunque es también muerte al fin y al cabo. Las Aes Sedai tratan de localizar a las muchachas que nacen con dicho talento, tanto para salvarles la vida como para incorporarlas a sus filas, y a los hombres, para prevenir los destrozos que

inevitablemente causan con el Poder al perder la cordura. (Véanse encauzar; Cinco Poderes, los; Época de Locura y Fuente Verdadera)

Pueblo Errante: Véase Tuatha'an.

Renegados, los: Nombre otorgado a los más poderosos Aes Sedai que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporan a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad. De acuerdo con las leyendas y los fragmentos de documentos históricos conservados, fueron encarcelados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse su prisión. Sus nombres —entre los cuales figuran Lanfear, Be'lal, Sammael, Asmodean, Rahvin e Ishamael— aún se utilizan hoy en día para asustar a los niños.

Rhuarc: Un Aiel, jefe del clan de los Taardad Aiel.

Rogosh Ojo de Águila: Un héroe legendario mencionado en gran número de relatos antiguos.

Rueda del Tiempo, la: El tiempo es una rueda con siete radios, cada uno de los cuales constituye una Era. Con el girar de la Rueda, las Eras vienen y van, dejando recuerdos que se convierten en leyendas y luego en mitos, para caer en el olvido llegado el momento del retorno de una Era. El Entramado de una Era es ligeramente distinto cada vez que se inicia dicho período y está progresivamente sujeto a cambios de mayor consideración.

sa'angreal: Un objeto que permite que un individuo pueda encauzar, sin sufrir daños, una gran cantidad de Poder Único. Un sa'angreal es similar a un angreal, pero cien veces más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un sa'angreal y la que permite esgrimir un angreal es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un angreal y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Son vestigios de la Era de Leyenda, cuyo método de elaboración se desconoce hoy en día. Quedan muy pocos ejemplares, muchísimos más escasos que los angreal.

Sabuesos del Oscuro: Véase Cacería Salvaje.

Saidar, *Saidin*: Véase Fuente Verdadera.

Saltador: Un lobo.

seanchan: 1) Descendientes de los ejércitos que mandó Artur Hawkwing al otro lado del Océano Aricio. 2) La tierra de donde proceden los seanchan.

Sede Amyrlin: 1) Título de la dirigente de las Aes Sedai. Elegida vitaliciamente por la Antecámara de la Torre, el máximo consejo de las Aes Sedai, que consta de tres representantes (llamadas Asentadas) procedentes de cada uno de los siete Ajahs. La Sede Amyrlin posee, al menos en teoría, una autoridad casi suprema entre las Aes Sedai. Su rango es equiparable al de un rey o reina. La forma de tratamiento ligeramente menos formal para referirse a ella es la Amyrlin. 2) El trono en el que se sienta la dirigente de las Aes Sedai.

Selene: Un nombre utilizado por la Renegada llamada Lanfear.

Semihombre: Véase Myrddraal.

Señores del Espanto: Los hombres y mujeres que, disponiendo de la capacidad de encauzar el Poder Único, pasaron al servicio de la Sombra durante la Guerra de los Trollocs y cumplieron las funciones de comandantes de las huestes trollocs. Las gentes ignorantes los confunden a veces con los Renegados.

Shadar Logoth: Una ciudad abandonada y evitada por todos desde la Guerra de los Trollocs. Su suelo está contaminado y ni siquiera los guijarros son de fiar.

Shai'tan: Véase Oscuro.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, donde está encarcelado el Oscuro.

Sheriam: Una Aes Sedai del Ajah Azul. La Maestra de las Novicias de la Torre Blanca.

Sin Alma: Véase Hombre Gris.

Siniestro, Viejo: Véanse Oscuro y Cacería Salvaje.

Siuan Sanche: La hija de un pescador teariano que, de acuerdo con las leyes de Tear, fue embarcada con destino a Tar Valon antes de la segunda puesta de sol después de que se descubriera que tenía el potencial para encauzar. Ascendida a la Sede Amyrlin en el 985 NE. Anteriormente era del Ajah Azul.

Soldados de Piedra: Véase asociaciones guerreras Aiel.

Soñadora: Véase Talentos.

stedding: Tierra natal de un Ogier. Muchos *steddings* fueron abandonados desde el Desmembramiento del Mundo. Están protegidos, de alguna manera indescifrable hoy en día, de forma que ningún Aes Sedai puede encauzar el Poder Único, ni siquiera detectar la existencia de la Fuente Verdadera, en el interior de sus límites. Los intentos de esgrimir el Poder Único desde fuera del stedding no surten efecto dentro de sus márgenes. Ningún trolloc entra por propia voluntad en un stedding e incluso los Myrddraal lo hacen únicamente impelidos por una extrema necesidad y con la mayor de las aprensiones. Los propios Amigos Siniestros, si están enteramente dedicados al servicio del Oscuro, se sienten incómodos dentro de un stedding.

Talentos: Habilidades en el uso del Poder Único en áreas concretas. El más conocido es, por supuesto, la Curación. Algunos, como el Viaje (la capacidad de desplazarse de un sitio a otro sin cruzar el espacio que media entre ellos), se han perdido. Otros como la Predicción (la posibilidad de prever acontecimientos futuros, pero de una manera general) se dan en muy contadas ocasiones. Otro Talento que se tenía por perdido desde hace tiempo es el del Sueño, en el que se incluye, entre otras cosas, la interpretación de los sueños de la Soñadora para augurar eventos futuros de una manera más específica que en el caso de la Predicción. Algunas Soñadoras estaban dotadas para entrar en el *Tel'aran'rhiod*, el Mundo de los Sueños, y se dice que incluso en los sueños de otras personas. La última Soñadora conocida fue

Corianin Nedeal, que falleció en el 526 NE.

ta'maral'ailen: En la Antigua Lengua, «Trama del Destino». Un gran cambio en el Entramado de una Era, centrado alrededor de una o varias personas que sean ta'veren. (Véanse Entramado de una Era y ta'veren.)

Tanreall, Artur Paendrag: Véase Hawkwing, Artur.

Tarmon Gai'don: La Última Batalla. (Véanse Dragón, Profecías del y Cuerno de Valere)

ta'veren: Una persona en torno a la que la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá la totalidad de los hilos de las vidas, para formar una Trama del Destino. (Véase Entramado de una Era)

Tear: Una nación del Mar de las Tormentas y su capital, una gran ciudad portuaria. El emblema de Tear es tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado. (Véase Ciudadela de Tear.)

Telamon, Lews Therin: Véase Dragón, el.

Tel'aran'rhiod: En la Antigua Lengua, «el Mundo Invisible» o «el Mundo de los Sueños». Un mundo entrevisto en sueños que, según las creencias de los antiguos, impregnaba y rodeaba el resto de los mundos posibles. A diferencia de los sueños comunes, lo que les ocurre a los seres vivos en el Mundo de los Sueños es real; una herida recibida allí seguirá existiendo al despertar, y quien muera allí ya no despertará.

ter'angreal: Una clase específica de los objetos que quedaron de la Era de Leyenda que utilizan el Poder Único. A diferencia de los angreal y sa'angreal, cada ter'angreal fue creado para realizar una función concreta. Por ejemplo, uno de ellos hace vinculantes los juramentos. Las Aes Sedai usan algunos de ellos, pero se desconocen los cometidos originales de la gran mayoría. Algunos causan la muerte o destruyen la capacidad para encauzar de cualquier mujer que los utilice. (Véanse angreal y sa'angreal.)

Tierras Fronterizas, las: Las naciones que bordean la Gran Llaga: Saldaea, Arafel, Kandor y Shienar.

Tigraine: Siendo heredera del trono de Andor, tomó por esposo a Taringail Damodred y dio a luz a su hijo Galadedrid. Su desaparición en el 972 NE, ocurrida poco después de la de su hermano Luc, acaecida en la Llaga, desembocó en las luchas llamadas de Sucesión de Andor y en los sucesos que tuvieron lugar en Cairhien, los cuales desencadenaron finalmente la Guerra de Aiel. Su emblema era una mano de mujer asiendo un espinoso tallo de rosa coronado con una flor blanca.

Traidor de la Esperanza: Véase Ishamael.

trollocs: Criaturas del Oscuro, creadas durante la Guerra de la Sombra. De elevada estatura, son una deforme mezcolanza de animal y materia humana, y matan por el mero placer de dar muerte. Engañosos y traidores, únicamente pueden confiar

en ellos quienes les infunden temor. Están divididos en bandas de carácter tribal, entre las principales de las cuales se encuentran los Dha'vol, Dhai'mon y Ko'bal.

Tuatha'an: Un pueblo nómada también conocido como los gitanos y el Pueblo Errante, que vive en carromatos pintados con abigarrados colores y practica una ideología pacifista llamada la Filosofía de la Hoja. Los cacharros que arreglan los Tuatha'an suelen quedar como nuevos. Se cuentan entre los pocos que pueden cruzar el Yermo de Aiel sin ser molestados, pues los Aiel evitan todo contacto con ellos.

Verin Mathwin: Una Aes Sedai del Ajah Marrón.

viajes de Jain el Galopador, Los: Un libro muy conocido de viajes y observaciones, obra de un prestigioso escritor y viajero malkieri. Se imprimió por primera vez en el 968 NE y desde entonces se ha seguido publicando ininterrumpidamente. Jain el Galopador desapareció poco después de terminada la Guerra de Aiel y casi todo el mundo lo da por muerto.

Viejo Siniestro: Véase Oscuro.

Yermo de Aiel: El inhóspito, accidentado y casi estéril país situado al este de la Columna Vertebral del Mundo. Pocos forasteros se aventuran a visitarlo, no sólo porque casi le es imposible encontrar agua allí a alguien que no ha nacido en aquel terreno, sino además porque los Aiel se consideran en guerra con todos los otros pueblos y no reciben con buenos ojos a los extranjeros. Los buhoneros, los juglares y los Tuatha'an son los únicos a quienes se les permite entrar libremente, e, incluso en su caso, el contacto con los Aiel es escaso. No se conoce la existencia de ningún mapa del Yermo.

Zahorí: En los pueblos, una mujer elegida por el Círculo de Mujeres para ocuparse de su dirección por su sabiduría como curandera, su habilidad para predecir el tiempo y su sentido común. Una posición de gran responsabilidad y autoridad, tanto real como supuesta. Generalmente su importancia se considera equiparable a la del alcalde y, en algunas localidades, incluso superior. A diferencia del alcalde, la Zahorí es designada de por vida y es muy raro que alguna de ellas sea destituida de su cargo antes de morir. Según los países, su función se designa con nombres distintos, como Guía, Curandera, Mujer Sabia, Sabia o Indagadora.